
EL ESLABÓN PERDIDO

Michael Bishop

Título original: *Ancient of Days*

Traducido de la edición de Arbor House Publishing Company, Nueva York, 1985.

Traducción de José Manuel Pomares

Cubierta: SDD, Serveís de Disseny, S.A.

Ilustración de cubierta: Jordi Sábat

© 1985, MICHAEL BISHOP

© 1995, de la traducción castellana para España y América:

GRIJALBO (Grijalbo Mondadori, S.A.), Aragón, 385, Barcelona

Primera edición ISBN: 84-253-2672-9. Depósito legal: B. 122-1995

Impreso en Hurope, S.R.L., Recaredo 2, Barcelona

Digitalizado por elfowar

Corregido por abur_chocolat oct2003

*Para David Hartwell,
que ha acudido al rescate más veces
que la caballería americana.*

INDICE

Primera parte: Su esposo «habilino»

Segunda parte: Su heroico corazón

Tercera parte: El hogar del heredero

Primera parte

Su esposo «habilino»

Beulah Fork, Georgia

Ruth-Claire Loyd, mi ex esposa, vio por primera vez al intruso desde el estudio del desván de su casa, del tamaño de un granero, cerca de Beulah Fork, Georgia. Estaba haciendo una de las doce pinturas para una serie de platos de porcelana que se venderían por orden de suscripción y que representarían su singular interpretación de las nueve órdenes angélicas y de la Santísima Trinidad —esta pintura en particular se titulaba Tronos—, pero se apartó del caballete para mirar al intruso a través de la puerta acristalada. Su rareza le había llamado la atención.

Atezado y espectral, se movía a través de la alta hierba cubierta por la sombra, entre la arboleda de pacanas.*¹ Sus movimientos combinaban una agresiva curiosidad con una especie de plácida cautela, como si tuviera todo el derecho a estar allí pero esperara que alguien le pidiera cuentas, ya fuese el dueño legal de la propiedad o un vecino entrometido. Al pasar desde una zona jaspeada por la luz solar de septiembre a otra mancha de sombra pareció uno

¹* Árbol de unos 30 m. de altura, de la familia de las juglandáceas, propio de Norteamérica. (*N. del E.*)

de los muchachos negros que habían transformado el riachuelo de Cleve Synder en la rivieta nudista del condado de Hothle-poya. Sin embargo, estaba todavía un poco lejos; y la luz que embellecía la parte superior de su cuerpo hacía que pareciera demasiado peludo para la mayoría de los muchachos de diez años, fuera cual fuese su color. ¿Era el intruso alguna especie de animal?

—Camina —murmuró Ruth-Claire para sí misma—. Peludo o no, sólo los seres humanos pueden caminar así.

Mi ex no es dada a sentir pánico, pero esta observación hizo que se sintiera preocupada. Su casa —sobre la cual había renunciado yo a todos mis derechos en el mes de enero, principalmente para ahorrarle a ella el tormento psíquico de un traslado— se levanta en un espléndido aislamiento envuelto en misterio, a unos cien metros de la carretera estatal que enlaza Tocqueville y Beulah Fork. Cleve Synder ha arrendado la propiedad contigua, de cuatro hectáreas de extensión, a un cultivador de algodón que no vive allí. Ruth-Claire empezaba a sentirse sola y vulnerable.

Con un temblor apenas perceptible, dejó a un lado los pinceles y pinturas para observar al intruso. Ahora estaba más cerca de la casa, y un rastrillo que había dejado apoyado contra uno de los árboles le permitió calcular su altura en apenas un metro cuarenta. Los nervudos brazos, sin embargo, indicaban madurez, así como el aspecto macizo de la baja mandíbula, y el oscuro y protuberante nudo del sexo. Conjeturó, indecisa, que quizá se tratara de un enano trastornado que hubiera escapado recientemente de una institución poblada por desviados sexuales con inclinaciones violentas...

—Deténlo —se dijo Ruth-Claire—. Deténlo.

De repente, el intruso se agarró al tronco de un árbol con las manos y las plantas de los pies, trepando a una posición peligrosa y bamboleante, bastante por encima del suelo. Allí permaneció durante una hora, dedicado a partir pacanas con los dientes y a alimentarse con resolución. La preocupación de mi ex esposa remitió un poco. El intruso no parecía ser ni un carnívoro incondicional, ni un violador. Pero con la penumbra del atardecer, empezó a desear que se marchara; mientras tanto, él parecía perfectamente satisfecho de ocupar la elevada posición en la que se había instalado hasta el Día del Juicio final.

Ruth-Claire no tenía la menor intención de acostarse dejando al enano desnudo en su arboleda, así que me llamó por teléfono.

—Probablemente es el mono de compañía de alguien —le aseguré—. Alguna rica matrona yanqui habrá tenido una avería en la carretera, y mientras intentaba encontrar a un granjero que le desenroscara la tapa del radiador su chimpancé se habrá escapado. Ya sabes cómo son esas viejas damas de Connecticut.

—Paul —dijo Ruth-Claire, sin humor en su voz.

—¿Qué?

—En primer lugar —replicó sin alterarse—, un chimpancé no es un mono, sino un primate. En segundo lugar, yo no sé nada de viejas damas de Connecticut. Y en tercer lugar, la criatura que está en esa pacana no es un chimpancé, ni un gibón, ni un orangután.

—Ya había olvidado lo aficionada que puedes llegar a ser a Jane Goodall... —esta respuesta hizo que Ruth-Claire declinara replicar—. Bien, ¿qué quieres que haga? —pregunté, exasperado.

La imaginación de mi ex esposa constituye su verdadera fortuna y su propia estupidez, y —en honor a la verdad— yo ya había empezado a pensar que el visitante pudiera ser un nudista fuera de temporada, o posiblemente un mapache. Para ser una artista, Ruth-Claire es notablemente corta de vista, un hecho que contribuye a configurar los contornos borrosos casi abstractos de algunos de sus paisajes y fondos.

—Ven a verme —me dijo.

Yo dirijo un pequeño restaurante de gourmet en Beulah Fork, llamado el West Bank. A

pesar de la incredulidad de los extraños —como por ejemplo, las matronas de Connecticut con chimpancés de compañía—, que esperan que los establecimientos de restauración rural del Sur no sirvan más que siluro, barbacoa, cocido de Brunswick y nabos verdes, el West Bank ofrece un menú cosmopolita y un ambiente sofisticado. Mi clientela se compone de profesionales liberales, jubilados ricos y turistas. La proximidad de un parque estatal bastante popular, de la ciudad histórica de Tocqueville y de una zona recreativa conocida como Jardines Muscadine, me permite tener clientes que pagan; y mientras Ruth-Claire y yo estuvimos casados, ella expuso y vendió muchas de sus mejores pinturas en el local. Su trabajo, del que conservo en mis paredes unas pocas piezas, dio al restaurante una especie de amortiguada elegancia bohemia, pero el West Bank ofreció a su vez a mi esposa una vitrina de exposición única y probablemente muy valiosa para su talento. Creo que hasta el momento de nuestra separación, ambos contemplábamos la relación entre su éxito y el mío como algo saludablemente simbiótico. El arte al servicio del comercio. El comercio al servicio del arte.

Ruth-Claire me había telefonado poco antes de la hora de la cena del viernes. El West Bank tenía reservas para más de una docena de personas de Tocqueville y de los Jardines, y no deseaba encargar la atención a toda esa formidable multitud a Molly Kingsbury, una brillante y joven mujer que realiza mejor trabajo al atender a los clientes que al supervisar a mis cocineras —ocasionalmente muy nerviosos— Hazel Upchurch y Livia George Stephens. Pero vaya si lo hice. Le rogué que se hiciera cargo de mis responsabilidades en el West Bank, le conté una historia sobre una tubería de agua rota en la granja Paraíso y me dirigí en el coche, a toda velocidad, a ocuparme de mi ex. Veinte kilómetros en diez minutos.

Ruth-Claire me hizo subir al estudio del desván y señaló a través de la ventana hacia la arboleda de pacanas.

—Todavía está sentado ahí —dijo.

Entrecerré los ojos. A esa hora, la figura que estaba en el árbol no era más que una simple mancha entre las enmarañadas ramas, no mucho más grande que el nido de una ardilla.

—¿Por qué no le has disparado con el .22 que te di? —le pregunté a Ruth-Claire, un tanto temeroso de que me estuviera tomando el pelo.

Ni siquiera el carmesí de la puesta de sol, que se extendía por detrás de la arboleda de pacanas, me permitía distinguir al supuesto intruso.

—Quería que tú también lo vieras, Paul. He llegado a un punto en el que necesitaba confirmación externa. ¿No lo ves?

No, no lo veía. Y ése era el problema.

—Sal ahí conmigo —sugirió Ruth-Claire—. Las empresas peligrosas siempre han requerido compañía.

—El único compañero que quiero ese ese veintidós, Ruthie.

Se apartó a un lado mientras yo sacaba el rifle del armario de las armas; bajamos juntos la escalera, cruzamos el salón y el comedor y salimos por las puertas acristaladas que daban a la arboleda de pacanas. Nos detuvimos bajo el árbol donde supuestamente estaba el intruso para mirar y hacer balance. Aponté el arma, y miré a lo largo del cañón hacia un barbudo rostro negro como el de una gárgola viva.

Ruth-Claire tenía razón. El intruso no era un mono. Se parecía más a un demonio medieval, con una protuberancia pequeña pero visible que le corría de un lado a otro justo por el centro del cráneo. Creo que debía de haber estado a punto de quedarse dormido, y la aparición de dos seres humanos en ese momento tan inoportuno lo asustó bastante. El temor apareció en sus ojos brillantes, de obsidiana, que relampaguearon entre mi ex esposa y yo como negros destellos estroboscópicos. Su labio superior se apartó y dejó los dientes al descubierto.

Disparé, y por encima de la misteriosa criatura se desprendió un enmarañado racimo de ramas que, de todos modos, habría caído. El estampido produjo un eco que se extendió hasta

White Cow Creek, y cientos de gorriones dedicados a forrajear se desparramaron en el crepúsculo como perdigones emplumados.

—¡Maldita sea, Paul! —gritó Ruth-Claire, usando su peor palabrota; trató de quitarme el rifle de las manos—. Siempre has sido un estúpido aficionado a disparar primero y preguntar después, pero ese pobre no es ninguna amenaza para nosotros. ¡Mira!

Le entregué el rifle del veintidós igual a como le había entregado la granja Paraíso, dócilmente, y miré. El visitante de Ruth-Claire estaba aterrorizado, casi catatónico. No podía subir ni bajar; probablemente, la cabeza todavía le reverberaba a causa del disparo y el paralizante crujido de la pacana. Yo, sin embargo, no lo lamentaba. No tenía por qué andar molestando a mi ex.

—Escucha —le dije—, me pediste que viniera a verte. Y tampoco te opusiste cuando tomé ese artefacto del desván.

Enojada, Ruth-Claire expulsó el cartucho gastado, sacó el otro cartucho de la recámara y arrojó el rifle al suelo.

—Yo quería apoyo moral, Paulie, no un matón. Creí que el rifle era tu apoyo moral, eso es todo. No sabía que tuvieras la intención de emplearlo para asesinar a ese pobre diablo inocente.

—¡Pobre diablo inocente! —repetí con incredulidad—. ¿Pobre diablo inocente?

No era la primera vez que discutíamos delante de otros. Hacia el final de nuestra relación, eso había sucedido con frecuencia en el West Bank. Ruth-Claire me acusaba de insensibilidad, de ser descuidado y de tontear con mi ayudante femenina (aunque sabía muy bien que Molly Kingsbury no permitía esas tonterías), mientras que yo lamentaba abiertamente su imperturbable impulso por lograr reconocimiento artístico, su falta de consideración hacia mis innatos instintos comerciales, y sus accesos de castidad que a veces eran enloquecedoramente rigurosos. El West Bank es pequeño, un antiguo consultorio médico reconvertido encajonado entre el salón de belleza de Gloria y la lampistería y tienda de material eléctrico de Ogletree, todos ellos con la misma estructura de ladrillo rojo, en la calle principal. Es pequeño, y los desconcertados clientes nos oían hasta cuando discutíamos en la cocina. Esos debates sólo parecían entretenidos para unas pocas almas tolerantes, en su mayoría clientes locales. Y cuando empezaron a disminuir los clientes asiduos de fuera de la ciudad, bueno, eso fue la gota que colmó el vaso. Desterré a Ruth-Claire de los límites del West Bank; poco después ella inició los trámites del divorcio.

Ahora, un tembloroso gnomo negro, desnudo a excepción de la especie de leotardo peludo a través del cual se podía ver su desnudez, nos miraba fijamente mientras mi ex me comparaba con Vlad el Empalador, con Adolf Hitler y con el gobierno de Sudáfrica. Empecé a pensar que él no podía sentirse mucho más aturdido e incómodo que yo.

—¿Qué demonios quieres que haga? —conseguí balbucear.

—Déjame a solas con él —dijo Ruth-Claire—. Regresa a la casa.

—Eso es una locura —empecé a decir—. Eso es...

—Cállate, Paulie, y haz lo que te digo, ¿de acuerdo?

Me retiré hasta las puertas correderas, sin alejarme más. Ruth-Claire habló con el intruso. En la creciente penumbra, sus palabras, pronunciadas en voz baja, intentaron tranquilizarlo. Lo consoló y lo atrajo con mimos. Llegó incluso a canturrearle una nana. Su monólogo con el intruso me pareció interminable. Finalmente, como no parecía que ella corriera ningún riesgo, entré en la casa y me serví una buena ración de whisky con hielo. Al cabo de un rato, Ruth-Claire regresó.

—Paul —me dijo, mirando hacia la arboleda de pacanas—, es un miembro de la especie humana... Ya sabes, una especie humana colateral, que ya no existe.

—¿Él te ha dicho eso?

—Lo he deducido. No habla.

—Al menos no habla inglés. ¿Qué quieres decir con eso de que «ya no existe»? Está ahí arriba, en el árbol, ¿no?

—Más bien como montado en el aire —dijo Ruth-Claire—. Me recuerda a ese indio, Ishi.

—¿Quién?

—Un indio yahi del norte de California que se llamaba Ishi. Theodora Kroeber escribió un par de libros sobre él —Ruth-Claire hizo un gesto y señaló hacia las estanterías que había al otro lado de la estancia donde nos encontrábamos.

Además de todos los bestsellers contemporáneos que adquiría en la librería de B. Dalton, del Commons Mall de Tocqueville, las estanterías estaban atestadas de libros de arte, volúmenes de ciencia popular y una biblioteca «feminista» de no pequeñas proporciones; ese era, al menos, el término que Ruth-Claire utilizaba para referirse a libros escritos por o acerca de las mujeres, sin que importara cuándo o dónde habían vivido (las hermanas Brontë estaban alineadas junto a Susan Brownmiller, y Safo no se hallaba muy lejos de Sontag).

Enarqué las cejas.

—El último de su tribu —explicó Ruth-Claire—. Ishi fue el último miembro superviviente de los yahi. Murió hacia 1915 o algo así, en el museo de Antropología de San Francisco —meditó un momento sobre lo que acababa de decir—. Imagino que este pobre diablo procede de una especie que tuvo su origen en el África oriental, hace dos o tres millones de años —meditó de nuevo sobre su suposición—. Me temo que eso es un poco más que el momento en que se supone que se extinguió el pueblo de Ishi cuando apareció el propio Ishi.

—Pues ese es todo el valor que tiene tu analogía.

—Bueno..., no es perfecta, Paul, pero resulta bastante sugerente. ¿Qué te parece a ti?

—Que sería mucho más prudente considerar a esa sabandija del árbol como un enano mentalmente trastornado, en lugar de como un indio. Y que también sería más prudente llamar a la policía.

Ruth-Claire se acercó a una de las estanterías y extrajo un volumen de un conocido científico y personaje de la televisión. Tenía todo lo que había escrito ese extravagante popularizador de ideas científicas. Después de haber pasado unas cuantas páginas manoseadas, encontró el pasaje pertinente para su argumentación:

—«Si encontráramos al *homo habilis* vestido, digamos que a la última moda, en las calles de alguna de nuestras modernas metrópolis, probablemente apenas nos fijaríamos en él de no ser por su estatura relativamente pequeña» —cerró el libro—. Ahí lo tienes. La criatura del árbol es un habilino, un miembro de la especie *homo habilis*. Es humano, Paul; es uno de nosotros.

—Es posible que sea así, o que no lo sea, pero de todos modos yo me sentiría obligado a lavarme con agua y jabón después de haberle estrechado la mano.

Ruth-Claire me dirigió una mirada en la que se entremezclaban la piedad y el desprecio, y volvió a dejar el libro en la estantería. Yo, mientras tanto, creé unos versos, que tuve el buen sentido de no declamar en voz alta ante ella, al compás de una vieja cancioncilla de música country titulada Abilene:

Habilino, habilino,
el más peludo que yo he visto.
Ni la Gillette lo deja limpio,
Habilino de mi amor.

Telefoneé al West Bank para ver si Molly se las arreglaba con Hazel y Livia George —dijo que todo funcionaba «a las mil maravillas», una expresión que había aprendido de un petimetre de Atlanta—, y luego convencí a mi ex esposa para que me permitiera pasar la noche en la granja Paraíso... en el sofá del salón, claro. Y sólo por motivos de seguridad. De

mala gana, Ruth-Claire accedió. Luego se pasó toda la noche trabajando en el estudio del desván.

Al amanecer, le oí decirme:

—Todo está bien, Paul. Se ha marchado mientras tú dormías.

Me tendió una taza de café y tomé un sorbo, mientras ella se asomaba por las puertas correderas para echar un vistazo hacia la vacía arboleda de pacanas.

Al mes siguiente, unas tres semanas más tarde, me encontré con Ruth-Claire en el antiguo A&P de Beulah Fork, donde hago casi todas mis compras para el West Bank: carne, frutas, verduras y todo lo necesario. Era el mes de octubre, todavía soleado. El negocio del restaurante empezaba a disminuir ahora poco a poco, hacia la inevitable depresión invernal. Desde que había ocurrido, no había vuelto a pensar más que en tres o cuatro ocasiones en el “incidente Ishi”, o como quieran llamarlo. Quizá ni siquiera creyera que hubiera sucedido en realidad. Todo el episodio tenía una cierta cualidad onírica que no se adaptaba muy bien a las duras banalidades de la vida cotidiana en Beulah Fork. Además, en el condado de Hothlepoya nadie hubo mencionado ni visto a un gnomo negro desnudo corretear por el campo, subirse a los árboles o robar pacanas.

Al principio, mi ex y yo charlamos amigablemente. Ruth-Claire acababa de terminar una pintura original titulada Principados —para la serie de platos de porcelana—, y a principios de diciembre la AmeriCred Company de Nueva York empezaría a aceptar pedidos de suscripción para esta insólita vajilla de Limoges que costaría cincuenta y seis dólares por plato. La artista recibiría un ocho por ciento en derechos por cada plato vendido, una cifra bastante superior a la comisión que se le había pagado en julio por emprender el trabajo. Estaba muy animada, no sólo por el dinero que se disponía a ganar, sino por la perspectiva de llegar a un público más amplio e indudablemente perspicaz. Según le había comunicado la AmeriCred, se publicarían anuncios de la serie en venta por suscripción en publicaciones de tanto prestigio como Smithsonian, Natural History y Relic Collector.

Extendí un cheque de cincuenta y seis dólares y le dije a Ruth-Claire que me inscribiera en la primera oportunidad disponible: ese dinero era mi depósito para la suscripción. Ella dobló el cheque, se lo guardó en el bolso y pareció innegablemente aturdida. Pero también agradecida.

—No tienes por qué hacer esto, Paul.

—Sé que no tengo por qué hacerlo. Quiero un juego de esos platos. Mis clientes van a disfrutar comiendo del Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, por no mencionar las nueve especies diferentes de ángeles.

—En realidad, no están destinados a comer en ellos. Sólo son para exhibirlos.

—¿Una especie de empresa comercial? —le pinché—. ¿Antigüedades por encargo para los *cognoscenti* espirituales que fruncen el ceño ante funciones corporales como el comer y... ummm, ummm-ummm? ¿Qué te parece eso? Puedes terminar dando de comer a los viajeros de una compañía aérea, Ruthie Ce, pero los dos estamos en ese negocio. Y parece como si fuera un negocio con dinero negro... —por extraño que pueda parecer, ella sonrió. Simplemente, sonrió—. Por lo que veo, no has dejado de comer —comenté—; es toda una carga lo que llevas ahí.

Su bolsa de compra contenía seis pollos enteros para asar, cuatro coles, tres latas de frutos secos, cuatro o cinco racimos de plátanos, y varios paquetes de pescado fresco, en su mayor parte mujol y salmonete. Dirigí una cariñosa mirada hacia todo ese botín: Ruthie no había fritado un pollo en su vida, y sabía que despreciaba los plátanos. Todo lo demás tampoco formaba parte de la delicada composición de su dieta, pues su desproporcionada reacción hostil a mi virtuosismo como *chef* y restaurador había hecho que limitara ostentosamente su ingestión, no mucho antes del final, al arroz sin descascarillar, la ensalada de judías, los frijoles, las verduras frescas, el zumo de frutas y algunos lácteos. Esa malévola decisión

tampoco había ayudado a mantener nuestro matrimonio.

—Tengo invitados que vienen de Atlanta —me explicó, bastante a la defensiva—. Gente de las galerías.

—Oh —exclamé por toda respuesta.

Nos miramos el uno al otro durante un rato.

—Supongo que son todos invitados —añadí por fin—. Imagino que no querrás a nadie que no haya sido invitado, ¿verdad?

Ruth-Claire se puso rígida.

—No alimento a los que no han sido invitados. Eso lo sabes. Adiós, Paul. Gracias por aceptar una suscripción.

Ella siguió su camino, y yo el mío. Pensé que para tratarse de alguien que se mantenía a base de comida propia de conejos y de inspiración artística, tenía un aspecto condenadamente bueno.

Más tarde me enteré de lo que había estado sucediendo en la granja Paraíso. A la mañana siguiente de mi estancia nocturna en el sofá del salón, Ruth-Claire trasladó una mesa desvencijada a la arboleda de pacanas. Cada noche dejaba en ella platos de papel y alimentos no cocinados, incluidas algunas nueces en un plato de cristal tallado que en otros tiempos había pertenecido a su madre. Además, dejó sobre una hamaca plegada uno de mis antiguos trajes de fiesta —alterado para una figura más pequeña que la mía—, por si acaso el helado aire otoñal impulsaba al intruso a cubrir su desnudez. Al principio, sin embargo, el habilino no se dejó atraer por este cebo. Ruth-Claire tenía que secar cada día al sol el traje —empapado por el rocío nocturno— en un tendedero, y sustituir por la noche todos los humedecidos platos de papel, y los alimentos babosos por el limo.

Hacia la víspera de Todos los Santos, cuando las temperaturas nocturnas ya rondaban los cero grados, mi ex se despertó una mañana y encontró a la criatura acucillada sobre la mesa, cubierta por una brillante capa de escarcha. La hierba aparecía cubierta de lentejuelas escarchadas; lo mismo sucedía con los pies del habilino. Se estaba comiendo los plátanos sin pellarlos, y temblaba tanto y con tal violencia que la mesa se movía de un lado a otro.

Ruth-Claire se puso el batín y bajó presurosa la escalera. Abrió las puertas correderas y le hizo señas al tipo, indicándole que pasara al interior, donde podría calentarse las extremidades inferiores en la estufa Buck de hierro forjado que había en el hogar de la chimenea. Pero aunque él siguió a Ruth-Claire con la mirada, no se movió. Entonces ella dejó abiertas las puertas de cristal y fue al desván a buscar un juego de lámparas solares, y las distribuyó por la zona del patio, de modo que todas brillaran directamente sobre la casa, como las luces de una pista que condujeran al calor y la seguridad.

El sol empezó a fundir la escarcha. Aproximadamente una hora más tarde, al asomarse por el ventanal, Ruth-Claire vio al habilino saltar de la mesa. Por un momento, pareció considerar la idea de huir a través de la arboleda de pacanas, pero pronto la rechazó para caminar a través del pasillo de lámparas, en dirección a la casa, con la cabeza hundida y los codos separados del cuerpo. Este habilino era un tipo cojonudo, y mi ex pudo ver con toda claridad que esta apreciación no era una simple metáfora. Un pequeño cojonudo con una cara negra.

Con el corazón laténdole atropelladamente, Ruth-Claire bajó la escalera para encontrarse con él. Y ese fue el principio, el verdadero principio de todo.

Aunque con el transcurso del tiempo he descubierto algunas pistas (algunas de las cuales expondré a continuación), no pretendo saber con exactitud cómo logró Ruth-Claire domesticar a este representante de una especie homínida supuestamente extinguida, antepasada de la nuestra; pero probablemente se mostró más atenta con sus sentimientos y

necesidades de lo que se había mostrado con los míos. En pleno invierno, por ejemplo, solía dejar abiertas las puertas que daban al patio, nunca se interponía en sus idas y venidas y jamás se resentía a causa de ellas. Lo alimentaba con todo aquello que le gustara aunque las costillas de cerdo roídas terminaran entre los cojines del sofá, o los nabos medio comidos aparecieran a veces en el plato de la ducha, como poliédricas y pulposas herramientas. Es posible que Ruthie Ce fuera un alma bohemía, pero durante los seis años de nuestro matrimonio había puesto de manifiesto una cierta pasión de clase media por la limpieza y el orden; en más de una ocasión me había hecho pasar un infierno por haber derramado mis enjuagues dentales en su contenedor basculante. A su querido prehistórico, sin embargo, le hacía... demasiadas concesiones.

Creo que hasta le cantaba. Ruth-Claire tiene una voz que posee el delicado resuello de un Garfunkel durante su asociación con Simon, y no me cuesta nada imaginármela entregada a suavizar el salvaje pecho de un toro enjaulado con una sola estrofa de «Sintiéndome cachonda». Al habilino, sin embargo, es más probable que lo engatusara con madrigales, himnos y cancioncillas refrescantes; y aunque siempre ha afirmado detestar la televisión comercial, también ha admitido públicamente utilizar la caja tonta, así como las canciones, para divertir y educar al homínido con el que vive. Aparentemente, él disfruta especialmente con los concursos, las comedias de enredo, los acontecimientos deportivos, y los estudios de la naturaleza. Por medio de los canales de televisión pública, Ruth-Claire lo introdujo a programas como «Calle Sésamo», «Jardinería orgánica» y «La semana de Wall Street», mientras que las redes de televisión por cable, que emiten cualquier cosa, le ofrecían un curso intensivo sobre rituales contemporáneos de vinculación homínida. Indudablemente, todos estos programas fueron tan cruciales para el proceso de domesticación como el cariñoso canto de mi ex esposa.

Pero no me enteré de todo eso hasta una semana o dos después de Año Nuevo. Ruth-Claire conduce hasta Tocqueville para hacer sus compras con mayor frecuencia de lo que acude a Beulah Fork, y nuestro encuentro casual en el A&P le ha hecho tomar precauciones para no volver a encontrarse conmigo, a pesar de que en aquella ocasión obtuvo mi pedido para el primer plato de su serie *Jerarquía Celestial*. El caso es que prefería mantenerse alejada de la ciudad, y yo, por mi parte, no podía acudir a la granja Paraíso sin haber recibido una invitación formal. Las condiciones de nuestro acuerdo de divorcio estipulaban expresamente este último punto, y mi comentario sobre los invitados no deseados durante nuestro breve *tête-a-tête* en octubre le había parecido a Ruth-Claire algo vilmente despreciativo. Quizá incluso fuera ésa la intención que yo había tenido.

En cualquier caso, la víspera de Nochebuena llamé a Ruth-Claire por teléfono y le pregunté si podía acudir a la granja para entregarle un regalo. Ella se mostró de acuerdo aunque un tanto de mala gana, o así me lo pareció. Aunque hacía frío y estaba oscuro cuando llamé al timbre de la puerta principal, ella salió de la casa para saludarme y hablamos en el porche. El gatito persa que había en la caja que llevaba bajo el brazo se acobardó ante la presencia de Ruthie Ce, su glacial pelaje gris perla como la melena de un león alrededor de una cara a lo Edward G. Robinson. Mi ex, sin dejar de emitir arrullos de simpatía, acarició a la criatura por detrás de las orejas, hasta que el gatito empezó a ronronear.

—No puedo aceptarlo, Paul —me dijo entonces.

—¿Por qué no? Tiene un *pedigree* que se remonta hasta Isfahán —eso era mentira, claro, pero a pesar de todo, el gatito lo parecía—. Además, será un cazador de ratones condenadamente bueno. En una granja se necesita un cazador de ratones.

—Simplemente, no puedo dedicarle la atención que necesita —dijo Ruth-Claire al ver mi irritación—. No pensaba que fueras a traerme un animal, Paul. Un suéter, un collar, una novela de terror..., cualquier cosa que no fuera viva la habría podido aceptar con gusto. Pero un gatito es algo muy diferente, y no puedo hacerme responsable de él, por muy dulce y lindo que sea.

Intenté cambiar de táctica.

—¿No puedo entrar para tomar un ponche de huevo? Antes, cuando llegaba la Navidad, este lugar solía oler a ponche de huevo.

—Tengo una visita.

—Un hombre, ¿verdad?

Ella asintió, con expresión un tanto grave.

—Él es... alérgico a los gatos.

—¿Y por qué no puedo conocerle?

—Porque no quiero. De todos modos, es tímido.

Miré hacia el cobertizo abierto para los coches. El Honda Civic azul marino de Ruth-Claire relucía apagadamente bajo las luces de seguridad del patio, pero no vi ningún otro vehículo. Aparte del mío, claro.

—¿Ha venido caminando hasta aquí?

—Hizo *autostop*.

—¿Cómo se llama?

Ruth-Claire me dirigió una sonrisa tortuosa.

—Adán —contestó.

—Adán..., ¿qué?

—Eso no es asunto tuyo, Paul. Estoy cansada de este interrogatorio. Ah, espera un momento... —desapareció en el interior de la casa y regresó al cabo de un momento, con una pieza de Limoges que representaba *Angeles*, su última pintura—. Este es el plato de enero —me explicó—. Durante el transcurso del año pasarás de Angeles a Arcángeles y luego a Principados, hasta llegar al Padre, y me he ocupado de que recibas los otros once sin necesidad de que tengas que pagarlos. Éste es mi regalo de Navidad, Paul —me entregó el plato, mientras tomaba la caja de zapatos con el gatito para que pudiera contemplar con comodidad la frágil porcelana—. Fíjate en el borde. Es oro de veinticuatro kilates, aplicado a mano.

—Hermoso —dije, y la besé ligeramente sobre la frente—. Lleva a ese tal Adán al restaurante un día, Ruthie Ce. Ancas de rana, filete, plato de arroz, *coq au vin*, cualquier cosa que quiera..., por cuenta de la casa. Y para ti, naturalmente, un plato de verduras de verdadero gourmet. Lo digo muy en serio. Acéptalo.

Ella me devolvió mi casto beso, junto con el gatito.

—Así es como te comportabas cuando galanteábamos. Buenas noches, Paul.

—Buenas noches, muchacha.

De regreso a Beulah Fork, el gatito empezó a rondarme por los hombros y los muslos, y a maullar odiosamente. Llegó incluso a enredarse con el volante. Lo hice salir del coche a un par de kilómetros del lugar de Reuben Decker, y luego seguí conduciendo.

En enero, como ya he indicado, empezaron a encajar las piezas del rompecabezas. Ante mi sorpresa, Ruth-Claire llamó para hacer una reserva para ella y Adán en el West Bank; parecía que estaban realmente dispuestos a aprovechar mi oferta. No obstante, y a pesar de que sólo iban a venir ellos dos, Ruth-Claire deseaba tener el restaurante a su disposición, todas y cada una de las mesas. Si les garantizaba ese favor extraordinario, ella me pagaría el equivalente de los ingresos habituales de una noche típica de invierno en un día laboral. Le dije que estaba loca, pero que si ella y su *innamorado* acudían un martes, que era siempre la noche más floja, les ofrecería el establecimiento, así como la cena, en honor de su gran romance. Al fin y al cabo, ya iba siendo hora de que satisficiera una pasión que era erótica, en lugar de simplemente platónica y pictórica.

—Esa es una ironía barata —me acusó.

—¿Cuánta generosidad deseas obtener de mí? —repliqué—. ¿Acaso crees que me gusta representar el papel de Pandaro ante ti y tu nuevo amigo?

—No es lo que tú te piensas, Paul —dijo ella, con voz suave.

Y no, no era realmente lo que yo pensaba.

En la noche acordada, la calle principal estaba desierta, a excepción del coche patrulla de Davie Hutton, que había aparcado perpendicularmente a la carretera, como medida de precaución contra los conductores que sobrepasaran el límite de velocidad. Exactamente a las ocho, al mirar a través de la penumbra, distinguí el Honda Civic de Ruth-Claire, que rodeó cautelosamente el coche patrulla de la policía y aparcó en un lugar libre, frente al West Bank. Luego, ella y su misterioso pretendiente bajaron del coche y subieron los escalones que conducían al restaurante.

Dulce Jesús, por un momento pensé que era un muchacho negro con vaqueros de marca y una chaqueta de maniobras del ejército. Me convencí de que ella no estaba enamorada, sino que sólo se trataba de otra de esas actitudes tuyas de «voy a adoptar a este muchacho retrasado».

Los desacuerdos acerca de formar una familia habían constituido otro de los frentes de nuestra prolongada guerra conyugal. Yo no había querido tener descendencia, mientras que Ruth-Claire siempre anhelaba tener dos o tres clones de los Chicos de Campbell o, en su defecto, un montón de seres dependientes y muertos de hambre procedentes de otros continentes. Estaba firmemente convencida de que era capaz de pintar, comercializar su trabajo y «amadrinar» —ése era el horrendo neologismo que empleaba— sin necesidad de pasarlo demasiado mal. Me rendí a sus argumentos —a la ferocidad de su deseo por el tema—, y durante dos años intentamos procrear un bebé de la misma forma loca y resuelta con la que algunas personas piden por correo cortadoras de césped o parrillas de barbacoa. Nuestra falta de éxito indujo a Ruth-Claire a acariciar la adopción como una alternativa válida a dar a luz un hijo; según afirmaba, el apoyo a diversas instituciones internacionales de ayuda compensaría el élan vital cósmico por nuestro extraño fracaso para fructificar y multiplicarnos. Terminamos por adoptar niños en Somalia, Colombia y Vietnam, y por mantener una relación de dormitorio que habría hecho parecer vergonzosamente libertina la abstinencia de un nonagenario. Como yo no había querido traer a nuestra casa un niño racialmente mezclado, Ruth-Claire decidió unilateralmente que mantener relaciones sexuales conmigo era irrelevante y, en consecuencia, algo de lo que se podía prescindir. Prefería pintar querubines en tazas de té.

Y ahora aquí estaba, en el West Bank, con un lisiado adolescente negro de quién sabe dónde. ¿Te imaginas quién ha venido a cenar?*

—Paul, Adán. Adán, Paul.

Experimenté una doble sacudida, una contenida y sofisticada doble sacudida. En primer lugar, Adán no era un adolescente. Pero lo más asombroso de todo era que se trataba de la misma criatura que había aparecido penosamente desnuda en la arboleda de pacanas de la granja Paraíso, en el mes de septiembre. Iba con los ágiles y retorcidos pies desnudos. Ante un gesto de asentimiento por parte de Ruth-Claire extendió la mano derecha y sonrió con una mueca que fue todo dientes descoloridos y ojos penetrantes y recelosos. Ignoré la mano que se me tendía.

—¿Qué demonios estás tratando de hacer, Ruth-Claire?

—Intento cenar con Adán. Esto es un local comercial racialmente integrado, ¿no es así? Un lugar de comercio interestatal y todo eso. Además, nuestro dinero es tan bueno como el de cualquiera.

* Alusión a la famosa película de Hollywood del mismo título, en que una muchacha blanca de alcurnia presenta a sus padres a su novio de color. (N. del revisor)

—Su color no tiene nada que ver con esto. Como tampoco tu dinero. Él es...

Tuve que tragarme una objeción casi indigesta.

—Adelante, Paul, dilo.

—Es un animal, Ruth-Claire, un animal vestido con ropas humanas.

—A menudo pensé eso mismo de ti.

Volví sobre mis pasos.

—Escucha, Ruthie, el departamento de Sanidad del condado no permite que la gente entre con los pies descalzos en sus establecimientos homologados. Necesita llevar zapatos o, por lo menos, sandalias.

—Aún no he conseguido hacer que se los ponga —Ruth-Claire se adelantó y bajó la mano todavía extendida del habilino, que aún esperaba ser estrechada—. En comparación contigo, Adán es todo cortesía, caballerosidad y consideración. Míralo: se siente aterrorizado por estar aquí, pero se mantiene firme. Intenta imaginar por qué te comportas con él de una forma tan nerviosa y hostil. Eso es algo que a mí también me gustaría saber. ¿Por qué te comportas como un zopenco?

—Debería estar en el zoológico... Bien, no en el zoológico, pero sí al menos en un centro de investigación o algo así. Estás convirtiendo en un muchachito de su casa a una maravilla científica, a un descendiente de otra época geológica. Eso es egoísta, Ruth-Claire. Es patético. Probablemente haya una ley que lo prohíbe.

—Nos sentaremos ahí —dijo mi ex, perentoriamente—. Tráenos dos vasos de agua y un menú.

—¿Sólo un menú?

Ruth-Claire me dirigió una mirada totalmente desprovista de expresión, pero también desdeñosa. Luego, condujo a Adán hacia una mesa del rincón, bajo una escultura-pintura de arpillera (abstracta), que ella misma había completado durante los primeros meses de nuestro matrimonio. Una vez que el habilino se hubo sentado, ya no pude ver sus pies desnudos, puesto que el mantel marrón se los tapaba. Con habilidad, Ruth-Claire tomó las servilletas de lino beige, plegadas en forma de abanico, que yo mismo había colocado antes en las copas de agua, pues parecía decidida a prolongar mi humillación. Esta era mi recompensa por haber puesto el West Bank a disposición de esta absurda parodia de cita amorosa.

Me volví para dirigirme a la cocina. Livia George Stephens, mi cocinera principal, estaba apoyada contra el divisor basculante de metal que separaba el puesto de la caja de la zona del comedor. Había dado la noche libre a Molly Kingsbury, Hazel Upchurch y mis dos camareras habituales. En aquellos momentos, Livia George era todo mi personal. Mientras se frotaba el dorso de una mano con la otra, observó a nuestros clientes con una sagacidad burlona que era genuinamente sagaz.

—Me alegro de verla, señorita Ruth-Claire —dijo en voz alta—. Por lo visto, se ha traído a un amigo que parece tener algo de espíritu en los huesos. Si me da una oportunidad, también le añadiré un poco de carne.

—Se llama Adán —replicó mi ex—. La saludaría, pero es mudo. Estoy segura de que se siente tan complacido de verla como yo misma. Confío en que Paul se haya comportado decentemente con usted.

Livia George dejó pasar como de puntillas esta galantería.

—¿Dónde ha estado? —preguntó al tiempo que señalaba a Adán con un gesto—. Nunca lo había visto antes por aquí, y conozco a casi todo el mundo en esta parte del condado.

—Livia George —intervine—, han venido a comer, no a charlar. ¿Por qué no te ocupas de prepararles algo?

—No puedo preparar nada mientras no sepa qué quieren, señor Paul. ¿O es que quiere que

empiece a cocinar antes de que hayan hecho el pedido?

—¡Lo que quiero es que regreses a la condenada cocina!

Se alejó con expresión hosca, sin dejar de mover las caderas como pistones oxidados. Una vez que se hubo marchado, me acerqué a la mesa para servir el agua y recitar los platos de nuestro menú, en lugar de presentarlos en una carta impresa. A Ruth-Claire le recomendé las setas *sauté*, un plato a base de berenjenas, patatas perla al vapor, una ensalada de espinacas y un *soufflé* de queso cheddar con pimientos troceados y cebollines. Para el pingajo de su acompañante, sin embargo, sugerí hígado a la parrilla y cebollas. Cacahuets sin salar y clara de huevo cocido podrían constituir una buena guarnición de su plato principal, y aconsejé que lo regara todo con un trago tras otro de agua de marca.

—Tomaré exactamente lo que me has recomendado —dijo Ruth-Claire—. Limitate a traerle a Adán lo mismo y nada de sorpresas de muchacho envalentonado, ¿de acuerdo? Agua es lo único que queremos beber. Agua pura de la fuente de Beulah Fork.

Aunque seguí las instrucciones de Ruth-Claire, la cena fue un desastre. Adán lo comió todo con la cuchara. Engulló cada bocado, y cuando encontraba algo que no le gustaba, como por ejemplo las berenjenas gratinadas, intentó apilarlo en el centro de la mesa, como un monumento pétreo delicuescente. Al principio utilizó las manos para esa pequeña demostración de torpeza creativa, y al hacerlo se quemó. Más tarde, cuando la comida ya se había enfriado, terminó el monumento de berenjenas. Nada de lo que Ruth-Claire dijo o hizo para desanimar este proyecto tuvo el menor efecto, y no había forma de mirar hacia el nuevo centro de mesa sin desviar la mirada hacia el propio Adán. Un trozo de espinaca le relucía en el bigote, al tiempo que diez o doce patatas perla abultaban sus carrillos, y vertió con la mayor naturalidad los cubitos de hielo sobre el *soufflé* de queso.

—Es la primera vez que acude a un restaurante público —admitió Ruth-Claire.

—Y también la última, si es que se me permite decir algo al respecto.

Mi ex se limitó a echarse a reír.

—En realidad, lo está haciendo bastante bien. Deberías haber visto las peleas que hemos mantenido por la comida en la granja Paraíso, hace apenas uno o dos meses.

—Sí, la verdad es que siento mucho haberme perdido eso.

Me pregunté si acaso ella creía ser un Pigmalión. Por lo visto, parecía convencida de que podía esculpir una rudimentaria arcilla del Pleistoceno Superior para convertirla en un apuesto caballero del sur. Bueno, me encantaba por las ilusiones que se había hecho.

Desgraciadamente, las cosas no hicieron sino empeorar. Como postre, Ruth-Claire pidió para los dos budín Nesselrode, una de las más atractivas especialidades del West Bank. Adán se llevó el plato a la boca y empezó a comer este delicado manjar como un perro que devorara una lata de Alpo. Sin embargo, después de varios bocados de esta guisa, levantó la cabeza, se le empezaron a hinchar y encoger las mejillas como un pez globo, y terminó por vomitarlo todo sobre la mesa. Entre uno y otro ataque de vómito se le escapaban boqueadas guturales de consternación o sorpresa, y cuatro o cinco minutos más tarde se había librado de toda la cena y de lo que hubiera podido comer antes en ese mismo día.

Ruth-Claire intentó reconfortarlo: le limpió la boca con una servilleta humedecida y le acarició la peluda nuca con los dedos. Hasta entonces, jamás un cliente del West Bank había vomitado los extraordinarios platos preparados en mi cocina, y quizá yo habría necesitado ser reconfortado por Ruth-Claire mucho más que ese mal educado habilino.

—¡Llévalo al salón! —le grité, demasiado tarde para salvar el mantel o mi ecuanimidad—. O mejor aún, ¡sácalo a la maldita calle!

—No está acostumbrado a una comida tan abundante. Yo me encargaré de limpiar todo esto, Paul. Déjalo en mis manos, ¿de acuerdo?

—Pero ¿no te das cuenta de que no se merece todo esto? Es como darle caviar a un

cocodrilo, o filet *mignon* a un estudiante de escuela superior. ¡Es sencillamente ridículo! No sé qué intentas hacer o qué quieres demostrar con esto.

—Silencio, Paul. He dicho que me encargaré de limpiarlo todo y así lo haré.

Livia George la ayudó. Y aquella noche, cuando Ruth-Claire se marchó, dejó tres billetes de cien dólares junto a la caja registradora. Sin embargo, durante el resto de la semana, el West Bank no perdió del todo el olor a desinfectante y un débil hedor a jaula de mono que, gracias a Dios, nadie más que yo pareció capaz de detectar.

—Está viviendo con eso —le dije al hombre joven sentado ante la abarrotada mesa, con las manos por detrás de la cabeza y los codos extendidos hacia adelante como las alas de un pollo—. Ella está viviendo con eso desde octubre.

—Los tiempos han cambiado, señor Loyd. Vivir y dejar vivir.

—Pero no se trata de otro hombre, doctor Nollinger. Es decir, se trata de un macho, sí, pero no es..., bueno, humano. Es una variedad de mono erectus.

—¿Un homínido?

—Esa fue la palabra que empleó Ruth-Claire para designarlo, sí. Homínido, habilino o algo así. Por el amor de Dios, no es más que un primate prehistórico. Por esa razón he conducido hasta aquí, para hablar con alguien que pueda estar interesado.

—Podría haberme llamado por teléfono, señor Loyd. El teléfono podría habernos ahorrado mucho tiempo a los dos.

—Beulah Fork es una ciudad pequeña, doctor Nollinger. Una ciudad muy pequeña. Ni siquiera puede uno marcar directamente sin que la vieja Edna Twigs se entrometa para decir que va a intervenir para solucionar una discusión. Luego se mantiene siempre a la escucha y respira ruidosamente por la nariz. Es posible que los tiempos hayan cambiado, pero la cohabitación bestial sigue siendo un hueso demasiado duro de roer para los que viven en el condado de Hothlepoya. Me comprende, ¿verdad?

—¿Un habilino ha dicho?

—Quiero que lo saque de allí. Puede ser peligroso. Ciertamente, es algo inculto. Eso no pertenece a la granja Paraíso.

Brian Nollinger dejó caer las manos sobre el regazo e hizo chirriar la silla giratoria hacia la ventana de su solitario despacho. Era un hombre delgado, de poco más de treinta años, que llevaba botas de vaquero con tacones, pantalones de pana de color beige, una camisa Madrás de manga corta con cuello abotonado hasta abajo, gafas con montura metálica, y un cerdoso bigote a lo Fu Manchú, con un incongruente corte de cabello militar. Al otro lado de la ventana, una familia de macacos de cola corta se apelotonaba al débil sol invernal, en una zona vallada para el ejercicio, perteneciente a su exclusivo puesto rural del Centro Yerkes para Primates, a unos dieciocho kilómetros al norte de Atlanta.

Nollinger era un profesor adjunto de antropología en la Universidad Emory, pero una beca gubernamental para estudiar los efectos de la adicción forzada a ciertos tipos de anfetaminas entre los representantes de una especie de primates, le había permitido disponer de un despacho en este puesto rural, así como acceso experimental a los veinte monos extrañamente abigarrados que ahora tomaban el sol de febrero junto a su camión-jaula dotado de calefacción. Parecían estar muy despiertos y nerviosos, «hipervigilantes», por emplear la misma palabra que utilizó Nollinger. Dada la naturaleza de su estudio, eso no me sorprendió gran cosa.

—¿Por qué no escribe a Richard Leakey, o a Alistair Patrick Blair, o a cualquiera de los otros paleoantropólogos africanos que se especializan en homínidos prehistóricos? —preguntó Nollinger—. Aprovecharían inmediatamente cualquier oportunidad que se les presentara para arrebatar un fósil vivo de las manos de la señorita Loyd. Tengo la impresión

de que eso aseguraría para siempre la fortuna y la fama de cualquier científico anónimo. Leakey y Blair no harían sino encumbrarse más.

—¿No está usted interesado en la fama y la fortuna?

—Naturalmente, pero en dosis modestas.

Evitó mirarme a los ojos. Observaba fijamente la litografía de un habilino del río Ishasa que adoptaba doce posturas diferentes y típicas, desde una erguida y elegante, hasta otra en la que caminaba recelosamente sobre la alta hierba del este de África.

—No cree lo que le he contado, ¿verdad?

—Es un poco como oírle decir a alguien que ha visto un dinosaurio vadeando el Chattahoochee, señor Loyd. Póngase en mi lugar.

—No soy un chiflado, doctor Nollinger. Soy un respetado hombre de negocios, sin antecedentes de enfermedad mental o de llevar a cabo actividades no provechosas. Además, mi esposa..., quiero decir, mi ex esposa, es una pintora de fama nacional. Si le ocurriera algo porque usted se ha negado a investigar la cuestión..., bueno, el mundo del arte habría sufrido una pérdida tan grande como la que sufriría el mundo de la ciencia. Lo dejo en manos de su conciencia, doctor Nollinger. ¿Podrá vivir con las consecuencias de una negligencia tan reprensible?

Me levanté, dispuesto a marcharme. Finalmente, sin dejar de acariciarse el bigote a lo Fu Manchú, el joven antropólogo se volvió a mirarme.

—Señor Loyd, después de dos o tres años como investigador, todo científico competente desarrolla un buen olfato para los chiflados.

—Muy bien. Continúe.

—Ha venido usted aquí como un chiflado. He detectado en sus ojos esa misma mirada conminatoria que los identifica, y también la misma y tradicional expresión combativa —se detuvo un momento, antes de añadir:—. Pero no habla como un chiflado. Habla como un hombre desconcertado por algo que no sabe cómo afrontar.

—¡Bingo! —exclamé.

—No creo que se haya inventado todo esto, señor Loyd. Eso exigiría algo de imaginación. —sonrió—. Así que le ayudaré —afirmó, dejando de sonreír—. Con una condición.

—Le escucho.

—Envíeme una fotografía o dos, o todas las que pueda, de ese espécimen desposeído de *Homo habilis*. Utilice una Instamatic, o una Polaroid y consiga alguna prueba. No me gustaría iniciar una empresa desatinada, y menos en un lugar tan tranquilo como Beulah Fork.

—Tendrá sus fotos —le aseguré.

En mi camino de regreso hacia el aparcamiento, pasé junto a una docena de comunidades confinadas de gorilas, orangutanes, chimpancés pigmeos, monos rhesus, y primatólogos con gafas, todos ellos igualmente inescrutables en cuanto a sus obsesivos estados mentales y deseos. «Somos una familia»*, dice una reciente canción popular, pero, que yo recuerde, en toda mi vida me he sentido cerca, espiritualmente cerca, de ninguna otra criatura viva, a excepción de mi querida y perdida Ruth-Claire. ¿Por qué demonios había preferido a un hombre-mono cuando mi pobre alma humana todavía anhelaba unirse con la suya?

Para conseguir una fotografía de Adán, tuve que deslizarme a hurtadillas en la entumecedora oscuridad invernal hasta la granja Paraíso, en clara violación de la promesa legal que le había hecho a Ruth-Claire. Afortunadamente ningún perro patrullaba por la propiedad —de otro modo, ni el propio Adán podría haberse acercado subrepticamente a la

* Se trata de “*We are family*”, de la agrupación Chic. (N. del revisor)

arboleda de pacanas—, y pude así subirme a un magnolio cercano al cuarto de baño de la planta baja sin traicionar mi presencia. No llevaba conmigo una Instamatic o una Polaroid, sino una costosa Minolta con teleobjetivo y película de alta velocidad, para hacer fotos en la penumbra o casi sin luz.

El voyeurismo no es uno de mis vicios habituales, pero cuando Ruth-Claire entró esa noche en el cuarto de baño para ducharse, empecé a temblar. Las amarronadas hojas del magnolio se pusieron a crujir como castañuelas, imitando los efectos de un brutal viento invernal. Miré —debo confesarlo—, pero no tomé fotos de Ruth-Claire; la única foto que existe de su encantador cuerpo desnudo es la que todavía arde en mi propia mente. Estuve a punto de desvanecerme cuando ella se incorporó totalmente desnuda de la bañera, se secó las extremidades y los costados con una toalla de color espliego, y desapareció de mi vista como una ninfa clásica. Cada uno de esos tres casi desvanecimientos fue como un orgasmo metafísico del orden más superior. Es que hacía ya mucho, mucho tiempo.

La luz del cuarto de baño se apagó y empezó a soplar entonces un verdadero viento, que cruzaba la arboleda de pacanas, procedente del este de Alabama. Tuve que aferrarme a la rama en la que me sostenía. Por lo visto, Adán y yo habíamos intercambiado nuestros puestos, y no me divertía lo más mínimo la extrañeza que me causaba esa inversión. Las cifras luminosas de mi reloj indicaban que eran las nueve cuarenta y ocho. ¿Tenía mi rival habilino la costumbre de aliviarse entre los bosques? ¿Y si insistía en bañarse en White Cow Creek, incluso en pleno invierno? En tal caso, nunca entraría en este cuarto de baño, y yo nunca lograría fotografiarle. El doctor Nollinger me despreciaría como a un excéntrico de la peor especie. Había cometido un error.

A las 11.04, sin embargo, Adán entró en el gran cuarto de baño cubierto de azulejos. Llevaba la parte inferior de una larga ropa interior térmica y portaba lo que me pareció el cadáver de una ardilla. Se metió en la bañera, y después de llenarla con una gran cantidad de agua, procedió a desgarrar y devorar el roedor muerto. Lo hizo con habilidad y con gusto. Utilicé todo el rollo de película para tomar fotos del sucio proceso, después de lo cual, y espontáneamente, vertí mi propia cena sobre los matojos que había al pie del magnolio. Según dicen, descargar es juego limpio.

A finales de esa misma semana le envié a Brian Nollinger copias de las fotos reveladas, acompañadas por una larga carta en la que atestiguaba su autenticidad. Añadí una posdata que decía: «Ahora, la pelota está en su tejado, doctor».

El profesor de antropología era una de esas personas de ciudad que se niegan a tener un coche. Llegaba al campus de Emory ya fuera a pie o en bicicleta, y para acudir al puesto rural de Yerkes aprovechaba los coches de sus colegas que iban en esa misma dirección. Llegó a Beulah Fork a mediados de marzo en un autobús de la Greyhound, y me encontré con él delante de la lavandería de Ben Sadler (conocida localmente como “la lavandería de la parada de la Greyhound”), en la calle principal.

Después de presentar a Nollinger como mi sobrino a Ben (encargado de la lavandería y agente expendedor de billetes de autobús), conduje al recién llegado hacia el West Bank. Allí era donde vivía desde hacía un año, en la habitación de almacenamiento que había arriba, mientras que tomaba adecuadamente todas mis comidas en el restaurante. Aunque podría haberme permitido construir una casa propia, o al menos alquilar un chalet de vacaciones cerca de los Jardines Muscadine, me negué a hacerlo, con la obstinada expectativa de que Ruth-Claire y yo pudiéramos reunirnos finalmente en la granja Paraíso.

—Lléveme allí —dijo Nollinger esa misma tarde, mientras tomaba una Budweiser fría en el restaurante.

—Antes tengo que llamar. Y si le digo a ella por qué queremos ir, se negará a recibirnos.

Mi «sobrino» extendió las fotos de Adán sobre el mantel amarronado.

—No tuvo usted invitación para tomar estas fotos, señor Loyd. ¿A qué viene mostrar

ahora una conducta tan correcta y remilgada?

—Mi falta de escrúpulos tiene límites muy bien definidos.

Nollinger se rió disimuladamente, como un muchacho. Luego, tabaleó con un dedo sobre las fotos.

—Adán, como su esposa llama a esta criatura, es definitivamente un protohumano, señor Loyd. Aunque soy un primatólogo y antropólogo físico, y no un ávido buscador de fósiles, como Leakey o Blair, pondría en juego mi reputación... —reflexionó un momento antes de añadir—. Es decir, establecería mi reputación si lograra demostrar algo así. Adán parece ser un ejemplar vivo y saludable del homínido conocido como *Homo habilis*, o bien como *Homo zarakalensis*, lo que sólo depende del experto internacional que se prefiera consultar. En cualquier caso, su esposa no tiene ningún derecho a mantener a su extraño amigo oculto y de incógnito en la granja.

—Eso es exactamente lo que yo he pensado. Edna Twiggs terminará por descubrirlo tarde o temprano, y Ruth-Claire tendrá mucho que pagar en Beulah Fork.

—Quiero decir, señor Loyd, que la más básica obligación de su esposa consiste en ayudar al progreso de nuestros conocimientos sobre los orígenes humanos.

—Esa es una forma muy limitada de considerar las cosas. Ella también tiene que considerar su propia reputación.

—Escuche, señor Loyd, ¿no se ha preguntado cómo es que un homínido prehistórico ha aparecido en una arboleda de pacanas en la zona occidental de Georgia?

—Un cóndor lo dejó caer. O se escapó después del descarrilamiento de un tren circo. Realmente, eso no me importa, doctor Nollinger. Lo único importante para mí es su presencia ahí fuera, y no los complicados detalles de su llegada.

—Está bien. Pero creo saber cómo llegó hasta aquí.

Tomamos otra cerveza. Mi visitante se tomó la suya malhumoradamente, mientras yo le explicaba que el mejor método para acceder a Ruth-Claire podría ser que Nollinger se disfrazara de empleado de la compañía Eléctrica de Georgia que iba a leer el registro del contador de la luz. Mientras anotaba los kilovatios consumidos en febrero, podría fingir una indisposición repentina y pedir permiso para ir al cuarto de baño o para tumbarse en un sofá. Ruth-Claire era una boba cuando se trataba de ayudar honestamente a gente con problemas, y Nollinger podía comprar en la tienda de Plunkett Bros., allí mismo, en la ciudad, una camisa y unos pantalones como los utilizados por los empleados de la Georgia. Una vez que estuviera dentro de la casa, ¿quién sabe lo que podría ocurrir? Quizá Ruth-Claire decidiera presentarle a su hirsuto huésped y pudiera establecerse una relación provechosa entre el habilino y el antropólogo.

Nollinger se limitó a emitir un gruñido, mientras se retorció los extremos rubio platino de su bigote a lo Fu Manchú.

—¿Qué le parece? —le pregunté.

—Creo que sería mejor presentarme allí como agente del departamento de Inmigración y Nacionalización —contestó con cierta arbitrariedad—. En mi opinión, se podría presentar una acusación verosímil por la que se consideraría a Adán como un extranjero ilegal.

—¿De veras? ¿Cómo, señor profesor?

Nollinger se embarcó en una prolongada explicación. Dejándose llevar por un impulso, le había mostrado tres o cuatro de las fotos de Adán a una de sus mejores amigas en Emory, Caroline Hanna, una joven mujer doctorada en sociología. Nollinger mantenía una relación seria con Hanna, y sabía que ésta no traicionaría la confianza que depositaba en ella. Sin embargo, las fotos habían causado un efecto extraño en Caroline. Al verlas, se sintió impulsada a revelar que en sus horas de trabajo extra con detenidos cubanos en la penitenciaría de Atlanta había conocido a un endurecido criminal de La Habana que había

formado parte de la flotilla de la Libertad en 1980, y quien le confesó que, de todos modos, tenía que estar en prisión, ya fuera en Cuba o en Estados Unidos.

Por lo visto, el tío Fidel había liberado a este asesino de la prisión de La Habana con la expresa condición de que emigrara y cometiera cincuenta y siete variedades diferentes de mutilaciones criminales en las personas de otros tantos capitalistas estadounidenses que no sospechaban nada y que le tenían manía personal. En lugar de eso, había huido hacia la costa norte de Cuba en un jeep robado del ejército, desde donde más tarde se dirigió a pie hasta Punta Gorda. Allí, después de permanecer oculto durante casi dos semanas, se hizo a la fuerza con el mando de un barco de pesca, pilotado por un rico haitiano con fuertes simpatías anti-Duvalier, y por lo tres tripulantes más extraños que jamás hubiera visto el criminal.

—¿Y qué hacía un haitiano en aguas cubanas? —le pregunté a Nollinger.

—Probablemente transportar armas comunistas a la mal organizada guerrilla que se oponía a Duvalier y que actuaba en las zonas cubiertas de selva de los alrededores de Port-au-Prince. Según Caroline, el cubano le dijo que el barco todavía no había recibido ningún cargamento cuando sorprendió al traficante de armas cerca de Punta Gorda. Acuchilló al haitiano y lo arrojó por la borda. Después, se dio cuenta de la presencia de tres enanos semidesnudos, que le observaban desde detrás de los aparejos de pesca y las cajas amontonadas en la popa del barco. Le recordaron a monos inteligentes, y no sólo a enanos de aspecto animal, y le hicieron sentirse intensamente incómodo. Los acechó con una pistola que encontró oculta en la cabina del piloto, e hirió mortalmente a dos de aquellos tres testigos mudos de su crimen. Sus nudosos y pequeños cadáveres siguieron el mismo camino que el cuerpo mulato del capitán, y el criminal se dispuso a dar caza al último de aquellos extraños hombres enanos, que se escabulló por el barco para escapar de sus iras.

—¿La tripulación del traficante de armas estaba compuesta por habilinos? —Nollinger había logrado despertar mi curiosidad por primera vez aquella tarde.

—Creo que sí, señor Loyd, pero lo único que hago ahora es contarle la versión de Caroline sobre la narración que le hizo el criminal cubano acerca de su viaje de huida a Key West. Usted mismo puede sacar sus propias conclusiones.

—¿Qué ocurrió con el último miembro de la tripulación?

—Los cubanos con los que trabajaba el traficante de armas haitiano, que habían planeado reunirse con él para cargar las armas en el barco, lo abordaron y detuvieron al asesino. También capturaron al aterrorizado homínido y confiscaron el barco del haitiano. Nuestro detenido en la prisión de Atlanta afirma que estos misteriosos intermediarios cubanos, todos ellos con el rostro cubierto de negro de humo, lo separaron del miembro superviviente de la tripulación y los enviaron a los dos al puerto de Mariel, para el cruce hacia Estados Unidos. El informante de Caroline ya no volvió a ver a aquel extraño enano. A pesar de todo, está absolutamente seguro de que esa criatura llegó a Florida en uno de los barcos atestados que formaron la flotilla de la Libertad. Entre muchos de los refugiados abundaron los rumores acerca de la existencia de un pequeño mudo peludo, con pantalones de marinero, que los animó a todos con sus extrañas muecas y bromas. Sin embargo, una vez completada la travesía, desapareció entre las dunas antes de que las autoridades de inmigración pudieran detectarlo, como hicieron finalmente con todos aquellos que terminaron por ser encerrados en campos o prisiones estadounidenses.

—¿Sería Adán? —pregunté.

—Parece bastante probable, señor Loyd. Además, esta historia encaja perfectamente con el hecho de que su ex esposa no haya tenido demasiados problemas para domesticar o amansar al habilino, como cabría esperar. Aunque por lo visto regresó a sus hábitos naturales mientras cruzaba Florida, evitando a propósito los grandes centros de población, los primeros días pasados en una diminuta isla frente a la costa de Haití debieron de familiarizarlo al menos con unas pocas de las trampas de la civilización. Su esposa, aunque ella no lo sabe, no ha hecho sino recordarle a Adán esas cosas, en lugar de inscribirlas dolorosamente en una hoja en blanco.

Durante un rato tomamos nuestras cervezas en silencio, mientras reflexionaba sobre lo que Nollinger me había contado. Quizá explicara eso cómo había llegado Adán desde Haití (de entre todos los lugares posibles) hasta la zona occidental de Georgia, pero no explicaba cómo era posible que varios representantes del *homo habilis* habían terminado por habitar en una minúscula isla situada frente a la isla más grande de La Española, más de un millón y medio de años después de su desaparición del África oriental. ¿También tenía el profesor Nollinger una explicación para eso?

—A partir de la información que me transmitió Caroline —me contestó—, efectué discretas investigaciones en los fondos antropológicos e históricos de la biblioteca de Emory. En primer lugar, descubrí todo lo que pude sobre la isla situada frente a La Española, de donde el rico haitiano había tomado a la fuerza a su tripulación. Se llama Montaraz, señor Loyd, y fue originalmente una posesión española, y no francesa. No obstante, a mediados de los años veinte del siglo pasado, un estadounidense llamado Louis Rutherford, un aristócrata de Nueva Inglaterra que actuaba en el servicio diplomático de nuestro país, compró la isla de Montaraz al asesor militar del presidente haitiano Jean Fierre Boyer. Eso se produjo durante la ocupación haitiana de la República Dominicana, que había declarado su independencia de España en 1821.

»Los dominicanos consideran sus veintidós años de yugo a la autoridad haitiana como un período de bárbara tiranía, pero uno de los verdaderos logros de Boyer fue la emancipación de los esclavos dominicanos. En Montaraz, sin embargo, en la bahía de Manzanillo, Louis Rutherford reinó como dueño supremo, y sus propios sentimientos liberales no le indujeron a liberar a sus trabajadores negros, mulatos y españoles-arawak, ni tampoco a pagarles por su contribución al éxito de sus plantaciones de cacao y de café. Nombró a un apoderado para que se ocupara de dirigir sus empresas, y dividió su tiempo entre Port-au-Prince y la propiedad familiar en Vermont.

—No veo que todo eso tenga nada que ver con Adán, Ruth-Claire o yo mismo —le dije.

Mis primeros clientes empezarían a llegar dentro de una hora. Además, esperaba que se presentaran en cualquier momento Livia George, Hazel Upchurch y Molly Kingsbury, seguidos de inmediato por mis dos camareras del turno de noche. Nollinger aparentó ignorancia o indiferencia ante mis preocupaciones por el negocio; se dirigió a la cocina para servirse otra Budweiser y regresó a la mesa tomando un trago directamente de la lata, como un atleta agotado e insuficientemente nutrido que tomara Gatorade. Sin embargo, conservó la presencia de ánimo y reanudó sobriamente el recuento de la historia.

—El caso, señor Loyd, es que en 1836 Rutherford fue enviado a la corte del sultán Sa'id ibn Al Bu Sald, en la isla de Zanzíbar, frente a la costa oriental africana. Nosotros, los estadounidenses, fuimos los primeros en establecer acuerdos comerciales con Sayyid Sald, y los primeros en establecer un consulado en su capital comercial en el océano Índico occidental. Rutherford se marchó debido a su «valiosa experiencia» en La Española, donde había tenido que tratar con los haitianos conquistadores y con los dominicanos desafiantes, una situación que, según algunos funcionarios estadounidenses, tenía ciertos paralelismos con la de la costa del África oriental, donde Sayyid Sald intentaba imponer su autoridad sobre las ciudades portuarias continentales de Mombasa, Kilwa y Bravanumbi.

»Además, y a pesar de las objeciones morales de los británicos, Zanzíbar contaba con un floreciente mercado de esclavos, y Rutherford, como bien sabían sus colegas estadounidenses, reconocía los imperativos comerciales que impulsaban, incluso a personas tan amables como Sayyid Sald y él mismo, a tolerar los aspectos más sórdidos de la institución, con objeto de obtener un beneficio. Era la misión perfecta para Rutherford.

»Dos años después de su llegada a Zanzíbar, aproximadamente por la misma época en que estaba previsto el regreso a su país, Rutherford se enteró de la existencia de un grupo extraordinario de negros, de los que se rumoreaba que eran pigmeos, o bosquimanos peludos, que varios guerreros kikembu habían llevado ante los representantes del sultán, en la ciudad portuaria continental de Bravanumbi, donde fueron vendidos para su embarque inmediato hacia Zanzíbar o Pemba, para que trabajaran en las plantaciones de clavo de Sayyid Sald. Los

guerreros kikembu llamaban a sus cautivos «pequeños que no hablan», y afirmaban haber encontrado a estos diecinueve extraños ejemplares casi humanos viviendo en un sistema de cuevas y madrigueras en las remotas colinas Lolitabu, de Zarakali.

»Los guerreros habían descubierto esas cuevas por casualidad, después de haber observado a uno de aquellos extraños enanos, un macho, desaparecer por una hoquedad con dos liebres muertas y un capazo de piel lleno de frutos secos y tubérculos. A continuación, los cazadores procedieron a hacer salir a los enanos de sus madrigueras mediante el empleo de humo. Cuatro o cinco de ellos prefirieron morir en su árido laberinto antes que salir a la superficie y afrontar a los alegres guerreros kikembu, pero los restantes fueron capturados y atados.

»Un secuaz omani de la corte de Sald le dijo a Rutherford que acudiera al mercado de esclavos de Zanzíbar, para ver a aquellos extraordinarios hombres-mono. Se los mantenía aparte de los otros esclavos, para evitar que fueran heridos a manos de los negros más corpulentos, con los que tendrían que competir para encontrar amos. También era posible que los compradores potenciales iracundos les causaran daño. Al fin y al cabo, indicó el secuaz, lo que se busca en un esclavo es fortaleza, y no delicadeza o complexión nervuda.

»Rutherford acudió al mercado y se las arregló para ver en privado a los recién llegados de Zarakali. Por lo visto, se sintió entusiasmado a la vista de aquellas criaturas, y quiso quedarse con todo el lote. Se los compró a los representantes de Sayyid Sald con dinero en efectivo y prometió hacer todo lo que pudiera por establecer un comercio de cacao y clavo entre Montaraz y Zanzíbar. Cuando abandonó la corte del sultán, dobló el cabo de Buena Esperanza en una nave cargada de sedas, especias y un pequeño cargamento de habilinos, aunque, naturalmente, nadie los llamaba habilinos en aquellos tiempos. Se trataba de enanos, de hombres-mono, de curiosidades. Rutherford confiaba no sólo en ponerlos a trabajar en Montaraz, sino hacerlos reproducirse hasta formar una población que se autoperpetuara. Más tarde, ya en Estados Unidos, los explotaría, al menos a algunos de ellos, por el valor de novedad que tenían.

—Supongo que eso nunca llegó a hacerlo.

—Rutherford murió en Montaraz en 1844, el mismo año en que Santo Domingo recuperó la independencia de los haitianos intrusos; su propiedad sobre la isla pasó a manos de seguidores de Pedro Santana. Hasta este momento no está claro qué sucedió con los catorce diminutos negros que sobrevivieron al viaje desde África oriental, y a los que la esposa de Rutherford se refirió en una ocasión en una carta dirigida a la esposa de otro diplomático, considerando que se trataba de «simpáticos y pequeños elfos que eran, muy probablemente, la descendencia de chimpancés y de corrompidos negros de Zarakali».

»Sólo tenemos conocimiento de su existencia porque la señora Rutherford actuó como secretaria de su esposo y mantuvo una voluminosa correspondencia con sus parientes en Boston y Montpelier. Obtuve una parte de esta información a través de los servicios de préstamo y fotocopiado de la biblioteca, y estoy virtualmente convencido de que no hay nadie en el mundo que posea indicios de la importancia, y yo casi diría asombrosa importancia, del material que he logrado reunir y sintetizar en apenas dos semanas y media de investigación. Es el mayor logro científico de toda mi vida.

—Bestias inyectando macacos con No Dbz, ¿no es eso?

Empecé a preparar las mesas, a extender las servilletas y preparar la vajilla de plata. Cuando Nollinger se disponía a replicar a mi sarcasmo, Livia George apareció ante la puerta. Mientras el antropólogo recogía las fotos para que no las viera, yo le dije:

—Este es mi primo de Atlanta. Se quedará unos días con nosotros.

—Sobrino —me corrigió Nollinger, al tiempo que se levantaba para la presentación.

—Correcto —admití—. Sobrino.

Livia George se acercó y estrechó la mano de Nollinger.

—Encantada de conocerle. Está usted demasiado delgado, no tiene más que piernas y omóplatos. Quédese unos cuantos días por aquí y haré que se ponga tan fuerte como un mozo de almacén.

—Eso es una promesa, no una amenaza —me apresuré a informar a Nollinger.

—Gracias —asintió él con recelo—. Gracias, señora.

Ruth-Claire no acudió a la ciudad en los dos días siguientes, y Nollinger me presionó para que lo llevara a verla. Según me dijo, echaba de menos sus clases matinales en Emory y un colega del puesto rural tenía que encargarse de aplicar las inyecciones diarias de anfetaminas a sus macacos podridos por las drogas. No podía permanecer durante mucho más tiempo en Beulah Fork. ¿Quería ayudarlo a apartar a Adán de la vida de Ruth-Claire o no? Si era así, tenía que cooperar. ¿O acaso lo había hecho venir desde Atlanta sólo para confinarlo en el tenebroso dormitorio compartido en la buhardilla? ¿Tan desesperado estaba por tener un compañero de cuarto?

Yo estaba dispuesto a cooperar. Mi fingido sobrino no comía más que filetes medio hechos y extravagantes ensaladas aderezadas con roquefort, todo ello a mis expensas. Además, y para entretenerse entre su comida final del día y su hora de acostarse, que era la de los buhos, se dedicaba a tocar con una cierta habilidad melancólica una especie de flauta hecha a mano, y lo hacía con una intemperancia que no tardó en sabotear mi consideración hacia él. Según me dijo mientras permanecíamos tumbados en nuestros camastros, en la oscuridad, a veces tocaba la flauta para sus animales experimentales en el puesto rural, y la música aplacaba incluso a los machos más agitados y belicosos. Admitió que no era un acto muy científico, porque introducía un elemento extraño en las observaciones que hacía sobre su comportamiento, pero le resultaba difícil negarles ese placer, al menos completamente.

—Yo no soy un macaco —le dije.

Pero Nollinger pasó por alto la crítica implícita y la indirecta.

Tampoco estaba yo tan desesperado por tener un compañero de cuarto. Así que al día siguiente me tragué mi orgullo y llamé por teléfono a Ruth-Claire. Le expliqué que un joven que admiraba mucho su trabajo había pasado por el West Bank para solicitar ser presentado a ella. ¿Le parecería bien que lo llevara? No me parecía que fuera: 1) un marchante de arte, 2) un vendedor, 3) un miembro de un conjunto musical, 4) un muchacho de escuela superior que preparaba un ensayo, o 5) un loco de atar. Me gustaba su aspecto y su actitud.

—¿Es tu sobrino, Paul?

—¿Qué?

—Edna Twiggs me dijo ayer que tu sobrino se alojaba contigo.

—Así es, Ruth-Claire. Es mi sobrino.

—Tú no tienes ningún sobrino, Paul. Hasta Edna Twiggs sabe eso. Y ello se debe a que no tienes hermanos o hermanas.

—Tenía que decirle algo a la gente de la ciudad, Ruth-Claire. No se quedan tranquilos hasta que no han calibrado y encasillado a todo extraño que venga de visita. Ya sabes cómo pueden ser algunos de ellos. No quería que se extendiera por ahí la noticia de que me había establecido a vivir con otro tipo.

—No hay muchas posibilidades de que suceda eso —dijo Ruth-Claire—. Pero ¿a qué viene esta pequeña intriga y engaño, cariño? ¿Cuál es la verdadera historia que hay tras todo esto?

Me vi obligado a improvisar.

—Estoy pensando en vender —me apresuré a decir—. El se llama Brian Nollinger, y es un potencial comprador. Ninguno de los dos queremos admitirlo públicamente, para no confundir

a nadie si finalmente no llegamos a un acuerdo. Intentamos impedir la desilusión e incluso el regocijo precipitado. ¿Lo entiendes?

—¿Vender? Pero, Paul, si a ti te encanta ese lugar.

—Hubo un tiempo en que me gustaba. Pero durante este último año y medio sólo lo he mantenido porque pensé que podíamos volver a vivir juntos. Pero eso empieza a ser cada vez menos probable, ¿verdad?

Ruth-Claire se quedó tan silenciosa que por un momento temí que hubiera colgado. Finalmente, dijo:

—No entiendo por qué tu comprador potencial desea conocerme.

—Lo que te he dicho en cuanto a que admira tu trabajo es cierto —le mentí—. ¿Te acuerdas de las pinturas tridimensionales que hiciste para la sala Contemporánea del Museo de Atlanta? Pues ha ido a verlas cuatro o cinco veces desde que las expusieron. Vamos, Ruthie. A él le gustaría conocerte personalmente. Le dije que lo recibirías. Eso puede ayudarme a rematar la venta.

También esta vez fue lenta en responder.

—Paul, hay un par de razones por las que me siento reacia a ofrecerte esa clase de ayuda —guardó silencio, y dejó que meditara sobre las implicaciones—. Pero está bien —añadió un momento más tarde—. Tráelo. Dejaré mi trabajo de lado y le diré a Adán que se pierda por ahí durante una hora o así.

Colgó, antes de que yo pudiera darle las gracias. Mientras mantenía esta conversación, Nollinger había permanecido a mi lado.

—Yo no sé nada acerca de cómo llevar un restaurante —dijo con nerviosismo—. Y por lo que se refiere al arte, tampoco es que sepa mucho.

—¿Sabe usted lo que le gusta?

—¿Cómo ha dicho?

—No importa —le dije—. Salgamos de aquí.

A pesar de su talento musical y de sus títulos en antropología y en comportamiento de los primates, Nollinger no había mentido en cuanto a su ignorancia del arte. Me enteré de la desconcertante amplitud de su ignorancia durante nuestro trayecto a la granja Paraíso. Ávido por evitar que descubriera el pastel demasiado pronto, lo interrogué y lo aleccioné durante el trayecto. Aunque no desconocía del todo a celebridades renacentistas como Leonardo da Vinci y Miguel Ángel, parecía haber abandonado sus clases de historia del arte justo cuando se adentraban en la terra incógnita del siglo XVII. No sabía prácticamente nada sobre el impresionismo, el postimpresionismo y los movimientos más influyentes del siglo veinte. Confundía a Vincent van Gogh con las obras de fantasía de un autor popular de ciencia ficción*, estaba convencido de que Pablo Picasso todavía vivía en Francia, y afirmó vigorosamente que N. C. Wyeth era mucho mejor pintor que su hijo, Andrew, que sólo pintaba cobertizos y personas inmóviles. Ni siquiera había oído hablar de los artistas contemporáneos a los que Ruth-Claire estimaba más.

—Es usted un farsante —le dije con aversión—. Ella se lo olerá todo en apenas tres minutos, si es que tarda tanto.

—Mire, señor Loyd, fue usted quien urdió esa estúpida historia.

—Lo sé —admití—. Lo sé.

—¿Por qué no nos limitamos a decirle la verdad?

—Si le hubiera dicho la verdad, no habría podido llevarle allí —le dije, al tiempo que introducía el coche por el camino de gravilla que conducía a la casa—. Estaría todavía en

* Se trata, sin duda, de Van Vogt. (Nota del revisor)

Beulah Fork, tocando la flauta, a la espera de su siguiente comida y sin saber qué hacer.

La mandíbula de Nollinger se puso rígida. Se tragó con un visible esfuerzo la respuesta que había pensado darme. Me sentí preocupado por el aspecto de feroz resolución interna que repentinamente empezó a irradiar de él.

Ruth-Claire salió a recibirnos al porche; estrechó la mano de Nollinger y nos hizo pasar al interior de la casa. Nos quedamos de pie en el vestíbulo, abarrotado de esculturas, como visitantes que esperaran a su guía en un museo. Era la primera vez que había traspasado el umbral de la casa desde septiembre, y el débil pero nauseabundo hedor a mono que Adán había dejado en el West Bank era tan evidente aquí como el moho en un trozo de queso. Nollinger también lo notó, como el incongruente aroma de los macacos en la casa de un párroco del Sur. Probablemente Ruth-Claire ya se había acostumbrado al olor, pero no tardó en detectar nuestra sensibilidad y explicó que se debía al extraño tufo a rancio que se apodera de una casa que ha permanecido cerrada durante un invierno particularmente crudo.

—No soy un admirador suyo —farfulló Nollinger. Su rostro un tanto pálido adquirió el color de una ciruela madura—. Quiero decir que, probablemente, lo sería si conociera algo de su trabajo, pero no lo conozco. He venido aquí bajo falsas pretensiones.

—Criminal —murmuré.

Ruth-Claire se volvió a mirarme, ya fuera para pedirme explicaciones o ayuda. Yo me limité a frotar la fría cabeza desnuda de un sátiro de granito que estaba cerca del armario de roble con puertas de cristal donde guardaba la porcelana china, y que dominaba el vestíbulo. Era un sátiro infantil con una flauta muy parecida a la de Nollinger.

—He venido para ver a Adán —dijo el antropólogo.

Mi ex no apartaba la mirada de mí.

—Está fuera, forrajeando —explicó ella, sin añadir más detalles—. ¿Cómo está enterado de su existencia?

—Es posible que Livia George se haya ido de la lengua —probé a decir—. Las noticias pasan desde Livia George a Edna Twiggs, y desde ella a los medios de comunicación de los siete continentes.

—Tome —dijo Nollinger.

Le entregó a Ruth-Claire el montón de fotos que yo había tomado desde el magnolio, frente al cuarto de baño. Sin embargo, prudente, se había quedado con tres o cuatro de las fotos. Sin apartar la mirada de mí, Ruth-Claire apenas echó un vistazo al material que tenía en las manos.

—Eres un Judas, Paul —me dijo—. Eres el Benedict Arnold más traicionero que he tenido la desgracia de conocer, capaz de apuñalar a alguien por la espalda. ¡Maldita sea por haberme casado contigo! ¿Cómo pudo haber sucedido eso?

Me volví hacia Nollinger y le dije:

—Voy a presentarle la cuenta de todos sus gastos en el West Bank, señor profesor. Y le aseguro que eso también será una conmoción. Espere y verá.

—Le has hablado de Adán —dijo Ruth-Claire con tono acusador—. Realmente, le has ofrecido información voluntariamente.

—Me sentía preocupado por ti. Admite al menos que sentía una compasiva preocupación por tu bienestar. No soy un tipo tan insensible, por el amor de Dios.

—¿Cuándo se puso en contacto con usted? —le preguntó Ruth-Claire al antropólogo.

—El mes pasado, señora Loyd.

Mi ex contó con los dedos, como si tratara de calcular la fecha en que había quedado embarazada.

—Pues esa «compasiva preocupación por mi bienestar» ha tardado en desarrollarse por lo menos cuatro meses, ¿no es así? ¿Cuatro meses completos, Paul?

—Hizo bien en dejarse llevar por el instinto y acudir a mí —intervino Nollinger—. No tiene usted derecho a retener en su casa a un raro ejemplar de homínido como Adán. Es una valiosísima piedra Rosetta de la evolución. Pertenece por derecho a la comunidad científica mundial.

—De la que, supongo, usted se considera como autonominado representante, ¿no es eso?

—En efecto —asintió Nollinger—. Es decir, si usted lo considera de ese modo.

—En primer lugar, yo no retengo a Adán en mi casa, sino que él vive aquí por su propia y libre voluntad. En segundo lugar, es un ser humano y no un no sé qué endiablado cachivache de la evolución que le pertenezca a usted o a cualquiera. Y finalmente, doctor Nollinger, sólo espero que usted y este Benedict Iscariote transporten su presuntuosa presencia de regreso a Beulah Fork. Cuanto antes, más rápido será, y cuanto más rápido sea eso, tanto mejor.

Nollinger me miró maliciosamente, con expresión conspirativa.

—Su ex esposa parece una intransigente heredera espiritual de Louis Rutherford, ¿no le parece?

—¿Qué quiere decir con eso? —exigió Ruth-Claire.

—Creo que lo que intenta decir —intervine—, es que te has conseguido al único criado habilino que existe en el mundo, y que no estás dispuesta a desprenderte de él.

—Es una forma de servidumbre involuntaria —añadió Nollinger—, sin que importen las muchas racionalizaciones que utilice para justificar la relación.

—Va y viene según le place —replicó Ruth-Claire con acritud—. La granja Paraíso es el único refugio de que dispone en todo este basurero materialista que nos rodea. ¿O es que preferiría verlo vivir en unos grandes almacenes, el garaje de una autoescuela o el cobertizo destartado de Cleve Snyder?

—¿O en un lugar vallado de un puesto rural? —dije, al tiempo que me volvía a mirar al antropólogo—. Para poder doparlo con anfetaminas por diversión y por beneficio...

—Espere un momento, señor Loyd —protestó Nollinger—. Yo estoy de su parte.

Ruth-Claire empezó a romper las fotos y desparramó los trozos por el suelo, como confetis de Kodachrome.

—Son fotos propias de uno de esos periodistas baratos de las revistas del corazón —dijo con los dientes apretados, haciendo trizas el sobre que las había contenido.

—Todavía me quedan éstas —le dijo Nollinger, y le mostró las que había conservado—. Y el señor Loyd tiene su propio juego.

—Pero así se siente mejor —dije, mirando con desdén a Ruth-Claire.

—Desde luego. Una vez que nos hayamos marchado hará entrar a su habilino para limpiar todo esto. En estos tiempos que corren no son muchos los que pueden disponer de un sirviente que obedezca todas las órdenes, sea leal, y no reciba un salario a cambio. A ella le gusta utilizarlo. Le encanta la sensación de poder que le produce...

De repente, ante mi propia sorpresa, hundí el puño en el diafragma del antropólogo. Habría preferido golpearlo en la sien o en la mandíbula, pero sus gafas de montura metálica me disuadieron, es decir, disuadieron a mi inconsciente. Nollinger, privado momentáneamente de respiración, terminó la frase con un «¡Umpf!» y se derrumbó sobre los trozos de las fotos desparramadas.

—Quizá ahora también tú te sientas un poco mejor —dijo Ruth-Claire—, aunque espero que no demasiado. Sus insultos palidecen ante tu traición, Paul.

—Probablemente es así —admití, dócilmente.

—Te ruego que lo saques de aquí. Empezaría a buscar pareja en la calle Peachtree antes que permitirle a tu mal educado «sobrino» echarle siquiera un vistazo al verdadero Adán.

Ayudé a Nollinger a incorporarse y lo conduje hacia el coche. Todavía doblado sobre sí mismo y con la respiración entrecortada, dijo entre murmullos que mi ataque, no provocado, constituía una clásica estratagema primate —especialmente típica de babuinos y chimpancés— para establecer la dominación por medio de la intimidación. Le dije que cerrara el pico y así lo hizo. Luego, mantuvo la vista apartada.

Cuando nos alejábamos de la granja Paraíso, pasando del camino de gravilla a la carretera llena de baches en el asfalto, vi a Adán que nos miraba fijamente desde los tupidos árboles que separaban la propiedad de Ruth-Claire de la carretera. Observé sombríamente que el habilino, medio oculto, llevaba puesto uno de mis viejos suéteres de jugar al golf. No le sentaba nada bien.

A las seis de aquella tarde, el malhumorado antropólogo subió a un autobús de la Greyhound con dirección a Atlanta, y supuse que nuestras relaciones habían formalmente concluido. Yo no deseaba volver a verle, y no esperaba tener que hacerlo. En cuanto a Ruth-Claire, ella tenía todas las razones para sentir lo mismo con respecto a mí. En consecuencia, intenté resignarme a su extraña relación con el misterioso refugiado de Montaraz. Al fin y al cabo, ¿en qué le hacía daño a Adán, o él a ella? Llegué a la conclusión de que debía esforzarme por seguir mi propia vida.

Aproximadamente una semana más tarde apareció el siguiente titular en el *Constitution* de Atlanta, que recibo todas las mañanas en el West Bank:

FAMOSA ARTISTA DE BEULAH FORK
ESCONDE A HUMANO PREHISTÓRICO,
DICE ANTROPÓLOGO DE EMORY

—Oh, no —exclamé en voz alta, sobre la taza de café—. Oh, no.

El artículo incluía una fotografía de Adán en color, entregado a desmembrar una ardilla en el cuarto de baño de la granja Paraíso. Al no haber sido reproducida muy bien, esta foto tenía la dudosa autenticidad de las imágenes del monstruo del lago Ness, pero atrajo mi mirada como una reproducción de la prensa amarilla, afligiéndome de cólera y culpabilidad. El único consuelo que pude encontrar en la publicación de la historia fue el hecho de que sólo ocupara un pequeño rincón en la sección municipal/estatal, en lugar de aparecer en las columnas de la derecha de la primera página.

La fotografía se le atribuía a Brian Nollinger.

—Lo mataré.

El periodista del *Constitution* había entretejido un verdadero tapiz de citas: de Nollinger, de dos de sus colegas en Emory, de la propia Ruth-Claire, lo que hacía que las afirmaciones o acusaciones del antropólogo parecieran el patético producto de la fantasías de un hombre cuya carrera no había llegado a despegar tal como todos habían anticipado. La conferencia de prensa que había convocado para anunciar su improbable descubrimiento incluía una amarga acusación contra «una mujer de talento y privilegio» que obstruía el progreso de la ciencia por razones egoístas. Ruth-Claire, a su vez, se había sometido a una breve entrevista telefónica; en ella contraatacaba, afirmando que la historia de Nollinger sobre “un supuesto superviviente de homo habilis que vivía en su casa y en sus terrenos”, no era más que un vergonzoso intento por conseguir notoriedad y más dinero gubernamental para sus investigaciones.

Por lo que observé, se contuvo cautelosamente de declarar directamente que Nollinger estuviera mintiendo. Al ser informada de la existencia de unas fotos, por ejemplo, Ruth-Claire las despreció diciendo que habían sido tomadas por otros, sin afirmar que hubieran sido fabricadas por alguien sin experiencia o astutamente dirigido. Además, me mantuvo totalmente al margen de la discusión. Y como quiera que Nollinger había hecho lo mismo —por motivos totalmente diferentes—, nadie del *Constitution* había intentado entrevistarme.

Ah, pensé, aquí hay mucho más consuelo del que había imaginado a primera vista. Mi ex puede ocuparse de sí misma.

Sin embargo, me acusaría a mí por toda aquella publicidad no deseada. A partir de ahora, se endurecería ante todos mis intentos por aproximarme a ella de nuevo.

A pesar de lo temprano de la hora, llamé por teléfono a la granja Paraíso para disculparme por lo ocurrido y para ofrecer mi hombro, ya fuera para llorar o para golpear. Un mensaje grabado en el contestador automático me informó que el número anterior de Ruth-Claire ya no funcionaba. Comprendí inmediatamente que había solicitado y recibido un nuevo número de teléfono, no incluido en la guía. Este imprevisto giro de la situación me afectó todavía más que el artículo publicado en el periódico. Ahora, la granja Paraíso parecía tan lejana como La Española o la corte de Sayyid Sald.

Antes de que transcurriera una hora empezó a sonar mi teléfono. La primera en llamar fue Livia George, que me preguntó muy enojada si había visto el artículo en el *Constitution* y cómo se las había arreglado mi malvado pariente de Atlanta para tomar una fotografía del amigo mudo de Ruth-Claire en su propio cuarto de baño.

—Tiene usted un verdadero zopenco por sobrino —dijo—. Y si alguna vez se le ocurre volver, señor Paul, no voy a ser yo la que le prepare la comida, así que es mejor que lo sepa ahora.

Estuve de acuerdo en que Nollinger era un soplón despreciable, y le prometí que no tendría que volver a preparar nada para aquel hombre.

Luego, en rápida sucesión, recibí llamadas de un periodista del Telegraph de Tocqueville, de un representante del «Show de actualidad» de la NBC, de un marchante de arte en Atlanta que tenía hecha una pequeña inversión en la reputación profesional de Ruth-Claire, y de dos de mis mejores clientes en Beulah Fork —Ben Sadler y Clarence Tidings, de la tienda de ultramarinos—, quienes me expresaron su esperanza de que mi ex esposa no sufriera una perturbadora atención pública debido a la escandalosa charlatanería de mi sobrino ante los medios de comunicación de Atlanta. Ambos aseguraron que un artista necesitaba intimidad. Yo me hice cargo de su conmiseración al mostrarme de acuerdo con ellos, y pasé a tratar de otros asuntos. En cuanto al periodista, el presentador de televisión y el marchante de arte, me los quité de encima en su momento con palabras agradables y una inmovible negativa a hacer ningún tipo de comentarios.

Luego descolgué el teléfono, me vestí y salí de compras. Mis vecinos me saludaron alegremente cuando nuestros coches se cruzaron, y luego me estudiaron de soslayo mientras me dedicaba a elegir carnes, quesos y verduras. Todas las amas de casa presentes en el A&P parecían estar mirándome como a un cornudo que finge indiferencia ante su ignominia. Esta vigilancia subrepticia hizo que me sintiera muy azorado.

Ya de regreso en el West Bank, el teléfono descolgado emitía un estridente zumbido, señal inequívoca de que debía colgarlo si no quería arriesgarme a perder el servicio. Así pues, colgué el teléfono. Un momento más tarde sonó: era Edna Twiggs, quien me dijo que Ruth-Claire trataba de ponerse en contacto conmigo.

—Déme su nuevo número —le dije—. Yo la llamaré.

—Vuelva a colgar, señor Loyd —replicó Edna—. Yo la llamaré a ella y le diré que usted está en casa. No se me permite divulgar un número que no está en el listín de teléfonos.

Maldiciendo por lo bajo, obedecí al inevitable tábano sedentario de Beulah Fork y cuando volvió a sonar el teléfono oí la voz suave y débil de Ruth-Claire.

—Estamos asediados —me dijo—. Frente a mi casa hay una camioneta del programa en directo «En vivo a las once», de Atlanta, y algunos otros vehículos, uno de ellos un coche oficial del *Ledger Enquirer* de Columbus, aparcados en la cuneta y a lo largo de la carretera, por detrás de los acebos. Todo esto parece como una reunión para el picnic del Cuatro de Julio, Paul.

—¿Has hablado con alguno de ellos?

—Empezaron a llamar hace poco más de una hora. No quise contestar. Ahora mismo hay un hombre en el prado, dedicado a filmar la casa con una videocámara, y una joven muy bien vestida delante de la cámara, hablando por un micrófono sobre la «deliberada inaccesibilidad de la artista Ruth-Claire Loyd». Ha dicho eso cuatro o cinco veces. Quizá esté ensayando. En cualquier caso, yo la puedo oír desde la buhardilla. Esta gente no es nada sutil, sino más bien estridente y persistente.

—Llama a la policía, Ruth-Claire. Llama a la patrulla del sheriff del condado de Hothlepoya.

—Detesto hacer eso.

—Son intrusos. Se han convertido en una molestia para ti. Llama a Davie Hutton, aquí en la ciudad, y al sheriff Crutchfield, en Tocqueville.

—¿Y si saco el rifle veintidós por la ventana y les digo a todos que se larguen?

—Eso sería un gran espectáculo en las noticias de la tarde.

—Sí, ¿verdad? —dijo Ruth-Claire con una risita seca—. Que el serafín me perdone, pero pensaba que una demostración de este calibre aumentaría las ventas de suscripciones para la serie de *Jerarquías Celestiales*. AmeriCred se ha mostrado un tanto desilusionada con la forma en que van las cosas.

—Vivimos en una era secular, Ruth-Claire —y, tras un momento de silencio, añadió:—. ¿Cómo se toma Adán todo esto?

—Lo hace sentirse inquieto y solitario. Va de un lado a otro, en el cuarto de baño de arriba, con el ventilador de aireación en marcha, para apagar el clamor que llega desde el prado.

—Bueno, espero que hayas corrido las cortinas de la ventana. Los periodistas también pueden subirse a los árboles, como bien sabes.

—Adán y yo hemos instalado unas persianas. Eso no nos preocupa. Lo que nos preocupa es saber cuánto va a durar este estúpido asedio. No puedo trabajar así. Y Adán va a sufrir algún desorden nervioso.

—Deja que sea la ley la que se encargue de echarlos. Para eso está la ley, ¿no?

—De acuerdo.

—Eres lo bastante lista como para saberlo por ti misma. ¿Qué te ha inducido a llamarme para darte un consejo tan evidente?

—Sólo quería que supieras los muchos problemas que nos has causado, cabeza de chorlito —pero me agradó darme cuenta de que su tono de voz era más burlón que amargo—. Y una cosa más, aparte de eso, Paul.

—Está bien, me la tragaré. ¿De qué se trata?

—Uno de los defectos de Adán como compañero es que no puede hablar. Quizá deseaba volver a oír la voz plateada del hombre de Beulah Fork...

Guardó un momento de silencio y dejó que me rumiara un instante ese cumplido emitido con mano izquierda, antes de darme su nuevo número de teléfono y despedirse de forma perentoria.

Yo permanecí allí sentado durante un buen rato, con el teléfono todavía en la mano, pero finalmente colgué antes de que Edna Twiggs irrumpiera para avisarme que estaba a punto de que me cortaran el servicio.

La atención de los medios de comunicación internacionales convergió sobre la granja Paraíso. Ni el departamento de policía de Beulah Fork ni la patrulla del sheriff de Tocqueville

pudieron lidiar adecuadamente con los periodistas de radio y televisión, los buscadores de curiosidades y los científicos que acudieron al condado de Hothlepoya para echarle un vistazo al querido habilino de Ruth-Claire. La patrulla de tráfico de Georgia intervino por un tiempo: recondujo el tráfico de regreso a la carretera interestatal, y puso multas a los que ignoraron las señales de desvío, pero entonces protestaron Reuben Decker y algunos de los otros residentes que vivían a lo largo de la carretera que comunicaba la granja Paraíso con la ciudad, quienes afirmaron que les habían puesto tantas multas como a los periodistas y a los molestos extraños que caían sobre la zona como una plaga, muchos de los cuales, al ser detenidos, mostraban tarjetas de identificación falsas para confirmar su derecho a ser considerados como habitantes locales. Al final, hasta la policía de tráfico amenazó con retirarse del escenario; ésta no era su lucha.

Desesperada, Ruth-Claire contrató con una empresa de Atlanta la erección de un imponente muro de ladrillo beige alrededor del perímetro más expuesto de su propiedad y, una vez terminada en el mes de mayo, esta barricada demostró ser un efectivo medio de disuasión, tanto psicológico como físico, para la mayoría de los que se detenían por allí para echar un vistazo más casual que mercenario o malevolente. Pálidas luces voltaicas instaladas en altos postes iluminaban todas las esquinas de la parte delantera y de los terrenos de atrás, así como fragmentos de la sombreada arboleda de pacanas situada tras de la casa. En dos ocasiones, Ruth-Claire se ocupó de emitir advertencias estentóreas a través de un sistema de altavoces instalado para ese propósito, y llegó incluso a disparar el rifle por encima de las cabezas de los intrusos que avanzaban como pegajosas figuras animadas a través del prado. Se extendió así la noticia de que era peligroso intentar atravesar las complicadas fortificaciones de la granja Paraíso. Eso me gustó.

Mientras tanto, y ante la ausencia de hechos concretos, se desataron la especulación y la controversia. Alistair Patrick Blair, el eminente paleoantropólogo zarakali, publicó un artículo en *Nature* en el que denunciaba que la idea de que hubiera podido sobrevivir un homínido del antiguo pleistoceno era «un grandioso y absoluto disparate». Llevó buen cuidado de no mencionar a Brian Nollinger por su nombre, y en mi opinión lo hizo así no tanto para evitar difamarlo como para privarlo de la satisfacción de ver su nombre impreso, aunque fuera en un contexto de menosprecio. Blair citó el notable fraude de Piltdown como un verdadero modelo del embuste que, en su opinión, cabía poner a la altura de esta estratagema que se caía por su propio peso, y argumentó vigorosamente que las pocas fotografías que había de Adán eran claramente de un hombre negro y bastante peludo al que se le había puesto una máscara de látex como las diseñadas para la serie Principios, de la emisora de televisión BBS. Nollinger replicó a Blair —o intentó hacerlo— mediante un ensayo semicoherente que se publicó en el *Atlanta Fortnightly*, en el que sintetizaba la extraordinaria carrera diplomática de Louis Rutherford, y condenaba enérgicamente a la artista Ruth-Claire por la tiránica reclusión a la que sometía al aturdido homínido, que no contaba con ningún amigo. La tildaba de mujer a lo Simon Legree*, con un prejuicio místico contra la teoría evolutiva y el método científico.

Se pronunciaron sermones, tanto a favor como en contra de mi ex esposa. Inicialmente, los fundamentalistas no supieron a ciencia cierta a qué parte de las dos apoyar, porque cualquiera que se opusiera al método científico no podía ser tan malo para ellos, mientras que, por otro lado, cualquiera que cohabitara con una criatura cuasi humana —sin estar legalmente desposada con ella— debía de estar ciertamente enredada entre las garras de Satán. Pero apenas dos semanas después de que estallara la controversia, la mayoría de los ministros fundamentalistas —dirigidos por el Recto Reverendo Dwight “Happy” McElroy, de la Gran Congregación Cristiana de Estados Unidos, Inc., de Rehoboth, Louisiana— había determinado ya que “el pecado carmesí de la bestialidad superaba con mucho la tibia virtud de un sentimiento antievolutivo de carácter pasivo”. Sus sermones empezaron a ridiculizar a Ruth-Claire por su volubilidad sexual —una ironía que quizá sólo yo podía apreciar— y a mostrar conmiseración hacia ella al considerarla como víctima característica de una sociedad cuyo estamento científico proclamaba cínicamente que los seres humanos no eran más que

* Fiscal del famoso caso contra la teoría de la evolución de Darwin, quien sostenía que era herética porque contradecía la Biblia. (Nota del corrector)

monos glorificados —una tesis que su propio comportamiento parecía corroborar—. “Happy” McElroy, en concreto, se lo guisaba y se lo comía todo él solito. Vi en la pantalla algunos de sus sermones televisados, pero casi siempre terminé por bajar el sonido para dedicarme a contemplar las elocuentes señales que hacía con las manos la mujer que se dedicaba a ofrecer la traducción para sordos.

Florecieron espectacularmente las ventas de la serie de platos de porcelana *Jerarquía Celestial*, de Ruth-Claire. De hecho, AmeriCred invirtió en una política de suscripciones a largo plazo, para cubrir los pedidos de los primeros platos de la serie, y luego anunció a los miles de desilusionados coleccionistas que se había agotado esta edición concreta y limitada de porcelana de *Limoges*. Fabricar una segunda edición de los platos habría significado violar el compromiso adquirido por la empresa con sus suscriptores. No obstante, y en respuesta a la abrumadora demanda del exquisito trabajo de Ruth-Claire, AmeriCred, en colaboración con Porcelaine Jacques Javet, de Limoges, Francia, acababa de encargarle a esta artista mundialmente famosa de Georgia una segunda serie de pinturas que se titularía *Pasos en el camino hacia el hombre*, y representaría retratos imaginativos —pero antropológicamente sanos— de muchos de nuestros antepasados evolutivos, además de diversos rostros humanos contemporáneos; la nueva colección estará compuesta por un conjunto de dieciocho platos, y se adujo que ese mayor número no era sino una concesión al creciente apetito del público por el singular arte de mi ex esposa. Además, esta edición limitada no sería tan limitada como la anterior y a ella podría suscribirse mucha más gente.

—Felicidades —le dije a Ruth-Claire una noche, por teléfono.

—Es fenomenalmente ordinario, ¿no te parece?

—Creo que es lógico golpear con fuerza mientras el hierro está todavía caliente.

—Bueno... el caso es que necesito el dinero, Paul. Un muro de ladrillo alrededor de las dos terceras partes de la granja Paraíso no ha sido barato, precisamente. Como tampoco los postes de luz voltaica o el sistema de altavoces. Tengo que recuperar mi inversión.

—¿Acaso crees que no lo sé?

—Además, quiero hacer esta serie de *Pasos en el camino hacia el hombre*. Tendré que reconstruir a los *australopithecus* a partir de las pruebas fósiles de que disponemos, junto con un trabajo de imaginación semiinspirada, pero en cuanto al *Homo habilis*... dispondré de un modelo vivo. Va a resultar muy divertido poner la cara hogareña y agraciada de Adán en un plato para la cena.

—Quizá yo podría hacer un pedido de cinco o seis de esas colecciones para el West Bank.

Ruth-Claire se echó a reír, encantada.

Naturalmente, los sermones que se pronunciaron tras el nuevo anuncio hecho por AmeriCred fueron universalmente condenatorios. Las profundidades a las que había caído mi ex esposa desafiaban incluso a las rimbombantes habilidades oratorias de “Happy” McElroy, a pesar de lo cual éste no dejó de intentarlo. El título del mensaje que emitió el primer domingo de julio se titulaba *De los ángeles a los monos: la segunda caída*. Mientras que la jerarquía celestial era una ascensión al espíritu puro, la ciega veneración de la teoría de la evolución —«¡Y les recuerdo que no es más que una teoría sin fundamento!», rugió McElroy— fue condenada como un paso que seguía el camino descendente hacia Mammón^{*}, el libertinaje y el infierno. Al final de sus comentarios tan bien preparados, McElroy pidió a sus fieles que se unieran a él —“y al leal público de la televisión”— en una oración silenciosa por la redención de los paleoantropólogos de todo el mundo, así como por su avariciosa favorita de Beulah Fork, Georgia, “que Dios se apiade de ella”, Ruth-Claire Loyd.

Yo no soy un completo pagano, así que me uní a ellos.

^{*} Memnón, deidad comparable a Satán, mencionada en la Biblia; del gr. *memnonius*, templos egipcios dedicados a los faraones de ese país en su carácter de dioses. (Nota del revisor)

Durante este período resultó difícil juzgar la actitud que adoptaron mis convecinos con respecto a Ruth-Claire. Muchos de ellos se mostraron resentidos ante el continuo flujo de visitantes que se produjo en la primavera, y los inconvenientes de los controles de la policía en la carretera y las comprobaciones de identidad en las calles. Sin embargo, la mayoría de ellos no consideraban a mi ex esposa como personalmente responsable de todos aquellos problemas, y reconocían que ella también era una víctima del rodillo de la publicidad generada por la multitud, así como de las estúpidas medidas de seguridad, finalmente obviadas por la construcción del muro. Ahora, sin embargo, los residentes de Beulah Fork empezaban a preguntarse cuáles eran las relaciones entre Ruth-Claire y Adán. Esa preocupación dictaba la forma en que hablaban y afrontaban la cuestión de su vecina rural, tan poco ortodoxa, actitud que venía determinada en buena medida por su punto de vista sobre el tema. O así habría sido, sin lugar a dudas, si Ruth-Claire hubiera acudido con mayor frecuencia a la ciudad.

Un sofocante día de julio, por ejemplo, en que acudí a la lavandería de la parada de la Greyhound para reclamar los manteles que había dejado a lavar, Ben Sadler —un hombre cortés de casi dos metros de altura— se inclinó hacia mí por encima del mostrador cubierto de vestidos y, en medio del calor asfixiante del horno en que se había convertido su pequeño establecimiento, se enzarzó conmigo en una confusa conversación sobre los ocupantes actuales de la granja Paraíso. El sudor le perlaba la frente y le corría por las sienes de color rubio ceniza, acumulándose sobre sus cejas como si éstas fueran diminutas y andrajosas esponjas que no estuvieran lo bastante sedientas como para absorber el flujo interminable.

—Escucha, Paul —balbució—: ¿qué clase de... criatura es ese tal Adán?

Le sintetice las más probables, estúpidas y recientes especulaciones, y utilicé términos como *australopithecus zarakalensis*, *homo zarakalensis* y *homo habilis*. También empleé las palabras «hombre-mono», «homínido», «primate» y «enano». Confesé que ni siquiera los llamados *expertos* se ponían de acuerdo en cuanto al género o la especie a la que pertenecía Adán.

—¿Dicen ellos que es humano? —quiso saber Ben.

—Algunos lo creen así. Eso es lo que significa *homo*, aunque por lo visto hay mucha gente convencida de que eso significa otra cosa. En cualquier caso, Ruth-Claire cree que es humano.

—Y es negro, ¿verdad? Quiero decir..., he leído que toda la raza humana, incluso las hermanas Gabor y la familia Osmond**..., bueno, he leído que todos nosotros descendemos de negros diminutos. Al menos, originalmente.

—Es tan negro como el jarabe de Hershey —admití.

—¿Crees que descendemos de Adán, Paul? Me refiero al Adán de Ruth-Claire.

—Bueno, no creo que descendamos *personalmente* de Adán. Es posible que descendamos de homínidos prehistóricos como él. Adán es una especie de celacanto homínido.

Le expliqué que un celacanto era un pez antiguo conocido únicamente en su forma fósil, y que se presumía extinguido hasta que en 1938 se encontró un espécimen en aguas del Sur de África. Aquel pez en particular había tenido un metro treinta centímetros de longitud. Adán, por su parte, contaba apenas con un metro cuarenta de estatura. Por eso no me parecía absolutamente imposible que una criatura aislada e inteligente de las dimensiones generales de Adán hubiera podido eludir el escrutinio del *homo sapiens sapiens* durante los últimos miles de años de historia humana registrada. Naturalmente, él también creía en el hombre de Sas-quatch*** y en el yeti...

—Esa idea es muy extraña, Paul. Quiero decir, ¿cómo es posible que todos descendamos

* Alusión a Eva y Zsa Zsa Gabor, actrices y hermanas, y a *The Osmond Brothers*, todos rubios y de tez blanca.
(Nota del revisor)

*** Pie Grande o *Bigfoot*. (Nota del revisor)

de criaturas que tienen las dos terceras partes de nuestro tamaño y que son tan negras como el jarabe de Hershey?

—Te aseguro que no seré yo quien intente explicarlo.

Ben se limpió la frente con el brillante antebrazo.

—¿Cómo es que Ruth-Claire se encontró con Adán? —por lo visto, temía que hubiera violado la propiedad de mi ex—. Quiero decir, ¿le ve ella como un hermano? He oído decir a algunos que lo trata como si fuera un negro doméstico de los tiempos de las plantaciones, algo que me resulta difícil creer de ella, bajo ninguna circunstancia. Otros, sin embargo, dicen que ese tipo es más bien como una especie de caniche sobre dos patas que recibe el tratamiento favorito de su ama. Te lo pregunto porque... no sabría cómo tratar a ese pequeñajo si mañana se le ocurriera entrar aquí.

—Creo que lo trata más bien como un invitado de la casa, Ben.

Yo esperaba que realmente fuera así, aunque el omnipresente portavoz de la Gran Congregación Cristiana de Estados Unidos, Inc., ya había plantado en mi mente la semilla de una duda inicua. Ben Sadler gruñó para indicar que estaba condicionalmente de acuerdo, y yo volví a cruzar la calle para entrar en el restaurante, llevando conmigo los manteles que había ido a buscar.

Esa noche, un sábado, el West Bank estaba abarrotado. Molly Kingsbury se encargaba de atender a los clientes, Livia George y Hazel estaban de servicio en la cocina, y una pareja de jóvenes universitarios de Tocqueville se hallaban a la espera de que hubiera mesas libres. Yo fui de un lado a otro, para ofrecer mi ayuda allí donde fuera necesaria, y actuaba no sólo como recepcionista, *maître* y *sommelier*, sino también como botones, cajero y comandante en jefe (ja, ja).

Mis clientes regulares exigen atención personal, mejor de mí que de los miembros de mi personal. Un poco de chismorreó, algún que otro chiste estúpido y, ocasionalmente, hasta un aperitivo o postre a cuenta de la casa. Yo siempre trato de complacer esa clase de expectativas. Este sábado, sin embargo, tenía problemas para equilibrar la hospitalidad con una actividad bulliciosa. Aunque me sentía agradecido por la afluencia de tanta gente, a las nueve de la noche ya había empezado a gruñir a los jóvenes universitarios y a dirigir gestos mecánicos de saludo incluso a mis clientes más fieles. El húmedo y sofocante crepúsculo veraniego y el calor procedente de la cocina habían neutralizado casi por completo los esfuerzos del ventilador del techo y del incansable acondicionador de aire. Con mis pantalones Haggar y mi camisa Izod de color limón, yo sudaba tanto como Ben Sadler en la lavandería de la parada de la Greyhound.

Entonces se abrió la puerta y entraron dos muchachos vestidos con vaqueros azules, camisetas y gorras de béisbol. El West Bank no exige chaqueta y corbata a su clientela masculina, ni siquiera por la noche —con frecuencia, yo mismo trabajo en la cocina con pantalones cortos y zapatillas—, pero hubo algo en estos dos que me hizo rechinar los dientes. Se llamaban Craig Puddicombe y E. L. Teavers. Podría haberlos visto con sus mejores ropas de domingo —como los veía a veces— sin experimentar por ello mayor simpatía hacia ellos, y esta noche sus inexpresivos ojos azules y sus patillas cubiertas de sudor no hicieron sino incitar mi malestar: en primer lugar porque habían dejado la puerta abierta, y en segundo término porque no tenía mesa libre para ellos. Además, ¿qué estaban haciendo aquí? Habitualmente, cenaban en el Deep South Truck Stop, situado al borde de la carretera que conducía a Tocqueville.

—Cierra la puerta —le dije a Craig Puddicombe, al tiempo que servía cuidadosamente cubitos de hielo en el vaso de agua de alguien—. Estás dejando entrar insectos.

Craig cerró la puerta como si se tratara de un armario de porcelana china antigua. E. L. se quitó la gorra. Se quedaron de pie en el vestíbulo interior, dedicados a contemplar las obras de arte colgadas de las paredes y los paraguas abiertos suspendidos del techo a modo de ornamento evocador de una atmósfera. No pudieron o no quisieron mirar a la gente que

cenaba. Me acerqué a ellos, al ver que Molly Kingsbury no deseaba hacerlo.

—No tenéis reservas —le dije a Puddicombe—. Van a transcurrir por lo menos otros quince o veinte minutos antes de que podamos acomodarnos.

Craig me miró sin verme realmente.

—Está bien. ¿Tiene un minuto?

—Sólo si dura unos doce segundos.

—Sólo queremos hablar un poco con usted —dijo E. L. Teavers con seriedad, casi en un intento por parecer simpático—. Creo que se están violando sus derechos.

—Y quizá algo más que sus derechos —añadió Craig Puddicombe.

—Muchachos... —les dije, indicando a la multitud con un gesto—, no habéis elegido una buena zona de combate para mantener una charla amistosa sobre derechos humanos.

—Queríamos decírselo ahora, señor Loyd, porque pasábamos por casualidad por allí —dijo Craig—. Seguro que puede disponer de un minuto para algo tan importante.

Antes de que pudiera rebatirle ese punto, E. L. Teavers miró hacia el interior del local y dijo:

—Mi madre todavía recuerda cuando esto era la consulta del doctor Kearby. Eso de ahí fuera era la sala de espera. Los blancos se sentaban de este lado. Los demás, al otro lado. La gente solía salir de la sala de examen pintada con una medicina de color púrpura que al doctor Kearby le gustaba utilizar para embadurnar a sus pacientes.

—Violeta de genciana —le dije, exasperado—. Es un bactericida. Vamos, decidme lo más rápidamente que podáis cómo se están violando mis derechos.

—Su esposa... —empezó a decir Craig Puddicombe.

—Mi ex esposa —le corregí.

—Está bien, su ex esposa. Tiene en su casa a un negrilino que vive en un lugar que antes le pertenecía a usted, señor Loyd. ¿Cómo se siente al respecto?

—¿Quién dices que tiene en su casa?

—Un negrilino —enunció E. L. Teavers con un tono de voz más bajo—. Es una palabra que he inventado yo. La puede utilizar cualquiera, pero la he inventado yo. Significa negro habilino, ¿comprende?

—Muy listo. Tú tienes que ser el que se graduó en la escuela superior. Craig ni siquiera llegó a terminar sus estudios.

—Yo también tengo mi diploma, señor Loyd. Pero no estamos hablando aquí de nuestra inteligencia, sino de la violación de sus derechos como persona blanca, por no hablar de las costumbres tradicionales de nuestra comunidad. Sigue usted lo que digo, ¿verdad?

—Tú no hablas en nombre de toda la comunidad. Hablas en nombre de Craig Puddicombe: un granjero blanco, inculto y adolescente.

—Habla en nombre de algo más —intervino E. L. Teavers, con una sonrisa juvenil que constituyó la mayor parte de su expresión amenazadora.

—Sólo hemos venido para ayudarle, señor Loyd —dijo Puddicombe—. No somos fanáticos. Es usted mucho más fanático que E. L. o que yo mismo, porque menosprecia a los de su propia clase que no tienen tanto como usted, o que no han ido a la escuela durante tanto tiempo como usted. Y eso es fanatismo, señor Loyd.

—Estoy ocupado —dije, y me di media vuelta para volver mis clientes.

E. L. Teavers me sujetó por el codo; lo hizo con una supuesta deferencia que se daba de patadas con la fuerza de su apretón. No pude sacudírmelo de encima debido a la jarra de agua que llevaba en esa mano. Él no había dejado de expresar su sonrisa tímida de chico de coro, y

por un momento deseé escuchar lo que tuviera que decir, sin que importara lo necio o paranoico que fuera.

—Mire, hay un negrilino, un piojoso subhumano, que hereda cosas que no le pertenecen, que no deberían pertenecerle. Como resulta que eran cosas de usted, como su casa, su tierra, su esposa, pensamos que quizá le gustaría saber que en Beulah Fork hay quienes aprecian a los tipos que trabajan duro, y que tratan de vigilar lo que les corresponde por derecho.

—¿Te refieres a Craig y a ti mismo?

Desde que habían concluido sus estudios en la escuela superior de Hothlepoya, el pasado mes de junio, habían empezado a trabajar a jornada completa en la fábrica de tejidos de la United Piedmont, en las afueras de Tocqueville. E. L. estaba casado con una chica que había trabajado un corto tiempo para mí como camarera.

—Saber eso, muchachos —dije—, acaba de redondearme el día. Ahora me siento infinitamente más seguro.

—Usted nunca ha ido a la escuela con negrilinos —dijo Craig Puddicombe—. Nunca ha tenido que ser para ellos otra cosa que su jefe.

—Y ahora tiene a uno que se las entiende con su esposa —remató E. L.

—Mí ex esposa —repliqué automáticamente.

—Sí —asintió E. L. Teavers—, como usted diga —sacó entonces una arrugada tarjeta de visita del bolsillo trasero del pantalón y me la tendió—. Esta es la ayuda con la que puede contar si algo empezara a parecerle injusto; si las cosas empiezan a..., bueno, ya sabe, a enojarle —abrió la puerta del restaurante que daba a la bochornosa noche de julio—. Será mejor que nos marchemos, Craig, para que el señor Loyd pueda atender a sus opulentos clientes.

Y tras decir esto, se marcharon.

Me dirigí hacia el pequeño nicho de servicio situado junto a la cocina y dejé la jarra de agua. Leí el contenido de la tarjeta que me había entregado el joven Teavers. Luego la rasgué a lo largo, junté los trozos y los volví a rasgar, justo por el centro. Aunque mi memoria suele ser bastante fiable, creo que en este caso me falla un poco. Lo único que recuerdo es la esencia del mensaje que transmitía la tarjeta. Pero con objeto de mantener la ficción de mi infalibilidad como narrador, daré aquí un facsímil razonable del mensaje que contenía aquel pequeño y mugriento documento:

E(LVIS) L(AMAR) TEAVERS
Zeloso Alto Zigote KuKlos Klan
Kudzu Klavern Box 666, Beulah Fork, Georgia

El ajetreo había disminuido notablemente a las diez. A las once de la noche, cerramos. Después de que se hubieran marchado Hazel y Livia George permanecí un par de horas en la cocina, dedicado a preparar los postres para el domingo: un pastel alemán de chocolate, un pastel de zanahorias y una tarta de fresas heladas. El trabajo, la atención a los ingredientes, las mediciones, mezclas o tiempos de cocción, mantuvieron mi mente alejada de la visita que me habían hecho los chicos. De hecho, hacía un esfuerzo consciente por no pensar en ella. Una estrategia que se desintegró en cuanto me encontré solo en el atestado cuarto de almacenamiento reconvertido que me servía de dormitorio.

E. L. Teavers, un brillante muchacho de un respetable hogar de clase media baja, era miembro del Klan. Y no sólo miembro, sino oficial de un insignificante capítulo local de uno de sus grupos disidentes semiautónomos. ¿Qué decía la tarjeta? ¿Zeloso Alto Zigote? ¿Terrorífico Vicemagnate? ¿Potente Gran Cobarde? Algo retóricamente ciclópeo o ciclónico. En realidad, el título no importaba. Lo que importaba era que este joven físicamente apto y mentalmente agudo, junto con su compinche algo menos astuto, se había mantenido al tanto de la situación en la granja Paraíso y la había considerado como una afrenta a todos aquellos

valores que se le habían inculcado desde niño. Eso era como para asustarse. Y yo me sentía asustado, por Ruth-Claire... y por mí mismo, ya que había rechazado la oferta de ayuda del Alto Zigote.

¿En qué tipo de ayuda habrían pensado él y Craig? ¿Alguna especie de operación de limpieza de casa? ¿Una campaña de recogida de firmas? ¿Un incidente provocado por una incursión nocturna? ¿Una llamada de refuerzo a otras organizaciones del Klan?

En mis cuarenta y seis años nunca he tenido que afrontar un peligro de este preciso tipo humano, y me resultaba difícil creer que hubiera descendido sobre mí, y sobre Ruth-Claire, Adán y Beulah Fork, en forma de dos mozuelos con la cara salpicada de acné a los que apenas una o dos temporadas antes había visto jugar en el egregio equipo de fútbol de la escuela superior. Era como encontrar un escorpión en la familiar maceta de geranios. Esto era mucho peor que los piadosos asaltos verbales de una docena de diferentes ministros fundamentalistas, y bastante peor que las frustradas críticas de Nollinger en Atlanta. En cuanto a las almas anónimas que habían asaltado las barricadas de la granja Paraíso, no eran más que sombras deportivas, fácilmente ahuyentadas por la luz y el eco de los estampidos de mi viejo rifle del veintidós.

Ese es el problema, pensé. ¿Cómo se inmuniza uno contra el mal ante el rostro poco atractivo de un vecino?

A pesar de la hora —por lo visto, últimamente siempre era «a pesar de la hora»—, llamé a Ruth-Claire. Fue lenta en responder, pero no me recriminó por haberla llamado. Le hablé de los adolescentes miembros del KuKlos Klan que habían sacudido la paz de mi mente.

—¿Elvis Teavers? —preguntó Ruth-Claire—. ¿Craig Puddicombe?

—Quizá debiera informar de esto a la Oficina de Investigación de Georgia, ¿no te parece? A veces recibo a agentes de ese departamento en el West Bank; suelen ir vestidos como hippies y fingen ser estúpidos. Podría echar a esos tipos sobre el Zeloso Alto Zigote y su marioneta de teniente gameto, aunque sólo fuera por motivos de seguridad.

—¿Son del Klan?

—Eso es lo que trato de decirte.

—¿Llevaban sábanas con agujeros en los ojos? —al oír mi suspiro de exasperación, retiró la pregunta—. No, Paul, no les echés encima a nadie. Procuremos no provocarlos más de lo que ya se sienten provocados. Además, yo estoy bastante segura aquí, o así me gusta pensarlo. ¿Sabes lo más divertido de todo esto?

—No, a estas horas de la noche no.

—Anteayer recibí la llamada de un representante de un grupo llamado AJRA, Amistad y Justicia Racial en América. Se trata de una organización negra que tiene su cuartel general en Baltimore. El que me llamó no quiso decirme cómo había conseguido mi nuevo número de teléfono, que no figura en el listín. Simplemente, admitió que lo había conseguido. Esperaba que le contestara unas pocas preguntas.

—¿Y lo hiciste?

—¿Qué otra cosa puede hacer una artista liberal de Charlotte?

—Nada —admití.

—Tenía una copia del artículo de Nollinger publicado en el *Atlanta Fortnightly*. Quería saber si yo había esclavizado a Adán, si le obligaba a realizar tareas domésticas en contra de sus inclinaciones o de su voluntad. Me dio la impresión de que tenía las preguntas anotadas en un bloc y que las tachaba a medida que obtenía una respuesta. Yo contestaba una y otra vez: «No». Eran de esa clase de preguntas. La última era si permitiría una inspección ocular para verificar mis negativas y para valorar la salud mental y emocional de mi invitado. A esa también contesté con un «No». «En ese caso», me dijo el hombre del AJRA, «prepárese para recibir más llamadas telefónicas y, eventualmente, una marcha de solidaridad racial justo

frente a su sagrada granja Paraíso». Y tras decirme eso, colgó. Cuando tu llamaste, temía que volviera a ser él.

—Pues no —dije sombríamente—. Soy yo.

—Las estoy recibiendo de todos lados... —el teléfono crujió cuando, aparentemente, Ruth-Claire se lo cambió de mano—. Mira, Paul, he ofendido al estamento científico al negarme a permitir que sus sumos sacerdotes examinaran a Adán, y he ofendido a la religión organizada al tratar de ofrecerle un hogar cómodo. Ahora resulta que los del Klan se abalanzan sobre mí desde una dirección, y los defensores de los derechos civiles desde otra. Estoy en el centro de una rosa de los vientos que se desmorona, a la espera de que los puntos de dirección me empalen. Es muy divertido, ¿no te parece? No hay forma de escapar de esto. Me he convertido en enemiga de todo el mundo.

—El público sigue queriéndote mucho. Sólo tienes que preguntárselo a los de AmeriCred.

—Eso, al menos, es un consuelo, aunque un poco frío esta noche.

—Vamos..., vendes más platos que un Rolling Stone. Dentro de poco recibirás uno de platino. Alégrate, Ruthie Ce.

—Sí, bueno... pero ni siquiera tú mismo pareces muy alegre.

Y tenía razón; no lo estaba. El susto que me habían dado Teavers y Puddicombe había empezado a disiparse un poco, pero en su lugar había aparecido un cierto nerviosismo, un vacío de energía, una congelada dínamo espiritual que, al girar, enviaba escalofríos paralizantes a lo largo de mi espina dorsal hasta la misma punta del hueso residual del rabo. Sentía frío incluso frente a la estufa de la estancia de almacenamiento donde me encontraba. Ruth-Claire y yo nos hallábamos vinculados de extraña forma por nuestros escalofríos privados. Cada uno de nosotros parecía esperar a que fuera el otro el primero en hablar.

—¿Se acuesta Adán contigo? —dije, finalmente.

Era la primera vez que le planteaba esa pregunta. De algún modo, el momento me pareció correcto; al menos para mí, si no para ella.

—Con esta clase de tiempo, Paul, es incapaz de dormir en una cama. Se acuesta sobre el linóleo de la cocina, donde hace más frío.

—Ya sabes lo que quiero decir.

—Una mañana lo encontré allí echado, delante de la puerta abierta de la nevera. Ahora ya no lo hace más.

—¡Ruth-Claire!

—¿Qué quieres que te diga, Paul? A medida que me he relacionado con él, cada vez me gusta más. En cuanto a Adán..., bueno, se comporta cada vez más como una persona, con un verdadero sentido de su propio valor innato. Eso establece una diferencia.

—Finalmente, has conseguido establecer tu propio organismo intramuros de ayuda de las Naciones Unidas, ¿no es así? Y con un solo receptor vivo.

—Mira, Paul, puedo cortar la comunicación con la misma facilidad con que puedo seguir escuchándote.

Me disculpé, rápida y efusivamente, por mi sarcástico comentario, admitiendo que había sido grosero e inexcusable por mi parte. Me habría sentido desconsolado si ella hubiera cortado la comunicación. El tono de mi voz fue burlonamente patético, en lugar de jugosamente suplicante, y ella lo dejó pasar. ¿Cuántas veces nos habíamos tomado mutuamente el pelo de ese modo en el pasado? Mientras yo no sobrepasara una determinada línea, oscuramente trazada, ella no le hacía ascos a esta clase de dimes y diretes. Y yo sabía que ésa constituía mi clara ventaja sobre el no iniciado e inarticulado Adán.

—¿Cómo le van las cosas a él? —pregunté, sobre todo porque sabía que eso le complacería.

—Oh, fabulosamente bien. Ha mejorado sus actitudes, se ha adaptado a los inconvenientes de vivir encerrado, ha dejado de matar ardillas, o eso creo, y hasta le he enseñado a cantar. Probablemente ya tenía una cierta inclinación por el canto, a base de melodías quejasas que suben y bajan por la escala como el aullido de un lobo, o el aria submarina de una ballena jorobada. Ahora interpreta una conmovedora *Extraña grada*. De veras que lo hace, Paul.

—Vuelve a traerlo al West Bank —le dije, dejándome llevar por un impulso.

Ruth-Claire vaciló un momento antes de responder.

—Antes de todo este tumulto, Paul, habría aprovechado de inmediato esta oportunidad que me ofreces. Pero ahora me preocupa la idea de sacar a Adán de la seguridad de la granja. Aquí se siente feliz y seguro.

—Pero es algo así como un prisionero, ¿verdad? Tal como afirma ese bobo de Emory, y como te ha acusado tu interlocutor del AJRA.

—Todos somos prisioneros de algo, Paul. Pero la granja Paraíso no es exactamente una isla en el archipiélago Gulag.

—En ese caso, permíteme que os invite de nuevo a cenar a los dos.

—¿Por qué no vienes tú aquí? Yo me encargaré de preparar la cena.

—Esa es una de las razones —dije, y me apresuré a añadir:—. Escúchame ahora. Yo ya no pertenezco más a la granja Paraíso, Ruth-Claire. Ya no es mía, y duele acercarse por ahí. Ahora es tuya, tuya y de Adán. Además, ¿no confiabas en que al final terminaríamos todos por considerar a Adán como un vecino y alguien igual a nosotros? ¿No fue esa la razón por la que lo trajiste al West Bank?

Una vez más, Ruth-Claire fue lenta en contestar.

—Todavía no está preparado para eso. Tendría que ser después del anochecer, Paul, y tendrías que reservarnos el restaurante exclusivamente para nosotros, como la última vez.

—Trato hecho.

—¿Cuándo?

—El próximo martes. A las nueve y media. A esa hora ya habrá oscurecido, y yo podré servir la cena a mis clientes habituales entre las seis y las ocho.

—Siempre el consumado hombre de negocios —exclamó Ruth-Claire, echándose a reír.

—Los dos nos parecemos mucho en eso —le dije—. Te he echado mucho de menos, Ruthie Ce. Dios todopoderoso, cómo te he echado de menos.

—Buenas noches, Paul. Nos veremos el martes.

Ruth-Claire colgó el teléfono. Transcurrieron diez o doce segundos antes de que el zumbido del tono empezara a emitir por mi receptor. Permanecí allí sentado, quieto, al abrigo del calor de la estufa, oyéndolo. Frente a mi camastro, un grillo chirrió desde detrás de un muro de cajas de cartón, que habían contenido latas de tomate, botellas de ketchup, y tarros de estafalarias mostazas. ¡Qué idiota era! Hacía ya muchos meses que tendría que haberme construido una casa mucho más agradable que la de la granja Paraíso.

Una casta convivencialidad impregnó nuestro encuentro del martes por la noche. Sólo estábamos nosotros tres. Livia George y todo el resto del personal se había marchado a las ocho y media, y aunque el olor del humo de tabaco de mis clientes solía permanecer en el local durante horas, esta noche el viejo ventilador de dos velocidades que giraba entre los paraguas había logrado impartir una cierta frescura marina al ambiente. Hacía bastante más fresco que el sábado, y experimenté una sensación de saciado bienestar que probablemente debería haberme alarmado.

Como regalo, casi como una concesión, Ruth-Claire había permitido que Adán pidiera

filete medio hecho, y él permanecía sentado en su puesto, en una mesa del rincón, donde usaba los cubiertos con la torpe meticulosidad de un niño en un banquete de adultos. Era bastante notable la mejora que se había producido desde su aparición anterior en el West Bank. Dividió la carne en un par de docenas o más de pequeños trozos que luego comió, uno a uno, con los ojos casi cerrados a veces, sumido en un sereno regocijo. Además, entre sus trozos de filete tomó hábilmente bocados de patata, *broccoli* o verduras de la temporada, y hasta masticó con los labios cerrados. Ni siquiera el fantasma de Emily Post habría podido encontrar defecto alguno en su postura, escrupulosamente erecta.

Mientras Ruth-Claire y yo hablábamos, me resultó difícil no mirar de vez en cuando a Adán. Llevaba unos pantalones sin cinturón, de un rico color crema, con la raya bien marcada, y una camisa blanca de manga corta, con el dibujo de un timón de yate sobre uno de los bolsillos superiores. Había vuelto a venir sin zapatos —una omisión por la que Ruth-Claire volvió a disculparse— pero el orden y la limpieza de su atavío, y la exquisitez de su peinado, digno de admiración (¿había utilizado mi ex un par de tijeras eléctricas para arreglárselo?), superaban con mucho el efecto desgarrado y de informalidad rebelde implícito en sus pies descalzos. Ahora yo observaba furtivamente sus manos, que me recordaban a sus pies: eran estrechas y de aspecto artrítico, como si los dedos hubieran permanecido unidos durante demasiado tiempo y sólo recientemente hubiesen recuperado su libertad. La rigidez y la incompleta oposición de meñique y pulgar contribuían a que todavía fuera más digno de alabanza el uso desmañado que hacía del cuchillo y el tenedor.

—Has sabido prepararlo convenientemente —le dije a Ruth-Claire.

Ella había terminado de cenar, ya que sólo se había contentado con un plato de fruta —sin plátanos— y una ensalada de alcachofas; ahora su mirada se posaba cariñosamente sobre su habilino Eliza Doolittle.

—Gracias... Supongo que sí, pero con ello no le concedes a Adán el crédito suficiente por sus esfuerzos. Es brillante, siente verdaderas ganas de aprender y, en el fondo, es naturalmente reflexivo.

—A diferencia de algunos que yo conozco.

Ruth-Claire me dirigió su típica sonrisa tortuosa.

—Bueno, probablemente te las habrías sabido arreglar muy bien en el Pleistoceno Superior, Paul. Seguramente habrías prosperado.

—Eso no es nada agradable.

—Tú tampoco lo eres... cuando no haces más que pensar en la satisfacción de tus propios apetitos, como sucede con tanta frecuencia.

—¿Como esta noche?

—No, espero que esta noche no. Me parece que haces todo lo posible por mostrarte tan caballeroso como te lo permite tu naturaleza.

Adán terminó de cenar y se limpió la boca con una servilleta limpia. Luego tomó su jarra de borgoña de California y la vació con una ruidosa inhalación, cuyos pequeños tragos hicieron que la manzana de su garganta se sacudiera como el corcho de un pescador. Se volvió a limpiar la boca, con los pequeños ojos negros brillándole.

—¡Adán! —le amonestó Ruth-Claire.

Ante eso, el habilino levantó la mano derecha y efectuó un desconcertante movimiento como de pinza con los dedos. Repitió el movimiento, con el pulgar de aspecto roto oscilando adrede de un lado a otro. Sus espesas cejas negras se juntaron por encima del puente de la nariz, se elevaron en un gesto de simpatía y sus ojos también empezaron a «hablar», fulgurantes a la luz de las velas.

—Dice que el filete estaba excelente —interpretó Ruth-Claire—. Y también el vino.

Miré fijamente a la criatura. Hasta ahora, nunca le había visto utilizar signos con las

manos. Y seguía haciéndolo.

—Ahora le gustaría saber si dispones de una habitación donde pueda descansar —siguió diciéndolo Ruth-Claire—. Se siente como un litro de agua de lluvia en un vaso elástico. También le gustaría lavarse las manos.

—Te lo acabas de inventar —la acusé.

—Sólo por lo que se refiere a esa presuntuosa metáfora. Me ha preguntado realmente si el West Bank dispone de lavabo público. ¿Te parece algo tan inconcebible?

El West Bank sólo dispone de un lavabo público, que se halla situado en un pequeño nicho hecho a base de bloques de ceniza prensada, directamente por detrás del comedor. Para llegar a esta instalación hay que salir al exterior por un breve instante, en una pequeña sección del callejón, y hay que cerrar la puerta por dentro para evitar que otros clientes, o incluso mis propios empleados, traten de entrar una vez que se está dentro. Eso, sin embargo, produce pocas quejas, y no dispongo del espacio suficiente para instalar un segundo lavabo. Además, el departamento de Sanidad del condado ha aprobado esta instalación.

Sin decirle nada más a Ruth-Claire, conduje a Adán al lavabo, le indiqué el interior con un gesto, y luego regresé al comedor. Como esta noche sólo estábamos nosotros tres no importaba que Adán descuidara apretar el botón de cierre del pomo de la puerta. Esa fue una de las ideas medio formadas que cruzaron por mi mente, mientras me deslizaba de nuevo sobre mi silla y ponía una mano sobre la de Ruthie Ce.

—Le has enseñado el lenguaje de los signos...

—No es precisamente una idea muy original. Lo han practicado con los chimpancés y los gorilas desde hace siglos. Así lo hacen en Yerkes. De hecho, en Yerkes enseñan a sus primates un elaborado sistema de símbolos geométricos al que llaman *yerkish*. Consulté unos pocos libros de lenguaje de signos para sordos con objeto de aprender lo que debía enseñarle a Adán. Sin embargo, debo decir que, expuesto a este sistema, parece haber progresado mucho más que cualquiera de los chimpancés y gorilas. Te puedo asegurar que es cierto. Lo he comprobado en la literatura escrita sobre el tema.

—Resulta extraño —admití.

—Lo que me convenció para intentarlo fue el interés de Adán por la mujer que realiza las interpretaciones simultáneas de los sermones de Happy McElroy, cada domingo por la mañana, basadas en el lenguaje de los signos para los sordos. Me di cuenta de que no podía apartar los ojos de ella. Y sigue sin poder.

—¿Ves ese programa?

—Adán se siente fascinado por él. Las vistas panorámicas de los fieles congregados, los cantos, las contorsiones de McElroy en el pulpito, todo eso lo mantiene como embobado. Adán descubrió por primera vez ese canal antes de que estallara la controversia causada por algunos de los más recientes y autoritarios pronunciamientos de McElroy. Quiero decir, yo no sintonizaba a propósito esa emisora para ver lo que ese hombre decía sobre nosotros. Me limité a dejar que Adán viera lo que quisiera ver.

—¿Insiste todavía en verlo, a pesar de los prejuicios de McElroy?

—Oh, sí, y probablemente es su programa favorito de los domingos. Ahora, sin embargo, efectúa extrañas sugerencias con señales de las manos cuando McElroy cita la relación entre Adán y yo misma, que él tilda de nauseabundo ejemplo de decadencia moral contemporánea. Adán odia a Happy McElroy, pero le encanta observar la forma en que se contorsiona, los cantos y a la intérprete, así como las vistas que se ofrecen de esa heroica congregación que escucha con atención las jeremiadas semanales de su líder —Ruth-Claire me dirigió otra sonrisa descentrada y modesta—. No puedo negarle esos placeres, Paul. Quiero que sepa, al menos intelectualmente, que más allá de los límites de la granja Paraíso hay un mundo grande, que huele mal, es muy ajetreado y está lleno de contradicciones.

—Eso es algo que ya debe saber.

—Oh, sí, lo sabe. Me ha contado confusas historias sobre Montaraz, Haití y Cuba, por no hablar de la flotilla de la Libertad y de su viaje para cruzar Florida. Ha experimentado más momentos duros y más caos que nadie, pero hasta hace poco no pudo comunicar a nadie esas experiencias.

Oímos un ruido sordo procedente del fondo del West Bank. Adán regresaba procedente del lavabo. A su lado, dominándolo con su estatura, había un extraño. El extraño apretaba un treinta y ocho contra las costillas de Adán, y el paso receloso del habilino y el miedo que reflejaban sus ojos nos indicaron que su conocimiento del mundo se extendía incluso a las armas de fuego. Quizá recordara el destino de sus congéneres a bordo de aquel barco de pesca, frente a las costas de Punta Gorda.

Indignado y temeroso a la vez, me levanté para hacer frente al intruso.

El hombre se guardó la pistola en una funda que llevaba bajo la chaqueta deportiva y dirigió a Adán hacia nuestra mesa, arrastrándolo con una mano implacablemente sólida. Su rostro, sin embargo, mostraba una expresión de disculpa que disminuyó automáticamente el temor que me había causado su presencia.

—Pensé que podía escaparse —dijo el hombre—. Pero no lo hizo.

—Creo que puede soltarlo. No se escapará —dijo Ruth-Claire.

El hombre así lo hizo.

—Soy Dick Zubowicz, del SIN, Servicio de Inmigración y Naturalización. Este tipo es un extranjero ilegal. Me temo que está detenido.

Unos golpes sonaron en la puerta principal. A pesar de que no había asegurado la puerta de atrás, la principal sí estaba cerrada con pestillo. Al correr el pestillo y abrirla al delgado suplicante que esperaba sobre el peldaño, éste resultó ser Brian Nollinger. Por detrás de él, sobre la acera, frente a la lavandería de la parada de la Greyhound, había un pequeño grupo de sombras —no más de cinco o seis personas— que se movían sin propósito fijo de un lado a otro, irreconocibles. Lo primero que pensé fue que su presencia allí se debía a algún siniestro e inconfesable propósito, pero luego se me ocurrió pensar que quizá sólo esperaran el autobús de medianoche a Montgomery. Entonces Nollinger pasó a mi lado y entró en el West Bank, y ya no dispuse de más tiempo para seguir considerando esa cuestión.

—¡Lo tiene! —exclamó el antropólogo, dirigiéndose a Zubowicz.

—No ha sido difícil —asintió el agente de inmigración—. Realmente es un tipo bastante pacífico. Atraparlos después de que hayan comido ha sido siempre mi forma favorita de hacerlo. Eso les quita ventaja, doctor Nollinger.

Miré con ojos relampagueantes a mi antiguo huésped. Él había dirigido a Zubowicz a Beulah Fork, lo había apostado fuera del West Bank, e indudablemente había sido el principal artífice de la decisión gubernamental de montar esta pequeña y asquerosa operación. Le habría prometido que le echaría el guante al famoso habilino con un mínimo de alboroto, si le concedía privilegios de visita a él y a su amigo sociólogo de Emory una vez que el pobre diablo hubiera sido internado.

Nollinger apenas si nos prestó atención a mí y a Ruth-Claire; sólo tenía ojos para Adán. Arrebatarle las gafas de abuela que llevaba sobre su rostro pálido, y estrujarlas bajo mi tacón hasta convertirlas en polvo, habría constituido un escape satisfactorio para mi furia; pero conseguí controlar ese impulso, aunque con dificultad.

—¿Detenido? —exclamó Ruth-Claire al tiempo que se ponía en pie—. ¿Por qué?

—Ya se lo he dicho, señora Loyd —dijo Zubowicz—. Por entrar ilegalmente en el país, y por escaparse luego a la deportación al huir de las autoridades del SIN. Y usted es cómplice de todo ello, señora. Lo ha ayudado e instigado a cometer ese delito.

—¿Quiere decir que también estoy detenida?

—No tengo una orden de arresto contra usted, sino sólo contra el fugitivo. Si nos ayuda a

salir de aquí, si no protesta u obstruye de algún modo el cumplimiento de nuestro deber..., bueno, no es probable que salga tan mal parada a causa de su implicación en este asunto.

Ruth-Claire me miró.

—Todavía no me han acusado de nada y ya tratan de iniciar negociaciones.

—No es ésa la mejor forma de expresarlo —dijo Zubowicz con suavidad, como si le hubiera ofendido la implicación—. Sólo estamos interesados por Adán.

—El extranjero ilegal —añadió Nollinger.

—El único espécimen superviviente de *Homo habilis* que existe en todo el mundo —intervine—. Usted supone que sus derechos como investigador superan a los de él, sólo porque él representa una oportunidad única para recibir asignaciones gubernamentales más importantes, y una forma de alcanzar una fama parasitaria que le permita ser el número uno...; y no porque sea un extranjero ilegal.

Me di cuenta de que Adán seguía nuestra discusión con suma atención, que nos miraba a uno y a otro a medida que hablábamos, al tiempo que el dedo índice de su mano derecha recorría el borde del mantel de la mesa. Su uña había efectuado un estrecho desgarrón en la tela, y un hilo amarronado había quedado enganchado en la parte superior de la uña. El hilo se balanceaba atrás y adelante al compás del movimiento del dedo del habilino, como una minúscula escritura roja sobre un pergamino del mismo color. ¿Qué significaba aquello? ¿Qué pensaba Adán?

—Escuche, Loyd —replicó el antropólogo—, si esta noche vomitara también la cena, usted querría librarse de él. No soy la única víctima de intereses egoístas que hay bajo el techo del West Bank.

—Eso era precisamente lo que hacía cuando lo encontré —dijo Zubowicz.

—¿De qué está hablando? —le pregunté al hombre.

—De Adán —contestó el agente de inmigración—. Estaba vomitando en la taza del lavabo. O, al menos, lo intentaba. No pudo conseguir que saliera mucho.

—¡Maldita sea! —exclamé—. ¡Eso es mentira!

—Siempre frota sus filetes con demasiado ajo y sal de cebolla —atestiguó Nollinger—. Ajo, sal de cebolla, especias para hacer más tierna la carne, todo eso es demasiado, Loyd.

Adán levantó las manos, desprendiéndose del hilo del mantel enganchado en su uña, y le hizo una serie de signos a Ruth-Claire.

—Lo que le dio náuseas fue beber el vino con tanta rapidez —interpretó ella—. Según él, el filete estaba preparado y cocinado a la perfección. Se disculpa por la mala impresión causada por su *lapsus* en cuanto a la etiqueta debida en la mesa. Ahora ya está bien.

—Estupendo —dijo Zubowicz—, porque el profesor y yo nos lo vamos a llevar a Atlanta para ficharlo y dejarlo a buen recaudo.

Y en cuanto dijo esto, agarró al habilino por el peludo codo.

—¿Sólo por ser un extranjero ilegal? —preguntó Ruth-Claire.

—Eso es lo que le he dicho.

—¿Y si fuera un ciudadano estadounidense?

Zubowicz enarcó una ceja y sonrió con deferencia.

—¿Un qué?

—Es mi esposo, señor Zubowicz. Un ministro de Tocqueville, un ministro ordenado de la Primera Iglesia Copta Unida de Dixie, nos casó hace dos meses en una ceremonia privada que se celebró en la granja Paraíso. Nos hicimos incluso análisis de sangre. Todo es legal, se lo aseguro. Y podemos demostrarlo.

—¡Jesús, Ruth-Claire! —exclamé—. ¡Pero si eres diez..., quince o quizá veinte años mayor que él!

—Esa no es más que una vieja estratagema muy poco convincente —dijo Zubowicz—. El gobierno se pone realmente duro con aquellas personas que se casan con extranjeros sólo para conferirles la ciudadanía estadounidense. Me temo que eso se ha convertido en una especie de industria, y las penas que se imponen por tomar parte en falsos matrimonios, matrimonios que sólo se contraen en nombre de propósitos desviados o fraudulentos, son actualmente muy severas, señora Loyd.

—Espero un hijo de Adán —anunció Ruth-Claire—. ¿Le parece eso desviado o fraudulento?

Nadie dijo nada. Me senté ante la mesa y exhalé un suspiro tan profundamente melancólico como pude emitir. Mi ex acababa de ofrecernos una confirmación de primera mano de nuestras peores sospechas. Sin embargo, a menos que se insistiera en considerar a Adán como un subhumano, un menor de edad, o alguien mentalmente débil, lógicamente no se la podía acusar de «vivir en el pecado». Ella era una mujer casada que había resaltado su vínculo con su nuevo esposo al cooperar con él en la concepción de una nueva entidad viva. Esta idea hizo que me sintiera muy desgraciado. Prefería la hipótesis de la convivencia en el pecado antes que una demostración tan espectacular acerca de la legalidad y el carácter incontrovertible de la unión entre ambos.

Zubowicz se volvió a mirar a Nollinger.

—¿Es posible? —preguntó—. Quiero decir, ¿puede una mujer humana y un..., bueno..., un...?

—Macho habilino —dijo el antropólogo.

—Sí, eso mismo. ¿Pueden hacer un bebé entre los dos? ¿Concordarán los genes?

—Existe un precedente —admitió Nollinger—. O algo así. En Yerkes, no hace mucho tiempo, un *siamang* y otra especie de gibbon se aparearon con éxito cuando fueron enjaulados juntos durante un largo período de tiempo. Sin embargo, eso sorprendió a todos —miró a Adán con ojos entrecerrados—. Se supone que la interfecundación entre especies humanas distintas, como por ejemplo la de Cro-Magnon y la de Neanderthal, fue uno de los factores responsables de la amplia variedad existente en la actualidad entre físicos y rostros humanos. Sí —concluyó casi con resentimiento—, es posible, señor Zubowicz.

—Ruth-Claire, ¿por qué no me lo dijiste? —pregunté, mirándola resentido.

—Iba a decírtelo, Paul. Pero no esperaba que la velada se viera abreviada por este encuentro con un secuaz de Inmigración y Naturalización.

—Señora Loyd —dijo Zubowicz, herido—, yo sólo me limito a cumplir...

Ella lo interrumpió.

—Querrá decir señora Montaraz. En la vida privada soy la señora de Adán Montaraz. Mi nombre profesional sigue siendo el de Ruth-Claire Loyd, ya que por ese nombre se conoce mi trabajo, pero teniendo en cuenta la misión que le ha traído aquí esta noche, preferiría que me llamara por mi nombre legal de casada.

El agente federal elevó literalmente las manos al techo, y trazó con ellas un torpe semicírculo para escapar a la furia que reflejaban los ojos de Ruth-Claire.

De pronto, un proyectil hizo añicos uno de los paneles de cristal de la puerta delantera. Rozó la cabeza de Brian Nollinger y rebotó contra la divisoria de metal entre el comedor y la caja registradora. Nollinger cayó de rodillas al suelo, sangrando. El cristal relucía como lentejuelas a la luz de las velas.

Un segundo proyectil —se trataba de ladrillos de arcilla roja, o trozos de tales ladrillos— atravesó con un fuerte estrépito la ventana panorámica situada tras nuestra mesa de la esquina, y derribó una maceta de geranios, una alta jarra de cerveza hecha de cerámica y una pecera

llena con arena de colores.

Zubowicz desenfundó la pistola, hizo girar el tambor en círculos y nos dijo a gritos que nos retiráramos hacia el fondo del restaurante. Hasta el propio Nollinger, aunque mareado, le obedeció, con el desgarrón de la sien emitiendo un mucílago de color carmesí. Adán le prestó al antropólogo su hombro mientras yo, inclinado como si perteneciera a un comando de las fuerzas especiales, aparté a Ruth-Claire de la asaltada y destartalada fachada del restaurante.

El chirrido de las llantas de un coche reverberó desde un extremo de la calle principal al otro.

Una rápida mirada me permitió confirmar que las sombras que antes había observado frente a la parada del autobús de la Greyhound se habían dispersado, para desaparecer en sus propios rincones secretos de la noche. La calle estaba ahora completamente vacía, y no creía que nadie se atreviera a lanzar más ladrillos a través de mis ventanas. Los vigilantes ya se habían divertido bastante.

—Se han marchado —dije, al tiempo que me incorporaba—. Creo que ha pasado el peligro. Pero, maldita sea, fíjense cómo lo han puesto todo. Sólo tienen que mirarlo.

—El seguro se ocupará de pagarlo —dijo una voz a mi espalda—. Nunca conocí a ningún pez gordo que no tuviera un montón de seguros.

Tres personas habían entrado en el West Bank por la misma ruta seguida minutos antes por Dick Zubowicz. Dos de ellas sostenían sendas escopetas. Todos ellos llevaban ropas que les daban el aspecto de granjeros, con una estrafalaria variedad de porte clerical de aspecto medieval. Túnicas de mangas anchas de un trémulo color espliego, con extraños emblemas bordados y ribetes decorativos de un púrpura más oscuro, que les caían hasta por debajo de las rodillas y dejaban al descubierto las perneras de los vaqueros azules y desgastadas botas de trabajo en dos casos, y unas pálidas espinillas peludas por encima de unas zapatillas deportivas de color azul pálido en el tercer caso. Unas capuchas puntiagudas, a modo de mitras de carácter impracticable, ocultaban los rostros de los tres hombres que, como medida de precaución adicional, se habían puesto medias de nailon sobre la cara para aplanar y distorsionar los rasgos.

Uno de los intrusos, sin embargo, acababa de traicionarse al hablar y, al revelar su identidad, divulgó inadvertidamente la de otro de sus compañeros.

—Hola E. L. —dije—. Hola, Craig.

O quizá no lo hizo de modo tan inadvertido. Las túnicas, las máscaras de nailon y las desproporcionadas mitras eclesiásticas estaban destinadas más a la galería, para causar un rancio efecto de gran guiñol, antes que para procurarse un disfraz impenetrable. Fue irrelevante que no pudiera averiguar el nombre del tercer miembro del KuKlos, el que llevaba las zapatillas deportivas, un personaje larguirucho que arrastraba los pies e iba ligeramente encorvado. Lo que importaba era que mis tres vecinos se hallaban en un estado de agitación santurrona tan calculado y frío que la conjunción de aquellas vestimentas tan pomposamente cómicas y los restos de mi café de cuatro estrellas debían de parecerles como nobles respuestas a algo que no acababan de comprender muy bien. O que comprendían de la misma forma con la que un pintor de brocha gorda pudiera comprender a un Hieronymus Bosch. Diablos, ni siquiera estoy seguro de saber lo que ellos comprendían o dejaban de comprender. Allí estaban, sin embargo, ataviados como ejecutores piadosos, apuntándonos con las escopetas.

No se les podía ignorar.

Después de haberle quitado la pistola a Zubowicz, los del Klan sacaron dos pares de esposas, una de las cuales sirvió para sujetar al agente de inmigración a la tubería en forma de S que corría bajo el fregadero de la cocina, mientras que la otra esposó a Nollinger a la divisoria forrada del comedor. El hombre de las zapatillas deportivas, que no habló ni una sola vez, se ocupó de poner las esposas y, mientras lo hacía, no pude dejar de observar el sudor que le resbalaba por las piernas hasta la parte superior de los talones perforados de las zapatillas.

El calor que experimentaban bajo aquellas túnicas púrpuras, que repentinamente me di cuenta eran casi exactamente del mismo color que el querido violeta de genciana del doctor Kearby, debía de ser intenso y jugoso, privándoles de su fortaleza. Qué imbecilidad.

—Davie Hutton nunca anda por ahí cuando más se le necesita, ¿verdad? —dijo Craig Puddicombe con la escopeta apuntada hacia nosotros—. Sólo aparece cuando se ha saltado uno una señal de tráfico, o cuando se hacen chirriar las ruedas en el aparcamiento del A&P.

E. L. Teavers emitió una risita insinuante y yo miré todavía más intensamente al hombre del Klan de las zapatillas deportivas. ¿Acaso era el mismo Davie Hutton? Realmente no sabría decirlo. El hecho de que dispusiera de esposas y su negativa a hablar me hicieron sospechar que lo era. Eso también me ayudaba a explicar el descaro con el que las cohortes del Zeloso Alto Zigote habían asaltado el West Bank y, por lo visto, la facilidad con la que esperaban retirarse. Si Davie estaba con ellos, eso quería decir que tenían las manos libres. Desgraciada, o quizá afortunadamente, Davie nunca había parecido tan pálido y etílico como en esta aparición.

—Es hora de marcharnos —dijo E(lvis) L(amar) Teavers.

—¿Adónde? —preguntó RuthClaire.

Pero ahora que Zubowicz y Nollinger estaban a buen recaudo, los intrusos no parecían tener deseo alguno de burla, o de mofarse de nosotros. Sin decir nada más, nos dirigieron hacia la puerta de atrás, pasamos junto a la habitación de descanso y nos hicieron cruzar el callejón cubierto de hierba, hasta un pequeño montículo cubierto de rocío desde donde se elevaba la torre del depósito de agua de Beulah Fork, cuya parte superior se perdía en la oscuridad veraniega como una máquina de guerra sacada de una novela de H. G. Wells. Adán contempló pensativamente las cruzadas barras de apoyo de la torre, pero Teavers, que por lo visto se dio cuenta de su intención de buscar refugio en lo más alto, le golpeó en la sien con la culata de la escopeta.

—¡Continúa, condenado negrilino! —le ordenó—. ¡No cometas ninguna tontería de mono!

Tal como había hecho antes Nollinger en el restaurante, Adán cayó de rodillas. Sus labios se curvaron para dejar al descubierto sus caninos, pero Ruth-Claire se arrodilló inmediatamente a su lado para susurrarle inaudibles palabras de consuelo. Aunque Adán se tambaleó un poco tras ponerse en pie, pronto siguió caminando con tanta seguridad como cualquiera de nosotros, y nuestro extraño y pequeño grupo pasó desde el bajo altozano de la torre del depósito de agua a una calle asfaltada que corría paralela a la principal.

Desde esta calle nos dirigimos hacia la parte más alejada de los terrenos de juego de la escuela elemental de Beulah Fork. Los grillos chirriaban con entusiasmo pero, por lo demás, la ciudad parecía deshabitada, como un vasto escenario silencioso que acomodara las siluetas de unas pocas casas aisladas de estilo Victoriano, junto con cientos de olmos y magnolios que parecían recortados en cartón.

El terreno de juego fue para mí como un campo de minas en medio de este inocuo escenario. Mientras lo cruzábamos, esperaba que Teavers nos volara las cabezas en cualquier momento. Me parecía bastante claro que él y sus encopetados secuaces vestidos de púrpura nos dirigían hacia nuestra cita fatal. O, al menos, a un encuentro con el alquitrán y las plumas.

—¿Es así como os ocupáis de salvaguardar los derechos de un hombre blanco trabajador? —pregunté—. ¿A base de destrozarle el local y aterrorizarle a él y a sus amigos?

—Cierre el pico —espetó Craig Puddicombe.

—Cuando vinisteis a verme la otra noche estabais preocupados por la violación de mis derechos, ¿Es así como...?

Esta vez fue E. L. Teavers quien me interrumpió.

—Todo eso es cosa del pasado, señor Loyd. Ahora usted y su esposa son traidores.

—¿Traidores? ¿A qué? —preguntó Ruth-Claire.

—¡Dije que cerraran el pico! —siseó Puddicombe—. No tenemos nada que explicarles.

—Al menos por ahora —añadió Teavers sin alterarse.

Y eso dio por terminado el intercambio de palabras. Un momento más tarde vi una camioneta aparcada por detrás de la portería de fútbol, en la esquina noroeste del terreno de juego. Junto al vehículo había dos o tres figuras cubiertas con túnicas —como carroñeros humanos— en medio del polvo que lo rodeaba y que aún no se había asentado. La caja superior sobresalía más allá de la nariz de la camioneta, cuyos costados decorados habían sido oscurecidos por los del Klan con una espesa capa aguachada de barro que se había secado y endurecido desde hacía tiempo. Al acercarnos, una de las figuras encubiertas levantó las manos como un semáforo, para detenernos, subió a la camioneta y liberó el cierre de atrás, para que Teavers y Puddicombe pudieran apartar la puerta deslizante y empujar a sus cautivos al interior. Adán y Ruth-Claire subieron juntos mientras que yo perdí un poco el tiempo en el umbral, con un pie sobre el polvo, como si se tratara de una incierta atadura a la realidad del condado de Hothlepoya. Estábamos a punto de que nos dieran el paseillo al país de nunca jamás.

—Suba —dijo alguien, aunque sin demasiada urgencia.

Obedecí, pero miré por encima del hombro a tiempo para ver al hombre de las zapatillas deportivas que se dirigía hacia una de las aulas portátiles situadas detrás de la escuela.

Puddicombe subió detrás de mí y cerró estruendosamente la puerta deslizante de la camioneta. Ruth-Claire, Adán y yo fuimos obligados a sentarnos en el suelo en el centro de la sección de pasajeros del vehículo, rodeados por más miembros armados del Kudzu Klavern: otras cuatro personas encapuchadas con aquel molesto color púrpura, con perfume a sudor rancio. La oscuridad me impidió distinguir el sexo de cada una de ellas, y tampoco me sirvieron de mucho sus zapatos, zapatillas deportivas o calzado barato. Sin embargo supe que nos acompañaba al menos una mujer, porque su aguda risa burlona saludaba cada uno de nuestros susurros apagados, surgidos de la profunda mezcolanza de temor y confusión.

Ahora la camioneta traqueteaba a buena velocidad.

—Podría jurar que hiede —dijo uno de los hombres—. Como una rata muerta o un perro mojado, pero de todos modos nauseabundo.

—Este no —replicó Puddicombe—. Este lleva cuero inglés o nada.

La mujer lanzó una risotada. Desde donde yo estaba sentado era imposible saber de qué cuerpo había partido la risotada; sólo pude darme cuenta de que tenía un matiz de nerviosismo y de que era femenina. Al cabo de dos o tres kilómetros, sin embargo, la asigné a la persona que llevaba los zapatos baratos.

La camioneta se bamboleaba de una rodera a otra del camino. Desde luego, no parecía que siguiéramos una carretera asfaltada. Una vez, el conductor hizo sonar el claxon, contestado inmediatamente por el agrio balido de otro claxon, que sin duda era el de la camioneta de Teavers. El vehículo redujo la marcha y giró. La de los zapatos baratos volvió a reírse, con una explosión aguda que no parecía tener motivo alguno.

—¿A dónde vamos? —preguntó Ruth-Claire.

Nadie le contestó. Adán tenía su brazo entrelazado con el mío. Ocasionalmente, miraba de un lado a otro, como si tratara de detectar el orden jerárquico de nuestros captores. No creo que estuviera asustado. Ruth-Claire y yo estábamos cerca, y con la mano libre Adán acariciaba con expresión ausente a mi ex esposa y le tomaba diminutos bucles de su cabello.

Finalmente la camioneta se detuvo, y la puerta deslizante se abrió como la tapa de una caja sorpresa. Puddicombe, desprovisto ya de la media de seda, nos obligó a salir. Nos encontramos de pie, iluminados por los faros de la camioneta de E. L. Teavers, virtualmente cegados por su moteado resplandor amarillento. La camioneta retrocedió, ejecutó un precario giro al borde de la rodada del camino y desapareció en la noche con todos sus pasajeros

encapuchados, excepto Puddicombe.

Eso me asustó mucho más que cualquier otra cosa de las ocurridas hasta el momento, incluido el primer ladrillo que se estrelló contra los cristales del West Bank. Ruth-Claire, Adán y yo nos encontrábamos varados en medio de ninguna parte con el Zeloso Alto Zigote y su lugarteniente. Levanté la mirada. Las estrellas salpicaban la mayor parte del cielo, pero un móvil saco de carbón de nubes había empezado a devorar grandes trozos de cielo, hacia el oeste. Tuve la impresión de que ante nosotros se abría un negro abismo sin fondo. Por encima de mi cabeza, bajo mis pies..., y el escalofrío que me produjo esa sensación fue espectralmente desorientador.

Las luces de los faros se apagaron. Desde el pasto saturado de malas hierbas, Teavers dijo:

—Trae aquí al negrilino, Craig.

—¿Por qué? —preguntó Ruth-Claire—. ¿Qué vais a hacer?

Cerré los ojos, los abrí y los volví a cerrar. La siguiente vez que miré, sin embargo, el paisaje me pareció familiar. Nos encontrábamos en la propiedad de Cleve Snyder, no lejos de la granja Paraíso, sobre unos terrenos yermos y aislados que nunca habían sido utilizados para cultivar judías, algodón o cualquier otra cosa, al menos durante cincuenta o sesenta años. A principios de siglo había funcionado aquí un horno de ladrillos; lo que quedaba de todo aquello no eran más que unos montículos de arcilla roja que rodeaban unas enormes aberturas como cisternas que se hundían en la tierra, aparentemente sin fondo.

Ocho años antes, y según sus horrorizados y escuálidos compañeros de juego, un niño de White Cow Creek se había caído por uno de aquellos pozos. Los intentos por localizarlo y subirlo a la superficie habían terminado en la más absoluta frustración de los espeleólogos que habían descendido a buscarlo con arneses suspendidos de cabrestantes. Aunque más tarde se había producido una cierta agitación entre la comunidad por tapar o rellenar los pozos, Cleve Snyder se había ofrecido a construir una barricada de alambre con carteles de advertencia colocados a intervalos, y esa oferta aquietó el colérico alboroto. Esta noche, al mirar a mi alrededor, me di cuenta de que Snyder o bien no había cumplido su promesa, o los vigilantes del Kudzu Klavern habían anulado sus esfuerzos por conseguir que el lugar fuera seguro. Nos encontrábamos en las laderas de una cadena montañosa en miniatura, lejos de todo socorro, civilización o cartel de advertencia.

Adán miró a Ruth-Claire y, desconcertado, hizo un gesto con la mano.

—No lo sé —contestó ella, al tiempo que sacudía la cabeza.

Puddicombe golpeó con una palmetada las manos de Adán y le dijo a Ruth-Claire que se callara. Teavers, como una sombra grotesca, se subió a uno de los montículos cercanos. De repente, se me ocurrió pensar que aquellos montículos parecían termiteros erosionados en una polvorienta llanura de África Oriental. De hecho, por un momento tuve la impresión de que los cinco habíamos sido trasladados por alguna clase de poder fantástico al continente de donde procedían los antepasados de Adán, y de donde también habían evolucionado los nuestros. El condado de Hothlepoya era Kenia, Tanzania o Zarakal. Todos éramos africanos.

—Dígale que se quite las ropas —le ordenó Teavers a Ruth-Claire desde el borde del montículo.

—¿Y por qué voy a decirle eso?

—¡Hágalo, maldita sea! ¡Nada de gandulear o perder el tiempo!

Y como para reforzar la urgencia de la sumisión disparó uno de los cartuchos de la escopeta de dos cañones. El suelo se estremeció y hasta el propio Craig Puddicombe se unió a nosotros al encogerse ante la explosión. Un montón de perdigones resonó entre las tupidas zarzas de una zarzamora, a unos diez metros de distancia. Luego, todo volvió a quedar en silencio.

Adán se quitó el pantalón con la raya bien planchada, tirando de la cremallera hasta que ésta se rompió. También se quitó la camisa de una forma similar, arrancándose los botones

con los dedos. Como no llevaba ropa interior ni zapatos, ahora estaba a nuestro lado tan desnudo y desvergonzado como su homónimo antes de la expulsión, tal como había aparecido hacía casi un año, en septiembre, ante la granja Paraíso. Qué pequeño parecía de nuevo, qué flexible e infantil.

—Muy bien. Craig, tráelo aquí. —Y luego, volviéndose hacia nosotros, nos dijo a Ruth-Claire y a mí:— Si cualquiera de los dos se mueve un solo paso, dispararé este otro cartucho hacia sus queridas caras de negrilino. Mañana por la mañana estarán tan planos como la tierra.

Puddicombe se echó a reír y empujó a Adán hacia adelante. Adán parecía agarrarse a la tierra con los dedos de los pies, como si caminara sobre las ramas bajas de una acacia. Aunque Puddicombe se detuvo finalmente en la base del montículo, Adán ascendió hasta encontrarse a dos o tres pasos de Teavers.

—No —dijo Ruth-Claire—. No lo hagas.

No supe si se lo decía a Adán o a Teavers. Pero, en cualquier caso, eso no representó ninguna diferencia. El joven de la túnica violeta dejó la escopeta, agarró a Adán por el brazo y lo empujó hacia el borde del foso. Su intención estaba clara: iba a sacrificar a Adán a los tutelares plutonianos del foso. También estaba claro, sin embargo, que no se había dado cuenta de la nudosa fortaleza del habilino, convencido de que su mayor altura y peso serían suficientes para enviar a Adán hacia el olvido.

Pero Adán, con un gruñido, forcejeó con el brazo libre, hundió los dientes en el muslo del joven a través de la burda capa de tela, y lo hizo girar como un demonio montado a horcajadas de un derviche. Teavers se dio cuenta demasiado tarde de su error, pero ya no pudo hacer nada.

—¡Dispara! —le ordenó a Craig Puddicombe—. ¡Dispárale al bastardo!

Puddicombe se encontró vacilante entre dos ideas, esforzarse por cubrir a sus prisioneros, y proteger al mismo tiempo a su amigo. Si disparaba, el propio Teavers podría sufrir los impactos junto con Adán, y yo tendría entonces la oportunidad de saltar sobre él. A modo de compromiso, confiado en que su amigo lograría superar la sorprendente resistencia de Adán, retrocedió unos pasos del montículo y nos apuntó a Ruth-Claire y a mí con los dos cañones de su escopeta.

El polvo se levantó de la zona de combate, al borde del foso, como una neblina rojiza y negruzca a la luz de las estrellas. Luego, tanto Teavers como Adán desaparecieron por el borde.

Eso fue todo. En un momento estaban forcejeando vigorosamente sobre la superficie de su planeta común, y en el momento siguiente se abalanzaron hacia el infierno como si ninguno de los dos hubiera existido jamás. Teavers se las arregló para emitir un grito al caer, una frágil y corta protesta, pero Adán no produjo sonido alguno; y quizá unos treinta segundos después de que hubieran empezado a forcejear el uno con el otro, la noche volvió a pertenecer a los grillos, las estrellas y el amenazador saco de carbón que se cernía sobre Alabama como un abismo celestial.

Ruth-Claire y yo nos sostuvimos el uno al otro. Ella tenía las manos frías; lo noté a través de la espalda de mi camisa.

—Tendría que matarles —dijo Puddicombe, aturdido por el giro que habían tomado los acontecimientos, aunque de todos modos intentaba hablar—. Esto ha sucedido por culpa suya, maldita sea. Todo por su condenada culpa... —le temblaba la voz, al igual que las manos. Se apartó de nosotros hacia el montículo, recogió la escopeta de Teavers y la arrojó al foso que se acababa de tragar a los dos combatientes—. Son personas como ustedes... —dijo, atorándose con las palabras—. Son personas como ustedes las que...

No logró articular sus pensamientos. Puddicombe echó a correr hacia la camioneta, subió a la cabina de un salto, puso en marcha el vehículo y pasó junto a nosotros, a punto de atropellar a Ruth-Claire. Lejos ya del horno de ladrillos, aceleró y se alejó de la pesadilla que él mismo había contribuido a crear.

—Tendremos que decírselo a Nancy —dijo Ruth-Claire, con la mandíbula apoyada sobre mi hombro—. Tendremos que decírselo de algún modo.

—¿Nancy?

—Nancy Teavers, su esposa. La muchacha que una vez trabajó para ti.

—Oh —exclamé.

Permanecimos allí durante largo rato, sin movernos. Finalmente subí el montículo, me arrodillé ante el borde y eché un vistazo hacia el abismo. Pasé varios minutos llamando a Adán y a Teavers. Incluso dejé caer algunos guijarros al agujero, para tratar de averiguar su profundidad. Era imposible. Ruth-Claire me dijo que lo dejara, que no valía la pena seguir.

Luego, fatigadamente, emprendimos el camino de regreso a pie, juntos, hacia la granja Paraíso.

No tardamos más de veinte minutos en recorrer el trayecto. Al llegar, encontramos ardiendo en medio del prado una cruz de pino o de alguna madera resinosa, de seis metros de altura, empapada de gasolina. Uno de sus brazos horizontales ya se había quemado por completo, amputando así este símbolo tan contradictorio en sí mismo, pero ninguno de los dos abrigó la menor duda acerca de la forma original de la estructura. El olor a quemado y a gasolina, unido a la destrucción del lugar donde se había levantado la cruz, hicieron surgir ardientes lágrimas en los ojos de Ruth-Claire. Maldijo a la gente responsable de aquello. Maldijo la incorregible estupidez de los de su propia especie.

Empezó a llover. Ráfagas de viento sibilante azotaron despiadadamente las llamas de un lado a otro. El otro brazo de la cruz se partió y se estrelló contra el suelo; levantó una nubécula de chispas.

Ruth-Claire y yo recorrimos apresuradamente el camino de gravilla hacia la casa, donde nos detuvimos a contemplar la tormenta. Los rayos parpadeaban, los truenos retumbaban y, finalmente, la fuerte lluvia terminó por extinguir el obscuro producto del KuKlos. Pensé que el Zeloso Alto Zigote había muerto: larga vida a los descendientes supervivientes de Adán en el dominio universal.

¡Ja!, me burlé mentalmente. ¿No deseaba matar a Craig Puddicombe? ¿No quería vengarme de los que habían colocado e incendiado la cruz?

Habían cortado la línea telefónica; no pudimos llamar, ni yo a las autoridades ni Ruth-Claire a Nancy Teavers. Hasta la propia Edna Twiggs ignoraba en aquellos momentos nuestra situación, a menos —claro está— que hubiera tenido algo que ver con lo sucedido. De pie en la buhardilla de Ruth-Claire, tratando de desnudar a mi ex esposa para meterla en la cama, dudaba de todos los habitantes de Beulah Fork. Sólo había visto a ocho personas envueltas en túnicas, pero me imaginaba a cada uno de mis vecinos cubierto por aquella odiosa vestimenta, como un Ku Klux Kaleidoscópico de sospechosos.

Ruth-Claire, mientras tanto, no hacía más que decirme que esperara al amanecer antes de aventurarme a salir, que sería un estúpido si abandonaba la casa para arrostrar aquella tormenta, que ya nada podíamos hacer por Adán, y que los que habían incendiado la cruz ya haría tiempo que se habrían marchado.

Le traje un *bourbon* de la cocina y me senté a su lado, sobre la cama, hasta que se tragó hasta la última gota del brillante ámbar. Diez minutos más tarde se había quedado dormida.

Aseguré todas las ventanas y cerré con llave todas las puertas. Luego recorrí un par de kilómetros bajo la lluvia, hasta la granja de Reuben Decker. Mis ropas, que quedaron inmediatamente empapadas, se hicieron cada vez más pesadas a medida que caminaba. Dos automóviles avanzaron en momentos diferentes por la carretera, en dirección al sur, y pasaron a mi lado rociándome todavía más, pero ninguno de ellos se detuvo. Llegué a mi destino completamente empapado de agua y sintiéndome mortalmente afligido. Como en un sueño inducido por las drogas, por mi cabeza cruzaba una y otra vez la imagen de Teavers y de Adán

desapareciendo en aquel voraz pozo.

Al llamar a la puerta mosquitera de Decker, me sentía a punto de derrumbarme. La vista del desconcertado granjero, que se acercaba a mí a través del salón vacío de su casa, con un gato persa de un año entre sus brazos, no me pareció una visión más sustancial o digna de confianza que los desordenados recuerdos que me habían acompañado desde que saliera de la granja Paraíso.

—Tengo que usar tu teléfono —le dije—. Tengo que hacer unas llamadas.

—Bueno, claro que sí —asintió Decker, que me dejó entrar; el gato plateado y azulado que sostenía en sus brazos ronroneaba como una turbina.

Davie Hutton había estado de patrulla por la zona residencial de Peachfield en el momento en que se produjo el ataque contra el West Bank. Más tarde, había ayudado al servicio de rescate de emergencia del condado de Hothlepoya a causa de un accidente que se había producido al sur de Tocqueville. Tras ser alertado de los acontecimientos ocurridos por un despacho de la oficina del sheriff en Tocqueville, regresó a Beulah Fork y liberó a Dick Zubowicz y a Brian Nollinger de las esposas que los sujetaban, para lo que empleó una llave maestra. Ahora ya no me parecía probable que hubiera sido el miembro del Klan con las zapatillas deportivas de color azul claro. La identidad de esa persona seguía siendo una suposición problemática para mí.

Zubowicz y Nollinger pasaron la noche en literas instaladas en el ayuntamiento. Hutton, por su propia iniciativa, instaló un gran trozo de madera contrachapada cubriendo el agujero del ventanal del restaurante, y otro en el panel roto de la puerta. Por la mañana, Livia George acudió y limpió los cristales, la arena derramada, los fragmentos de la jarra de cerveza y la tierra caída de la maceta volcada del geranio. El West Bank había sobrevivido. El coste para mi compañía de seguros tampoco iba a ser particularmente elevado. Mis bonificaciones no aumentarían, y en un día o dos podría reabrir el negocio.

Dos empleados de la Southern Bell acudieron a la granja Paraíso para reparar la línea telefónica, cortada por los que habían quemado la cruz.

A Beulah Fork llegaron funcionarios de la policía de Tocqueville y agentes de la Oficina de Investigación de Georgia. Examinaron el restaurante, el campo de fútbol de la escuela elemental y el abandonado horno de ladrillos en la propiedad de Cleve Snyder. Utilizaron helicópteros y automóviles. Como Craig Puddicombe había desaparecido del condado de Hothlepoya, y quizá incluso de Georgia, todas las oficinas de sheriff y patrullas de carretera de la zona sudoriental recibieron una descripción tanto de él como de la camioneta de E. L. Teavers. Mientras tanto, en el ayuntamiento, Zubowicz y Nollinger contaron sus respectivas historias a los investigadores.

Ruth-Claire y yo descargamos nuestras penas ante los agentes que acudieron a la granja Paraíso. Llovió durante toda la mañana, con una lluvia lenta y menuda que contribuyó muy poco a aliviar el calor, pero hacia las dos de la tarde un hombre de la Oficina de Investigación de Georgia llamó a Ruth-Claire para informarle que su departamento acababa de efectuar cuatro detenciones.

—¿Cree usted que podría regresar al lugar de Snyder? —le preguntó el agente.

—No lo sé —contestó ella—. ¿Por qué?

—Nos gustaría disponer de un relato meticuloso de todo lo que sucedió mientras usted y el señor Loyd estuvieron allí como rehenes. Eso podría ser útil para detener a Puddicombe y para acusar a los del Klan que no se quedaron por allí para presenciar..., bueno, el trabajo sucio final —concluyó el agente, con tono de disculpa.

Una revisión de la pesadilla, pensé. Precisamente lo que menos necesitaba Ruth-Claire.

—Desde luego —asintió ella—. ¿Cuándo?

—Niedrach y Davison están ahora con usted, ¿verdad? Muy bien. Ellos la conducirán a usted y al señor Loyd en veinte o treinta minutos.

La llovizna se transformó en una lluvia firme. Mientras nos dirigíamos al horno de ladrillos, acompañados por los agentes Niedrach y Davison, un informe meteorológico emitido por la radio del coche atribuyó la lluvia a un apagado huracán frente a las costas de Louisiana. El país de “Happy” McElroy, pensé. Era mi más ferviente esperanza que la tormenta tuviera al menos la furia necesaria para inutilizar, al menos durante uno o dos días, las torres de emisión de la Gran Congregación Cristiana de América en Rehoboth, Louisiana. Mi estado de ánimo era vengativo y agrio. Los agentes, instalados en los asientos delanteros, murmuraban entre sí, como adultos fuera de una habitación en la que unos niños pequeños durmieran la siesta.

Una vez llegados al horno de ladrillos, aparcamos y esperamos a que remitiera un poco la lluvia. Niedrach, el conductor, mantuvo el motor encendido y el aire acondicionado en marcha; de otro modo, todos habríamos sucumbido bajo el húmedo calor.

Al mirar a través de la ventanilla que tenía a mi lado, cubierta por las gotas de lluvia, vi a Brian Nollinger de pie cerca del montículo cuyo abismo se había tragado a Teavers y a Adán. Había acudido desde Beulah Fork acompañado por otro par de investigadores. Ellos aguardaban todavía dentro del coche, mientras que Nollinger se movía bajo el diluvio como un tallo de bambú, con sus anticuadas gafas de montura metálica imposiblemente cubiertas por el vapor, y el bigote a lo Fu Manchú goleándole continuamente.

Bajé la ventanilla unos pocos centímetros.

—¿Qué demonios está haciendo aquí? —le grité.

Levantó la mirada hacia nuestro automóvil. Al verme, ladeó la cabeza hacia el erosionado montículo, casi como si rezara.

—Llorando la pérdida —contestó—. He venido para llorar la pérdida, señor Loyd.

Tanto si tenía razón como si no, Nollinger se martirizaba a sí mismo con su supuesta aflicción. Se volvió y se acuclilló como un peregrino ante la base del montículo. Quizá experimente algún dolor por la pérdida de Adán, pensé, junto con una pena mucho más dolorosa por sus propias oportunidades perdidas. El verlo allí acuclillado, bajo la lluvia, me resultaba tan molesto a mí como a Ruth-Claire. Era cierto, sin embargo, que una parte de la vergüenza y la turbación que experimentaba por el antropólogo no eran sino vergüenza y turbación por mí mismo: si no hubiera acudido a Nollinger en el mes de febrero, Adán todavía podría seguir con vida.

—¿No pueden ustedes enviar a ese bobo de regreso a Atlanta? —pregunté a los agentes.

Niedrach miró por encima del hombro hacia el asiento de atrás.

—Está aquí como asesor. A nuestro jefe le pareció que su experiencia podría sernos útil. Pero no permitiremos que les molesten, ni a usted ni a la señora Montaraz.

El sonido de esta última palabra hizo que me encogiera. Eso quería decir que la Oficina de Investigación de Georgia había confirmado el matrimonio de Ruth-Claire con Adán, y que sus agentes llevaban buen cuidado de llamarla por su nombre legal de casada. La señora Montaraz me dirigió una mirada inescrutable, pero alejada de toda timidez.

La lluvia amainó y finalmente se detuvo. Las pacanas y las zarzamoras empezaron a gotear y a secarse. El condenado barro que rodeaba los montículos revelaba que caminar por allí sería una empresa traicionera, pero Niedrach sugirió que si no nos importaba ensuciarnos un poco los zapatos, podríamos empezar la reconstrucción de los hechos. Él representaría el papel de Teavers, Davison sería Puddicombe, y Nollinger interpretaría el papel de Adán.

Ruth-Claire vetó esta idea. Dijo que Nollinger debía permanecer sentado en el otro coche, mientras que el agente que lo había traído desde Beulah Fork asumiría el papel del habilino. Niedrach aceptó la sustitución, y bajo un cielo cubierto de nubes que se agrietaban como la costra de una empanada de arándanos asada al horno, ensayamos con minucioso detalle todo lo que ya había ocurrido. «Teavers» y «Adán» llevaron buen cuidado de no acercarse demasiado al foso abierto pero, de todos modos, Ruth-Claire empezó a llorar serenamente.

Rechazó la oferta de Niedrach de hacer una pausa o de posponer el ensayo, y concluimos el ejercicio en apenas veinte minutos, con breves pausas para la toma de fotografías y conjeturas racionalizadoras. De repente, la luz del sol descendió sobre la humedecida arcilla roja como un recubrimiento de laca.

Deambulamos de un lado a otro, no muy dispuestos a marcharnos. Aquel lugar ejercía sobre nosotros una extraña atracción, como una tumba o las ruinas de un acueducto romano.

Entonces, desde una cierta distancia, llegó hasta nosotros un canturreo sin palabras, a capella. La melodía correspondía con un himno de iglesia, uno que recordé haber escuchado hacía mucho tiempo, en los domingos, embutido en un banco congregacionista entre mi madre y un hermano mayor, que se revolvía tan inquieto como yo mismo: «Este es el mundo de mi Padre». El canturreo poseía una calidad reverberante que produjo escalofríos en todo mi sistema, a pesar del entumecimiento producido por el bochorno de julio. Ruth-Claire, Nollinger, los agentes y yo mismo nos quedamos como petrificados donde estábamos. Aturdidos, nos miramos los unos a los otros. El canturreo cesó, dio paso a media docena o más de agudas expulsiones de aliento, y luego se reanudó de una forma tan fantasmal que me enervó.

—¡Adán! —gritó Ruth-Claire, que echó a correr hacia lo alto del montículo—. ¡Adán, estamos aquí!

—¡Cuidado! —le advirtió Niedrach.

El canturreo se detuvo de pronto. Todos esperamos. Se oyó un sonido como el de guijarros que cayeran por un pozo; luego, otra serie de gruñidos agudos y respiraciones sibilantes. Y finalmente, a unos seis o siete montículos de distancia, por encima del borde de otro foso que perforaba la pequeña colina hasta una profundidad desconocida..., ¡apareció la cabeza de Adán! Una hendidura brillaba en su insinuación de cresta sagital; el labio inferior sobresalía como una rebanada semicircular de berenjena. Aparecía marcado por numerosos cortes y pinchazos.

Un latido. Dos latidos. La cabeza de Adán volvió a desaparecer de la vista.

—¡Adán! —gimió Ruth-Claire.

Ella descendió del montículo donde se encontraba y echó a correr casi de puntillas hacia aquel en el que se ocultaba su marido.

Pero Adán se incorporó antes de que llegara a su lado. Llevaba puesto, como todos pudimos ver ahora, la brillante túnica púrpura con la que E. L. Teavers había sido arrastrado hacia su muerte. Ahora colgaba del nudoso cuerpo de Adán en arrugas y volutas. No le sentaba mejor que la tienda de un torneo de justas, pero despedía un fuego monárquico, a pesar de hallarse desgarrada y empapada. Probablemente, se había puesto la túnica en el fondo de los pozos interconectados para calentarse durante la lluvia y la oscuridad, pero ahora parecía llevarla como una concesión a las costumbres morales de Georgia occidental. Tenía el aspecto de una rata de cloaca que hubiera surgido de repente de sus habitáculos crónicos: el rey de las ratas de alcantarilla.

Ruth-Claire lo abrazó. Él le devolvió el abrazo, y Nollinger, los agentes de la Oficina de Investigación de Georgia y yo mismo no pudimos ver nada excepto sus manos negras y sangrantes que daban consoladoras palmaditas en la parte baja de la espalda de Ruth-Claire.

—No es nada sorprendente que haya podido salir de ahí —me dijo Nollinger *sotto voce*, dirigiéndose a mí de lado—. Sólo hay que recordar que sus ancestros, aquellos que los guerreros kikembu vendieron a los representantes de Sayyid Sald, en Bravanumbi..., bueno, vivían en las cuevas de las colinas Lolitabu. Fue así como permanecieron ocultos para el hombre moderno durante tantos miles de años. Es posible que Adán creciera en Montaraz, la pequeña isla de Louis Rutherford, frente a La Española, pero es evidente que conservó los instintos subterráneos adquiridos por sus modernos antepasados habilinos en el África oriental. Quiero decir, ¿cuántos de nosotros, desnaturalizados homo sapiens, habríamos podido sobrevivir a una experiencia tan...?

—¿Por qué no se calla de una vez? —le espeté.

Nollinger se encogió de hombros y guardó silencio, pero se balanceaba muy contento sobre sus botas, adelante y atrás, con las manos metidas en los bolsillos. Mi alegría inicial por el regreso de Adán de entre los muertos se había salido de surco, como la aguja de un estéreo que se niega a volver a la senda. ¿Y por qué no? Mi rival había reaparecido.

Y mi rival, debo confesarlo, triunfó en toda la línea. Poco después del episodio con el Zeloso Alto Zigote y compañía, Ruth-Claire y Adán me vendieron la granja Paraíso y se trasladaron a vivir a Atlanta. Aunque convencidos de que la mayoría de sus vecinos no compartían los sentimientos extremistas del Klan, Ruth-Claire ya no se sentía totalmente cómoda en el condado de Hothlepoya. Además, deseaba establecer contactos más estrechos con las galerías y museos que exhibían su obra, o hacer ofertas para que la expusieran, y el estilo de vida rural ya no era el adecuado para sus propósitos. En cuanto a Adán, se ha adaptado al ambiente urbano con la misma rapidez con que se adaptó a los encantos bucólicos de la granja Paraíso, y el Servicio de Inmigración y Naturalización ya no tiene intenciones de deportarlo al Caribe.

Ahora, Adán se dedica a pintar. Ruth-Claire le enseñó a hacerlo. Sus pinturas son novedosas. Se venden casi a los mismos precios que las propias de Ruth-Claire de tamaños similares. Dos de las obras de Adán, muestras llenas de colorido expresionismo habilino, cuelgan actualmente del West Bank, como regalos de no pequeño valor y atractiva decoración. Recibo muchos cumplidos por ellas, incluso de personas ignorantes en cuanto a la identidad de su creador. Ruth-Claire afirma con rotundidad que Adán sigue mejorando.

Antes de la partida de los Montaraz de Beulah Fork, les organicé una fiesta de despedida en el West Bank. Entre los numerosos invitados estuvieron Livia George, Hazel Upchurch, Molly Kingsbury, Davie Hutton, Clarence y Eileen Tidings, Reuben y Elizabeth Decker, el mayor Ted Noles y su esposa, y hasta la joven Nancy Teavers. Serví a todo el mundo en los platos de porcelana de Limoges de las series *Jerarquía celestial* y *Pasos en el camino hacia el hombre*. Desgraciadamente, esta última todavía estaba incompleta, pero AmeriCred me había enviado una docena de juegos de platos del tema más reciente, homo habilis, junto con los cumplidos de mi ex esposa. Luego, como recuerdo de la velada, ofrecí este plato en particular a cada uno de mis invitados.

A pesar de que había preparado una cena a base de verduras, Ruth-Claire comió muy poco. Su embarazo le había hecho perder el apetito. Atendió a la comida de su plato durante un rato, fingiendo comer, hasta que se sintió lo bastante cómoda para dejarla en favor del postre, a base de sorbete arcoiris, en cuyo momento anunció a todos los presentes que aunque pocos divorcios contemporáneos eran civilizados o incluso exquisitamente bárbaros, ella y yo seguíamos siendo muy buenos amigos. Cuando llegara el bebé, ella y Adán habían acordado en que yo fuera el padrino. De hecho, si era un niño tenían la intención de ponerle mi nombre.

—¡Muy bien! ¡Muy bien! —gritaron todos.

Me levanté, para aceptar las felicitaciones de los presentes y propuse un brindis:

—Eres mejor hombre que yo, Adán M.

Y así lo sentía de todo corazón, al menos durante un tiempo. Pero me temo que no siempre es posible ser tan bueno como uno debiera.

Segunda parte

Su heroico corazón

Beulah Fork y Atlanta, Georgia

El matrimonio domestica. El divorcio desbarata. La soltería empalaga. Y es el trabajo, no el tiempo, el que cura los males del corazón.

El negocio prosperaba en el West Bank. Yo dormía saludablemente por primera vez en dos años. Resulta extraño observar cómo la prosperidad de un negocio le tranquiliza a uno mucho mejor que una nana.

Finalmente me las había arreglado para convencerme de que Ruth-Claire y yo habíamos roto el uno con el otro, como hombre y esposa, si no como amigos tristemente cautelosos. Al fin y al cabo, ella iba a tener un hijo de su esposo habilino, Adán Montaraz, y nadie podía negarle a ella la devoción que sentía por el pequeño hombre, quien la había hecho fecunda allí donde yo había fracasado. Se había trasladado con ella a Atlanta. Se había convertido en un artista de éxito por derecho propio, y progresaba su evolución privada hacia una especie de suave sofisticación sureña. Ocasionalmente, el *Constitution* de Atlanta informaba que los Montaraz habían asistido a la inauguración de una exposición, a una obra de teatro, a un acontecimiento deportivo. En tres ocasiones vi la fotografía de Adán en el periódico, y en dos de esas ocasiones llevaba un esmoquin.

Ruth-Claire, por su parte, llevaba ropas de maternidad especialmente diseñadas.

Al encontrarme con esas cosas, yo solía murmurar:

—Me alegro de que les vayan bien las cosas. Me alegro de que sean felices juntos.

Luego dejaba el periódico a un lado y me ocupaba en revisar el menú del fin de semana.

Como ya digo, el negocio prosperaba.

A principios de diciembre empecé a decorar el West Bank para las Navidades. Un día, con ayuda de Livia George, estaba poniendo una ramita de muérdago en una arcada de plástico envuelta en papel de color, frente a la lavandería de la parada de la Greyhound. Sobre nosotros se cernía una neblivizna, que es el término original *portmanteau* que emplea Livia George para designar «neblina» y «llovizna», que era como la maldición de un meteorólogo.

De repente, como surgido de aquella lóbrega melancolía, un pequeño coche deportivo de color plateado retrocedió en diagonal hacia el aparcamiento libre situado justo debajo de la escalera donde me encontraba.

—Eh —exclamó Livia George—, ahí está ese tipo que la señorita Ruth-Claire trajo aquí el pasado mes de enero. Ya sabe, el que lo vomitó todo sobre la mesa.

—¡Adán! —exclamé.

—Y ahora ha ascendido tanto que hasta conduce un coche plateado. ¡Y mire quién viene con él!

—¡Ruth-Claire! —grité.

Incluso en la calle envuelta por la neblina, las sílabas de su nombre reverberaron como notas de campanas.

Nos abrazamos y saludamos. Incluso abracé a Adán que, al devolverme el abrazo me dio tal sacudida que por un momento pensé que me había roto alguna vértebra. Se mostró mucho más suave con Livia George, probablemente inducido por su innata caballerosidad habilina.

Cuando Ruth-Claire y yo nos abrazamos, sin embargo, no hicimos sino chocar nuestros

vientres. Ella se echó a reír, muy consciente de su figura, y yo supe que el bebé no tardaría en llegar. Desafiando la posibilidad muy real de que el parto se iniciara durante el viaje, ella y Adán habían cubierto el trayecto de dos horas desde Atlanta. Eso me pareció una locura. Enojado, se lo dije así a ambos.

—Relájate, Paul. Aunque hubiera sucedido así, no habría sido una catástrofe.

—¿En el arcén de la autopista? ¿Como una salvaje o algo así? ¡Tienes que estar bromeando!

Me volví hacia Adán. Aunque estaba lejos de ser un gigante, era más alto de lo que yo recordaba, debido quizá a las botas de cuero hechas a mano, con tacones muy altos. Me disponía a reprenderle por haber hecho el viaje con su esposa tan cerca del parto, cuando Ruth-Claire se lanzó a una animada mini-perorata.

—Sólo una diminuta fracción de todos los bebés nacidos en nuestra especie lo han hecho en hospitales, Paul. Las actuales cifras de población demuestran a las claras que eso no nos ha conducido a la extinción.

Me giré hacia ella.

—¿Y si hubieras tenido algún problema?

Ella se dio unas palmaditas sobre la redondeada y opaca protuberancia de su embarazo.

—El que está aquí dentro no nos va a causar ningún problema. Lo tendré tal como un perro tiene a sus cachorros, expulsándolo. ¡Zum!, y ya está.

—¿Para cuándo lo esperas? —pregunté sacudiendo la cabeza.

—En realidad no lo saben. Llevo embarazada por lo menos desde junio; eso quiere decir que debo de estar en mi séptimo mes.

—En ese caso, ya está a salvo —me aseguró Livia George.

Con el rostro refrescado por la neblina de diciembre, Ruth-Claire dijo:

—Eso no es del todo cierto, Livia George. Nadie tiene una idea muy exacta acerca del período de gestación del habilino. O al menos, nadie la tenía. Adán dice que cuando era un muchacho en Montaraz asistió a un par de partos, pero no recuerda que su gente intentara averiguar la prolongación del embarazo de una mujer.

—No me cabe la menor duda de que cualquiera de esos bobos antropólogos de Emory tendrían una opinión al respecto.

—Estoy segura de que sí, Paul, pero no les hemos preguntado. Nosotros creemos que no debe de faltar mucho. Es posible que las habilinas sólo permanezcan embarazadas durante cinco o seis meses, quizá menos. Como ya sabes, son pequeños.

—Sí, incluso cuando llevan zapatos con tacón de tipo plataforma.

—Eso es sólo para ayudarle a alcanzar los pedales del freno y el acelerador, no para halagar su vanidad. Aun así, hemos tenido que elevar esos pedales diez centímetros desde el piso del coche.

—¡Jesús! —exclamé sin dejar de mirar la amenazante negrura del cielo—. Una madonna de treinta y seis años a punto de romper aguas y un Richard Petty de África oriental que apenas puede llegar a los frenos.

—¿Los va a tener toda la tarde aquí fuera, señor Paul, o los va a hacer pasar para terminar los saludos?

Hice gestos a todos para que pasaran y envié a Livia George a la cocina para que trajera café y chocolate caliente. Todavía faltaban un par de horas para que empezara a llegar la clientela de la noche.

—¿Por qué no me has llamado por teléfono? Podría no haber estado aquí.

—Tú siempre estás aquí, Paul. Lo único que haces es dedicarte al West Bank.

—Sí, pero ¿por qué no me has llamado por teléfono?

—Cada vez que marco un número de Beulah Fork no puedo evitar el ver a Edna Twiggs sentada ante la centralita, a pesar de la reorganización de la AT&T, la automatización y todo eso. No confío en los teléfonos, al menos desde el pasado verano.

—¿Y has preferido arriesgarte a convertir a Adán en tu obstetra?

—Absolutamente. Mira, Paul, Adán y yo hemos tomado una decisión. No voy a tener al bebé en un hospital —incapaz de evitarlo, hice rodar los ojos en mis órbitas—. Ya basta. Desprecias todo aquello que no comprendes.

—¿Qué va a ser entonces, un parto en la bañera? Por lo que he oído decir, esa es una de las últimas manías de moda. Ahora resulta que mamá pretende ser una marsopa en Marinelandia.

—Paul...

—Las sillas de parto también son estupendas. Tienes al niño acucillada, como un central de fútbol que se sacara la piel de cerdo de debajo del jersey.

Adán se miró las manos engarfiadas sobre mi nuevo mantel de color verde menta. Ruth-Claire, mientras tanto, habló con los dientes apretados.

—Nunca he llegado a comprender cómo pudimos casarnos. Nunca.

Al darme cuenta de que había ido demasiado lejos, pedí disculpas.

—Ninguno de esos métodos es tan absurdo como tú los presentas —comentó—. El parto en inmersión no exige tanto esfuerzo ni a la madre ni al niño, y en cuanto a la silla de parto ofrece a la mujer un cierto grado de control sobre un proceso que, de todos modos, debería ser justamente suyo. Si alguna vez tuvieras conciencia, Paul Loyd, para ti debería ser con un adoquín y un aparejo.

Livia George entró en el comedor, procedente de la cocina, con las bebidas calientes.

—Yo tuve seis bebés, aunque en presencia de un médico —nos dijo—. En un colchón de plumas, en mi propia casa. Y el mayor de todos mide uno noventa y cinco de altura. El más joven no ha estado nunca enfermo.

Adán hizo una serie de gestos con las manos, que Ruth-Claire se ocupó de traducir.

—Me pide que te diga, Paul, que queremos que nuestro hijo nazca en la granja Paraíso. Estamos incluso dispuestos a pagar por ese privilegio. Es importante para nosotros.

—Pero ¿por qué? —pregunté, casi —aunque no del todo— anonadado.

—En cuanto yo ingrese en un hospital, los medios de comunicación van a llover sobre nosotros. Supongo que eso es comprensible, pero no puedo permitirles que conviertan el nacimiento de nuestro bebé en un circo internacional. La granja Paraíso ya dispone de un buen sistema de seguridad, y está lo bastante alejada de Atlanta como para evitar al menos a unos pocos de esos inevitables pelmazos.

—Ruth-Claire, ¿por qué no vuelas a alguna isla remota del Caribe? Te lo puedes permitir. Aquí en Beulah Fork va a hacer mucho frío. Esto no es como Zarakal, o como Haití.

—Todo se reduce a que... bueno, me sentiré cómoda allí. Y ¿qué lugar más adecuado para tener el hijo de Adán, que el lugar donde nos vimos por primera vez?

Se volvió y dirigió una mirada de admiración y hasta cariñosa al habilino, que éste devolvió con una resolución inteligente. Desconcertado, dije:

—Puedes quedarte allí, Ruthie Ce, con dos condiciones.

—¡Dos!

Me levanté.

—Sólo escúchame; son fáciles de cumplir. Primero, no me pagarás ni un céntimo.

Adán y Ruth-Claire intercambiaron una mirada, cuyo significado era claramente tanto de gratitud como de aceptación.

—Segunda condición, que me permitas encontrar un médico discreto y digno de confianza para que te ayude en el parto.

—¡Absolutamente no! Un extraño no haría sino complicar innecesariamente las cosas, y yo voy a estar bien de todos modos.

Le dije que, aun así, existía la posibilidad de que pudiera necesitar ayuda. ¿Cómo podría yo seguir viviendo si algo salía mal? Ella me replicó que durante los seis últimos meses Adán había estado leyendo..., sí, leyendo, todos los libros sobre parto que cayeron en sus manos. En su opinión, el cuerpo grácil del niño —¡grácil, por el amor de Dios!— se abriría paso con facilidad por el canal del parto. Ruthie Ce, como una perra teniendo cachorros...

Mi dedo índice se adelantó acusador hacia Adán.

—Me resulta difícil creer que haya hecho tantos progresos en apenas seis meses. ¿Me disculparás si me muestro escéptico ante su supuesta experiencia médica?

—Es más brillante que la mayoría, Paul, y ya tuvo unos comienzos en Montaraz que nadie parece reconocerle.

—Sí, pero no es un médico. Y *esa* es mi segunda condición.

Ruth-Claire se levantó. Adán se levantó. Por un momento, temí que fueran a marcharse y me maldije a mí mismo por mi intransigencia. Ya estaba a punto de eliminar mi segunda condición, cuando Livia George me ofreció una salida que me permitiera salvar la cara.

—¿Y si actuara yo como comadrona de la señorita Ruth-Claire? ¿Qué les parecería eso? —preguntó, al tiempo que movía las manos por delante de sus pechos—. Tengo mucha experiencia en eso de traer bebés al mundo.

¡Aleluya! Ruth-Claire, Adán y yo estuvimos de acuerdo con la propuesta de Livia George. Hubo algo en su forma de decirlo, algo en aquella inteligente burla de sí misma que nos convenció. Resuelto así nuestro conflicto, los cuatro nos abrazamos por turno, tal como habíamos hecho momentos antes sobre la acera.

Envié a los Montaraz a la granja Paraíso con un juego de llaves. Livia George y yo terminamos la decoración y luego nos quedamos a esperar a la clientela de la noche. Hazel Upchurch y Nancy Teavers llegaron a las cuatro y media. Teniendo en cuenta la afluencia habitual, el negocio fue lento y la noche se arrastró con parsimonia.

A las once y media salí a la carretera para ver cómo les iban las cosas a mis nuevos huéspedes. Todavía no se habían acostado; los encontré en el viejo estudio de Ruth-Claire. Durante los últimos meses había entrado a menudo en la buhardilla deshabitada, para permanecer un rato allí de pie, en medio de aquel vacío poblado de recuerdos, entregado precisamente a imaginar una reunión como ésta. Ahora, ella había regresado realmente, mi perdida Ruth-Claire.

Adán, naturalmente, estaba con ella. Se encontraba sentado, con las piernas cruzadas, sobre la mesa de dibujo, frente al bajo sofá Naugahyde de Ruth-Claire. Sostenía un libro entre las piernas y tenía unas gafas con montura de oro afianzadas sobre el extremo superior de su ancha y plana nariz. Tenía subidas las mangas de la camisa de terciopelo azul marino, y se había bajado la cremallera hasta la mitad del esternón, revelando un afranelado nido de vello pectoral de color rojizo negruzco. Me vio antes que Ruth-Claire.

—¿Todavía leyendo cosas sobre el parto? —le pregunté.

Me mostró los dientes —una sonrisa antes que una amenaza o expresión de temor— y levantó el libro para que pudiera verlo. Ruth-Claire se incorporó y se sentó sobre el sofá, con mi querida manta beige alrededor de los hombros. Avancé desde la puerta, me incliné hacia ella y la besé en la frente. Luego crucé la estancia para acercarme a la mesa de dibujo y ver

qué estaba leyendo Adán. Un pequeño ensayo especializado, titulado *El problema del dolor*, de C. S. Lewis.

—¿C. S. Lewis? —pregunté con incredulidad, al tiempo que me volvía a mirar a Ruth-Claire—. ¿Un habilino residual del Pleistoceno leyendo a C. S. Lewis?

—¿Qué hay de malo en ello?

Tomé el libro de manos de Adán.

—¿Tu esposo, un descendiente viviente de un puñado de seres topo del África oriental, dedicado a digerir activamente una obra de teología?

—¿Acaso no crees que sea capaz de leer?

Miré a Adán de soslayo. Sabía que había dominado el lenguaje de los signos, yo mismo le había visto conducir un coche, y sus ojos me miraban apreciativamente, con una intensidad que me hizo reflexionar.

—Sí —admití con un gruñido—. ¿Por qué no?

—Entonces, ¿por qué te resulta tan difícil creer que lee a C. S. Lewis? Ese hombre escribió para niños, como bien sabes. Llegó a escribir incluso ciencia ficción.

Cambié de táctica.

—Debería leer algo así como *Las comadronas se lo ponen fácil*, o a Benjamin Spock, o algo similar.

—Eso ya lo ha hecho. ¿No lo comprendes? Su conciencia emerge desde una especie de Paleolítico Superior mental. Adán intenta descubrir quién es.

—¿Más charlatanería psicológica del tipo de la silla de parto?

—Sólo si tú prefieres considerarla de ese modo.

Adán hizo una serie de signos con ambas manos. No pude interpretarlos. La ironía de que él conociera un sistema de comunicación del que yo era totalmente ignorante no hizo sino subrayar la estupidez de mis dudas acerca de su interés por la teología. (Si era capaz de hacer señas, podía realizar con la misma facilidad una genuflexión.)

—Desea saber si tiene un alma —me tradujo Ruth-Claire.

—Toma, y yo también. Quiero decir que a mí también me gustaría saber si tengo un alma.

—Tu falta de corazón puede implicar que también tienes algo igualmente pobre en cuanto a tu equipamiento espiritual, Paul.

—Muy divertido. Bueno, ya es más de medianoche. Casi no puedo creer que estemos hablando de esto.

—¿Qué te parece a ti? ¿Crees que Adán tiene un alma?

—¿Qué clase de alma, por el amor de Dios? ¿Un alma animal? ¿Un alma racional? ¿Un alma inmortal? Toda esa clase de juegos mentales para adolescentes no harán sino producirte una migraña y hacerte ganar una buena reputación como quisquillosa filosófica.

Ruth-Claire hizo aletear la manta a su alrededor.

—Dejémoslo así. Tienes la sensibilidad del tapacubos de una rueda.

Repentinamente cansado, casi arrastré los pies hasta el sofá y me dejé caer frente a Ruth-Claire. Ella se apiadó de mí y me tendió una punta de la manta que yo coloqué sobre mis rodillas.

—Casi como en los viejos tiempos, ¿eh, Paul?

—No recuerdo que antes tuviéramos a ninguna carabina.

—Livia George.

—Livia George es una carabina del mismo modo que el coronel Sanders es un portavoz del fondo para la salvación de las gallinas.

Ruth-Claire se echó a reír, y empezamos a hablar. De algún modo, y debido en parte a lo abortivo que Adán se hallaba entregado a su libro, era casi como si nos encontráramos a solas en la amplia y fría estancia. Ella me comentó que había visto en la planta alta mi creciente colección de platos de su colección *Pasos en el camino hacia el hombre*, y que eso le había complacido mucho. Yo había dispuesto los ocho títulos emitidos hasta el momento en pedestales de latón con bisagras, guardados en un pequeño armario de madera de arce, con puertas acristaladas. Los platos incluían *Ramapithecus*, *Australopithecus afarensis*, *A. africanus*, *A. boisei*, *Homo habilis*, *Homo erectus*, *Homo sapiens* y *Homo neanderthalensis*. El habilino, que fue el tema correspondiente al mes de agosto, mostraba un parecido innegable con la gárgola colgada de la mesa de dibujo.

—Mira —le dije—, tienes hasta ahora diez platos en esta serie y ya has hecho los ocho homínidos principales en el camino hacia el *Homo sapiens sapiens*. ¿Qué viene a continuación?

—Variaciones raciales contemporáneas.

—¿Negros, caucásicos, orientales?

—En efecto. Ya he terminado las pinturas para esos y algunos otros, como los oceánicos, aborígenes e indios americanos. Los cuatro últimos todavía están pendientes porque es inevitable que se produzca alguna yuxtaposición. Probablemente, haré esquimales, árabes, pigmeos y nórdicos, pero también es posible que los sustituya por bosquimanos, montagnards o aínos. Es algo arbitrario, claro, puesto que sólo se trata de una forma de elevar el número a dieciocho. AmeriCred ya me pide a gritos los cuatro últimos, para poder iniciar la producción de los platos, pero yo ya estoy harta de todo este podrido asunto. Me da náuseas.

—¿De veras? ¿Ya no disfrutas al hacerlos?

—Es un trabajo de burros, Paul. Disfruté al hacer los números prehistóricos, el retrato de Adán y todo eso. Pero estos diez últimos no son más que puro exceso comercial. AmeriCred sólo desea que los suscriptores continúen pagando por algo llamativo e inútil. Me siento como un plumífero mercenario que escribe historias sin valor alguno.

—Disfruta de tu popularidad. Nadie maneja totalmente a su antojo a los demás.

—No es que esté haciendo un mal trabajo; lo que sucede es que estos últimos platos no contribuyen en nada al desarrollo de mi arte. No es más que material de representación. Mi público está compuesto casi por completo por viejas señoras ricachonas y gordos ejecutivos de grandes corporaciones que buscan una inversión cultural «con clase». —sacó la lengua, como para mirar si había un hilo o una brizna de tabaco en la punta. (No, no había ninguno.) — Esa es la razón por la que he tardado tanto tiempo en terminar este encargo.

—Achácalo a tu embarazo.

—Eso ya lo he hecho. Pero es mentira.

—Las personas que se niegan a ganar dinero son bobas.

—Lo lamentable, la culpabilidad, procede de lo que haces para ganarlo. Hasta tú sabes eso. En estos momentos, no hago más que prostituirme.

Adán levantó la mirada de *El problema del dolor*. Efectuó una secuencia de gestos que, traducida libremente, significaba: «No digas tonterías», y luego volvió a enfrascarse en el libro de teodicea de Lewis.

—¿Prostituirte? No te sentiste de ese modo cuando trabajabas en *Jerarquía celestial*, ¿verdad?

—En ningún momento. Esas fueron pinturas con las que conseguí grandes progresos, y en las que evité toda clase de clichés, como arcángeles con espadas flamígeras, querubines rollizos y desnudos con alas en los talones, o Jesús arrastrando su viejo y robusto árbol del

ahorcado. Hice algo nuevo. Fue un pequeño milagro que la serie tuviera tanto éxito. Y un mayor milagro aún fue el hecho de que me la encargaran.

—Eso te hizo popular. No tuviste que regatear por ello.

—«Tan público como una rana» —citó Ruth-Claire.

—Eso no es más que elitismo presuntuoso —le dije—. Probablemente, tampoco es sincero del todo. Finges despreciar el éxito porque hay una vieja actitud artística que imagina que nada que sea popular puede valer un pimiento.

—Mira, Paul, en la comunidad artística de Atlanta se ha producido una reacción contra mí, debido precisamente a mi éxito. La gente que vale algo allí, bueno, ven mi trabajo con estos estúpidos platos como una especie de renuncia. Y yo también lo veo así, especialmente ahora.

—Si esa opinión se refleja en los platos de los que te sientes tan orgullosa, al diablo con ellos.

—Paul, es algo más complicado que eso. Ellos no respetan lo que hago y, en el fondo, yo tampoco puedo respetarlo, al menos en lo que se refiere a estos últimos diez ejemplos de porcelana de calendario.

—Lo que les pasa es que están celosos.

—Eso también se me ha ocurrido a mí, claro. Pero siempre he creído ser una especie de visionaria. Mi trabajo para AmeriCred ha socavado todo esto, y lo peor de la reacción en contra mía es que yo sé que me lo tengo bien merecido.

Los fluorescentes del estudio parpadeaban pálidamente mientras el viento soplaba y gemía. Frente al doble panel de cristal, el tejo hizo crujir su alta sombra a través de nuestras imaginaciones. Hasta Adán levantó la mirada.

—¿Es esa otra de las razones por las que has venido aquí? ¿Para escapar de la desaprobación de los *cognoscenti* del ambiente artístico?

Ruth-Claire frunció el ceño.

—No lo sé —entonces, misteriosamente, su estado de ánimo se avivó—. Les gusta lo que hace Adán. En febrero, la gente de Abraxas va a dedicar todo el tercer piso de sus salas para las pinturas de Adán. La exposición durará dos semanas; prométeme que acudirás a verla.

—Ten en cuenta el West Bank —le recordé a Ruth-Claire—. Resulta difícil dejarlo.

—El pasado mes de febrero te las arreglaste para dejarlo, cuando fuiste a ver a Brian Nollinger en ese puesto rural de primates al norte de Atlanta. Bueno, Abraxas está treinta kilómetros más cerca de Beulah Fork que ese campo de concentración de nuestros primos peludos —una mueca de verdadera repulsión deformó su boca, pero en sus ojos había una inconfundible expresión de ruego—. Escucha, señor Loyd, acabo de hacerte una oferta que no puedes rechazar, ¿de acuerdo?

—Sí, señora —asentí—. Sí, señora.

Y así fue como Adán y Ruth-Claire se quedaron a vivir en casa. Cada noche, Livia George regresaba a casa conmigo desde el West Bank para estar disponible por si acaso mi ex esposa se ponía de parto. En el restaurante habíamos dispuesto una señal telefónica previamente acordada. Adán, desde la Granja Paraíso, marcaría el número y dejaría que sonara una sola vez. Luego colgaría, dejaría transcurrir treinta segundos y repetiría el procedimiento. Después de la segunda llamada y sin que importara lo ocupados que pudiéramos estar, Livia George y yo recorreríamos a toda velocidad la carretera de Tocqueville en mi Mercedes en respuesta a su llamada.

Los medios de comunicación de Atlanta finalmente se enteraron de que los Montaraz habían abandonado la ciudad, y llamaron por teléfono al West Bank en busca de una pista que les permitiera encontrarlos. Hubo ocasiones en las que incluso trataron de inducir a Edna

Twiggs para que les diera mi número de teléfono no registrado de la granja Paraíso. Ella se resistió. De hecho, un día, durante el almuerzo, me comentó que había llegado a rechazar un soborno de dinero a cambio de esa información. ¡Edna Twiggs como aliada! Aun así, tomé la precaución extra de conectar todos los teléfonos de mi casa a un contestador automático, de modo que, en mi ausencia, Ruth-Claire y Adán pudieran controlar las llamadas que se recibieran. Afortunadamente, nadie excepto yo mismo trató de ponerse en contacto con ellos.

A mí todavía me preocupaba que alguien, en una camioneta de la televisión o en el coche de una empresa periodística, tratara de colarse. Recientemente los periódicos de Atlanta habían publicado titulares acerca de Adán y Ruth-Claire.

En el Constitution de la mañana publicaron:

ARTISTA LOCAL Y SU ESPOSO HABILINO
DESAPARECEN AL FINAL DE SU EMBARAZO HISTÓRICO

En el Journal, el periódico de la tarde, publicaron:

JUEGO SUCIO INSOSPECHADO EN AUSENCIA DE ARTISTAS LOCALES,
PERO EL JEFE DE ABRAXAS SE MUESTRA ANSIOSO POR LA FAMOSA PAREJA

La historia que se publicaba bajo este último titular informaba de una entrevista hecha a David Blau, director de la galería Abraxas. Blau creía que los Montaraz se encontraban probablemente bien, pero seguía convencido de que deberían ponerse en contacto con él, o con uno de sus asociados, para confirmar ese hecho.

—¿Es ese tipo uno de los capitostes de la vanguardia convencidos de que se te ha agotado la vena? —le pregunté a Ruth-Claire.

—David es más caritativo que la mayoría. Al menos, me concede el practicar una ruptura deliberadamente seria y comercial.

—Parece un tipo bastante decente.

—Lo es. Por eso tengo que hacerle una llamada.

—No lo hagas —farfullé; mi reciente pero todavía tibia consideración hacia Edna Twiggs aún no me permitía confiar plenamente en ella—. Escríbele una nota. No pongas remitente en el sobre; yo la enviaré por correo mañana desde Tocqueville. La recibirá al día siguiente.

Eso fue lo que hicimos. Mientras me encontraba en Tocqueville para enviar la carta por correo, contraté a un trío de guardias privados de una agencia de seguridad en el Tocqueville Commons Mall. El primero de ellos entró de servicio aquella misma tarde.

Una vez que los guardias empezaron a hacer sus turnos de vigilancia, mis tensos nervios se tranquilizaron. Parecía remota la probabilidad de que alguien rondara por la granja y nos sorprendiera viniendo desde White Cow Creek. Esa probabilidad también debió de parecerle remota a Ruth-Claire: decidió que iba a tener al bebé en una tienda cónica de lona que instalaron con Adán bajo una pacana, en la parte de atrás de la casa. La tienda era de color espliego; eso me recordó los aleteantes capuchones cónicos de E. L. Teavers, Craig Puddicombe y sus anónimos compinches del Klan, la noche en que llegaron dispuestos a matar a Adán. Así se lo dije a Ruth-Claire la primera mañana que vi levantada la tienda, con sus superficies espliego cubiertas de escarcha.

—Tienes razón —admitió, asombrada—. La compramos en una tienda de artículos deportivos de Atlanta, y ni siquiera se me ocurrió pensar en eso. Sin embargo, es posible que a Adán se le ocurriera. Probablemente la túnica de Teavers le evitó contraer una neumonía.

—Esa tienda no será suficiente para mantenerte caliente. La temperatura hoy ronda los cinco grados bajo cero, Ruth-Claire.

—Estaré bien, no te preocupes.

—Y un cuerno. ¿Qué me dices del bebé?

—El niño es medio habilino, Paul. Y los habilinos dan a luz tradicional y naturalmente en el exterior. La tienda sólo es un compromiso.

—Cuando dices en el exterior, ¿te refieres a África o a Haití?

—Si hace frío, Livia George podrá envolver al bebé en una manta y llevarlo directamente al interior de la casa.

—Entonces, ¿a qué viene esa estúpida tienda púrpura?

—Ya te lo he dicho. ¿Es que no me has oído?

Dio media vuelta y se dirigió hacia las puertas de cristal que brillaban por encima del tejado del patio. La seguí, sin dejar de sacudir la cabeza y murmurar maldiciones por lo bajo.

Adán continuó leyendo *El problema del dolor*, de Lewis. También me hizo buscar en la biblioteca de Tocqueville —un encargo que realicé el mismo día que contraté a los guardias de seguridad y que envié la nota— algunos otros libros básicos sobre temas religiosos o espirituales: *Las cartas dictadas*, de Lewis; *El progreso del peregrino*, de Bunyan, una guía para jóvenes sobre las grandes religiones mundiales, una traducción inglesa del Corán, una biografía de Gandhi, *La montaña de los siete círculos*, de Thomas Merton, algo titulado *El alfabeto de la gracia*, de Frederick Buechner, *El camino del sufí*, de Idries Shah, una obra elemental sobre el Talmud y *Cómo pensar sobre Dios*, de Mortimer Adler. Temas todos bastante fuertes para un habilino. Tuve que transportar todo el lote de libros hasta casa en una bolsa de comestibles de Gilman No-Tare, desde nuestro A&P local.

Adán se dedicaba a pintar durante el día y a leer por la noche. Ruthie Ce, por su parte, ni pintaba ni leía. Se pasaba la mayor parte del tiempo dormida, mientras Adán trabajaba. A veces ella le observaba; Adán le daba los toques finales a un enorme paisaje semiabstracto que representaba un mandarino, aunque a mí me recordaba a un baobab africano. Ocasionalmente ella preparaba la comida para los dos, pero no de una manera regular. No tenía necesidad de hacerlo con regularidad. Livia George y yo nos mostrábamos muy escrupulosos en cuanto a traerles al menos una comida caliente por día.

Era sábado por la noche en el West Bank. Había seis o siete personas que esperaban alegremente —aunque también con algo de impaciencia— en el pequeño vestíbulo de entrada, a que se desocupara una mesa. Chaquetas de piel o elegantes abrigos de cuero para las mujeres. Los hombres iban embutidos en chaquetas con punto de escapulario o en caros chaquetones de piel vuelta de oveja. El aire frío se arremolinaba alrededor de los recién llegados como el vapor en una lata de alimentos congelados.

En ese momento sonó el teléfono situado junto a la caja registradora. Miré hacia la divisoria que ocultaba el aparato. No sonó por segunda vez.

Oh, no, pensé. ¡Esta noche no!

Le sonreí a una mujer —cuyo rostro se asemejaba al de una máscara mortuoria de la portada de una revista— y puse una mano tranquilizadora sobre el hombro de su acompañante. Mentalmente, sin embargo, conté lentamente hasta treinta. El teléfono volvió a sonar.

—¡Es la señal! —grité—. ¡Es la señal!

Livia George salió rápidamente de la cocina, limpiándose las manos en el delantal; sus pesados brazos aparecían desnudos, pero no hizo el menor intento por encontrar su abrigo.

—Tenemos que marcharnos, señor Paul —me dijo, al tiempo que se abría paso entre la asombrada gente que esperaba junto a la puerta—. Tenemos que ayudar a la señorita Ruth-Claire a traer al mundo a ese precioso bebé.

Salió presurosa por la puerta, descendió a la acera y se instaló ante el volante de mi Mercedes. Impotente, la seguí, resignado ya a desempeñar el papel de pasajero en mi propio coche.

Apenas tardamos nueve minutos en efectuar el recorrido. Automáticamente, nuestro guardia de seguridad nos franqueó el paso por la puerta, y los tapacubos de acero irradiado del

coche arrojaron gravilla hacia atrás cuando Livia George dirigió el vehículo a toda velocidad por el camino que conducía a la casa.

Había empezado a subir los escalones de dos en dos hacia la entrada principal, cuando Liwy me gritó desde la esquina:

—¡Por ahí no, señor Paul! ¡Ella está en la tienda púrpura, aquí detrás!

—Continúa tú —le grité, dándole prisas—. Tengo que coger un abrigo o algo.

El calor de la casa me golpeó como un viento de la costa del Golfo. Tomé una chaqueta que colgaba de los hombros de la estatuilla de sátiro, donde la había dejado hacía varios días, me la puse y recorrí el salón a la búsqueda de un chal o suéter para Livia George. Del respaldo de una silla tomé un jersey afgano de color melocotón, pero cuando ya me dirigía hacia las puertas correderas vacilé.

¿Deseaba realmente ver a la mujer que amaba en el trance de dar a luz a un niño?

Claro. Desde luego que lo deseaba. ¿Acaso no es eso lo que desea actualmente todo hombre sensible? Los hombres llegan incluso a asistir a clases para ofrecer apoyo en el momento de la verdad. Algunos llegan a refregarse las manos y ponerse batas quirúrgicas para participar en el acontecimiento. Si sus compañeras fueran defensoras de volver a la naturaleza, hasta podrían construir sillas de parto o prepararse para el parto bajo el agua mediante la compra de una bañera grande y adecuada. Todo lo que tenía que hacer ahora era deslizarse la puerta de cristal y cruzar el patio hasta la tienda situada bajo la arboleda de pacanas.

Pero yo ya no era el esposo de Ruth-Claire. El niño que ella estaba a punto de dar a luz no tenía contraída ninguna deuda genética conmigo. En lugar de eso, había contraído su deuda paterna con una criatura muda y nervuda que había surgido del Paleolítico Superior. ¿Deseaba asistir realmente a la llegada de esta chillona reliquia? Debería haberme sentido preocupado por la seguridad de Ruth-Claire, por la salud y el bienestar de su hijo, pero unos impulsos más básicos se apoderaron de mí... y vacilé.

Respiré profundamente y salí al patio de atrás. El frío me golpeó como un martillo ártico, pero conseguí avanzar tambaleante a través de las columnas de mis silueteadas pacanas hacia la tienda color espliego. Dentro de la mancha translúcida de la lona, unas figuras como sombras se incorporaban, se enderezaban y gesticulaban. Me alegró ver que Adán había llevado mi linterna PowerLit a la tienda. Hasta se le había ocurrido llevar una de las lámparas solares del estudio, enchufada a un alargue extensible conectado desde el patio hasta la arboleda de pacana, lo que creaba un rastro que pude seguir.

A unos cien metros más allá de la tienda percibí un rápido fogonazo de luz. Me detuve, cegado, y volví a mirar, pero el corredor de vigilantes pacanas estaba ahora vacío de cualquier intruso excepto el viento cortante.

—¡Señor Paul, será mejor que mueva rápido las nalgas si quiere ver esto! —gritó Livia George.

Moví las nalgas con rapidez. Después de haberme deslizado sobre la capa de hierba cubierta de helada escarcha, aparté la solapa de entrada a la tienda, me escabullí al interior y encontré a Ruth-Claire tumbada de espaldas, sobre un montón de mantas y antiguas sábanas extendidas sobre una tela plástica. Adán estaba arrodillado a un costado de su esposa, pero Liwy se acuclillaba entre sus piernas abiertas, que, según observé, estaban envueltas en un par de esos feos calentadores de punto que se ponen las mujeres en las pantorrillas cuando realizan ejercicios aeróbicos. Livia George guiaba el producto del embarazo, de un color crema moka.

—¡Ya te dije que sería fácil! —gritó Ruth-Claire, extasiada; luego, dejó caer la cabeza hacia atrás y echó a reír.

Liwy, con movimientos expertos, hizo algo con el cordón umbilical, y luego levantó al minúsculo infante por los tobillos, le sostuvo la espalda con una mano y se lo mostró primero

a Adán y después a mí. Era un niño de aspecto arrugado y frágil. Cuando Liwy le dio una cachetada en las angulares nalgas, el pequeño absorbió aire y empezó a llorar. Sorprendentemente, el sonido sólo duró unos pocos segundos. Más tarde me daría cuenta de que la evolución ocurrida en las llanuras cubiertas de pastos del Serengeti había seleccionado a aquellos habilinos cuyos recién nacidos se callaban con rapidez.

—¿Verdad que es un primor?

Puse el jersey afgano alrededor de los hombros de Livia George. Adán extendió una mano por entre las alas de la toalla que envolvía al bebé para tocar la cabeza de su hijo. Algo parecido a una sonrisa apareció fugazmente entre sus labios.

—Muy bien —dije—. Hemos demostrado que Ruthie ha podido tener a su hijo en el patio trasero. Ahora entremos en la casa.

—Aún tengo algo de que ocuparme —dijo Liwy, al tiempo que le entregaba el bebé al padre. Se arrodilló y masajeó las partes interiores de los muslos de Ruth-Claire. Después empezó a empujar con suavidad sobre el flojo abdomen desnudo para estimular la expulsión de la placenta—. Ya pueden marcharse a casa. Aquí ya no tienen nada más que ver.

Sin embargo, antes de que Adán y yo pudiéramos salir, dos extraños se introdujeron en la tienda.

El primero de ellos, un hombre rubio que llevaba una chaqueta safari de doble forro, se dirigió a nosotros. Por detrás de él, con una unidad de vídeo portátil equilibrada sobre la hombrera de su chaqueta, había un delgado hombre negro. Los intrusos fueron tan profesionales al desplegar su equipo y sus personas en el abarrotado interior de la tienda, que hasta llegué a considerar la posibilidad de que Adán y Ruth-Claire los hubieran contratado para filmar el nacimiento de su hijo. En ese caso, habían llegado tarde.

—Soy Brad Barrington, de *Contact Cable News* —anunció el intruso rubio—. Mi cámara, Rudy Starnes —el hombre negro nos dirigió un gesto de saludo convencional—. Bien, bien, bien. ¿Es éste el pequeño bebé Montaraz? —con un dedo enfundado en un guante levantó ligeramente la barbilla del recién nacido—. Parece ser que hemos subestimado el tiempo que tardaríamos en cruzar los bosques, Rudy. El gran espectáculo ya ha concluido.

—La lámpara solar nos ofrece la luz suficiente para filmar, Brad. Quizá pueda filmar algo que nos permita reconstruir la escena para salvar la situación.

—Sí —dijo Barrington—. Y con entrevistas directas en el mismo escenario.

Con una mueca en su rostro, Ruth-Claire se incorporó sobre los codos.

—¿Qué diablos se creen que están haciendo aquí?

—Están violando una propiedad —protesté—. Se han introducido a hurtadillas en la granja Paraíso desde la propiedad de Clive Snyder.

Con un micrófono empuñado, sin hacernos caso, Barrington se agachó por debajo de la colgada lámpara solar hacia el hombro de Ruth-Claire, y le preguntó si había sido un parto difícil.

Ruth-Claire se inclinó sobre el micrófono y emitió un fuerte y agudo chillido. Barrington retrocedió y estuvo a punto de caer cuan largo era. Mientras tanto, Livia George había deslizado la reluciente placenta sobre un trozo de sábana desgarrada. Toda su actitud indicaba bien a las claras que la repentina aparición de los dos hombres de *Contact Cable News* no era asunto de su incumbencia. Eso, al menos, era preferible a un huracán.

—¿Quién está de servicio en la seguridad esta noche? —pregunté, pues nunca lograba recordar el nombre de los guardias.

—Chalmers —contestó Ruth-Claire, casi escupiendo el apellido.

Barrington, con aspecto de sentirse más molesto que avergonzado, volvió a acercarse a ella con el micrófono.

—¿No cree usted que este acontecimiento singular merece quedar grabado permanentemente en un vídeo? ¿No experimenta ninguna obligación con respecto a la historia?

Ruth-Claire dejó escapar la respiración con fuerza y replicó:

—¿No tiene usted ningún sentido de la vergüenza, aquí inclinado sobre una mujer medio desnuda con ese instrumento de violación psíquica en la mano?

Un tenue velo de confusión descendió sobre el rostro del periodista.

—Salgan de aquí —les dije, furioso—. Es mi primera y última advertencia.

—Vámonos, Brad —dijo el hombre negro—. Esto no puede salir bien.

Sin duda cumpliendo órdenes de su compañero, Starnes acababa de acarrear una tonelada de equipo a través de quinientos o seiscientos metros de oscuridad azotada por el viento, y nada salía tal como lo habían planeado.

—Sigue filmando —le dijo el hombre rubio, a pesar de todo.

—Brad...

—¡Esto es una exclusiva! ¿Acaso ves por aquí a alguien de Canal Cinco o de *En vivo a las once*? ¿Conoces a alguien que se haya dedicado a vigilar este lugar durante tres largos días capaces de congelarle el culo a uno?

—Nadie que haya sido tan estúpido.

Salí de la tienda y llamé a gritos a Chalmers, el guardia de seguridad. Eso fue suficiente para Starnes: ahuecó el ala y abandonó a su compañero al destino que eligiera para sí mismo. Retrocedía a toda velocidad por entre la arboleda con su equipo a cuestas, cuando Chalmers dobló la esquina de la casa, con la pistola desenfundada. El guardia empezó a seguir al cámara.

—Déjelo marchar —le dije—. Es el cabeza de chorlito que aún está en la tienda el que necesita una buena patada en el trasero.

Después de eso, las cosas se desarrollaron de una manera confusa. Ruth-Claire no dejaba de gritarle a Barrington para que se marchara, y Livia George salió al frío con el niño en brazos e hizo un solo gesto en dirección a la casa, para indicarnos que se lo llevaba al interior. Chalmers, un joven alto con un anorak que le daba aspecto oficial, empezaba a entrar en la tienda en busca de Barrington cuando éste cayó hacia atrás, a través de la solapa de la tienda, con la cabeza de Adán en el estómago y los brazos apoyados en los costados. Con una rápida voz de *falsetto* muy diferente al tono de barítono con el que hacía sus emisiones televisivas, rogaba que tuvieran piedad de él, pero acabó de espaldas con una audible expulsión de aliento que no pudo contener.

Adán se abalanzó sobre él como un toro enfurecido, saltando de un flanco a otro sobre la figura postrada del periodista, mostrándole los dientes y sin dejar de gruñir como si estuviera rabioso. Ruth-Claire también salió de la tienda. La bata manchada de sangre le colgaba hasta los tobillos, con sus incongruentes calentadores de punto visibles justo por debajo del dobladillo. Se agarró a una de las cuerdas que sujetaban la tienda para sostenerse.

Con un tono de reprimenda racional, dijo:

—Ya basta, Adán. Estoy bien. Ya es suficiente.

De algún modo, a través de la neblina que sin duda le producía la rabia, Adán la oyó. Se detuvo, con el cuerpo de Barrington rígido bajo el suyo y levantó la mirada hacia Chalmers y hacia mí, sin vernos. Lentamente, casi como si hubiera sufrido una conmoción, la cordura volvió a sus ojos. Se apoyó en los nudillos y se incorporó para apartarse de la lloriqueante víctima de su asalto.

—Quiero tener al bebé en mis brazos —le dijo Ruth-Claire—. Llévame adentro.

Realizando esfuerzos por recuperar la compostura, Adán la acompañó al interior de la

casa. Chalmers y yo permanecemos en la arboleda de pacanas, junto con Barrington. El guardia apuntaba con su pistola a la cabeza del periodista. ¿Y ahora qué? ¿Estábamos en nuestro derecho para disparar contra el intruso?

Barrington dejó de gemir. Al verme desde abajo, en posición invertida, me preguntó si no podría tomar una taza de café antes de llamar a su emisora para que lo llevaran de regreso a Atlanta.

—Ese condenado Starnes. Probablemente ya estará en Newman a estas alturas.

—Si el señor Loyd decide presentar una querella, probablemente usted no regresará a Atlanta esta noche —dijo Chalmers—. Lo entregaré directamente al sheriff de Tocqueville para que pase un tiempo a buen recaudo en una celda.

Barrington se incorporó sin dejar de gemir elaboradamente, y discutimos la cuestión. Si me daba su palabra de que *Contact Cable News* nunca emitiría lo que se había filmado esta noche en la granja Paraíso, pasaría por alto el placer de presentar una querella contra él. Que me condenaran, sin embargo, si iba a permitirle utilizar mi cuarto de baño, y mucho menos servirle una taza de café. Barrington balbuceó algo sobre la primera enmienda acerca de la libertad de prensa, pero aceptó verbalmente mis condiciones.

Luego, Chalmers y yo lo acompañamos a la verja de entrada a la propiedad. Allí, con un despliegue de lealtad totalmente inmerecida, Rudy Starnes recogió a Barrington en la camioneta de la *Contact Cable News*, donde habían pernoctado los dos hombres durante los tres últimos días —capaces de congelarles el culo, como habían dicho—, y presumiblemente lo condujo de regreso a la solitaria carretera, en dirección a Atlanta.

Arriba, en un diminuto dormitorio situado cerca del estudio, encontré a Livia George con los nuevos padres. En un rincón había una cesta blanca de mimbre, pero Ruth-Claire se hallaba sentada en una silla tapizada alimentando a su bebé, envuelto en un brillante pijama amarillo de tela de toalla. Un tritón, pensé. Una salamandra.

Informé de lo que había ocurrido con Barrington y le dije a Liwy que necesitaba regresar al West Bank para supervisar el cierre del restaurante, suponiendo, naturalmente, que mis empleados no hubieran abandonado ya el trabajo, sumidos en la cólera y la frustración al no comprender nada.

—Regresarán —dijo Ruth-Claire.

—Espero que sí —dije—. Resulta difícil encontrar buen personal en estos tiempos.

—Oh, no me refiero a Hazel, a Nancy y a las demás. Yo hablo de esos estúpidos de la *Contact Cable*.

Abruptamente, Adán salió del dormitorio. Oí que encendía las luces del estudio y vi una estela de algo que pasaba fugazmente por delante de la puerta del dormitorio.

—No creo recordar la última vez que se puso así —dijo Ruth-Claire, a modo de explicación.

—¿Te refieres a cuando luchó con E. L. Teavers en el horno de ladrillos?

—Eso fue autodefensa, Paul. Se trató, literalmente, de una cuestión de vida o muerte. Pero lo único que estaba en juego esta noche era la santidad del nacimiento de nuestro hijo.

—Adán ya estará bien por la mañana —nos aseguró Livia George—. Demasiadas emociones para una sola noche.

—Ni siquiera lo mordió a ese bastardo —dije—. Simplemente lo derribó y le gruñó.

—Se puso como un salvaje...

—Todos nos ponemos como salvajes de vez en cuando —observé con una mueca burlona—. Hasta tú misma te pusiste un poco fuera de ti esta noche.

Ella se pasó al bebé de un brazo al otro.

—Habíamos pensado darle al bebé tu nombre, pero si continúas así ya puedes olvidarte del asunto —suavemente, empezó a mecer al pequeño entre los brazos—. Adán establece normas para sí mismo, y muy elevadas. Lo son porque todo el mundo espera de él que se comporte como un animal. Bueno, su sentido del autorrespeto exige que nunca, jamás, abrigue esa clase de expectativas cínicas.

—Lo que sólo significa que sus normas son mucho más elevadas que las de las nueve décimas partes de la población mundial.

—Adán es humano.

—Ya sabes lo que quiero decir. Sólo trataba de halagarlo.

El bebé, Paul Montaraz, según me di cuenta con humilde comprensión, se había quedado dormido después de alimentarse. Era pequeño. Incluso dormido, su boca se aferraba al pezón de Ruth-Claire con una desesperada avidez infantil. Livia George lo levantó, le pasó la mano por la espalda para arrancarle un eructo, y lo dejó en la canastilla de mimbre, colocándole encima un cobertor acolchado.

Ruth-Claire me dijo que la familia Montaraz regresaría al día siguiente a Atlanta y que mi propia vida volvería a la normalidad.

—¿Y quién ha dicho alguna vez que yo deseara llevar una vida normal?

—Busca a Adán, ¿quieres, Paul? En estos momentos, el recibir la atención de otra persona puede ser mejor medicina para sus melancolías que la mía.

Busqué a Adán. Lo encontré sentado sobre la mesa de dibujo, con las piernas cruzadas, con el montón de libros preparados y todavía no leídos sobre las rodillas. A pesar de que me oyó entrar, se negó a levantar la mirada. Nos encontrábamos a solas en el estudio de techo alto. A pesar del frío de la estancia, me empezaron a sudar las manos.

—Adán —le dije—. No te sientas mal por haberte lanzado contra ese majadero de la *Contact Cable*. Si hubiera sido yo, le habría mordido.

El habilino me miró a los ojos. Su labio superior se retiró para revelar sus encías rosadas y sus dientes primitivos pero poderosos. Aparté la mirada. Al volver a mirarle, la vista de Adán había vuelto a su libro.

—Quiero felicitarte por haberte convertido en padre, Adán. Ese niño es excepcionalmente exquisito —no hubo respuesta—. ¿Qué estás leyendo?

La capa de civilización dentro de la cual intentaba crecer no le permitió ignorar una pregunta directa. Levantó el pequeño volumen para que pudiera leer el título. Ah, sí, *El problema del dolor* otra vez, en el que Adán se había sumergido desde poco después de su llegada. Le di la vuelta al libro y vi que esta noche había vuelto al principio del capítulo nueve: «El dolor animal».

Una frase me saltó a la vista, como podría haberle sucedido al propio Adán: «*Por lo que sabemos, las bestias son incapaces del pecado o de la virtud; en consecuencia, no se merecen el dolor, ni pueden mejorar con él*». Mi creencia de que esa frase hubiera podido herir a Adán se basaba en la sensación de que aun cuando Ruth-Claire lo había aceptado como plenamente humano, él aún tenía que aceptarse a sí mismo como tal.

—Tendrías que leer *Desde el planeta silencioso*, del mismo autor —le dije—. Es mucho más divertido que toda esta teología.

Adán tomó cuidadosamente el libro de entre mis manos, se lo llevó hacia el pecho y luego lo arrojó, por encima de mi cabeza, hacia el extremo más alejado del estudio. El volumen, como un pájaro con las alas rotas, aleteó sus hojas hasta detenerse, inclinado, contra la pared. Adán aprovechó mi sorpresa para descruzar las piernas y saltar desde la mesa. Salió del estudio y me dejó la impresión de un elfo cojuelo, o un chimpancé extrañamente gracioso: había algo en su forma de caminar que producía el efecto de ser un lisiado o de andar como un animal.

Es una vergüenza que pienses así, Loyd, me reprendí a mí mismo.

Papá, mamá y el pequeño bebé Montaraz regresaron a Atlanta. Los medios de comunicación internacionales se abalanzaron sobre su hogar, no lejos de Little Five Points, una estructura de dos pisos con una destartada galería, numerosos aguilonos fantasmales, y una ancha veranda muy faulkneriana. La casa se hizo casi tan famosa como el niño.

En cuanto a mi tocayo, se convirtió rápidamente en el príncipe antropológico de las celebridades estadounidenses. Todos deseaban publicar algo de él y de sus padres. People, Newsweek, Life, «60 Minutos», «20-20», Discovery, «Nova», Cosmopolitan, Omni, Reader's Digest, y una pléyade de otras publicaciones y programas buscaron hacer un reportaje, analizar o simplemente subirse al vertiginoso torbellino del fenómeno Montaraz. De hecho, transcurrió más de un año antes de que el extravagante circo montado alrededor de la familia empezara a dismantelar sus tiendas y poner bolitas de alcanfor en sus trajes de payaso, pero incluso más tarde, hasta la actualidad, una media docena de nauseabundos programas secundarios han mantenido la promesa (o la amenaza) de un compromiso de regreso ante el público todavía más mareante.

Pero me estoy adelantando a los acontecimientos, así que debo retroceder.

Ante la ausencia de un médico que asistiera al parto, el pequeño Paul necesitó un certificado de nacimiento. Como sus padres habían partido de la granja Paraíso a primeras horas de la mañana del domingo, no hubo forma de conseguir un formulario en el que solicitar un certificado al departamento de Sanidad del condado de Hothlepoya. Así pues, el lunes me dirigí a Tocqueville para pedir el formulario correspondiente. Lo rellené allí mismo, sobre el mostrador del registro. Sorprendentemente, la mujer trató la solicitud como una cuestión rutinaria. Al preguntarle, me comunicó que la solicitud iría a parar ahora a la oficina de Registros Vitales, en el complejo estatal-gubernamental de Atlanta.

—¿Y qué pasa con el certificado de nacimiento?

—Envíeles un cheque por importe de tres dólares y ellos le enviarán el certificado. No tardan mucho tiempo en hacerlo.

—Al extender el cheque, ¿debo especificar que el certificado hay que enviarlo a la dirección de los padres, en Atlanta?

La joven, muy arreglada y hábilmente maquillada, me miró con un atisbo de interés.

—¿Y por qué cree que le iban a enviar el certificado a usted? El hecho de extender el cheque no le convierte en el padre del niño.

—Entonces, ¿no es necesario?

—Pues claro que no.

Irritado, intenté conmocionarla.

—¿Y si yo fuera realmente el padre del niño?

—Entonces, es terriblemente generoso por su parte el pagarlo —contestó ella, sin la menor vacilación.

Emití un gruñido, me guardé el talonario y me marché.

El miércoles, recibí un largo sobre blanco de Atlanta, no de la oficina de Registros Vitales, sino de Ruth-Claire y Adán. Las notas que contenía estaban escritas con la letra estilo El Greco de Ruth-Claire, con caracteres altos de miope en angustiosas posiciones, pero la segunda de ellas era, supuestamente, escrita al dictado de Adán. Aunque parcialmente encubierta por la complicada escritura de Ruth-Claire, el documento de Adán era el más original y el que me dejó más perplejo.

Mi muy querido donante del nombre de nuestro hijo:

Hemos vuelto pero ¿estamos en casa? Mis hogares no dejan de saltar a uno y otro lado. Me gusta la granja Paraíso porque allí conocí a Ruth-Claire. Por el momento, es el único de mis hogares que no salta. El Pequeño Paul acaba de saltar al mundo desde mi único hogar que todavía se mantiene tranquilo. Es usted como un serafín que sostiene las esquinas de mi Edén saltarín. Gracias, señor, por hacer eso.

Debo decir dos cosas más y quizá un poco más. Primero, gracias por traerme los libros con su tarjeta de lector, sobre Dios y el pensamiento sobre la divinidad. Algunos de esos libros los he vuelto a conseguir con mi tarjeta de lector de Atlanta, de tan interesado como estoy. Segundo, siento profundamente haber arrojado un libro, aunque fuera mío, a través de su habitación, en mi amargo arranque por no haberme comportado bien. Me hace reír un poco, con regocijo enojado, el pronunciar o ver ese título, *El problema del dolor*.

También siento mucho haber atacado a ese vil hombre Barrington. Debería escribirle para decírselo, pero él debería escribirme a mí para disculparse mil veces. Debería escribir a la señorita Ruth-Claire y debería escribirle a usted. Debería tachar su nombre de la emisora por la que emite su programa. Dios, y pensar en la divinidad debería aplacar mi cólera, pero (demasiado malo, demasiado malo) no la aplaca. Barrington es un hombre que necesita mejor etiqueta y también, probablemente, religión. Así soy yo. Pero aún me queda un largo camino para llegar allí.

Esto es lo último de «un poco más» que pedirle. Un día de este año la señorita Ruth-Claire puede pedirle que venga a verla y que venga a verme. Algunos médicos de Emory conspiran ahora una operación para humanizarme para este tiempo y lugar. Venga, por favor, cuando ella se lo pida. Le reembolsaremos, una bonita palabra, todas las pérdidas. Si ambos están de acuerdo en la agradable conveniencia de usar una sola cama durante mi estancia en el hospital, no tengo nada que decir, ni celos que oponer a ese deseo.

Sinceramente,

Adán.

P. S. La señorita Ruth-Claire ha escrito mi último «un poco más» un poco enfadada. Dice que debo aprender que ninguna pareja casada, excepto quizá un esquimal, tiene derecho a «disponer de los afectos del otro». Yo le digo que eso ya lo sabía, y que las palabras «si ambos están de acuerdo» demuestran que no dispongo de su persona sin consideración hacia ella. Buena etiqueta. Integridad moral.

P. P. S. El Pequeño Paul va bien. Duerme muy bien por la noche. No hace ruido. Buena etiqueta bebé.

P. P. P. S. Disfrutaría mucho de un consejo escrito sobre cuestiones espirituales, pero probablemente ¿falta de tiempo?

Extraordinariamente fascinado, volví a leer la carta y luego la repasé por tercera vez línea por línea. ¿Qué no daría un periodista por echarle la zarpa a este extraordinario documento? Por un momento pensé en hacer que diferentes medios pujaran por ella, pero una vez que hube rechazado ese curso de acción como algo vil —incluso para mi notoria reverencia por la motivación del beneficio—, ya no volví la mirada atrás. Adán ya no era mi rival, sino mi amigo.

Intenté imaginar qué clase de cirugía estarían urdiendo los especialistas de Emory para Adán, pero en lo único que se me ocurrió pensar fue en operaciones tan rutinarias como la apendicectomía, la tonsilectomía, las extracciones molares y —ruego disculpas— la circuncisión. Entonces se me ocurrió que quizá los médicos planearan procedimientos algo más exóticos, como por ejemplo hacer que los dedos meñique y pulgar fueran perfectamente opuestos, extirpar quirúrgicamente la cresta sagital, o incluso aumentar la estatura de su cuerpo mediante la inserción artificial de secciones óseas en los muslos o en la parte inferior de las piernas. Quizá la primera y la tercera opciones permitieran a Adán funcionar algo mejor entre nosotros, pero la segunda era potencialmente peligrosa para la vanidad de él o la

(maliciosa) de Ruth-Claire, razón por la que acabé por tacharla de mi catálogo.

¿Qué, entonces? ¿Qué le iban a hacer a Adán?

Guardé las dos notas en sus sobres, sintiéndome bien por haber decidido considerar a Adán como amigo mío. Ahora era necesario actuar en consonancia con esa misma decisión y ponerla en práctica mediante la estructuración de una respuesta. Encontré una postal de trece centavos y les escribí el siguiente mensaje:

Queridos Ruth-Claire y Adán: acudiré siempre que me necesitéis. Sólo tenéis que pedirlo. Ningún rencor por haber arrojado a C. S. Lewis a través de la habitación. Yo también estuve tentado de hacer lo mismo en una ocasión. Soy el menos indicado para dar consejos sobre Dios y la divinidad, la gracia y la salvación, la extinción y la inmortalidad. Hay situaciones en que la mala y la buena etiqueta también tienen un ángulo moral. Por esa razón, y no por falta de tiempo, no puedo prometer nada.

Besad al niño en mi nombre.

Con amor, el padrino del P. P.

La Navidad llegó y pasó. En Atlanta ya había empezado el circo. Me pregunté si mi postal habría pasado por ojos espías, poniendo en marcha así el suplicio por el que tenían que pasar los Montaraz con la prensa. En el futuro, sólo enviaría cartas cerradas en sobres.

A principios de febrero, Ruth-Claire escribió para decir que habían recibido el certificado de nacimiento de Pequeño Paul; incluía en la carta tres dólares para cubrir el coste de los gastos de registro. Le devolví el dinero.

Pero con los billetes y la nota me llegó una invitación para la primera exposición de pinturas de Adán en Abraxas. Una recepción en honor de Adán —en la que se serviría queso y una copa de vino— precedería a la inauguración, y también se me invitaba a ella. Sobre la tarjeta impresa, Ruth-Claire había escrito: «¡Será mejor que estés aquí, filisteo!».

La recepción se celebraba un martes por la noche. Después de la comida del mediodía, cerré el West Bank y les di asueto a Livia George y a los demás, tanto esa noche como el día siguiente miércoles. Luego colgué un cartel en la puerta y me puse en camino de la gran ciudad..., justo a tiempo para encontrarme con la hora punta.

La neblivizna hacía que mis limpiaparabrisas emitieran un molesto clic-clic, y ya era casi completamente de noche cuando empecé a subir por la avenida Moreland en dirección a Little Five Points y a la casa de los Montaraz, en la calle Hurt.

¿Cómo describir aquella casa? Su silueta rezumaba una jovial decadencia que le hacía pensar a uno en el martes de carnaval, la fiesta criolla, los artistas de *strip-tease*, y las procesiones funerarias con sombreros hongos. Un par de lámparas sobre negras farolas de hierro forjado relucían a ambos lados del camino empedrado, con sus globos como esferas de cera trémula del color de la miel. A su luz observé dos figuras borrosas salir del porche delantero; bajaron los escalones y cogidas de la mano cruzaron bajo la llovizna, acercándose a mi coche. Las dejé entrar.

Eran Ruth-Claire y Adán, claro, con botas y camperas londinenses forradas de vellón. Los dos desprendían aroma a jabón de olor, colonia, lápiz de labios, loción para después del afeitado, lluvia invernal y algo peculiarmente acebollado.

—¿No tengo tiempo de tomar algo en casa? —pregunté, echándole un vistazo a mi invitación—. Se trata de una recepción de vino y queso, no de una cena.

Adán se había sentado a mi lado, mientras que la dama se había deslizado en el asiento de atrás.

—David Blau nos ha pedido que acudamos temprano —dijo ella, inclinándose hacia

adelante—. Iremos en tu auto para librarnos de la prensa. Ellos buscarán nuestro coche.

—Creía que tenían permanentemente rodeada vuestra casa.

—Eso era lo habitual, hasta que conseguimos a Bilker Moody. Esta noche, sin embargo, la mayoría de ellos ya nos esperan en Abraxas.

Pregunté por mi ahijado. Estaba en compañía de la canguro, Pam Sorrells, ayudante administrativa de la galería, que había sacrificado su propia asistencia a la inauguración para dejar libres a Adán y a Ruth-Claire para acudir al acontecimiento. Un guardia de seguridad armado, el ya citado Bilker Moody, estaba también en el salón para proteger la Casa Montaraz de invitados no deseados. Bilker estaba presente casi siempre. Así era como tenían que llevar ahora su vida familiar.

—Mira, Ruthie Ce, la recepción no es oficialmente hasta las once. Mi estómago rugirá como el Vesubio para entonces.

Adán se metió la mano en el bolsillo de la campera y extrajo una hamburguesa de queso con su envoltura coloreada de aceite Mazola. Todavía estaba caliente; caliente y apetitosamente olorosa a cebolla. Miré de soslayo este objeto del kitsch gastronómico.

—¿Nos podemos atrever a ofrecer un bocado de los Arcos Dorados a un restaurador de cinco estrellas? —preguntó Ruth-Claire.

—En circunstancias normales, sólo por vuestra cuenta y riesgo. Pero prometo no decírselo a nadie, y por esta noche seré discretamente humilde.

Me comí la hamburguesa de queso. Adán sacó una segunda, que también comí. A modo de postre, Ruth-Claire me dio un caramelo de menta para el aliento —que necesitaba urgentemente—. Luego nos marchamos, y una camioneta indescriptible se materializó a medio camino de la manzana, por detrás de nosotros, y nos acompañó durante todo el trayecto hasta la galería.

La *Encyclopaedia Britannica* define «abraxas» como «una palabra compuesta de letras griegas que antiguamente se inscribían en encantos, amuletos y gemas, en la creencia de que poseía cualidades mágicas».

En Atlanta, la galería Abraxas es un influyente pero poco apoyado centro de artes alternativas situado en un barrio predominantemente negro de la ciudad. Los edificios que configuran el complejo —una imprenta, un teatro, la propia galería y el ala que sirve de estudio— solían pertenecer a una escuela. Con la excepción de la imprenta y el ala de estudio, habían sido construidos a principios de siglo en un sólido estilo arquitectónico de ladrillo rojo, lo que les daba el severo aspecto de una prisión o de una biblioteca Andrew Carnegie sobredimensionada.

Al acercarse a Abraxas desde el este, se sigue un camino tortuoso a lo largo del bulevar Ralph McGill, entre modestas casas de tablas y ladrillo, hasta que se llega a la cresta de una colina que desciende precipitadamente hacia el pie de otra colina. Abraxas, sin embargo, se extiende a lo largo del montículo lleno de malas hierbas de la primera colina —parcialmente oscurecido por la valla de la zona de aparcamiento de una fábrica—, y yo continué haciendo descender alegremente el Mercedes en picado, más allá de la galería, hasta que Adán se inclinó para tocarme el brazo y Ruth-Claire gritó:

—¡Alto, Paul, te has pasado!

El primer vistazo que di a la galería Abraxas hizo que me sintiera escéptico y que un escalofrío me recorriera la espalda. Reflexioné que una exposición individual en esta escuela abandonada apenas si podía tener más empaque o ejercer más impacto que un recital de violín en un garaje para un solo coche en Butte, Montana. Evidentemente, la exposición de Adán no era más que algo de pacotilla. Los que movían el cotarro de la comunidad artística de Atlanta le habían concedido esta salida porque su trabajo no contenía nada más recomendable que su propia novedad: «*¡Reliquia humana prehistórica que pone realmente pintura sobre el*

lienzo!». Más que probablemente, le habían concedido esta exposición como una cortés muestra de deferencia hacia Ruth-Claire, casi con toda seguridad con la esperanza de que ella contribuyera a la supervivencia económica del centro.

¿Este decadente cascarón de tres pisos de ladrillo descascarillado y destartalados tubos de desagüe era el Abraxas?

Ruth-Claire pareció adivinar mis pensamientos.

—Es mucho mejor en el interior. Tienes que aparcas en la parte de atrás.

El lugar ya había empezado a llenarse. Tuvimos que avanzar lentamente por detrás de los que habían llegado antes, hasta encontrar un espacio libre bajo un olmo, en el extremo del ala de estudio. Toda una multitud.

—La galería del tercer piso tiene tres salas principales —explicó Ruth-Claire—. Las pinturas de Adán sólo ocupan una de ellas. Algunas de estas personas vienen para contemplar las fotografías de Kander o la muestra haitiana.

Bajamos del coche y cruzamos el aparcamiento en dirección a una rampa de madera contrachapada que daba al pasillo del primer piso de la vieja escuela. Un guardia de seguridad saludó a Ruth-Claire y Adán, y nos indicó una fría escalera interior que daba acceso al tercer piso. Ante mi sorpresa, lo que vi en el interior contradecía mi primera impresión del edificio como candidato a la piqueta de demolición. Finalmente, nos encontramos ante una puerta formidable que impedía entrar en la galería. Adán apretó el timbre de un intercomunicador que había sobre la desmenuzada pared, junto a la puerta.

—Necesito el santo y seña —dijo una apagada voz masculina al otro lado.

—Jefe Noc-a-Homa —contestó Ruth-Claire.

Ese era el nombre —artístico, por así decirlo— del indio que era la mascota oficial de los Braves de Atlanta. También era el ineludible santo y seña. La puerta se abrió.

—Bienvenidos al privilegiado Sur profundo del país del cuclillo Cloud —nos saludó un hombre alto y desmelenado, vestido con un desgastado suéter de color limo y una chaqueta de pana gris; la chaqueta tenía parches en los codos de una negrura tan bituminosa, que daba la impresión de que podía dejar manchas sobre cualquier superficie que tocaran. De hecho, mantuvo los codos cerca de los costados, como si tratara de impedir el dejar manchas acarbonadas por toda la galería.

El hombre era David Blau. Tenía más o menos la misma edad que yo, pero rezumaba un entusiasmo juvenil que parecía constituir un atributo permanente de su carácter. Ruth-Claire hizo las presentaciones y doblamos una esquina para entrar en el enorme «despacho» del director, de techo alto. En medio de la sala, un conjunto de peldaños sin terminar ascendían hacia un entresuelo en voladizo que podría haber sido la buhardilla mal construida de un estudio. Un sofá desigual aparecía espatarrado, con el respaldo contra los peldaños.

La gente deambulaba del sofá a la mesa de café, entre la mesa de despacho de Blau y otra mesa metálica sobre la que había apilados un montón de publicaciones y boletines de arte. Otras personas, con copas de vino en la mano, se sentaban en los escalones o en el sofá. Charlaban, reían y evidentemente, disfrutaban. Blau dijo que tenían perfecto derecho a hacerlo; la mayoría de ellos habían trabajado duro durante los diez últimos días para hacer posible esta inauguración.

Una mujer con vaqueros de marca y tacones altos se nos acercó con una bandeja de copas y jarras llenas de borgoña y de vino blanco. Cada uno de nosotros tomó una copa, y hasta el propio Adán bebió, un pequeño sorbo desde el borde de la copa, tan suavemente como todo un veterano de cualquier cóctel.

—Eh, Paul —me susurró Ruth-Claire—, ¿todavía piensas que esto es la Siberia del mundo artístico de Atlanta?

Blau oyó sus palabras.

—La verdadera Siberia está en el Museo estatal —dijo—. Cada vez que lo miro no veo más que un montón de iglús hechos a base de bloques de ceniza compactada.

—A mí me gusta —dijo Ruth-Claire—. Es un edificio encantador.

—Es frío —replicó Blau—. Frío y estéril.

—Eso es porque no eres sensible a la arquitectura, David. Sólo respondes al hecho de que su política de exposiciones es diferente a la tuya.

—Los artistas sureños pueden exponer en Amsterdam o en Ciudad de México con mayor facilidad que en el Museo estatal —me dijo Blau—. Ese museo es *seguro*. Expone pinturas abstractas llenas de colorido, sin ningún mensaje problemático de tipo político o social. Allí están representados artistas inofensivamente muertos o con un pie en la cuenta bancaria suiza de algún coleccionista anónimo.

—Se supone que es seguro, al menos en comparación con Abraxas. Es Abraxas lo que supuestamente resulta peligroso.

—¿Es Abraxas peligroso? —le pregunté a Blau.

El crítico de arte del *Journal-Constitution*, un joven con el aspecto recién afeitado de un agente de bolsa, interrumpió esta conversación para preguntarle a Ruth-Claire si podía hacerle una entrevista a Adán. Ruth-Claire hizo un gracioso gesto, como de invitación a ello, enlazó los brazos con el de Blau y el mío y nos escoltó con paso travieso fuera de la oficina del conservador para entrar en la primera sala de la galería. Miré hacia atrás, por encima del hombro, para ver a Adán y al crítico de arte que se miraban a los ojos, con perplejidad. La de Adán, sin embargo, era fingida.

—Eso no ha sido justo —le dije a Ruth-Claire—. Ese tipo no me ha parecido ser otro Barrington.

—Sobrevivirá, no te preocupes. Quizá incluso conozca el lenguaje por signos.

—¿Y qué ocurrirá con Adán? ¿Acaso no es también una situación violenta para él?

—A él le encanta el humor de esta clase de situaciones. Será el crítico el que parpadeará primero, puedes creerme.

Blau extendió un brazo hacia las paredes de la espaciosa y nueva sala, aunque lo hizo con el sumo cuidado de mantener el codo cerca de su costado.

—¿Si Abraxas es peligroso? Diablos..., sí, señor Loyd.

Miré a mi alrededor. La escayola de la pared se elevaba hasta una altura de unos tres metros, por encima de la cual se extendían otros tres metros de las paredes exteriores de fríos ladrillos rojos de la vieja escuela. Del techo colgaban unos ventiladores con paletas de madera, ahora inmóviles, que descendían desde las sombras del espacio que formaba el desván. Luego, dirigí la mirada hacia las pancartas y pinturas de la exposición haitiana.

—Esto es territorio de los brujos —dijo Blau, echándose a reír—. Es una de las mejores colecciones de arte caribeño primitivo que jamás se han expuesto en el Sur. Hicimos lo imposible por conseguirla.

—¿Muy cara?

Blau sacudió la mano por la muñeca.

—Bajo esta Administración, las bandas militares reciben más dinero gubernamental que toda la dotación nacional para las artes.

Deslumbrantes colores tropicales y abarrotados mercados populares bailoteaban en sus marcos sobre la escayola. Me gustó lo que vi. Esta pintura era, reconociblemente, un retrato, aquella otra un paisaje y esta de más acá una escena callejera. Las pancartas intercaladas entre las pinturas eran todavía más extrañas. Representaban dibujos de cuentas, o lentejuelas de largas rayas sobre seda o terciopelo. Aun así, sus dibujos cabalísticos parecían estar en consonancia con una galería que se enorgullecía de llamarse Abraxas.

—¿Qué hay de peligroso en todos estos cuadros? —pregunté.

—En sí mismos supongo que no tienen gran cosa de peligrosos, a menos que se sienta uno intimidado por el vudú, la religión haitiana. Los estandartes que ve aquí son lo que los sacerdotes y brujos haitianos llaman vevés. En la isla se extienden sobre el suelo y se suelen trazar con harina. Se trata de pinturas ceremoniales que juegan un papel en la creación de estados de trance entre los iniciados del vudú. Las nuestras fueron hechas por verdaderos haitianos, claro está, pero sólo son réplicas de los vevés que pueden verse en los templos cubiertos por un toldo, durante una ceremonia verdadera.

—Lo que hay de peligroso en esta exposición —dijo Ruth-Claire—, es que David y los otros han distribuidos por los lugares más insólitos de la sala artículos sobre el gobierno de Duvalier y la forma en que tratamos nosotros a los haitianos que huyen en pequeños barcos. David es oriundo de Brooklyn. Un comunista radical que paga mensualmente su recibo del coche.

Blau se colocó un brazo a través del diafragma y se inclinó.

—¿Qué le hizo decidirse a buscar el arte haitiano? —le pregunté.

—Si quiere que le diga la verdad, fue por Adán, que procede de una pequeña isla situada frente a la costa de Haití.

—Paul lo sabe —dijo Ruth-Claire—. De ahí es de donde procede nuestro apellido.

—En cualquier caso —continuó Blau—, parece ser que el pueblo de Adán, los residuos habilinos entre los que se crió, mantuvo contacto ocasional con miembros del culto vudú. Ese culto tiene sus raíces en el África occidental, entre los reinos Arada-Dahomey, y aunque los antepasados de Adán proceden del África oriental, comparten con los vuduistas el mismo continente de origen y la misma negritud. La africanidad de los habilinos y la mayoría de los pobres haitianos es lo que une a los dos grupos. Me temo que se trata de algo más bien místico.

—Paul estaba convencido de que una exposición en este viejo edificio equivalía a hundir la obra de un artista en el Chattahoochee.

—En modo alguno —dijo el director de la galería, tomándola por el brazo—. Mostrémosle al señor Loyd lo que realmente asusta a los miembros más conservadores de nuestro consejo.

Doblamos a la izquierda, hacia una pequeña cámara con una extraña pared que se curvaba hacia dentro, y me volví a mirar a Ruth-Claire con una expresión interrogativa.

—Erotismo —me explicó—. La política radical altera a mucha menos gente que el sexo gráfico o la desnudez.

—Especialmente si muestra un ángulo racial o religioso —añadió Blau.

—Correcto. Con eso sólo se consiguen rostros enrojecidos, dimisiones y retirada de solicitudes para concesión de fondos.

—Sí, sobre todo retirada de fondos —asintió Blau.

—Entonces, ¿por qué molestarse en exponerlos? —pregunté.

En ese momento descubrí que en la pared curvada de la sala, y en las dos paredes rectas que la conectaban, había dispuestas treinta o cuarenta grandes fotografías en blanco y negro, en sencillos marcos de cromo. Una pieza de plexiglás, tan grande como el parabrisas de un coche, colgaba a unos dos metros y medio de distancia del suelo, en el centro de la sala. En su interior se leía la palabra

estereotipos

en gruesas y destacadas letras rojas, con el nombre de la fotógrafa, Maria-Katherine Kander, en caracteres mucho más pequeños, por debajo. Las fotografías me asaltaron como un repentino y encolerizado bofetón.

—Dios santo —murmuré.

—Es mucho mejor contemplarlas una tras otra, a pequeñas dosis —me dijo Blau—. Pero aquí me temo que tendrá que prepararse para un asalto a gran escala. Eche un vistazo. Nos apartaremos de su camino.

Él y Ruth-Claire se apartaron para que yo pudiera recorrer la pared curvada y contemplar las escandalosas fotografías de la señorita Kander. La primera ante la que me detuve y estudié mostraba a una mujer negra y angulosa que yacía desnuda, de espaldas, sobre una estéril sábana blanca. Colocadas entre las piernas y en turgentes montones alrededor de los muslos y el vientre había por lo menos una docena de sandías atigradas, un verdadero equipo de chocantes sandías. La expresión que se observaba en el rostro de la mujer sugería un cierto éxtasis complaciente.

Continué.

La siguiente fotografía era un desnudo frontal de un hombre negro, desde los hombros hacia abajo y desde los muslos hacia arriba. Este hombre sin rostro mostraba una amedrentadora erección. En un ángulo superior, en paralelo con su endurecimiento, sostenía la culata de ébano de un fusil ametrallador. Parpadeé y continué. A continuación, una mujer blanca de aspecto anoréxico, con tacones altos y panties de cuero descendía la boca hacia la cabeza de un micrófono sostenido hacia ella por un desdeñoso músico de rock, con una guitarra eléctrica colgándole a través del cuerpo. Otra fotografía mostraba a un hombre de ojos hundidos —con mono a rayas de campo de concentración, y una estrella de David grabada sobre una banda que llevaba en el brazo— agarrado a los barrotes de la bóveda de seguridad de un banco. Dentro de la bóveda, en estanterías situadas por detrás del hombre, se veían lingotes de oro, como si se tratara de hogazas de pan.

Una fotografía todavía más elaborada mostraba a un sacerdote, vestido con una pesada casulla, que hablaba ante una congregación de feligreses desnudos, con los dedos de una mano cruzados a la espalda. Algunas de las personas que estaban en los bancos se acariciaban mutuamente, mientras que unos pocos de los feligreses más viejos, patéticos en sus arrugas, fruncían el ceño o dormían. En el altar, por debajo del sacerdote (la foto había sido tomada desde detrás de su cabeza), se arrodillaba un chimpancé con corbatín y esmoquin, y un sombrero de copa en la cabeza. Me pregunté cuánto tiempo se habría necesitado para escenificar aquella imagen.

Blau se me acercó.

—¿Cuál es el veredicto?

—Son verdaderamente ofensivas. Parece como si trataran de ofenderme a mí.

—Es lo que tratan de hacer.

—Pues lo consiguen.

—Si usted lo dice, será porque es así —replicó Blau.

—¿Conseguir ofenderme?

—Conseguir ofenderle... y satisfacer la intención del artista.

—¿Su intención es ofender?

—Acabas de captarlo —dijo Ruth-Claire que también se había acercado.

—Bueno, hasta este momento estaba convencido de que consideraríais el hecho de que yo me ofendiera como algo típico de clase media y poco moderno.

—No —concedió Blau—, son fotos definitivamente ofensivas.

—Intrínsecamente ofensivas —añadió Ruth-Claire, con un gesto de asentimiento.

—Ofensivas en el sentido más absoluto del término —redondeó Blau.

Permanecimos allí, en medio de la sala, contemplando las fotografías definitivamente

ofensivas, intrínsecamente ofensivas, ofensivas en el sentido más absoluto del término, de Maria-Katherine Kander. Nuestra avergonzada reverencia ante aquellos artefactos nauseabundos empezó a fastidiarme. Su «erotismo» —no había visto nada que pudiera calificarse realmente así— parecía consistir fundamentalmente en la carne expuesta y en los simulados actos de sodomía fetichista. A pesar de la negación implícita de Ruth-Claire, yo vi aquellas fotos como declaraciones políticas pornográficas. Eran racistas, misóginas, fascistas, anticlericales y quizá otra buena docena de cosas más retorcidas o sutiles como para señalarlas. ¿Antirrevolucionarias? ¿Proconsumistas? No tenía una idea muy clara al respecto. Pero su ofensividad quedaba fuera de toda duda.

—¿Cuál es el maldito propósito?

—Paul, intenta no sentirte ridículamente exaltado por esto.

—¿Quieres decir que hay grados de ofensa que no es moderno aceptar? Creía que podía sentirme tan ofendido como quisiera —apelé a David Blau—. Lo único que hago es preguntar cuál es el maldito propósito de tomar unas fotografías que tienen la intención de ofender.

—En realidad, estaría fuera de mis atribuciones intentar hablar en nombre de la señorita Kander —contestó—. Y, lo que es peor, usted se lo toma probablemente como una especie de declaración o explicación definitiva de la intención de ella, lo que no sería justo ni para el artista ni para usted.

—¡Esto es criminal! —exclamé—. Y, de todos modos, ¿quién es esa tipa? Su apellido suena a alemán o austríaco. ¿Es acaso nazi?

Ruth-Claire, que mantenía una mano sobre mi brazo con la ostensible intención de calmarme, dijo:

—No sé cuáles son sus antecedentes étnicos. Sé que procede de Tennessee.

—No vive en Atlanta, claro —aventuré—. Sería una idiota si expusiera su mierda aquí, en este barrio, en una ciudad que cuenta con un alcalde negro, y tratará de vivir aquí.

—Vive en Nueva York —admitió Blau—; pero podría vivir en Atlanta, si quisiera. Los habitantes de Atlanta poseen muchos más conocimientos sobre el arte moderno de lo que usted podría imaginar.

—¿A diferencia del habitante medio de Beulah Fork, por ejemplo?

—Paul, vayamos a ver la obra de Adán —intervino Ruth-Claire, al tiempo que ejercía una suave presión sobre mi brazo—. Antes de que empiece a llegar la gente.

—Espera un momento. Desearía conocer la interpretación de David acerca de la intención de la señorita Kander.

—Pero eso sería como incitar...

—Ruth-Claire, por el amor de Dios, déjame hablar con este hombre —me volví a mirar a Blau—. Mire, tengo una mente propia. Sus palabras no influirán indebidamente sobre mi propia postura final. Lo que intento es comprender, apreciar estas fotografías. ¿No es esa la razón por la que se organiza una exposición, para incitar una mayor comprensión y aprecio por la obra de un artista?

Blau se rindió ante mi argumentación.

—Está bien, veo que es muy apasionado respecto a esto. Eso está bien. Se merece una respuesta —esperé—. Creo que los intentos de la Kander por ofender se hallan motivados por un deseo de intensificar nuestra cólera ante los estereotipos que presenta. Se trata de una sátira, señor Loyd, no de un llamamiento para abrazar lo que se ve (no lo quiera Dios) como una representación exacta de las personas implicadas. La técnica empleada por la autora le obliga a volver a valorar su actitud básica con respecto a cada imagen. El arte no sólo se encuentra en sus habilidades como fotógrafa, sino en las escenas escandalosas que escenifica para la cámara. Bueno, ya lo he soltado. Esa joven es muy rara.

—Es una forma de expresarlo —dije—. Pero ¿cree que es así como interpretarán su obra quienes pasen por aquí?

—Oh, no. Algunos echarán un vistazo, se darán media vuelta y se marcharán. Otros no verán nada más que carne desnuda. Para ellos esto no es más que pornografía, y la disfrutarán o la criticarán como tal.

Señalé las paredes con un gesto de las manos.

—¿Está todo esto a la venta?

—Lo están las copias. Así es como se gana la vida la señorita Kander. Teniendo en cuenta los niveles actuales, se puede decir que son baratas, pero el trabajo de la Kander es popular, y se vende en volumen.

—¿Para quién es popular? ¿Para los voyeurs? ¿Para los que están hartos del arte?

—Supongo que para ambos. No se tiene que rellenar ningún formulario para comprar una copia. Por lo que sé, ni siquiera se tiene que demostrar haber cumplido la mayoría de edad.

—¿Dónde colgaría estas cosas? ¿En el cuarto de baño?

—Eso depende de usted. ¿Acaso piensa comprar una?

—¡Diablos, no! —grité con fuerza.

Adán llegó en ese momento en compañía de un miembro del personal —una tal Bonnie Carlin—, pero yo todavía me sentía encendido por la estrategia del *arte* de la Kander, de «mete las narices en tus propios prejuicios y refriégatela en ellos». Todo lo que había dicho Blau al respecto tenía cierto sentido, pero yo seguía diciéndome a mí mismo que, a pesar de toda la astucia y la habilidad técnica de la autora, lo que conseguía realmente era lo Innecesario, a menudo en lugar de lo Incomprensible, y ello acompañado casi siempre (con perdón) de lo Raro, que indicaba una superior presunción de sí misma.

Una farsa, como le gustaba decir a Lester Maddox.

Bonnie Carlin transmitió un mensaje —era la hora de dejar entrar a la gente que esperaba— y se marchó. Nosotros también abandonamos la sala de la Kander, y cruzamos el pasillo para entrar en la tercera y última sala de la galería, donde las pinturas de Adán constituían la atracción principal.

Esta sala era como la primera, pero no tan grande. Un solo desván-estudio se extendía por encima de nosotros. Por debajo de él, las cuatro paredes parecían resonar con la vitalidad y el salvajismo prehistórico que Adán —quien había empezado incluso a ponerse desodorante— ya no se permitiría revelar en sus relaciones cotidianas con los demás.

Vi el enorme baobab barbudo que había pintado en la granja Paraíso. Contemplé los ondulantes montículos de un color plata amarronado que podrían haber sido las colinas de Lolitabu, o un montón de mamuts descabezados en la polvorienta sabana africana. Vi incendios de hierba, erupciones volcánicas, helados rayos dentados y una multitud de formas humanas (o semihumanas) silueteadas, ya fuera en actitud de lucha, fiesta o copulación. También vi una serie de ambiguos retratos de madre e hijo que podrían haber sido Ruth-Claire y Pequeño Paul, o de una hembra de habilino y del pequeño agarrado a su pelaje, o incluso de un adulto sin género en actitud de atacar a una figura más pequeña de la misma especie inidentificable, pero similar a la de los monos. También había una pintura de una criatura homínida con la cabeza de un perro —o de un chacal o una hiena—, alrededor de la cual relucía una brillante luz de color rojo anaranjado. La exposición, en su conjunto, comunicaba energía y excitación. Desde mi nivel, al menos, era muy buen material.

Recatado, Adán iba detrás, con las manos a la espalda. Su mirada se desplazaba de un lado a otro, como temeroso de que yo pudiera ridiculizar sus pinturas, o incluso de que me sintiera ofendido por algo y saliera de la sala. En la granja Paraíso no había experimentado tales tormentos; aquí, sin embargo, como único artista presente entre los que exponían, parecía

estar sufriendo un terrorífico ataque de mariposas en el estómago.

—Son muy buenas —le dije—. Me gustan todas.

El artista me dirigió una sonrisa. Sus labios se separaron para dejar al descubierto dientes y encías. Luego, aturdido, se apresuró a cerrarlos de nuevo.

Según las condiciones de su contrato con Abraxas, Adán tenía que permanecer el tiempo suficiente como para conocer a algunas de las personas del público durante la inauguración. Miembros del consejo de directores que no habían podido asistir a la recepción desearían saludarlo, así como algunos de los patrocinadores más ricos, que siempre llegaban tarde. Además, Blau animaba a sus artistas a hablar con los estudiantes, los visitantes impulsivos, los periodistas de Atlanta y otros personajes de los medios de comunicación. La altivez temperamental podía dañar los esfuerzos por conseguir fondos.

La recepción terminó oficialmente y el público empezó a entrar en las salas. Adán y Ruth-Claire se retiraron a la galería número tres para recibir felicitaciones y autografiar los catálogos entregados por Abraxas. En cuanto a mí, me retiré al despacho de Blau y me serví la última copa de Asti espumante, de la única jarra que no había quedado vacía. Una vez que hube terminado, me dirigí tranquilamente hacia la galería número uno.

El arte haitiano era muy bien aceptado por los visitantes de esta noche. Tuve que volver a enderezar los hombros a cada pocos pasos, después de deslizarme por entre los grupos de gente que hablaban de lo que veían. La galería número dos, donde se exponía el trabajo de la Kander, también estaba llena de gente. Todavía encendidas por la admiración o por sentirse violentas, dos mujeres salieron de la sala al gran vestíbulo.

—Es un milagro que no hayan hecho ninguna incursión por este lugar —comentó una de ellas.

—Dios mío, Doreen, esa mujer sólo ha hecho una especie de declaración.

Seguí a Doreen y a su escandalizada amiga hasta la sala número tres. Los Montaraz, muy juntos, como para ofrecerse protección mutua, estaban de pie frente al armatoste similar a una escalera que daba acceso al desván superior. Al ver a uno de los visitantes que los rodeaban, me detuve en seco.

Allí mismo, delante de mí, con una camisa a cuadros, una corbata de lazo verde, pantalones de pana y una chaqueta de imitación gamuza, ganduleaba Brian Nollinger, el antropólogo de Emory, el Judas que había intentado entregar a Adán a un agente del Servicio de Inmigración y Naturalización. Se había afeitado el bigote a lo Fu Manchú, pero sus anticuadas gafas y su actitud de imperturbable pertenencia al lugar (como si se dijera: «¿Por qué se sentiría desgraciada esta gente al verme aquí?») me permitieron identificarlo con mayor certidumbre que con una huella dactilar. Y tampoco me resultaba reconfortante recordar que, de no haber sido por mi propio impulso celoso, Nollinger jamás habría aparecido en nuestras vidas. En cierto sentido, yo mismo lo había creado, si no como ser humano sí, al menos, como molestia permanente.

—¿Qué demonios está haciendo aquí?

Nollinger se volvió en redondo.

—Hola, señor Loyd. He venido a ver la exposición.

—¿Y cuánto tiempo tardará en verla?

—Bueno...

—No tiene usted ni la menor idea sobre arte. Es la clase de tipo que acude a una galería convencido de que Winslow Homer era un poeta ciego de origen griego.

—Mire..., si a usted le parece bien, he venido para pedir disculpas.

—¿Por haberme llamado enemiga de la ciencia? —preguntó entonces Ruth-Claire—. ¿Por acusarme de mantener a mi propio esclavo privado?

Por un momento, Nollinger pareció sentirse en una situación realmente embarazosa.

—Sí, señora, lamento eso. En el fondo, me estaba peleando con Alistair Patrick Blair.

Aparté a los otros concurrentes para acercarme más.

—¿Y una disputa entre eruditos justifica el que apedrear a una mujer inocente?

—No sabía que fuera a casarse con Adán, señor Loyd. Al menos, yo creía que la criatura..., quiero decir, la persona que se alojaba bajo su techo era un representante viviente de homo hábilis. Eso es mucho más de lo que Blair estaba dispuesto a conceder. Admítame eso al menos.

—¿Continúa inyectando droga a los monos?

Fue un golpe bajo. Los cansados ojos de Nollinger se volvieron hacia mí.

—Hace tiempo que di por concluidas esas investigaciones. He intentado conseguir una beca para realizar algún trabajo de campo fuera de Estados Unidos, pero los tiempos no son fáciles para encontrar financiación.

—Así que supongo que ha venido por aquí para darles el sablazo a Ruth-Claire y Adán.

Nollinger sacudió la cabeza, más a modo de negativa que de lástima por la profundidad de mi mezquindad y mi recelo. Pero una consecuencia extraña de este intercambio de palabras fue que Ruth-Claire empezó a mirar al hombre con cierta simpatía. A ella le faltaba carácter para mantener una pelea sostenida; ese era un rasgo suyo del que yo también me había beneficiado.

Nollinger hizo un gesto hacia las pinturas que nos rodeaban.

—Les diré la verdad: otra de las razones para venir ha sido profesional. Como ven, siempre he tenido un gran interés por casos documentados de impulso creativo entre las especies colaterales.

El pobre estúpido se cavaba la fosa de su propia caída. Decidí echarle una mano.

—¿A qué casos se refiere, doctor Nollinger?

—Bueno, hace algunos años un chimpancé del zoológico de Londres aprendió a dibujar y a pintar. Llegó a ser muy eficiente a la hora de trazar círculos y dibujos en forma de cruz sobre un lienzo.

—¿Un chimpancé? —preguntó Ruth-Claire.

—En efecto. Creo que se llamaba Congo. Le organizaron una exposición de sus obras, y hasta llegó a vender algunas pinturas. La literatura especializada lo considera como la primera exposición documentada de arte subhumano de la historia.

Ahora, los ojos de Ruth-Claire se habían estrechado.

—¿Intenta decirnos que ésta es la segunda?

Nollinger no era un completo idiota. Su rostro enrojeció.

—No, no..., claro que no. Sólo es que..., bueno... to... todos somos primates, ya sabe. El impulso de autoexpresión puede ser algo básico de todas las especies de primates.

Bruscamente, Adán se dio media vuelta y se subió a la escalera de hierro forjado que conducía al desván superior. Una vez allí, desapareció a gatas entre las sombras, como un ágil Quasimodo.

—Márchese, por favor —dijo Ruth-Claire.

—Espere un momento —suplicó Nollinger—. No puede echarme. Esto es una exposición abierta al público.

—¿Ha visto la exposición fotográfica? —le pregunté. Consciente de aquella otra ocasión en que lo había golpeado, él retrocedió un paso—. Le gustará. Cada foto es un verdadero

insulto para personas de gusto e inteligencia.

—Sólo intento hablar con los Montaraz.

—Pues ahora va a ir a la exposición de la Kander.

Hice que Nollinger diera media vuelta y lo dirigí hacia la sala número dos. Él intentó escabullirse, pero le apliqué una llave en el brazo y lo saqué de allí.

Temeroso de ofrecer un espectáculo, Nollinger dejó de resistirse. Me aproveché de ese escrúpulo —al menos tenía uno— para depositarlo delante de una fotografía de un indio americano de las llanuras con un trozo de un pavo silvestre en una mano y la cabellera rubia de una mujer blanca en la otra. Esta pequeña ninfa comatosa sólo llevaba un osito de encaje negro, y yacía postrada a los pies del gran jefe.

—Aquí tiene —le dije—. Otro ejemplo fascinante del impulso creativo de los primates.

Esta fotografía, y las demás de la sala, hipnotizaron tanto a Brian Nollinger que pude dejarlo allí, en medio de la atestada galería.

David Blau nos ayudó a salir de Abraxas sin despertar las sospechas de los periodistas. Utilizamos una escalera auxiliar para escapar, y cuando salimos al aparcamiento nos dimos cuenta de que había empezado a llover. El agua brillaba sobre el asfalto, y de los árboles parecían colgar diamantes. En un trozo del cielo visible unas pocas e inquietas estrellas trataban de parpadear por entre las nubes.

Nos dirigimos a Patrick's, un restaurante en Little Five Points, y ocupamos una mesa alejada del largo ventanal delantero que daba a la avenida Moreland. Pedimos más vino blanco, una ensalada de espinacas frescas y un entré de pechuga de pollo. Como Nollinger había echado a perder el lucimiento de Adán, nos resultó difícil iniciar una conversación.

—Considera la fuente de la que ha procedido ese comentario y olvídale —le dije a Adán—. Tu exposición estaba atestada de gente. ¿Con qué frecuencia sucede eso?

—Raras veces —dijo Ruth-Claire—. No es nada frecuente.

—¿Lo ves? Es un triunfo, Adán. Olvídate del fastuoso *faux pas*** de Nollinger.

Él se limpió los dedos con una servilleta de lino, se reclinó en la silla e hizo una serie de graciosos signos en el comedor iluminado por las velas. Adán (según la traducción que me hizo Ruth-Claire) no consideraba la cantidad de público que había acudido a Abraxas como un triunfo personal. Por lo menos la mitad de la gente había aprovechado la respetabilidad implícita en la inauguración de una galería para contemplar incitantemente las fotografías de la Kander. Adán siguió diciendo que los patrocinadores más expertos y fieles de la galería habían acudido para ver la exposición de arte haitiano. De hecho, quienes habían acudido a ver sus pinturas (personas como Nollinger, por ejemplo) se sintieron menos motivados por la fe en la importancia potencial de la obra de Adán que por la simple curiosidad. ¿Qué clase de manchas de Rorschach sería capaz de plasmar sobre el lienzo un homínido viviente que era un anacronismo?

Adán dejó la mitad de la comida. Ruth-Claire se inclinó hacia él y le acarició cariñosamente a un lado de la nuca, aplicando un masaje suave sobre las tensas nervaduras. Él cerró los ojos y soportó esta demostración de afecto como si no fuera digno de ella. Yo sabía que hubo un tiempo en el que habría sido capaz de matar a alguien con tal de experimentar tanta ternura de las manos de Ruth-Claire. ¿Hubo un tiempo?

Saqué de la chaqueta las cartas que los Montaraz me habían enviado en diciembre. Abrí la de Adán y la acerqué de lado al brillo de la luz de la vela para poder leerla.

—«Un día de este año, la señorita Ruth-Claire puede pedirle que venga a verla y que venga a verme. Algunos médicos de Emory conspiran ahora una operación para humanizarme

**Faux pas*: Paso en falso, en francés. (Nota del revisor)

para este tiempo y lugar. Venga, por favor, cuando ella se lo pida» —galantemente, no leí la parte en la que ofrecía reembolsarme por mi tiempo, y en la que nos autorizaba a su esposa y a mí a usar la misma cama si ambos nos poníamos de acuerdo en los aspectos «agradables» de esa disposición—. ¿Algún comentario? —pregunté.

—¿Qué quieres saber? —preguntó finalmente Ruth-Claire.

—¿Qué clase de cirugía le harán? ¿Cuándo se supone que va a ocurrir eso? ¿Cuándo me necesitaréis? ¿Por qué tanto secreto?

—¿Vendrás?

—Ya he dicho que sí.

Ruth-Claire se volvió a mirar a Adán, y éste hizo un breve signo de asentimiento.

—Será este verano —explicó ella—. Se trata de cirugía plástica bastante severa. La cuestión es permitir que Adán pueda hablar. Eso supone reconfigurar toda la cavidad bucal, sin deformarle los rasgos faciales —dirigió una sonrisa a su esposo—. Eh, muchacho, me encanta esa cara que tienes —se volvió de nuevo hacia mí—. Hay trabajo que hacer con sus cuerdas vocales, y también en la laringe. No me pidas que te lo explique todo. El proceso ya ha exigido varias sesiones de rayos X, un par de tomas de moldes con material dúctil y más consultas psicomédicas de las que se ve obligado a someterse un candidato a cambiarse de sexo.

—¿Adán va a poder... —me llevé una mano a la boca y apenas pude farfullar de modo casi ininteligible—... hablar?

—Esa es la idea básica.

Me recliné en mi silla. Esta idea básica en particular no se me había ocurrido. ¿Adán capaz de hablar? El simple hecho de imaginármelo hablando, como Brad Barrington, o como Dwight “Happy” McElroy, hizo que experimentara una sensación de incomodidad. ¿Qué impacto tendría esa habilidad sobre él? ¿Y sobre los demás? Mi aceptación, mi compromiso con él como amigo, ¿disminuiría gradualmente a medida que él afirmara su propia personalidad y sus opiniones a través del lenguaje directo? ¿Acaso mi consideración por Adán tenía su fuente en sentimientos de superioridad hasta ahora ocultos?

—¿Qué te ocurre, Paul?

—¿Cuánto va a costar eso?

—Bastante.

—Es lo que me había figurado.

—Para algo tan importante, es lógico gastar —dijo ella, mirándome con perspicacia—. ¿No lo apruebas?

—Claro —contesté—. Parece estupendo. Adán y yo podremos consolarnos el uno al otro cuando haga mal tiempo.

¿Qué me sucedía? Había aceptado todo lo demás sobre Adán, su matrimonio con Ruth-Claire, su compatibilidad biológica con mi antigua esposa, el desarrollo de su capacidad para la lectura, y hasta la semipatética sinceridad de sus anhelos espirituales. ¿Por qué no podía aceptar su deseo de hablar? Para expresar bajo la mejor luz posible mi actitud aparentemente reacia y egoísta, quizá tenía un débil atisbo de todos los problemas que se cernían sobre nosotros.

Ruth-Claire pagó la cuenta, pero yo insistí en dejar la propina.

Regresamos en mi coche a la extensa casa-burdel con pensión de los Montaraz, en la calle Hurl. Ya era demasiado tarde para jugar con el Pequeño Paul, pero cuando fuimos a verle dormir en su cuna, me asombró comprobar que sus rasgos, durante el sueño, traicionaban un atisbo de la terrible autosuficiencia que había visto en el rostro de su padre hacía apenas un rato, cuando salimos de Patrick's. Todos los bebés tienen algo atractivamente simiesco o

póngido, pero allí, al brillo de la luz de la mesita de noche, la semejanza de mi ahijado con un «primate colateral» (¡sí, un bebé gorila!) hizo que en un dormitorio cercano al parque Inman entraran los bosques de las montañas Virunga, en Uganda.

La vida es extraña, pensé, y besé suavemente al niño para que pudiéramos retirarnos y dejarlo dormir.

Ruth-Claire me indicó una habitación de invitados situada en el segundo piso, empapelada con un dibujo de pálidas cañas de bambú verdes, y Adán se despidió con un gesto amistoso para desearme las buenas noches, antes de bajar para llevar a Pam Sorrells a su casa. A solas, sentado sobre mi cama, con una novela en rústica entre las manos, pensé en la ingenua invitación de Adán a compartir una cama con su esposa mientras él estuviera en el hospital, siempre y cuando ambos estuviéramos de acuerdo con las cosas «agradables» de la decisión.

¿Cómo podía decirle al nuevo esposo de Ruth-Claire que esta noche deseaba tenerla a mi lado? No para violarla, sino para mimarla; no para penetrarla, sino para jugar... Estos días lejos del West Bank era la soledad lo que me carcomía, antes que el deseo sexual; y eso, claro está, era la razón por la que siempre me mantenía tan ocupado. Finalmente, dejé la novela, me quité los zapatos, apagué la luz y me acosté, a la espera de que llegara el sueño. Se retrasó y se retrasó, pero finalmente llegó, quizá dos o tres horas más tarde.

Pasé el miércoles con los Montaraz, y dedicamos la mayor parte del tiempo a visitar el museo estatal, en la calle Peachtree. El jueves regresé a Beulah Fork. El negocio seguía viento en popa. La gente entraba y salía, y lo mismo sucedía con el dinero. Le gritaba a Livia George y ella me miraba con un insultante desprecio.

Las neblivizas del invierno dieron paso a los huracanes de la primavera. Soldados de veinte o más naciones murieron de casi todas las formas insensatas en que se puede morir. El personal auxiliar llegaba y se marchaba, y el presidente de los Estados Unidos solicitó del Congreso fondos para una fuerza defensiva de mutantes pandas gigantes con los que proteger las islas Aleutianas de la invasión soviética, o algo así. Estaba demasiado ocupado para prestar más que una fugaz atención al tiempo, la guerra o la política.

Finalmente, recibí la llamada. Llegué a Atlanta un día después de que Adán hubiera sido sometido a un procedimiento quirúrgico que duró casi seis horas, diseñado para conferirle la habilidad de hablar. Habría estado presente incluso durante la operación, pero Ruth-Claire retrasó deliberadamente el pedirme que acudiera hasta la mañana siguiente, cuando ya estaba claro que su esposo había quedado fuera de peligro. Quedaba por ver si todos aquellos remiendos tendrían el efecto deseado —una cuestión fundamental para todos—, pero ya se había descartado el saber si Adán viviría o moriría. Todo eso me lo contó Ruth-Claire por teléfono, arriesgándose a ser detectada, pero cuando llegué al hospital Emory todavía me sentía enojado por el hecho de que no se me hubiera concedido la posibilidad de permanecer sentado con ella durante la operación.

Ruth-Claire me esperaba en un pasillo situado por debajo de la torre de aparcamiento, tipo pagoda, donde había dejado el coche. Llevaba una blusa de algodón blanco con cortes en forma de rollo en el cuello, una falda sirsaca y unas sandalias italianas. Llevaba a la espalda una correa portabebés, pero estaba vacía, porque el Pequeño Paul, que aún no contaba con nueve meses de edad, estaba de pie sobre sus rodillas, agarrado a sus dedos con una mano experimental.

Casi no pude creerlo. El P. P., al que había visto dormir en su cuna, ya empezaba a caminar. Llevaba unos pantalones cortos de color azul marino, una camisa azul clara y un par de minúsculas zapatillas de tenis ligeramente claveteadas. Hoy su aspecto no mostraba nada que permitiera pensar ni remotamente en un gorila. Nada de grasa infantil, ningún brillo correoso en la frente. Al acercarme a él y a su madre, por el pasillo, me miró con la solemnidad de un legislador estatal del tamaño de una jarra grande de cerveza.

—No empieces —dijo Ruth-Claire al tiempo que levantaba una mano a modo de

advertencia—. Todo ha salido bien.

Me arrodillé delante del niño para darle una cariñosa palmadita en la barriga. Apartó los labios y mostró las encías en..., bueno, en una sonrigruñi que es como decir una sonrisa y un gruñido, tan perfectamente entremezclados que son idénticos.

—Realmente, ha crecido mucho. ¿Desde cuándo camina?

—Desde abril, Paul. Es una verdadera dínamo. Tanta actividad lo mantiene delgado.

—¿Camina desde los cinco meses? ¿Habla también?

La pregunta me mereció una mirada de reprobación.

—Su padre acaba de pasar por una operación que le permitirá hablar, y tú ya preguntas si su hijo habla. ¿Es que quieres hacerme llorar?

—Ruth-Claire, yo...

—Algunos niños no empiezan a hablar hasta que tienen dos años o más. No es algo de lo que debamos preocuparnos ahora.

—Mira, lo siento. No tenía intención de...

—Vamos —me interrumpió enojada—. Vayamos a ver a Adán.

Evitamos una discusión al dirigirnos hacia los ascensores, en el extremo más alejado del resonante pasillo. P. P. se mantuvo a nuestro lado con un trote sin esfuerzo aparente, como un soldado forzado etíope de los años cuarenta que corriera directamente hacia el frente.

Arriba, las enfermeras del puesto de atención nos tomaron los nombres y nos permitieron seguir por el pasillo hasta la habitación de Adán. Fue un largo trayecto. Lo aproveché para regañar a mi ex esposa por no haberme llamado antes, pero ella me interrumpió y me recitó una letanía de nombres de todas las personas que habían acudido a verla y a prestarle su apoyo moral.

—Ya no me necesitas más, ¿verdad?

—Habría que darte un puro de regalo. Por fin has comprendido todas las implicaciones de nuestro divorcio.

—Entonces, ¿por qué me has llamado?

—Porque Adán cree que deberías estar aquí. Intenta ser el hombre alfa de nuestro hogar, y nombra a un lugarteniente hasta que se encuentre lo bastante bien como para regresar.

Como una oleada invisible de miel caliente, una risa meliflua surgió de la habitación de Adán.

—¿Qué demonios ha sido eso? —pregunté—. No será Adán, ¿verdad?

—Tenemos una visita. También vino ayer. Yo lo habría echado de no haber sido porque Adán me pidió antes de la operación que dejara a ese payaso hacernos una visita —Ruth-Claire dejó al Pequeño Paul en el suelo, y el niño entró corriendo en la habitación de su padre—. Ven a ver.

Entramos en la habitación tras el precoz niño, que ya se encontraba entre los brazos del visitante. Adán estaba en la cama, junto a ellos, con el rostro vendado como una momia vuelto hacia la puerta. Un gotero vertía glucosa en su corriente sanguínea.

—Paul Loyd —dijo Ruth-Claire—. Te presento al justo reverendo Dwight McElroy.

Hacía ya bastante tiempo había decidido que todos los evangelistas que salían por la televisión tenían aspecto de parlanchines vendedores de casas móviles. Un tic ocular, o un solo mechón desplazado del cabello cubierto de brillantina eran la única manifestación externa de la manía emocional que mantiene sus motores en marcha. Pero McElroy, al que sólo había visto durante unas pocas y fascinadas semanas en su programa «Obsequio del gran evangelio», no encajaba en absoluto en ese molde. Prematuramente gris (o con un plateado

post-pubescente), mostraba el aristocrático porte de un conde europeo. Al mismo tiempo, sin embargo, no tuve el menor problema para vestirlo con el atuendo de un jugador de baloncesto, y colocarlo en la potente posición de delantero de un equipo como los Celtics. Naturalmente, era demasiado viejo para eso, pero parecía estar en muy buena forma: ágil, musculoso, alerta y facialmente eclesial a pesar de su cabello plateado, lacio antes que marchito y reseco.

Con el P. P. en brazos, el líder de la rigurosamente protestante —pero, por lo demás, escrupulosamente no confesional— Gran Congregación Cristiana de América, Inc., se me acercó con la mano tendida. Al sonreírme, el conde dejó entrever la sugerencia de un muchacho campesino que acabara de llegar a la gran ciudad con un traje prestado.

—Llámemme Happy, Paul. Nada de justo reverendo. A veces, eso me saca de quicio.

—A mí también —dijo Ruth-Claire.

Débilmente, estreché la mano que se me ofrecía.

—No soy uno de sus múltiples fans, Happy. Discúlpeme por decírselo así.

—Bueno, yo tampoco soy un pescador de fans, Paul. Sólo un pescador de almas.

—¿Ha picado alguien el anzuelo?

—Siempre hay quienes pican, Paul. Sólo esperan a que se les alimente —conozco esa sensación— Por eso es por lo que intento que los sedales continúen en el agua.

—¿Y luego los saca?

Él sabía que le estaba poniendo un cebo —del mismo modo que los isabelinos colocaban cebos para los osos, no como un pescador sureño que prepara a una lombriz para ensartarla—, pero no se echó a reír estúpidamente, y tampoco se rindió de inmediato a mi mordacidad. Me dirigió una sonrisa comprensiva y con un brazo se colocó al P. P. contra un costado.

—Sí, los saco, pero con la clase de anzuelo que no desgarrar, sino que le permite a uno elevarse hacia el sol —volvió a sonreírme, como si quisiera ilustrar el significado de lo que acababa de decir con una exposición de los dientes.

¿Qué estaba haciendo aquí este sujeto? Me volví hacia Ruth-Claire. Hacía poco más de un año la había condenado desde el púlpito como una sodomita del siglo veinte. Había hablado con gran fuerza acerca de dos cuestiones sobre las que, indudablemente, seguía siendo un ignorante absoluto: la teoría de la evolución y la naturaleza exacta de la relación entre Ruth-Claire y Adán. Me pregunté si aquel hombre tendría alguna vergüenza. Para sintetizar mis objeciones ante su presencia, así se lo pregunté.

—Aquí no me siento fuera de lugar, Paul. ¿Por qué? Sucede que, sencillamente, no me es posible odiar al pecador tanto como odio al pecado. En realidad, no odio al pecador, sino que lo amo.

Me di cuenta de que Adán nos observaba. Su mirada le rogaba a Ruth-Claire que disculpara al visitante, a este rico y nacionalmente famoso *estúpido por Cristo*, a esa misma estupidez particular que tan profundamente la había herido a ella hacía un año.

El P. P. había empezado a agitarse. McElroy lo dejó en el suelo. Luego se incorporó y dijo:

—Según dicen, su esposo es un *habilino*, señora Montaraz. ¿Qué es exactamente eso, por el amor de Dios? Supongo que desde muchos sitios hubo toda clase de gente que armó un gran revuelo acerca de un mono desnudo surgido de alguna jungla extranjera a la que era difícil llegar. «Representante superviviente de una especie prehumana», dijo uno de ellos. Bueno, no lo creí entonces y no lo creo ahora.

Con un gesto señaló a Adán, postrado bajo la almidonada sábana de hospital.

—Esto no es un habilino. Esto no es un mono. Esto es un hombre. La prueba es que usted se casó con él, señora. Otra prueba más es este don de Dios que ahora tiene sobre la falda. Y a la gente, señora Montaraz, no puedo evitar el amarla. Amo a Adán. La amo a usted. Y también te amo a ti, pequeño. Si el año pasado di la impresión de hacer caer sobre ustedes el fuego del

infierno, eso fue porque todavía no les conocía como las exquisitas personas que son.

»También se debió a que supuse, junto con otros millones de personas repartidas por todo el país, exactamente lo que quisieron hacernos suponer la prensa liberal y las cadenas de televisión de amplia audiencia, es decir, que Adán era un mono. Y el único pecado que cometió cualquiera de ustedes es el de una apariencia de impropiedad a los ojos de la prensa y, en consecuencia, a los ojos de algunos de nosotros que, permítame admitirlo, deberíamos haber hecho algo mejor que creer ciegamente lo que se publicaba en la prensa o lo que se nos decía por la televisión. Así pues, les pido disculpas por mis prédicas sobre usted y su esposo, a los que puse como ejemplo de la problemática decadencia moral de este país. Hasta el viejo Happy es un ser humano, señora.

—Eso es algo que no sabía —intervine—. ¿Cómo se sentiría si en lugar de perdonarle lo demandaran?

McElroy me dirigió una molesta mirada de soslayo, pero se recuperó y volvió a importunar a Ruth-Claire.

—Hablo muy en serio en cuanto a lo mucho que lamento todo esto. En el siguiente programa que haga en Rehoboth, bueno, haré una retractación completamente sincera y meticulosa. Será un verdadero placer para mí... —guardó silencio un momento para calibrar el efecto que ejercía su oferta sobre Ruth-Claire y luego prosiguió—. Naturalmente, es también mi deber hacerlo así —y se apresuró a añadir—; pero también constituirá un verdadero placer, eso puedo asegurárselo.

Con gesto de cansancio, Ruth-Claire se quitó el arnés portabebés de la espalda y lo dejó deslizar al suelo, a los pies de la cama de Adán. Luego, cruzó la habitación y se sentó en la silla plegable donde antes había estado sentado McElroy. El P. P. trotó tras de ella; Ruth-Claire lo tomó en sus brazos y empezó a acariciarle la cabeza, con aire ausente.

El evangelista extendió las manos.

—¿Bien? ¿Pueden perdonarme?

—Sería un verdadero placer para mí, señor McElroy, si se limitara a no citarnos ni a Adán ni a mí en su emisión.

—¿Nada más?

—Eso ya sería mucho. Oh, también puede buscarle una silla a Paul. Y otra para usted si es que va a quedarse mucho más tiempo.

McElroy sonrió, giró sobre sus talones y salió a buscar otras dos sillas plegables. Yo avancé hacia el extremo de la cama, agarré los dedos de los pies de mi amigo, sobre la sábana, y se los doblé afectuosamente adelante y atrás. Adán, a su vez, me sonrió con la mirada.

A pesar la sencillez de su tarea, McElroy tardó mucho tiempo en llevarla a cabo. Ruth-Claire aprovechó su ausencia para informarme. El hombre había llegado a Atlanta —específicamente al *campus* de Emory— por invitación del Instituto para el Evangelismo Mundial, para el seminario teológico Candler. Llevaba en la ciudad tres días, dedicado a hablar ante los estudiantes del seminario y de la facultad en una variedad de lugares, incluida la capilla William R. Cannon, una de las auditorías en White Hall, y el santuario de la Iglesia Metodista Unida Memorial Glenn, en North Decatur Road, frente al pueblo de Emory. Adán había organizado su operación quirúrgica para que coincidiera a propósito con la visita de McElroy. De hecho, le había escrito una carta al evangelista para explicarle el objeto de la operación, y para pedirle que se ocupara de atender a Ruth-Claire durante el delicado procedimiento quirúrgico, al tiempo que solicitaba una visita personal del justo reverendo, una vez que la gente del hospital lo hubiera transferido a su habitación desde la sala de recuperación.

Adán había mejorado sus oportunidades de obtener una respuesta favorable al incluir con la carta una contribución de 250 dólares para el ministerio televisivo de McElroy. También se había ocupado de despertar la curiosidad del hombre —un ejemplo de habilidad suprema y

casi conmovedora, teniendo en cuenta el apetito nacional por noticias referentes a la pareja y el niño— al describirle someramente sus propias investigaciones religiosas, que había tenido que realizar sin guía alguna durante los pasados diez meses. Ahora, sin embargo, deseaba obtener un pronunciamiento autorizado sobre su estado espiritual. ¿Poseía o no un *alma*?

McElroy había contestado que, evidentemente, la poseía. Por otro lado, debía abandonar la idea bíblicamente insana y, en conjunto, destructiva del alma, según la cual pertenecía a una especie prehumana de la que había surgido otra especie prehumana y así sucesivamente. Una creencia que, por estar en contra de la narración directa que se hacía en el Génesis sobre la creación, situaría el alma en grave riesgo mortal. Evidentemente Adán fue sincero al plantear sus preguntas, pero desgraciadamente se equivocó al elegir la dirección seguida por los científicos y tecnócratas actualmente perdidos para Dios. McElroy se sentiría muy privilegiado de poder aconsejarle, incluso de rezar con él, mientras estuviera en el hospital Emory.

—¿Escribió a McElroy? —pregunté con incredulidad—. ¿Le envió dinero?

—Oh, sí, definitivamente. Adán prefiere mantener abiertas sus opciones. Ha escrito cartas al papa, al dalai lama, a los testigos de Jehová, al anciano jefe de los mormones, a dos o tres ayatollas del Irán, y a un par de sacerdotes vudú que expusieron sus obras como artistas en Abraxas el pasado mes de febrero. Si alguien medita, se sacrifica o reza, Adán le escribe. La mayoría de las personas a las que escribe le contestan. Tenemos un álbum para guardar esas cartas; probablemente, pronto necesitaremos otro.

Adán liberó las manos de la sábana y trató de hacer señas. Al concentrar su voluntad, pronto consiguió que los gestos fueran lo bastante claros como para que Ruth-Claire pudiera interpretarlos. Le aconsejaba que abandonara la hostilidad que sentía por McElroy, pues el hombre estaba allí, empleando su valioso tiempo, sólo para afirmar la humanidad de Adán.

McElroy regresó a la habitación con una silla metálica plegable y otra silla con un cojín. Sobre el cojín descansaba un brillante orinal lleno en sus tres cuartas partes de agua, que relucía bajo las luces fluorescentes de la habitación. Consiguió apoyar la silla sin derramar una sola gota de agua del orinal, y me entregó la silla plegable para que yo mismo la desplegara. Luego, con un floreado movimiento, dejó el orinal sobre la bandeja de la comida que colgaba fuera de la cama de Adán.

—Esto es agua destilada —dijo—. La he conseguido en la sala de enfermeras, y es físicamente pura, libre de gérmenes y contaminantes de todo tipo.

—¿Puede decirse lo mismo del orinal? —preguntó Ruth-Claire.

—Oh, sí, señora. Ha estado en un autoclave.

—Bueno..., Adán ya ha sido bañado con una esponja, reverendo McElroy. Yo misma se lo he hecho esta mañana. No hay necesidad de repetirlo ahora.

—¿Ha sido bautizado?

—¿Qué?

—¿Ha recibido el sacramento de la limpieza definitiva? ¿Ha sido lavado en la sangre del cordero?

—¿Con agua de un orinal? —pregunté atónito.

McElroy se echó a reír.

—El Señor y yo nos las arreglamos con lo que hay disponible. Me temo que, al seguir sin bautizar, Adán ha empezado a dudar de la posesión de su alma que, incluso ahora, está en peligro de abandonar a perpetuidad en manos del príncipe de la oscuridad. No puedo permitir eso, señor.

Con las manos sobre los hombros del P. P, Ruth-Claire miró fijamente a McElroy, como si hubiera propuesto duchar a Adán con el fluido de un encendedor.

—Esto es del peor gusto posible —se las arregló para decir al cabo de un momento.

—Es posible que tenga razón, señora Montaraz; quizá sea de mal gusto. En estos tiempos parece que la condena eterna cuenta con el favor del público y es lo que está de moda acatar, pero estoy profundamente convencido de que su esposo no es de los que está de acuerdo con una multitud simplemente porque sea una multitud. ¿Por qué no le pregunta qué es lo que desea?

Al darse cuenta de que McElroy había jugado una carta de triunfo incontestable, Ruth-Claire levantó al Pequeño Paul, se lo colocó sobre el regazo y, aturridada e incrédula, negó sacudiendo la cabeza.

—En ese caso, yo mismo se lo preguntaré —McElroy miró a Adán desde su altura y preguntó—. ¿Desea usted recibir la santa bendición del bautismo?

Con una mano, Adán hizo un gesto afirmativo.

Ruth-Claire volvió a sacudir la cabeza, incapaz de creer que su esposo pudiera consentir en semejante parodia del rito bautismal, pero le quería demasiado como para prohibirle continuar.

El evangelista cerró los ojos. Le pidió a Dios que purificara todavía más el agua del orinal y luego introdujo las manos en ella, las levantó, goteantes y las acercó a la cabeza de Adán. Espectacularmente, las hizo descender sobre la débil cresta sagital que dividía el cráneo del habilino en hemisferios.

—Lleve cuidado —le advirtió Ruth-Claire—. La mandíbula de Adán está convertida en un rompecabezas. Si le hace daño o hace más lenta su recuperación, le aseguro que...

No sabía qué podía hacerle, pero la advertencia pareció atravesar el devoto trance de McElroy y llegar a sus entendederas. Encorvó los codos, alivió la presión sobre la cabeza de Adán y entonó:

—Adán Montaraz, esposo y padre, por la autoridad que me ha sido investida como ministro ordenado del evangelio, yo te bautizo en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amén.

—Amén —repetí yo.

La palabra se me deslizó por entre los labios, supongo que impulsada por un recuerdo inconsciente de mi descuidada educación congregacionista en Tocqueville. Ruth-Claire, que teóricamente era creyente, me dirigió una mirada aviesa.

McElroy se limpió las manos y se volvió hacia ella.

—Quiero que sepa, señora Montaraz, que también he elevado una oración por la pronta recuperación de Adán.

—Gracias.

—¿Qué me dice del guapo muchacho que tenemos aquí?

—¿Qué pasa con él?

—¿Ha sido bautizado?

Ruth-Claire rodeó al P. P. con sus brazos.

—Por el momento, ya ha ejecutado usted todas sus ceremonias. Creo que es hora de que se marche.

—El retraso podría ser un error mortal, señora Montaraz. Podría causarle...

—No creo que corra ningún peligro tan terrible. Los baptistas esperan hasta que tienen doce o trece años, ¿no es así?

—Ustedes no son baptistas, señora. Tampoco lo soy yo. En la Gran Congregación Cristiana abrazamos también a esa confesión, claro, pero mis propios orígenes doctrinales son

metodistas. Somos hermano y hermana, señora Montaraz.

Adán hacía señales, débiles pero insistentes.

—No —le contestó Ruth-Claire—. Absolutamente no. Si llega a hacerse, se hará en una iglesia, en presencia de una congregación de fieles, y con un ministro revestido de su vestimenta. Y este insistente caballero, allá en Louisiana, puede contar con que será invitado... —al ver que Adán insistía, ella se puso más vehemente—. Sobrepasas lo que tienes derecho a pedir. No eres el único en esta habitación responsable del bienestar espiritual de tu hijo.

—Existe un mandato bíblico que ordena a las esposas ser... —empezó a decir McElroy.

—¡Vayase al infierno, maldita sea! —le gritó Ruth-Claire, con el P. P. acurrucado bajo el sobaco, mientras Adán mantenía los ojos fuertemente cerrados.

Al igual que yo, el habilino no estaba acostumbrado a oírle un epíteto más fuerte que «¡Demonios!» o «¡Maldición!».

McElroy parecía dispuesto a continuar la discusión, pero en ese momento un hombre grueso y un joven de unos veinte años se detuvieron ante la puerta de la habitación de Adán, y eso distrajo al evangelista. El más joven de los hombres reproducía casi exactamente el físico alto y flaco de McElroy.

—Vamos, papá —dijo—. El doctor Siebert ha venido para acompañarte a tu próxima conferencia, en White.

—Tengo que marcharme —nos dijo McElroy, alegremente—. Adán, mantente en contacto conmigo, ¿me has oído? Ha sido una verdadera alegría para mí santificarte en el dulce nombre de Cristo. Quizá la próxima vez podamos hacer lo mismo con el chico.

—Llévese con usted ese estúpido orinal —dijo Ruth-Claire.

McElroy le dirigió una rápida mirada de incredulidad y cólera. Sin embargo, antes de que pudiera convertirse en algo más fuerte, se volvió hacia su hijo para decirle:

—Toma, llévate la fuente, Duncan. Ya he terminado por hoy con ella.

Duncan McElroy obedeció: retiró el orinal de la bandeja voladiza y la sacó de la habitación como un hombre santo que llevara un perfumado incensario. El evangelista nos dirigió un saludo superficial y luego siguió a Duncan y al doctor Siebert fuera de la habitación, hacia el ascensor y otra sublime sesión con algunos de los estudiantes de teología de Candler. Ruth-Claire, exhausta, empezó a llorar en silencio.

Durante el transcurso de la semana siguiente, Ruth-Claire y yo visitamos a Adán diariamente, turnándonos cuando el otro necesitaba un descanso. Livia George dirigía el restaurante en mi ausencia y por el momento no tenía ningún problema, gracias a Dios. Regresé en un par de ocasiones a Beulah Fork para comprobar cómo iban las cosas, pero su eficiente manejo el negocio hizo que me sintiera allí tan útil como un volante de entrenamiento en un tanque.

Adán mejoraba con rapidez, pero los médicos no le quitaron el soporte plástico de la barbilla y los vendajes que lo mantenían en su sitio, así que todavía se alimentaba por vía intravenosa y hablaba con nosotros mediante signos. También disponía de una máquina de escribir portátil eléctrica que él mismo había aprendido a usar por el método de buscar y pulsar las teclas.

McElroy había regresado a Louisiana al día siguiente del bautismo de Adán, pero una consecuencia imprevista de la ceremonia del orinal fue el frecuente recurso que a partir de entonces hizo el habilino de la oración. La oración del Señor. La oración de san Francisco de Asís que empieza diciendo: «Señor, conviérteme en instrumento de tu paz». Leía cualquier número de salmos del Antiguo Testamento, como el que dice: «Ahora me acuesto a dormir». La oración de Pilatos. La oración del redactor de periódico. Unas pocas y oscuras súplicas

orientales, incluidas fórmulas hinduistas, budistas, taoístas y, desde luego, sufíes. Y una pequeña antología de extrañas pero ocasionalmente conmovedoras oraciones rogativas que el propio Adán había escrito.

De hecho, y aunque hubiera aceptado el bautismo en nombre de Cristo Jesús, el ritual de la oración en su habitación de hospital poseía un carácter decididamente ecuménico. He aquí, por ejemplo, una de sus oraciones, escrita con la pequeña máquina de escribir que utilizaba para entablar animados diálogos con nosotros:

Creador, despierto o dormido, vigilante o adormecido, intemporal o sujeto al tiempo, despierta plenamente a mi grito tan silencioso.

Recuerda a los que murieron hace tiempo que amaron a los animales y a las nubes, redímelos en tu piadoso pensamiento. Y a aquellos que tropezaron con el canto del espíritu, que rondaron como las hienas, más allá de la luz. Piensa también en ellos, en el centro del fuego, consúmelo como dulce carroña en el cálido amor de tus tripas y tu mente.

Si soy todo animal, oh, Creador, devuélveme mis gruñidos, mis gemidos y ladridos, el sonido de los himnos de alabanza a los ángeles. No me dejes cantar sólo por mí mismo, sino también por los miles y miles de millones de muertos no bautizados para llevarlos con garras, dientes y colas hacia tumbas ignoradas sin importancia.

Oh, tripas y mente por encima de todo y de todos, escucha mi ruego tan silencioso en su nombre y elévalos como has elevado a los hombres. Amén.

Después del bautismo, cada visita a la habitación de Adán concluía con una oración. En una ocasión, molesto e impaciente, le pregunté qué creía conseguir con aquel ritual.

Sobre su máquina de escribir portátil, mecanografió: «No hay verdadera religión sin oración».

Eso me hizo cuestionar en voz alta el valor de la religión, verdadera o no, y Adán se esforzó por contestarme también a eso. Finalmente, mecanografió una sola palabra compuesta: «Autodefinición».

Parecía encontrar divertido que el valor de una creencia sistemática en un poder superior tuviera su justificación definitiva en el propio ego. ¿Era eso una contradicción? No, no realmente. ¿Una paradoja? Probablemente sí. Pero, desde luego, si Adán experimentaba una mayor sensación de urgencia en cuanto a su relación con Dios que la sentida por la mayoría de los seres humanos del siglo veinte, la ambigüedad de su estatus *vis-a-vis*** de Dios y de sus congéneres de dos piernas no hacía sino alimentar esa sensación.

Después de haber leído su oración de «Tripas y mente», le dije:

—Por lo visto, supones que existe una línea rígida que separa a los que tienen alma de los que no la tienen, a los verdaderos seres humanos de los animales humanoides.

Continúa, me indicó con señas.

—Has convertido eso en una proposición: «o esto, o aquello». Pero ¿y si existiera una zona gris donde se produjera la transición?

«¿Cómo el crepúsculo que separa el día de la noche?», escribió.

—Exactamente.

Leí su respuesta por encima del hombro, a medida que la mecanografiaba lentamente: «Entiendo, señor Paul, la base de cómo argumenta aquí. La preocupación sobre qué es un primitivo homínido, si bestia o persona. Pero creo que se necesitan muchas cosas para que una criatura sea humana, y si a una criatura le faltaran sólo una o dos de esas cosas, no creo que

**vis-a-vis*: en francés, por lo visto, evidente. (Nota del corrector)

sea correcto decir: ¡ajá!, no perteneces a la especie humana».

—Está bien, Adán. Si crees que los seres humanos tienen alma, entonces eso quiere decir que tiene alma cualquiera que esté de este lado, de nuestro lado de la zona de transición. Y eso significa que estás a salvo porque..., bueno, te has reproducido con éxito con una mujer humana.

«No es tan fácil.»

—¿Por qué no?

«Porque una criatura que pase desde la animalidad a la humanidad, en teoría, pasa por una especie de viaje evolutivo susceptible de ser organizado. Pero un alma no se divide. No se rompe. El cambio no se puede derivar de ella. Se tiene una, o no se tiene. Entonces, a lo largo de ese viaje, ¿en qué momento surge Dios de la oscuridad para dar un alma a una de sus criaturas? ¿Qué razón secreta tiene para efectuar este regalo tan misterioso?»

—Si las razones de Dios son secretas, Adán, y si el regalo es misterioso, quizá sea imposible saberlo... e inútil preocuparse por ello. Quizá haríamos mejor en olvidarnos de toda esa estúpida idea de las almas, inmortales o no.

«¿Te parece una forma admirable de vivir el ignorar una cuestión tan difícil, señor Paul?»

—Si no hay preguntas que hacer, si no hay respuestas que dar...

Adán reflexionó sobre mi poco ceremonioso rechazo de sus preocupaciones. Luego, mecanografió: «Para mí, señor Paul, son cuestiones reales». Hizo avanzar la hoja de papel varios espacios y añadió al pie de la página: «Recemos».

Ruth-Claire, que había estado presente durante todo este intercambio verbal y mecanografiado, sacó del bolso un pequeño libro en rústica, *El camino de un peregrino* —supuestamente escrito por un anónimo campesino ruso del siglo XIX— y empezó a leer en voz alta en su primera página:

—«En el vigesimocuarto domingo después de Pentecostés, acudí a la iglesia para rezar mis oraciones durante la liturgia. Se leyó la primera epístola de san Pablo a los tesalonicenses, y entre otras palabras escuché las siguientes: "Rezad sin pausa". Fueron estas palabras, más que cualesquiera otras las que se abrieron paso en mi mente, y empecé a pensar cómo era posible rezar sin pausa, puesto que un hombre también tiene que ocuparse de otras cosas con objeto de ganarse la vida.»

Poco después, Ruth-Claire nos guió en el canto de la oración habitual del peregrino, la oración de Jesús que dice: «Señor Jesucristo, ten piedad de mí». Durante el transcurso de este cántico, sin embargo, no pude pensar en ninguna otra cosa que no fuera cómo diablos se las arreglaba Livia George en el West Bank sin mi ayuda.

Maldita sea ella, de todos modos.

Me gané el sustento en el hogar de los Montaraz al dedicarme a preparar todas las comidas que no tomábamos en el hospital o en los restaurantes cercanos al *campus*. Meter las manos en la masa, es como yo llamo a esta actividad culinaria. En la mayoría de estas agradables ocasiones el P. P. comía con nosotros, y parecía tenerme más cariño y confianza a cada nuevo bocado que probaba. Ahora ya no me risigruña, sino que me sonreía inequívocamente. Pareció gustarle especialmente una tortilla de queso y langostinos pequeños que serví una mañana para el desayuno.

Ruth-Claire y yo nos llevábamos como hermano y hermana. Por las noches me recluía en la habitación de invitados del piso de arriba, la del papel de hojas de bambú en la pared, mientras que ella se encerraba en el dormitorio principal, justo al fondo del vestíbulo. Por la mañana, el P. P. me despertaba al tirar de las ropas de mi cama con un metódico movimiento de mano sobre mano, que terminaba por dejar la sábana y la manta apiladas sobre el suelo como una masa flotante de helado. Deseaba la tortilla de *gourmet*, y yo era a quien había que

levantar para conseguirla. Actuando menos como un padrino que como un tío indulgente, me sentía feliz de complacerle.

Hermano y hermana, Ruth-Claire y yo.

Me estancia en el hogar de los Montaraz me reconcilió finalmente con el hecho de nuestro divorcio. En el cuarto de baño había demasiadas pistas conyugales como para pasarlas por alto: un tubo de pasta dentífrica común —perfectamente doblado desde la parte inferior—, las maquinillas eléctricas de él y de ella, una barra de desodorante que evidentemente compartían. Ruth-Claire y yo no dormimos juntos durante mi estancia, y la tensión entre nosotros fue desapareciendo.

Me sentía a gusto en el hogar de los Montaraz, en total armonía con todos sus ocupantes. Bueno... casi. ¿Cómo se puede desarrollar una relación cordial con un hombre joven con barba que lleva una pistola 38 sujeta con esparadrapo al tobillo derecho, y una Ruger 45 medio oculta bajo un pliegue de su camiseta Chattanooga Choo Choo? Ese era Bilker Moody, el lacónico veterano de Vietnam y antiguo vendedor de automóviles que se había convertido en el principal guardia de seguridad de la familia Montaraz. Soltero y prácticamente sin parientes, había adoptado a Ruth-Claire, Adán y el Pequeño Paul con la misma seguridad con que ellos lo habían adoptado a él.

Yo había conocido a Bilker ya en el mes de febrero, pero él se había mantenido casi obsesivamente fuera de la vista durante aquellos tres días, como si la anunciada brevedad de mi visita le exigiera un considerado acto de desaparición.

Ahora, sin embargo, lo veía a diario. Aunque supuestamente poseía un apartamento propio en alguna parte, durante la semana dormía en una pequeña y desnuda habitación —que en otros tiempos fue una despensa— situada entre la cocina y el garaje. Los Montaraz habían estado de acuerdo con esta disposición porque de ese modo evitaban la necesidad de contratar a guardias por turnos, como habían hecho en la granja Paraíso. Además, Bilker insistió en que el propio hecho de tener su habitación allí haría que se mantuviera más vigilante por los alrededores de la casa.

Cierto que a veces dormía un rato la siesta, pero su experiencia en el sureste asiático le había enseñado a levantarse de un salto, completamente despierto, ante el susurro de una cucaracha. Además, sus peculiares ritmos circadianos le permitían estar mucho más vigilante por la noche, cuando era mayor la amenaza de una intrusión. Tampoco ganduleaba durante el día; tenía los reflejos, el instinto y los nervios de un campeón de *jai-alai*, aunque su tamaño parecía indicar que no pudiera tenerlos. Había adquirido sus habilidades no sólo en las junglas de Vietnam, sino también durante atrevidas recuperaciones diurnas de automóviles cuyos compradores no habían podido mantenerse al día en sus pagos. Los Montaraz apenas podrían haberse equivocado al contratar a un hombre voluntarioso de su corpulencia, carácter e intrepidez.

Bilker Moody parecía estimar genuinamente a las personas que tenía a su cargo. Al P. P. también le gustaba, y sentía una implacable fascinación por aquel hombre corpulento y barbudo. Alrededor del niño, Bilker desplegaba toda la contenida suavidad de un gorila de lomo plateado. Habitualmente, sin embargo, evitaba intervenir en sus actividades de juego, por temor a descuidar su guardia.

Había enemigos de la intimidad de los Montaraz por todas partes. Durante mi estancia en el mes de julio, interceptó y alejó amablemente a buen número de buscadores de curiosidades. Precisamente para eso se le había contratado.

Bilker procuraba relacionarse conmigo lo menos posible. Se negaba a tomar las comidas que yo preparaba para Ruth-Claire y el P. P., aunque indudablemente estaba convencido de que yo no trataba de envenenar a nadie. Si nos cruzábamos por casualidad, me dejaba ostentosamente el paso libre, y a veces me murmuraba un saludo, pero otras no. Ruth-Claire decía que eso era una muestra de respeto, como hombre contratado, puesto que Bilker había asumido automáticamente sus tareas oficiales. Pero al pasar por su lado, a mí sólo se me ocurría pensar que estaba a punto de arrancar la anilla y de lanzarme una granada de

fragmentación. ¿Acaso no sabía que a finales de los años cincuenta, aproximadamente por la misma época en que le tocó hacerlo a Elvis Presley, yo había cumplido dos años de servicio militar obligatorio como hombre reclutado?

—¿Será mi aliento? —le pregunté a Ruth-Claire—. ¿Pongo demasiado ajo en las comidas?

—No, él es tímido, eso es todo. Este trabajo es toda su vida.

—¿Tímido, eh? ¿Durante cuánto tiempo lo habéis conocido tú y Adán antes de que empezara a contar sus historias de guerra y de cobro a morosos?

—Deseaba el trabajo, Paul. Tuvo que hablar para conseguirlo. No es que le caigas mal... Lo que pasa es que se siente incómodo contigo cerca, al saber que has venido a petición de Adán para reforzar la guardia.

Esa misma noche, algo más tarde, después de haber limpiado la cocina tras otra cena a medianoche, me acerqué a la despensa de Bilker para plantearle el tema de hombre a hombre. La puerta de la despensa estaba entreabierta, y dejaba al descubierto una pared de tablones desnudos y una sección de techo compuesto enteramente por antiguas tablillas de machihembrado. Llamé a la puerta con suavidad, precavido.

—¿Qué? —preguntó Bilker Moody.

Crucé el elevado escalón de entrada a la despensa y encontré al corpulento hombre sentado sobre su cama abatible, con la Ruger apuntada hacia mi abdomen. Al reconocermelo, dejó la pistola a un lado con una expresión desdeñosa.

—Pensé que podíamos hablar un momento —le dije.

La despensa contenía un mostrador de madera contrachapada sobre el que descansaban una sofisticada variedad de equipo de vigilancia, un calentaplatos, una cafetera General Electric, una computadora y un pequeño montículo de manuales de computadora y de novelas pornográficas suaves. Un enorme calendario comercial colgaba sobre la cama; la fotografía no era de una ninfa con los pechos desnudos, sino la de un automóvil deportivo, con numerosos alerones y tubos de escape. La empresa responsable del calendario fabricaba, al parecer, material eléctrico.

Bilker Moody sacudió un puñado de cartuchos de una caja, que vertió sobre la palma de la mano. Inspeccionó atentamente cada bala.

—Me he sentido impresionado por su actuación aquí —le dije, confiado en desarmarlo con el halago. Él me miró directamente a la cara, con una expresión ceñuda—. ¿Le irrita acaso de una forma incorrecta, señor Moody?

—No hay ninguna forma correcta de irritarme. No me gusta que me irriten.

—Mire, yo no estoy aquí para poner en peligro su trabajo. Me alegra de que esté usted aquí. Sólo he venido porque Adán quiso que viniera.

—¿Por qué?

La pregunta me sorprendió.

—Supongo que como un gesto de amabilidad para con Ruth-Claire.

—Bien, si le cae bien a Adán, significa que no es un excremento tan grande.

Eso me frenó un momento. Finalmente, logré decir:

—Es lo mismo que yo me digo cuando me siento deprimido: «Eh, Paul, si le caes bien a Adán es porque no eres un excremento tan grande». De ese modo me animo.

—Apártese de mi camino.

—La semana que viene, dentro de tres o cuatro días más, ya me habré marchado.

—Se lo digo —continuó Bilker Moody sin pestañear—, porque esté donde esté es donde

se producirá la acción, el jaleo. Usted entra y yo salgo. Es por su propio bien.

—Eso es un poco melodramático, ¿no le parece?

—¿Es usted el tipo al que asaltaron, allá en Fork? ¿El que encontró la cruz ardiendo en el prado de su casa?

—¿Quiere decir que espera realmente tener problemas?

—Se me paga para que los espere.

—En ese caso, quizá sea mejor que le deje hacer su trabajo.

—Buenas noches —me dijo—, y cuando salga...

—¿Sí?

—No deje que el pomo de la puerta le raye el culo.

—Señor Moody...

—Llámeme Bilker.

Levantó las cejas, quizá para sugerir que su frase vulgar no había sido más que un intento por establecer cierto compañerismo, quizá para resaltar la ironía de invitarme a llamarlo por su nombre después de habérmelo dicho. Levantó la Ruger y la hizo oscilar hacia la puerta.

—Buenas noches, Bilker. Realmente he disfrutado de nuestra charla.

A la mañana siguiente le comenté a Ruth-Claire lo principal de nuestra conversación, casi tan al pie de la letra como pude recordar. Me dijo que había causado una impresión escéptica en Bilker, y que la demostración de su buena opinión de mí era que nunca bromeaba con excrementos incorregibles, sino sólo con aquellos que le parecían reciclables y convertibles en seres humanos relativamente fragantes. Muchas gracias, le dije; pero me conformé con eso. Era mucho mejor que ser fragmentado por una granada mientras dormía.

Ruth-Claire y Adán disponían de un gran estudio en la planta baja —que antiguamente había sido un salón de estar— y otro para recibir visitas. Sin embargo, los ocupantes anteriores habían derribado la pared, y ahora había allí espacio más que suficiente. En este vasto espacio había lienzos sin usar, travesaños de marcos, caballetes improvisados y hasta una hoja vertical de madera perforada con clavijas y abrazaderas para colgar los suministros y herramientas que ambos empleaban. Por todas partes había pinturas terminadas y sin terminar: apoyadas contra los muebles, colocadas en montones desarreglados o expuestas en la única pared que a los artistas les había parecido correcta para mostrar su obra, como en una galería.

—Ya no pinto platos —me dijo Ruth-Claire la noche siguiente de mi visita a Bilker—. Ahora sigo una nueva dirección. ¿Quieres ver?

—Pues claro que sí.

Ruth-Claire me condujo hacia un montón de lienzos que había cerca de una mesa de trabajo compuesta por tres caballetes con un tablero de madera contrachapada encima. Los lienzos eran pequeños, algunos de metro por metro y medio, aunque la mayoría sólo tenía medio metro en su lado más largo. Ruth-Claire había usado pinturas acrílicas grises y desteñidas. No eran exactamente abstractos, pero tampoco eran reconociblemente figurativos: compartían la turbulenta ambigüedad con los lienzos más grandes y francos de Adán.

De hecho, a mí me pareció que las nuevas pinturas de Ruth-Claire eran como estudios preliminares de cuadros que todavía no hubiera ensayado en su forma final. Me asombró que ella los considerara como acabados y que me los mostrara con un irrefrenable entusiasmo. No supe qué decir. Por lo visto, las fotografías de M. K. Kander me habían dejado sin munición verbal con que expresar mi desconcierto. Aquí, sin embargo, había bien poca cosa que comentar: un fondo de color beige tenebroso —o verde— en el que nadaba una variedad de figuras anónimas.

—¿Qué te parece? —y, al darse cuenta de mi vacilación, añadió—. Vamos, Paul, comenta tu reacción con honestidad. Es la única que vale la pena considerar.

—Probablemente, la reacción honesta del propietario de un restaurante ni siquiera vale eso, Ruthie Ce.

—Oh, vamos, tienes un buen sentido para el arte.

—Líbrame del anzuelo.

—¿Quieres decir que no te gustan?

—Si yo hubiera pintado cosas como éstas con los dedos en la clase de cuarto grado de la escuela elemental de Tocqueville, la señora Stanley me habría dicho que no hacía sino desperdiciar papel. ¿Te parece eso lo bastante honesto?

Las aletas de la nariz de Ruth-Claire se dilataron como si alguien hubiera tirado repentinamente de una brida invisible. Pero se recuperó en seguida, y me preguntó por qué hubiera establecido un juicio tan duro la señora Stanley.

—Por andar... como buscando y enturbiando los colores.

—Esa calidad de turbio es algo deliberado, Paul.

Repliqué que, como consecuencia de ello, estos cuadros en particular parecían anémicos, pura charlatanería.

—Eso no es más que una desconsiderada primera impresión.

—Llevo mirándolos unos buenos cinco minutos.

—El parpadeo de un mosquito. Quizá necesites convivir con uno de ellos durante un tiempo. Elige el que menos detestes, o el que más, si quieres, y llévatelo a casa.

Suspiré audiblemente. Desde mi punto de vista, los lastimosos acrílicos de Ruth-Claire estaban destinados a un buen fuego. Hasta el arte rupestre paleolítico, el menor, antes que el mejor pulido de los ejemplos, dejaba en pañales a estas nebulosas ventanas al alma de mi ex esposa. En los casi diez años que la conocía, nunca había visto a Ruth-Claire hacer un trabajo menos desafiante o atractivo. Resultaba difícil creer que el hecho de convivir con uno de esos cuadros lograra aumentar mi aprecio por él o por cualquiera de los otros.

Empezó a explicarme qué era lo que trataba de hacer: liberar el trabajo de toda pretensión. Los colores brillantes tenían un atractivo directo y primitivo, que raras veces hacía intervenir el intelecto. Ella buscaba medios más sutiles de captar la atención de su público. Los artistas tenían que arriesgarse a alienarse a su público, no con la violencia, el sacrilegio o la pornografía, sino con aquello que no fuera familiar, con lo infravalorado, con lo ambiguo, con el objeto de «hacer lo nuevo». Los espectadores con paciencia y suficiente amplitud de miras como para superar sus primeras reacciones negativas se darían cuenta de lo que ella trataba de hacer.

—Pero ¿y si los cuadros son malos, Ruth-Claire? ¿Sencillamente malos? ¿Banales, inexpresivos y feos?

—En tal caso, nunca te sentirás iluminado por ellos por mucho tiempo que los tengas colgados en tu casa, y tu negativa reacción primera habría quedado justificada... —no obstante, se apresuró a matizar la cuestión—. Naturalmente, es posible que seas daltónico, o sordo para los tonos del verdadero mérito de la obra.

—Reconozco el cerdo echado a perder apenas lo huelo. No tengo que comerlo para saber que está en malas condiciones.

—Un gourmet es un gourmet, una especie de cocinero menor glorificado. Un artista, en cambio, es un artista.

—Eso es presunción, Ruth-Claire. Una presunción realmente nauseabunda.

Ella me besó en la mejilla.

—¿Te has dado cuenta de lo pequeños que son?

—Un punto a su favor.

—Es otra forma de liberarlos de pretensiones —dijo, ignorando mi cinismo—. A Rothko le gustaban los cuadros grandes porque el espectador tenía que meterse dentro de ellos y participar casi físicamente de su energía y su movimiento. Bueno, yo quiero que el espectador paciente entre intelectualmente en estos cuadros, Paul, no de la forma clínica que exige, por ejemplo, un Mondrian, sino con la forma espiritual que exige una decisión de fe.

—Eso es inteligente. ¿Pretendes que el espectador reconozca el mérito de estos cuadros como un acto de fe?

—A esta serie la he titulado *Almas*, Paul.

—Algo que, evidentemente, lo explica todo.

Aunque de buen humor, Ruth-Claire decidió en ese momento dar por terminada la discusión. Nunca habíamos estado tan enfrentados en cuanto a su arte, y los desacuerdos sobre el tema nunca habían ejercido menos efecto sobre nuestra buena opinión del otro. Era extraño.

—Vayamos a ver a Adán —dijo ella.

Aquella tarde salí del hospital llevándome al P. P. conmigo, para permitir que Adán y Ruth-Claire pudieran estar un rato a solas. Nos encaminamos hacia un restaurante recientemente ampliado y remodelado llamado Everybody's: servía cerveza, bocadillos, pizza, ensaladas y pasta en un ambiente distendido y relajado, perfectamente adecuado para conectar con una clientela predominantemente universitaria.

Pedí una cerveza y una hamburguesa de queso con tocino para mí, y una Coca y una hamburguesa de queso para mi pupilo temporal. El P. P. permaneció sentado sobre una silla infantil con respaldo acolchado, y dejamos transcurrir cuarenta o cuarenta y cinco minutos dedicados a comer y mirar a la gente. El tráfico atestaba la colina en North Decatur Road, las ardillas se desparramaban sobre el humedecido *campus* al otro lado de la calle, y las palomas de cuello esmeralda se contoneaban por la acera. Me sentía relajado y cómodo, casi a punto de adormilarme. De haber mirado fijamente la cerveza durante más tiempo, quizá habría terminado por hacerlo...

Alguien estaba de pie al lado del P. P., bajo las luces en ángulo del techo del restaurante. Estuve a punto de derramar la cerveza al reaccionar ante la presencia de la persona extraña. Sin embargo, antes de que pudiera levantarme, la mujer se sentó en la silla situada frente a mí.

—Hola, señor Loyd —me saludó—. Le he reconocido por la fotografía de los periódicos. Pero la presencia del niño me ha ayudado; eso me ha hecho mirar dos veces. De otro modo, podría haber pasado de largo.

—Otro tributo a mi magnetismo personal.

La mujer mostraba una expresión de amigable diversión. Calculé que debía de tener poco más de treinta años, y que se encontraba por tanto casi fuera del ámbito de mis afectos serios. Aunque delgada y alta, no llegaba a tener un aspecto anguloso. Llevaba un collar chapado en oro que parecía estar compuesto por docenas de minúsculas y brillantes charnelas; unos pendientes elásticos de color ámbar enmarcaban su agradable rostro. Cruzó sus largos brazos sobre la mesa y el ámbar captó el brillo evanescente de las diminutas charnelas de su cuello.

—Me llamo Caroline Hanna —se presentó.

Intenté recordar de dónde me sonaba familiar su nombre.

—Ya ha oído hablar antes de mí, señor Loyd. Una vez, ante la insistencia de Brian Nollinger, tomó usted unas fotos de Adán. Brian me mostró esas fotografías, y fui yo quien le dio la pista para investigar en la isla de Montaraz como posible punto de origen de Adán.

—Nollinger —repetí, torpemente.

—No le cae muy bien, ¿verdad?

—En mi opinión, no es más que un bobo de primera.

—Eso no es enteramente justo —dijo Caroline Hanna, sin inmutarse.

—Estoy seguro de que no lo es. Pero la amabilidad que haya podido demostrar con usted, o con su anciana madre, no le absuelve de la porquería que dejó caer sobre mi ex esposa. Eso no justifica el que abusara de mi hospitalidad en Beulah Fork. Ese hombre puede ser la nobleza personificada para las tres cuartas partes de sus conocidos, pero si todo lo que me muestra a mí es su espalda llena de granos, bueno, señorita Hanna, por eso es por lo que yo voy a juzgarlo —ella me miraba como si yo fuera un oso enfermo del zoológico de Atlanta—. La he llamado señorita Hanna, ¿verdad? Probablemente es *doctora* Hanna.

—Llámeme Caroline.

—Paul —dije, al tiempo que me señalaba el pecho con el pulgar—. En cualquier caso, siento decir que nuestro amigo Nollinger tuvo incluso las agallas para pedirles dinero a Ruth-Claire y Adán, el pasado mes de febrero. Necesitaba fondos para alguna clase de trabajo de campo que deseaba realizar en alguna parte.

—Acudió para disculparse.

—Ostensiblemente. Incluso llegó a decirlo así...; pero luego empezó a hablar de un mono que pintaba en Inglaterra.

Caroline Hanna sacudió la cabeza con tristeza.

—Ese es Brian, no cabe la menor duda.

—¿Qué puedo hacer por usted? ¿Quiere tomar una cerveza?

Ella rechazó la invitación y dijo que sólo deseaba echarle un vistazo al P. P. desde más cerca —“que era una dulzura”—, así como presentarse ante el hombre que había implicado a Brian en el mayor acontecimiento de la ciencia evolutiva desde la publicación de *El origen de las especies*, de Darwin. Se sentía contenta de haber contribuido, aunque fuera en pequeña escala, a desenmarañar el misterio de los orígenes de los habilinos de la isla de Montaraz. También sentía una cierta y extraña afinidad conmigo, pues cada uno de los dos había jugado un papel periférico importante en todo el asunto. Naturalmente, se apresuró a añadir, su actuación había sido mucho más periférica que la mía, pero simpatizaba con la confusión de sentimientos conflictivos que debía de experimentar una persona en mi posición. ¿Acaso no arrojó ella misma el peligro de cambios dolorosos?

—¿Como cuáles? —pregunté, siempre diplomático.

Se disculpó por haber planteado la pregunta.

—No trataba de pescar una oportunidad para catalogarlos, de veras.

—Usted no tiene que catalogar nada. Sólo cuénteme el más doloroso de sus cambios. Es posible que le siente bien.

Caroline se quedó pensativa un momento antes de hablar.

—Brian abandonó Emory en el mes de junio. Dimitió de su puesto en el departamento de Antropología y se marchó, sin decirme nada. No hubo juego sucio, compéndalo. Lo hizo saber a sus compañeros de departamento. Simplemente, no le pareció adecuado darme a conocer sus planes.

—¿Algún otro puesto de enseñanza o de investigación en otra parte?

—No, al menos por lo que me dijo el jefe del departamento. Brian le dijo que se iba a tomar un año sabático y que se marchaba al extranjero.

—Siempre podría visitar a Alistair Patrick Blair en Zarakal —Caroline sonrió débilmente, y yo añadí—. Las mujeres seguras de sí mismas lo asustan. La falta de una despedida es

excelente prueba de ello. Es lo que mi madre habría llamado un caradura.

—Quizá ella hubiera tenido todo el derecho, pero yo no soy su madre.

Levanté mi jarra de cerveza hacia Caroline, en un brindis.

—Amén por eso —bebí, y dejé la jarra sobre la mesa—. Pero, ¿qué más? Seguramente, el haberse librado del mayor consumidor de drogas experimentales en primates en ese puesto rural no concluirá la lista de sus aflicciones.

—Sabe que su actitud está fuera de lugar, ¿verdad?

—Lo sé. No puedo evitar mis sentimientos con respecto a ese... Brian. Vamos, cuénteme algo que despierte mis simpatías por él.

Ella empezó a levantarse.

—Discúlpeme por haberle abordado así, a usted y a su ahijado, señor Loyd. Tengo trabajo que hacer.

—Por favor —le rogué, al tiempo que ponía mi mano sobre su muñeca—. Una oportunidad más. Un ejemplo más de su catálogo de preocupaciones. Y no volveré a comportarme como un bastardo sarcástico, se lo prometo.

—No, no lo hará —dijo Caroline, más calmada—. A ver qué le parece esto: la situación de los detenidos cubanos en la penitenciaría de Atlanta me tiene muy preocupada. Algunos de ellos merecen estar en prisión. Pero otros se merecen la libertad, y hasta ahora han sido inútiles todos mis esfuerzos por conseguir algunas liberaciones. ¿Qué le parece? ¿Le gusta ese ejemplo?

—Simpatizo con él.

—Estúpido idealista —dijo ella, con suave sonrisa—. Me marchó.

—¿No quiere saber qué hago aquí, con el P. P?

—¿El P. P. es el niño? No, no lo quiero saber. No es asunto mío, y nada de lo que a mí concierne es tampoco asunto suyo.

Hizo nuevamente ademán de levantarse.

—Déme entonces su dirección. Es posible que tengamos la oportunidad de volver a definir los límites de los asuntos del otro.

Apresurada, garabateó un número en la esquina de una servilleta de papel.

—Aquí tiene un número de teléfono. Y ahora, realmente tengo cosas que hacer.

El P. P, que durante la conversación la había mirado fijamente, casi con una arrobadora adoración, reaccionó a su movimiento de abandonarnos extendiéndose hacia adelante y derribando su bebida. Me apresuré a recoger servilletas de papel con las que limpiar el líquido. Para poder hacerlo mejor, aparté la silla del P. P.

—¿Necesita ayuda? —preguntó Caroline.

—No, no, ya lo tengo. Pero ¿se ha dado cuenta? El pequeño bribón se ha quedado prendado de usted, como yo.

—¡Silencio! Esto es embarazoso —dijo ella en voz baja, y miró a su alrededor; había varias personas mirándonos.

—¿Haber derribado el vaso? No. Estas cosas suceden continuamente con niños de su edad; no hay nada de embarazoso en ello. La gente suele hacer concesiones.

—No es eso a lo que me refiero, y usted lo sabe —retrocedió uno o dos pasos—. Sin embargo, no me importaría que me llamara, en absoluto.

Y antes de que yo pudiera decir nada más, ya se había marchado.

Un joven con el cabello enmarañado y un delantal largo me ayudó a terminar de limpiar la

mesa y luego volví a sentarme. Durante los quince o veinte minutos que había permanecido sentada en nuestra mesa, Caroline Hanna me había afectado de la forma poderosa e irracional con la que a veces colisionan entre sí los adolescentes de ambos sexos. Notaba el pulso hasta en la garganta, y una capa de sudor extendida sobre las palmas de mis manos ponía en peligro mi capacidad para sujetar con firmeza la jarra de cerveza. Qué poco adulto, pensé. Qué inmaduro. Dentro de unos años cumpliría los cincuenta y aquí estaba, rindiéndome y, de hecho, estimulando la clase de acometida hormonal que impulsa a los imberbes candidatos a ingresar en la escuela superior a gritar extasiados bajo las duchas. Desde Ruth-Claire nadie me había hecho sentir de ese modo; ni siquiera Molly Kingsbury.

Más tarde, después de haber pagado la cuenta, el P. P. y yo regresamos al hospital.

De regreso a la habitación de Adán, Ruth-Claire me dijo que David Blau nos había invitado a acompañarle, a él y a su esposa Evelyn, a un club nocturno cerca del campus de la Universidad Tecnológica de Georgia. El club —llamado Perturbaciones Sinusoidales— se encontraba en un estrecho callejón perpendicular a la calle Spring. Su atractivo principal era la música en vivo, pero también presentaba varios «artistas de la actuación» vanguardista, aunque sólo los viernes. Esos artistas empleaban la música, la proyección de imágenes, el maquillaje, la palabra y una variedad de extrañas coreografías para efectuar declaraciones sobre el arte y la vida. David estaba muy bien considerado entre los artistas que habían dado a Perturbaciones Sinusoidales su fama como escenario nocturno líder de la nueva ola de Atlanta. Su grupo —compuesto casi exclusivamente por gente de Abraxas— constituiría el acto principal de este viernes por la noche. Por eso quería que Ruth-Claire y yo asistiéramos.

—¿Y qué pasa con Adán? —pregunté.

Pero el habilíno mecanografió: «Estaré bien. Mañana ya me quitan los vendajes. Me quedo a descansar y leer».

—¿Puedo llevar conmigo a una amiga?

—¿Una amiga? —preguntó Ruth-Claire, sorprendida.

—En efecto, una mujer.

—Sí, suponía que no te referirías a una pasa con dos piernas. Sólo que no sabía que conocieras por aquí a alguien.

—Cada noche que he pasado en tu casa me he descolgado de mi cuarto mediante una cuerda de sábanas atadas. De ese modo he podido conocer a mucha gente.

—Bueno, es muy extraño que Bilker no te haya matado. ¿Cómo se llama?

—Caroline Hanna.

Tal como había hecho yo, Ruth-Claire se esforzó por localizar ese nombre en su fichero mental de amigos, conocidos y demás. Yo dejé que se esforzara; salí de la habitación de Adán hacia un teléfono, busqué el número del departamento de Sociología, lo marqué y pedí que me pusieran con el despacho de la doctora Hanna.

Aunque asombrada por oírme tan pronto, ella aceptó mi invitación, y ofreció reunirse conmigo en casa de los Montaraz a las siete y media, si es que eso simplificaba nuestra primera cita. En ese momento, sin embargo, no disponía de tiempo para charlar. Había prometido a los estudiantes de su próxima clase que hoy tendría preparada un examen para ellos.

Ruth-Claire y yo abandonamos el hospital a las cinco y media, con el P. P. muerto para el mundo, sobre mi regazo. De regreso en la calle Hurt, Bilker surgió del garaje como un duende que abandonara la sombra de su puente peatonal para aterrorizar a un caminante. Con las manos en las caderas, mostraba una masa imponente a la luz del sol, y miraba furtivamente con malevolencia.

—Vamos a ir a la ciudad, Bilker —le dijo Ruth-Claire—. Todos nosotros. Pon a funcionar

las alarmas de seguridad, ciérralo todo bien y no te preocupes por el tráfico que haya por aquí. Le pediré a la policía del condado de Fulton que haga un par de rondas extra por el vecindario. Necesito un escolta, Bilker; el señor Loyd, mi ex esposo, ya tiene acompañante.

Incluso en el garaje, Bilker la miró malévolamente.

—¿A dónde vamos, señora?

—A Perturbaciones Sinusoidales. Ponte algo que te siente bien, ¿de acuerdo?

—Como para una visita al médico. De todos modos, ¿quién es el que tiene problemas de sinusitis, usted o...?

Y me señaló con el pulgar, incapaz de pronunciar mi nombre en voz alta.

—Ropa informal, Bilker. Esta noche no te preocupes por nada; sólo nos divertiremos.

Los Blau llegaron a las siete y media. David iba vestido como un pintor, no de los de la variedad de boina y paleta, sino de los que llevan escalera extensible y cubo. Su esposa Evelyn, aunque debía de tener por lo menos cuarenta años, llevaba un vestido de fiesta de muchacha y zapatos de marca, de cuero y con hebillas. Supuse que a los Blau les gustaban los disfraces.

Caroline Hanna, fiel a su palabra, apareció ante la casa a las siete y media, en un Volkswagen escarabajo de color azul. La ayudé a salir, y el muchacho joven que hay en mí respondió con aprobación a sus ropas aseadas y relativamente conservadoras. La falda era de color beige, sujeta con una cadena similar en diseño al collar de charnelas que todavía llevaba al cuello. El jersey tenía galones estilizados en sus mangas de tres cuartos, lo que le daba el aspecto de un sargento de la fuerza de la moda escandinava en ropa de faena. La acompañé hasta el porche para presentarle a los demás.

El P. P. (que nos acompañaría) estaba muy lindo, con pantalones cortos de color blanco y una camiseta, con corbata de lazo y nudo de polka pintada directamente sobre la tela. Extendió inmediatamente los brazos hacia Caroline, que lo tomó de manos de Bilker y empezó a hacerlo saltar en sus brazos. Bilker pareció sentirse aliviado. Después de charlar durante un rato, nos dividimos para conducir hasta Perturbaciones Sinusoidales. Los Blau subieron a su coche, y Bilker se puso al volante del Mercedes para conducirnos a todos los demás.

La acera situada frente al Perturbaciones Sinusoidales descendía en un ángulo tan pronunciado, que al pasar ante el local en busca de un lugar donde aparcar, me pregunté si los clientes tendrían que entrar en el club como ovejas que descendieran por una colina, esforzándose por no caer.

Nadie confundiría el destartado edificio de dos pisos con el Caesar's Palace**.

—¿Qué clase de público viene por aquí? —preguntó Caroline.

—David dice que se trata de una mezcla bastante extraña —contestó Ruth-Claire, con los brazos apoyados sobre el respaldo del asiento—. Estudiantes de tecnología, rockeros, punks, muchachos de la facultad de Artes de Atlanta. La mayoría de los que vienen a las actuaciones de los viernes pertenecen a este último grupo. Algunos de los punkies también los acompañan, pero los estudiantes de tecnología, al menos los hombres, tienen tendencia a perturbar las cosas.

—Es una pena.

—Oh, no es tan terrible. David no se molesta. Considera las perturbaciones como parte del espectáculo.

Bilker, obstaculizado por el tráfico en sus esfuerzos por encontrar aparcamiento, terminó por dejarnos delante del club nocturno. Un muchacho —con un imperdible de gran tamaño atravesándole la mejilla— le abrió la puerta delantera del local a Caroline, que se había hecho

* Principal casino y salón de espectáculos de Las Vegas, de ostentosa arquitectura. (Nota del revisor)

cargo del P. P. La puerta era una plancha de roble pintada, con una ventana rectangular de cristal ámbar que representaba el dibujo de la curva de un seno grabado en un espectral color carmesí. Le di las gracias al muchacho por su amabilidad y él me respondió, casi como si fuéramos genuinamente humanos:

—Bienvenidos.

Luego la puerta se cerró tras nosotros y la oscuridad descendió sobre nuestro grupo, que avanzó tambaleante, como si se acabara de cerrar la tapa de un ataúd.

—Criminal —murmuré.

Pero Ruth-Claire me tomó del brazo y nos dirigió a mí y a Caroline hacia una cabina de la que emanaba un resplandor rojizo. Nos encontramos en una especie de vestíbulo, y ante la cabina compré cuatro entradas a una mujer que vestía vaqueros cortados y una holgada camiseta de manga corta, lo que —después del punky que habíamos encontrado en la puerta— no era sino un parangón de la normalidad del estadounidense medio.

Avanzamos unos pocos pasos más por el rellano de hormigón, ya al otro lado del estrecho vestíbulo; unos escalones también de hormigón descendían desde el rellano al piso, situado a unos cuatro metros por debajo de nosotros, o bien se podía avanzar a lo largo de la pared exterior de la cabina hacia un entresuelo, que se proyectaba desde la pared del bistró, paralela a la carretera interestatal del exterior. Sillas y mesas redondas atestaban tanto el entresuelo como el piso principal inferior, y casi todos los muebles tenían aspecto de hierro forjado radiactivo.

Por encima del nivel del entresuelo, en la parte superior de la colina que ocupaba el club, había una cabina de control que alojaba al principal discjockey de Perturbaciones Sinusoidales. La cabina tenía ventanas de plexiglás color champaña y un gran reflector que emitía fugaces destellos de luz blanca y azul por todo el interior, de donde surgía una música estridente. Por debajo de nosotros, empujándose mutuamente en medio de esta tormenta de ruido, se movía frenéticamente una multitud de humanos que parecían espectros condenados.

El P. P. estaba tan despierto, alerta y horrorizado como yo mismo. Se agarraba a Caroline como si temiera que ella pudiera arrojarlo en cualquier momento por encima de la barandilla que descendía hacia el caos cobalto del pozo. Ruth-Claire señaló una mesa situada en el extremo más alejado del club, cerca de la pasarela del escenario que se proyectaba hacia adelante, sobre la que esta noche actuarían los actores en vivo, y nos dijo que David la había reservado para nosotros.

—¿Dónde se ha metido él? —pregunté.

—Entre bastidores, con Evelyn. Lo están preparando todo. Probablemente tardarán unos treinta minutos en reunirse con nosotros.

Un trío de dudosos humanoides se abrió paso entre nosotros, escalera abajo. Una de ellas me codeó por la espalda —su peinado era como el *très chic*** del equipo de fray Tuck, de la banda de Robin Hood, o como el de Bozo el payaso— pero se apresuró a darse media vuelta y pedirme disculpas.

—No importa —le dije, sorprendido por lo intenso de su ansiedad—. De todos modos, ese riñón nunca ha funcionado muy bien.

—¡Oh, no! ¡Realmente le he hecho daño!

Tuve que asegurarle que me encontraba muy bien, y que la alusión a mi riñón incapacitado sólo había tenido intención de ser una broma. Pero incluso mientras se retiraba, la muchacha siguió disculpándose, y Ruth-Claire y Caroline no tardaron en echarse a reír.

—¿A qué demonios viene todo esto? —les pregunté.

—No, no es por nada —contestó Ruth-Claire—. David asegura que ésta es la única parte del país donde los punkies no se olvidan de decir “por favor” y “gracias”. Es una cuestión

**très chic*: en francés, muy moderno, muy original. (Nota del revisor)

cultural. Los punkies de Atlanta son amables.

—¿Todos ellos?

—Bueno, muchos de ellos. Esa joven, al menos, parecía tratar de compensar por los que no lo son.

Caroline desplazó al P. P. de una cadera a la otra; el niño movía un puño al compás de la música y sacudía salvajemente la cabeza, la clase de acciones repetitivas que agotan a la persona que lo sostiene. Ruth-Claire se dio cuenta y tomó al P. P. en sus brazos. Esperamos un rato más en el rellano, hasta que Bilker apareció tambaleante detrás de nosotros. Su modo de andar parecía diseñado para intimidar a cualquiera que desaprobara su corbata de lazo o su franco desprecio por Perturbaciones Sinusoidales. Llevaba —yo lo sabía muy bien— su Ruger debajo de la chaqueta color canela, cuya espalda marrón se abría ocasionalmente por los cortes, como las agallas de un róbalo que abriera la boca. De servicio. Preparado para la acción. Anticipándose al calor del combate.

Un poco melodramático, volví a pensar. Bilker parecía verse a sí mismo como una especie de Rooster Cogburn en sus últimos tiempos, lanzado a la carga él solito para exterminar a los malos de la película.

Una vez en el piso principal me di cuenta de que algunos de los clientes del club no eran punkies extravagantes, sino hombres y mujeres jóvenes e inteligentes en edad estudiantil. Probablemente yo era el cliente más viejo del lugar. Me sentía un poco más cómodo aquí, entre muchachos que llevaban ropas más aseadas y a la moda, pero no pasaba de ser una especie de reliquia entre todos estos bebés biónico-espaciales.

Entonces la música se detuvo, y Bilker admitió que lo único más ruidoso que había oído nunca había sido un ataque de morteros lanzado contra sus barracones, cerca de Da Nang, desde el atardecer hasta el amanecer. Era aficionado a la música country, devoto de las interpretaciones nada disparatadas de Roy Acuff y George Jones; grupos como los Oak Ridge Boys y Alabama le producían acidez estomacal. El primero interpretaba demasiadas canciones lindas, y en cuanto a los segundos, que Dios acogiera sus almas, los había visto actuar en un festival de música country llevando pantalones cortos. ¡Pantalones cortos, por el amor de Dios! Eso quizá estuviera bien para una comida campestre, pero no para unos hombres maduros que se ganaban la vida delante del público.

Esta fue la ocasión en que más le oí hablar a Bilker. Durante toda su perorata sostuve la mano de Caroline, sujeta a mi rodilla por debajo del mantel.

Luego habló el disc jockey del club, y el sistema de sonido permitió que sus palabras reverberaran por encima de nuestras cabezas como una sirena articulada:

—¡Bienvenidos a otro de nuestros sábados de actuación libre en el Perturbaciones Sinusoidales, monstruos culturales! Llega a vosotros, desde su nube de plástico, la respuesta de Atlanta a esa dulzura de lengua plateada de la Casa Blanca: el bipartisano Bitsy Vardeman. El viejo Bitsy aliviará las tensiones entre burros y elefantes, entusiastas de la música y gatos más fríos, hombres y mujeres, parejas de heteros y de homos... ¡Que el Señor se apiade de todos vosotros! ¡Retorced vuestros queridos cuerpos y vuestras eternas AAAAAALMAS! — esta última palabra se extendió hasta formar cinco o seis sílabas y alcanzar la agudeza del silbato de un tren de mercancías.

El telón del escenario se abrió en dos y la melodía Moog de un antiguo conjunto estándar con latido de rock fusión empezó a recorrer de un lado a otro el local. De repente, siete chicas muy bien dotadas saltaron a la vista vestidas con bodies y empezaron a mover las cabezas, a hacer girar los brazos y, aparentemente, a realizar todos los esfuerzos posibles por desencajarse la pelvis.

—Preparaos, monstruos culturales —gritó Bitsy Vardeman desde lo alto—. Preparaos para un poco de impresionante boola-boola del provocativo y sensual cuerpo de ballet del mismísimo Ess Dee, las Bailarinas de la Ola Impermanente.

Las Bailarinas de la Ola Impermanente efectuaron veinte minutos de gimnásticos saltos,

brincos y encogimientos de nalgas al son de una música rock progresivamente más fuerte. Bilker Moody las observaba con la misma frialdad clínica con que un oficial de policía pudiera observar una lucha entre matones. El P. P. palmetaba las manos entusiasmado. La actitud de Caroline era algo más difícil de dilucidar, quizá una especie de desconfiado asombro.

—David detesta esto —nos gritó Ruth-Claire—, pero es lo único que consigue reunir una multitud tan grande los viernes, dispuesta a pagar tres dólares de entrada para cubrir los gastos de una sesión de arte interpretativo.

Finalmente, tras una estridente eternidad, las bailarinas se marcharon y el bipartisano Bitsy Vardeman anunció:

—Muy bien, querido público. Aquí está esta noche, desde Abraxas, el Salón de los Milagros y los Espejismos de Atlanta, ¡David Blau y la Rebelión azul-azul! ¡Un aplauso para ellos, monstruos culturales! ¡Un aplauso ahora!

Los aplausos fueron escasos, y persistió la oscuridad que se había hecho en el local tras la partida de las bailarinas. Algunos de los estudiantes que estaban cerca de nosotros empezaron a removerse inquietos.

Finalmente, la voz de David Blau resonó con fuerza por detrás del telón de lantejuelas:

—¡Hágase la luz!

Servicialmente, Vardeman dirigió un foco de luz hacia el telón, que se abrió para revelar una enorme lona negra, suspendida como si fuera la pantalla de un cine, y situada al fondo del escenario. Blau, con su vestimenta de pintor de brocha gorda, avanzó desde el fondo, se detuvo al borde de la pasarela que se proyectaba y miró con expresión conmovedora por encima de las cabezas del público.

—Y Adán conoció a Eva —declaró con tonos escénicos—. Y la conoció, y la conoció, y la conoció. Y las generaciones de Adán empezaron a evolucionar. Evolucionaron, amigos míos, hacia las numerosas semejanzas de Dios que ahora veis sentadas ante las mesas que os rodean.

Un apagón inesperado.

En medio de esta oscuridad, todos los presentes en Perturbaciones Sinusoidales pudimos oír sonidos de algo que rodaba apresurada pero eficientemente.

Luego, las luces del escenario se encendieron y pudimos ver a un grupo de figuras de cartón bidimensionales sobre ruedas, alineado delante de la lona. Cada recorte mostraba a un representante de cinco especies homínidas primitivas y diferentes. Las figuras de la izquierda tenían un aspecto más notablemente parecido a los monos que las figuras de la derecha, aunque, de una forma un tanto anómala, era la figura del centro la que mostraba un físico más bruto. Lo más extraño de los recortes de cartulina era que, a través de agujeros que correspondían a las bocas de las figuras, colgaban globos azules flácidos.

De repente los cinco globos se hincharon, ocultando los rostros pintados que había tras ellos, y cada globo se agitó contra la cabeza de su recorte, como si anhelara escapar hacia el cielo. Debido a la evidente desnudez frontal de los cinco homínidos, fue una vista especialmente ridícula, y muchos de los jóvenes que nos rodeaban empezaron a reírse disimuladamente.

Un hombre de ascendencia oriental surgió desde detrás de la figura situada en el extremo izquierdo.

—Australopitecus afarensis —dijo.

En cuanto hubo hablado, volvió a situarse detrás de su recorte, y el globo que ocultaba su rostro flotó hacia arriba, hasta elevarse poco más de un metro, y quedar detenido por el hilo que lo sujetaba.

La cabeza de Pam Sorrells apareció por encima de la segunda figura de la hilera.

—Australopitecus africanus —dijo.

Su globo también se elevó hacia el techo, y se detuvo a unos treinta centímetros por encima del globo del recorte del A. afarensis.

Luego, David Blau se asomó maliciosamente por detrás de la tercera figura.

—Australopitecus robustus —dijo.

El globo sujeto a su recorte —el de construcción más masiva de los cinco— sólo ascendió poco más de unos treinta centímetros. La incongruencia del breve ascenso del globo, después de que el público hubiera sido inducido a esperar algo más, provocó risas, lo mismo que la semejanza de la criatura a un gorila desproporcionadamente bajo y semidesnudo.

Evelyn Blau surgió desde detrás de la cuarta figura, que mostraba una extraña y evidentemente deliberada similitud con el hospitalizado esposo de Ruth-Claire.

—Homo habilis —dijo Evelyn, con voz clara.

El globo lleno de helio situado delante de su recorte se elevó a una altura de unos dos metros.

Luego, un hombre negro vestido con un mono de pintor, un joven artista con un estudio en Abraxas, salió desde detrás del último recorte.

—Homo erectus —anunció.

El globo que pertenecía a esta criatura, la más alta y de aspecto más humano del conjunto, flotó hacia arriba, hasta una altura unos treinta centímetros superior a la del habilino. Luego, el hombre negro se adelantó hacia la visera del escenario, miró al público, abrió los brazos y dijo con un tono de voz altivo y sardónico:

—Homo sapiens sapiens.

El hombre sabio sabio. La culminación del plan evolutivo de Dios.

De un bolsillo del mono, el hombre extrajo una pistola de perdigones. Esta acción hizo que Bilker Moody se llevara la mano hacia la sobaquera que llevaba bajo la chaqueta, pero Ruth-Claire se apresuró a darle unas palmaditas en la muñeca y a negar con un gesto de la cabeza. Mientras tanto, el artista de la pistola de perdigones se volvió hacia los recortes, apuntó el arma e hizo un disparo que explotó el globo perteneciente a A. afarensis. El asistente humano del recorte lo hizo rodar y lo sacó del escenario. A continuación, el impasible hombre negro disparó e hizo explotar los globos de los restantes recortes homínidos, esperando a disparar contra el siguiente globo el tiempo suficiente para que la persona que había tras cada figura pudiera retirarse entre bastidores. Cuando hubo terminado, se guardó el arma en el bolsillo, se dirigió hacia el recorte del Homo erectus, y condujo el último recorte de los homínidos extinguidos hacia los bastidores, como si empujara un carrito de venta ambulante en Manhattan.

Se apagaron las luces.

Un extraño silencio se apoderó del público asistente. Entonces, alguien, ¿quizá un jugador de fútbol de la facultad de Tecnología?, gritó en voz alta:

—¿Qué demonios se supone que significa esto?

Otros, desde sus mesas, empezaron a emitir abucheos, con un estruendo que se extendió como una marejada desde un extremo al otro del local. Sin embargo, algunos de los estudiantes de arte que estaban sentados cerca de nosotros se pusieron en pie y aplaudieron y gritaron:

—¡Bravo! ¡Bravo!

Bitsy Vardeman evitó que se iniciara una pelea al poner un popular disco de las hermanas Sledge, *Somos una familia**, un éxito de antes de que Adán llegara a la granja Paraíso.

* Ya mencionado en nota anterior. (Nota del revisor)

Muchos de los presentes empezaron a aplaudir, cantar y moverse alrededor de las mesas.

Las luces del local se encendieron por completo y los cinco miembros de Rebelión azul-azul aparecieron de pie sobre el escenario, cada uno de ellos sosteniendo un grupo de diez o quince globos más ligeros que el aire. David, Evelyn y sus compañeros empezaron a distribuir los globos a diversas personas entre el público, a llamar a otras para que se acercaran al escenario o a recorrer la pasarela para entregar los globos.

El P. P. se levantó en el regazo de Ruth-Claire y extendió un brazo para recoger un globo. Me di cuenta de que Pam Sorrells avanzaba por la pasarela hacia nosotros, mientras las hermanas Sledge continuaban cantando su repetitivo tema. Ahora, docenas de personas se adelantaban para interceptar a Pam.

—Recordad —gritaba ella, por encima de la música— que no debéis tomar uno a menos que creáis...

—¿Creer qué? —preguntó un estudiante.

—¡A menos que creáis que sois inmortales! ¡Y si aceptáis uno, no debéis hacerlo estallar!

—¿Por qué diablos no? —gritó el mismo joven, que se había abierto paso hasta el extremo de la pasarela.

—Porque si lo dejáis estallar moriréis —contestó Pam.

—Oh, vamos, ya está bien.

—Esta es tu alma —explicó Pam pacientemente—. Si la dejas estallar, morirás en el término de tres días.

—¡Y una mierda!

David Blau se acercó al extremo de la pasarela, levantó su grupo de globos y dijo a todos los presentes:

—Esto no es una mierda. El que acepte uno de éstos, pero no logre cuidarlo y lo deje estallar, bueno..., morirá casi inmediatamente. Seréis barridos por el viento como si nunca hubierais existido.

La teatralidad de sus palabras no les privaron de efecto. Antes al contrario. Algunos de los que se habían acercado a recoger los globos parecieron sentirse claramente asustados. David había expresado una fórmula, y la fórmula produjo el efecto deseado: una explosión de duda supersticiosa entre personas que normalmente se enorgullecían de ser duras y pragmáticas. Hasta yo mismo me encontré creyendo en la extraña fórmula de David. Algunas personas se retiraron, mientras que otras se adelantaron para ocupar sus lugares.

El P. P., en cambio, no tenía la menor duda. Deseaba un globo.

—Un —exclamó, casi a punto de caer de los brazos de Ruth-Claire—. Un, un, un.

—Ve a conseguirle uno —me pidió Caroline Hanna.

Pam Sorrells ya casi se había desprendido de todos sus globos, mientras que el hombre negro que había hecho estallar las almas de los homínidos de cartulina se encontraba al otro lado de la pasarela, entregando los suyos.

—Está bien —asintió Ruth-Claire—. Bilker, consíguele un globo al pequeño.

—No, señora. Yo tengo otro trabajo que hacer.

—Entonces lo haré yo —dijo Caroline.

—Te darán con un codo en los labios —le advertí.

Casi milagrosamente, una punky sin cejas y con un algodonoso cabello blanco apareció junto a nuestra mesa. Era una criatura frágil, con un chaleco atado con un cordón a través del diafragma. Extendió los brazos hacia el P. P, que se entregó a ella como si fuera una vieja amiga en quien pudiera confiar totalmente. Ruth-Claire entregó el niño a la recién llegada

tanto para aliviar la presión de sus brazos, como para complacer al P. P.

—Yo le traeré un globo —dijo la muchacha, arrastrando las palabras y guiñando un ojo por mirar a tan corta distancia a mi ahijado—. Un amigo mío ya ha conseguido uno. No lo quiere. Se lo daré al pequeño. Vuelvo en seguida.

Hablaba como si tuviera la boca llena de palomitas de maíz.

Medio estupefactos por la sorpresa, y medio agradecidos porque satisficiera al P. P, la vimos retroceder para recoger el globo de su amigo. Apenas si pareció mover los pies.

Entonces, de pronto, Bilker despertó.

—¡Eh, un momento!

—Creo que está bien —le dijo Ruth-Claire dubitativamente—. Parecía familiar. Le dará un globo a Paulie y lo volverá a traer de mejor humor.

—Será mejor que vaya tras ella —dijo Bilker.

Hubo algo en mí que se puso tardíamente alerta ante lo extraño de la situación.

—Mire, Bilker, quédese usted con Ruth-Claire y Caroline. Yo iré tras ella.

—¿Qué ocurre? —me preguntó Caroline, al tiempo que me agarraba del brazo.

La gente que se encontraba cerca del extremo de la pasarela se tragó a la muchacha del cabello blanco, y los globos que flotaban por encima de la multitud no eran puntos de referencia más útiles que las nubes.

—Creo que la conozco —dije, liberando mi brazo—. Eso es lo malo de esto.

Pasé rápidamente junto a Bilker, tropecé con un estudiante que se dirigía hacia el escenario, me escabullí por entre un hueco y, con el corazón latiéndome ya con fuerza, rodeé el extremo de la pasarela.

Los focos de luz continuaban recorriendo el interior del club y por detrás de mí oí el grito angustiado de Ruth-Claire.

—¡Paulie!

Más allá de la pasarela me encontré ante un espacio abierto, pero el P. P. y su secuestradora ya habían desaparecido. Podrían haber seguido cualquiera de cuatro o cinco direcciones distintas, pero yo me dirigí hacia la salida más cercana, una pesada puerta situada en el extremo más alejado, a la izquierda del escenario. La abrí de sopetón y me encontré ante el bullicio y el ajetreo intimidantes de la carretera.

Un automóvil descendía la colina y pasaba por delante de la puerta principal del club, pero me resultó difícil creer que la punky hubiera atravesado corriendo el callejón y subido a aquel vehículo en no más tiempo del que había podido disponer. Regresé al interior del local y dejé que la puerta se cerrara con un silbido de sus muelles neumáticos,

Bilker estaba a mi lado.

—¿Se ha marchado?

La mirada de impotencia que le dirigí fue toda la respuesta que necesitó.

—¡Mierda! —exclamó—. Esto es un secuestro. Un maldito secuestro.

—Quizá no. Este lugar es como una casa de locos. Podría aparecer de nuevo en un par de minutos.

—Sí —dijo Bilker—. Y los jodidos rusos podrían decidir mañana el desarme unilateral —con la mano en el interior de la chaqueta, registró con la mirada la multitud, en busca de un rostro entre un mosaico móvil de rostros—. ¡Condenado cerebro de asno!

—Si yo tengo un cerebro de asno, usted es su trasero. Dejó que Ruth-Claire entregara al niño.

Bilker me dirigió una mirada de malevolente desprecio.

—¿Quién ha dicho que me refería a usted?

Alguien había raptado al Pequeño Paul y nosotros nos dedicábamos a discutir sobre una cuestión sin importancia. Hasta Bilker lo comprendió así. Me agarró por el brazo y me arrastró de regreso a la mesa donde Ruth-Claire y Caroline nos esperaban. El P. P. podía estar perdido (por el momento, aunque no para bien), pero no tenía la intención de agravar su fracaso permitiendo que alguien secuestrara también a Ruth-Claire.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Qué está sucediendo? —preguntaron las mujeres, casi al unísono.

Bilker murmuró algo acerca de que habíamos perdido el rastro de la joven, y Ruth-Claire, cuya mirada se desplazaba alternativamente del guardaespaldas a mí, me agarró por las solapas de la chaqueta.

—Sabes quién era, ¿verdad?

—Quizá esté equivocado —dije—, pero creo que era Nancy. Con las cejas depiladas y la cabeza parcialmente afeitada. Ya sabes a quién me refiero, a Nancy Teavers. La esposa de Elvis.

Bilker se pasó la siguiente media hora lanzado a la carga entre la multitud que llenaba el Perturbaciones Sinusoidales, abordando a las personas para preguntarles si habían visto a una delgada joven con un niño pequeño de pantalones cortos. Llegó a entrar incluso en los lavabos —tanto de hombres como de mujeres— para identificar a sus asombrados ocupantes. Sus esfuerzos fueron infructuosos, pero siguió intentándolo, como si una obsesiva persistencia por su parte pudiera hacer reaparecer al P. P.

Llamé a la policía, que envió un coche patrulla y se puso en contacto con otras unidades distribuidas por la zona. Los policías uniformados que llegaron al club entrevistaron a Ruth-Claire, a Caroline y a mí, mientras Bilker continuaba con sus propias pesquisas.

El mayor de los dos policías fue el que se encargó de los interrogatorios. El nombre de su placa decía Crawford. Era un hombre bajo pero fuerte, con la frente arrugada por años de investigación y escepticismo profesional. Para poder escuchar nuestras respuestas, nos llevó hacia la acera del club nocturno. Su compañero, mientras tanto, descendió al pandemonium de Perturbaciones Sinusoidales para echar un vistazo en los lugares que Bilker no había registrado todavía.

Arriba, Crawford continuó con su interrogatorio.

—¿Dice que ella era camarera en su restaurante, en Beulah Fork?

—Lo fue de vez en cuando.

—¿Y por qué habría querido secuestrar al niño de los Montaraz, señor Loyd?

Le hablé a Crawford de la implicación del fallecido esposo de Nancy, E. L. Teavers, con el Ku Klux Klan. Le dije que Adán había arrojado a Teavers al fondo del pozo abandonado de un horno de ladrillos en el condado de Hothlepoya. Eso fue todo lo que necesité decirle para que Crawford recordara la historia, conocida por todos los policías de la ciudad y sheriffs de los condados de Georgia. Tomó nota.

—¿Cree que su motivación puede ser la venganza?

—No creo que esto lo planeara ella sola —contesté—. En el West Bank se comportó siempre como una muchacha dulce, entregada a su trabajo. Yo le caía bien, y también le gustaba Ruth-Claire. Creo que alguien la indujo.

—¿Quién?

—Craig Puddicombe, por decir un nombre.

—Oh, Dios —exclamó Ruth-Claire, apoyando su peso sobre mí—. Yo misma se lo

entregué a esa mujer. Se lo puse en sus brazos.

Empezó a llorar.

—En cierto modo —le dije—, reconociste a Nancy. Ella tomó al P. P. de tus manos, no fuiste tú quien se lo entregaste.

—Es como si se lo hubiera entregado. Habría dado lo mismo que lo hubiera metido en una caja y se lo hubiera enviado a su casa...

—Mira, has estado cuidando del P. P. durante toda la noche. El factor de reconocimiento subliminal te hizo confiar en esa mujer a pesar de su extraño peinado. Entablaste una cierta amistad con ella después de la muerte de su esposo y, desde luego, no esperabas que traicionara esa amistad.

—¡Yo no pensaba en nada de eso! —exclamó Ruth-Claire con frustración.

—Eso es precisamente lo que quiero decir. Todo eso actuaba en ti a nivel subconsciente. Así que deja de culparte a ti misma por la villanía de otra persona.

Crawford introdujo despacio el extremo del bolígrafo en el bloc de notas.

—Puddicombe desapareció después del asunto en el horno de ladrillos. Su fotografía ha sido distribuida por todas las oficinas de Correos del sudeste, pero nadie lo ha visto desde entonces.

—Nancy Teavers se ha visto con él.

—¿Qué le hace suponer tal cosa? —preguntó Crawford, mirándome por debajo de las arrugas de su frente—. Por lo que sabemos, señor Loyd, ese muchacho podría vivir en Acapulco.

—Por lo que sabemos, también podría estar sentado aquí mismo, en el Perturbaciones Sinusoidales, con un corte de pelo a lo *mohawk* y un imperdible atravesándole la mejilla. Nancy jamás habría planeado una cosa así por sí sola. Pero es posible que Puddicombe la haya convencido de que esa es la forma de pagarles a Ruth-Claire y a Adán por la muerte de E. L., aunque eso lo causara él mismo.

—Hay que decírselo a Adán —dijo Ruth-Claire—. Tiene que saberlo.

Clientes curiosos del club nocturno se habían reunido a nuestro alrededor para mirar y escuchar sobre la acera, como fantasmas surgidos del infierno. Finalmente, David y Evelyn Blau salieron del local y se abrieron paso entre todas aquellas extrañas figuras, seguidos por Bilker Moody y el compañero de Crawford.

Mireles, el segundo policía, se acercó a su jefe.

—La mujer que vende las entradas dice que la secuestradora, la punky que nos han descrito, empezó a aparecer por aquí los viernes hacia principios de junio.

—¿Sola? —preguntó Crawford.

—No está totalmente segura. Allí dentro está oscuro y la muchacha siempre pagó su propia entrada.

—¿Y sólo venía los viernes?

—La vendedora de entradas dice que sólo trabaja tres noches a la semana, lo que la ha ayudado a recordar que venía especialmente los viernes —Mireles echó un vistazo a su propio bloc de notas—. La única vez que la sospechosa habló, según la vendedora de entradas, fue cuando preguntó si los de Rebelión azul-azul iban a hacer una parodia.

—¿Una *parodia*? —preguntó David Blau, con repugnancia.

—Al descubrir que no iban a actuar —siguió diciendo Mireles—, ni siquiera se molestó en comprar la entrada y se marchó.

—Una fan —dijo Evelyn Blau—. Algunos son muy leales.

—¿Y vino sola? —insistió Crawford.

Mireles tenía un rostro delgado y cetrino, con unos ojos tan marrones como las pastas típicas de Hershey.

—Es como le he dicho, sargento. Ella al menos se cuidó de parecer que iba sola.

—He encontrado a un tipo que la ha visto con alguien —intervino Bilker.

Unas sirenas gimieron en la distancia. El tráfico de la cercana carretera y las notas bajas que retumbaban desde el club nocturno hacían que toda la colina se estremeciera como un parche de tambor.

—Uno de los tipos que no ha dejado de gritar durante todo el espectáculo —añadió Bilker—. Se preocupó cuando le dije lo que había sucedido con el pequeño Paulie. Dijo que la mujer que se lo llevó se sentaba a veces ante una mesa en compañía de un tipo con barba.

—¿Qué más? —preguntó Crawford.

—El tipo intentaba mantener una actitud fría, como un punky, pero no lo conseguía del todo, por el aspecto y todo eso. Botas y pantalones vaqueros, en lugar de zapatillas de tenis y pantalones con raya y rodilleras, como alguien con una jornada de ocho a cinco cuyo jefe pudiera echarle si se presentara en su puesto de trabajo vestido como un punky.

—Craig Puddicombe —dije.

—Tengo que ir con Adán —insistió Ruth-Claire, al tiempo que hundía las uñas en mi muñeca.

—Alguien tiene que regresar a su casa —dijo Crawford—. Esto es un secuestro. Es posible que haya una llamada telefónica. Ese es casi siempre el siguiente paso, la llamada telefónica.

—No si el motivo es la venganza —afirmó Ruth-Claire acalorada—. No si se lo llevan a cualquier parte y lo matan.

—No lo creo probable —dijo Crawford.

Le explicó que, habitualmente, un secuestro apuntaba a una motivación menos cruel, como la obtención de un rescate. Si los secuestradores de Paulie sólo hubieran querido matar al niño para castigar a sus padres, podrían haber disparado contra él emboscados. Podrían haberlo atropellado, a él y a sus cuidadores, con un coche. Incluso podrían haber instalado una bomba en el porche de su casa. En lugar de eso, habían cometido un delito que había exigido, por lo menos, un cierto conocimiento de los movimientos de la madre, unos disfraces y un subterfugio bastante complicados, mucha paciencia, y mucha suerte para abandonar el local. En esta noche, todo, incluido el confinamiento de Adán en el hospital, se había conjurado a favor de ellos. Incluso cabía la posibilidad de que la conjunción accidental de todos aquellos factores les hubiera proporcionado a la pareja una oportunidad irresistible para decidirse a actuar. Ahora, sin embargo, tratarían de conseguir dinero. Crawford puso en juego su reputación al considerar como inevitable la llamada telefónica exigiendo dinero, y explicó una secuencia de pasos que había que dar para entregar el rescate.

En ese momento intervino Caroline, que había sujetado el brazo de Ruth-Claire.

—No habla usted con toda claridad, sargento. ¿Cree que los secuestradores lo planearon todo con meticuloso detalle, o cree que tuvieron suerte y actuaron para aprovechar su principal oportunidad? A mí me parece que su motivación inicial fue la que determinó su comportamiento último.

—No hablo con toda claridad, joven, porque no puedo leer las mentes de los demás. Quizá lo planearon todo con meticuloso detalle para alguna otra noche, pero tuvieron suerte en esta noche y la aprovecharon. Desde mi punto de vista, eso no tiene importancia; lo que sí es seguro es que van a pedir dinero.

La discusión continuó. Los mirones de la acera, ahora ya aburridos, empezaron a

dispersarse. Los vehículos disminuían la velocidad a lo largo de la calle String y el pequeño callejón por la presencia del coche patrulla aparcado a medias sobre la acera. La noche olía a aceite de motor y a asfalto transitado. Las luces de neón rasgaban los bordes del cielo, inundados de luz.

Los Blau acordaron llevar a Ruth-Claire a su casa; Bilker se marcharía con ellos. Caroline y yo iríamos al hospital Emory para llevar la noticia del secuestro del P. P. a su padre. La policía enviaría detectives a la casa de los Montaraz, tanto para proteger a sus ocupantes como para controlar el despliegue de la estrategia de extorsión de los secuestradores. Si transcurrían veinticuatro horas sin que se lograra avanzar en la resolución del caso, el FBI empezaría a jugar el papel más importante.

Mientras tanto, Crawford y Mireles seguirían las pistas que encontraran en el club nocturno. Patrullas del sheriff y de las fuerzas de policía municipal establecerían controles interconectados en otras partes del condado de Fulton, como en De Kalb, Cobb, Clayton y Gwinnett.

Controles interconectados. Sonaba bien, pero eso me hizo recordar que nadie sabía qué clase de vehículo tenían a su disposición Craig y Nancy. Sin lugar a dudas, Puddicombe no habría podido mantener la camioneta de su amigo E. L. durante todo un año sin arriesgarse a ser detenido. Por otro lado, quizá sólo hubieran cambiado la matrícula, se hubieran desprendido de la caja del vehículo o pintado la cabina. Le di a Crawford una descripción de la camioneta según lo que recordaba —de todos modos, ya constaba en los ficheros de la Oficina de Investigación de Georgia— y él se ocupó de retransmitirlo por radio a toda la gran zona metropolitana. Cualquier mujer joven de cabello blanco que fuera detectada por las carreteras de Avondale en un Ram Charger, provocaría probablemente una sospecha inmediata.

Bilker me explicó dónde había dejado aparcado el coche. Cuando finalmente entendí bien la dirección, Caroline y yo nos despedimos de los demás y caminamos cogidos del brazo, acera abajo y a través del callejón, hacia una destartalada terraza cubierta de asfalto. La mayor parte de este espacio estaba ocupado por un maloliente volquete Dempsy. Bilker había dejado el Mercedes aparcado junto al volquete, con dos ruedas sobre la terraza y las otras dos sobre los adoquines rotos del propio callejón. Por lo visto, nadie más había considerado la idea de competir con él por ocupar ese lugar de aparcamiento. Ignoré los efluvios que provenían del volquete de basura y atraje a Caroline hacia mí para besarla apresuradamente en los labios.

Ella se apartó rápidamente.

—Todos los hombres parecen tener el innato romanticismo de los peldaños de una puerta.

En el pasado mes de diciembre, Ruth-Claire me había dicho algo parecido. Arrugué la nariz y miré a mi alrededor.

—No es exactamente el Moulin Rouge, ¿verdad?

—Paul, te ruego que no fantasees con una follada amistosa para esta noche —dijo Caroline—. No estoy preparada para eso. Y aunque lo hubiera estado, el secuestro habría cambiado todo.

Una follada amistosa, pensé. Una expresión que Ruth-Claire jamás habría utilizado. Sin embargo, el hecho de oírla en voz alta tuvo sobre mí el efecto inverso al que perseguía Caroline: me excitó. Quizá fuera yo uno de esos lascivos de ojos legañosos para quienes la obscenidad actuaba como afrodisíaco. ¿Obscenidad? ¿Una sola palabra de uso bastante corriente?

Quizá, en lugar de eso, no era más que un fanático machista convencido de que el «lenguaje obsceno» era terreno reservado únicamente a los hombres. ¿Yo, un machista? Un poco fanático, quizá, pero no alguien entregado a flexionar continuamente los músculos. Lo más probable, la verdad sea dicha, fuera que no estaba acostumbrado a escuchar un «lenguaje obsceno» en labios de una mujer. El alboroto cultural de las dos últimas décadas había pasado por mi lado sin afectarme. Era un caballero sureño, de cuarenta y siete años de edad, que sólo

ahora empezaba a detectar la distinción de matiz entre «mojarla» y «vivir juntos».

—Mira —dijo Caroline—, todavía tengo el coche aparcado frente a la casa de los Montaraz. Mañana, cuando tú y Ruth-Claire visitéis a Adán, uno de los dos podéis conducir mi VW y dejarlo aparcado cerca del edificio de sociología —me entregó las llaves—. Me gustaría volver a verte, Paul; lo que ocurre es que éste no es el momento adecuado, y no puedo creer que a ti te parezca lo contrario.

—La vida es corta, señorita Hanna. Esto lo demuestra.

—Ah, otro discípulo del método del *carpe diem*... —su tono de voz adoptó un matiz reveladoramente frágil—. ¿Crees que lo matarán?

—Pueden hacerlo —los nudillos se me pusieron blancos al apretar el volante—. Puddicombe, al menos, podría hacerlo. Me resulta difícil creer que Nancy se preste a seguirle el juego en ese aspecto. No sé qué pudo hacer para atraerla hasta aquí, para convertirla en una punky, pero es evidente que ambos comparten un dolor común.

—El hecho de que Teavers muriera.

—En efecto. El esposo de ella, y amigo de él. Sin embargo, supuse que Nancy estaba libre de esa mancha. Estaba convencido de que se las había arreglado para dejar todo eso atrás, sin sentirse demasiado afectada.

Lo que Caroline dijo a continuación me sonó como una afligida reprimenda.

—Son raras las personas que dejan las cosas atrás sin sentirse muy afectadas. Es muy posible que no haya nadie así; sólo que algunas personas saben fingir bien.

—Quizá sea como dices.

—No sé si sería capaz de confiar del todo en una persona que no se sintiera afectada por lo que le ocurre. Me da la impresión de que una persona así no sería... humana.

La miré de soslayo.

—El problema es que tampoco se puede confiar en una persona afectada. No se puede confiar en nadie.

—No —murmuró Caroline—. No se puede confiar en nadie.

Nos pusimos en marcha y avanzamos durante un rato en silencio; luego empecé a especular en voz alta sobre el secuestro. Puddicombe se había ocultado durante un año, había eludido a la policía y planeado su venganza. Probablemente, la noche de la desaparición de E. L. en el horno de ladrillos, había escapado de Alabama en la camioneta de su amigo. Luego, tras deshacerse del vehículo, se había mantenido oculto durante un tiempo, probablemente con la ayuda activa de otros miembros del Klan.

También cabía la posibilidad de que hubiera abandonado por completo el sudeste del país, para dirigirse hacia las Rocosas o la costa de California. Pero, si lo había hecho así, casi con toda seguridad habría comprado otro coche. La camioneta de Teavers habría sido como una bandera roja para cualquier patrulla de carreteras entre Opelika y Amarillo. Por otra parte, podría haberse disfrazado —dejándose crecer la barba, por ejemplo— y haber subido a un autobús.

Finalmente, Puddicombe había regresado de su exilio de fugitivo, y emigrado, como magnetizado, hacia la capital de Georgia. Al fin y al cabo, en Atlanta no le habría sido difícil encontrar trabajo como fregaplatos, o mecánico en cualquier garaje. La mayor amenaza para su trabajo habría sido arrostrar la posibilidad de que alguien de Beulah Fork lo viera por casualidad, pero si su trabajo lo mantenía, por así decirlo, entre bambalinas, esa probabilidad habría sido realmente muy escasa. En la calle, una barba y unas gafas de sol habrían sido suficientes para conservar su anonimato. Para descubrirse tendría que haberse pasado un semáforo en rojo o haber dejado de pagar una factura. Y Puddicombe habría evitado esa clase de trampas.

—¿Cómo habría podido implicar a su mujer? —preguntó Caroline.

Probablemente mediante una carta, le dije. Le habría escrito una sola vez, y habría estipulado un lugar de encuentro en alguna parte, entre Atlanta y Beulah Fork. En un motel o en la cafetería de una ciudad pequeña, donde habría podido exponerle lo que pensaba, manipular la oculta amargura de Nancy y argumentar sobre la necesidad de reivindicar póstumamente a E. L.

Es muy posible que, inicialmente, ella se resistiera a esos argumentos, pero en una cita posterior, con cada nuevo encuentro acordado en el anterior, ella habría empezado a madurar la idea de vengar la muerte de su esposo, quizá no con la intención de matar a nadie, sino con la de devolver a E. L. a la vida en forma de una fuerza preocupante en el inmerecido paraíso de amor y éxito de los Montaraz. Hasta era posible que ella y Craig se hubieran enamorado. Al fin y al cabo, E. L. y Craig habían sido muy buenos amigos, casi como hermanos, y en alguna parte de la Biblia está escrito que un hombre debe casarse con la viuda de su hermano para protegerla y defender sus causas.

—¿Conoces la Biblia? —preguntó Caroline.

—Sólo de oídas. Del mismo modo que la conocería Craig Puddicombe. En Beulah Fork, esa clase de distorsiones contaminan los pensamientos de todos, incluidos los míos. Tenemos un abundante legado de citas erróneas supuestamente elevadas.

—¿Crees que son amantes?

—Si no lo son, al menos se quieren. Pero en estos tiempos, más bien me parece que pueden ser amantes.

—¿Por qué estás tan seguro?

—Nancy sólo tiene dieciocho años. Se quedó viuda a los diecisiete. La mayoría de sus compañeras de escuela se han marchado de Beulah Fork, o se habían casado, o ambas cosas. Cuando me dijo que se marchaba del West Bank, comentó que lo hacía para buscar fortuna. Como soy un cerdo machista, pensé que era la palabra código para designar a un marido. Estaba aburrida, y se sentía sola y vulnerable. ¿Por qué no iba a enamorarse de Craig?

—¿O él de ella?

—Correcto. Craig era como el hermano gemelo de E. L. en muchos aspectos; y Nancy no es más que una linda muchachita. O lo era, al menos. Probablemente, los dos luchan por encontrar un sentido a los acontecimientos y actitudes que no han logrado manejar muy bien por sí mismos.

—A Nancy le iban bien las cosas, ¿verdad?

—Hasta que Craig se puso en contacto con ella. Hasta el pasado mes de abril.

—¿Qué me dices del secuestro? ¿Crees que han seguido a Ruth-Claire y a Adán de un lado a otro, a la espera de una oportunidad como la que se les ha presentado esta noche?

—Así parece.

—En ese caso, esta noche ha tenido que ser un sueño convertido en realidad para la..., bueno, conspiración Puddicombe. Todo encajó de repente en su lugar. Nancy pudo salir del local con Paulie con la misma facilidad con la que un niño roba una manzana de la caja expuesta en una frutería. ¿No te parece un tanto *extraño*? —preguntó, al tiempo que se encogía al recordarlo, estremecida.

—Pero no todo encajó en su lugar. Bilker vino con nosotros. Tú y yo estábamos presentes. Tuvieron que decidirse a tentar la suerte, y eso fue lo que hicieron. El disfraz de Nancy, la elección del momento de la entrega de globos como el mejor para acercarse a nosotros, su forma perfecta de hablar en aquel ambiente... —dirigí una rápida mirada a Caroline—. ¿Qué tratas de dar a entender? ¿Hay algo sospechoso en todo este asunto?

—Paul, te ruego que no te tomes esto a mal...

—Que Dios me perdone, ¿qué puedo tomarme a mal?

—No conozco a Ruth-Claire. No conozco a Adán. Y, en realidad, tampoco te conozco a ti. Se me ha ocurrido pensar, sólo muy brevemente, y no muy en serio, que todo esto puede que sólo sea... bueno, ya sabes, una estrategia publicitaria. Para promocionar el arte de ambos y la galería de David Blau.

—¡Dios santo!

—Mira, Paul, sé que parece una tontería y que es egotista, pero por un momento temí que trataran de hacerme intervenir en el juego.

—¿Hacerte intervenir en el juego? No te entiendo. ¿Qué quieres decir con eso?

—No después de que llegara la policía y, en realidad, tampoco antes, al menos muy en serio. Lo que sucede es que nada de lo que ocurrió en el club me pareció real. No pude evitar el pensar que sólo yo era una marginada, que no acababa de entender el chiste.

—¿El chiste? ¡Qué cinismo! ¡Y hace apenas cinco minutos me reprendías por confiar en una follada amistosa la misma noche en que secuestran a mi ahijado!

—Paul, sólo confesaba una duda que tenía, no planteaba ninguna acusación. Estás convirtiendo esto en algo que no es...

Me sentía totalmente confundido. Nuestra conversación se había salido de madre con el ruego de ella de que no tomara a mal sus palabras. ¿La había entendido mal, o había impugnado ella la integridad de Ruth-Claire y de Adán como artistas y como padres? Extraje una pastilla antiácido del rollo que llevaba en los pantalones y me la introduje bajo la lengua.

—Llévame a casa, Paul. No me necesitas en el hospital. Adán, desde luego, no me necesita allí para nada. Siento mucho que esto haya ocurrido. Lo siento profundamente.

La llevé a su casa, en un complejo de apartamentos en Clifton, no lejos del *campus* de Emory. Mis intentos por hacerla hablar de nuevo chocaron con rechazos monosilábicos. Me había herido al arrojar dudas sobre mis amigos; yo la había herido a ella al echarle en cara su mezquindad y vanidad.

El edificio de apartamentos de Caroline tenía paredes de estuco rosado, tejados de dos aguas con ventanas enmarcadas y un rústico aire Tudor. Aparqué junto a la acera, delante de la puerta de entrada, pero ella se bajó del coche antes de que pudiera desabrocharme el cinturón de seguridad. Luego, se inclinó hacia mí y emitió una pequeña risa, dura como un ladrido.

—¿Qué significa eso? —dije.

—Es que estaba a punto de decirte lo mucho que he disfrutado de la velada.

—Oh.

—Al menos, parte de ella —añadió.

Luego cerró con fuerza la portezuela y recorrió el camino de entrada al edificio como un sargento de la fuerza de moda escandinava en traje de faena. Esperé hasta verla entrar en el edificio, le dirigí un saludo con la mano y me alejé tristemente.

—Está despierto —me dijo la enfermera del piso de Adán cuando llegué al hospital para cumplir con el papel que se me había asignado como mensajero del diablo—. De todos modos, no duerme mucho, pero cuando llamó la señora Montaraz para decir que usted venía, fui a ver si necesitaba que lo despertara. No fue así —era una mujer de edad mediana, con fuertes rasgos germánicos y ojos índigo como mármoles. Ladeó la cabeza—. ¿Hay algo que yo pueda hacer, señor Loyd?

—Sólo asegúrese de que no nos moleste nadie durante un rato.

La enfermera no pudo contenerse y preguntó:

—¿Ocurre algo malo?

—Si la señora no se lo dijo cuando llamó, enfermera, yo tampoco puedo decirle nada, desde luego.

Sin pretenderlo, las palabras me surgieron con tono de reprimenda. Le di unas palmaditas sobre el hombro para suavizar el impacto y luego recorrí el largo y antiséptico pasillo.

Adán estaba sentado en la cama, envuelto en oscuridad. Se había colocado dos almohadas a la espalda, y tenía las piernas cruzadas por debajo de la sábana en la posición del loto de un contemplativo oriental. El gotero que tenía junto a él, el tubo que le descendía hasta la muñeca como una conexión ámbar donadora de vida, brillaba misteriosamente en la oscuridad. Las vendas que le cubrían la parte inferior de la cara le daban el aspecto de un busto de yeso no terminado. Permanecía notablemente quieto y me sentí como un muchacho al acercarse a su padre después de haberle desobedecido terriblemente.

No extendí la mano para encender la luz, quizá por esconderme. Permanecí de pie en el umbral mientras mis ojos se acostumbraban a la oscuridad, y observé con qué estoica resistencia intentaban los propios ojos de Adán alejar todos mis temores. De algún modo había percibido los míos como un aroma débil pero acre.

No te amedrentes a causa de la necesidad, me decían sus ojos. Ven y siéntate.

Crucé la habitación y me senté en la silla que solía utilizar Ruth-Claire. Pero, por lo visto, debía parecer a punto de saltar, pues Adán levantó el brazo conectado con el tubo y me dio unas suaves palmaditas, tal como yo había hecho momentos antes con la enfermera. Adelante, me estaba diciendo; puedes ser todo lo brutal que exijan las noticias que me traes.

—Ruth-Claire habría venido a decírtelo ella misma, Adán, pero las circunstancias no se lo han permitido. Soy su emisario. Estoy aquí para decirte algo que nadie, ni siquiera tu propia esposa, puede decirte con facilidad.

Los ojos de Adán se agrandaron un poco y efectuó una serie de signos que, de algún modo, me permitieron interpretar lo que quería decir.

—No, nadie ha muerto. Al menos por lo que sabemos hasta ahora. Se han llevado al Pequeño Paul.

Y a continuación le conté con todo detalle lo que había ocurrido en el Perturbaciones Sinusoidales —incluida la convicción de la policía de que pronto se recibiría una petición de rescate—, así como mis propias especulaciones sobre las identidades de los secuestradores. Pero le dije también que, por el momento, todos caminábamos sobre la cuerda floja, por encima de un abismo. No sabríamos cuál era su profundidad hasta que Craig Puddicombe o Nancy Teavers se decidieran a llamar.

—Lo único que podemos hacer es esperar —dije, sin mucha convicción.

Adán liberó el tubo del conector de plástico que llevaba en la muñeca y se incorporó lo bastante como para enganchar el tubo al poste; allí dejó de gotear. Mi amigo llevaba una de esas batas de hospital abiertas por la espalda, una característica de diseño de curiosa motivación. ¿Estaba destinada esa apertura a facilitar la administración de edemas, o se trataba de una ayuda para pacientes que sufrieran frecuentes ataques de diarrea? Parecían tratarse de objetivos mutuamente excluyentes, pero las batas constituían una humillación hospitalaria inmemorial. Adán se las arreglaba para llevar la suya sin parecer supremamente ridículo (quizá porque la desnudez no le aterrorizaba), pero cuando se levantó de la cama con esta pieza de ropa no pude evitar mirar a mi alrededor en busca de un imperdible con el que cerrarle la abertura de la espalda.

En el Perturbaciones Sinusoidales no habría tenido la menor dificultad para encontrar uno.

—Adán, ¿qué haces?

Pasó a mi lado, se dirigió al lavabo y se subió a una silla que le permitió verse reflejado en el espejo. Sus peludas nalgas asomaban a través de la abertura de la bata, y la parte posterior de los muslos se tensaron y relajaron al elevarse y descender sobre las puntas de los dedos de los pies. Fue entonces cuando me di cuenta de que se estaba quitando los vendajes que le

cubrían la cara.

—¡Adán!

Me dirigió una mirada de advertencia, me hizo señas para que no levantara la voz, y reanudó la acción de quitarse los vendajes. Ya se había quitado el collarín de gomaespuma de la mandíbula, que dejó sobre el lavabo. Sólo la luz que penetraba desde el pasillo le permitía trabajar, pero se quitaba capa tras capa de vendaje, con una presteza que sugería que sabía muy bien lo que hacía. ¿Acaso había practicado para un momento como éste? No parecía probable. Pero, entonces, ¿cómo explicar la velocidad y destreza con la que actuaban sus dedos?

—Adán, no puedes abandonar el hospital —le susurré, acercándome a él—. Ninguno de nosotros puede hacer nada hasta que ellos nos llamen.

El movimiento de sus dedos se hizo algo más lento, aunque siguió con su tarea.

—¿Y si los secuestradores llaman al puesto de enfermeras del hospital, en lugar de hacerlo a la casa? Es una posibilidad, y tú lo sabes. Si regresas apresuradamente a casa junto a Ruth-Claire, no quedaría aquí nadie para recibir su llamada. Quiero decir, nadie capaz de responder a sus exigencias... —evidentemente, improvisaba una justificación, pero esa posibilidad empezó a parecer realista, incluso para mí. Puse una mano en su hombro—. No podrías hablar con ellos, claro, pero podrías autorizarme para que actuara como tu portavoz. Piensa en ello, Adán. Alguien tiene que quedarse aquí.

El habilino apartó mi mano y terminó de quitarse los vendajes. Lo miré de perfil. Su nariz parecía menos achatada, los pómulos ligeramente más elevados, la barbilla bastante más pronunciada. Los cirujanos plásticos no sólo habían reconstruido su cavidad bucal, sino que también habían dado a su rostro una configuración más moderna. Ninguno de los cambios era grave o espectacular, pero en su conjunto producían el efecto de una cierta elegancia nilótica aerodinámica.

Adán descendió de la silla, de modo que volví a ser muy alto para él, y me sentí molesto por mi propia y estúpida altura. Tomó de una canasta un par de toallas limpias, las dobló y extendió sobre el suelo, junto a la cama. Me hizo un gesto para indicarme que me sentara. Me arrodillé sobre una de las toallas y él, desde luego, se arrodilló sobre la otra, convertido yo en una especie de Goliat ante este humilde muchacho pastor.

A pesar de todo, rezamos, el uno junto al otro. O supongo que Adán rezó mientras yo permanecía arrodillado a su lado, con la frente apretada contra el borde del colchón. «Rezad sin cesar», se dice en la epístola a los tesalonicenses, pero yo no podía pasar de la frase «perdónanos nuestras deudas como nosotros perdonamos a nuestros deudores», pensando en la perfidia de Nancy, o en cómo Caroline había supuesto que el secuestro podía ser una estrategia publicitaria, o en cuándo reanudaría mis responsabilidades en el West Bank. ¿Rezar sin cesar? No podía hacer nada mejor que pensar de forma intermitente: «No permitas que esos bastardos lo maten, Señor», y en fantasear de vez en cuando en cortarle el cuello a Craig, en llevarme a Caroline a la cama, y en ocuparme de servir la recepción de un caro banquete de bodas en los Jardines Muscadine —no necesariamente en ese mismo orden, ni todo a la vez—. Me empezaron a doler las rodillas y los riñones. De algún modo, sin embargo, permanecí durante casi tres horas en el suelo junto a Adán, compartiendo su vigilia.

A las cuatro menos cuarto —comprobé mi reloj— la enfermera se acercó a la puerta para informar que Adán había recibido una llamada telefónica.

—Intenté decirle que era una hora absurda para llamar por teléfono —dijo la mujer—, pero él me dijo que si no avisaba al señor Montaraz... yo viviría para lamentarlo.

—Es Puddicombe —susurré, y añadí en voz alta—. Estaremos allí dentro de dos minutos. Regrese y dígaselo así.

El corazón me latía con fuerza contra la caja torácica. Sucede con demasiada frecuencia que los padres de los niños secuestrados no llegan a tener noticias de los secuestradores. Esta nueva situación, una situación que yo había deseado desesperadamente, constituía una

sardónica variedad de un milagro.

Cuando la enfermera se marchó, empecé a golpear el colchón con la frente, excitado por una desesperada alegría. ¡El hijo de puta se había decidido a telefonar! Me balanceé sobre los talones y murmuré un silencioso «gracias». Adán me tocó en el hombro.

—Dios... te... bendiga —se las arregló para decir.

Lo miré boquiabierto. ¡Había hablado! Y jamás había escuchado una voz tan peculiarmente aguda y modulada. Era como la voz rasgada de una computadora que se esforzara por sonar con un acento humano. Impulsivamente, abracé al pequeño hombre. Lo sostuve a la distancia de mis brazos, y le dije que sería mejor que se pusiera un par de pantalones. Si tardábamos demasiado en llegar al puesto de la enfermera, Puddicombe —o quienquiera que fuese— podría ponerse nervioso y colgar el teléfono. Me pasé dos dedos a lo largo de los laterales de la nariz. Los retiré humedecidos.

Con un par de pantalones de color caqui por toda vestimenta, Adán me acompañó al puesto de enfermeras. La mujer que estaba de servicio nos esperaba con la mano sobre el teléfono.

—¿Hay una extensión? —pregunté.

Ella asintió con un gesto e indicó el despacho de paredes acristaladas que había tras el mostrador.

—Ahí dentro. Si quiere, puede colgar el receptor en el sistema de altavoz que hay junto al teléfono, señor Loyd, y emitirá como una radio.

—Está bien. No tendrá usted por ahí un magnetófono, ¿verdad?

—Andrea, una de nuestras enfermeras de día, tiene una de esas radios portátiles que suelen llevar los jóvenes para ensordecen a los mayores. También graba. Andrea suele dejar las cintas en el cajón. Si es importante, puede grabar sobre una de ellas, siempre y cuando acepte la responsabilidad por estropearle una de sus cintas favoritas.

—Sí, señora.

En ese momento, la enfermera se dio cuenta de que Adán mostraba el rostro libre de vendajes.

—¡Oh, Dios mío! No se los debía quitar todavía. El doctor Ruggiero me desollará viva.

—No, no lo hará —le aseguré—. El señor Montaraz se cura muy bien.

Conduje a Adán al despacho, encontré el radiocasette, revolví el cajón y tomé una cinta que no estaba marcada, la puse en el aparato y apreté el botón de grabación. Luego coloqué el receptor del teléfono en la unidad de amplificación, y apreté el botón encendido en la base del teléfono. La enfermera, que había observado todo esto a través del cristal, colgó su teléfono y se alejó para hacer una gira de inspección por la planta. Aquella buena mujer era eficiente y discreta.

—Estamos aquí —le dije a quien había llamado.

—¿Quiénes son? —preguntó una voz masculina.

Esas dos únicas palabras bastaron para que lo identificara; era Craig Puddicombe. No había hecho el menor esfuerzo por disimular su voz. Si el negocio de restaurantes llega a ser demasiado aburrido para mí, quizá pueda trabajar para la policía.

Le dije a Craig quién era.

—El primer petimetre en la historia que deja que un negrilino le birle a su mujer.

—Estábamos ya divorciados cuando Ruth-Claire se casó con Adán.

—Sí, y hasta alcahueteó para ellos, ¿verdad? Y ahora está en ese hospital, sosteniéndole la mano al negrilino. Jesús, señor Loyd, se lleva usted la palma.

—Y tú y Nancy os habéis llevado al niño. ¿Qué...?

Me interrumpió.

—¿Ya ha puesto en marcha todos sus magnetofones? ¿Ha llamado ya a la policía? ¿Es ésa la razón por la que ha tardado tanto tiempo en contestar al teléfono?

—Adán tenía que vestirse. Su habitación está en el extremo más alejado...

—Ya basta, señor Loyd —le dijo algo a alguien que debía de estar a su lado, pero la voz sonó apagada e indistinta. Luego habló ante el teléfono—. Demuéstrame que el negrilino está realmente ahí.

—¿Cómo? Ya sabes que no puede hablar.

—Puede cantar, ¿verdad? Puede zumbar como un motor que gira.

—Craig, ha sido sometido a una operación. Tiene todo el rostro cubierto de vendas. Le han remodelado toda la parte inferior de la cara.

—Sí, bien —dijo con voz nerviosa—, pero por lo que a mí se refiere seguirá siendo tan feo como siempre. Haga que zumbe a través de los vendajes.

Me dispuse a protestar, pero Adán me sacó el pañuelo del bolsillo de la chaqueta, lo convirtió en un vendaje improvisado que se ató alrededor de la cara y se adelantó hacia el amplificador para zumbar la melodía de un himno de Cockesbury.

—Sí, ese es el negrilino, muy bien. Como un burro que rebuznara dentro de un barril.

—Demuéstrame que tienes al Pequeño Paul —le dije.

—¿Y qué quiere que haga? ¿Quiere que le haga gritar?

Puse una mano sobre el brazo de Adán, que detuvo el zumbido que todavía producía, medio lamento, medio canto, y se quitó el pañuelo. Sacudió la cabeza con un gesto negativo en respuesta a la última pregunta de Craig.

—No importa —dije—. ¿Qué queréis?

—Un rescate. Si el señor y la señora Entrecruzados nos entregan el rescate que queremos, recibirán de vuelta a su sucio y pequeño lo que sea.

—¿Cuánto dinero, Craig?

—¿Quién ha hablado aquí de dinero?

Lo inesperado de esa frase me conmocionó. ¿Qué clase de rescate no exigiría un pago urgente e inmediato de dinero?

—¿Todavía están ahí? —preguntó Craig.

—Sí, todavía estamos aquí. Di cuáles son tus condiciones. Escuchamos.

Por un momento, Craig consultó con un cómplice. Luego, como si leyera de un manuscrito previamente preparado, dijo:

—No deseamos dinero. No ejercemos violencia. Lo que queremos es lo que es justo. Pueden pensar que nos hemos llevado al niño porque su papá negrilino mató a E. L., o pueden pensar que codiciamos lo que la familia antinatural del pequeño ha creado para sí misma desde que el negrilino cometió aquel asesinato. Sin embargo, ninguna de esas dos suposiciones sería correcta. Nos hemos llevado al pequeño para hacer justicia allí donde no se ha hecho. Nos lo llevamos para enderezar algunas cosas que estaban mal hechas.

Aquellas tonterías me asustaron.

—¿Qué diablos queréis que hagamos, Craig? Vamos, te lo ruego, ve al grano.

—Tenga un poco de paciencia —dijo el amplificador, con burlona amabilidad. Luego se oyó el sonido de un papel al moverse—. Recuperarán al pequeño mestizo siempre y cuando hagan lo siguiente. En primer lugar, el señor y la señora Entrecruzados dejarán de vivir juntos.

En segundo lugar, dirán a la prensa y a la televisión que han dejado de vivir juntos. Dirán que lamentan el pecaminoso ejemplo que han dado a blancos y negros decentes de todo el mundo al traer al mundo a su pequeño monstruo. En tercer lugar...

—Craig... —le rogué.

—En tercer lugar, pedirán públicamente disculpas a los padres, la familia y la viuda de E. L. Teavers, mi amigo. Y cuarto, el negrilino se entregará a la justicia bajo la acusación de... —y tras una pausa significativa, añadió— homicidio intencionado.

—Craig, E. L. intentó matar a Adán. Tú y los tuyos nos habíais secuestrado, por el amor de Dios, de la misma forma que tú y Nancy habéis secuestrado criminalmente al Pequeño Paul. Ningún tribunal de justicia condenaría a Adán por nada, excepto por salvarnos la vida a todos.

—Bah, sólo tratábamos de asustarlos un poco y hacerles recuperar el buen sentido. En el lugar de Snyder nadie intentaba matar a nadie, no hasta que ese maldito negrilino lanzó a E. L. por aquel agujero.

—¡Pero si eso es lo que E. L. intentaba hacer con él, Craig!

—Arrojar al negrilino por aquel agujero no acabó con su vida, ¿verdad? Él y los de su clase han vivido cientos de jodidos años en cuevas. Así que arrojar a un negrilino por un horno de ladrillo quizá duela un poco, pero es como arrojar a un conejo en una madriguera. Volvió a salir de allí, ¿verdad? Eso lo demuestra.

Absurdo, todo aquello era absurdo. El muchacho y yo funcionábamos a partir de un conjunto de premisas completamente diferentes. Decidí cambiar de táctica.

—¿Es eso todo? ¿Cuatro cosas para conseguir que nos devolváis al P. P?

—Tenemos una quinta condición —volvió a mover unos papeles—. En la medida en que el señor y la señora Entrecruzados han obtenido mucho dinero de los elementos degenerados de la sociedad americana, y son más ricos que cualquiera y de lo que deberían serlo por derecho, tienen que... —se detuvo. El leer tan seguido lo había dejado sin aliento—. En la medida en que se ha producido todo eso, tienen que efectuar contribuciones por valor de cincuenta mil dólares a diez diferentes instituciones de caridad y grupos políticos de nuestra elección. Recibirán la lista el lunes o el martes. Cada grupo debe recibir por lo menos tres mil dólares, pero, y esto es una generosa concesión por nuestra parte, el señor y la señora Negrilinos pueden decidir por sí mismos cómo escalar los veinte mil que quedan después de la primera división.

—Dinero. Al final todo se reduce a dinero.

—El dinero no es lo importante, señor Loyd. En cualquier caso, no lo es para nosotros. Lo que sucede es que ellos lo tienen y no se lo merecen, así que tienen que dárselo a alguien que lo necesite, por eso imponemos también esa condición. Además, lo tienen que hacer mediante cheques. Tenemos que ver los cheques confirmados como prueba de que todo se ha hecho tal como hemos pedido. La lista que les llegará por correo explicará cómo debe hacerse.

—¿Y no recibirán al Pequeño Paul hasta que se hayan cobrado todos esos cheques? —pregunté con incredulidad.

—No lo volverán a ver hasta que no se hayan separado y anulado su impío matrimonio, y hasta que hayan vivido separados el tiempo suficiente como para demostrarnos que realmente lo han hecho así.

—Craig, ¿en cuánto tiempo estás pensando? ¿Durante cuánto tiempo pensáis retener al Pequeño Paul? En los términos que planteas no hay negociación. Para vosotros, todo parece estar muy claro, pero para Ruth-Claire y Adán es una verdadera pesadilla. Y si viven separados cuando liberéis al pequeño, ¿a quién de los dos se lo vais a entregar?

—A su ex esposa, señor Loyd, naturalmente. El negrilino no tiene ningún derecho en todo esto.

—Pero ¿cuánto tiempo, Craig? ¡Juega limpio con nosotros, maldita sea!

—Lo sabrán cuando lo hagamos, ¿no le parece?

Y tras decir esto, colgó. El altavoz del amplificador emitía el tono de marcar. No había forma de averiguar de dónde procedía la llamada. La habían pasado a través del sistema de conmutación telefónica del hospital. Así pues, Craig Puddicombe y Nancy Teavers, con el P. P. bajo su dudoso cuidado, habían vuelto a hundirse en el casi impenetrable anonimato de una gran zona metropolitana con casi cuatro millones de habitantes. Si es que no habían hecho la llamada desde Alabama, Tennessee, Florida o cualquiera de las dos Carolinas. Y aunque se encontraran en la gran zona metropolitana de Atlanta, disponían de más de ciento sesenta kilómetros cuadrados de laberíntico territorio en el que poder ocultarse.

Adán se dejó caer débilmente sobre la silla que había ante la mesa de despacho. Su voz, cuando habló, fue una serie de graznidos agónicos:

—Desearía que Ruth-Claire hubiera dejado que McElroy lo bautizara.

Adán decidió abandonar el hospital Emory. Mientras yo llamaba por teléfono a Ruth-Claire, se vistió, preparó una maleta y afrontó a la aturdida enfermera del turno de noche, con una dolorosa repetición de las palabras «Adiós, adiós. Marcho ahora». Durante esta confrontación, mantuvo en todo momento el digno decoro de un *chargé d'affaires*** japonés. Cuando colgué el teléfono, la enfermera hizo una llamada apresurada a uno de los médicos de Adán, que al principio se opuso coléricamente a nuestros planes de abandonar el hospital a aquellas horas. Sin embargo, tras hablar brevemente conmigo dio finalmente su consentimiento de mala gana, y los ordenanzas que habían sido llamados para impedirnos a Adán y a mí tomar el ascensor hacia la libertad, terminaron por retirarse.

Luego la enfermera nos acompañó abajo, y le recordó a Adán que no comiera nada más que papillas hasta que el doctor Ruggiero lo hubiera vuelto a examinar, y le comunicó también que no sería capaz de comunicarse tan bien como deseaba hasta que no hubiera pasado por la programada logoterapia.

Unos pocos minutos más tarde, en casa de los Montaraz, Ruth-Claire corrió a abrazar a Adán. Yo permanecí al otro lado de la estancia que conectaba la cocina con el gran estudio de la planta baja. Los otros tres hombres presentes eran Bilker Moody y los dos mismos agentes de la Oficina de Investigación de Georgia que nos habían conducido a Ruth-Claire y a mí hasta la propiedad de Snyder, al día siguiente de nuestro secuestro del West Bank, Niedrach y Davison; entonces no recordé sus nombres. Llevaban mediocres trajes negros de hombres de negocios, de algodón ligero, casi como si hubieran salido juntos de compras y hubieran elegido la vestimenta de la misma estantería. Sin embargo, Davison mostraba una camisa deportiva beige por debajo de la chaqueta, mientras que Niedrach llevaba como única característica personal una corbata roja y un cinturón rojo de lona en cuya hebilla relucía, estampada en relieve, la cabeza de la mascota de la Universidad de Georgia, un bulldog mascando el cráneo de un estudiante de primer año.

La opinión que los dos agentes le merecían a Bilker se patentizaba por la curvatura sardónica de su labio superior.

Finalmente, Adán y Ruth-Claire se separaron, y ella nos volvió a presentar a todos, con expresión distraída. Le entregué a Niedrach el cassette en el que había grabado las exigencias del rescate planteadas por Craig. Alguien trajo un magnetofón, y los agentes se sentaron cerca para escuchar la cinta. Bilker se retiró al bar, Adán paseaba de un lado a otro, y Ruth-Claire se sentó en el brazo del sofá, al lado de Niedrach. Yo me acuclillé frente al sofá, al otro lado de la mesita de mármol.

«No deseamos dinero. No ejercemos violencia. Lo que queremos es lo que es justo. Pueden pensar que nos hemos llevado al niño porque...»

**chargé d'affaires*: en francés, Encargado de Asuntos, puesto protocolar. (Nota del corrector)

Una vez que hubieron terminado de escucharla, Niedrach dijo:

—Es el conjunto de exigencias más absurdas que he oído jamás. Absolutamente las más absurdas.

Sentado fantasmalmente en uno de los taburetes de cuero blanco, ante el mostrador carmesí del bar de los Montaraz, Bilker dijo, arrastrando las palabras:

—La verdadera razón de su estupefacción es que esto ya no es un secuestro.

Niedrach enarcó las cejas.

—¿Ah, no? ¿Qué es entonces? ¿Una negociación de droga?

—Una situación de toma de rehenes.

—Toda víctima de un secuestro es un rehén —replicó el agente, con todo el tacto que pudo—. Eso es tautológico.

—Sí, lógico porque se le ha enseñado a pensar así. Pero una situación de toma de rehenes es diferente a un secuestro. ¿Por qué? Por la sencilla razón de que el dinero no es la prioridad principal. Aquí se trata de satisfacer algún extraño objetivo político o ideológico por medio de amenazas terroristas.

—Nos ha dicho que no mataría a Paulie —dijo Ruth-Claire.

Bilker se removió en el taburete giratorio, primero a un lado y luego al otro. Debido a su corpulencia, casi esperé que las patas del taburete se desenroscaran y se desmoronaran sobre el suelo.

—Sí, bueno, Puddicombe es más frío que cualquier secuestrador porque sabe que tiene de su parte al gran Jehová blanco, el asaltador de negros. Por eso correrá más riesgos de los que correría cualquier secuestrador. Si se le presiona, aumentará las apuestas.

—La apuesta por la que juega aquí es la venganza —dije.

—Es posible. Pero lo consigue al hacernos bailar al son de su violín, y no esquilmando las cuentas bancarias de los Montaraz.

—¿De veras? —dijo Niedrach.

—Será mejor que bailemos al son de su violín o, al menos, que aparentemos hacerlo así. De otro modo, y le ruego que me disculpe por ello, señora Montaraz, se librará de su rehén.

—¿Cómo sabe usted tanto de esto? —preguntó Davison.

—Quizá porque veo todos los días las noticias de la CBS.

Niedrach se levantó y hundió las manos en los bolsillos.

—Creo que el argumento del señor Moody es correcto. Ahora que sabemos que es un secuestro, o una situación de toma de rehenes que afecta a una víctima secuestrada, el FBI se hará cargo de la principal responsabilidad por solucionar el caso. Tenemos que ponernos en contacto con ellos.

—Pero usted y el señor Davison ya han pasado con nosotros por algo similar —dijo Ruth-Claire—. El FBI no les apartará del todo del caso, ¿verdad?

—Espero que no. Intentaré dejar bien claro ese punto, señora Montaraz, al menos a la hora de contarles lo ocurrido hasta el momento. Mientras tanto, sin embargo, creo que lo más sensato es que Adán..., quiero decir, el señor Montaraz, se instale a vivir en otra parte. Para dar las apariencias de que se cumplen todas las exigencias de esos enfermos. Porque el señor Moody tiene mucha razón en eso.

Bilker dejó de dar vueltas en su taburete, casi molesto por haber encontrado un aliado allí donde sólo creía ver a un quisquilloso burócrata.

—No puedo creer que Nancy permita que algo le suceda a Paulie —dijo Ruth-Claire—. Eso es irreal.

—Es posible que ella corra tanto peligro como su hijo, señora —observó Niedrach.

Así pues, se decidió que Adán se trasladaría a vivir fuera de la casa de la calle Hurt. Niedrach se pondría en contacto con una secretaria en las oficinas estatales del departamento de investigación para que telefoneara a los periódicos de Atlanta y les diera una noticia anónima acerca del deterioro de las relaciones matrimoniales de los Montaraz. Afirmaría ser una vecina que conocía sus problemas de primera mano, y añadiría una confidencia de Ruth-Claire en el sentido de que su esposo acababa de mostrarse de acuerdo en solicitar una separación judicial, que exigía su partida inmediata del hogar familiar. A continuación, Ruth-Claire concedería una entrevista en la que omitiría cualquier alusión al secuestro, y confirmaría sucintamente la historia de la separación contada por la vecina anónima.

—Pero una separación, ¿por qué motivos? —preguntó Ruth-Claire.

—Cualquier cosa que se le ocurra y que no le parezca demasiado indecorosa —contestó Niedrach.

Adán intentó hablar, pero su crujiente voz de computadora no quiso cooperar con él. Volvió a utilizar el lenguaje de los signos y Ruth-Claire los interpretó para el resto de nosotros.

—Incompatibilidad en las carreras —dijo—. Hemos discutido acerca de los planes artísticos de Adán. Yo deseo que él siga pintando, pero él quiere ingresar... —se esforzó por interpretar correctamente sus gestos— en la escuela Candler de teología, en Emory. Desea estudiar y obtener la licenciatura en estudios teológicos. Debo decirles a los periodistas que Adán quiere profundizar en las cuestiones relacionadas con Dios.

—Eso es estupendo —dijo Niedrach—. Es muy inspirado.

Davison arrugó el puente de la nariz.

—¿Un habilino como fanático religioso?

Sí. Aparentemente sí. El fondo de la estratagema, naturalmente, era que Craig se enterara de que Ruth-Claire y Adán habían dejado de vivir juntos. El hecho de que la historia se publicara en los periódicos aseguraría que también encontraría espacio en los programas de noticias de la televisión local, que Craig vería sin duda alguna para enterarse de los recientes asaltos, violaciones, cambios de nombre de las calles, disputas municipales y viajes del alcalde al extranjero.

—¿Qué posibilidades existen de que la televisión y los periódicos lleguen a enterarse del secuestro? —preguntó Bilker.

—Un cierto revuelo en un lugar como Perturbaciones Sinusoidales puede considerarse como algo normal —contestó Davison—. Por el momento, no tenemos que preocuparnos por ese lado.

—Quizá el propio Puddicombe se encargue de difundir la noticia —comentó Niedrach—. La publicidad no le preocupa, y hasta es posible que le guste. De todas maneras, si se filtra la noticia, el chico no estará en mayor o menor peligro de lo que está ahora.

¿A dónde iba a trasladarse Adán? Reflexionamos sobre las opciones. Necesitaba un lugar donde cobijarse que le ofreciera cierta intimidad, al mismo tiempo que le permitiera mantenerse a cierta distancia del ajetreo urbano de Atlanta. ¿Qué lugar sería el mejor para eso? ¿Una casa en Alpharetta? ¿Una casita junto al lago en el condado de Cherokee? ¿El monasterio de Conyers?

—Que se venga conmigo a la granja Paraíso —sugerí yo.

—¿No lo vería Craig con recelo? —preguntó Ruth-Claire—. Eres mi ex esposo, y también el padrino de Paulie.

—Seríamos como dos marginados que se consuelan mutuamente —dije—. Es este matrimonio lo que lo altera, no el hecho de que los blancos y los negros convivan.

—¿Y cómo deja eso a nuestra cobertura sobre su decisión de asistir a la escuela Candler de teología?

Adán volvió a hacer señas, y Ruth-Claire dijo:

—Ahora es demasiado tarde para matricularse en el curso de verano del seminario. Además, el semestre otoñal no empieza oficialmente hasta el último lunes de agosto.

—Así pues, se mantiene la coartada —dijo Niedrach—. Lléveselo con usted, señor Loyd. En el condado de Hothlepoya tenemos a un agente encargado de investigar el ambiente de la droga allí; puede actuar como intermediario para transmitir información entre nosotros y ustedes. Así que adelante.

—¿Cuándo?

—En cuanto él esté preparado para marcharse. Ahora mismo, si fuera posible.

Ruth-Claire y Adán subieron juntos al piso de arriba para preparar sus cosas y, desde luego, para despedirse. Bilker y los agentes, discretamente desconcertados por este giro de los acontecimientos, permanecieron sentados en la cocina, tomando café y compartiendo historias acerca de sus experiencias como guardaespaldas y policías.

—Volveré dentro de una hora —les informé.

Davison, que había colgado la tenue chaqueta negra sobre el respaldo de la silla, balbuceó:

—¿Una hora? ¿A dónde demonios cree que va?

—A despedirme de alguien.

Conduje hasta el apartamento de Caroline, no en su pequeño escarabajo azul, sino en mi gran Mercedes plateado. Cuando llegué eran las 9,37 de la mañana, estaba ojeroso, me sentía acobardado y ansiosamente consciente del plazo que yo mismo me había impuesto. ¿Una hora? Ahora ya sólo me quedaban cuarenta y seis minutos. Quizá necesitara todo ese tiempo para convencer a mi desventurado equipo generativo que todavía podía fingir el tener derecho a ese título. Quizá tardara mucho más tiempo en convencer a la encantadora Caroline de que me permitiera convencer a mi equipo. ¿Acaso no estaba suponiendo demasiadas cosas?

Avancé tambaleante por el camino que conducía al edificio, y me sentí como si me moviera con un par de pantalones cortos de estaño. Me picaba. No había dormido en toda la noche. Mi cerdosa barba parecía estar infestada de motas de serrín que trataran de introducirse en cada folículo. ¿A quién intentaba engañar? No tenía la menor oportunidad con esta mujer.

Cuarenta y cuatro minutos.

Al final, abrazado contra la puerta, me apoyé con un agudo codo y todo mi patético anhelo sobre el diminuto botón que hizo sonar el timbre de la puerta. Su querido y melodioso timbre. Desde el interior del apartamento llegaban las ocho notas iniciales del tema de Tara, de *Lo que el viento se llevó*. Sonaron una y otra vez porque yo me sentía demasiado agotado como para volver a pulsar el timbre.

Cuarenta y tres minutos.

—¿Quién es? —gritó finalmente la voz de Caroline.

—Yo.

Abrió la puerta los ocho centímetros permitidos por la cadena de seguridad.

—¿Qué quieres?

—Una charla amistosa.

—¿Ha ocurrido algo? ¿Han encontrado a Paulie?

Cuadré los hombros y traté de alquimizar mi debilitado aplomo para transformarlo en una preocupada sobriedad.

—Escucha, Caroline, si permitieras...

—Ese no es mi coche —interrumpió ella, luego de mirar por encima de mi hombro—. ¿Cómo voy a recuperar mi coche? —sacudió la cabeza—. ¡Maldita sea! Eso no es importante, ¿verdad? Lo importante es Paulie. Todavía estoy medio dormida.

—Si me dejaras entrar, te contaría todo lo que...

Ella corrió la cadena. La puerta se abrió y apareció de pie ante mí, contra un fondo de posters de Broadway enmarcados, jarrones de porcelana con flores y por lo menos dos paragüeros de cobre. El ambiente frío del aire acondicionado me hizo estremecer. En cuanto a Caroline, llevaba un batín amarillo que parecía estar hecho de una capa tras otra de un material cada vez más pálido. Se veía y olía como la semidiosa de un fragante campo de trigo.

—Tendrás que hablar primero conmigo —me dijo—. Tendrás que ducharte. Tendrás que desayunar conmigo.

—Cuarenta y un minutos —dije—. Sólo dispongo de cuarenta y un minutos.

—Escucha, señor Loyd, hay un reloj en todas las habitaciones, excepto en el cuarto de baño. Por lo que a mí se refiere, puedes colgar tu reloj de pulsera en la pera de la ducha. Pero si aún te queda algo de sentido común, te olvidarás por completo de tus estúpidos cuarenta y un minutos y dejarás el reloj en el fondo de uno de tus zapatos.

Me arrancó del umbral de la puerta y, tras cerrarla, me encontré en la actividad de la bahía del Encuentro, en el interior de su apartamento. Tal como se desarrollaron las cosas, dejé mi Elgin en el fondo de uno de los zapatos y me olvidé deliberadamente de él.

Pasé con Caroline más de cuarenta y un minutos. Pasé más de ochenta y dos minutos con Caroline. De hecho, no regresé a la calle Hurt hasta bastante después de dos horas de mi partida, pero ni Bilker ni los agentes tuvieron valor para reprenderme porque aparecí acompañado por la propia Caroline, vestida con unos viejos vaqueros y un suéter de color amarillo brillante. Al fin y al cabo, ella tenía que recoger su Volkswagen; además, como testigo del delito, deseaba poner al corriente a Niedrach y a Davison de cómo habían sucedido las cosas desde su punto de vista. ¿Acaso no se habrían puesto en contacto con ella, de todos modos? Admitieron que así lo habrían hecho.

—Además —dije—, quizá Ruth-Claire aprecie el hecho de tener cerca a otra mujer, al menos por hoy. No va a ser fácil para ella una vez que Adán se haya marchado y sólo le quede el hombro de Bilker para llorar.

Bilker lanzó un bufido, más de acuerdo que de indignación.

Cuando los Montaraz bajaron la escalera, Ruth-Claire y Caroline se abrazaron como dos hermanas que no se hubieran visto en mucho tiempo y se hubieran reunido milagrosamente.

Mientras tanto, Adán y yo trasladamos sus pertenencias a mi coche y nos dispusimos a emprender el viaje a Beulah Fork. Bilker nos echó una mano. A pesar de su buen diseño, la parte trasera del Mercedes empezó a hundirse: Adán había insistido en añadir a su propio equipaje por lo menos tres docenas de los cuadros más recientes de Ruth-Claire. Aunque bastante pequeños, estos lienzos todavía se hallaban sujetos a sus marcos, y Bilker y yo tuvimos que esforzarnos para introducirlos en el portaequipajes, entre las maletas y las cajas de cartón.

—Adán, ¿por qué te llevas todas estas pinturas? —pregunté.

—Recuerdos —gargarizó.

Puesto que le resultaba doloroso hablar, no le hice más preguntas; pero se me ocurrió pensar que se preparaba para una prolongada separación de Ruth-Claire. No se trataba, sin embargo, de rendirse a la desesperación, sino de un acto de fe. Si él y su esposa querían volver a reunirse con su hijo, tendrían que acceder y, desde luego, soportar las estipulaciones de los secuestradores. Con un poco de suerte, los hombres de la Oficina de Investigación de Georgia lograrían resolver el caso..., pero no había garantías.

Estas pinturas, sin embargo —los oscuros acrílicos que ella, esperanzadamente, había titulado *Almas*—, seguían pareciéndome lo menos notable del trabajo realizado por Ruth-Claire en toda su carrera. Eran estrepitosas mediocridades. Sólo un esposo canijo podría sentir afecto por ellas. Me rasqué la cabeza. Adán no era realmente un tipo canijo, pero me resultaba realmente extraño el cariño que tenía por esa serie, sobre todo cuando podría haber tomado mejores ejemplos del arte de su esposa para llevárselos como «recuerdos».

Partimos de Atlanta poco después del mediodía. Durante el viaje hacia el sur, Adán se dedicó a leer. Tenía a sus pies un montón de libros en rústica, sobre el piso del coche, y aproximadamente cada quince minutos tomaba uno y lo hojeaba un poco antes de tomar el siguiente. *¿Existe Dios?* y *¿Vida eterna?*, de Hans Küng; *Dios y los astrónomos*, de Robert Jastrow; *Dios y la nueva física*, de Paul Davies; *Los maestros danzantes Wu Li*, de Gary Zukav; *El reencantamiento del mundo*, de Morris Berman; *Mente y naturaleza*, de Gregory Bateson, y una antología titulada *El yo de la mente*, de un par de editores cuyos nombres no pude leer. Y no sé cuántas cosas más. Tuve la impresión de que Adán revisaba estos textos y comprobaba pasajes que había subrayado en lecturas anteriores, antes que enfrascarse por completo en cada volumen por primera vez, pero hasta esa formidable hazaña intelectual tenía sus aspectos intimidantes. Mantuve la boca cerrada, por respeto a la actividad de mi pasajero.

Ya en la granja Paraíso, descargué el coche y finalmente rompí mi voto de silencio.

—Adán, ¿recuerdas la historia que le dijiste a Ruth-Claire que contara a los periodistas acerca de las razones de vuestra separación? —enarcó las cejas—. ¿La de entrar en un seminario en otoño?

—¿Sí? —graznó.

—Esa supuesta historia ficticia se te ocurrió demasiado rápidamente. Me preguntaba si..., bueno, si podría tratarse de algo que realmente te gustaría hacer.

—Oh, sí —consiguió decir—. He pensado en ello.

Livia George, Hazel Upchurch y nuestra última y menuda camarera —recién salida del primer curso de la facultad en Tocqueville— no saltaron precisamente de alegría ante mi regreso. Sólo una hora antes, un autobús turístico procedente de los Jardines Muscadine había depositado a cuarenta personas ante la puerta principal del West Bank. Esa gente había descendido como una bandada de cuervos, comido una docena diferente de menús, dejado una escuálida propina colectiva y marchado en su autobús con un brusco petardeo del tubo de escape.

—¿Les serviste los sustitutos que deseaban?

Livia George se había dejado caer sobre una silla, con las piernas abiertas, cerca de la caja registradora.

—¿No lo hago siempre, señor Paul?

—¿Todo el mundo fue bien atendido?

Me dirigió una mirada nauseabunda.

—Le hemos hecho ganar buen dinero, y eso es lo que hemos estado haciendo durante todo este tiempo. Usted parece alguien que llega corriendo a apagar un fuego cuando ya se ha quemado toda la casa.

—Liwy, se te ocurren las cosas más dulces.

—¿Cómo está el señor Adán? —preguntó bruscamente, al tiempo que se enderezaba y se limpiaba el sudor de la frente—. ¿Cómo está la señorita Ruth-Claire?

—Bien —mentí—. Muy bien.

Dije algo sobre el éxito aparente de la operación de Adán pero, aparte de esa verdad parcial, no pude ir más allá. Para impedir que se siguiera tocando el tema, ayudé a limpiar el restaurante y luego me quedé a la espera de la clientela de la tarde, que empezaría a llegar a

partir de las cinco. Las facturaciones del día fueron estimulantes, y finalmente conduje a Livia George a su casa sin mencionarle siquiera que tenía un huésped en la mía.

A la mañana siguiente, algo más cerca del mediodía que de la salida del sol, me despertó el sonido de la televisión encendida en la planta baja.

Me anudé el batín de tela de toalla alrededor de la cintura y bajé tambaleante los escalones, descalzo, para encontrarme a Adán, con las piernas cruzadas sobre el suelo, rodeado por hojas del *Journal-Constitution* dominical; en la pantalla, parpadeantes imágenes mal definidas, de color violeta y magenta, de la emisora RCAXL-100, correspondientes a la emisión de «Obsequio del gran evangelio» de “Happy” McElroy.

—Esta es mi historia, ésta es mi canción —cantaba el coro de cien miembros por detrás de McElroy—. ¡Alabar todo el día a mi Salvador!

Los planos del coro se intercalaban con amplias vistas de la congregación de fieles en el enorme Centro teleevangelista de McElroy en Rehoboth, Louisiana. Esa inmensa estructura de contrafuertes barrocos había sido pagada mediante contribuciones de cuatro a cinco dólares de cientos de miles de suscriptores de bajos ingresos a las guías doctrinales de la Gran Congregación Cristiana de América, Inc. A pesar de los tonos ocre del tubo de rayos catódicos de mi televisor, pude ver con toda claridad que al servicio asistían más almas —embelesadas— que las que razonablemente cabría esperar en el Omni durante un partido de baloncesto de los Atlanta Hawks. ¿Siete mil personas? ¿Diez mil? Fueran las que fuesen, tenían que haber convergido sobre Rehoboth procedentes de cada ciudad y villorio de la costa del Golfo, sin excluir Baton Rouge, Nueva Orleans, Biloxi y Mobile. Aquel bendito lugar estaba atestado.

—Ah —exclamé—. Tu programa favorito.

Adán ya se había vestido: unos ligeros pantalones cortos de color marrón y una camiseta de color naranja que anunciaba los placeres de la calle River, en Savannah. Me tendió una sección del periódico titulada «Las artes».

—Primera página —gruñó, aunque, casi de la noche a la mañana, su habla se había hecho más clara y fluida.

Obedecí. Lo que apareció ante mis ojos en la página interior fue el siguiente titular:

MATRIMONIO DE FAMOSOS ARTISTAS DE ATLANTA EN PELIGRO COMO
RESULTADO DE LA DECISIÓN DEL HABILINO DE ASISTIR AL SEMINARIO

Junto a un breve artículo se publicaba una fotografía de archivo de Adán y Ruth-Claire correspondiente a «mejores tiempos»; más concretamente, a la inauguración de su exposición en Abraxas, en el mes de febrero. Mi propio rostro era un borrón de puntos entre otros rostros mal definidos situados al fondo.

—Esto ha sido rápido, ¿verdad?

Leí la historia. Citaba a Ruth-Claire, según la cual el efecto que había tenido la decisión de Adán de buscar la realización espiritual, le había dejado muy poco tiempo para el Pequeño Paul o para ella. Le seguía amando; sin embargo, ese mismo amor le impedía negarle lo que él más deseaba, la oportunidad de estudiar en Candler sin la carga de una esposa exigente y un niño. Ella misma le había apoyado en su búsqueda de una licenciatura teológica, pero lo único que él deseaba era la más completa libertad respecto de sus obligaciones familiares. Ningún ser contemporáneo comprendía del todo la mentalidad del habilino pero, en algunos aspectos, la perspectiva de Adán era la de un ascético medieval que hubiera sido llamado al sacerdocio. Si ella no se hubiera cruzado con él en su recorrido hacia el norte, a través de Georgia, hacía ya casi dos años, casi con toda seguridad habría descubierto sus inclinaciones espirituales antes de contraer matrimonio.

—No dice —gruñó Adán— que «casi con toda seguridad» habría seguido siendo un animal desnudo.

—No importa. Sigues pareciendo el trasero de un caballo, Adán. ¿Qué clase de hombre abandona a su esposa y a su hijo para empezar una carrera de estudios religiosos? ¡Jesús!

—No me importa lo que parezca. Son personas que no me conocen.

—¿Sólo pretendes recuperar a Paulie?

—Sí.

En el «Obsequio del gran evangelio» McElroy se había lanzado a un sermón, y las palabras brotaban como las olas de la costa del Golfo en temporada de huracanes: poderosas, peligrosas, incansables. Naturalmente, también estaba presente la sempiterna imagen insertada de la vivaz mujer que interpretaba el sermón para los espectadores mudos del programa, cuyas manos volaban ante ella como gaviotas hambrientas.

De repente, sin embargo, McElroy mostró una copia de la misma sección del periódico de Atlanta que yo tenía ahora en las manos.

—... un continuo asalto sobre la familia americana —tronó, al tiempo que agitaba el periódico ante su congregación—. Había tenido la intención de pedir disculpas esta misma mañana por haberme excedido en mi celo durante el pasado verano, al castigar a la antigua Ruth-Claire Loyd por vivir en el pecado con una criatura masculina que no era su esposo. Bien, ahora ya es bien evidente para todos que esa criatura es un hombre. De hecho, él y la señorita Ruth-Claire ya eran marido y mujer en el momento de su aparente cohabitación ilícita. Siendo eso así, se merecían una disculpa por mi parte. Esta misma pasada semana visité a Adán Montaraz en un hospital de Atlanta, coloqué mis manos sobre su cabeza y lo bauticé en la gloria eterna y en la siempre gloriosa comunión del Cuerpo de Cristo. Decid amén.

Todos los presentes en el centro teleevangelista rugieron: «¡Amén!».

—Y al mismo tiempo que aliviaba mi espíritu de esta carga de culpabilidad y pena por los dos Montaraz, les pedí que me perdonaran en el grande y gracioso Nombre de Jesucristo. ¿Me perdonaron ellos? Creí que sí lo habían hecho, y me marché de esa ciudad con la convicción de que allí quedaban dos seres humanos justos, libres del pecado y la desesperación por su fe en Dios y por la humilde devoción que se profesaban mutuamente.

—¡Loado sea el Señor! —gritó un miembro del público.

—¿Y qué leo esta mañana? Que esa misma pareja, tan preocupada y cariñosa hace apenas cinco días, se ha rendido ahora a la epidemia de rompimiento de relaciones que asuela nuestro país como la peste que en otros tiempos asoló Europa. Esta historia me ha herido cruelmente, porque Ruth-Claire Montaraz ha roto su matrimonio por la más increíble de las razones. ¿Y cuál es esa razón, hermanos y hermanas? Nada más terrible que el deseo de su esposo de... estudiar para el ministerio religioso.

Un gruñido colectivo surgió de la congregación.

Adán se levantó del suelo de un salto y apretó el botón que apagaba el televisor.

—Ese hijo de puta... —articuló.

—Ruth-Claire no le permitió que bautizara al P. P. Se muestra resentido por ello, Adán. Trata de revolversse contra ella.

—Ha leído mal la historia. ¿No sabe... leer? Soy yo el que abandona a la familia.

—Adán, todo esto es fingido. Todo lo que hay en esa historia es falso.

Mi amigo hizo un esfuerzo por explicarse.

—Pero tampoco ha leído bien lo falso. Una persona que realiza estudios teológicos..., no solamente se prepara para el ministerio religioso. Sólo es el título de un laico. El señor McElroy debería saber eso.

—Ruth-Claire lo dejó plantado a él. Eso es todo lo que sabe.

—¿Y por eso ennegrece su nombre desde el púlpito? ¿Delante de tantos espectadores? ¿Es eso lo que hace? —Adán dejó de pasearse de un lado a otro, se frotó la mandíbula inferior y señaló hacia el televisor con un huesudo dedo—. Dwight “Happy” McElroy, eres un... desagradable... hijo de puta.

Tranquilité a Adán y lo llevé a la cocina donde, recordando las órdenes del doctor Ruggiero, le preparé un plato de blandos huevos revueltos y otro de papilla de avena. Adán comió con voracidad: se zampó los huevos antes de hundir la cuchara en la todavía humeante papilla de avena salpicada de canela.

El West Bank cerraba los domingos, no tanto en honor del *sabbath* como para reconocer las inclinaciones de las gentes de la ciudad que lo honraban. Y, como Dios, yo tampoco me oponía a veinticuatro horas de descanso cada siete días. Esa tarde Adán y yo nos entretuvimos preparando una especie de exposición artesanal de los cuadros de Ruth-Claire titulados *Almas*, que colgamos en su viejo estudio. Los organizamos en cinco grupos de siete lienzos cada uno, y asignamos escrupulosamente diferentes fondos de color y de marcos a cada uno de los grupos; después los colgamos en las paredes o los dejamos apoyados sobre estanterías o mesas, donde pudieran ser mejor vistos.

El sol —el cálido sol de la tarde— entraba por las polvorientas persianas en rayas acebradas de mermelada y sombra. Luego, cuando subí las persianas, la luz inundó todo el estudio. Un polvillo minúsculo bailoteaba por la habitación y las posiciones en que habíamos colocado los lienzos, junto con los enérgicos rayos solares que lo inundaban todo, los transformaron de lúgubres errores sujetos a la tierra en afirmaciones extrañamente espectaculares del talento de su creadora.

—¡Dios mío! —exclamé.

Adán señaló un lienzo, y luego otro, y otro, animándome a observar cómo los acabados que una vez me parecieron planos y monolíticos adquirirían ahora profundidad y complejidad. Bajo los mudos pasteles había elocuentes pautas de forma y línea, comentarios iridiscentes sobre las superficies que antes me habían parecido corrientes y en las que ahora estaban embebidos.

—Jamás había visto una cosa así antes. Es difícil de creer.

—Lo sé —asintió Adán.

—¿Es así como tú los has visto siempre?

—Claro que no.

—Pero del otro modo..., del otro modo, Adán, son inexcusablemente feos, como algo que difícilmente valiera la pena conservar.

—A veces pueden parecer así. Incluso he oído a Ruth-Claire confesar lo mismo.

—¿El deseo de desprenderse de ellos? ¿De destruirlos?

—Sí, pero sólo cuando ha llegado... más allá de ellos.

Por encima de la granja Paraíso unas nubes de verano se desplazaban soñadoramente desde el oeste, montadas unas sobre otras como amorosas ovejas. La luz del estudio cambió, como si alguien hubiera corrido una gasa bajo el sol.

—Han quedado arruinados —dije, refiriéndome a los cuadros—. Han vuelto a la normalidad.

Adán me dirigió una mirada inescrutable. Luego, me dio unas palmaditas tranquilizadoras en la espalda. No tengas miedo, señor Paul.

Una breve gloria dorada penetró por entre las nubes de verano. Sólo un poco menos brillante que antes, la luz del sol se desplazó por el estudio. Miré de nuevo los cuadros de Ruth-Claire. No había nada que hacer. El cambio infinitesimal de la luz les había privado de algún modo de su magia. Y por mucho que lo volví a intentar durante el transcurso de los días

siguientes, ya no pude volver a entrar en el estudio en un momento en que la luz descendiera con el ángulo necesario y la intensidad cromática suficientes como para que los lienzos volvieran de nuevo a la vida.

El lunes por la mañana Adán y yo tratamos de ocultarnos mutuamente nuestras sensaciones individuales de expectación. Se suponía que hoy recibiría Ruth-Claire una carta de Craig en la que éste estipularía los grupos, instituciones de caridad y organizaciones políticas a las que deseaba que los Montaraz enviaran sus cheques en pago por el rescate.

A las diez y media empecé a prepararme para conducir a la ciudad y atender mi negocio al mediodía. Me dije a mí mismo que Niedrach debería haber llamado, pero retiré inmediatamente ese pensamiento, al dudar de la seguridad de las líneas telefónicas de Beulah Fork. Craig no tenía por qué saber a dónde se había marchado Adán; sólo tenía que saber que se había marchado de la gran casa con cúpula de la calle Hurt.

En cuanto a Adán, caminaba descalzo por entre la arboleda de pacanas, tristemente entregado a sus reflexiones sobre las desgracias que habían caído sobre ellos. Me dirigí hacia él.

—Si algo sucediera aquí, manténme informado. Llámame al West Bank. Aunque sea Livia George la que conteste al teléfono, no reconocerá tu voz, puesto que nunca la ha escuchado hasta ahora.

Adán no tuvo oportunidad de contestar. Oímos el crujido de un vehículo sobre la gravilla del camino circular que pasaba por delante de la casa. ¿Quién sería? ¿Amigo, enemigo, o una insospechada dama Avon**?

—Entra —le dije a Adán—. Comprobaré quién es.

El habilino obedeció. Bajo el calor sofocante de media mañana di la vuelta a la casa, pasé por debajo de la buhardilla del estudio y doblé la esquina justo a tiempo para ver una figura masculina que se disponía a descender de la cabina de un camión de reparto de brillante color violeta. El camión era tan alto sobre sus enormes ruedas que el último paso del hombre fue casi un pequeño salto en paracaídas. Me vio en cuanto aterrizó. Se quedó mirándome fijamente, con un resuelto escepticismo.

—¿Es usted el señor Loyd?

—Eso depende de con quién esté hablando.

Ni perfectamente afeitado ni con barba, ni un Beau Brummell*** ni un vagabundo, el hombre acortó la distancia entre nosotros.

—Un camaleón, ¿eh? Bueno, supongo que yo también lo soy.

Se detuvo a unos cinco pasos de distancia. Su atuendo era el de un trabajador de pulpa de madera: pantalones de color caqui, camisa de trabajo de color azul, zapatos con suela de goma y gorra de béisbol con la coronilla perforada.

—Soy el agente especial Neil Hammond. ¿Podemos entrar?

Aquellas palabras me quitaron un peso de encima. Estreché la mano de Hammond y le indiqué el camino de entrada a la casa, a través del estrecho vestíbulo principal.

Encontramos a Adán sentado en la escalera, con una caja de limpiar zapatos, dedicado a aplicar betún cordobés a las botas de cuero hechas a mano (con tacones realzados) que había llevado en el West Bank el pasado mes de diciembre. Con los pantalones y la camiseta que llevaba, y entregado a esta sencilla tarea, Adán me recordó a un anciano negro abrigando zapatos en el hotel Ralston de Columbus a principios de los años sesenta. Sentado a media altura de la escalera, nos dirigió un gesto de asentimiento a Hammond y a mí sin dejar de embetunar en ningún momento las punteras y los tacones de las botas. Había cierto aire de

* Alusión a la conocida marca de productos de belleza que visita a domicilio. (*Nota del corrector*)

*** George Brummell (1778-1840): personaje inglés, apodado *Beau* (bello, en francés) por su extremada exquisitez y elegancia en el vestir. (*Nota del corrector*)

melancolía en sus expertos movimientos, pero desprovista de toda autoconmiseración.

Hammond y yo lo observamos trabajar durante un momento. El habilino terminó de aplicar el betún, se puso la bota izquierda, tomó un cepillo con el pie derecho desnudo y empezó a frotar la parte interior de la bota con un cómodo movimiento de vaivén que produjo un sonido susurrante en la escalera. Este sonido fue extrañamente suavizante. Adán dio a la bota izquierda un magnífico brillo cordobés y luego se la quitó y repitió el procedimiento a la inversa, tras ponerse la bota derecha y cepillarse con el pie izquierdo. Hammond y yo permanecimos allí, al pie de la escalera, mirándole como hipnotizados.

—Ya está hecho —dijo finalmente Adán.

Guardó el cepillo y colocó el par de botas abrigadas sobre el escalón, de modo que las punteras quedaron al mismo nivel que el borde. Brillaban y olían muy bien.

Entonces el agente especial Hammond empezó a hablar.

Acababa de llegar de Atlanta con una fotocopia de la carta dirigida a los Montaraz por los secuestradores. El sábado, la Oficina de Investigación de Georgia había recibido autorización federal para buscar la carta en el Servicio Postal —con antelación a su entrega, prevista para el lunes—; por eso había podido traerle el mensaje a Adán a una hora tan temprana del día. Según explicó Hammond, durante todo el mes anterior había realizado una investigación encubierta para la unidad del Departamento Antidroga en el condado de Hothlepoya. El domingo por la mañana, sin embargo, se le llamó para que acudiera a Atlanta y se le ordenó que asumiera el papel de mensajero en este caso concreto.

Vivía en una casa móvil entre Beulah Fork y Tocqueville, y todas las noches frecuentaba los mugrientos locales de carretera para ver si se efectuaban negocios, y vigilaba periódicamente el aeropuerto privado de los Jardines Muscadine para determinar si alguno de los aviones que llegaban traían droga. Aunque sería prudente que Adán y yo mantuviéramos reducidos al mínimo nuestros contactos con él, Niedrach quería que supiéramos que Hammond era nuestro oficial de enlace en el condado de Hothlepoya.

—La carta —graznó Adán.

Hammond subió los escalones con una fotocopia. Yo también subí y me situé por detrás de Adán para poder leer su contenido por encima del hombro. Estábamos demasiado apretados los tres, pero nos las arreglamos bastante bien, y Adán sacudió la fotocopia.

—Ya se han identificado las huellas en el sobre; definitivamente pertenecen a Craig Puddicombe —dijo Hammond.

La carta consistía en un párrafo introductorio, una lista de las diez organizaciones que debían recibir las donaciones de los Montaraz, y un párrafo final en el que se les daban instrucciones para enviar «los cheques genuinamente confirmados», metidos en una caja de cristal que debía exponerse en la entrada interior de los grandes almacenes Rich's, en Lenox Square Mall. Los «cheques genuinamente confirmados» debían enviarse el segundo lunes de agosto —dentro de dos semanas—, de tal modo que miles y miles de clientes pudieran verlos al entrar en Rich's para hacer sus compras. Indudablemente, las bien conocidas firmas de esos cheques y las sorprendentes organizaciones marginales indicadas en la línea de «Páguese a», estimularían un flujo de contribuciones inducidas por la imitación. Además, casi cualquier joven que echara un vistazo a la exposición de cheques confirmados se convertiría en un sospechoso potencial del secuestro, suponiendo, naturalmente, que el FBI o la Oficina de Investigación de Georgia efectuara una vigilancia permanente de la entrada de los grandes almacenes mediante una instalación de vídeo.

—Algo que indudablemente haremos —dijo Hammond—. No se preocupe. No es una estrategia tan inteligente como cree Puddicombe. En primer lugar, porque va a ser muy fácil falsificar los cheques confirmados.

Señalé el pie de la fotocopia.

—Aquí dice que él consultará con las organizaciones en cuestión para asegurarse de que

las contribuciones se han pagado realmente.

—Eso es una fanfarronada. ¿Por qué exponer los cheques en un lugar público si ya supieran lo que se supone debe demostrar el exponerlos de ese modo?

—Por motivos de publicidad —contesté—. Para humillar a Ruth-Claire y a Adán.

Adán se volvió a mirarme.

—¿Aceptarán esas organizaciones nuestras donaciones forzadas, señor Hammond? —preguntó con un habla ahora mucho más fluida.

—Algunas son organizaciones de dudosa probidad. Sí, podrían aceptarlos. Parece ser que la idea de este personaje consiste en creer que vamos a mantener el secuestro oculto al público, al menos por el momento. Así las cosas, las organizaciones que reciban los cheques no tendrán razones para suponer que ustedes los han enviado porque se han visto obligados a ello.

—¿No se les podría comunicar a sus directores en privado? —pregunté.

—Desde luego, pero eso entrañaría cierto riesgo. Si Puddicombe tuviera un informante, aunque sólo fuera en una de esas organizaciones, llegaría a la rápida conclusión de que utilizamos el mismo método con todos los demás grupos. El peligro para la víctima del secuestro estaría claro.

—En ese caso, no les digan nada a ninguna de ellas —intervino Adán—. Sólo enviaremos cheques genuinos que se puedan cobrar.

—Una vez que se haya recuperado a Paulie, señor Montaraz, también podemos dar ciertos pasos para recuperar el dinero. Es posible que unos pocos de esos grupos, al comprender plenamente la situación, se avengan a devolverlo voluntariamente, pero también es probable que un par de ellos, o quizá más, no tengan escrúpulos en aprovecharse de su mala fortuna. Los perseguiríamos a través de la oficina del fiscal general, pero eso podría ser un procedimiento bastante complicado. Ni siquiera se detendrían ante la indignación pública contra algunos de esos grupos absurdos, como las Tropas de choque de la Confederación Resucitada. Incluso es posible que eso no hiciera sino fortalecer su voluntad de aprovechar la corriente principal de nuestro aparato legal.

—El dinero no me preocupa —dijo Adán—. Que se lo queden.

Miré por encima del hombro y estudié la lista. Además del congresista Aubrey O'Seamons y del Imperio clarividente del Ku-klux-klanato, o de las Tropas de choque de la Confederación Resucitada, Craig había especificado una extraña serie de instituciones: algunas dignas de alabanza, otras semirrespetables y varias cuestionables. El Hogar Metodista Infantil de Atlanta aparecía junto a la Asociación Nacional del Rifle y los Vigorosos Supervivientes Blancos de América.

Ni Adán ni yo pudimos evitar el observar que la última organización de la lista era precisamente la Gran Congregación Cristiana de América de Dwight McElroy. Siempre dispuesto a colaborar, Craig se había ocupado de incluir las direcciones postales actualizadas de cada uno de estos grupos.

—Entrega veintitrés mil dólares al Hogar metodista infantil —le aconsejé a Adán—. Y tres mil dólares a cada uno de los restantes nueve grupos.

—No tenemos tanto dinero en nuestra cuenta bancaria, señor Hammond —dijo Adán.

—Si está convencido de que realmente desea manejar este asunto extendiendo los cheques —dijo Hammond—, depositaremos la cantidad necesaria para cubrirlos. Eso fortalecería luego nuestro derecho a buscar el reembolso de cualquier receptor del rescate que se muestre reacio a ello. Debo recordarle, sin embargo, que si lo permite podemos hacer que nuestro departamento de documentos se encargue de falsificar los cheques. Sería fácil para esos chicos.

—Craig Puddicombe lo descubriría —objetó Adán.

—Bien, es una posibilidad muy real.

—En tal caso, deberé solicitar la ayuda del Estado para reunir la cantidad total de cincuenta mil dólares.

—Está bien —asintió Hammond.

Permanecimos sentados en silencio durante un rato, en la estrecha escalera, un tanto desconcertados ante la dura realidad de la carta que Adán sostenía en las manos. ¿Es todo vicio una virtud corrompida, es todo mal un bien pervertido? No lo sé, pero la angustia y el dolor que un muchacho simple como Craig Puddicombe infligía a los Montaraz —y a mí mismo por mi voluntad de implicarme en su situación— procedía casi por completo de la búsqueda de una variedad de justicia que no sólo era ciega, sino también sorda y desprovista de sentimientos. Además, había implicado a Nancy Teavers en su pasión militante buscada con mano izquierda. Me pregunté cómo era posible que una sola persona equivocada pudiera producir un caos tan amplio.

—¿Qué hacemos ahora? —le pregunté a Hammond.

—El señor Montaraz extiende los cheques, pone la dirección en los sobres y me los entrega para enviarlos desde una oficina de Correos en el centro de Atlanta. Después, ninguno de los dos puede hacer mucho más, excepto esperar.

—¿Dos semanas? —preguntó Adán—. ¿Otras dos semanas?

Algo más tarde esa misma mañana, cuando llegué al West Bank, Livia George salió de la cocina con una sección del periódico del domingo enrollada en un puño como si fuera un rodillo de pastelero, la que empleó para hacerme sentar en una silla, junto a la puerta.

—¡Me dijo que ellos estaban bien! Me dijo que Adán se curaba bastante bien y que todo lo demás iba tan bien como cabía esperar...

—Pensé que era así, pensé que era así.

—¿Su matrimonio está a punto de romperse y a usted no le parece que eso es una situación complicada? ¿De dónde saca su inteligencia, señor Paul, de un catálogo de Jay Cee Penney?

Desenrolló el periódico, lo aplanó ante mí y leyó en voz alta el artículo sobre la decisión de Adán de abandonar a su familia durante un período de intenso estudio en la escuela Candler de teología.

—Nunca lo consideré como un don nadie, señor Paul, ni por un instante. ¿Por qué no lo convenció de que abandonara este proyecto tan estúpido mientras estuvo allí con ellos?

—Estaba todo envuelto en vendajes después de la operación. Ninguno de los dos dejó traslucir que tuvieran problemas.

—¡Tonterías!

—Mira, Liwy, esperaron a que yo me marchara de la ciudad para divulgar su historia a la prensa. Eso fue algo deliberado. Supongo que me engañaron..., para ahorrarme la angustia de su propia angustia.

—Llame inmediatamente por teléfono a ese cangrejo del señor Adán; dígame que vuelva con su esposa y su hijo.

—Nadie sabe dónde está, Livia George. Se ha marchado.

Durante el resto del día, mi cocinera se comportó como si la hubiera ofendido infinitamente, y no hizo más que golpear cacerolas y sartenes y murmurar por lo bajo. En una ocasión salió de la cocina para mirar iracunda al hombre pelirrojo que había devuelto su hamburguesa continental tres minutos quejándose de que tenía demasiada cebolla y de que estaba demasiado hecha.

—¿Demasiado hecha? —se quejó en voz lo bastante alta como para que el cliente la oyera—. Si tuviera una cara tan pálida como ese tipo, no comería nada que no estuviera

carbonizado. Si quiere tener gusto a carne cruda que se muerda el labio inferior.

Sólo gracias a un encantador retorcimiento de su brazo conseguí dirigir a Liwy de regreso a la cocina, y sólo invitándole a cuenta de la casa conseguí aplacar al pelirrojo que había sido públicamente insultado por mi cocinera.

En el fondo de mi corazón, sin embargo, le echaba toda la culpa de la situación a Craig Puddicombe.

Para prevenir que Craig utilizara la incapacidad de los Montaraz para satisfacer todas sus exigencias como una excusa para hacerle daño a su hijo, Adán escribió la siguiente carta a los editores de los periódicos de Atlanta:

En las páginas de la pasada edición del domingo se publicó un artículo en el que se sugiere que mi esposa y yo nos hemos separado debido a mi interés por la teología. Aunque al expresarse de ese modo la señora Ruth-Claire no hace sino decir una verdad a medias, se trata, efectivamente, de una verdad a medias. La verdad es que he roto este matrimonio porque una persona de mi especie subhumana no tiene derecho a casarse con una representante caucásica de *Homo sapiens sapiens*. Lamento el mal ejemplo que he dado a los jóvenes de este país. Les animo con toda intensidad a no dejarse arrastrar por la tentación de casarse con seres que no sean de su misma especie.

Además, la señora Ruth-Claire es una persona demasiado exquisita como para compartir su cama con un asesino subhumano como yo. Los padres del fallecido E. L. Teavers, de Beulah Fork, Georgia, saben muy bien de qué hablo, lo mismo que sus hermanos, hermanas, tías, tíos, primos y su infortunada viuda, Nancy, a todos los cuales pido disculpas de todo corazón por haber sobrevivido a la mortal caída que tan fatal fue para el señor Elvis Lamar. Lo siento. Lo siento de veras.

Finalmente, me someto por la presente a cualquier estamento policial o gubernamental que desee detenerme o acusarme ante los tribunales por el homicidio premeditado de E. L. Teavers. Por favor, oh jefes de policía, *sheriffs* o agentes especiales, publicad en esta sección de Cartas al editor vuestro deseo de hacerlo así, y yo mismo me entregaré en el vestíbulo del *Journal-Constitution* a las nueve y media de la mañana del día siguiente a aquel en que se haya publicado este deseo. Así lo juro y prometo solemnemente.

Adán Montaraz

La carta apareció publicada en el *Constitution* del jueves por la mañana y en el *Journal* de esa misma tarde. Adán no había permitido que la leyera nadie con anterioridad —ni siquiera yo—, y aunque con ella técnicamente cumplía todas las exigencias del rescate que aún no habían sido satisfechas, temí que el tono y el giro de las frases empleadas pudiera perjudicarnos. La carta parecía contener el primer uso amplio de la ironía y el sarcasmo al que Adán se hubiera entregado jamás.

El agente especial Hammond visitó la granja Paraíso poco después de la medianoche del jueves. Nos dijo que Niedrach abrigaba dudas similares a las mías en cuanto a la probable eficacia de la «disculpa y confesión» de Adán. Si Craig se sentía conmovido, o si creía que Adán había jugado de algún modo con él, quizá el P. P. tuviera que sufrir las consecuencias. Por otro lado, la carta podría inducir a Craig a ponerse en contacto con Ruth-Claire o el propio Adán, lo que multiplicaría las pistas sobre su paradero y el de Nancy, y prepararía inadvertidamente el terreno para su captura.

El departamento de seguridad de la Southern Bell había cooperado con la Oficina de Investigación de Georgia para establecer un sistema de detección en mi teléfono, mediante la instalación de un registro capaz de mantener abierta una línea incluso hasta después de que

hubiera colgado el que llamara, lo que se realizó en sus oficinas de Beulah Fork. Pero no se molestó en intentar poner una trampa en los teléfonos de la casa de los Montaraz en la calle Hurt debido a la prohibitiva cifra de líneas existentes en Atlanta. Así pues, yo no acababa de comprender la afirmación de Hammond de que otra llamada de Craig podría conducir a su captura. En cualquier caso, era difícil imaginar que el muchacho decidiera llamar a la granja Paraíso. Para ello, hubiera tenido que sentir un repentino presentimiento del lugar donde se ocultaba Adán.

—¿Qué hay en mi carta que pudiera ofenderle? —le preguntó Adán a Hammond.

Para ser alguien capaz de captar las complejidades metafísicas de los diversos temas espirituales, Adán era curiosamente obtuso en otros aspectos. Le dije que su expresión de lamento parecía ser burlona, que su disculpa constituía una acusación implícita contra Teavers, y que su oferta de entregarse daba toda la impresión de ser la parodia de una confesión genuina.

—Has cumplido con la carta, pero no con el espíritu de las exigencias de Craig.

—¿Cómo puedo cumplir con el espíritu de unas exigencias que aborrezco?

—No puede —admitió Hammond—. Lo único que puede hacer es fingirlo.

—Yo no sé fingir —gruñó Adán—. Nunca he sabido hacerlo.

Una lágrima se formó en la esquina de uno de sus ojos. Parpadeó, y la lágrima dejó un rastro húmedo por la torrencera que descendía entre su mejilla y su hocico habilino.

—Ya no puedo seguir fingiendo que soy feliz alejado de mi esposa. Ya no puedo fingir que mis rezos parezcan ayudar. Ya no puedo fingir que el Dios de Abraham, y también el del converso Pablo se preocupe mucho por el terrible dilema en el que se haya sumido mi familia.

—Estamos aquí, señor Montaraz —dijo Hammond—, y hacemos todo lo que podemos.

Sentado ante la mesa de la cocina, con una botella de Michelob en una mano, Adán se desmoronó por completo. Sollozó como un niño de tres años injustamente castigado, y la frágil parte inferior del rostro se aplastó de modo alarmante. Por un momento temí que fuera a estropear algún aspecto de la cirugía que lo había «humanizado».

—Debería leer usted el Libro de Job —dijo Hammond.

Adán apartó con un gesto la mano del agente especial.

—¡Aplaque este infierno! —exclamó ante el imperturbable Hammond—. Mi pueblo ha pasado por dos millones de años de duras pruebas, y ha tenido incluso la necesidad de ocultarse de sus propios descendientes, pero no puedo escapar de mayores tribulaciones, ni siquiera como persona libre en los Estados Unidos. Por eso le ruego, de la forma más implorante: ¡aplaque este infierno!

Y tras decir esto, arrojó contra la nevera la botella de Michelob, que pasó silbando entre Hammond y yo mismo. Milagrosamente la botella no se rompió, pero la cerveza se desparramó por todas partes y salpicó el linóleo. Después, el habilino se levantó y abandonó la estancia.

—Esta noche está muy afectado —dijo Hammond, no sin cierta simpatía.

—¿Han hecho ustedes algún progreso allí? ¿Qué me dice de la familia de Craig, aquí, en la ciudad? ¿Ha hablado con ellos?

—No hemos interrogado a la madre de Puddicombe, ni a ningún otro miembro local de su familia porque estamos convencidos de que intentarían avisarle. Es de esa clase de familias.

—¿Qué hace Niedrach? ¿Y Davison? ¿Y el enlace del FBI? No ha ocurrido absolutamente nada desde que llegó esa carta... —mientras hablaba, me dedicaba a recoger la cerveza derramada con toallas de papel.

Hammond arrancó un par de hojas del rollo de la cocina y se arrodilló a mi lado, junto a la nevera, para ayudarme.

—Están trabajando. Todos estamos trabajando. A veces se necesita tener un poco de suerte —llevó las empapadas toallas de papel al cubo de la basura—. Y, a propósito, su amiga Caroline Hanna me pidió que lo saludara en su nombre. Ella acompaña a su ex esposa casi todo el tiempo que puede escabullirse de su trabajo. Esa mujer es realmente una buena amiga.

Oh, Dios, pensé: seguramente estarán comparando notas.

—Gracias —dije en voz alta—. ¿Qué hacemos ahora?

—No hacer nada, señor Loyd. No hacer nada.

Adán y Ruth-Claire habían extendido los diez cheques exigidos por la carta de Craig, por importe de cinco mil dólares cada uno. Aunque se trataba de contribuciones considerables para la mayoría de contribuyentes estadounidenses, ninguno de ellos, en sí mismo, era suficiente como para parecer especialmente notable al proceder de figuras nacionales como los Montaraz, a los que se les suponía una considerable riqueza. Los agentes de la Oficina de Investigación de Georgia los disuadieron de extender un cheque con una cantidad notablemente más alta que los otros, por temor a que Craig empleara esa disparidad como excusa para plantear mayores exigencias. Parecía disfrutar del juego que desarrollaba, como si la acometida de la adrenalina producida por el hecho de plantear demandas complejas y ver que se llevaban a cabo fuera una especie de premio adicional para su particular búsqueda de «justicia».

A finales de la semana supimos que el banco de los Montaraz, en el condado de De Kalb, había empezado a efectuar los pagos a algunas de las instituciones indicadas. Las Tropas de Choque de la Confederación Resucitada, el Imperio Clarividente, los Supervivientes blancos, el Hogar Metodista Infantil y Aubrey O'Seamons no perdieron tiempo en cobrar sus respectivos cheques. Como resultado de todo ello, quizá fuera posible exponer los diez cheques cancelados en el expositor de cristal de Lenox Square unos días antes de lo previsto. De hecho, el viernes por la noche, exactamente una semana después del secuestro, Hammond nos informó que el FBI había tomado ciertas discretas medidas para exponer los cheques a mediados de la semana siguiente. Dado que ya habían sido pagados, no tenía sentido retrasar su disponibilidad para los secuestradores hasta el segundo lunes de agosto. Naturalmente, era problemático que Craig liberara al P. P. antes del lunes, pero todos estuvimos de acuerdo en que valía la pena intentarlo. Mientras tanto, los especialistas trabajaron fuera de las horas comerciales normales para instalar y ocultar el equipo de vigilancia de vídeo frente a Rich's.

Adán y Ruth-Claire intercambiaban cartas durante su separación. Bilker se encargaba de enviarlas por correo desde estafetas distribuidas por distintas partes de la ciudad, mientras que yo dirigía las respuestas de Adán al apartamento de Caroline Hanna, de modo que ella pudiera llevarlas a la calle Hurt cuando acudiera a visitar a Ruth-Claire. Tomamos todas estas molestas precauciones porque Niedrach estaba convencido de que Craig interpretaría cualquier signo de contacto entre los Montaraz —incluso desde lejos— como una violación de su promesa de vivir separados. Las llamadas telefónicas también quedaron descartadas.

Caroline y yo, sin embargo, no nos hallábamos sometidos a esta prohibición y mientras yo la llamara desde el West Bank, en lugar de hacerlo desde la granja Paraíso, nadie opuso la menor objeción a que nos comunicáramos el uno con el otro. De modo similar, ella llevaba buen cuidado de llamarme sólo al restaurante. Si lo hacía durante las horas de trabajo, yo siempre podía subir al almacén del piso de arriba para recibir la llamada por la extensión que tenía allí. Abajo Livia George colgaba, y Caroline y yo conversábamos como adolescentes furtivos. El calor del almacén, con su mohoso catre y las altas pirámides de cajas de cartón y cajones con verduras, aumentaba todavía más la sensación de que aquellas conversaciones apresuradas eran ilícitas. Pero me gustaba esa sensación. Era absurdo volver a sentirse como un adolescente, pero al mismo tiempo era algo espléndido, un inesperado beneficio del secuestro del P. P., gracias al cual podía soportar todo el horror del acontecimiento a plena luz del día.

El sábado por la noche Caroline llamó a las once y media, justo poco antes de que Hazel y

Livia George salieran por la puerta principal. A pesar de todo, preferí atender la llamada en el piso de arriba, donde sólo un viejo ventilador que giraba en el suelo impedía que me derrumbara a causa del acaloramiento.

—¿Qué hay de nuevo, muchacha?

—No gran cosa, Paul. Sólo quería que supieras que seguimos resistiendo. Ruthie se muestra increíblemente serena. Yo, en cambio, estoy rendida.

—Yo también. Absolutamente agotado. Esta noche hemos tenido mucha gente.

—¿Y Adán?

—Empiezo a sentirme preocupado por él, Caroline. Parece abandonarle su extraña amalgama de creencias religiosas: su fe, si quieres llamarlo así. Se pasa todo el tiempo recorriendo la casa como un animal enjaulado, taciturno e hipersensible. ¿Sabes lo que me ha dicho esta mañana? «Soy un pararrayos para la crueldad humana». Esas fueron exactamente sus palabras.

—No parece propio de él compadecerse de sí mismo.

—Lo parece y no lo parece. Creo que expresa un cierto grado de preocupación por las personas que le rodean. Le molesta que haya tantas personas, Ruth-Claire, yo, Bilker, los policías y agentes especiales y probablemente también tú, que nos estemos poniendo en peligro por tratar de ayudarle. Se siente responsable por todos nosotros.

—Bueno, bien podría decir con la misma facilidad: «Soy un pararrayos para la caridad humana». Él está mirando las cosas al revés, Paul.

—¿Crees acaso que es diferente a cualquiera de nosotros? Considera el bien como lo normal. El mal, en cambio, lo confunde por completo.

—¡Oh! —exclamó Caroline, como se se hubiera encendido una bombilla sobre su cabeza; pero antes de que tuviera oportunidad de pedirle que se explicara, repitió— ¡Oh!

Por lo visto, la bombilla era de cien vatios.

—¿Qué ocurre?

—¿Recuerdas cómo parece ser que Adán llegó a Estados Unidos? ¿Recuerdas que era uno de los tres tripulantes habilinos de aquel barco de pesca que traficaba con armas desde Punta Gorda en Cuba, para entregarlas a la guerrilla opuesta a Baby Doc, en Haití?

»Bien, aquel barco nunca logró llegar a Haití. El cubano al que entrevisté en la penitenciaría de Atlanta, un tal Ignacio Guzmán Suárez y Peña, bueno..., Ignacio asesinó al capitán del barco y a los dos habilinos compañeros de Adán. Eso es otro caso de violencia que persigue a Adán, otra razón que le induce a verse a sí mismo como un «pararrayos para la crueldad humana». Nos olvidamos de que cuenta con un pasado anterior a su primera aparición en Georgia...

Empecé a objetar, pero Caroline me interrumpió.

—Ruth-Claire quizá lo sepa, pero los demás no tenemos una buena idea de las calamidades a las que tuvo que sobrevivir.

—Te amo, cariño —le dije.

Sólo el débil e idiota ruido estático de la línea —el rugido de la locura sin palabras— continuó manteniéndonos en contacto. Me removí sobre el destartado camastro, mientras el sudor lubricaba mis costados.

—¿Estás todavía ahí, Caroline?

—Podrías haber tenido la decencia de decirme eso el pasado domingo por la mañana —replicó finalmente.

—¿Qué ocurre? Ayer estaba todo bien, ¿verdad? Quiero decir, entre nosotros.

Ella dejó que la línea cantara durante unos segundos.

—Paul, hoy he recibido una carta de Brian.

—¿De Nollinger? —pregunté, con el corazón hundido.

—El mismo —admitió ella.

La carta procedía de una ciudad llamada Montecristi, en una provincia nororiental de la República Dominicana. En ella, el bueno y viejo Brian dedicaba cuatro o cinco párrafos a justificar su brusca partida de Atlanta. Su posición en el departamento de antropología de Emory no había hecho más que deteriorarse. Su pelea pública con el paleoantropólogo A. P. Blair, de Zarakali, lo había situado en un terreno movedizo con respecto a sus colegas, la mayoría de los cuales reverenciaban al viejo bonzo malhumorado. Brian no había logrado mejorar la opinión que se tenía de él al acusar a la artista Ruth-Claire Loyd de haber convertido a Adán Montaraz, el refugiado habilino del Caribe, en su «esclavo» personal cuando, en realidad, los dos se habían casado libremente. Hacer intervenir a un agente del Servicio de Inmigración y Naturalización para que intentara detener a Adán había sido otro lamentable error.

—Cometió muchos. Me alegra saber que ha empezado a lamentarlos.

Caroline me dijo que me callara y continuó. Poco a poco, se desarrolló entre los colegas de Brian la percepción de que trataba de sacar todo el partido posible a la controversia sobre el habilino para beneficiar su carrera, y que lo hacía de una forma inepta, sin lograr su propósito. Había complicado su posición en el departamento al mostrar últimamente escrúpulos acerca de algunos de los experimentos que llevaban a cabo con primates en el puesto rural situado al norte de Atlanta. ¿Servían esos experimentos para algún propósito especial de investigación, o sólo se trataba de algo conveniente para generar medios de financiación para los etólogos que, quizá de otro modo, se encontrarían sin empleo?

Finalmente, mortificado por su propia complicidad con ese sistema, expresó en voz alta la inhumanidad de su aplazado estudio con los macacos de cola corta. Afirmó que jamás volvería a explotar a inocentes primates con propósitos de investigación, por muy noble que fuera la causa. Comprensiblemente, los colegas que poseían experiencia en la tarea de obtener fondos interpretaron la recién descubierta escrupulosidad de Brian como un bofetón en pleno rostro. A partir de entonces, su reputación como buscapleitos adquirió dimensiones monstruosas.

—Se merecía esa reputación.

—Quizá sí, y quizá no. En cualquier caso, escribió que desde el último verano su vida ha sido una continua pesadilla, y que si no hubiera sido por mi afecto y mi apoyo, probablemente habría tomado una sobredosis de somníferos durante la pasada Navidad.

—Eso es conmovedor, sobre todo sí tenemos en cuenta la deuda que siente haber contraído contigo. ¿Por qué crees que nunca se decidió a despedirse de ti?

—Se disculpa por eso. Temía que si venía a verme para despedirse, se acobardaría y se quedaría. Cuando se enteró de que había conseguido un puesto de investigación en una gran empresa estadounidense en la República Dominicana, no supo si alegrarse o dejarse arrastrar por el pánico. Era un cambio tan drástico con respecto a su propio pasado. Un chico de Georgia, con estudios avanzados en antropología y comportamiento de los primates. Le daba la espalda a todo eso. Realmente, no sabía si podría hacerlo, Paul.

—Parece ser que se las arregló.

—Relájate, ¿quieres? No voy a comprar un billete de avión para irme a la República Dominicana. No amo a Brian. Simplemente, me siento aliviada de saber que está bien.

Me relajé, entoces. Ella ya no amaba a aquel hombre. Entonces, ¿por qué se había mostrado tan recelosa al contarme lo que le había escrito? Bueno, es cierto que mi actitud hacia él impedía hablar cómodamente de su anterior amante. Ella había tenido miedo de mencionar el nombre de Brian, y mucho más de hablarme acerca de su carta. Al mismo

tiempo, había tenido la sensación de que no decírmelo sería como sabotear el grado de confianza que habíamos creado en nuestra relación.

—De todos modos, ¿qué demonios está haciendo allá abajo? —pregunté.

—Ha sido contratado por la industria azucarera —contestó Caroline. La oí revolver las páginas de la carta de Brian, tal como había oído en otra ocasión a Craig Puddicombe revolver la lista con las exigencias de su rescate—. Las plantaciones en las que tiene que trabajar son propiedad de la *Austin-Antilles Corporation*. Le han pedido que estudie las condiciones de vida de los cortadores de caña haitianos. Por lo visto, los cortadores de caña son empleados por la red local de recolección de la cosecha de caña según un sistema de sorteos. El trabajo de Brian consiste en proponer medios de costes eficientes para mejorar sus condiciones de vida, sin destruir la base económica de los gobiernos haitiano o dominicano.

—Tonterías.

—¿Qué hay de malo en ello? Brian dice que ya ha empezado a compartir las miserables condiciones de vida de los cortadores de caña. Está entusiasmado. Cree que encontrar una forma de canalizar hacia esa gente el dinero de la *Austin-Antilles Corporation* va a ser todo un desafío. Va a tener que emplear sus antecedentes de estudios antropológicos para un propósito sociológico humano.

—¿Desafío? Más bien me parece un atajo hacia la crucifixión.

—¿Por qué?

—Deberías saberlo mejor que yo. Tú eres la que ha trabajado con refugiados cubanos y haitianos.

—No allá abajo, sino sólo aquí. ¿A dónde quieres ir a parar?

—La política haitiana es nauseabunda. La democracia dominicana es más bien frágil, y la *Austin-Antilles* llegó a ser lo que es, un conglomerado multinacional, no por compartir su riqueza con los peones, sino que precisamente por todo lo contrario. Me parece que tu amigo Brian se encuentra atrapado en medio de una estratagema de relaciones públicas con los cortadores de caña. Los trabajadores haitianos siempre reciben la peor parte. Parece ser algo innato del sistema.

—A Brian le parece que puede hacer algún bien.

—Sí, bueno, espero que no termine con clavos atravesándole las manos y los pies.

Caroline se echó a reír, mordaz.

—Al menos, es la primera vez que le has deseado algo menos fatal que aparecer colgado de un árbol al amanecer, ¿verdad?

Admití que, probablemente, era así. También le dije a Caroline que si Brian hacía bien su trabajo, y que si la *Austin-Antilles* se contenía y no lo despedía por su presunción, sería transferido casi con toda seguridad a algún otro proyecto menos comprometido de la empresa en alguna otra isla. Así era como hacía los negocios la gran AAC.

Por un momento, la línea me regaló un aria inarticulada de sonido estático. Luego, Caroline dijo:

—Yo también te quiero.

Y tras decir esto, colgó. Me quedé allí sentado, en medio del calor, atónito, saboreando aquellas palabras.

En la granja Paraíso, Adán no hacía sino vegetar. Si escribía una carta a Ruth-Claire, se le olvidaba entregármela para echarla al correo. Si empezaba a hacer un crucigrama, pronto perdía interés. Sus libros de teología, historia de las religiones, filosofía y teoría contemporánea de la creación permanecían guardados en sus cajas, en el estudio del segundo piso.

Neil Hammond no venía con noticias nuevas y el domingo por la mañana, demasiado agitado por la declaración de amor de Caroline como para dormir hasta muy tarde, fui yo mismo el que puse el programa «Obsequio del gran evangelio». ¿Qué me motivó a hacerlo? Quizá, simplemente, tuve el presentimiento de que McElroy mencionaría haber recibido una reciente contribución de cinco mil dólares de Adán Montaraz.

Bingo. Lo reconoció así, justo cuando un pequeño ejército de pulcros encargados del orden empezaban a dirigirse hacia el altar para recoger las bandejas de colecta. Adán —demasiado ocupado intentando recordar una palabra de nueve letras para «falsa piedad»— no mostró la menor señal de que hubiera oído a McElroy reconocer la recepción de la donación.

Esa tarde, sin embargo, se quedó dormido mientras veía, sin sonido, un partido de los Braves en el canal 17. Pude apagar el televisor sin molestarlo, una notable hazaña considerando su sueño tan ligero como el de un gato. El sermón de McElroy de aquella mañana se había titulado «Compromisos llenos de energía». Eso era lo que Adán parecía necesitar, pero, como ya he dicho, no había escuchado lo que dijo aquel hombre.

El lunes por la mañana, a las diez, salí de la granja Paraíso hacia la ciudad. Pasé primero por la lavandería de la parada de la Greyhound para recoger mis manteles limpios. Ben Sadler, que ya tenía aspecto arrugado y deshidratado a aquellas horas de la mañana, me los tenía preparados sobre el mostrador. Parecía estar esperándome. La mujer negra que manejaba la plancha de vapor —un instrumento de aspecto amenazador, con una tapa parecida a la de un ataúd— se tomó incluso la molestia de anunciar mi llegada.

Vaya, vaya, pensé. ¿Qué ocurre aquí?

Curiosamente, sin embargo, mi conversación con Ben no pareció tener propósito alguno, y se centró en temas tan corrientes como el nivel de humedad y los precios de la carne de cerdo en el mercado. Extraño. Habitualmente, a Ben le encantaba provocar alguna que otra discusión verbal sobre el despliegue de las fuerzas estadounidenses en América central, o la moralidad de servir bebidas alcohólicas en los locales de comidas. Me dispuse a marcharme.

—Dime, ¿recibes el *Newsweek*? —preguntó Ben.

—No estoy suscripto; ocasionalmente lo compro. ¿Por qué?

—¿Has visto el número de esta semana?

—¿Ya lo han publicado?

—Hy Langton, el de la tienda, recibe sus ejemplares a primeras horas del lunes. Yo compré uno en seguida, pero él no sabe qué hacer con el resto: si ponerlos a la venta, o amontonarlos debajo del mostrador.

—¿*Newsweek*? ¿Con el *Playboy* y el *Penthouse*?

—Este nuevo número contribuye a abrir los ojos. Milly y yo —añadió, indicando con un gesto a la mujer que hacía funcionar la plancha, quien bajó azorada la mirada—, hemos mantenido..., bueno, una discusión acerca de lo mucho que han cambiado los tiempos como para que una vieja revista como *Newsweek* utilice la portada que empleó en este número. Eso hace que uno se pregunte si no sería mejor vendarles los ojos a los hijos cuando se camina por la acera de una ciudad.

—Pero tú has comprado un ejemplar, ¿no?

—Bueno, Paul, lo he comprado para ti... —a pesar del calor de la mañana y del bochorno que hacía dentro de la lavandería, Ben consiguió ruborizarse—. No te sientas insultado. No es que piense que eres un degenerado o algo así. Sólo es que..., bueno, en otro tiempo estuviste casado con una artista y todo eso, y eres bastante más sofisticado que la mayoría de habitantes de Beulah Fork. Sabes cómo tomarte estas cosas de una forma..., bueno, salaz. ¿No es salaz la palabra adecuada?

—Por el amor de Dios, Ben... ¿de qué me hablas?

—Toma.

Y con un movimiento enfático extrajo la revista de debajo del mostrador y la dejó caer sobre los doblados manteles.

La portada de la revista me afectó duramente, pero me las arreglé para mantener una expresión lo más indiferente que pude. Que Ben y Milly inventaran una reacción, en lugar de relatarla. De todos modos, hiciera lo que hiciese, los molinos de la murmuración se pondrían en marcha.

¿Y cuál era la portada del *Newsweek*?

Para ser sucintos, consistía en una asombrosa fotografía de Adán y Ruth-Claire, de pie el uno al lado de la otra, frontalmente desnudos, Adán situado a la izquierda, y Ruth-Claire a la derecha. Adán tenía la mano levantada, en un venerable gesto humano que significaba «paz» o «no tengo ningún arma». Mi ex esposa, aunque visiblemente desnuda frontalmente de pies a cabeza, mantenía la pierna izquierda ligeramente extendida, y el cuerpo un poco ladeado hacia el de Adán. Por mucho que atrajeran la vista, la pareja sólo ocupaba la mitad vertical derecha de la portada.

La otra mitad contenía un par de relojes, uno al lado del otro, entre la segunda y la tercera letras del logotipo de *Newsweek*. Uno de los relojes mostraba las iniciales «a. de C.» en el centro, y el otro «d. de C.». Bajo los continentes, envuelto en un extraño sombreado, colgaba un modelo translúcido de plexiglás de Africa, mientras que al pie de la fotografía, de izquierda a derecha, por debajo del continente suspendido y de la pareja primigenia, flotaba un rosario de islas que representaban las Antillas menores y mayores. Desde la isla de La Española surgían una serie de flechas que enmarcaban la estela de un barco de pesca que se dirigía desde Cuba hasta la punta inferior de Florida. Una leyenda sobreimpresa sobre los pies de Adán y Ruth-Claire proclamaba:

LA NUEVA FOTOGRAFÍA
Un arte en transición militante

—Apuesto a que esto habrá hecho que muchos puritanos cancelen su suscripción —dijo Ben—. ¿Qué te parece, Paul?

Todavía no estaba preparado para decir nada, pero probablemente Ben tenía razón. Quien hubiera tomado aquella fotografía no se había molestado en ocultar el vello púbico o las partes íntimas de mi ex esposa y de su marido. Esa fue la razón por la que creí conocer la identidad del fotógrafo.

Pasé las hojas hasta encontrar el artículo correspondiente, en el corazón de la revista. Tras encontrar la pista y algunos párrafos siguientes, descubrí el nombre de Maria-Katherine Kander una y otra vez. De hecho, dos de las fotografías que acompañaban el artículo eran retratos relativamente insípidos, es decir, los modelos se veían medio ocultos por las sombras o semimodestamente envueltos en ropas, tomados en la misma recepción de Abraxas que había expuesto los cuadros de Adán y el trabajo multicolor de varios artistas haitianos. Por un momento, tuve la impresión de haber retrocedido al mes de febrero.

—¿Sabías que habían hecho esto, Paul? ¿Que se habían dejado tomar juntos estas fotografías?

—No, no lo sabía.

Me resultaba difícil imaginar que Ruth-Claire hubiera consentido en que se le tomara una foto así. En esa portada estaba tan desnuda como yo la hubiera visto en nuestro matrimonio, decididamente no convencional. A mitad de nuestro matrimonio ella había llegado a la conclusión de que las relaciones sexuales regulares conmigo tenían tanto romanticismo como cambiar una rueda en un Chevy del 54. No es que fuera puritana o fría, sino sólo que el sexo se había convertido para ella en un proceso consumidor de tiempo, y que era mejor dejarlo para quienes no tuvieran nada más importante que hacer. El hecho de saber que, muy probablemente, yo no iba a poder darle un hijo, no hizo sino reforzar esa actitud en ella: si la procreación quedaba descartada y el placer había desaparecido hacía tiempo, ¿por qué

molestarse?

En cualquier caso, la última vez que la vi sin nada encima fue aquella noche que me subí al magnolio de la granja Paraíso para tomar fotografías de Adán en el cuarto de baño de la planta baja. Ella había sido infinitamente más provocativa en ese ambiente. En la fotografía de la Kander parecía representar la femineidad a la vista de un extraño que, de otro modo, pudiera no haber captado el concepto. En cierto sentido, claro está, ése era precisamente el propósito.

Dejé la revista sobre los manteles y tomé todo el fardo en mis brazos.

—Gracias por el Newsweek, Ben.

Luego crucé tambaleante la calle con mi carga. Dejé los manteles sobre una silla y le dije a Livia George que, una vez más, tendría que ocuparse de atender a la clientela sin mi ayuda.

—Adelante —me dijo, moviendo una mano.

Nada de lo que yo hiciera o dejara de hacer lograba ya sorprenderla. Así pues, salí del West Bank con el Newsweek enrollado en una mano, y subí a mi coche.

El elevado camión púrpura de Neil Hammond estaba aparcado frente a mi casa, en la granja Paraíso. El agente estaba en el salón, con un montón de ejemplares de Newsweek precariamente equilibrados sobre el extremo de una de mis mesas más frágiles. Hammond sostenía el montón de revistas con la palma de una mano. Adán estaba colgado sobre el borde de un sillón, frente al agente, con aspecto penitente y desconcertado. Yo aún llevaba mi ejemplar enrollado como un garrote.

—Lo ha visto —dijo Hammond—. Ha visto el mayor desastre del día —indicó el montón de revistas con un gesto—. Lo vi hace aproximadamente una hora, cuando acudí a la tienda para comprar una tarjeta para el cumpleaños de mi esposa. Compré todos los ejemplares de Newsweek que había en ese condenado lugar. El señor Langton está convencido de que soy un pervertido de primera. Probablemente esto ha echado a perder mi cobertura —sacudió la cabeza, pesroso—. Mi cobertura echada a perder por la cubierta de una revista. Es divertido, ¿verdad?

»Recorrí todas las tiendas de la ciudad, señor Loyd, pero el daño ya estaba hecho. La gente de aquí recuerda a la señora Montaraz, la recuerda muy bien, y muchas de las revistas se compraron para guardarlas como recuerdos, puede estar seguro. Mañana recibirán sus ejemplares las personas que estén abonadas, y no hay forma de detener una cosa como ésta. Es un desastre de relaciones públicas de proporciones colosales. Es un golpe bajo para todo aquello que hemos intentado hacer.

Levantó la mano de las revistas y éstas se deslizaron hasta el suelo, con una cascada de golpes susurrantes: Adán y Ruth-Claire, Adán y Ruth-Claire, Adán y Ruth-Claire.

Miré a Adán.

—¿Qué demonios pensábais cuando consentisteis en hacer esto?

—Han contribuido a lo que sin duda alguna será el número más coleccionable, al menos en cuanto a la portada, de la revista *Newsweek* —dijo Hammond, al tiempo que empujaba los ejemplares con la bota—. Eso es una de las cosas que han hecho. *Newsweek* recibirá más cartas de las que jamás haya recibido, y nueve de cada diez procederán de viejas señoras encolerizadas, de madres preocupadas, de enojados predicadores y todo esa clase de fauna. Se cancelarán suscripciones, claro, pero antes de que termine el día se habrá vendido toda la edición.

»¿Recuerda cómo ese escamoso Beatle y su compañera japonesa hicieron un álbum titulado *Dos vírgenes*, a finales de los años sesenta? Se hicieron fotografiar totalmente desnudos para la portada del álbum. Nadie quería utilizar esa foto en su jodida compañía, pero el escamoso Beatle insistió en ello. Al menos, vendieron los condenados álbumes en fundas

marrones. Pero esto —dio una patada a uno de los ejemplares— se vende directamente delante de Dios y de todo el mundo con *Time* y *Woman's Day* y *Field and Stream*. Y por «Dios y todo el mundo», me refiero precisamente a todo el mundo, incluido el pequeño Bobby, la inocente y pequeña Susy, la dulce y anciana tía Matilda y, probablemente lo peor de todo, el loco Craig Puddicombe.

Adán, con las manos entrelazadas entre las rodillas, levantó la mirada.

—Ni Ruth-Claire ni yo teníamos la menor idea de que esa foto se publicaría —dijo con un gesto vago.

—Pero ¿por qué posasteis para algo así? —pregunté.

—En el mes de abril, bastante antes de mi operación, esa tal Kander llegó a Atlanta para tratar un asunto en Abraxas. Pidió hacernos unas fotos a Ruth-Claire y a mí. La idea de la pareja primigenia tenía un gran atractivo para ella. El señor David hizo las presentaciones; Ruth-Claire y ella se hicieron en seguida muy buenas amigas. Así que cuando su nueva amiga sugirió que posáramos de ese modo, mi esposa no planteó grandes objeciones. Yo tampoco. Así que nos tomó las fotos en la misma sala de exposición donde la Kander había expuesto en el mes de febrero. Un poco más tarde nos envió amablemente copias de esta misma foto— Adán buscó mi mirada—. Jamás pensamos que esta imagen apareciera publicada en ninguna parte, y creíamos que sólo quedaría guardada en el archivo de Kander. Esto ha sido una gran conmoción para mí.

—Es un verdadero desastre —reiteró Hammond.

Abrí el ejemplar enrollado que sostenía en la mano y lo levanté.

—Pero ¿por qué esto, Adán? ¿Por qué quería ella que posarais así?

—La puesta en escena era muy simbólica —contestó Adán, con un gruñido bajo—. La pareja primigenia, como ya te he dicho. Yo me llamo Adán, y soy un habilino cuyos orígenes se remontan a mucho más allá del Adán bíblico. Eso fue, al menos, lo que nos dijo Maria-Katherine. Ruth-Claire, por el contrario, es una mujer moderna que vive en la era tecnológica, según dijo también la Kander, quien añadió que nuestro matrimonio une el pasado y el futuro de las especies en un nuevo y excitante presente —se detuvo un momento—. Quizá le falte claridad a este simbolismo, pero no vi nada malo en posar desnudo junto a mi esposa ante esta fotografía de gran talento. El primitivo Adán y, de algún modo, la posterior Eva. A Ruth-Claire le pareció muy divertido y hasta gracioso, por mucho que eso te sorprenda ahora.

Observé la cubierta con dura expresión.

—Esta pose me recuerda algo, Adán, pero ¿qué es?

—María-Katherine escenificó la composición según las placas enviadas al cosmos a bordo de los vehículos espaciales *Pioneer 10* y *11*. Como recordarás, también mostraban a un hombre y una mujer desnudos, de pie, uno al lado del otro, el hombre con la mano izquierda levantada. En esas placas, naturalmente, el hombre es más alto que la mujer, y las islas situadas al pie no son Cuba y todo lo demás, sino el Sol y los planetas de nuestro sistema solar. Se muestra un modelo en miniatura del vehículo espacial que abandona el tercero de esos planetas y vuela entre Júpiter y Saturno, hacia el océano cósmico. Fue idea de M.-K. Kander el utilizar esa misma pauta. Un modelo de plexiglás de África cuelga a la derecha porque, por lo visto, fue allí donde tuvo sus orígenes la humanidad. La propia Maria-Katherine preparó ese modelo del continente.

Hammond se retorció la gorra entre las manos.

—¿No tenía usted idea de que esa foto iba a ser publicada en la portada de *Newsweek*?

—Si la historia relativa a la portada hubiera hablado de ellos, lo habrían sabido —los defendí—. El personal de la editorial les habría informado. Pero el artículo relativo a la portada se refiere a la nueva fotografía y, probablemente, la única autorización que necesitaban los editores era la de la Kander para emplear esta foto en particular.

—De haber sabido que iban a utilizarla, podríamos haberles contado lo que está sucediendo aquí —dijo Hammond—. Podríamos haberles pedido que renunciaran a hacerlo, o al menos que lo retrasaran una semana. No hay nada tan urgente en el tema de la «nueva fotografía», por el amor de Dios. Podrían haber esperado.

Adán se levantó, hundió las manos en los bolsillos del pantalón y, balanceándose sobre un pie, recogió un ejemplar del Newsweek con los dedos del otro pie. La revista se quedó suspendida allí, como una asombrada criatura marina que hubiera sido sacada repentinamente de su medio natural. Luego, desdeñosamente, Adán la dejó caer al suelo.

—Me siento muy infeliz con esa ambiciosa fotografía —dijo—. Muy infeliz, de veras.

Regresé a mi trabajo. Hammond permaneció en la casa, con Adán. A las seis de aquella tarde el agente me telefoneó al West Bank para decirme que había ocurrido algo y que él y Adán se marchaban a Atlanta.

—Espere un momento. Yo quiero ir con ustedes.

Livia George estaba a mi lado, junto a la caja registradora.

—¿Tiene esto algo que ver con la foto aparecida en esa revista?

—Silencio, Livia George.

—La ciudad les ha hecho esto. La ciudad les ha hecho creer que pueden quitarse las ropas para una revista de ámbito nacional.

—¡Maldita sea, mujer, déjame tranquilo por un minuto! —exclamé, con la mano sobre el teléfono; los comensales de un par de mesas cercanas me miraron con desaprobación, por el lenguaje y el tono que acababa de emplear.

—Esto ya no es asunto suyo, señor Loyd —dijo la voz de Hammond—. Niedrach acaba de llamar. Ahora tenemos que marcharnos.

—El P. P. es mi ahijado. No pueden dejarme al margen. Déme unos diez minutos y estaré con ustedes.

—Nos marchamos ya.

—Les seguiré.

—Será por su cuenta y riesgo.

—¿Van a casa de los Montaraz, en la calle Hurt?

—Adiós, señor Loyd.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Ha llamado Craig? ¿Le ha visto alguien?

Pero en mi oído sonó el tono de marcar. Me dirigí a la cocina, hacia donde Livia George se había retirado momentos antes, y la encontré cortando rebanadas de tomate para una ensalada. Hazel Upchurch salteaba unas setas en una sartén de hierro. Debbie Rae House, mi nueva camarera, recogía una bandeja con vasos de agua.

—Rezad, por favor —les ordené a las tres mujeres—. No sé de qué demonios servirá eso, pero rezad por el P. P.

Y tras decir esto me marché.

A pesar de la delantera que me llevaban, alcancé al camión de Hammond entre las dos salidas que limitan Newnan, Georgia, en la autopista I-85. El sol descendía por el horizonte occidental, pero todavía había luz diurna sobre los prados que flanqueaban la interestatal —amarronados por el calor—, y el tráfico se movía con rapidez en ambas direcciones. A ciento treinta por hora, tuve que bajar la velocidad para no pasar al camión del agente, y tuve que esforzarme por controlar el coche y seguir a Hammond y a su pasajero habilino hacia

Atlanta.

Sin mayores incidentes, aparcamos frente a la casa de los Montaraz y entramos. Adán y Ruth-Claire se abrazaron. Niedrach estaba presente, pero no Davison; en su lugar había dos hombres con chaquetas deportivas y la raya del pantalón perfectamente trazada. Ninguno de los dos había cumplido todavía los cuarenta años; uno de ellos llevaba un cabello largo muy bien arreglado que apenas le tocaba el cuello de la camisa por detrás, pero que se mantenía bien apartado de las orejas; tenía mejillas sonrosadas y ojos claros, como un actor de segunda en una película de serie B de los cuarenta. El otro llevaba un corte de pelo más conservador —a lo astronauta—, una nariz que había sido rota en algún momento de su vida, y una boca en forma de pala que a veces parecía moverse como si tuviera voluntad propia y distinta de la de su propietario. Aquellos tipos eran federales, los últimos herederos del ya fallecido y nada lamentado J. Edgar Hoover.

Bilker Moody presentó a aquellos hombres como los investigadores Tim Le May —el actor de segunda— y Erik Webb —el astronauta—. El sábado siguiente al secuestro se habían hecho cargo del caso, pero Niedrach había permanecido para coordinar su investigación con el departamento de policía local y la unidad antiterrorista de la Oficina de Investigación de Georgia. Dada la jurisdicción federal de la mayoría de los secuestros, se trataba de una disposición un tanto insólita, pero por lo visto el hecho de que Niedrach estuviera familiarizado con las tácticas del Klan y su íntimo conocimiento de los acontecimientos precipitados el verano anterior por los miembros del Kudzu Klavern, habían abogado en favor de su participación en este caso.

Me alegró ver a Niedrach. Llevaba aún su cinturón de bulldog, y una chaqueta azul marino que le permitía no parecer uniformado. Tenía el aspecto de ser el tío fatigado y ojeroso de los dos federales, más jóvenes y pulcros que él.

Adán se le acercó.

—¿Qué ha ocurrido?

—El bastardo llamó por teléfono —dijo Bilker Moody, con la parte superior de los brazos tensando las mangas de la camisa.

—Tenemos una cinta —dijo Le May—. Vengan a la cocina y podrán escucharla.

Nos reunimos todos en la cocina. La grabadora, dotada de dos juegos de auriculares, estaba conectada al teléfono de pared junto a la puerta que daba a la despensa que servía de dormitorio a Bilker. Era posible sentarse ante la mesa de la cocina mientras se escuchaba o se grababa una llamada, y Adán y Ruth-Claire se sentaron con Niedrach, Le May y Webb, mientras que Hammond, Moody y yo encontrábamos rincones convenientes donde permanecer a la espera. Le May hizo girar un botón de la grabadora, de aspecto anticuado. La cinta empezó a moverse, pero todo lo que pudimos oír fue el bajo zumbido de la nevera.

Luego, la voz de Puddicombe dijo:

—Una puta y su negrilino. Para que los vea todo el mundo.

—¿Dónde está Paulie? —preguntó la voz de Ruth-Claire—. Dime cómo está, Craig.

—Está tan bien como cabría esperar, teniendo en cuenta lo que es y de quién procede. Está todo lo bien que cabría esperar.

—Adán y yo ya nos hemos separado. Vivimos separados desde hace casi diez días. Lo sabes, ¿verdad?

—No, señora. Están ustedes de pie, uno al lado del otro, para que los vea todo el mundo.

—No teníamos la menor idea de que...

—¿De que se habían quitado las jodidas ropas? Una defensa interesante, señora. Una defensa jodidamente interesante.

—... de que la fotografía se publicaría en la portada de una revista.

—Pues seguro que no lo sabían. Y el cerdo negro que violó a un grupo de jóvenes scouts dijo: «Lo siento, enojados tipos blancos. No tenía la menor idea de que iban a pillarme. Ninguna idea».

En la cinta, Ruth-Claire empezó a llorar.

—¿Qué quieres que haga? Lo de la foto es cosa del pasado. Adán y yo no podemos hacer nada por evitarlo. ¿Qué deseas ahora de nosotros?

—¿Y quién dijo que yo deseara algo, señorita puta negrilina?

—Entonces, ¿por qué has llamado? Dime cómo está Paulie.

—Ha sorprendido a todo el jodido país, ¿verdad? Bueno, todo el mundo se merece recibir aquello mismo que da, ¿no es así? Una gran sorpresa.

Puddicombe permaneció en silencio un momento. Luego barbotó:

—Pero sí, sí que deseo algo. Deseo que usted y el otro negrilino vuelvan a estar juntos. Ahora, hoy mismo. Esta misma noche.

—Craig...

Interrumpió la comunicación. Sobre la cinta, la voz de Ruth-Claire se apresuró a preguntar:

—¿Ha sido suficiente el tiempo para que sirva de algo? ¿Ha servido...?

Le May apagó la grabadora.

—La tecnología telefónica cambia continuamente —dijo—. Si una central de interconexiones tuviera un sistema computarizado, no tendría uno que depender de grabadoras y pinchazos telefónicos para averiguar de dónde proceden las llamadas. La computadora imprimiría el número, luego buscaría en su memoria y nos diría a quién pertenece. Esta vez tuvimos suerte. El número desde donde llamó Puddicombe pertenece a una central recientemente computarizada. Hemos investigado en todas esas centrales y hemos descubierto una llamada reciente a la casa de los Montaraz. El momento coincidía con toda exactitud.

—Llamó desde College Park —dijo Webb—. No lejos de *Hartsfield International*.

—En ese caso pueden atraparlo —dije—. Pueden enviar allí a su gente para registrar el lugar y encontrarlo.

—Si fuera un completo imbécil —dijo Niedrach—. Pero no lo es. El número pertenece a una cabina pública de la avenida Virginia. La policía de College Park lo comprobó pero, evidentemente, Puddicombe no permaneció por allí el tiempo suficiente como para saludarlos.

—Entonces, ¿de qué demonios sirve saber desde dónde ha llamado? —pregunté—. Ha vuelto a desaparecer, y no saben dónde está.

El investigador Webb, el que llevaba el pelo corto, dijo:

—Sabemos que está en la zona metropolitana de Atlanta. Y en estos momentos tenemos gente en College Park dedicada a interrogar a todos aquellos que pudieran haber visto a Puddicombe utilizar esa cabina. Está situada en una acera, cerca de un lugar donde venden comida rápida, y la llamada se recibió en un momento de la tarde en que suele haber mucha gente por allí. Tenemos una o dos pistas, señor Loyd. Esperamos encontrar algo esta misma noche.

—¿Y qué es exactamente lo que esperan encontrar?

Mi pregunta sólo obtuvo un embarazoso silencio por respuesta. Ninguno de los presentes en la cocina de los Montaraz sabía qué cabría esperar. A pesar de sus actividades en el Klan en el condado de Hothlepoya, Craig era alguien totalmente desconocido para estos investigadores. Su comportamiento impredecible, la virulencia de sus dependencias raciales y sexuales, apenas si dejaban de perturbarnos. Mi propia ansiedad no hacía sino aumentar. Eso al menos lo sabía, pero no sabía mucho más.

Con un cuidado pedante en su forma de decir las cosas, fue Le May quien contestó:

—Si tenemos en cuenta, primero, que el criminal continúa activo por los alrededores, y segundo, que aún no se le ha podido localizar con exactitud, pensamos que lo mejor era que los Montaraz obedecieran su última exigencia.

—Ese tipo se prepara para hacer algo —dijo Bilker Moody—. Por ahora, se limita a hacer que todo el mundo acuda al auditorio, para que así pueda empezar el jodido espectáculo. A ese tipo le gusta lo teatral.

—Una sorpresa —dijo Niedrach con un tono especulativo—. Una sorpresa.

Niedrach, Hammond y Le May abandonaron la casa para continuar en alguna otra parte sus tareas de investigación. Webb permaneció con nosotros para controlar el teléfono y grabar cualquier llamada que se produjera. Bilker y Adán se dirigieron al estudio para jugar ping-pong y así aliviar la tensión nerviosa; desde la cocina oía el golpeteo de sus raquetas, los gruñidos, y el sonido de los cuerpos al arrojarse sobre la mesa para devolver las pelotas cerca de la red. Ruth-Claire, que quizá había esperado pasar algún tiempo a solas con Adán, aprobó el juego. Aparentemente, el simple hecho de permanecer como espectadora de la partida contribuía a calmar sus nervios.

Permanecí en la cocina con Webb —el ping-pong no es un juego que me guste—, y le pregunté qué pistas tenían.

Su boca empezó a moverse incluso antes de que empezaran a sonar las palabras.

—Una mujer que trabaja en el lugar donde sirven comidas rápidas dice que vio a un tipo vestido con un mono blanco de pintor que pasó por delante del escaparate aproximadamente a la hora en que se hizo la llamada. Un tipo con barba, joven. Dice que lo recuerda porque su jefe había hablado de volver a pintar las líneas divisorias del aparcamiento. Ella se preguntó si el tipo estaría allí para hacer precisamente eso, pero no debió de ser así porque sólo pasó por delante esa vez, y las líneas del aparcamiento todavía no se han repintado.

—¿Cree que Craig Puddicombe puede ir disfrazado con un mono de pintor?

—La descripción que nos hizo se parece a la de Puddicombe.

—¿Pudo ver la testigo qué clase de vehículo conducía?

—No, la posición que ocupaba en el mostrador no se lo permitió.

—Pues es una condenada pista. Si él no se quita el mono y se mueve continuamente por la ciudad, es posible que lo atrapen antes de que concluya el año.

—Touché —asintió Webb con una sonrisa.

El hecho de pertenecer al FBI no parecía habersele subido a la cabeza. Su actitud era más provinciana que prusiana —con su uniforme de pantalón y chaqueta deportiva—, y no tuvo problemas para admitir que las investigaciones les habían conducido de un callejón sin salida a otro. Aquella amabilidad tan natural me irritó.

Finalmente, abandoné la cocina y me dirigí al cuarto-despensa de Bilker.

«Si le cae bien a Adán, no puede ser usted un excremento tan grande». Era un pensamiento reconfortante. Entré y me senté delante de los monitores de televisión que había sobre el mostrador de madera contrachapada. ¿Por qué los del FBI no habían instalado aquí sus aparatos? Seguramente porque Bilker les habría negado el acceso. La despensa le pertenecía, y él era el responsable de la seguridad, de la misma manera que ellos eran los responsables de la investigación del secuestro de Paulie.

Observé que una de las pantallas de Bilker mostraba una panorámica continua de la calle Hurt, mientras que otra tenía la cámara enfocada hacia la bien iluminada estación de MARTA, en la avenida De Kalb.

—¿Está cómodo, amigo?

Miré por encima del hombro. Era Bilker, con el rostro rojo y brillante como una manzana

recubierta de caramelo y una camiseta de tres tonos verdeoscuros diferentes. La expresión de su rostro era malévol; confié en que recordara la buena opinión que tenía Adán de mí.

El monitor de televisión acudió en mi rescate.

—Mire, alguien se acerca —dije.

De hecho, dos coches se detuvieron delante de la casa: un Plymouth último modelo, de reluciente color índigo bajo el resplandor actínico de las luces de la estación de MARTA y, justo por detrás, un escarabajo VW azul de cosecha decididamente mucho más antigua. Caroline Hanna bajó con movimientos vivaces de su Volkswagen; luego, como si se hubieran tomado un momento más para solucionar un pequeño desacuerdo, Le May y Niedrach abrieron simultáneamente las portezuelas opuestas del Plymouth. Los tres echaron a andar juntos por el camino que conducía a la casa, y pronto el otro monitor recogió sus imágenes.

—¿Por qué no va a saludar a su chica antes de que le quite la silla de debajo del trasero?

—Esa es una buena idea.

Caroline y los agentes habían llegado al mismo tiempo por pura coincidencia. Ella se sorprendió al verme, y todavía se sorprendió más al ver a Adán. Había acudido simplemente para hacerle compañía a Ruth-Claire durante el resto de la noche. Sin embargo, al verse de nuevo ante mí, Caroline se mostró tímida. Por lo visto, parecía dispuesta a que todo su saludo consistiera en una amistosa palmadita en el brazo, pero yo la atraje hacia mí y rocé su frente con mis labios.

Niedrach me interrumpió para decirme que él y Le May tenían que hablar conmigo en privado, y Adán hizo entrar a Caroline en el estudio.

—¿Qué ocurre? —pregunté a los investigadores.

—Queremos que venga con nosotros —dijo Le May.

—¿Adónde? ¿Para qué?

Adán regresó desde el estudio para escuchar el resto de nuestra conversación. Le May vaciló un momento antes de continuar en presencia del habilino, y se me hizo un nudo en el estómago.

—Deben decírmelo a mí también, sea lo que sea —dijo Adán—. Merezco saberlo.

Niedrach asintió con un gesto de simpatía.

—Queremos ver si el señor Loyd puede efectuar una identificación para nosotros, eso es todo.

—¿Qué clase de identificación? —pregunté.

—Venga con nosotros y se lo mostraremos —dijo Niedrach.

—Yo voy también —declaró Adán.

Le May tuvo la intención de protestar, pero Niedrach sacudió la cabeza. Así pues, tras decirles a los demás que volveríamos pronto, los cuatro salimos a la calurosa noche. Bajo las estrellas medio apagadas por la bruma, subimos al Plymouth del FBI. Un mosquito quedó atrapado en la zona del asiento de atrás, entre Adán y yo, y oímos su molesto zumbido, hasta que el habilino lanzó la cabeza hacia adelante y cerró la boca sobre el insecto. Luego, se acomodó tranquilamente en su asiento. No pude evitar mirarlo fijamente.

—Discúlpame, Paul, estoy muy nervioso esta noche.

Le May habló por un micrófono que extrajo de debajo del tablero.

—Vamos para allá —dijo.

El sonido de la estática le contestó.

Al final de la calle Hurt, Le May giró a la derecha por Waverly, parte de un enclave histórico con árboles y casas victorianas en diversos estados de descomposición o renovación. Desde Waverly nos dirigimos hacia la diagonal de la avenida Euclid, que se extendía de sudoeste a noreste, y finalmente subimos por una colina y pasamos ante una serie de tiendas en la zona más iluminada de Little Five Points. Cruzamos Moreland y nos alejamos del tráfico de la zona de Points para entrar en una barriada de destartalados bungalows de madera y edificios de apartamentos de ladrillo rojo contruidos en los años cuarenta. No tenía ni la menor idea de hacia dónde nos dirigíamos, pero Adán sí parecía saberlo.

—¿Al Centro de Meditación de no afiliados de Little Five Points? —preguntó.

—En efecto —contestó Niedrach—. ¿Cómo lo ha sabido?

—Fue allí donde, durante muchos domingos e incluso días laborables, Ruth-Claire y yo asistimos a la iglesia antes de la operación. Me gusta porque no impone doctrinas rígidas, y da la bienvenida a todo aquel que sienta alguna avidez espiritual.

Finalmente, Le May aparcó el Plymouth tras un coche de la policía del condado de Fulton y una ambulancia aparcados en tándem al lado del Centro de Meditación. Había unas cuantas personas de pie en el estrecho prado delantero; la relampagueante luz azul y blanca del coche de la policía las iluminaba una y otra vez, haciéndolas salir de la oscuridad.

Niedrach nos dijo que cuando entráramos en el edificio íbamos a ver exactamente lo que había visto el director del centro de meditación, un hombre llamado Ryan Bynum, al entrar en su santuario a las 8,47 para efectuar un control rutinario del lugar. Los policías encargados de este caso habían restaurado el escenario de tal modo que éste tenía las mismas condiciones físicas que las encontradas por Bynum.

Le May ya se había abierto paso por entre algunos de los jóvenes mirones que esperaban en el prado, y nos hizo señas para que le siguiéramos; Adán y yo obedecimos de mala gana. Uno de los jóvenes, al reconocer a Adán, se acercó a él con un ejemplar de Newsweek y le pidió que le autografiara la portada. El muchacho, que balbuceaba con inseguridad, no parecía tener más de catorce años.

—Estás dificultando una investigación por asesinato —le dijo Niedrach.

—Sólo cuatro letras —insistió el muchacho—. Su nombre.

Distraídamente, Adán firmó en la portada de la revista y escribió su nombre con letras de imprenta bajo la imagen de sus pies desnudos. El cazador de autógrafos murmuró su agradecimiento y se retiró hacia el grupo de jóvenes que esperaban.

—Lo venderá por cien o por doscientos pavos a un especulador —dijo Niedrach; Adán se encogió de hombros.

En el vestíbulo de la iglesia un hombre joven, con un pendiente de oro a través del lóbulo de una oreja, abrazó posesivamente a Adán; alto pero agraciado, tuvo que inclinarse para abrazar al habilino. Supe —sin necesidad de que me lo presentaran— que era Ryan Bynum, el director del centro.

—Me alegra mucho verte, Adán —dijo Bynum—. Hacía mucho tiempo que no venías a visitarnos.

—No estoy aquí para restablecer mi afiliación, sino sólo...

—¡Puedes hablar! ¡Dios mío, esto es un milagro, Adán!

—Estoy aquí para acompañar al señor Paul, que, según creen estos investigadores, quizá pueda identificar a la víctima.

Bynum estaba fuera de sí ante la capacidad de Adán para hablar, pero tras haber recibido una versión sintética de la operación, él mismo empezó a comentar lo que había ocurrido esta noche.

—En algunas iglesias se colocan bombas. Otras se ven afeadas por los graffiti. Pero la

nuestra... Bueno, parece atraer a vándalos más creativos, más neuróticos —Bynum se deslizaba a lo largo de la pared del vestíbulo, de modo que pudimos mirar hacia el interior del santuario, del tamaño de un salón—. Quien hizo esto, fuera quien fuese, debería hacerse miembro de la congregación. Nos necesita. Si no a nosotros, al menos una muy buena terapia.

El santuario, o sala principal de meditación, estaba brillantemente iluminado, a diferencia de lo que Bynum había encontrado hacía apenas una hora. Una gran diferencia con respecto a la acuosa penumbra en la que los miembros de la congregación tenían que entrar de puntillas cuando deseaban meditar o permanecer reunidos en comunidad. Gracias a las luces, Adán y yo pudimos mirar a través de la sala —hacia el estrado situado bajo un enorme mandala de bronce— y ver lo que Niedrach y Le May querían que viéramos, es decir, la víctima del asesinato. Reposaba sobre un sofá de cuero que alguien había subido al estrado, de modo que permanecía allí como un trono en el que aposentarse.

Adán y yo intercambiamos miradas de extrañeza.

Sobre el sofá estaba extendido, espatarrado, un velludo orangután de color anaranjado rojizo. La criatura llevaba un juego de auriculares, pero su postura traicionaba su falta de vida. Cabeza abajo, sobre el regazo, había una muñeca desnuda, de plástico. Una pequeña muñeca negra, para niños negros. La muñeca había caído a través del regazo del orangután, de tal modo que tenía la cabeza encajada entre un muslo velludo y el brazo del sofá de cuero.

—Es un disfraz —dijo Niedrach—. Así fue como el señor Bynum encontró a la víctima. La cabeza se quita.

Avanzó hacia el estrado a través de las filas de sillones y divanes. Agarró la cabeza del orangután por el cuello y la hizo girar, como si desenroscara el casco de un buzo. Un instante después levantó la cabeza, y señaló con un gesto el atónito rostro humano que surgía del disfraz. Era Nancy Teavers.

La cabeza le brillaba como un enorme huevo moteado. Ella misma o Craig habían afeitado hasta el último mechón de su cabello. Indudablemente, la cabellera blanca de punky que llevaba en Perturbaciones Sinusoidales no había sido más que una peluca. Fuera como fuese, el caso era que ahora estaba completamente calva. Tenía los ojos abultados; grandes moretones le destenían las mejillas y mostraba los labios abotagados, pero de todos modos, la reconocí.

La camarera insatisfecha que había decidido marcharse en busca de fortuna. En lugar de eso se había unido a Craig Puddicombe, y éste la había convertido en una marioneta, en un canguro para el secuestrado P. P y, finalmente, en un orangután. No tenía ni la menor idea de qué podía significar esta grotesca progresión. Quizá se tratara de alguna artística parodia homicida del darwinismo y de la teoría evolutiva.

—¿Recuerda su primera llamada telefónica? —le pregunté a Niedrach—. Él afirmó que no ejercería la violencia.

—Todos sabíamos que mentía, tanto a sí mismo como a todos nosotros.

Adán, que se había adelantado, hizo ademán de tomar la muñeca para retirarla del regazo del orangután-víctima, pero Le May lo sujetó por el brazo. Según explicó, un detective del condado de Fulton guardaría la muñeca en una bolsa de plástico para el análisis forense.

—Huellas dactilares, señor Montaraz; huellas dactilares.

—Esto demuestra que nuestro Paulie está muerto —dijo Adán—. Ése es el terrible significado de esta muñeca.

—No necesariamente —dije yo—. No necesariamente.

—Tiene razón —intervino Ryan Bynum—. ¿Cómo podría tener esa intención? No creerá en el vudú, ¿verdad? —completamente ignorante del secuestro, había llegado a la rápida conclusión de que Adán se había dejado arrastrar por alguna superstición caribeña atávica.

Una vez efectuada mi identificación no oficial, los detectives del condado de Fulton nos

hicieron salir, para terminar con su trabajo. Nos encontrábamos de pie sobre el prado cuando dos hombres entraron en el edificio con una camilla y reaparecieron minutos más tarde llevando en ella a la disfrazada Nancy. La ambulancia aparcada junto a la acera se la tragó, y luego se alejó sin el beneficio de la sirena o los destellos. Al fin y al cabo, ya no había ninguna prisa.

—Parece que fue estrangulada —nos dijo Le May—. Pero no sucedió aquí. Las únicas señales de forcejeo que se observan corresponden al desplazamiento de los muebles. Tampoco se ha forzado la entrada; Puddicombe utilizó la tarjeta de ingreso de alguien, abrió la puerta de atrás desde el interior y arrastró a Nancy desde el camino posterior.

—Lo siento mucho por ella —dijo Adán.

Abandonamos el lugar en el Plymouth de Le May, y Niedrach nos dijo que poco antes del mediodía —tres o cuatro horas después de que la mayoría de tiendas y quioscos de la ciudad hubieran iniciado la venta del último número de *Newsweek*— Craig había alquilado el traje de orangután a una empresa de disfraces de Atlanta. La empleada que lo atendió había podido dar a los detectives una buena descripción de la persona que alquiló el traje. Era un joven, con barba y ojos azules. Sin embargo, no llevaba mono de pintor, sino un par de pantalones de color tostado y una camiseta blanca que le dejaba el pecho al desnudo.

Había afirmado ser un estudiante de la Facultad de Tecnología de Georgia, y deseaba el traje para una broma en la fraternidad estudiantil a la que dijo pertenecer. Pagó un depósito en efectivo, en lugar de hacerlo con un cheque, y mostró una tarjeta de identificación de estudiante. Sin embargo, la dirección que dio, y que dijo era la de sus padres, parecía ahora, en retrospectiva, un tanto peculiar, puesto que era la dirección de Adán y Ruth-Claire en la calle Hurt. El nombre que dio fue el de Greg Burdette, para lo cual mostró un permiso de conducir vigente, con una fotografía que se le parecía. A la empleada le había parecido un tipo un tanto sombrío como para alquilar un traje de orangután, pero llegó a la conclusión de que esa pequeña anomalía de comportamiento se debía a un intento por su parte de efectuar el alquiler con una especie de *savoir-faire* inexpresivo. De hecho, una vez que se alejó del mostrador, la mujer se echó a reír ante el éxito de su actuación. Había sido realmente convincente.

—¿Vio ella qué clase de coche conducía? —pregunté, repitiendo mi preocupación, que parecía obsesiva.

—Desgraciadamente, no —confesó Niedrach.

—No quiero que nadie le cuente a Ruth-Claire lo que hemos visto en el centro de meditación —dijo Adán—. Ya tiene suficientes cosas que soportar.

Miré a Adán. No tenía la menor duda de que en su mente había quedado fijada la imagen de la muñeca negra vuelta boca abajo, sobre el regazo de Nancy Teavers.

Sin embargo, una vez de regreso en la casa, Ruth-Claire le sacó la verdad a Adán en apenas cinco minutos; él fue incapaz de mentirle y ella no se dejó engañar por sus tácticas dilatorias o por sus evasivas verbales.

—Imaginaste que no podría soportar la noticia, ¿verdad?

—Sólo deseaba que...

—Ocultármelo. Es muy dulce por tu parte, Adán, pero también es degradante. No soy una chiquilla, sino una persona adulta.

Adán permanecía entre las sombras, una figura pequeña y desamparada con la espalda apoyada sobre el panel de madera contrachapada del estudio de la planta baja. Su perfil era a la vez heroico y prehistóricamente feroz.

—Nancy muerta, estrangulada, vestida con un disfraz de mono, expuesta en el estúpido centro de meditación de Bynum. Pero ¿para qué? ¿Con el propósito de horrorizarnos? ¿Para

enviarnos un aviso? —se preguntó Ruth-Claire; caminaba de un lado a otro, entre los lienzos.

—Una táctica de terror que da ganas de vomitar —dijo Bilker Moody.

Estaba detrás de la barra del bar, al otro lado del gran salón.

—Paulie ya está muerto —dijo Ruth-Claire, ignorando al guardia de seguridad—. O si no lo está, Craig lo va a matar esta misma noche. Encontraremos su cuerpo mañana.

—Esa es una visión muy derrotista de la situación, señora Montaraz—dijo Le May.

—Es una forma realista de considerarla. ¿O acaso cree que me gusta? No, no me gusta. Hace que se me hinche el corazón y que me duela la caja torácica.

—A mí también —dijo Adán con tal sencillez, que me sentí conmovido por los dos.

—Es esta espera pasiva lo que me mata —dijo Ruth-Claire—. Craig nos ha dicho lo que va a hacer, y nosotros todavía estamos aquí, a la espera. Se supone que nosotras, las frágiles mujeres —y se llevó la mano al pecho como una Scarlett O'Hara— debemos ser capaces de esperar a que llegue el momento, pero cómo lo podéis soportar vosotros los hombres, es algo que escapa por completo a mi comprensión.

—Yo lo paso muy mal —dijo Adán.

Ruth-Claire se le acercó y ambos se abrazaron. Luego se volvieron hacia Caroline.

—Ven arriba conmigo, Caroline. No creo que pueda dormir, pero me voy a tumbar un rato. Será agradable tener a alguien con quien hablar.

Las dos mujeres se marcharon. Yo tomaba un whisky con hielo que Bilker me había servido, y noté una mano sobre mi brazo: era de Adán. Su apretón sobre mi bíceps se endureció inexorablemente.

—Ya has tomado bastante, Paul.

—Ni siquiera he tomado uno. Vamos, siéntate. Bilker te preparará algo.

—Abraxas —dijo Adán.

—¿Qué?

—Deberíamos ir a Abraxas. Yo, al menos, voy a ir allí. Ven conmigo, por favor. Es lo que necesitamos hacer.

—¿Qué ocurre en Abraxas? Creía que cerraba los lunes, como el museo y muchas galerías independientes. Además, de todos modos ya habrían cerrado a estas horas.

—Nancy Teavers muerta en la iglesia de Ryan Bynum —dijo Adán—. Eso es como una flameante bandera roja. Interpreta la señal. ¿Dónde podría aparecer para continuar el joven Craig Puddicombe?

—¿En Abraxas?

Bilker Moody tenía las manos metidas en el fregadero de acero inoxidable, lleno de tazas y vasos.

—Demonios, sí —exclamó—. ¡Demonios! ¡Claro que sí!

Miré a mi alrededor y vi que Niedrach y Le May ya no estaban con nosotros; probablemente habían regresado a la cocina, con Webb.

—Díselo a Niedrach y a los hombres del FBI —le urgí a Adán.

—Creo que no. Son caballeros atentos y me caen muy bien, pero ninguno de ellos ha sabido leer las señales.

—¡Díselo, por el amor de Dios!

—Esta es mi lucha, Paul. Básicamente, yo soy la causa de todo esto. Si no vienes conmigo, debes prometerme que no dirás nada a los agentes especiales cuando me marche.

—¿Y si no te lo prometo?

Adán me miró especulativamente. Luego me dirigió su mueca de furia, con los labios retirados para revelar unos dientes realineados, pero todavía amedrentadoramente primitivos.

—Te morderé, Paul.

A la luz de la lámpara de cristal tallado situada en el extremo del bar, los dientes de Adán me encaraban como una antigua máscara de marfil.

—No me dejas otra alternativa —asentí.

—Me pondré la chaqueta y cogeré algo adecuado —dijo Bilker, al tiempo que se limpiaba las manos con una toalla.

Levantó una sección del mostrador, pasó a través de ella y se encaminó presuroso hacia su despensa reconvertida en dormitorio.

Les dijimos a los agentes que salíamos a tomar un poco de aire fresco, y a comprar unos donuts en Dunkin. Nos ofrecimos a traerles lo que quisieran: crema, leche malteada, lo que eligieran.

—No tarden mucho —nos advirtió Le May—. La señora Montaraz puede recibir una llamada en cualquier momento, y necesitaremos de vuestra ayuda e interpretación una vez que la hayamos grabado. Salir es arriesgado. Podrían perderselo.

—Treinta minutos —dijo Adán—. No más.

Subimos al Mercedes, porque no me sentía competente para conducir la camioneta con los pedales elevados o el destartado Chevy 54 de Bilker. Debía conducir yo, en lugar de dejarle el volante a Bilker, porque Adán deseaba que el corpulento hombre tuviera las manos libres. Iba delante, y parecía sentirse como si fuera de cacería, una situación de «gran importancia».

Ahora, sin embargo, me parecía extraño conducir un coche tan grande y caro como mi Mercedes hacia una cita unilateral con un asesino. Sentí cierto alivio cuando Adán me dirigió para que aparcara en el bulevar Ralph McGill, unas dos manzanas por debajo de los viejos edificios escolares donde se hallaba el complejo artístico de Abraxas; tendríamos que andar el resto del camino, pero al menos de ese modo Craig no podría destrozar a tiros el parabrisas o agujerear el coche con una ráfaga.

Había empezado a llover ligeramente; las gotas repiqueteaban sobre las copas de los árboles. Casi no había tráfico, y los tres subimos la colina avanzando por el mismo margen de la calle. El repiqueteo de la lluvia todavía no había adquirido volumen o intensidad y aún teníamos los zapatos secos; era una noche tan calurosa que una refrescante tormenta más bien parecía un aliado, antes que un enemigo.

—Neblivizna —dije; Adán me miró—. Así es como Livia George llama a una lluvia como ésta.

—Muy bueno.

Bilker se detuvo en lo alto de la colina. Una fila de casas de madera, con olmos alineados por delante, descendía por la curva de la colina, a nuestra izquierda. Las casas estaban a oscuras. Aunque podíamos ver el perfil de Atlanta, las luces del tráfico reflejaban sus colores sobre la pizarra del pavimento humedecido entre Abraxas y la propia ciudad, y el viejo edificio escolar se elevaba sombrío en la lluvia como un asilo de locos extraído de una florida novela gótica. El anexo del estudio, mal conservado, colgaba sobre la ladera descendente de la propiedad; parecía como si en cualquier momento pudiera deslizarse colina abajo, como una de esas casas de la costa de California sostenidas sobre estacas.

Triste y medieval. El lugar habría encantado a Horace Walpole, Mary Shelley o Edgar Allan Poe.

—¿No hay ningún sistema de seguridad? —preguntó Bilker—. ¿En una galería de arte?

—Las galerías del tercer piso no contienen ahora ninguna exposición —dijo Adán—. Y el

ala de estudio está herméticamente cerrada.

—La gente abre los candados con facilidad. Este lugar necesita con urgencia un buen sistema de seguridad. Y también luces.

—También necesita que corten la hierba —dije.

—No hay dinero para un guardia, y tampoco para luces —dijo Adán.

Recordé que, durante mi primera visita a Abraxas, David Blau se había quejado de la forma miserable con que la administración trataba actualmente a las artes. Naturalmente, Blau y los miembros de su equipo podían iniciar —y así lo hacían— proyectos propios para la obtención de fondos, pero financiar un sistema de seguridad se había dejado siempre en un segundo plano, para favorecer la organización de nuevas exposiciones de artistas que lo merecieran. De hecho, durante las dos semanas que duró la exposición Kander-Montaraz-haitiana, Blau había contratado a un guardia de seguridad a tiempo completo, pero esta noche no había nadie por allí puesto que no había nada que valiera la pena proteger.

Adán nos dijo que debíamos entrar por la parte de atrás. Cruzamos un camino asfaltado que terminaba sin salida unos quince metros más adelante, y nos deslizamos entre las sombras de la imprenta situada junto a la escuela. Avanzamos en fila india a través de una empapada capa de hojas y hierba, giramos a la izquierda al llegar al final de la imprenta, y nos encontramos ante la mitad posterior del aparcamiento.

Los árboles cerraban el fondo del aparcamiento. En los huecos existentes entre los árboles, y como misteriosos bultos y siluetas, se veían palas mecánicas de la compañía eléctrica y extrañas variedades de bidones metálicos de basura. Esta noche, a diferencia de lo que había observado el pasado mes de febrero, las ramas de los árboles aparecían pesadas por el follaje veraniego, y la llovizna que goteaba por entre las hojas hacía que el asfalto produjera los ecos de las gotas al caer, como si se tratara del tendedero subterráneo de una lavandería donde se hubieran colgado a secar docenas de empapados vestidos de color verdeoscuro.

Llegamos ante una rampa cubierta que conducía directamente hacia la entrada posterior del edificio principal; desde allí podíamos ver toda la zona del aparcamiento y, directamente frente a nosotros, el ala del estudio que cerraba el sector por ese lado. Cerca de la puerta del edificio estaba el único vehículo que se veía allí, un pequeño camión GM de color rojo, con la puerta de atrás abierta. Quien lo hubiera aparcado allí había colocado una escalera extensible sobre la caja del camión, de modo que la escalera salvaba el techo ondulado que cubría parte de la rampa y se apoyaba al otro lado contra la pared, a unos seis metros por encima de la puerta cubierta.

—Está aquí —dije—. El maldito bastardo está realmente aquí.

Adán me hizo señas para que me callara. Nos dijo que nos mantuviéramos a cubierto mientras él intentaba determinar con exactitud cómo había logrado Craig entrar en Abraxas. Sería él quien lo hiciera porque era menos probable que fuera visto. Así pues, inclinó la espalda en posición paralela al asfalto y se deslizó graciosamente por la pendiente, a lo Groucho Marx, hasta que quedó situado, en posición encogida, detrás del GM. Asomó la cabeza para echar un vistazo, bajo la lluvia, hacia la escalera apoyada contra la pared. Luego, regresó hasta nosotros de la misma forma.

Nos dijo que, al parecer, Craig había subido toda la extensión de la escalera para luego arrojar una cuerda con un garfio hacia la ventana tipo cobertizo del tercer piso del edificio. Esa ventana correspondía a una estancia vacía, accesible a través de un pasillo interior desde el despacho del director, que solía utilizarse para guardar suministros. El garfio de enganche todavía estaba sujeto al alféizar, y la cuerda a la que estaba unido colgaba aproximadamente medio metro por debajo de la cima de la escalera. Probablemente Craig no tenía intención de volver a utilizarla, ya que podía bajar con mayor facilidad por la escalera interna y salir por la puerta de atrás, en lugar de arriesgarse a hacerlo por la cuerda por la que había entrado.

—Deberíamos llamar a la casa —dije—. Decírselo a Niedrach.

—No. Voy a subir por ahí ahora mismo, Paul —Adán sacó una nave del bolsillo del

pantalón y se la entregó a Bilker—. Tú puedes entrar por la puerta y vigilar la escalera de modo que ese criminal no pueda escapar.

—¿Y qué se supone que debo hacer yo?

—Seguirme a mí escalera arriba es probablemente más silencioso que tomar por la escalera interior. O puedes esperarme aquí abajo. Sin embargo, preferiría que me acompañaras.

—¿Por qué?

—Apoyo moral. Apoyo material. Es posible que se necesiten dos para someter al joven Puddicombe. Alguien que le golpee, y alguien que rescate al Pequeño Paul.

—Entonces, será mejor que me deje hacerlo a mí —dijo Bilker.

—Me temo que eres demasiado pesado para subir por ahí —dijo Adán—. Paul es mucho más ligero... —me miró, con una mueca— por comparación.

Yo estaba asustado. No íbamos armados. Bilker tenía la Ruger, claro, pero estaría en el pasillo de abajo a la espera de que Craig se le acercara. Quizá Craig no eligiera hacerlo así. Probablemente, tendría un arma o dos, y si Adán y yo nos tropezábamos con él allá arriba, en las galerías, no vacilaría en enfrentarse a nosotros.

Y lo que era más importante: si había ascendido el resto de la pared, después de subir el primer tercio del trayecto sobre la escalera portátil, ¿podíamos esperar realmente que tuviera consigo al P. P? Nuestras posibilidades de rescatar con vida al niño parecían disminuir a cada momento que pasaba. Creo que eso también lo sabía Adán.

Para nuestra sorpresa, el habilino se desnudó. Se quitó los zapatos y los pantalones, y se liberó de la camisa.

—De este modo soy más silencioso —explicó—. También podré camuflarme mejor, como un comando. ¿Tú también? —preguntó, mirándome.

—Oh, no.

—En ese caso, quítate al menos los zapatos y los calcetines para poder agarrarte con firmeza y en silencio a los travesaños de la escalera.

Bilker me miraba con una mueca sonriente, disfrutando ante mi desconcierto. Me quité los zapatos y los calcetines. Adán hizo al guardaespaldas un gesto hacia la puerta, y Bilker utilizó la llave para abrirla. Nos hizo una seña con el pulgar levantado y desapareció en las fauces de hormigón del edificio.

Adán y yo corrimos hacia la caja del camión, nos subimos en ella y nos acuclillamos bajo la lluvia para mirar hacia arriba, en dirección a la gran puerta de bisagras de la pared posterior. Cerca de esa puerta o cierre metálico había tres altas ventanas de diseño más convencional; sin embargo, no tenían cristales y alguien las había tapado con hojas opacas de polietileno que, rajadas y estropeadas, producían débiles sonidos de tableteo bajo la lluvia. Mis temores se intensificaron. Aunque todavía me encontraba en el suelo —o cerca de él—, empecé a desarrollar un caso grave de acrofobia*. Una especie de mareo surrealista se había apoderado de mí. Adán me atribuía mucho más valor y habilidad atlética de la que yo poseía en realidad; podía caermme y matarme al intentar penetrar en Abraxas por esta ruta.

—Adán...

—Yo iré primero. No necesitamos sujetar la escalera. El lado del camión es suficiente.

Desnudo, con la llovizna salpicándole el velludo cuerpo, rodeó la parte lateral del camión hacia la escalera. Se subió a los peldaños y tiró de ellos para comprobar la fiabilidad de su posición.

—Está bien —anunció en voz baja.

* Atofobia: temor a las alturas. (Nota del revisor)

Y tras decir esto, empezó a subir como un mono que subiera a un árbol.

Una vez en lo alto, Adán se agarró a la cuerda que colgaba del alféizar y se soltó de la escalera. Me encogí, temiendo que cayera en cualquier momento sobre el techo ondulado que cubría parte de la rampa. Los pies de Adán golpearon contra la cara vertical de la pared y trepó con hábiles movimientos, ayudado por la cuerda firmemente sujeta al garfio de la ventana. Una vez allí, se dio media vuelta acucillado sobre el alféizar, semejando la gárgola de una tenebrosa catedral gótica. Esa gárgola me hizo señas para que le siguiera.

Tuve que hacer un gran esfuerzo de voluntad para moverme. Mis pies desnudos me cosquillearon sobre los fríos peldaños de aluminio de la escalera. Subí sin apartar la mirada de Adán; sabía que si miraba hacia abajo sentiría pánico. El habilino se fue acercando a medida que yo subía, pero todavía parecía estar terriblemente lejos. Una vez en lo alto de la escalera, no supe qué hacer. No podía sujetar la cuerda que colgaba sin soltar las manos de los peldaños superiores. Atrapado entre el cielo y la tierra, apoyé una mejilla contra los inhóspitos ladrillos del edificio. Santo Dios. Santo Dios.

Un sonido crujiente me hizo mirar de nuevo hacia arriba. Una segunda cuerda descendió desde el cielo y me dio en la cara: Adán había empujado hacia el exterior la vaina de bisagras de la ventana, lo que dejó al descubierto un sistema de polea y cuerda que la galería debía utilizar a veces para elevar objetos pesados hasta el tercer piso. Me deslicé el bucle de la cuerda alrededor de la cintura y me agarré a ella con las dos manos. Adán, que sujetaba el otro extremo, retrocedió desde la ventana y yo empecé a ascender, con los pies colgando por debajo de mí, como un peso muerto. Cerré los ojos hasta que el débil chirrido del sistema de polea dejó de sonar y el borde de la ventana apareció ante mí como algo incuestionable. Haciendo mucho más ruido del que hubiera deseado, me incliné sobre el alféizar y me dejé caer al interior de la habitación de suministros.

Adán me tocó en el hombro.

—Está en alguna parte de las galerías —me susurró—. Creo que la lluvia nos ha ayudado a no ser detectados. Pero él regresará pronto. Vamos.

Hasta sus susurros parecían un gruñido.

Me desaté de la cuerda y cruzamos juntos la habitación que hacía las veces de almacén, hacia la puerta. Nos deslizamos a través de una oscuridad casi impenetrable, y oímos la lluvia como un ligero y continuo tamborileo, como un zumbido casi parecido al de un acondicionador de aire o una nevera. De no haber sido por ello, yo también estaba seguro de que Craig nos habría oído desde hacía rato, al menos a mí. Adán era capaz de moverse sin hacer ruido, como un papá piernaslargas que avanzara sobre un montón de algodón almacenado.

Cruzamos acurrucados el gran despacho de Blau y salimos a la galería número uno. Era una inmensidad vacía que producía ecos. Una miserable iluminación penetraba por los ventanales horizontales situados en lo alto de la pared que daban al bulevar McGill. No había pinturas, ni instalaciones, ni esculturas. No estaba previsto celebrar ninguna exposición, y Abraxas reposaba muy por encima de la calle como una enorme caja vacía.

La galería número tres estaba aún más vacía que la uno, en la que todavía nos encontrábamos; allí no había ventanas. Pero una pálida luz se derramaba desde la galería número dos, la cámara en la que Blau había expuesto las desconcertantes fotografías de M.-K. Kander. Se encontraba al otro lado del desgastado piso de madera dura de la galería número uno, y mostraba como una película de leche, un débil brillo en la penumbra.

Adán señaló hacia la luz, y con la otra mano me sujetó el brazo. Por un momento, me lo imaginé como si agarrara a un auxiliar habilino —en la prehistórica sabana africana— para darle instrucciones en voz baja antes de emprender una cacería a vida o muerte. Probablemente, lo que hiciéramos en el siguiente minuto determinaría el resultado definitivo de nuestro acecho.

—Yo me acerco a la puerta —dijo Adán—. Tú te quedas aquí y haces ruido. Él sale y yo

lo agarro. Si esto no funciona, gritas: «¡Bilker!». ¿Comprendido?

Asentí con un gesto.

Adán avanzó —o más bien flotó, porque no hizo el menor ruido—, cruzó la estancia, apoyó la espalda contra la pared e hizo girar la parte superior de su cuerpo para poder mirar hacia el interior de la galería número dos. En ese momento emitió un grito tan poderoso que me hizo vibrar hasta mis huesos; rebotó entre las paredes y llenó todo el edificio como una explosión de gasolina que amenazara con lanzar todo lo visible y lo invisible en un caos de fuego. Al mismo tiempo que emitía su grito, Adán se lanzó a la carga hacia el interior de la galería.

Sin escucharlos en realidad, mis oídos registraron sus pasos a la carrera, y los poderosos bufidos de Bilker Moody que subía a toda velocidad la escalera que conducía al tercer piso.

—¡Maldito negrilino! —gritó una voz en el interior de la cámara iluminada.

Sonó el ladrido de un disparo, que reverberó y se alejó silbando. Olvidado por completo mi temor —o sumergido—, salté hacia el lugar de donde provenía el sonido. Una confusa figura de dos piernas, vestida de un blanco manchado, surgió de la cámara precipitadamente, me golpeó con fuerza haciéndome girar a causa del impacto y, mientras yo caía sobre la rabadilla, retrocedió deslizándose a través del piso.

Medio tumbado de costado, vi que la figura desaparecía por la habitación de almacenamiento a través de la cual habíamos entrado Adán y yo. Al intentar incorporarme, Adán salió a toda prisa de la galería número dos, con una nudosa mano sosteniéndose el antebrazo, por debajo del codo. La sangre brillaba por entre sus dedos velludos al brotar de la herida que se cubría. Se detuvo un instante al verme sentado en el suelo, pero su mirada se dirigió frenéticamente hacia la habitación de almacenamiento.

—¿Estás bien? —preguntó.

—Sí. Estoy bien.

—Vuelvo en seguida.

Avanzó apresuradamente hacia la otra habitación y yo le grité una advertencia: el otro hombre todavía estaba armado. Apenas lo hube dicho, la figura vestida de blanco reapareció en la puerta de la habitación de almacenamiento y disparó cuatro o cinco veces hacia el interior de la galería. Del corto cañón del arma surgieron llamas, como la lengua siniestra con que lamiera un monstruo de Gila. Adán se dejó caer hacia la izquierda, al tiempo que yo giraba y giraba sobre mí mismo, rezando para que las balas que mordían la dura madera que me rodeaba no rebotaran sobre mi cuerpo.

Después, el pistolero, tras haber descartado la idea de escapar por la cuerda y la escalera, abrió la pesada puerta existente entre el despacho de Blau y la habitación de almacenamiento, y desapareció por la escalera opuesta a la que Bilker Moody había utilizado para subir hacia las galerías. Adán, que había vuelto a ponerse de pie, siguió al hombre que huía.

Otro disparo sonó en la oscuridad, éste desde detrás de mí. Me agaché y me cubrí la cabeza. Dos disparos más mordieron la estremecida quietud del tercer piso. Luego, lentamente, levanté la cabeza. Bilker había disparado contra la cerradura de la puerta que le impedía la entrada a las galerías de exposición de Abraxas. Luego abrió la puerta de una patada y apareció a la vista, como un Marshall Dillon hecho de basura compactada.

—¿Por qué está sentado sobre su trasero, señor Loyd? —preguntó, y sopló sobre el cañón de su Ruger—. ¿A dónde se han ido?

—Abajo. Afuera. Para lo que nos ha servido esa pistola suya.

Bilker miró a su alrededor, estrechó y abrió los ojos, en un intento por ajustarlos; la luz que surgía de la galería número dos parecía ser su principal fuente de incomodidad. Se protegió los ojos con las manos.

—Craig hirió a Adán —le dije—. Estuvo a punto de matarnos a los dos. Y usted, nuestro

protector armado, llega demasiado tarde y no sabe hacer otra cosa que abrir agujeros en una puerta. Buena demostración, Bilker.

Me puse en pie. Sentía el cóxis como si fuera la mecha incandescente de la vela ardiente que era mi espalda. Me llevé una mano al trasero y la mantuve allí, con una mueca.

—El señor Montaraz me ordenó que me quedara abajo.

—Pues ahora tampoco está allí. Y Craig se nos escapa.

—¿Se cree que soy como dos jodidos gemelos? Un Bilker arriba para echarles una mano. Otro Bilker abajo para proteger las salidas... —acababa de subir a la carrera tres altos tramos de escalera, un ejercicio equivalente al de un hombre de tipo medio que hubiera realizado la misma hazaña con un saco de patatas de veinticinco kilos sobre los hombros. Milagrosamente, él no resollaba tanto—. Sólo tengo un cuerpo, señor Loyd. Y no suelo aparecer simultáneamente en dos o tres lugares a la vez.

—Está bien. Lo siento.

—El señor Montaraz lo atraparé. Ese bastardo estará condenado en un momento —su expresión era burlona—. ¿Dónde está Paulie?

La pregunta me hizo recobrar el juicio. Aparté la mano del dolorido trasero e hice un gesto hacia la galería número dos.

—Me temo que ahí dentro. El grito que se oyó fue de Adán; algo que vio ahí dentro le hizo gritar.

Entramos, uno al lado del otro, en la sala de extraña forma. Bilker miró fijamente durante un momento lo que se reveló ante nosotros. Luego murmuró una vívida amenaza contra el que había hecho aquello, retrocedió y echó a correr en pos de Adán y del asesino de Paulie. Le oí abrir de golpe la puerta que daba a la escalera, la que luego se cerró tras él con un silbido. A continuación, ya no pudo oír nada más que el zumbido tipo aire acondicionado de la lluvia.

Evidentemente, Craig había subido al P. P. por la escalera cuando el pequeño ya estaba muerto. Lo había transportado en una caja de cartón, que se había atado a la espalda con arneses introducidos a través de agujeros. La caja estaba en el suelo, en el extremo más alejado de la galería. Había contenido unas pocas cosas, además del cuerpo de mi ahijado: un montón de portadas de *Newsweek*, un paquete de globos azules, un rollo de cuerda y una gran muñeca de tela fabricada por *Babyland General* para el hospital de Cleveland, Georgia.

Craig había arrancado todas las ropas de la gran muñeca para dejar al descubierto el débil rosado caucásico de su desnudez de tela. Me pregunté cuál sería su nombre. *Babyland General* les daba sus nombres propios —ninguno igual que otro—, y hubo un tiempo en que Xavier Roberts, su creador, había enviado incluso tarjetas de cumpleaños a las muñecas y a sus propietarios en las «fechas de fabricación» de las muñecas. En el West Bank tuve que preparar en varias ocasiones un plato especial para muñecas, cuyas lloriqueante madres adoptivas se había negado a comer a menos que también se les sirviera algo a Abigail Faye o a Dorothy Lilac. Naturalmente, ganamos un poco de dinero extra gracias a la intratabilidad de esas niñas, pero la embarazosa rendición de sus padres —y la vista de una imbécil muñeca de trapo inclinada sobre un plato de verduras o una taza de chocolate— siempre me produjeron náuseas. Además, las supuestas muñecas individualistas costaban seis o siete veces más de lo que unos padres más pobres o menos indulgentes hubieran pagado por una muñeca de plástico de tamaño similar, como la que el propio Craig había dejado sobre el regazo de Nancy Teavers en el Centro de Meditación de no afiliados de la avenida Euclid.

En cualquier caso, esta muñeca desnuda colgaba a metro y medio de distancia del suelo, suspendida de una cuerda de nailon sujeta a unas guías móviles de metal, justo por debajo del techo. El Pequeño Paul, tan desnudo como su compañera femenina, colgaba inmediatamente a la izquierda, de otra cuerda de nailon. Las dos pequeñas y patéticas figuras estaban sin vida, la muñeca desde el principio, y el Pequeño Paul permanentemente privado de conciencia en un

momento que fui incapaz de estimar.

Flácidos globos azules colgaban de las bocas de las dos figuras. Craig se los había pegado a los labios con mucílago. El pegamento sobrante relucía sobre sus caras, como semen reseco. Desparramados por el suelo había otros globos flácidos, todos ellos azules, como si el Gran Hinchador hubiera perdido su fe o su mente. En contraste, el diminuto pene virgen de Paulie se destacaba como la válvula para inflar una rueda de bicicleta. Imitaba burlonamente las vejigas flácidas desparramadas por el suelo.

Me tambaleé y tuve que apoyarme contra la pared. Mi cuerpo derribó cuatro o cinco portadas de Newsweek. Docenas de repeticiones de Adán y Ruth-Claire, sobre el titular «La nueva fotografía. Un arte en transición militante» habían sido pegadas a las paredes de la cámara.

Eso era lo que Craig estaba haciendo cuando Adán se asomó a mirar, sujetando las portadas de la revista en la pared. Las aplicaba con una brocha, empapada en una solución de cola de papel de pared. Un recipiente Tupperware, lleno de una cola que parecía papilla, estaba apoyado contra la base de la puerta. Craig se lo había traído todo consigo en su caja de cartón: la víctima asesinada, la muñeca, las portadas de la revista, el rollo de cuerda de nailon, el cepillo, la cola. Una actividad representativa de la más fatal totalidad, como el último dadaísmo existencial.

Me dejé caer al suelo y arrastré conmigo algunas portadas. Asqueroso arte. Asquerosa nueva fotografía. Asqueroso Craig Puddicombe. Observé primero la sombra de mi ahijado, que giraba sobre el suelo, me miré después los dedos de los pies, vueltos hacia arriba, y me eché a llorar. Este pequeño cerdito había ido al mercado, este otro pequeño cerdito se había quedado en casa. Estudié los dedos de los pies a través de una borrosa neblina de lágrimas. Eran fascinantes, cada uno de ellos indiscutiblemente únicos, como Abigail Faye, Dorothy Lilac, Hepzibah Rose, Karma Leigh y Cherry Helena. Los otros cinco también tenían nombres. Todos eran prescindibles. Se los podía desconectar de mis pies y adoptarlos como dedos merecidamente amputados. Sin embargo, algunos de los imbéciles que los adoptaran los tratarían mal, los mutilarían de la forma inconcebible que hace que uno se sienta avergonzado de pertenecer a una especie que posee dedos en los pies. Pequeños cerditos prescindibles suspendidos de horcas, como tantas pequeñas víctimas inocentes linchadas...

Bilker Moody puso una mano sobre mi hombro.

—¿No ha bajado al pobre niño, señor Loyd? —me preguntó, con un suave tono de voz.

—Iba a hacerlo.

—Yo lo haré.

Un escrúpulo brotó de mi obnubilada conciencia.

—¿Debería tocarlo? Esto ha sido escenario de un crimen, Bilker. ¿No deberíamos dejarlo todo como está?

—¿Acaso me importa una mierda la santidad del escenario de un crimen? Tal como están las cosas, este pobre niño lleva ya demasiado tiempo fuera de casa.

Empecé a incorporarme sobre mis cerditos, mis desnudos y sucios pies.

Bilker hizo un lazo en la cuerda de nailon, por encima de la cabeza del Pequeño Paul, insertó en él la hoja de su navaja y empezó a serrar la cuerda con toda su fuerza.

—¿Acaso me importa una mierda? —repitió—. Acabo de volarle la cabeza al jodido Puddicombe, sin darle tiempo de decir esta boca es mía —serraba y serraba la cuerda—. Y que me condenen si eso me importa.

Finalmente, la cuerda se cortó y Bilker tomó al Pequeño Paul en sus brazos.

—¿Quiere sostenerlo? —me preguntó.

¿Quería sostenerlo? Tuve que haber dado esa impresión, porque Bilker me acercó al niño

y me lo puso entre mis brazos. Estaba frío y rígido, como un muñeco de plástico. El pequeño e inquieto mestizo que tanto había encantado a Caroline en *Everybody's*. El mismo, pero no el mismo. Un cascarón. Una sala de exposición sin estatuas, ni móviles, ni lienzos. ¿A dónde había ido a parar toda la vida?

¿Y dónde estaba Adán?, le pregunté a Bilker.

—Se está vistiendo. Le até un pañuelo alrededor del maldito codo; no está tan mal. Vamos; será mejor que no le demos tiempo a subir de nuevo aquí. Es posible que se desvanezca.

Arranqué el globo pegado a los labios del Pequeño Paul y lo tiré sobre el recipiente de cola de papel, junto a la puerta. Abandonamos las galerías por la misma escalera que había utilizado Bilker para subir antes.

Encontramos a Adán, totalmente vestido a excepción de los zapatos, que sostenía con los dedos de una mano introducidos por los talones, de modo que le colgaban a la altura de la rodilla. Estaba en medio del aparcamiento y la lluvia hacía crecer lentamente los aceitosos charcos que se formaban alrededor de sus pies desnudos. El camión de Craig Puddicombe estaba detrás de él, con la puerta abierta y el conductor derrumbado hacia adelante, la cabeza entre la puerta y el volante.

La escalera que antes había estado apoyada contra la pared, yacía ahora sobre el asfalto, en una impotente diagonal. Aparentemente, Craig había logrado salir de la rampa para dirigirse al aparcamiento y luego dar marcha atrás, en un intento por atropellar a su perseguidor habilino. Adán había saltado al camión y Craig había hecho que el GM se bamboleara de un lado a otro para sacudírselo de encima. Bilker debía de haber salido del edificio a tiempo para acercarse al camión y disparar su Ruger Magnum .357 directamente a través de la ventanilla abierta, contra la cabeza de Craig. Tan enfrascado estaba el secuestrador en arrojar a Adán fuera del camión, que no vio acercarse a Bilker; su determinación de atropellar el cuerpo de Adán había sido fatal para él.

Yo no lo lamentaba. Me sentía aliviado, más bien.

Bilker y yo saltamos los peldaños de la escalera caída y nos unimos a Adán, en medio del aparcamiento. Le entregué el cuerpo de Paulie. Adán dejó caer los zapatos en un charco que medio los sumergió y tomó al niño, que sostuvo con las manos por debajo de la espalda, de tal modo que pudo acariciar con la boca el hinchado vientre de su hijo y murmurar incomprensibles palabras de consuelo en aquellos oídos que habían dejado de oír.

Bilker se acercó al camión, tiró del asesino y lo sacó del asiento del conductor. El cadáver cayó sobre el pavimento de ébano con un ruido sordo. Había desaparecido la mayor parte de su rostro. Era prácticamente irreconocible, excepto como un hombre adulto con un mono manchado de pintor. ¿Adónde había huido la malevolente energía de su vida? Bilker le propinó tres o cuatro patadas en el costado, cada una más terrible que la otra.

—No lo haga —le dijo Adán—. Para él todo ha terminado.

—Para usted, y para la señora Montaraz, no —dijo Bilker con amargura—. Tampoco ha terminado para mí. Durante el resto de nuestras vidas viviremos con este jodido fracaso.

Adán se acercó a Bilker, sosteniendo todavía a su hijo muerto, y lo miró directamente a la cara.

—Yo no lo creo así. No olvidaremos, pero más tarde, quizá dentro de no mucho tiempo, nuestro sudario de dolor se retirará y volveremos a sentirnos como nuevos.

Miramos boquiabiertos a Adán. Bilker se volvió y escupió sobre un charco. Creo que los dos nos dimos cuenta de que ahora había algo perfectamente correcto en la serena santidad de Adán, pero aún era demasiado pronto para el perdón y la reconciliación. Demasiado pronto para ofrecer el cuerpo inocente del Pequeño Paul como un sacrificio a la comprensión humana. Bilker y yo estábamos anonadados. Había cóleras y odios que teníamos que superar,

lamentaciones y sufrimientos de los que destilar un bálsamo tenue y agridulce. La magnanimidad, en estos momentos, era un *non sequitur***.

—Iré a traer el coche —dije.

Pero Bilker y Adán caminaron a mi lado. Regresamos a la calle Hurt sin pronunciar una sola palabra más.

Las huellas dactilares identificaron inequívocamente al hombre muerto por Bilker como Craig Raymond Puddicombe. En la cartera del muerto se encontraron dos permisos de conducir, ambos falsos. Uno de ellos lo identificaba como Teavers, Elvis Lamar. Había llevado buen cuidado de utilizar este alias y la dirección de los Montaraz, cerca del parque Inman, cuando no deseaba que le siguieran la pista hasta la pequeña casa que había alquilado en el arco sudoriental de la Interestatal 285. El otro permiso de conducir estaba extendido a nombre de Burdette, Gregory Rollins; ésta indicaba la dirección de su casa, en la autopista de circunvalación. Como Greg Burdette, Craig había vivido en Atlanta durante casi ocho meses, ganándose la vida con la práctica de una rama colateral de la profesión de Adán y Ruth-Claire. Al igual que ellos, era pintor; pero sólo pintaba casas, garajes y letreros. Trabajaba con bastante regularidad, pero tuvo que buscar trabajo con ahínco para poder pagar sus deudas.

Hubo dos razones por las que los hombres del FBI permitieron que el agente especial Niedrach y sus colegas de la Oficina de Investigación de Georgia concluyeran la investigación del secuestro. En primer lugar, Niedrach y Davison se habían hecho cargo del episodio ocurrido en Beulah Fork a finales del pasado verano; en segundo término, Craig Puddicombe y su cómplice-víctima nunca llegaron a sacar al Pequeño Paul de la zona metropolitana de Atlanta.

En consecuencia, los agentes locales interrogaron a la mujer que alquiló su casa a «Greg Burdette», a los hombres jóvenes que habían trabajado ocasionalmente con él, y a algunos de los que lo habían empleado. Su valoración de conjunto era que Burdette vivía tranquila y frugalmente, no hablaba nunca de su pasado, no faltaba a su trabajo, y se ocupaba de la poco inspiradora tarea de calafatear una gotera como si se tratara de una misión fundamental en un plan fiscal que pudiera liberarle algún día de la necesidad de pintar casas.

De hecho, todos aquellos que lo habían conocido asumieron que su principal propósito en la vida había sido el de llegar a enriquecerse. Aunque nunca habló de esta ambición, cuidaba mucho de su dinero; hacía ofertas competitivas aunque sin venderse a bajo precio, e insistía en que se le pagara en metálico antes de abandonar el lugar donde hubiera terminado un trabajo. Esa era una condición que planteaba ya al principio de cualquier empresa, y raras veces dejó de conseguir el acuerdo de quien le ofreciera el empleo, gracias a su reputación como trabajador eficiente y consciente, un hombre capaz de limpiar las manchas de humedad, lijar la pintura antigua, aplicar las pinturas nuevas más fiables, etcétera.

Su talón de Aquiles, si es que tenía alguno, era su incapacidad para trabajar con negros. Se negaba a hacerlo. En los equipos de pintores que contrataba o en los que actuaba nunca había negros. En dos o tres ocasiones, al menos, dejó pasar trabajos provechosos sólo porque un contratista quiso que compartiera el trabajo con algún pintor de color. Del mismo modo, sólo se avenía a pintar la casa de un negro si se le permitía llevar un equipo compuesto exclusivamente por blancos. Eso raras veces sucedía.

Por muy extraño que pudiera parecer, la negativa de Puddicombe-Burdette a trabajar con negros jamás le indujo a hablar mal de ellos. Nunca expresó comentarios raciales estereotipados sobre niveles de inteligencia, manías alimenticias, Cadillacs comprados con el dinero de la seguridad social o hijos ilegítimos. Se encerraba en sí mismo cuando surgía el tema de los negros, y a veces llegaba a contenerse visiblemente, como si se esforzara por obedecer un mandato interno aprendido en el hogar familiar: «Si no puedes decir nada bueno de alguien, no digas nada», etcétera. No obstante, la reprimida hostilidad de este esfuerzo

**non sequitur*. Alocución latina: imposible de seguir, o de secundar. (Nota del revisor)

ponía tensa su mandíbula y le abultaba los ojos. En cierto modo era cómico; en otro sentido, era tremendamente aterrador.

Un antiguo asociado recordó que Craig aprobó gozosamente la cruzada contra la pornografía por parte del fiscal del distrito del condado de Fulton. Le daban náuseas los garitos donde se aplicaban masajes eróticos, las librerías y cines pornográficos para adultos. Los maldecía, sin experimentar el menor tormento o preocupación de que ese lenguaje pudiera parecer tan ofensivo para otros como lo eran para él las fotografías de personas desnudas. Con tiempo cálido, trabajaba siempre con pantalones cortos y zapatillas de tenis, sin camisa, y sintiéndose orgulloso de ello; pero en cualquier otro contexto que se pudiera interpretar como erótico —aunque sólo fuese marginalmente—, la piel desnuda le encolerizaba. En cierta ocasión, durante una pausa para comer, había arrancado una revista para hombres de las manos a un aprendiz de diecisiete años que se la tendió para que le echara un vistazo. «Lo que miras sólo es mierda», le gritó.

La casa situada junto a la interestatal 285 permitió obtener más información. Como Greg Burdette, Craig había llevado mucho cuidado de no suscribirse a ninguna publicación que las autoridades estatales o federales pudieran clasificar como racista o provocativamente derechista. Pero las había comprado en los quioscos siempre que le fue posible, y había llevado cuidado de no hacerlo nunca en el mismo quiosco con la frecuencia suficiente como para ofrecer pistas sobre sus hábitos de lectura. Se trataba de revistas dedicadas a las armas de fuego, la supervivencia tras el holocausto nuclear, consejos legales para «víctimas» blancas de las leyes de acción afirmativa, y publicaciones defensoras del creacionismo. Junto con estas revistas, los agentes habían encontrado —amontonadas en los cajones— circulares que anunciaban reuniones del Klan y panfletos sobre diversos temas planteados por los políticos ultraconservadores.

Además, Craig había poseído un pequeño arsenal de armas no registradas, la mayoría de las cuales mostraban serrado o lijado el número de serie. En un tablero colgado de su dormitorio había recortes de los periódicos de Atlanta sobre el conflicto racial y diversos delitos cometidos por negros; entre ellos destacaba uno en el que se informaba de la detención de una serie de miembros del Klan en Greensboro, Carolina del Norte, acusados de asesinato. Craig había destacado todas las letras de los titulares con un resaltador de color rojo.

En la casa también se encontraron objetos que demostraban con toda claridad que Nancy Teavers había vivido allí con él al menos durante tres meses. Ropas, artículos de aseo personal, recuerdos de su matrimonio con el amigo muerto de Craig, Elvis Lamar. De hecho, la disposición de los dormitorios en la pequeña casa —en la que Nancy ocupó una habitación que Craig había utilizado antes como despacho— sugería que ambos se habían tratado como hermanos.

Los agentes descubrieron el disfraz de punky que Nancy había llevado en Perturbaciones Sinusoidales no en el armario del dormitorio de Nancy, sino en un baúl de viaje a los pies de la cama de Craig. Quizá había sentido una fascinación fetichista por aquellos objetos. Las ropas que había en el armario personal de Nancy —un ropero de madera contrachapada con cajones, comprado en una lavandería ya desaparecida de Forest Park— poseían un aspecto totalmente convencional y provinciano, contrapuesto al relumbrante disfraz guardado en el baúl. Además, Nancy había llenado su dormitorio con almohadones decorativos, animales de peluche y hasta unas pocas muñecas.

La muñeca que Craig había colgado en Abraxas junto al cuerpo del P. P. había sido de Nancy; su esposo se la había regalado para Navidad hacía más de tres años. Una entrevista con la madre de Nancy reveló que, en la intimidad de su hogar móvil en Beulah Fork, la joven había tratado a aquel niño de tela —al que llamaba Bonnie Laurel— como si fuera un verdadero bebé humano; pero ella había querido tener un hijo propio más que ninguna otra cosa. Ella y E. L. acababan de decidirse a dar el salto cuando... Pero si se recuerda el infortunado destino de aquel joven, podría considerarse como desafortunada la elección de esa frase.

Craig había estrangulado a Nancy en la pequeña casa de la interestatal 285.

Probablemente, la portada de Newsweek —que le había alborotado como una traición a su concepto de la decencia, ya afectado por el odio— sólo había sorprendido a Nancy, sin inducirla a creer que sólo el asesinato del niño podría expiar y castigar adecuadamente el flagrante pecado de sus padres. Ella se habría resistido a los argumentos de Craig en favor de asesinar a Paulie. Su resistencia no hizo sino encolerizarlo más aún, y terminó por atacarla.

Había señales de forcejeo tanto en la casa —sillas derribadas por el suelo, platos rotos, una cortina arrancada de su barra— como en el cuerpo de la víctima: el informe forense sobre Nancy no sólo mencionaba las contusiones que rodeaban su cuello, sino también profundas mordeduras en sus pechos y parte superior de los brazos, y varias costillas rotas. Ella era menuda, y Craig pudo sobreponerse a ella sin grandes dificultades, tras su persecución inicial y lucha posterior. Luego la vistió con el disfraz de orangután, que alquiló poco antes o poco después de asesinarla. Así pues, para trasladarla y depositarla en el santuario del Centro de Meditación para no afiliados de Little Five Points, tuvo que esperar a que se hiciera de noche.

En cuanto al Pequeño Paul... No creo que haya necesidad de continuar. El lector podrá imaginar los detalles de la ejecución del niño mucho más fácilmente de lo que yo podría describirlos.

A últimas horas de la tarde del martes, el cuerpo del niño fue enviado a un crematorio en Macon. El miércoles, sus cenizas fueron entregadas a los Montaraz en una costosa urna funeraria. Los dos se habían puesto de acuerdo en la forma de disponer del cadáver, y tras la recuperación de las cenizas del Pequeño Paul celebraron un servicio íntimo a su memoria, en su propia casa. Bilker Moody asistió a estos ritos, pero Caroline Hanna y yo no estuvimos presentes porque Adán me había pedido que hiciera algo en su nombre en Beulah Fork: que visitara a la familia de Craig Puddicombe para invitar a su madre a enterrar a Craig junto a las cenizas del Pequeño Paul, a un costado de la arboleda de pacanas de la granja Paraíso, un sitio debidamente autorizado por el estado. Fue un encargo que quizá no habría podido cumplir de no haber tenido a mi lado el apoyo moral de Caroline. Un apoyo de moralidad, según la propia terminología de Adán.

La reacción pública ante el asesinato del Pequeño Paul fue prolongada; a veces reflexiva, ocasionalmente exagerada, y casi siempre pesada. El presidente envió un telegrama; también lo hicieron otros destacados jefes de Estado, incluido el papa. Un triunvirato de líderes del África oriental emitieron un comunicado conjunto en el que ofrecían a los Montaraz la ciudadanía en sus países respectivos, así como transporte gratis para regresar «a casa». A. P. Blair, el paleoantropólogo de Zarakali, envió una carta de pésame y de tardía disculpa, escrita a mano en dos páginas; pero ni Ruth-Claire ni Adán pudieron deducir de aquella prosa —en la que el científico se refería continuamente a sí mismo— cuál era la injusticia específica por la que se disculpaba. Una pléyade de comentaristas de medios de comunicación y de evangelistas televisivos pronunciaron elogios póstumos. Casi todos los diarios del país publicaron un editorial sobre lo ocurrido. En Atlanta, y gracias a una dispensa gubernamental, las banderas ondearon a media asta en los terrenos del Capitolio. Aún más impresionante fue una procesión de personas con brazaletes negros que marcharon ordenadamente, en columnas de a tres, por el parque Inman, al son de la música funeraria de tambores, pífanos y gaitas. En Beulah Fork, yo mantuve cerrado el West Bank durante los restantes cinco días de la semana laboral.

La policía de carreteras de Georgia dirigía el tráfico. Los que no eran de la ciudad y no habían sido invitados, eran desviados por la Interestatal. Los parientes, amigos e invitados locales cruzaron las puertas de entrada a la granja Paraíso. La policía también se ocupó de que quienes no pudieran aparcar sus vehículos en el interior de la propiedad los dejaran con el menor impedimento posible en las cunetas de la carretera de dos carriles que conectaba Tocqueville con Beulah Fork.

Al mirar por la ventana del dormitorio del piso de arriba —que habíamos compartido—, Caroline calculó que debían de estar presentes todos los habitantes de la ciudad. Nada como un funeral para reunir a la gente. Nada como un doble funeral por un asesino y su última

víctima para incrementar por cien el tamaño de la multitud.

El agostado prado de la fachada de la casa estaba abarrotado de personas supuestamente tristes por la pérdida. La mayoría de las mujeres llevaban ropas dominicales, mientras que los hombres, con las corbatas anudadas como torniquetes bajo la nuez de Adán, llevaban chaquetas de lino o de sirsaca. Había una viva solemnidad en todos sus movimientos. Unos pocos niños, con las caras recién refregadas y limpias, iban cogidos de la mano de sus padres. Otros niños, más ávidos, corrían por entre la gente para encontrar buenos lugares en la arboleda de pacanas a los que subirse para observar la ceremonia.

—Gracias a Dios que no tenemos que alimentar a tanta gente —comentó Caroline.

Emití un gruñido. Estaba de pie ante un espejo, tratando de hacerme un nudo Windsor en una corbata nueva.

Quince guardias de seguridad uniformados deambulaban por los terrenos, mientras que un decimosexto vigilaba desde su puesto estratégico en la buhardilla, inmediatamente por encima del dormitorio que ocupábamos Caroline y yo. Los Montaraz y yo compartíamos el coste de los guardias de seguridad; ellos porque el FBI les había asegurado que recuperarían la mayor parte del dinero del rescate, y yo porque de ese modo confiaba en mantener a los inquietos visitantes alejados de mis macizos de flores y plantas. No se nos había escapado el potencial para conflictos que había allí, y deseábamos evitarlo.

Caroline efectuó un cálculo informal del porcentaje de personas que habían acudido por Craig Puddicombe y por el Pequeño Paul, por separado. Hasta el momento, los que formaban este último grupo parecían ganar la partida. Si habían acudido algunos miembros activos del Klan, tuvieron el tacto o la precaución de dejar las sábanas en sus camas y los gorros cónicos en las estanterías de los altillos. Además, al menos algunos de los que acudieron a ofrecer sus respetos al joven Puddicombe seguramente no estarían afiliados al Klan.

—¿Has visto a la madre de Craig?

—Bilker se la encontró ante la puerta de entrada a la propiedad y la acompañó hasta la casa hace unos quince o veinte minutos. Está bien.

—¿Sabe ella que fue Bilker quien mató a su hijo?

—No, no lo creo. Esperemos que no lo sepa.

Más allá de las puertas de entrada a la propiedad, Caroline pudo ver automóviles pertenecientes a periódicos de Atlanta, de Columbus y de Tocqueville, así como tres o cuatro camionetas de la televisión. Le había pedido a la policía de carreteras que tratara de impedir que entraran, y había ordenado a mis propios guardias de seguridad que detuvieran a cualquier intruso y lo sacaran de allí si alguien lograba escabullirse por entre nuestras defensas. La granja Paraíso era una propiedad privada, y la ceremonia de hoy sólo estaba destinada a la familia y los invitados, así que los periodistas no eran bien recibidos. Si preferían ignorar esas sencillas condiciones, los Montaraz estaban dispuestos a demandarlos por invasión de propiedad, y yo mismo plantearía acusaciones de intromisión ilegal.

Finalmente, le indiqué a Caroline que ya estaba preparado. Para mi vergüenza, ella había terminado de vestirse por lo menos diez minutos antes que yo. Su vestido blanco —que le llegaba hasta las rodillas— tenía mangas abullonadas y un adorno inglés fruncido, de color azul y blanco, a través del busto. Posó su brazo en el mío y abandonamos juntos el dormitorio.

—Jamás habría podido hacer eso si Ruth-Claire hubiera venido —dijo ella—. Lo sabes, ¿verdad? —se refería al hecho de haber pasado la noche conmigo en la vieja casa de mi ex esposa.

—Lo sé.

A mí también me había resultado extraño. Si Ruth-Claire hubiera acompañado a Adán a la granja Paraíso, tampoco yo habría sido más capaz que Caroline de compartir la cama con ella. Pero mi ex esposa no había acudido a Beulah Fork. La simple idea de asistir a un funeral doble para su hijo y su asesino la había anonadado. Esa era la razón por la que ella y Adán

realizaron una ceremonia privada en la casa de la calle Hurt. Después de aquella ceremonia, ella se había marchado a Charlotte para visitar a una tía solterona octogenaria, y para recuperarse de un suplicio que ya jamás dejaría de acosarla. En Charlotte estaba ahora, boicoteando la ostentosa demostración de generosidad y perdón por parte de Adán.

En el patio de atrás, Adán permanecía de pie sobre un pequeño estrado de cedro; ante él se arremolinaba la multitud, que se extendía hacia la arboleda de pacanas. En una zona de hierba previamente acordonada con cuerdas de terciopelo rojo y postes de bronce, Caroline y yo nos unimos a los Puddicombe. Estábamos directamente frente al estrado, y cuando llegamos ninguno de los Puddicombe nos miró ni nos dirigió la palabra. Saludé con un gesto a algunos rostros familiares que vi entre los presentes, más allá de la zona acordonada, pero nuestra llegada fue una indicación para los presentes de guardar silencio y dejar de cuchichear. Sólo los molestos mosquitos y unos pocos y juguetones pájaros encaramados en las pacanas se negaron a quedarse quietos.

—Bienvenidos a este, el más sagrado de los ritos —empezó a decir Adán.

De entre todos los presentes, sólo Caroline, Bilker y yo le habíamos oído hablar con anterioridad, y el matiz gutural de su voz, su poderosa reverberación, pareció asombrar a algunos de los que nos rodeaban.

A pesar de lo pequeño que era, Adán imponía atención. Llevaba un sombrero de copa de seda. También llevaba un frac tipo embajador, con pantalones a rayas, chaleco blanco, corbatín gris y polainas. A su derecha, un pedestal cubierto con terciopelo me hizo pensar en los estandartes vudú que David Blau había expuesto en Abraxas. Sobre el pedestal se encontraba la urna funeraria que contenía las cenizas del Pequeño Paul. A la izquierda de Adán se encontraba el féretro en el que descansaba el cuerpo de Craig Puddicombe, también envuelto en un estandarte de vivos colores, con lentejuelas. A la luz del sol de agosto, las lentejuelas relucían como trocitos de hielo a punto de fundirse.

—Que las cenizas vuelvan a las cenizas y el polvo al polvo —dijo el habilino. Dirigió a todos una dolorosa mueca, casi una mueca de temor—. Durante la mayor parte de mi último año en vuestro extraño país, me sentí preocupado por el problema de saber qué soy para vosotros y qué posición espiritual debo ocupar en las escalas de Dios. A partir de ahora ya no voy a preocuparme más: todos procedemos del mismo lugar, y regresamos todos a él.

—¡Amén! —dijo una voz por detrás de nosotros.

Pertenecía a Livia George. Ella, Hazel Upchurch y un pequeño grupo de negros locales ocupaban un lugar definido en la multitud, entre los árboles y el estrado.

—Mi hijo muerto tenía un alma, lo mismo que la tenía el hombre joven que lo asesinó. Y yo, Adán Montaraz, ciudadano y exiliado, habilino y humano, también tengo un alma, con la misma seguridad con que la tiene el corazón destrozado de la madre de Craig Puddicombe. Y yo os digo que todos los hijos de Dios tenemos almas.

—Alabado sea el Señor —dijo un hombre que estaba cerca de Hazel Upchurch.

—Todos aquellos que sufren y saben que sufren, todos aquellos que anhelan la paz y lo saben, y todos aquellos que tienen expectativas celestiales y saben que las tienen, todos ellos tienen almas, y así lo declaro expresamente. Pues son nuestras almas las que sufren, anhelan, esperan y saben. Son nuestras almas las que experimentan profundamente el dolor, la pena y las alegrías de todos y cada uno de estos profundos procesos.

—Amén —murmuraron varias personas, con aprobación.

—Dios mío —susurré—, está pronunciando todo un sermón.

Caroline me indicó que guardara silencio.

—Y yo os digo que el alma es lo que hace al cuerpo. También es el autoconocimiento perceptivo de hacer lo que hace. Paulie, mi hijo muerto, empezaba a crecer y a tomar

conciencia de su alma. Y su alma, debo deciros, empezaba a florecer. Me temo que ninguno de los presentes pueda imaginar hacia qué forma tendía, pero en el fondo de mi corazón..., sí, aquí habla mi orgullo de padre, estoy casi seguro de que habría sido hermosa. Muy hermosa.

—Alabado sea el Señor.

—El alma de Craig Puddicombe ya se había abierto —hizo un gesto hacia el ataúd envuelto—. Tenía una forma desgraciada, porque él mismo se sentía desgraciado. Odiaba, y sabía que odiaba. Mató, y sabía que había matado. Hizo daño, y sabía que había hecho daño. También sabía que ni siquiera al transmitir fragmentos de ese daño a otros, nunca, jamás lograría arrancar el daño que lo enfermó hasta su muerte. Su alma, desgraciadamente, ya nunca adquirirá en esta vida una forma espiritualmente agradable y feliz.

—¡De pequeño siempre fue un buen muchacho! —gritó la madre de Craig Puddicombe—. Su alma era tan agradable como la de cualquiera.

Esta explosión de lealtad maternal pareció desconcertar aún a la propia señora Puddicombe. Cruzó los brazos por delante de sus pechos y hundió los hombros. Caroline se inclinó hacia ella, como si tuviera la intención de darle unas consoladoras palmaditas en el brazo, pero la mujer se inclinó a su vez hacia su suegro —un anciano de aspecto enfermizo, con ojos brillantes— para evitar el contacto de esa extraña.

—Estoy convencido de que así fue —le dijo Adán a la mujer, al tiempo que la miraba con una expresión de extrañeza—. Hizo lo mismo que otros niños, y su alma era lo que él hacía. Más tarde, sus actos (y por lo tanto su alma) cayeron bajo el influjo de otras almas más viejas y mucho más retorcidas, que empezaron a deformar su belleza juvenil hacia esa otra forma desgraciada. De niños, mis queridos amigos de Beulah Fork, el alma es muy plástica.

—¡El alma no es plástica, señor Adán! —gritó un anciano negro, que estaba de pie junto a Livia George. Varias personas, incluidas algunas blancas a las que conocía como devotas fundamentalistas, secundaron esta objeción.

—Nunca ha sido mi intención dar a entender que el alma pudiera ser lo que llamaríamos un... polímero sintético —dijo Adán—. Os ruego que comprendáis. El alma es inmaterial. No tiene lugar concreto. Pero como es lo que hace y sabe el cuerpo, puede ser configurada. Al menos metafóricamente, y también literalmente. Todo esto, queridos vecinos, es algo que he aprendido dolorosamente en vuestro grande y extraño país.

—¡El alma no tiene nada que ver con el cuerpo! —gritó Reuben Decker, mi vecino de una granja más al sur—. ¡Es espiritual y eterna!

Adán, algo tristemente, negó con la cabeza. Otras personas de entre la multitud, principalmente hombres, empezaron a proclamar en voz alta tanto una rigurosa dicotomía entre cuerpo y alma, como la inmortalidad del alma liberada en ese ámbito trastemporal conocido como cielo. La fraseología que utilizaron fue típicamente campesina: «¡El cuerpo muere, pero el alma se eleva!», «¡Vive eternamente con Jesús!», pero el mensaje, una especie de consenso protestante aprendido, pareció estar a punto de hacer retroceder a Adán.

Me empezaron a sudar las manos.

—¿Puedes creer esto? —le susurré a Caroline—. ¡Una discusión teológica en el patio trasero de mi propia casa!

Adán se quitó el sombrero de copa y lo miró como si buscara en él la respuesta adecuada a aquellos cuya oposición había despertado. Cuanto estaba a punto de hablar, el sonido de las aspas de un helicóptero —¡zump! ¡zump! ¡zump!— se hizo audible por encima de las copas de los árboles, hacia el noreste. Luego apareció a la vista el cuerpo, amarillo como el de una avispa; cruzó por encima de la carretera y descendió hacia el prado al otro lado de la casa, donde se posó ruidosamente. Tres o cuatro guardias de seguridad echaron a correr en su dirección con las pistolas desenfundadas, y muchas de las personas situadas frente al estrado empezaron a empujar a las demás, como si tuvieran intención de seguir a los guardias.

—¡Por favor! —gritó Adán, levantando las manos—. ¡Dejad que los guardias hagan su

trabajo! ¡No hay motivos para precipitarse y empujar!

Estas admoniciones calmaron a muchos de entre la multitud, pero el alboroto producido por la llegada del helicóptero impidió al habilino continuar con su rito funerario. Para tranquilizarla, tomé a Caroline de la mano. Entonces, apareció por la esquina de mi casa un grupo de tres hombres con trajes caros, flanqueados a cada lado por tres o cuatro guardaespaldas.

La figura principal de esta procesión era el justo reverendo Dwight “Happy” McElroy. Con guiños de estrella de cine, sonrisas de político victorioso, y saludos campechanos, contestaba a la incrédula delicia de muchos de los que asistían al entierro en mi propiedad. Su hijo Duncan iba dos o tres pasos por detrás de él, mientras que otro lugarteniente —un hombre de cabello rubio y corto, de mirada recelosa y meticulosamente vestido— se mantenía al lado de McElroy, como el equivalente civil de un agente del servicio secreto.

McElroy sólo se separó de este hombre para subir al estrado y dirigirse hacia Adán con la mano derecha extendida. El y el habilino se estrecharon las manos entre vítores y aplausos de la concurrencia. Mi pequeño amigo parecía sentirse tan perplejo como el alto evangelista parecía alto y seguro de sí mismo. Mutt y Jeff. Los dos hombres ofrecían un aspecto físico tan contrastado que muchos de los presentes no pudieron evitar echarse a reír.

—¿Qué está haciendo aquí Happy McElroy? —preguntó de pronto el evangelista en voz alta, como si se dispusiera a pronunciar una homilía propia—. Bueno, mi hijo Duncan y yo acabamos de llegar desde Louisiana, a través de Atlanta, para compartir el dolor de dos familias afligidas. También estamos aquí para honrar a Adán Montaraz, por su santo gesto, digno de nuestro Señor. No podíamos permanecer al margen. Allí donde haya que aliviar la pena de los demás, es donde debe estar el ministerio de Dwight McElroy, el consolador sirviente de Dios. Adán no nos ha invitado expresamente, pero ello se debe a que, en su humildad, temía abusar de la amabilidad de un hombre tan ocupado como yo por realizar el trabajo de Dios que todavía no se ha hecho. Su consideración es una verdadera luz para todas las naciones.

—¡Amén!

—¡Ya lo puedes decir!

—Pero también he venido por otra razón importante, queridos amigos. Oh, sí, he venido para devolver a este hombre noble el pan que él y su igualmente noble esposa arrojaron sobre las aguas de la fe, confiados en que de ese modo salvarían la vida del niño no bautizado cuyas cenizas contiene esta urna.

McElroy señaló la urna con un gesto. Luego, del bolsillo interior de la chaqueta —un traje de seda con dibujos como de pavo real—, extrajo un sobre de aspecto oficial.

—Duncan y yo, por no mencionar a mi esposa y compañera en la proclamación de Cristo, Eugenia Lisbeth, nos sentimos orgullosos de devolver a los Montaraz los cinco mil dólares que el asesino de su hijo les extorsionó como una «donación» ilícita para la Gran Congregación Cristiana. Que nunca se diga que Happy McElroy aceptó dinero ensangrentado, que no hubiera sido consagrado en la sangre del Cordero, para las obras de Dios. Que nunca se diga que una vida dedicada al amor prefirió aprovecharse de su ministerio para obtener los terribles salarios del fanatismo y el odio. Aquí tienes, Adán, recibe de mí este cheque cuyo importe quizá puedas emplear para obras más felices y fructíferas de lo que ha servido hasta ahora.

Murmullos de expectación se extendieron por entre la multitud. Hasta los pájaros dejaron de trinar y revolotear. La espectacular oferta de McElroy, su negativa a beneficiarse de la desgracia de otro, había paralizado a los sudorosos espectadores con una santa admiración.

Adán se colocó las manos a la espalda.

—No puedo aceptarlo. Gracias, pero no puedo aceptarlo.

Ante estas palabras, McElroy le dirigió una encendida mirada de agradecimiento.

—La santidad de este hombre va a ser legendaria —dijo, al tiempo que volvía a guardar el sobre en el interior de la chaqueta—. Su generosidad limpia este dinero de toda mancha, y una vez limpio, puede contribuir a la obra de Dios. Somos bienaventurados, amigos míos, por tener entre nosotros a alguien como él en estos tiempos tan perversos.

Antes de que el entusiasmo de los asistentes pudiera inducirles a lanzar gritos de «¡Amén!» y «¡Aleluya!», la madre de Craig Puddicombe tomó la palabra.

—Ese dinero se nos tendría que entregar a nosotros. De no haber sido por Craig, no hubiera existido esa donación.

Se adelantó hacia el estrado y extendió la mano elevada hacia McElroy.

—Así que es nuestro por derecho. No corresponde a nadie de la Gran Congregación Cristiana.

Todos nos quedamos boquiabiertos, incluido yo mismo, y el evangelista y el habilino se sintieron visiblemente desconcertados. Los otros Puddicombe, los parientes políticos de la mujer y los niños, se adelantaron para rodearla y apoyar su petición.

—Sí —consiguió decir Adán, finalmente—. Déselo a ella.

—Pero si se lo han sacado a la fuerza... —protestó McElroy—. No lo entregue para esta persona imprevisora que, por lo que tengo entendido, parió al maligno animal que asesinó a su hijo y a la misma joven que le ayudó a secuestrarlo.

—Craig tenía sus cosas malas —dijo la madre—. El lo hizo, pero jamás permitió que nadie publicara su foto en la portada de una revista sin llevar los pantalones puestos. Y nunca les sacó el dinero a los pobres en un servicio religioso por televisión.

Pude oír la risa de Bilker Moody. Estaba apoyado contra una barandilla, detrás del ataúd de Puddicombe.

—Señora Puddicombe —empezó a decir McElroy sin saber qué hacer, en una actitud muy poco característica de él.

—Yo mismo lo..., ¿cómo se dice?, ¿endosaré? —dijo Adán—. Sí, endosaré a nombre de ella el cheque que usted ha traído.

Extendió la mano hacia el evangelista que, como si estuviera hipnotizado, le entregó el cheque. Adán lo endosó con un bolígrafo que alguien le prestó y se lo entregó a la señora Puddicombe, quien lo dobló en dos y se lo introdujo por el interior del escote de su vestido desvaído por el sol.

—Es usted terriblemente bueno —dijo ella—. Ahora, acaba de hacerle justicia a Craig; vamos a confiar en usted por hacer esto. Pero papá está demasiado enfermo como para quedarse aquí de pie y asistir a la ceremonia. Regresamos a casa.

Y sin añadir ni hacer nada más, reunió a su familia a su alrededor, salió de la zona rodeada por las cuerdas de terciopelo y rodeó la casa, en dirección a la distante puerta de salida de la propiedad. Se marchaba cinco mil dólares más rica de lo que había llegado, beneficiaria de un santo habilino.

Caroline y yo éramos ahora las dos únicas personas que quedábamos en la zona acordonada aparte para las familias inmediatas del Pequeño Paul y de Craig. Miré hacia atrás para comprobar si nuestros vecinos nos miraban, pero sólo vi a Rudy Starnes, el cámara, y a Brad Barrington, su compañero *par excellence*, que avanzaban como escabulléndose por entre la multitud para volver a grabar otro acontecimiento que tampoco era asunto suyo. No estaban muy lejos de donde se encontraba Livia George y sus amigos.

El negro parecía grabar escenas de la multitud, del estrado y de los Puddicombe, que se alejaban. Mientras tanto, su colega, bronceado por el sol, sostenía entrevistas improvisadas con muchas de las personas asombradas que le rodeaban. Cuando Barrington se acercó a Livia George con el micrófono, ella retrocedió y lo miró con una expresión discriminatoria y despreciativa. Pude ver que ella sacudía un dedo debajo de la nariz del locutor, pero el

aparente temor de perturbar aún más la ceremonia le hizo bajar la voz, y me fue imposible oír lo que le dijo. Dirigí de nuevo la atención hacia el estrado cuando McElroy volvió a hablar.

—Recemos por las almas inmortales de estos hermanos muertos, el asesino y su víctima inocente —gritó el evangelista, haciendo notables esfuerzos por recuperarse de la pérdida del cheque—. El uno parecía destinado al infierno a causa de las virtudes que tan tristemente le faltaban, y el otro como consecuencia de que sus padres no llegaron a bautizarlo en la comunidad viva de Cristo. En consecuencia, hermanos y hermanas, recemos para que Dios, en su gran y redentora piedad, acoja sus almas inmortales. Inclínad vuestras cabezas, y observad conmigo un momento de silencio lleno de amor e intercesión.

—Le ruego que se baje del estrado —dijo Adán—. No le corresponde a usted usurpar mi intención de presidir el acto.

McElroy, cuyos ojos ya estaban cerrados, los abrió.

—Dios mío, Adán, sólo he venido para ayudar. Se pone usted un tanto territorial acerca de esto, ¿no le parece?

—El alma no dura eternamente —contraatacó Adán—. Siento tener que decírselo así, pero el alma es lo que hizo su cuerpo y la implacable autoconciencia de esos actos. En la muerte, Paulie y Craig se han reconciliado. Ninguno de los dos va al infierno o al cielo. La gran piedad que sentí por ambos es la piedad que experimento por la extinción de sus almas, una antes de que pudiera reformarse y la otra antes de que pudiera florecer a la belleza.

—Uh, oh —exclamé yo.

—El alma es *mente* —declaró Adán con paciencia—. No tiene localización. Tampoco va más allá de la detención de la muerte del cuerpo, excepto en el continuado aprecio de las almas y mentes que la conocieron. Todos los aquí presentes tenemos alma. Yo tengo una alma. Y es importante, muy importante que todos percibamos y valoremos el alma del otro como valoramos la nuestra. Esa es la razón por la que he decidido que descansen juntos las cenizas de mi hijo y el cuerpo de su desgraciado asesino.

Rudy Starnes se había ido acercando lentamente con su cámara portátil; pronto estuvo grabando la escena desde la esquina sudoeste del patio trasero. Barrington, su compañero, ya había escapado de la reprimenda de Livia George para llegar al mismo ventajoso sitio, y se inclinaba entre dos de las barandillas de cedro para tomar la discusión entre Adán y McElroy con el micrófono que sostenía en la mano. Quise ir tras ellos, pero Caroline me contuvo.

—Esos bastardos creen estar consiguiendo una primicia.

—Eso es lo que hacen, Paul. Olvídate de ellos. ¿No has escuchado lo que dice Adán?

—¿Trata a los demás como quieras que te traten a ti mismo?

—Trata a los demás como los demás quieran ser tratados, en la medida en que te sea posible saber lo que desean, y en la medida en que te lo permita el respeto por tu propio y sagrado yo.

—¿Es eso lo que ha dicho?

—No con estas palabras, sino con otras.

—Lo que usted dice, Adán, son palabras del diablo —dijo McElroy.

—¡Quizá sea un diablo! —gritó un hombre calvo de unos cuarenta años, con una corbata de lazo y cicatrices de acné en las mejillas.

No lo reconocí. Lo identifiqué —poco caritativamente— como un simpatizante de Puddicombe, como un hombre del Klan sin su capucha. Pero también es perfectamente posible que sólo fuera un baptista.

Adán no tenía la menor consideración en cuanto al impacto que pudieran producir sus palabras en personas como el hombre calvo.

—Craig Puddicombe y el Pequeño Paul continúan viviendo en este momento —explicó

dirigiéndose a McElroy, pero hablando lo bastante alto como para que todos le escucharan—, porque en nuestra respetuosa ceremonia intervienen todavía con los vivos que se preocupan por ellos. Son como compañeros de juego en el sistema lleno de almas de nuestra pena compartida, de nuestro recuerdo comunitario. De ese modo, viven y son elementos indispensables de la ecología de nuestro dolor. Mientras nuestras almas, que se autorreconocen a sí mismas, continúen jugando con ellos en sistemas de aflicción del corazón y de conmiseración, ellos seguirán vivos. Continúan siendo partes de un sistema que fluye. Por mucho que lo intentemos, ninguno de nosotros comprende por completo esa totalidad. Pero eso está bien, está perfectamente bien. Lo único que gratifica y posee un gran y floreciente significado es nuestra saludable relación, la de los que vivimos, para ellos, que han muerto.

Desde su altura, McElroy miraba fijamente a Adán como un maestro de escuela que mirara a un niño pequeño que acabara de mojarse los pantalones.

—Todo eso es muy bonito, Adán, pero no es más que palabrería humanista secularizada, falta de sinceridad.

—En absoluto —replicó Adán—. Escupo sobre aquellos que creen que me pueden conocer irradiándome los huesos, pesando mi cerebro, viendo cuántas herencias helicoidales tengo en común con los orangutanes. Escupo sobre cualquiera de ellos. Pero abrazo a todos aquellos que tratan de conocerme al abrazarme, al contemplar mis pinturas, al participar conmigo en una furiosa partida de ping-pong o al rezar a mi lado en las noches de peligro mortal.

—Palabrerías —dijo Mildred Garroway, una viuda de ochenta años que estaba justo detrás de nosotros—. Herencias helicoidales... —le dirigió una sonrisa a Caroline—. Esos chicos ni siquiera saben hablar, ¿verdad?

—Sí, señora —asintió Caroline.

Barrington, el reportero de *Contact Cable News*, había terminado por acercarse tanto que estaba casi al lado del ataúd de Craig. Bilker, al verle, avanzó varios pasos hacia el hombre, pero fue demasiado tarde porque Barrington ya se inclinaba sobre el estrado y avanzaba el micrófono hacia el rostro de Adán.

—¿Quiere repetir lo que acaba de decir para nuestros telespectadores? —le pidió Barrington a Adán; medio acurrucado por debajo de la plataforma, Rudy Starnes continuaba filmando lo que ocurría.

Bilker se interpuso entonces rápidamente y arrojó el micrófono de Barrington hacia la multitud. Algunas personas se quedaron boquiabiertas. McElroy, un intérprete más experto de las señales de peligro que Barrington, se apartó rápidamente y descendió la escalerilla por la que había subido al estrado. Luego, él, su hijo y el guardaespaldas rubio se retiraron y desaparecieron por la esquina de mi casa.

Durante esta retirada estratégica, Bilker zarandeaba vigorosamente al periodista de *Contact Cable*.

—Tienes el culo como la hierba —le dijo.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó la señorita Mildred a Caroline—. ¿Qué le ha dicho?

—Déjalo —le ordenó Adán a Bilker—. Ni un cabello de su cabeza vale la mínima molestia por tu parte.

Dejó caer el sombrero de copa sobre el estrado y empezó a quitarse la chaqueta.

—Se terminó la ceremonia conmemorativa por esta tarde —dijo a todos los demás presentes en la arboleda de pacanas—. Ahora tenéis completa libertad para regresar a vuestras casas. Si os quedáis, os lo advierto, quizá terminéis por actuar de una forma desgraciada en algo en lo que no tenéis nada que ver —dobló la chaqueta y la dejó sobre el ataúd—. Siento mucho que el comportamiento intrusivo del señor McElroy haya terminado por ser tan pernicioso para el gracioso recuerdo que había planeado para este doble funeral.

—¿Qué hacemos con este intruso? —preguntó Livia George, al tiempo que señalaba a Barrington con la palma de la mano, de un color de hígado.

—Él también —asintió Adán—. Y ahora, que todo el mundo se marche, por favor.

Le pedí a Caroline que acompañara a la señorita Mildred hasta la puerta de acceso a la propiedad, donde sin duda alguna habría aparcado el monstruoso Lincoln Continental que no había dejado de conducir a pesar de la disminución de su vista. Luego, de mala gana, los asistentes empezaron a retirarse al tiempo que lo hacían Caroline y la señorita Mildred, un proceso en el que no faltaron miradas irritadas y audibles murmullos de protesta.

Starnes, el cámara, grabó esta lenta retirada desde mi patio trasero, pero no sin apartar ocasionalmente la cabeza del visor, para comprobar de qué modo inexorable se alejaban los demás, dejándolos a él y a Barrington varados en una costa hostil. Finalmente, dejó de grabar.

Adán se había quitado el chaleco y el corbatín mientras tanto, y empezaba a desabrocharse la camisa.

—En cierta ocasión entraron a hurtadillas en la granja Paraíso para filmar el nacimiento de mi hijo —le dijo a Barrington—. Y hoy han vuelto a entrar sin permiso para filmar sin autorización este entierro. ¿Cierto?

Dejó caer la camisa sobre el estrado de cedro.

—Es nuestro trabajo —dijo decidido Barrington—. Conseguir las noticias.

—Una táctica de lo más asquerosa y furtiva. ¿Recuerda cómo me afectó esa provocación en el pasado mes de diciembre, Brad Barrington?

—Nos marcharemos. Déjenos recoger nuestras cosas y nos marcharemos, señor Montaraz.

Adán levantó primero un pie y luego el otro, se quitó los zapatos y luego los pantalones de etiqueta. Tan desnudo como el día en que había llegado por primera vez a la granja Paraíso, asumió una postura acurrucada y beligerante y dirigió al reportero una mueca alarmante y amenazadora.

Barrington se dio media vuelta, saltó sobre la barandilla del estrado y aterrizó sobre la hierba, junto al cámara. Sin la menor consideración por lo que pudiera sucederle a Starnes, echó a correr a través de la arboleda de pacanas hacia la propiedad de Cleve Synder. Adán subió sobre la barandilla del estrado, dio un poderoso salto de tres o cuatro metros y derribó a Barrington al suelo casi sin el menor esfuerzo. Lo hizo caer al saltar sobre su espalda, rodear el diafragma del hombre con sus piernas, y aplicarle una media llave de lucha libre a la nuca. El periodista se tambaleó y cayó. Una ardilla que cruzó rápidamente por la hierba y el potente y feroz gruñido del habilino pronto hicieron que Barrington suplicara piedad.

Bilker descendió del estrado, le arrebató la filmadora a Starnes y la arrojó contra el tronco del árbol más cercano. El gabinete se hizo añicos, y el sonido del impacto produjo ecos que se extendieron por la arboleda.

—No quiero pelea —dijo Starnes levantando las manos—. No voy a enfrentarme con usted. Ya me voy.

Salí apresuradamente de la zona acordonada para asegurarme de que Adán no matara a Barrington. Me acuclillé junto a los dos hombres, que forcejeaban vehementemente, y traté de sujetar a Adán por los hombros, para apartarlo. Pero allí donde Adán estaba en un momento, en el instante siguiente estaba Barrington, y el revoltijo de extremidades entrelazadas de sus cuerpos impidió que mis esfuerzos pudieran imponer la paz.

Sin embargo, pronto me di cuenta de que Adán no hacía sino humedecer a su enemigo con saliva y con repentinos e impredecibles desplazamientos de su propio peso. Barrington sobreviviría a este ruidoso forcejeo —del mismo modo que había sobrevivido al que se produjo en el mes de diciembre—, pero luciría moretones durante un par de semanas. Que él mismo tuviera sus propias dudas era algo que convenía perfectamente al propósito del habilino. Al final, Barrington se enroscó sobre sí mismo como un feto, sollozando

lastimosamente, y Adán se apartó del aterrorizado sujeto.

—No puedo decir que te culpe por ello —le dije a Adán por encima de los gritos de su víctima—, pero has utilizado a este pobre imbécil como un chivo expiatorio. Lo sabes, ¿verdad?

—No soy ningún jodido santo —gruñó Adán, desafiante—. Sólo soy un humano.

Se levantó y se dirigió hacia la casa, con sus negras nalgas moviéndose en una elegante sincronía y brillándole los músculos de la espalda. «Sólo soy humano», había dicho. Esta admisión resonó en mis oídos con el inconfundible matiz de la amargura y la lamentación. Sólo soy humano. Una extraña sensación se apoderó de mí: le dolía ser uno de nosotros.

Casi sin darme cuenta de lo que hacía, le di unas palmaditas a Brad Barrington en el hombro.

—Todo está bien. No se preocupe, todo está bien.

Pero, en realidad, no tenía ni la menor idea de lo que estaba diciendo.

Craig y el Pequeño Paul fueron decentemente enterrados. Durante el fresco relativo del crepúsculo, mucho después de los ritos inacabados del miércoles por la tarde, los entregamos al descanso. Bilker y cinco miembros de nuestra fuerza de seguridad transportaron el ataúd a hombros, mientras que Adán marchaba tras ellos con la urna funeraria, hasta una zona de la encantadora arboleda de pacanas que lindaba con la granja de Reuben Decker.

El jueves por la mañana, Adán, Caroline y yo asistimos al funeral de Nancy Teavers en la primera iglesia baptista de Beulah Fork. No asistió tanto público como en el fiasco de la granja Paraíso, pero el pastor elogió a Nancy de una forma que realmente me permitió rememorar el rostro de la muchacha; no el rostro pálido de ojos ennegrecidos de la víctima del asesino, con el cuerpo cubierto por el disfraz de orangután, sino los rasgos vivos, frecuentemente mistificados de la joven que había trabajado para mí en el West Bank. El órgano sonó y la gente lloró. Yo, sin embargo, no fui uno de ellos; hacía calor y me sentía entumecido. Nancy, naturalmente, fue enterrada al lado de la tumba de E. L., en el cementerio situado cerca de la escuela, y finalmente pareció como si todos hubiéramos llegado a un momento de nuestras vidas en que, radicalmente transfigurados, podríamos empezar de nuevo.

Ruth-Claire estaba todavía en Carolina del Norte y allí permanecería durante todo el fin de semana. Ella y Adán habían hablado la noche anterior por teléfono, pero sólo ellos sabían lo que se habían dicho el uno al otro acerca de cómo habían resuelto —o no— su pelea por aquel doble funeral. Ruth-Claire no había pedido hablar con Caroline, y Adán tampoco dijo nada sobre el estado actual de las relaciones entre ambos. No obstante, su propio silencio y su actitud ausente sugerían una debilitante melancolía.

De regreso del funeral de Nancy, Adán me pidió que le condujera al abandonado horno de ladrillos donde había muerto el esposo de la joven.

—¿Por qué? —le pregunté.

—Deseo meditar. Y ayunar.

—¿No podrías hacerlo aquí? —preguntó Caroline.

—Eso exige soledad. La más completa soledad. Y la oportunidad de sentir que la tierra me envuelve, del mismo modo que envuelve a mi hijo.

—Pero ¿en el horno de ladrillos?

Adán insistió, y no pudimos convencerle de que abandonara su deseo de visitar aquel lugar prohibido. Finalmente, lo llevamos allí por un camino de tierra. Luego, mientras nosotros nos quedábamos en el coche, él caminó a lo largo del terreno. Las zarzas y las malas hierbas se extendían como filigranas por los montículos de arcilla roja desde los que

descendían aquellos pozos, y los pájaros parecían trinar canciones sombrías. Adán se arrodilló ante una de las aberturas y miró hacia abajo. Luego, pasó una pierna por encima y descendió hacia el interior del pozo.

Grité su nombre.

—Venid a por mí el domingo por la mañana —gritó él—. Hasta entonces, estaré bien. No os preocupéis.

—¿El domingo por la mañana?

—Todo está bien, Paul, perfectamente bien. Esto es lo que necesito. Hay mucha agua allá abajo, y ningún habilino se ha muerto de hambre por no comer en tres días.

—Caroline, dile que recupere su buen sentido.

—No puedo hacer nada. Él ya lo tiene decidido.

Y así, con decisión, descendió y permaneció en las profundidades de aquellos hornos aparentemente sin fondo.

El domingo por la mañana, cuando llegamos a buscarlo, nos saludó con una canción que se elevó en espiral como una oración extasiada de una catedral.

Aquella misma tarde, Caroline lo condujo de regreso a Atlanta, donde se reunió con Ruth-Claire en la casa de la calle Hurt.

¿Y yo? Bueno, contemplé todas estas cosas desde mi posición de propietario de restaurante, caballero rural, soltero y pagano, y decidí que ya iba siendo hora de convertirme en... algo nuevo, en algo más, en otro.

Tercera parte

El hogar del heredero

Isla de Montaraz, Tahití

La fecha del primer aniversario del nacimiento del Pequeño Paul, Caroline y yo nos casamos en la Iglesia Metodista Unida de Glenn Memorial, en el *campus* de la Universidad de Emory. Durante el transcurso del otoño me había preparado para este acontecimiento, desprendiéndome tanto de la granja Paraíso como del West Bank. Vendí mi casa y los terrenos (con la excepción del pequeño cementerio situado cerca de la propiedad de Reuben Decker) a una cooperativa dedicada al cultivo de pacanas, con sede central en Americus, Georgia. El restaurante, por su parte, fue a parar a manos de Livia George.

Con ayuda de un abogado, elaboramos un acuerdo por el que yo recibiría un porcentaje de las ganancias mensuales de Livia George durante los diez años siguientes. Al mismo tiempo, tomé las precauciones necesarias para transferirle el derecho sobre la propiedad y disociarme por completo del funcionamiento del West Bank. Si Livia George contraía cualquier deuda —una posibilidad bastante escasa, dado su experiencia previa y sus habilidades de gestión— no deseaba asumir ninguna responsabilidad. Sólo quería librarme de Beulah Fork, de sus gentes y de mi pasado allí. Naturalmente, estaba dispuesto a mantener el contacto con Livia George, y a proporcionarle ocasionalmente cualquier ayuda que ella pudiera necesitar, pero no quería aceptar voluntariamente ningún otro vínculo u obligación con mi ciudad de adopción.

Ruth-Claire y Adán no asistieron a la boda. En septiembre abandonaron su casa de la calle Hurt para iniciar una gira de un mes por Inglaterra y la Europa continental. Desde octubre a diciembre vivieron en una pequeña isla griega en el mar Egeo. Ambos seguían trabajando, pero a sus amigos de Atlanta no nos llegó ninguna muestra de su arte o noticia alguna sobre su

carácter. A mediados de enero regresaron al hemisferio occidental, como atestiguaba una postal enviada desde Ciudad de México. A mediados de febrero, según nos indicaba otra postal escrita apresuradamente, se habían instalado en una casita de estuco junto a la playa, cerca de Rutherford's Port, en la isla de Montaraz, el lugar de nacimiento del habilino. Ni Caroline ni yo sabíamos qué pensar de esto, aunque inevitablemente nos pilló por sorpresa.

Durante un tiempo yo había jugado con la intención de abrir un restaurante en Atlanta. Finalmente abandoné esa idea, no sólo porque en la ciudad hay tantos lugares para comer como arena en el Sahara, sino también porque estaba cansado de llevar ese estilo de vida tan restrictivo. Había mantenido el West Bank en funcionamiento durante casi diez años, y la idea de regresar a esa rutina convertía mi cerebro en una tibia ocranácea *créole* **. En consecuencia, y contando con el consentimiento y el estímulo de David Blau, me puse en contacto con varios de los artistas de la órbita de Abraxas para ofrecerles mis servicios como director comercial y representante artístico.

Seis de esos jóvenes aceptaron mi propuesta, y recluté a otros clientes de entre la población de estudiantes de arte con talento y de artesanos independientes de la ciudad. Pronto pude empezar a ganar dinero para mis clientes mediante el establecimiento de contactos con marchantes de arte, directores de galerías, conservadores de museos y jefes de compra de grandes almacenes; habitualmente, una sola referencia casual a mi pasada asociación con Ruth-Claire era suficiente para transformar las expresiones de duda en sonrisas expectantes. Aunque tenía un pequeño despacho en Emory Village, me gustaba mi trabajo principalmente porque no tenía que permanecer atado a una mesa.

Caroline, mientras tanto, continuó con sus clases y sus entrevistas periódicas con los refugiados cubanos que todavía estaban detenidos en la envejecida prisión federal de Atlanta. Los miembros de la Flotilla de la Libertad de 1980 seguían retrocediendo en el pasado, como una armada de marineros condenados que navegara hacia el fin del mundo; la mayoría de los actuales detenidos en la prisión habían sido documentalmente identificados como endurecidos criminales. Caroline no experimentaba el menor deseo de contribuir a que esos personajes quedaran en libertad, pero había tres o cuatro casos de hombres jóvenes que aún le preocupaban profundamente. Ella veía a estos detenidos como cautivos impotentes de una burocracia kafkiana, y temía que permanecieran para siempre bajo la custodia del Estado.

Nuestro matrimonio funcionaba. Caroline nunca me regañaba por el hecho de que el pequeño recipiente de plástico de mi enjuague dental quedara chorreado, aunque eso me seguía sucediendo con frecuencia. Pero lo más importante de todo era que ninguno de los dos deseaba tener hijos. Aunque mi militante resistencia a la paternidad se había visto desarmada tras conocer al Pequeño Paul, pensamos que quizá pudiéramos considerar la idea de la adopción, pero no ahora. Todavía no. Había muchas cosas que aprender el uno del otro y que hacer juntos. Así pues, aprendíamos y hacíamos.

Montaraz es una palabra española que significa «rústico, primitivo o incivilizado». Como sustantivo masculino, también significa «guardabosques». En la isla de ese nombre —una protuberancia volcánica cuya forma se parecía vagamente a una mano, y que ocupaba unos setenta kilómetros cuadrados en medio de la bahía de Manzanillo— las plantaciones de café forman la parte fundamental del «bosque» accesible. Un caminante que se internara por la isla y que quisiera evitar esas plantaciones —propiedad de una empresa—, se encontraría con alguna que otra pequeña explotación de madera de ébano o de palo de rosa, pero los pobres habitantes de la isla han talado la mayor parte de las laderas de las montañas para plantar cultivos de subsistencia, como la mandioca, el ñame o las judías. En la actualidad, casi todos los residentes en la isla de Montaraz pueden ser considerados como campesinos o empleados de la empresa cafetalera, pero ninguno de ellos se merece el nombre de «guardabosques».

No obstante, algunos de los que no se ganan la vida dedicados a cultivar la tierra o a trabajar para la industria del café, sí que se merecen calificativos como «rústicos» o «incivilizados». De esos pocos, la mayoría eran —al menos hasta principios de los sesenta— los escasos descendientes de los esclavos habilinos que Louis Rutherford trajo a Montaraz

**créole*: criollo, en francés. (Nota del revisor)

desde Zanzíbar en 1838. Pero su historia es oscura, y muchas de las personas que actualmente viven en Montaraz ni siquiera creen en su existencia.

La mayor parte de la población de la isla vive en la única ciudad digna de esa calificación —Rutherford's Port— o en varios pueblos pesqueros e instalaciones turísticas situadas a lo largo de los muchos kilómetros de recortada costa. En términos de salud y de economía, la población humana nativa puede vivir algo mejor que sus compatriotas de Haití, pero esa cuestión sigue abierta al debate. Hasta un ciudadano pobre de Atlanta sería objeto de envidia en el perdido territorio gobernado por *Baby Doc* Duvalier.

Hasta 1822 Montaraz había pertenecido a Santo Domingo —ahora República Dominicana—, pero tras el sometimiento de la parte de habla castellana de La Española, llevado a cabo por Jean-Pierre Boyer en ese mismo año, la isla pasó a ser propiedad de Haití. Los dominicanos expulsaron a los haitianos de su país en 1844, pero para entonces Montaraz ya había sido legalmente adquirida por Louis Rutherford, un destacado ciudadano estadounidense. En consecuencia, y aunque estuviera equidistante entre Haití y Santo Domingo, la isla era legalmente (aunque de forma irregular) otro territorio caribeño de Estados Unidos. Rutherford murió durante el levantamiento dominicano contra los haitianos, y los seguidores de Pedro Santana se apresuraron a reclamar la isla como propia. La viuda y los hijos mayores de Rutherford protestaron ante la administración demócrata de James K. Polk —quien había hecho campaña como ardiente expansionista—, y Polk amenazó a los dominicanos con una invasión de marines. Juiciosamente, los dominicanos retiraron su amenaza.

Así pues, y durante otros treinta años, los herederos del antiguo embajador de Estados Unidos en Haití gobernaron como reyes en Montaraz. En 1874, sin embargo, Peter Martin Rutherford, el nieto mayor del patriarca del clan, negoció un acuerdo con el presidente Nissage Saget por el que se devolvía la isla a la soberanía haitiana. Ese acuerdo estipulaba dos importantes garantías para los Rutherford: 1) propiedad no rescindible sobre una gran finca que ocupaba una quinta parte de la isla, y 2) uso no revocable del nombre inglés de Rutherford's Port para designar la única verdadera ciudad de la isla.

Saget pudo concluir este acuerdo allí donde otros líderes haitianos habían fracasado previamente —incluso Faustin Soulouque—, gracias a que era un hombre sensible, sin grandes vicios y sin una ambición capaz de paralizar su razón. A Peter Martin Rutherford le agradaba. La transferencia fue un *fait accompli*** antes de que los dominicanos tuvieran tiempo para darse cuenta de lo que pasaba, y Montaraz ha permanecido como parte incuestionable de la esfera política de Haití hasta nuestros días.

Montaraz aparece en muy pocos mapas del Caribe. Los primeros mapas trazados por los cartógrafos españoles señalan con claridad la posición de la isla, pero ésta se omite por completo en los mapas dibujados e impresos durante los veinte años de dictadura de Boyer. Aunque conocida por los habitantes locales, la presencia de la isla en la bahía de Manzanillo permaneció ignorada para los extranjeros durante toda la década de 1870, debido sobre todo a que los Rutherford no deseaban darla a conocer. Sin embargo, tras la negociada cesión a Haití, Saget y sus sucesores no estimularon su inclusión en los mapas, como una especie de peculiar condescendencia para con el orgullo dominicano. Por lo visto, los haitianos estaban convencidos de que si las dos partes fingían que Montaraz no estaba donde estaba, sus vecinos de habla española darían carpetazo a cualquier estrategia que pudieran haber ideado para recuperarla. No se puede plantar una bandera sobre una propiedad invisible. Así, ambas partes pudieron ignorar satisfactoriamente que la isla era lo bastante visible desde la costa sep-tentrional de La Española.

Pocos estadounidenses (y, en realidad, pocas personas civilizadas de cualquier parte del mundo) habían oído hablar de Montaraz hasta que Brian Nollinger dio a conocer la historia de la presencia de Adán en la granja Paraíso a un periodista del *Constitution* de Atlanta. La idea de que todavía pudieran quedar habilitos en la pequeña isla hizo que periodistas, antropólogos, aventureros profesionales y supuestos artistas ávidos de ganar dinero con

**fait accompli*: En francés, asunto cerrado, trato hecho. (Nota del corrector)

facilidad, se apresuraron a solicitar permiso para visitar Montaraz.

Aunque los ciudadanos estadounidenses y canadienses no necesitan visado si permanecen menos de treinta días en Haití, el gobierno de Duvalier, aconsejado por la Austin-Antilles Corporation —concesionaria de la mayoría de plantaciones de café del país—, restringe el viaje a Montaraz a aquellos que hayan hecho una solicitud especial. Como consecuencia del artículo titulado «Famosa artista de Beulah Fork esconde a humano prehistórico», esas solicitudes empezaron a llegar a montones a Port-au-Prince.

Sin embargo, pocos beneficios se derivaron de esta oleada turística orientada hacia un objetivo concreto, ya que los primeros y ávidos visitantes de Montaraz no pudieron encontrar habilinos. Encontraron negros, mulatos, supervivientes españoles y arawak, mezclados con europeos y grupos turísticos de amables japoneses ricos que parecían hombres de negocios. Hasta encontraron a un atónito grupo de personas de mediana edad oriundas de Kansas, con bermudas, sandalias italianas y sombreros de paja con viseras de plástico verde. Lo que no pudieron encontrar, por muy intensa o inteligentemente que buscaron, fue nada ni remotamente parecido a un habilino.

Para entonces, el gobierno ya había impuesto una moratoria a los permisos de visita a Montaraz, y no tardó en difundirse la noticia de la falta de éxito de los primeros que habían llegado. Cuando Alistair Patrick Blair publicó su artículo en *Nature* en el que denigraba la extravagante historia contada por Nollinger, se desvaneció notablemente el interés por encontrar a los parientes de Adán. Poco después, las solicitudes de permisos especiales presentadas ante el ministerio de Turismo de Haití disminuyeron hasta el nivel anterior, firme pero bastante más modesto.

Después del diluvio, el silencio. Más o menos.

Los antropólogos que aceptaron la afirmación del doctor Nollinger de que Adán era un representante viviente de *homo habilis*, una especie similar a la humana supuestamente extinguida desde hacía dos millones de años, argumentaron que o bien los restos de los esclavos de Rutherford en Montaraz habían sido absorbidos por la población general, o que los revolucionarios y pistoleros enemigos de Duvalier habían reclutado forzosamente a los habilinos para desparramarlos por todo el Caribe.

Los antropólogos que apoyaban a Brian Nollinger se contaban con los dedos de una mano. La prensa popular los canonizó como sabios idiotas extravagantes, buenos para decir algo de interés humano, pero no para decir nada fiable sobre los orígenes de Adán. Los científicos opuestos al punto de vista de Nollinger declararon que el insólito esposo de Ruth-Claire no era sino un hombre negro de baja estatura, dotado de ciertas estructuras óseas arcaicas, algo que se podía explicar con facilidad recurriendo a los procesos de atavismo genético. Nadie pudo encontrar otros habilinos en Montaraz, simplemente porque no existían. Adán era único en muchos aspectos, pero no se diferenciaba tan drásticamente de la «norma humana» —fuera eso lo que fuese— como para exigir una clasificación de Linneo como protohumano. Además, su capacidad intelectual, su desarrollo del arte, el lenguaje y una metafísica personal, convertía en estúpida la idea de que pudiera tratarse de un primitivo en la evolución.

Sin embargo, tres meses después del doble funeral celebrado en la granja Paraíso, el punto de vista de Brian Nollinger recibió un convincente apoyo por parte de los cirujanos que habían operado a Adán para permitirle hablar. Con el debido permiso, permitieron el acceso de la prensa a diversas radiografías del cráneo de Adán. Tomadas desde varios ángulos, esas radiografías generaron una pequeña sensación. Hasta entonces, ni Ruth-Claire ni Adán habían permitido que nadie lo examinara con la intención de precisar mediciones físicas o establecer comparaciones especulativas. Estas radiografías, junto con las «copias» de la cabeza de Adán —generadas por computadora por los cirujanos—, revelaron que tenía una capacidad craneal de 870 centímetros cúbicos. Esa cifra superaba a la de los representantes fósiles conocidos de *homo habilis*, pero no por mucho.

Todavía más espectacular fue el descubrimiento de que en la configuración general y las proporciones, el cráneo de Adán mostraba una clara semejanza, punto por punto, con el

cráneo ER-1470 existente en el Museo Nacional de Kenia, en Nairobi. Como quiera que el 1470 pertenecía a una criatura identificada en otro tiempo por Louis Leakey como un individuo *homo habilis*, esa asombrosa semejanza indujo a muchos paleoantropólogos a identificar a Adán también como un habilino. Lo que Ruth-Claire había supuesto sobre su futuro esposo el primer día que lo vio, era admitido ahora oficialmente por la comunidad científica. Hasta el propio Alistair Patrick Blair empezó a cambiar de actitud.

Para entonces, sin embargo, los Montaraz habían abandonado el país. Unos pocos amigos suyos en Atlanta —entre ellos nosotros y los Blau—, sabían dónde se encontraban, pero se negaban tenazmente a divulgar la información, ya fuera a periodistas o científicos. Ruth-Claire y Adán se habían marchado para escapar del acoso público, para renovarse a sí mismos en costas frescas y exóticas.

Además, yo sospechaba que las postales en las que se nos indicaba el lugar «actual» donde se encontraban, sólo fueron echadas al correo una vez que decidieron marcharse a otro lugar. Una vez llegados a ese nuevo lugar, se escondían. Me dije a mí mismo que esconderse así no era sino una estrategia de supervivencia, algo en lo que el habilino de Lolitabu sobresalía por disposición propia. Si no deseaba que lo encontraran, no lo encontrarían, como no fuera por el más raro de los accidentes.

Pero, por lo visto, los Montaraz querían ser encontrados. Poco después de enviarnos la postal desde Rutherford's Port, Ruth-Claire nos escribió una carta *bona fide*. Nos llegó a principios de abril, y decía lo siguiente:

«Queridos Caroline y Paul:

»Una vez, en una carta, Adán describió la granja Paraíso como su “imperturbable Edén”, porque aunque todo lo demás pudiera salirle mal, la granja Paraíso siempre sería el centro fijo de su mayoría de edad como ser civilizado. Allí fue donde él y yo nos conocimos, allí fue donde abandonó los hábitos feroces de su juventud, y allí fue donde nació nuestro hijo. Hoy, claro está, es donde está enterrado su hijo, cerca del ataúd de su asesino. Bien, Paul ha vendido ahora la granja Paraíso y el Edén de Adán ha quedado “perturbado” (disculpadme, pero no hay otra forma de decirlo). Nosotros hemos llegado al “hogar”, a Montaraz y, de algún modo, el Edén es algo más edénico que la granja Paraíso, aunque probablemente no sea tan paradisiaco como las polvorientas colinas Lolitabu (en términos cronológicos). Es como las cajas chinas, ¿verdad? Un Edén dentro de otro Edén.

»Os escribo no sólo para daros noticias nuestras, sino también para pedir os un favor. En realidad, se trata de un gran favor, que contiene por lo menos tres pequeños favores..., bueno, ya sabéis. ¿Preparados para saber cuál es el gran favor? Es lo siguiente: Adán y yo deseamos que en el mes de junio dejéis todo lo que estéis haciendo y vengáis aquí, a Rutherford's Port (a nuestra casa en la playa), para quedaros con nosotros durante por lo menos un mes. Ya hemos solicitado y recibido los permisos especiales del Ministerio de Turismo haitiano que necesitaréis para visitar Montaraz, y Adán ha conseguido sacarles a los editores de *Popular Anthro-pology* el dinero suficiente para cubrir vuestros gastos de viaje. Caroline sólo tiene que estar de acuerdo en escribir un artículo para esa revista, que consistirá casi por completo en una histórica entrevista grabada en la que ella actuaría como moderadora.

»Pero me estoy adelantando.

»El primer pequeño favor contenido en el gran favor de venir aquí se refiere a nuestra petición de que traigáis con vosotros las cenizas del Pequeño Paul. Como todo el pasado preconsciente de Adán pertenece a Montaraz, hemos decidido convertir esta isla en nuestro hogar permanente, y nos gustaría tener cerca de nosotros los restos del Pequeño Paul. Aquí habla más el sentimiento que la razón, pero el sentimiento tiene razones propias muy convincentes. La parte desagradable para vosotros, al menos para ti, Paul, es que tendrás que desenterrar la urna funeraria de nuestro pequeño y traerla hasta aquí virtualmente en tus propias manos. Nada de incluirla en el equipaje que facturéis en la compañía aérea. Nada de consignarla con la carga o el equipaje en el crucero de *Cavalcade Caribbean* que zarpa de

Miami. Es demasiado valiosa para eso, y probablemente terminaréis por considerarla como una molestia antes de que podáis entregárnosla a nosotros. Disculpádnos por pedirlos tanto, pero nosotros..., oh, seamos justos con Adán..., yo no tengo otra alternativa. ¿Comprendéis?

»El segundo pequeño favor incluido dentro del grande: David Blau nos dice, Paul, que en pocos meses te has convertido en un representante artístico muy capaz. No fuiste muy malo en eso mientras estuvimos casados, pero siempre andabas más interesado en valorar marinadas y salsas vanguardistas que pinturas y esculturas ídem. Bien, Adán y yo quisiéramos que Paul practicara su nueva profesión en nombre de un pequeño grupo de artistas locales cuyas obras podréis ver cuando lleguéis aquí. Tendréis que traer el equipo para tomar fotos de algunas de esas obras, y película de color de alta velocidad capaz de producir imágenes de calidad bajo una luz pobre y a veces casi inexistente (fíjate en la lista que te adjunto para las marcas y cantidades recomendadas).

»Adán confía en que esto pueda tener como resultado una modesta exposición habilina en Abraxas similar a la exposición de arte haitiano que se organizó hace quince meses. Sin embargo, probablemente no querremos calificar a los artistas como habilinos. Como ya habréis podido suponer, esos artistas son los parientes habilinos de Adán. Existen. Viven aquí. Dado que los he conocido, sé que son algo más que equivalentes caribeños en tamaño reducido del elusivo Pie Grande del noroeste. Adán desea que vosotros también los conozcáis.

»Y el tercer pequeño favor: el artículo/entrevista de Caroline para *Popular Anthropology*. Si llegáis en junio, Caroline podrá moderar una histórica entrevista entre Adán y el bonzo de Zarakali, A. P. Blair. Es el mismo hombre que una vez argumentó que una fotografía de Adán era, de hecho, la foto de un hombre negro con una máscara de látex. Este pasado otoño, Blair patrocinó la serie sobre la evolución humana llamada «Principios». Ahora mismo intenta conseguir dinero para sus excavaciones en el lago Kiboko, en Zarakal. Patrocinado por la Fundación Geográfica Americana, pasará la última parte del verano y la primera del otoño dedicado a dar conferencias pagadas por todo Estados Unidos. En el mes de junio, antes de ir a Miami y Pensacola, pasará por Montaraz. Adán y yo lo invitamos a venir, con la condición de que no efectuara ninguna narración escrita de esta visita hasta que se hubiera publicado nuestra propia narración autorizada en *Popular Anthropology*. Estuvo de acuerdo con esa condición, no sin cierta discusión epistolar previa, pero estuvo de acuerdo. Y deseamos que sea Caroline quien redacte ese artículo.

»Como sabéis, Adán y yo hemos pasado la mayor parte del otoño último en la isla griega de Skiros, dedicados a trabajar y a recuperarnos. A mediados de noviembre hubo una convención internacional de paleoantropólogos en Atenas, que duró una semana, y de algún modo les llegó la noticia de nuestra presencia a menos de 160 kilómetros de distancia (a vuelo de águila olímpica). Blair asistía a la convención en representación de la universidad de Marakoi. También estaba allí Richard Leakey, de Kenia, Donald Johanson de Estados Unidos, etcétera, etcétera. Blair no deseaba comprometerse en una búsqueda inútil, pero si el rumor resultaba ser cierto, tampoco quería perderse la oportunidad de hablar personalmente con Adán. Así pues, envió a Skiros a una joven muy eficiente, estudiante graduada de la Universidad de Marakoi, una de las paleoantropólogas que le acompañaban; logró dar con nuestra villa con la misma habilidad con la que sus antepasados le seguían la pista a sus enemigos a través de las llanuras saladas de la frontera del lago Kiboko. Quería que fuéramos a Atenas con ella. Si eso era inaceptable por nuestra parte, quería que le garantizáramos a Blair una entrevista en exclusiva en Skíros, al término de la gran paleoconferencia de Atenas.

»No deseábamos ir a Atenas, y Adán todavía no estaba preparado para reunirse con Blair cara a cara. Así pues, entregó a la joven de Zarakali una carta en la que exponía las condiciones bajo las cuales estaría dispuesto a entrevistarse con Blair más tarde, y en cuanto ella se hubo marchado, preparamos nuestros propios planes para marcharnos también. Lo hicimos en diciembre, y en el mes de enero ya estábamos en Ciudad de México. Allí, al sentirse culpable por no haber aceptado la solicitud de Blair para una entrevista, Adán le escribió al gran hombre a cargo del ministerio del Interior de Zarakal, clarificando las condiciones expuestas en la primera carta y especificando una fecha para el mes de junio, aquí en Montaraz. Blair respondió con sorprendente rapidez: un encuentro en el Caribe, a

mediados de junio, encajaba casi perfectamente en su programa e itinerario de viaje. Así pues, la reunión se va a celebrar por fin. Adán va a poder demostrarle a ese viejo bastardo que no lleva puesta ninguna máscara de látex.

»Hacednos saber si podéis venir. Os ayudaremos financieramente en la medida en que podamos, pero tanto Adán como yo estamos convencidos de que también podéis ganar algún dinero con este viaje. Sólo tenéis que ejercer vuestras habilidades profesionales y tratar de conseguir algunos fondos, considerando que el dinero para gastos de viaje sale de *Popular Anthropology*. Quizá no sea muy discreto decirlo, pero el caso es que Adán y yo no somos ricos. Yo no he ganado casi nada desde que renuncié al negocio de los platos de porcelana (una decisión que no lamento) y, como podéis imaginar, hemos gastado una pequeña fortuna pretendiendo ser miembros del *jet-set*, y estableciéndonos aquí y allá en el curso de nuestros viajes. Pero ahora, finalmente, ya estamos en casa. EN CASA.

»Con mucho cariño,

»Ruth Claire.

»P. S. Hace tres días vi a Brian Nollinger en el mercado al aire libre de Rutherford's Port. Creías que estaba en alguna parte de la República Dominicana, ¿verdad, Caroline? Pues no es así. Por lo visto, la Austin-Antilles le ha relevado de sus funciones allí como demógrafo de los cortadores de caña. Adán sugiere que quizá planteó sugerencias para mejorar las condiciones de vida de los trabajadores que debieron de parecer demasiado peligrosas para los altos directivos de la empresa. Por otra parte, también es posible que esté realizando ahora ese mismo trabajo para ellos en sus plantaciones de café en Montaraz. Discúlpame, Caroline, pero no puedo evitar el ver su presencia aquí como altamente sospechosa. Él no me vio a mí, y tuve buen cuidado de que no me viera. Terminé de hacer mis compras en el mercado y regresé a casa tan rápidamente como pude.

»P. P. S. Os rogamos que nos hagáis estos favores. Adán y yo hemos echado realmente de menos a nuestros buenos amigos estadounidenses. De veras.»

Caroline y yo decidimos ir. Nuestra luna de miel durante las vacaciones de Navidad había consistido en cinco días en Savannah y dos días más en la isla Tybee; en conjunto, una semana con tiempo de tormentas. Nos las arreglamos para disfrutarla, dedicados a soñar con el voluptuoso sopor del verano. Así pues, nuestro viaje a Montaraz sería como una extensión, e incluso una mejora de nuestra luna de miel de diciembre. Trataríamos de combinar conscientemente el negocio con el placer. Caroline no se había comprometido para dar clases durante el verano, y yo disponía de libertad para determinar mis propios horarios de trabajo. No se nos escapó el hecho de que podíamos deducir casi todo como gastos legítimos de negocio; Ruth-Claire y Adán habían organizado nuestra visita de modo inteligente.

Me preocupó la postdata de la carta de Ruth-Claire. El pasado verano, Nollinger había ido a la República Dominicana para la Austin-Antilles Corporation; ahora había aparecido por Montaraz en un momento de lo más sospechoso para alguien que contó al mundo que Adán era un habilino. ¿Coincidencia... o cautelosa premeditación? ¿Había recibido Brian, a través de la red paleoantropológica, algún rumor en el sentido de que A. P. Blair viajaría a Rutherford's Port por alguna razón desconocida pero prometedora? ¿Había recibido algún consejo en ese sentido de alguna otra fuente desconocida? Miré a Caroline, y mi corazón me hizo recelar al recordar su antiguo interés por aquel hombre. En mis momentos más críticos, me decía que la había conseguido de rebote.

—¿Cuál fue la última vez que tuviste noticias de tu antiguo novio?

Los ojos de Caroline me traspasaron como láseres.

—En enero. Nos envió una postal para desearnos felicidad y larga vida. Tú mismo la viste. Le dije que nos íbamos a casar, y él envió una postal.

—¿Qué necesidad tenías de decírselo? ¿Para refregárselo por las narices?

—Hubo un tiempo en que Brian significó algo para mí —dijo ella, sin dejar de mirarme intensamente—. Todavía lo considero como un buen amigo. Y me gusta mantenerme en contacto con mis amigos.

—Ya.

—Tú has visto todas las tarjetas o cartas que Brian me ha escrito desde que se marchó de Atlanta. Han sido cuatro en total, todas ellas enviadas antes de que nos casáramos, excepto la última. ¿Qué es lo que te sucede?

—Está en Montaraz, Caroline, y no me gusta la idea de encontrármelo.

—Bueno, yo no tengo nada que ver con el hecho de que haya aparecido por allí, y no estoy dispuesta a andar a tientas por toda la isla para evitarlo. Si lo veo, le hablaré. Hasta es posible que cuando lleguemos nosotros ya no esté allí. Quizá se ha tomado unas vacaciones de su trabajo en la República Dominicana, o tal vez trate de satisfacer su natural curiosidad por ver la isla de Montaraz. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

—No te me echas encima, Paul. Yo no soy culpable de defraudar a mi marido por correo. No soy el amor de toda la vida de Brian.

La conversación terminó en ese punto. Casi provocó una discusión seria, pero Caroline no quiso permitírmelo; ella mantuvo controlado su enojo. Como penitencia por mi grosería, la llevé a cenar a Bugatti's y nos pasamos casi toda la velada haciendo planes para nuestra partida.

A mediados de mayo me dirigí a la granja Paraíso para desenterrar las cenizas del Pequeño Paul. Jim Stevens, el inspector de sanidad del condado de Hothlepoya, aprobó mi solicitud para hacerlo; uno de los nuevos propietarios de mi antigua casa me acompañó al pequeño cementerio que, en cumplimiento de lo estipulado en el contrato de venta, había sido acordonado por la cooperativa con una valla que llegaba a la altura de los hombros, compuesta por madera de secoya tratada y una barricada de arbustos floridos. Yo mismo me encargué de efectuar la exhumación, y me costó no más de veinte minutos dejar al descubierto el ataúd en miniatura que contenía la urna funeraria. Extraje la urna del ataúd sin sacar éste de la tierra, y luego rellené el agujero con la misma tierra y hierba que había desplazado. Una pequeña lápida de mármol rosado con una blanca placa de latón, permaneció allí para señalar el lugar; dejé la placa como un monumento, tanto al idealismo de Adán como a la vida ridículamente breve de mi ahijado asesinado.

En junio, Caroline y yo volamos a Miami.

Al día siguiente embarcamos en el crucero Zepaules, de la *Cavalcade Caribbean*, con destino a Haití. Nuestro viaje fue placentero y sin acontecimientos dignos de mención. Atracamos en Cap-Haitien en una suave tarde de verano, pasamos la noche en un lujoso hotel y con un pequeño grupo de franceses —que se mantuvieron distantes de nosotros— subimos a un barco turístico que se dirigía a Rutherford's Port.

En el barco, la única persona que pareció tomar nota de nuestra presencia y que nos sonrió cada vez que captaba nuestra atención fue un miembro de piel oscura de los *Volontaires de la Sécurité Nationale* de Duvalier. Esta milicia es más conocida —tanto localmente como en el extranjero— como los *tontons macoutes*, una denominación folklórica que implica que sus «voluntarios» son tipos malvados que en ocasiones persiguen a ciudadanos que no han hecho nada y, sin acusarlos o juzgarlos, los hacen desaparecer sin que nadie vuelva a oír hablar de ellos.

Nuestro sonriente Tonton Macoute llevaba el «uniforme» rural de los de su especie, compuesto por unos vaqueros azules desvaídos, un descolorido chaleco de algodón, botas altas de tipo militar, una boina negra aplastada y unas gafas de sol con enormes cristales reflectantes. Esas monstruosas gafas me hicieron sospechar que el hombre nos espiaba incluso

cuando parecía mirar hacia otra parte. Sostenido del hombro con una correa llevaba un viejo rifle Springfield, cuyo cañón aparecía primorosamente aceitado, y cuya culata había sido lacada o encerada. El bulto que se le veía por debajo del chaleco indicaba la presencia de otra arma, probablemente un revólver en funda sobaquera. Este tipo sonriente me puso nervioso, y ante mi consternación, se abrió paso finalmente a través de la cubierta y se acercó con naturalidad a la barandilla ante la que estábamos. Casi como si fuera un musulmán, se llevó la mano a la frente en un gesto de respetuoso saludo.

—Americanos, ¿verdad? ¿Qué les trae por aquí?

Miré a Caroline. ¿Cuánto teníamos que decirle a este sujeto de pesadilla? ¿Se limitaba a entablar una conversación amable, o eran sus preguntas sutiles exigencias para que expusiéramos plenamente nuestros propósitos? Al sonreír, sus dientes me hicieron pensar en unos gemelos manchados de nicotina, tan grandes y amarillentos los tenía.

—¿Cómo sabe que no venimos en viaje de placer? —replicó Caroline con zalamería.

—Rutherford's Port es... *ennuyeux*. Aburrido, creo que dicen ustedes. Los que realmente van en viaje de placer se dirigen a Port-au-Prince. Quizá al *Habitation Leclerc*. Esos caballeros —añadió al tiempo que indicaba con un gesto a los viajeros franceses— son compradores de café de nuestra madre patria. No son playboys, ni traficantes de droga; vienen a Montaraz para trabajar. Apuesto a que ustedes también.

—¿Representa eso alguna diferencia? —pregunté, más hostil que inquisitivo.

El Tontón Macoute no dejaba de sonreír.

—Lo único que hago es practicar mi inglés, eso es todo. Siento haberles molestado —dijo, llevándose de nuevo la mano a la frente.

Para compensar nuestra grosería, Caroline nos presentó por nuestro nombre y le dijo al hombre que íbamos tanto en viaje de placer como de negocios, que éramos amigos de Adán y Ruth-Claire Montaraz, los artistas. ¿Había oído hablar de ellos? —desde luego— ¿Sabía algo acerca de los restantes habilinos de los que se suponía que descendía el propio Adán?

—Oficialmente, no sé nada. De modo no oficial, sé que es difícil encontrarlos, porque Papá Doc, el primer Duvalier, bueno...

El voluntario de seguridad se encogió exageradamente de hombros.

—¿Qué hizo? —le pregunté.

—Animó a los *houngans* locales, los sacerdotes vudú, a lanzar hechizos contra esas criaturas. Dijo que eran demonios. Y el sacerdote más poderoso de toda la isla, Odilon Roi, no era sólo un famoso houngan, sino también el jefe local de los voluntarios de seguridad. Roi y sus seguidores no sólo lanzaron hechizos contra los habilinos, sino también balas. Eso ocurrió hace más de veinte años. Murieron una docena o más de los pequeños *cigouaves*. Mi padre fue un voluntario civil a las órdenes de Roi, y lo recuerda muy bien.

—¿Duvalier, un médico, creyó que los habilinos eran demonios?

—Para propósitos de persecución *vaudun*, sí, señor Loyd. En realidad, temía a cualquier parte de la población que fuera... singular. Creía que esa clase de personas eran peligrosas. Podían corromper a los demás, o se los podía corromper de algún modo. Los castristas y los marxistas podían lanzar a los *cigouaves* contra él. Eso le indujo a decidir que tenía que marcharse.

—¿Qué haría su actual presidente vitalicio, Baby Doc, si le oyera contarnos esas cosas? —preguntó Caroline.

—¿Es usted la que va a informarle sobre mí? —preguntó el Macoute con una sonrisa.

—Desde luego que no. Pero suponga que regresamos a casa y publicamos lo que nos ha dicho en un periódico y hablamos de lo dispuesto que estuvo a hablar un guardia civil de Montaraz. ¿No cree que su lengua suelta le convertiría en un traidor a la memoria del

fallecido Duvalier?

—Las cosas son más libres bajo Baby Doc. Además, no les he dicho mi nombre, ¿verdad? —sus enormes dientes de marfil reflejaban la luz del sol sobre el agua—. ¿O acaso cree que soy el único voluntario de seguridad en la isla?

—¿Qué me dice de todos los cazadores de habilinos que vinieron por aquí durante el pasado verano? —le pregunté—. ¿Les contó a esas personas ávidas su historia de persecución?

—*Mais non, monsieur.*

—¿Por qué no?

—Porque en aquel entonces ni siquiera yo mismo la conocía. Fue precisamente la llegada de tantos extranjeros a la búsqueda de los *cigouaves*, los demonios habilinos, lo que hizo recordar a *mon père* la *petit terreur* de hace veinte años. Entonces me contó la historia, aunque me advirtió que fuera discreto. Es una estupidez confesar a los extraños los crímenes de la propia familia. Cómo dicen ustedes, “colgar los trapos sucios a la vista de todo el mundo”.

—Sin embargo, ahora nos lo cuenta a nosotros —dijo Caroline.

—Porque son ustedes personas más agradables que los que vinieron el año pasado. También porque es una historia interesante y porque no creo que nadie vuelva a ver a los *cigouaves*, así que ¿qué daño puedo causar?

—¿Cree usted que fueron totalmente exterminados?

—*Oui, monsieur.* Qué ironía. Una docena de muertes no es una matanza formidable; piense por ejemplo en los miles y miles de muertos que causó Trujillo. Pero eso, en la isla, parece un genocidio —ya no sonreía, y sacudió la cabeza—. Yo no tuve nada que ver con aquello. No soy de los que abrazan la doctrina de sobrellevar los pecados de los padres.

—¿Cree que Adán Montaraz es un demonio?

—Oh, no, señor. Es un gran hombre, un gran artista —se llevó la mano al bulto delantero de la boina—. No duden en llamarme, por favor, si puedo serles de alguna ayuda durante su estancia aquí.

—Pero ¿cómo se llama usted? —le preguntó Caroline.

Miró por encima del hombro antes de contestar.

—Teniente Bacalou, señora Loyd. Pregunten por mí en el cuartel general de la Seguridad, en Rutherford's Port.

Sólo más tarde nos enteramos que *bacalou* es una palabra *créole* que designa al espíritu maligno —ya sea demonio u hombre lobo— que se alimenta de carne humana. Pero nuestro *Tonton Macoute* no hizo el menor intento por ocultarnos su identidad, sino que más bien nos proporcionó el terrible *nom de guerre* por el que ya le conocían sus camaradas y, presumiblemente, la gente corriente que se hallaba bajo su jurisdicción. Nos enteramos igualmente de que *cigouaves*, el término que usó para designar a los elusivos residuos de habilinos de la isla, tenía sus propias connotaciones supersticiosas. Se refiere a otra clase de demonio licántropo, a criaturas de cuerpos lobunos y cabezas humanas cuyo singular método de ataque tiene, supuestamente, el resultado de producir una violenta mutilación de sus víctimas. Encantador.

Habíamos llegado a una isla encantada, a un territorio poseído por la magia negra y el terror primitivo. Los policías eran duendes, y todo aquel que se les oponía era como un trozo de carne erecto animado por un espíritu maligno. A los demonios se les exorciza matando al cuerpo que los contiene. Nunca importaba que los exorcistas poseedores de rifles, los *tontons macoutes*, estuvieran poseídos a su vez por demonios malignos.

Ruth-Claire acudió a recibirnos a Rutherford's Port. La ciudad está compuesta por

antiguos muelles, edificios gubernamentales e iglesias de estilo arquitectónico español prerrevolucionario; posee una serie de plazas públicas rodeadas de palmeras, unos barracones militares y, a nivel del mar, docenas de residencias privadas diseñadas y construidas hacia 1900 por maestros del «gótico de pan de jengibre», como Eugène Maximilien y León Mathon. Esas casas tienen balcones, cúpulas y rejas con arabescos todavía más extravagantes que las extrañas grietas que caracterizaban la antigua casa de los Montaraz en Atlanta; yo empezaba a comprender ahora por qué había comprado Adán aquella casa. Según nos dijo Ruth-Claire, los ladrillos amarillos utilizados para la construcción de varios caminos, cimientos y la parte inferior y decorativa de los muros, habían llegado a Rutherford's Port como lastre en los barcos mercantes que acudían en busca del café, el sisal y el cacao de la isla. La casa más famosa de la ciudad pertenecía al nieto del arquitecto local, Horacius Dimanche, que había estudiado en la Escuela de Arquitectura de París con León Mathon. Más tarde, si así lo deseábamos, Ruth-Claire nos acompañaría a realizar un recorrido por la parte antigua de la ciudad.

Por encima de la ciudad vieja había dos enclaves que contrastaban nítidamente, situados en la empinada ladera existente por detrás. En el lado occidental había apartamentos de acero y cristal, algunos viejos y encantadores hoteles (los supervivientes de un esfuerzo relativamente reciente de renovación urbana) y un monolítico complejo empresarial de terracota. En la parte oriental estaba el barrio pobre, compuesto por barracas techadas de hojalata ondulada, con paredes hechas de pizarra o cartones, y puertas compuestas por oxidados trozos de metal o deshilachadas mantas de lana. La luz del sol rebotaba entre esas casuchas como una pelota por encima de la lírica de una canción extrañamente privada de melodía. Un canal de cieno descendía por la vertiente de un barrio precario, a partir de una rotura de la tubería que proporcionaba agua a la mitad de los habitantes de la colina.

La única gracia que tenía este barrio de barracas era el mercado al aire libre: situado al pie de la montaña, animado por toldos llenos de colorido, amontonaba cientos de puestos de techos desvencijados y prodigiosos cúmulos de frutas y verduras tropicales. El bazar se encontraba a continuación de la ciudad vieja; lo cruzamos en el jeep alquilado de Ruth-Claire, camino de la costa, hacia la reclusa casita junto a la playa donde se alojaba con Adán.

—Él no ha venido porque crea una permanente sensación allí donde va —nos explicó Ruth-Claire.

—¿Y tú? —preguntó Caroline.

—¿Yo? No soy más que otra turista estadounidense. Por eso he venido a recibirlos. Adán es una especie de héroe local, y está harto de verse acosado por las multitudes.

—¿Y a ti no te siguen hasta la casa?

Ruth-Claire me miró y enarcó una ceja.

—La gente no. No tienen autos. Apenas llegamos aquí la prensa local nos pidió entrevistas, pero nosotros las rechazamos respetuosamente. Luego, la seguridad haitiana hizo circular la noticia de que no se nos debía molestar. Pasan milicianos armados con rifles por la playa frente a nuestra propiedad, de patrulla. Sólo uno o dos al mismo tiempo, de regreso o camino de los pueblos costeros. En realidad, no están asignados para vigilarnos.

—¿*tontons macoutes*?

—No es ése el término aprobado aquí, Paul.

—Conocimos a uno en el barco que nos trajo desde Cap-Haitien. Él mismo empleó ese término. Creo que se enorgullecía de ello.

—Sí, supongo que sí. Instilar terror no es más que uno de sus deberes secundarios. Sin embargo, se han portado bien con nosotros hasta ahora.

—El que conocimos en el barco —dijo Caroline— nos informó que los habilinos han quedado extinguidos, que fueron víctimas de una purga lanzada por Duvalier a principios de los años sesenta.

—Tiene razón respecto de la purga, pero se equivoca en lo de la extinción.

—¿Cuántos quedan? ¿Cuándo podremos verlos?

Ruth-Claire se echó a reír.

—Todo a su debido tiempo.

Sin dejar de reír, hizo girar el jeep en un fuerte ángulo hacia la izquierda para evitar atropellar a un anciano, que llevaba un sombrero de paja y un pañuelo rojo y amarillo al cuello. Por detrás del anciano avanzaba tambaleante un viejo burro sobrecargado con leña.

—¿Qué hay de Blair? —pregunté.

—Ya está aquí. Esa es otra de las razones por las que Adán no ha acudido a recibiros. Está dedicado a atender al gran hombre.

—¿Con o sin la máscara de látex?

Ruth-Claire se echó a reír apreciativamente, entrecerrando los ojos para ver mejor el camino sin asfaltar que se extendía a lo largo de la costa, salpicada de barrancos. Avanzábamos a unos veinte kilómetros por hora sobre un terreno que parecía diseñado para producir un daño permanente en los riñones, pero ella se lo estaba pasando bien. Me sentí feliz por ella. Ni siquiera nos había preguntado por las cenizas del Pequeño Paul, y que me condenen si iba a ser yo el que se las hiciera recordar.

Desde el aire, Montaraz tiene el aspecto de la mano de tres dedos de un personaje de dibujos animados de Disney: Goofy o Mickey Mouse, o el pato Donald. La mano se inclina en la bahía de Manzanillo de modo que el pulgar señala hacia el noreste, en dirección a la isla del Gran Turco, a unos ciento sesenta kilómetros de distancia a través del océano. El dedo medio señala a vuelo de pájaro (¿de un pato Donald?) hacia Miami Beach, en diagonal hacia el noroeste (por lo que sé, nadie se ha sentido ofendido por ello en Miami Beach).

Rutherford's Port se encuentra situado al abrigo de su puerto, en la base del pulgar, más cerca de la costa dominicana que de la haitiana. Según nos explicó Ruth-Claire, nuestro destino se encontraba en el arco de playa situado en el borde interior del dedo índice de la isla. Si hubiera existido un camino recto que cruzara por el centro, nuestro viaje apenas habría durado, pero ese camino no existía. Además, la Austin-Antilles Corporation limita el tráfico por sus plantaciones de café, y sólo permite el acceso a los vehículos de la empresa. En consecuencia, nuestro viaje por aquel camino lleno de baches que se extendía a lo largo de la costa duró casi hora y media.

La casita de la playa era algo más que una casita. Se trataba de un gran bungalow de adobe y estuco beige situado a casi trescientos metros de distancia del camino, oculto por un risco de toba volcánica y una falange de cocoteros y arbustos de playa de aspecto espinoso. El que estucó la casa la adornó, hasta la altura de la cintura, con un friso de grandes conchas marinas, dientes de tiburón, dólares de arena y pinzas de cangrejo. El techo estaba cubierto por tejas de arcilla roja, y un porche de grandes dimensiones en forma de L rodeaba el edificio por dos lados. Uno de esos lados daba frente a una ensenada en miniatura, que las gentes locales llamaban bahía de Caicos; la arena de la bahía destellaba como azúcar refinada. Ruth-Claire y Adán habían convertido en estudio el porche desde el que se dominaba esta reclusa franja de brillantez. La L sombreada aparecía literalmente cubierta de caballetes, acrílicos, lienzos y pinceles sin limpiar.

Cuando llegamos, Blair todavía dormía, recuperándose del vuelo con tres escalas desde Zarakal y de un grave cansancio por el cambio horario. Había llegado a Rutherford's Port la tarde del día anterior; aunque todavía se mantenía vigoroso desde el punto de vista fisiológicos, a sus setenta y un años de edad ya no le era posible moverse de una zona horaria a otra sin experimentar dolorosas discontinuidades temporales. Sus asesores solían decirle que al viajar hacia occidente «ganaba» horas, y acumulaba minutos que más tarde podría añadir a su media de vida, pero el gran hombre les recordaba que los minutos acumulados se malgastaban inexorablemente cada vez que regresaba a casa por el mismo lugar por donde había venido. ¿Por qué nunca se les ocurrió a sus asesores hacerlo regresar a Marakoi a través

del océano Pacífico y el subcontinente indio? Como el cansancio producido por el viaje se mantenía como un ataque insoslayable de gripe intestinal, tenía la sensación de ser un viajero del tiempo, y cuyo tiempo se agotaba rápidamente.

Adán, después de abrazarnos y mostrarnos la casa, nos contó la mayor parte de esta historia mientras Caroline y yo estábamos a su lado justo delante del dormitorio de Blair —que tenía la puerta abierta— y contemplábamos la forma inerte del paleoantropólogo y la tonsura quemada por el sol de su impresionante cabeza, como padres que vigiláramos a un niño enfermo. Mientras Adán hablaba, Blair roncaba con arpegios y silbidos de morsa, que se superponían al suave chapoteo de las olas en bahía de Caicos. En ese preciso momento decidí que ningún gran hombre puede comunicar toda la amplitud de su eminencia con ronquidos inducidos por el cansancio del cambio horario. Era injusto esperar que él pudiera hacerlo. Nos alejamos de puntillas.

Poco después, en ausencia de Ruth-Claire, le entregué a Adán la urna funeraria del Pequeño Paul.

—Gracias —me dijo, simplemente—. Gracias de todo corazón.

Llevó la urna al dormitorio y la dejó sobre una mesita de noche, junto a la cama doble. Cuando volvió a salir, cerró la puerta tras él.

Más tarde, en el porche, Caroline y yo tomamos bebidas frías de ron con nuestros anfitriones. Hablamos y hablamos, pero sin tocar en ningún momento aquellos temas que pudieran ser emocionalmente dolorosos, o pertinentes al hecho de haber recorrido tanta distancia para verlos. Pero así era como todos deseábamos que fuera en ese primer día y, en cualquier caso, nos lo pasamos muy agradablemente.

Al día siguiente, Blair estaba mejor. Se mostró galante, gracioso e ingenioso. Hablaba con los tonos orondos de un poeta galés algo bebido, en una especie de cruce, según Caroline, entre Dylan Thomas y el capitán Canguro. No fue su culpa que esa pronunciación me hiciera sentir con el ánimo de un león marino estreñado.

Aquella tarde, Caroline sacó su bloc de notas y su equipo de grabación de sonido. La entrevista que había acordado moderar para *Popular Anthropology* tuvo lugar en el salón de la casa. Ruth-Claire y yo estuvimos presentes pero nos contuvimos de decir nada, y los carretes de la cinta giraron en el interior de sus cassettes con un implacable chirrido que pareció temblar en el aire tropical.

CAROLINE: Está en marcha, doctor Blair. ¿Por qué no hablan usted y Adán de lo que deseen? Yo me mantendré al margen de la conversación, excepto para intervenir en algunos segmentos y quizá para hacer algunos comentarios de carácter general. ¿De acuerdo?

BLAIR: A mí me parece bien. Adán, he pasado más de cincuenta años dedicado a desenterrar los huesos de nuestros antepasados y de sus parientes colaterales. Es para mí una verdadera sorpresa y un profundo honor reunirme con un representante vivo de su especie.

ADÁN: Gracias.

BLAIR: Hubo una época, naturalmente, en que dudé. Imagino que, a excepción de usted, su especie se ha extinguido. Que alguien de su pueblo haya sobrevivido hasta la actualidad es algo que puede calificarse de milagroso. Me quedaría menos asombrado, Adán, si encontrara fósiles de *homo habilis* en estratos que contuvieran restos de hombres de Neanderthal y de Cro-Magnon; y aun me habría parecido algo extraordinariamente fantástico. En cualquier caso, hace apenas seis meses hube tenido que suponer que alguien demasiado astuto había perpetrado un engaño. Y un engaño inepto, además. Por lo tanto, esto es mucho más asombroso: encontrarme frente a frente con un homínido del Pleistoceno Superior, esa otra clase ya extinguida, y además un ejemplar vivo, y capaz de hablar inglés.

ADÁN: Supongo que será así.

BLAIR (riéndose): Ya lo puede asegurar. Escuche, Adán, apenas si sé por dónde empezar.

Soy un excavador, no una diva de las entrevistas. Me siento mucho más a gusto con un cepillo de limpiar fósiles que con un micrófono en las manos.

CAROLINE: ¿Se olvida usted del premio Peabody que recibió por «*Principios*»?

BLAIR: Eso no importa; fue escrito. Adán, permítame empezar por preguntarle qué siente con respecto a la terminología taxonómica con la que la comunidad científica ha designado a su especie.

ADÁN: ¿*Homo habilis*?

BLAIR: Exactamente. ¿Cómo se siente con respecto a esa nomenclatura?

ADÁN: Si quiere que le diga la verdad, con respecto a ella no siento nada. Los palos y las piedras me pueden romper los huesos con la misma facilidad con que cantan los niños, pero los nombres no me afectan. El mote de «negrilino» tampoco me afectó. Sólo era algo ante lo que encogerse de hombros.

BLAIR: ¿Le parece que la denominación de *homo habilis* es exacta?

ADÁN: ¿«Hombre hábil»? Probablemente no. Soy un artista, pero en las cosas de la casa no soy nada bueno. Ruth-Claire puede atestiguar mi falta de habilidad. Los grifos que gotean me confunden.

BLAIR: Es usted un fósil vivo con su propia porción de huesos extraños, ¿verdad? Es una observación bastante rara, pero no es a eso a lo que apunto, Adán. Me preguntaba qué tal le parecería adoptar una nomenclatura diferente, como *homo zarakalensis*, para ser más exactos. Se lo pregunto porque uno de los principios no escritos de la civilización contemporánea es que las naciones y las personas libres tienen el derecho de autodeterminación cuando se trata de decidir cómo quieren que se les llame. Rhodesia, por ejemplo, se convirtió en Zimbabwe, y en Estados Unidos, la mayoría de afroamericanos decidieron muy recientemente que preferían que se les llamara morenos, antes que negros^{*}. ¿Se da cuenta de lo que le sugiero, Adán? Las especies extinguidas no pueden decirnos cómo les gustaría que nosotros las llamáramos. Las especies vivas tienen esa importante opción a su alcance, siempre que sean humanas, claro.

CAROLINE: Disculpeme, doctor Blair. Si mal no recuerdo, «*homo zarakalensis*» es un término que acuñó usted hace un par de años para designar al cráneo de un homínido que encontró uno de sus ayudantes kikembu en las excavaciones del lago Kibolo. ¿Es correcto?

BLAIR: Sí, en efecto. Significa «hombre de Zarakali».

CAROLINE: Pero hay una cierta controversia en cuanto a esa designación, ¿no es así? Su cráneo parece similar al de los especímenes habilinos desenterrados por los Leakey en Koobi Fora, en Kenia. De hecho, Richard Leakey afirma que es idéntico.

BLAIR: Es posible que así sea; nosotros los paleoantropólogos somos criaturas agresivamente territoriales. Sin embargo, lo que yo siempre he resaltado es que mi descubrimiento es algo más antiguo, quizá incluso en medio millón de años, que los «habilinos» de Leakey. En otras palabras, este singular homínido tuvo probablemente su origen en lo que hoy es Zarakal, y sólo algo más tarde emigró a lo que actualmente es Kenia. Por esa razón, si no por otra, creo que debería llamársele el hombre de Zarakali.

CAROLINE: Pero *habilis* es una designación neutral respecto al lugar de origen del homínido; sugiere que la criatura en cuestión tuvo habilidad para fabricar herramientas. ¿Le parece justo descartar esa nomenclatura previa, en favor de un término que sólo tiene el apoyo de su propio chauvinismo egotista?

BLAIR (*con una risita benigna*): Bueno, esto es lo que trato de preguntarle a Adán. Como ve, es a él a quien le corresponde decidir. Del mismo modo que hicieron otros, Adán debería ser la única autoridad en esta materia, porque eso es algo que sólo le afecta directamente a él. No voy a tener una rabieta si opta por continuar con la denominación *habilis*; él es el único

^{*} Alusión a dos palabras del inglés americano: *black* y *nigger*, en ese orden; ambas significan «persona de raza negra», pero la segunda es considerada ofensiva. (*Nota del revisor*)

que tendrá que responder al nombre de «hábil».

CAROLINE: Doctor Blair, a mí me parece...

BLAIR: Por tratarse de alguien dispuesto a dejarnos conversar a Adán y a mí, amenaza usted con monopolizar nuestra charla.

CAROLINE (*rotundamente*): Discúlpeme.

BLAIR: Bien. Adán, ¿cuál de esas denominaciones prefiere? ¿*Homo habilis*, es decir, hombre hábil, o bien *homo zarakalensis*? Tengo la impresión de que lo que usted diga será plenamente aceptado por la comunidad paleoantropológica.

ADÁN: ¿Y *homo sapiens sapiens* no está a mi humilde alcance? No soy una persona hábil, y jamás he estado en Zarakal.

BLAIR: ¿*Homo sapiens sapiens*?

ADÁN: *Mais oui***. Con la tierna ayuda de Ruth-Claire, logré engendrar a un niño humano. Y gracias a los cirujanos de Emory hablo igual que usted, señor. Además poseo numerosas perplejidades espirituales y un reciente concepto de Dios. Considerado desde ese punto de vista, ¿no soy un ser humano del siglo veinte cuya arcaica estructura ósea es irrelevante para su dignidad y su valor?

BLAIR: Pero muchas especies distintas son fértiles entre sí, Adán. Y su habilidad para hablar es una característica adquirida quirúrgicamente. Asignarse a sí mismo a una clasificación de especie sobre esa base... es caer presa del insidioso error de Lamarck***. Por favor, Adán, piénselo.

CAROLINE: Ya lo ha pensado, señor. Desea ser considerado como *homo sapiens sapiens*. Dijo usted que no opondría objeciones a su decisión.

ADÁN: En realidad..., preferiría que me llamaran Adán, Adán Montaraz.

CAROLINE: A mí me parece muy bien, ¿y a usted, doctor Blair? ¿Le parece bien a usted?

BLAIR: Es perfectamente aceptable. Pero continuemos con esto; tenemos muchas cosas importantes de las que hablar.

En este punto, los participantes se tomaron un breve descanso. Caroline comprobó la grabadora. Luego, se reanudó la conversación.

BLAIR: Me temo que he sido yo el que ha hablado todo el rato, Adán. Lo que me gustaría saber es cómo fue criado, qué recuerda de su infancia y de su juventud, y si en esta isla existe todavía algún otro miembro de su pueblo, ya se llame habilino u *homo sapiens*. ¿Le importaría contestar a esas preguntas?

ADÁN: Me alegro de poder hacerlo. Sin embargo, las dos primeras son más difíciles de contestar que la última. Lo único que puedo hacer es contestarlas del mejor modo posible.

BLAIR: Nadie espera más de usted, Adán. Empiece con la más fácil de las tres y proceda como le guste.

ADÁN: Ruth-Claire me habló una vez de un indio yahi llamado Ishi, acerca del cual escribió elocuentemente Theodora Kroeber. Ishi fue el último de su tribu en el estado de California. Pues bien, al igual que Ishi, yo también soy el último de mi tribu..., de mi especie, como diría usted, en la isla de Montaraz, y me temo que también en todo el mundo.

Miré a Ruth-Claire. El contenido de su carta contradecía directamente el testimonio de Adán. Después de todo, parecía que yo había acudido ostensiblemente a Montaraz para ver, evaluar y quizá representar el trabajo de un número no especificado de artistas habilinos. ¿Le

**mais oui*: Por supuesto, en francés. (*Nota del revisor*)

*** Alusión al Hombre de Piltdown, fraude orquestado uniendo un cráneo de gorila a un esqueleto humano, y en el que cayera por error el naturalista preevolucionista inglés John Baptiste Lamarck (1754-1829). (*N. del revisor*)

estaba mintiendo deliberadamente Adán al gran hombre, o nos había mentido Ruth-Claire para ofrecernos razones irresistibles para venir? Ella me miró con una sonrisa tímida, se encogió de hombros y apartó la mirada.

BLAIR: ¿Qué le ocurrió a su pueblo?

ADÁN: Fue exterminado, perseguido, cazado, asesinado. Los que escaparon al pogrom*** de Duvalier, que fueron muy, muy pocos, terminaron diseminados por los vientos de la política y el comercio, a los que no les importa hacer el mal. Hace cinco años, frente a las costas de Cuba, vi morir a dos de los míos a manos de un hombre mucho más animal que ellos. Uno de ellos era mi hermano. Creo que esas muertes dieron por concluida nuestra desesperada lucha por sobrevivir en un mundo como éste. A partir de ese momento, fui el único que quedó de todos.

BLAIR: ¿No había mujeres en Montaraz para que la reproducción continuara? ¿No es posible que alguno de sus compañeros habilinos siga con vida en alguna otra parte?

ADÁN: No se ha visto a nadie, no hay ningún informe al respecto. Conservar esa esperanza parece estúpido.

BLAIR (*con un suspiro audible*): Ah, bien. Una prueba más de la capacidad sin par de la humanidad para echar a perder o destruir lo que claramente debería haber sido conservado. Hace que me sienta avergonzado.

ADÁN: No se reproche muy duramente a sí mismo, señor. Al fin y al cabo, si yo muriera antes de que el *homo sapiens sapiens* se hubiera exterminado a sí mismo, su especie habría sobrevivido a la mía. Sólo por un poco, claro, y tras un reinado mucho más breve que la furtiva persistencia de nosotros los habilinos, pero deberían aceptar ustedes sus victorias, doctor Blair, tal como son, aunque sólo sean perturbadoramente pírricas. ¿O no es así?

CAROLINE: Ahora parece identificarte a ti mismo como un habilino, Adán. ¿Era esa tu intención?

ADÁN: Me identifico con mi pueblo, al que otros han llamado habilino. Naturalmente, yo mismo soy un buen *homo sapiens sapiens*. Quizá los de mi pueblo fueran similares a mí, aunque les faltara la capacidad para hablar. En mi mente siempre parecerán humanos, Caroline; noblemente humanos.

BLAIR: Me reconforta muy poco el sobrevivir por un simple aliento a una especie humana ancestral que preexistió antes que nosotros durante por lo menos dos millones de años.

ADÁN: En tal caso, también usted es noble, señor.

BLAIR: Gracias, Adán. Aprecio mucho su voto de confianza.

CAROLINE: Adán, las otras preguntas del doctor Blair se referían a tu infancia y juventud, a tus recuerdos de la sociedad y la cultura habilinas aquí, en Montaraz. Me parece que son temas de importancia crucial para cualquier estudio de tu pueblo extinguido. ¿Querrías decirnos lo que puedas sobre esas cosas?

ADÁN: Tú y el doctor Blair no debéis olvidar que esa parte de mi vida se corresponde con la parte de la experiencia humana que denomináis «prehistoria». Yo tengo una vida prehistórica y una vida documentada por el ego. Ahora os hablo desde este último contexto. Recuperar los elementos prehistóricos de mi vida desde la ventana de mi ego cristalizado..., bueno, es duro, muy duro. Surgen distorsiones. Aquel que yo soy ahora contamina lo que fui en aquel entonces. Lo contamina y lo decolora.

BLAIR: ¿Es completamente incapaz de reconstruir su vida anterior?

ADÁN: Exactamente. Todo eso da vueltas en mi cabeza como si se tratara de un sueño. Es un sueño difícil de contar, porque en aquel entonces no disponía de lenguaje con el que encadenarme a él y domesticarlo. Había oído hablar en lenguajes, pero yo no tenía uno propio; y si me hubiera visto usted en aquellos días, habría podido pensar que yo no era más

**** pogrom: asesinato en masa, holocausto. (*Nota del revisor*)

que una criatura feroz que sobrevivía por instinto, antes que por el ingenio. Mantenía un cordón umbilical invisible con mi familia, y otro con la tierra y la vegetación de la isla, y otro con las serpientes y los capibaras**, y otro con el mar y el aire. Todo lo que nos rodeaba era mágico y yo era como una especie de mago que sufriera alegremente. Caerse podía doler. Recibir patadas podía doler. Tener hambre podía doler. Pero el hecho de vivir la vida, el vivir incluso todas esas numerosas crueldades y cosas que dolían..., oh, mi querido doctor Blair, eso era y fue mágico.

BLAIR: Pero la población de habilinos de la que procedía, ¿era una sociedad patriarcal o matriarcal? ¿Era el dimorfismo sexual un factor en la asignación de las tareas domésticas y los papeles de liderazgo? ¿Practicaban algún rito notable de pasaje para señalar la transición desde una fase de la vida a otra? ¿Se dedicaban a cazar, eran carroñeros o forrajeaban para sobrevivir? Eso es lo que mis colegas me van a preguntar, Adán. ¿No lo recuerda? ¿No puede decirme nada de esas cuestiones básicas?

ADÁN: En ausencia del propio pueblo, doctor Blair, y perdone que se lo diga así, ese conocimiento me parece irrelevante. Intensa y profundamente irrelevante.

BLAIR: En modo alguno, Adán. El conocimiento del mundo es conocimiento de nosotros mismos. Lo que usted pueda decirnos sobre las costumbres, las tradiciones y las estrategias de supervivencia de los habilinos nos permitirá comprender mejor quiénes y qué somos.

ADÁN: Para conocer la vida habilina en cualquier sentido verdaderamente significativo, usted habría tenido que vivirla. Tendría que haber dejado de examinarla desde lejos para lanzarse de cabeza a ella en un abandono sin crítica. Bien, eso ya no es posible. Ha desaparecido para siempre.

BLAIR: ¿Puede decirme al menos dónde vivió usted?

ADÁN: Los esclavos dominicanos fueron liberados por Boyer en la década de 1820, pero no fue hasta 1864, año en que Peter Martin Rutherford cedió Montaraz a Haití, que los habilinos fuimos liberados de nuestra esclavitud en sus plantaciones de cacao y café. Nos marchamos de ellas *en masse* y constituimos una república secreta para nosotros mismos en uno de los «dedos» menos poblados de la isla. Eso es todo lo que puedo decir. Durante largo tiempo nadie nos molestó. Luego llegó el siglo veinte, y todo eso cambió. Gradualmente, muy poco a poco, las cosas empeoraron. Debe comprender, sobre todo, que ahora hablo desde la ventaja de mi ego cristalizado.

BLAIR: ¿Podría conducirme al lugar donde estuvo esa «república»?

ADÁN: No, es imposible. Ellos se han marchado y yo lo he olvidado.

BLAIR: Pero Adán..., la isla no es tan grande. Suponga que el gobierno de Haití autorizara los viajes y la investigación arqueológica en diversas zonas. ¿Ayudaría usted a encontrarlo? ¿Cooperaría conmigo y con otros para descubrir el pasado de su pueblo?

ADÁN: No, no lo creo, doctor Blair. Dejemos que los muertos descansen para siempre. Dejémosles descansar en el recuerdo de sus queridos parientes.

BLAIR: Pero ¿no es cierto que usted hizo exhumar las cenizas de su hijo y pidió a sus amigos, los Loyd, que se las trajeran aquí, a Montaraz? Creo que no existe mayor distinción entre eso y excavar en los lugares donde vivieron sus extinguidos parientes habilinos.

ADÁN (*fríamente*): No aparentemente.

BLAIR: Lo siento. No pretendía ofenderle.

Los participantes hicieron otra pausa.

CAROLINE: Muy bien. He vuelto a poner en marcha la cinta, doctor Blair. Puede empezar de nuevo, si así gusta.

*capibara: carpincho, roedor gigante que vive en los ríos de Sud y Centroamérica. (*Nota del revisor*)

BLAIR: Creo que esto ha sido un intercambio un tanto frustrante para ambos, Adán. Permítame disculparme de nuevo por ello. Comprenda que nunca esperé tener la oportunidad de sentarme ante el representante de una especie de homínido cuyos huesos he estado excavando y catalogando durante estos últimos cincuenta años. Jamás imaginé que pudiera tener lugar esta conversación.

ADÁN: Desde luego que no.

BLAIR: Ustedes no utilizaron el pedernal, ¿verdad? No ahuyentaron a las hienas de entre los restos de una presa de león. No recuerda haber caminado erecto a través de una tormenta de cenizas procedente de un volcán en erupción en el África oriental. No puede decirme nada acerca de las otras especies de homínidos, el *australopithecus robustus* y el *australopithecus africanus*, con quienes su pueblo compartió las sabanas. Ni siquiera puede contarme gran cosa sobre los sufrimientos y tribulaciones de su pueblo a lo largo de los milenios que vivió en las colinas de la actual Zarakal.

ADÁN: Lamentablemente, no puedo. Soy un producto de Montaraz. También lo fueron mis padres. Y los padres de mis padres. Lo único que sé es que en esta isla nos remontamos más o menos a siete generaciones:

BLAIR: ¿Y no le atrae África, Adán? He visto algunos de sus cuadros: baobabs, volcanes, incendios en las praderas, partidas de caza. Resulta difícil creer que su continente de origen, al menos de su origen ancestral, no despierte su curiosidad. ¿No le gustaría visitarlo? ¿No le gustaría, quizá, emigrar?

ADÁN: Me gustaría ver una jirafa.

BLAIR: ¿Una jirafa?

ADÁN: Sí. Sería excitante contemplar una jirafa en su soñador y lento galope a través de la gran estepa africana. Por lo demás, señor, no tengo ninguna ambición que satisfacer en ese aspecto, dado que vuelvo a sentirme en mi hogar. Montaraz es mi hogar, y me pone en contacto con mis hogares ancestrales.

BLAIR (*tras una prolongada pausa*): Hace un rato mencionó usted que..., a ver si lo recuerdo bien..., que tenía «numerosas perplejidades espirituales» y un «reciente concepto de Dios». ¿Le importaría hablarme un poco de esos temas?

ADÁN: Sólo un poco, sólo un poco.

RUTH-CLAIRE (*en su única intervención*): Gracias a Dios.

ADÁN: Antes de que cristalizara mi ego, aquí en esta isla yo era un animista inconsciente. También un católico, pero sólo de nombre: toda la magia que me rodeaba abrumaba los dogmas de la Iglesia Romana. Luego, a finales de los años setenta, mi ego empezó a configurarse, en respuesta, estoy seguro de ello, a las realidades económicas y políticas. Finalmente, no mucho después de los asesinatos que se produjeron frente a las costas cubanas, se precipitó como consecuencia de las terribles presiones del exilio y el hecho de ser un refugiado. Me refiero a mi ego. Me convertí en un ser neuróticamente autoconsciente.

BLAIR: ¿Neuróticamente?

ADÁN: Lo mismo que usted y que todos los que viven en su mundo. Para sobrevivir en la actualidad, tal como está constituida la «realidad», se debe poseer una neurosis competitiva. Así pues, me rendí al desarrollo del ego con objeto de sobrevivir. Me convertí en «yo».

BLAIR: ¿Y sus pertenencias espirituales?

ADÁN: Buena parte de lo que mi nuevo «yo» escuchó en su nuevo mundo fue despreciativo para con mi persona. Yo era un animal. No tenía alma. En el barco que me transportó desde la bahía de Mariel hasta Key West, los pasajeros no fueron físicamente crueles conmigo; antes al contrario: me daban palmaditas en la espalda y se reían de mis bromas, y me trataban como a un perro amistoso con ellos. El «yo» en que se había convertido mi ser en otro tiempo inocente..., bueno, se dio cuenta de que, en su estimación

privada, yo no tenía... alma. Me sentí como excomulgado de la raza humana debido a la desgraciada ausencia de ese atributo.

BLAIR: Un camino de razonamiento bastante tortuoso para un ego completamente nuevo, Adán.

ADÁN: Sí, pero en mi recién estrenada novedad yo era muy estúpido. Cometí el error de apropiarme del concepto que esas personas mal informadas tenían del alma. Empecé a pensar en ella como un objeto separable del cuerpo. Como un reloj de bolsillo, quizá. Yo también deseaba tener mi reloj de bolsillo. Al fin y al cabo, un reloj de bolsillo podría sobrevivir a la muerte de su propietario. Puede existir sin esa persona. Puede seguir marcando el tiempo, incluso en un cajón. Pero no es co-igual con su propietario muerto y, eventualmente, también perecerá. A pesar de todo, yo deseaba tener esa «clase» de alma, la que casi todo el mundo entiende que posee..., siempre y cuando, naturalmente, sean «religiosos». Pensé que tener esa clase de alma haría que mi ego cristalizado pasara a formar parte de aquellos seres humanos que me rodeaban.

BLAIR: ¿Y aprendió alguna otra cosa mejor?

ADÁN: Aprendí alguna cosa mejor, doctor Blair. Si desea tocar su alma, si desea identificarla, póngase los dedos sobre su propio cuerpo. Eso es algo que yo ya había conocido aquí, en Montaraz, cuando era una criatura sin ego, pero al desarrollar un «yo» agresivo para abrirme paso en la civilización, bueno, olvidé ese conocimiento. El alma no es un reloj de bolsillo, sino que reside sistemáticamente a través de los sistemas del cuerpo. Un cuerpo muerto no posee alma. De hecho, está muerto porque se le ha privado de alma.

BLAIR: ¿Quiere eso decir que la inmortalidad no existe?

ADÁN: La interrupción fatal de la personalidad parecería impedirlo, doctor Blair. Pero sólo los egos rígidamente cristalizados se desesperan por ello. Un ente capaz de comprender su interdependencia con todos los sistemas vivos que le rodean: familia, plantas, animales, agua, aire, sabe que la forma de vivir saludablemente importa mucho más que el apego egoísta de la personalidad después de la muerte. La gracia de Dios está en aquellos que saben esto.

CAROLINE: Esa idea no sería reconfortante para todos, Adán.

ADÁN: Bueno, me temo que es la neurosis de un ego desarrollado lo que se los impide. Es la desgraciada inversión psíquica que han efectuado en algo llamado «salvación». Han invertido demasiado y durante demasiado tiempo como para apartarse graciosamente de esos «valores». O quizá aman profundamente a otros que han invertido mucho durante demasiado tiempo. Es algo duro. Y siento mucha simpatía por todos aquellos viajeros que siguen el camino de la espiritualidad.

BLAIR: ¿Cree usted que su viaje espiritual recapitula el de la humanidad como un todo?

ADÁN: Sólo a largo plazo. Sin embargo, no abrigo grandes esperanzas de que la especie humana adopte alguna vez una fe holística sin imponer alguna clase de letal rigidez sobre ella. Y quizá, doctor Blair, la interrelación existente entre las actuales confesiones, las tensiones y vaguedades que de todos modos las unen, sea, en sí mismo, un sistema holístico dotado de ciertas virtudes. No lo sé. Una especie humana no neurótica sería casi inimaginable. En tal caso, tendría que encontrar una nueva designación taxonómica para ella, doctor Blair.

BLAIR: Quizá no. Quizá la que ya poseemos ahora empezaría a implicar finalmente alguna otra cosa distinta a la autocongratulación... ¿Qué me dice de su «reciente concepto emergente de Dios», Adán? Este concepto suyo niega la inmortalidad del alma, separada del cuerpo problemáticamente mortal, pero ¿conserva sin embargo una creencia en la divinidad trascendente?

ADÁN: Sí, así es. Sin embargo, quizá eso no sea importante. Empiezo a cansarme de hablar tanto. ¿Se da cuenta de cómo carraspea mi voz?

BLAIR: En ese caso, déme rápidamente un atisbo de su formulación.

ADÁN: Parece una paradoja. Quizá lo sea. Creo que Dios posee tanto una intemporalidad

fundamental, es decir, que existe fuera de las operaciones del tiempo, como también una temporalidad completa y necesaria, lo que le permite dirigir y cambiar dentro de la corriente del tiempo. Eso es, al menos, un atisbo de mi teología.

BLAIR: Pero ¿no es eso como decir que un hombre tiene una cabeza al mismo tiempo que asegurar que no la tiene? ¿O que una cierta persona es, al mismo tiempo, un ciudadano haitiano y no es un ciudadano haitiano? Eso es contradictorio en sí mismo.

ADÁN: Sólo porque usted hace que, temporalmente, la situación parezca una simple cuestión de «o esto, o lo otro» —la voz de Adán se había hecho cada vez más pesada. Se aclaró la garganta—. Le ruego que no sigamos más. Creo que me gustaría tomar un baño.

CAROLINE: En tal caso, terminaremos con esto. Gracias, doctor Blair. Gracias, Adán. Ha sido un viaje extraño pero estimulante.

Tal como se desarrollaron las cosas, no se reanudó la entrevista. Blair deseaba seguir interrogando a Adán; de hecho, deseaba organizar una improvisada expedición a las diversas penínsulas de la isla para deambular sin propósito fijo entre los pinos y aguacates silvestres, en busca de la «república secreta» de Adán. Pero a últimas horas de aquella misma tarde llegó uno de sus asesores desde Rutherford's Port para comunicarle que la Fundación Geográfica Americana había añadido tres nuevas conferencias a su gira por el sur de Florida; así pues, debía volar a Miami a la mañana del día siguiente desde Cap-Haitien.

Blair maldijo a su asesor, mientras recorría furioso el bungalow como un petulante ejecutivo de Hollywood, y llegó incluso a impugnar el buen nombre del director de la institución. Finalmente se sometió, sin embargo, confesando que sin esa gira no podría terminar una gran cantidad de trabajos importantes que tenía pendientes en el lago Kiboko.

Después de preparar las maletas para el viaje de regreso a la ciudad, volvió al salón para despedirse de nosotros con una figura tan abatida y cansada como se pudiera imaginar. Se sentía genuinamente descorazonado por tener que marcharse.

De repente, su estado de ánimo cambió: había recordado algo. Sonriente, se arrodilló junto a una de sus bolsas de cuero y desató las correas de un abultado bolsillo lateral, de donde extrajo una revista.

—Adán, ¿me harían usted y Ruth-Claire el favor de autografiarme esta revista? No suelo coleccionar recuerdos (los fósiles son los únicos recuerdos que busca un hombre como yo), pero me gustaría enmarcar esta portada para mi despacho, en el Museo Nacional de Marakoi.

Era el ejemplar de Newsweek con la infame fotografía de Adán y Ruth-Claire tomada por Maria-Katherine Kander. De todos los que estábamos presentes en el salón, sólo Blair dejó de percibir el palpable desconcierto que nos congeló a todos. Hasta su asesor —un joven negro vestido con un costoso traje occidental— pareció encogerse. Adán, a pesar de no sentirse desconcertado ni ofendido, comprendió con claridad que Blair había incomodado a su esposa y a sus invitados. Sin embargo, tomó la revista de manos del paleoantropólogo y trazó rápidamente sus iniciales con un bolígrafo.

Blair estaba exultante. Indicó a Ruth-Claire con un gesto, para animar a Adán a que le pasara la revista para que ella la firmara también. De mala gana, así lo hizo Adán. Ella la aceptó con la cabeza baja y un rubor carmesí en la frente y las mejillas. Hubiera deseado patear a aquel viejo insensible de Zarakal.

—No hay nada de que avergonzarse —dijo Blair alegremente, de nuevo pictórico—. Tiene usted un pequeño cuerpo bastante respetable.

—Gracias —murmuró Ruth-Claire.

Blair era una figura paterna, y a papá nunca se le echa en cara la falta de educación o la ausencia de tacto; eso sería impropio e indiscreto. Pero al trazar el autógrafo sobre su retrato, Ruth-Claire lo hizo de tal manera que efectuó un enojado rasgo vertical que eliminó parcialmente su bidimensional desnudez. Luego, extendió la revista hacia el pecho del gran

hombre; temblaba allí, al extremo de su mano extendida.

Una pequeña nube de confusión cruzó por los rasgos de Blair. Tomó la revista, la miró como si se la hubieran estropeado —quizás así era— y luego se volvió a arrodillar y la deslizó con pesar en el bolsillo lateral de su bolsa de viaje. Nadie dijo nada. Cuando se incorporó de nuevo, su expresión era avergonzada y como de quien pide disculpas.

—La vergüenza hacia el propio cuerpo es una de las consecuencias más tristes de la civilización occidental —dijo—. Por otro lado, la explotación comercial de la desnudez también es algo reprehensible: es como una salaz hierba mala surgida de esa misma y poco saludable vergüenza del cuerpo.

Estaba seguro de que aquello era un astuto análisis, pero en cualquier caso se trataba de algo periférico a nuestro común desconcierto. Blair se dispuso a hablar de nuevo, pero sin embargo se contuvo; se aclaró la garganta y se frotó las manos.

—Señor —le dijo el joven—, es hora de marcharse.

El gran hombre asintió. Nos estrechó las manos a Adán y a mí, abrazó a Caroline, y cuando Ruth-Claire se negó a consentir su intención de abrazarla, la besó en la frente. Luego, todos —excepto Ruth-Claire— acompañamos a Blair y a su ayudante al exterior y los despedimos. Su vehículo cerrado con tracción en las cuatro ruedas giró sobre la arena y finalmente tomó el camino que conducía de regreso a Rutherford's Port.

Ya de nuevo en el interior, encontramos a Ruth-Claire de pie en el centro del salón, las manos flaccidamente colgadas a lo largo de sus costados y con lágrimas rodándole libremente por las mejillas. Adán la tomó en sus brazos y la abrazó con ternura.

—Paulie está muerto debido a esa maldita fotografía —dijo Ruth-Claire, por encima de la cabeza de Adán—. Y yo le di las gracias a ese estúpido viejo verde por haberme dicho que tengo un «pequeño cuerpo bastante respetable». ¡Le di las gracias a ese hijo de puta!

Aquella tarde, cerca ya del anochecer, Adán y yo salimos a dar un paseo por la recoleta playa situada por debajo de la casa. Caroline y yo habíamos discutido. Había querido pasear con ella, pero ella había insistido en trabajar con las cintas para iniciar su transcripción y edición. Dijo que sus vacaciones sólo empezarían una vez que hubiera realizado su trabajo. No podía disfrutar mientras tuviera eso pendiente sobre su cabeza, y yo era egoísta e irrazonable por presionarla para dar un paseo a la luz de la luna mientras su tarea aún estaba pendiente.

Condenada calvinista, pensé. A pesar de la pequeña conferencia de Alistair Patrick Blair sobre la «vergüenza» occidental respecto al cuerpo, no deseaba otra cosa que arrimar mi piel desnuda contra la de Caroline entre las suaves olas de la bahía de Caicos.

En lugar de ella, mi compañero de paseo fue Adán Montaraz. Él iba desnudo, pero yo me arrastraba sobre mis sandalias vestido con un bañador negro y suelto y una chaqueta manga corta de tela de toalla. Las conchas marinas se aplastaban bajo mi peso, y las estrellas empezaban a parpadear en el alto cielo tropical.

—Le dijiste a Blair que eras el último de los de tu clase, pero la carta de Ruth-Claire afirmaba que aquí había artistas habilinos. Por esa razón vine, para ver sus obras y quizá hasta para representarlos en Atlanta. ¿Qué demonios sucede, Adán?

—Le mentí al doctor Blair.

—¿Por qué?

—¿Por qué te imaginas? Para proteger a los pocos que todavía sobreviven. Cinco personas, Paul..., sólo son cinco personas.

—Pero si yo regreso a Atlanta para presentar su trabajo como el glorioso resultado de un innato impulso estético habilino, este lugar volverá a verse asediado. Las obras de arte demostrarán que están aquí, y ¡bingo!, se producirá otro alocado flujo de cazadores de botín.

Adán se detuvo.

—No, si presentas sus pinturas como la obra de artistas haitianos ya fallecidos. Di que los artistas han muerto. Cada obra que saques a subasta será un descubrimiento encontrado entre sus propiedades. Ni siquiera es necesario que identifiques a los artistas como habilinos. El arte haitiano cuenta con numerosos aficionados en Estados Unidos. Puedes venderlo como arte haitiano, nada más, y tampoco nada menos.

—Se vendería por mucho más si se pudiera revelar la identidad de los artistas, si pudiera documentar de algún modo sus identidades.

—Pero yo no estoy interesado en atraer a las multitudes.

—¿Qué es lo que te interesa, entonces?

—Asegurar el futuro para estas cinco últimas personas. Después de ellos, no habrá más. Después de mí mismo, no habrá más. Ruth-Claire y yo deseamos disponer de dinero suficiente para ocuparnos de ellos aquí, en Montaraz, para satisfacer las necesidades de los que quedan.

—¿Acaso no se vende tu propia obra? Permíteme que yo la represente, Adán. Todos ganaremos dinero, y ni siquiera tendrás que mencionar a tus parientes habilinos.

Adán me explicó que aunque sus recientes viajes habían estimulado en buena medida su actividad creadora, también le habían restado el tiempo suficiente para llevar a feliz término muchas de esas nuevas obras. Además, las últimas pinturas de Ruth-Claire —la serie titulada «*Almas*», que ella había terminado en Atlanta— todavía no habían encontrado un público. Los directores de galería se negaban a exponerlas. Si Ruth-Claire alquilaba espacio en grandes almacenes para contrarrestar el insultante boicoteo de las galerías, el público las ignoraba. Las críticas periodísticas las tildaban de oscuras, planas, sin color, repetitivas, de concepción insignificante, sobre todo a la luz de la grandiosidad de su título.

Todavía más descorazonador era el hecho de que un crítico —que detestaba lo que él denominaba «el decadente trabajo para la serie de platos de porcelana de AmeriCred»— había citado las pinturas acrílicas *Almas* como prueba evidente de «la profunda caída» del talento artístico de Ruth-Claire desde que hiciera *Pasos en el camino hacia el hombre*. De hecho, casi se podía decir que esas denostadas e impopulares pinturas habían destruido la comercialidad de la obra de Ruth-Claire. Las obras de Adán seguían vendiéndose, pero su esposa hacía ya tiempo que había tropezado con una inamovible pared de ladrillo. Ésa era una de las razones por las que nos habían llamado.

—Son buenas —le dije—. Lo que sucede es que nadie se da cuenta.

—Durante un tiempo, ni siquiera tú te diste cuenta. Y quizá no sean buenas, Paul; quizá sólo sea un accidente de la luz lo que las redima de la mediocridad..

—Si quieres que te diga la verdad, mi aprecio por ellas llegó y desapareció, lo mismo que sucedió con la luz. No me resulta difícil comprender por qué tiene problemas para ubicarlas.

—Está bien. El caso es que por eso mismo necesitamos dinero.

Empezó a caminar de nuevo, con las manos entrelazadas en la velluda parte baja de su espalda. Tuve que dar un par de zancadas para alcanzarlo.

—¿Cuándo voy a conocer a esos artistas habilinos, Adán? ¿Cuándo veré su trabajo?

—Mañana.

—¿Dónde?

Me sonrió burlonamente bajo la luz de las estrellas.

—En el dedo medio de la isla, Paul. Sobre el pájaro que apunta hacia Miami.

Y tras decir esto dio media vuelta, echó a correr hacia el agua y se arrojó entre las olas con una chapoteo que levantó un rocío de gotitas iridiscentes, como el producto de la vejiga de un hombre de armas portugués.

Tras haberme quitado la chaqueta y las sandalias, seguí a Adán al interior del agua. Tal como había esperado, el agua estaba caliente, aunque sin agotar por ello la fortaleza. Mi anfitrión habilino nadaba manoteando como un perro alrededor de la ensenada, y a veces se dejaba arrastrar de espaldas —como una nutria marina—, mientras que otras braceaba en el agua con el lánguido movimiento aleteante de un manatí. Me dirigí hacia él con una tranquila brazada. Adán volvió a nadar como los perros, pero permaneció cerca, de modo que pudimos hablar.

—Por lo que le dijiste a Blair en la entrevista, has abandonado el cristianismo para abrazar alguna nueva teoría sobre la interrelación de los sistemas biológicos —dije, arrojando agua salada por la boca.

—Y también los no biológicos.

—¿De dónde ha venido todo eso, Adán?

—Es batesoniano. De un hombre llamado Gregory Bateson —nadaba a mi alrededor.

—Supongo que me suena familiar ese nombre, pero no lo conozco.

—No has podido conocerlo. Murió el mismo año en que mi ego empezaba a cristalizar, a partir del anonimato edénico de mi juventud.

—Quiero decir que no conozco su obra. ¿Has adoptado sin crítica alguna la metafísica de ese tal Bateson? ¿Has renunciado a tu religión puesta a prueba por el tiempo, a cambio de alguna tontería californiana apoyada en supuestos argumentos pseudocientíficos?

—No hay nada que yo adopte sin crítica, Paul, y si no conoces la obra de Bateson, no comprendes los argumentos en los que se apoya. Son evolutivos. Me gustan mucho.

—Sólo me preocupaba por Ruth-Claire.

—¿Por qué? Yo la quiero.

—Estoy seguro de que es así, Adán, pero me resulta difícil creer que ella se vaya a volver loca por una «religión» basada en la interrelación evolutiva de los sistemas biológicos..., y no biológicos. Ella es una tradicionalista, pero tú has dicho que consideras la fe tradicional como egotista y neurótica.

Agitó el agua delante de mí.

—Pero yo soy egotista y neurótico. Como lo era el joven que asesinó a nuestro hijo. Intento descubrir significados, Paul. Intento curarme a mí mismo de la neurosis. Todos deberíamos desear curarnos a nosotros mismos.

—¿El asesino del Pequeño Paul te indujo a seguir por este camino?

—Desde luego. Ya oíste los elogios que pronuncié. Me duele. A Ruth-Claire le duele. Quizá le duela también a la familia de Craig Puddicombe. Mi elección consistía en buscar consuelo en la ortodoxia, o bien buscar mi lugar en la gran neurosis sistémica que devoró a nuestro hijo y empezar a curarme a mí mismo a partir del interior. Como si fuera un regalo que le ofrezco.

—¿Se trata realmente de una situación tipo «o esto o aquello», Adán?

—Quizá no lo sea. Pero lo primero es lo primero.

—Tus creencias actuales, ¿en qué difieren de la visión del mundo de ese tal Bateson?

—Él ve la mente y la megapauta. Yo también veo esas cosas, pero continúo postulando a Dios. Se trata de una cuestión de fe esperanzada y no neurótica.

—Bien, sepárate.

Eso le hizo gracia.

—Sí, lo haré.

Hundió las palmas de las manos y me lanzó picantes rociadas de agua a los ojos. Grité, me

protegí la cara y luego traté de agarrarlo ciegamente. Sin embargo, él ya se había sumergido y nadaba como una nutria de un lado a otro hacia la red de dedos que cerraban la pequeña ensenada. Una vez allí, vadeó hasta la playa y se tumbó sobre la arena. Con la respiración entrecortada, llegué a la playa uno o dos minutos más tarde y me tumbé a su lado, sobre la arena cada vez más oscurecida.

—¿Quieres decir que has arrojado por la borda a todos tus teólogos preferidos para favorecer a Charlie Darwin y a Gregory Bateson? Adán, no sé qué decirte. Empiezo a tener la impresión de que por debajo de la piel somos hermanos. Los dos somos paganos racionales.

—Pero yo no soy pagano.

—¿No?

—No niego la divinidad del Salvador de Ruth-Claire. No niego la posibilidad de la Revelación histórica. En absoluto; nada de eso. Lo que sucede es que el Nuevo Testamento llegó en un momento y en un lugar inaccesibles para mis antepasados. Yo conozco otra revelación más tópica y temporal. Al menos para mí.

—¿Qué? —me sentía completamente perdido.

—Mañana seguiremos, Paul. Volvamos ahora a la casa.

Nos levantamos y empezamos a subir por la playa; sólo nos detuvimos un momento para recoger mi chaqueta y las sandalias. Cuando entramos en la casa oímos la voz grabada de Adán que decía: «...no abrigo grandes esperanzas de que la especie humana adopte alguna vez una fe holística...». No escuché el resto. Caroline todavía estaba entregada a su trabajo, y yo aún estaba resentido y cachondo.

Me desperté con mis anhelos todavía activos. Caroline no estaba en nuestra cama. Me vestí y salí a buscarla. Ni ella ni los Montaraz me habían esperado; habían bajado a la ensenada para tomar un baño a primeras horas de la mañana. Oí sus voces —por lo menos las de Ruth-Claire y Caroline— alegremente suspendidas en la balsámica brisa de la mañana. Mi resentimiento aumentó. La noche anterior, Caroline se había negado a dejar de trabajar para acompañarme hasta la orilla, pero haberse levantado una hora antes que yo, tras haberse acostado una hora más tarde, no parecía constituir obstáculo alguno para disfrutar de la playa. Salí al porche que daba a la ensenada y coloqué una mano sobre los ojos para mirar hacia los que disfrutaban.

Adán llevaba un tanga negro —como una concesión a las sensibilidades de las mujeres sureñas—, y tanto su esposa como la mía se habían ataviado con modestos trajes de baño de una sola pieza: el de Caroline de un sereno color turquesa, y el de Ruth-Claire de un brillante naranja sanguíneo. Bailaban cogidas del brazo, dentro de las lánguidas olas que daban sobre la playa, y luego se alejaban corriendo de ellas. La hilaridad de este juego las hizo realizar esfuerzos para mantenerse en pie.

—Mierda —murmuré.

Algo en el porche se movió. Casi estuve a punto de pegar un salto fuera de las sandalias que llevaba. Una mano se me subió al corazón, y la otra trató de encontrar un apoyo al que aferrarse. Encontré el trozo de madera más cercano de la barandilla y me agarré a él.

Desde el extremo más alejado del porche me miraba una criatura arrugada como un gnomo, que llevaba una camisa larga de color azul pastel y un mugriento turbante blanco en la cabeza. La figura estaba sentada sobre una caja vuelta boca abajo, con las nudosas manos colgadas entre las piernas. Los desnudos dedos de sus pies subían y bajaban sobre la plancha de madera, como si tocaran numerosos pedales de un piano sin sonido. Supuse que era una mujer sólo por las ropas que llevaba; de hecho, apenas por un instante, pensé que esta extraña persona podría ser el propio Adán disfrazado, que quería gastarme una broma. Pero Adán se regocijaba en la bahía de Caicos junto con Ruth-Claire y Caroline, y mi visitante parecía ser mucho más vieja. Ella misma una habilina, me escrutó con ojos extraños, como dos gotas

brillantes.

—Buenos días. Soy Paul Loyd, un amigo de Adán —dije, al tiempo que señalaba con el pulgar hacia el trío que jugaba con las olas.

Los ojos de la mujer permanecieron posados sobre mi rostro, más vigilante que curiosa.

—¿Por qué no me dice su nombre? —le pregunté.

—Ga gapag —dijo ella.

Esa expresión no significaba nada para mí, pero me sorprendió el que hubiera hablado. Hasta que se le practicó la operación en Emory, Adán había sido incapaz de hablar. Ciertamente que nunca le había faltado capacidad para vocalizar, pero la expresión de fonemas reconocibles tuvo que esperar hasta que se le practicó la cirugía. Esta mujer, Ga gapag, hablaba por el contrario algo vagamente inteligible, parecido a la palabra humana. Quizá se tratara de un dialecto habilino *créole*^{*}; una especie de *patois* primitivo.

—Gaga pag —repetí de modo imperfecto—. ¿Es ese su nombre? —ella asintió con un gesto de la cabeza—. ¿Es usted una de las esclavas de Rutherford que quedan?

Ella adelantó el labio inferior, en una muestra inequívoca de desprecio. La carne húmeda y rosada se retiró de nuevo hacia la barbilla en recesión, como si fuera un abanico —recordé que los chimpancés efectúan un truco similar cuando se sienten aburridos o irritados—; luego, la expresión de su rostro volvió a la normalidad y apartó la mirada de mí, como si yo hubiera cometido una deleznable falta de cortesía social.

—Espere un momento —dije enojado—. Espere un momento.

Mi orden a la altiva gnomo femenina fue superflua, puesto que ella seguía sólidamente sentada sobre la caja vuelta boca abajo, «obedeciéndome» sólo porque ya había decidido de modo independiente que deseaba permanecer donde estaba. Abrí de golpe la puerta de la mampara de tela metálica que protegía el porche, descendí una serie de gastados escalones de madera, puse el pie sobre la primera isla de un archipiélago en miniatura compuesto por las piedras de un camino que conducía a la playa y me perdí por entre un corte existente entre dos dunas de arena, para dirigirme hacia donde estaban mi esposa y nuestros anfitriones.

Al verme, Caroline se apartó de Ruth-Claire y de Adán. Con un paso a la vez juguetón y muy femenino, se me acercó corriendo casi de puntillas.

—¡Paul! —gritó.

Y su sonrisa borró de un plumazo cualquier otro atractivo natural que pudiera existir en mi horizonte, incluída el agua de un azul diamantino, la reluciente arena y hasta la deslizante formación de pelícanos pardos que aleteaba por la boca de la ensenada. Puso sus frías manos sobre mis hombros y me besó en el puente de la nariz. Por toda devolución sólo le ofrecí una miserable regañina.

—¿Por qué demonios no me has despertado también?

—Te vi dormido, y parecías de cinco años. ¿Cómo iba a despertar a un cansado niño de cinco años?

Hice un irritado gesto con la cabeza hacia la playa.

—Hay una grosera enana negra allá arriba, una habilina. Me has dejado a esa viejecita para que me despertara, ¿verdad?

Adán aparecía entonces junto a Caroline, con Ruth-Claire tras él.

—No la esperaba tan temprano —respondió él—. Estabas a solas en la casa cuando bajamos a la playa. Por nada del mundo te habría causado alguna incomodidad, Paul.

—Pues me ha asustado tremendamente.

^{*}*créole*: criollo, en francés. Identifica al argot deformado del francés que se habla en las antiguas colonias francesas del Caribe, entre las cuales se cuenta Haití. (Nota del revisor)

—Probablemente tú también la has asustado a ella —dijo Caroline.

—Un pelotón de marines con un mortero podría asustarla, quizá; a mí me encontró tan terrorífico como una mariquita enferma.

—Es Erzulie —dijo Adán—. Mi abuela por parte de padre.

—¿Erzulie?

—Su nombre vaudun. No recuerdo cómo la llamábamos cuando yo era un muchacho sin ego. Probablemente no teníamos para ella un nombre que pudiera pronunciarse.

—Ella habla. Dijo «Gaga pag», o algo así.

—Quiso decir «pa capab». Es la forma créole de decir *pas capable*, que significa «no puedo hacerlo». Eso es, más o menos, todo lo que puede decir, Paul. Lo dice en muy raras ocasiones porque, aparte de hablar, hay pocas cosas que no sea capaz de hacer. Sin embargo, a diferencia de lo que me ha ocurrido a mí, no ha desarrollado un ego. Y así evita identificar lo que no posee con la etiqueta imperfecta de su nombre vaudun.

—Si es que eres capaz de comprender eso —dijo Ruth-Claire, riendo.

—¿Qué está haciendo aquí?

—Es una artista —me contestó Adán—. También ha querido actuar como nuestra guía, a pesar de que Ruth-Claire y yo conocemos el camino. Ahora que estás despierto, y que Erzulie está aquí, ya podemos desayunar y marcharnos.

Regresamos a la casa. Aunque Caroline me tomó de la mano, me sentía sutilmente traicionado, así que renuncié a devolverle los suaves apretones que me dio. En camino a la casa no hacía más que dirigirme miradas extrañadas, a la búsqueda de una señal de afecto o de afabilidad por mi parte. Eso me gustó. Se lo tenía merecido. ¿A quién le agrada que le digan que se parece a un cansado niño de cinco años? Desde luego, no a mí. Yo había pensado en juegos... más adultos, pero Caroline había preferido sacrificar mi ambición hedonista en el altar de la ética protestante del trabajo. Aún me sentía agraviado.

Tomamos huevos frescos del mercado de Rutherford's Port. Aunque preparé un desayuno espléndido e irreprochable, Erzulie desdeñó el plato de huevos fritos que hice. De pie sobre un mostrador de la cocina, bebió sus huevos directamente de una huevera de cerámica. A modo de copita de licor se tomó un poco de *clairein*, o ron basto. Cuando abandonamos la casa en el jeep alquilado, Erzulie llevaba consigo, en el asiento de atrás, un pequeño Tupperware que contenía *rapadou*, un azúcar moreno de grano grueso que emplean muchos haitianos para endulzar y también como alimento principal. Como una mujer de las montañas que esnifara, se colocaba pequeños pellizcos de este azúcar entre las encías y los dientes en mal estado, y lo chupaba ruidosamente mientras nosotros seguíamos el camino costero alrededor del dedo medio de la isla.

Todos los demás nos habíamos puesto vaqueros y zapatillas viejas, pero Adán iba extrañamente vestido: llevaba la misma levita y sombrero de copa que se había puesto para el doble funeral en la granja Paraíso. Unas gafas con montura de carey y sin cristales adornaban su oscuro rostro. Durante un tiempo Adán se había puesto verdaderas gafas para leer, pero desde la operación que le practicaron en Emory usaba lentes de contacto para corregir su visión, y ahora las llevaba por debajo de las divertidas gafas de montura de carey. Sentado junto a Ruth-Claire, en el asiento delantero, llevaba un bastón de caminante entre las piernas y un puro sin encender en una mano. Tenía que sujetarse el sombrero con la otra para impedir que el viento se lo arrebatará. Ocasionalmente pasábamos junto a algún campesino con sombrero de paja, o ante alguna mujer con el hijo colgado a la espalda: invariablemente nos miraban asombrados, sobre todo a Adán, como si contemplaran a un ser inquietante que hubiera regresado desde el pasado de la isla.

—¿A qué viene ese atavío? —le grité, desde el asiento de atrás; Erzulie se hallaba sentada entre Caroline y yo, chupando su *rapadou*.

—Porque tiene un significado religioso —contestó Adán por encima del hombro.

—¿Un significado religioso?

—Va vestido como el barón Samedi, un espíritu del vudú —explicó Ruth-Claire—. Algunos haitianos llaman a este espíritu tradicional Papa Guedé, pero sea cual fuere el nombre, es una figura de autoridad irreverente asociada con la muerte y los cementerios.

—Ah, bueno. ¿Y cuál es el propósito?

—El propósito es religioso y ceremonial —espetó Adán, como si ya lo hubiera explicado y yo me mostrara obtuso a propósito.

—Creía que sólo íbamos a visitar la república secreta habilina, y no otro funeral.

—Escucha, Paul —dijo Ruth-Claire—, esa república está moribunda. Lleva así desde hace más de veinte años. Eres verdaderamente privilegiado al poder visitarla, pero tendrás que recordar que visitarla es muy parecido a asistir a un magnífico funeral masivo. Así que síguela la corriente a Adán en esto, ¿de acuerdo?

—Estoy aquí porque me habéis pedido que venga, de modo que no os enojéis si pregunto en voz alta qué está sucediendo.

—Paul —me advirtió Caroline.

Sobre la vertiente oscura y fértil a nuestra izquierda se extendían las terrazas de una de las plantaciones de café de la Austin-Antilles Corporation. Los matorrales, regularmente espaciados —la mayoría de ellos de más de diez metros de altura—, se cernían sobre nosotros como fragantes géiseres de color esmeralda. Sus blancas flores se agitaban en la brisa, lo mismo que sus racimos de cerezas carmesíes, listos para la cosecha, al menos en este punto. Café, café por todas partes, pero ni una sola taza para tomar. Me di cuenta entonces de que, para el desayuno, Ruth-Claire había preparado una tetera, mientras que Erzulie había preferido el ron. Yo necesitaba una taza de café. Necesitaba algo.

—Papá Doc, el primer Duvalier —dijo Ruth-Claire—, se vestía a veces con sombrero de copa, gafas con montura de Carey y levita. «Soy la revolución y la bandera», le gustaba decir. Bien, también le gustaba presentarse como un campeón de la religión popular, el *vaudun*, que ellos continuaban practicando junto con el catolicismo romano. Duvalier explotó ese dualismo no ortodoxo. En los periódicos de Port-au-Prince se declaró a sí mismo como el líder elegido de Cristo, y adoptó la costumbre de aparecer en el estrado de pasar revista disfrazado de barón Samedi. Quería que su identificación con Haití fuera total. Deseaba contar con el respeto, el amor y el temor de todos los haitianos, intelectuales y campesinos por igual.

— Con su temor, desde luego —dijo Adán.

—Así que ahora te vistes como el barón Samedi —dije—. Imitas a Papá Doc, de quien se afirma que fue un megalómano paranoide. Perdóname si veo esto como una sucia y pequeña impostura.

Adán se volvió para mirarme.

—El barón Samedi, o sábado, estaba aquí mucho antes de que llegara Duvalier. También los habilinos, *les nains noirs*** de la propiedad original de Rutherford. Yo no imito al paranoide Papá Doc, sino que honro la tradición religiosa haitiana.

—¿No sería mejor emplear la palabra «superstición»?

—*Pa conay* —dijo Adán, empleando la expresión créole para «no sé»—. Si algo funciona bien, ¿lo llamas superstición?

Eso hizo que me callara. Si el hecho de arrojar sal sobre el hombro izquierdo neutraliza la mala suerte por haberla derramado, ¿se puede decir que ese acto preventivo sea supersticioso? En ese momento no tenía ni la menor idea. Miré a la mujer habilina, a Erzulie. Quizá ella lo supiera. Ella me miró desde debajo del turbante y del risco óseo de sus cejas. Un brillo coqueto apareció en sus ojos, que reflejaban el mar situado a nuestra derecha. Luego, el

**les nains noirs*: los enanos negros, en francés. (Nota del revisor)

pequeño recipiente de Tupperware me dio contra el pecho y me di cuenta de que me ofrecía un pellizco de *rapadou*. Aquella materia morena y grumosa me producía repulsión. Volví la cabeza hacia otro lado.

El camino empezó a ascender y poco a poco se desvió hacia el interior de la isla. Caroline y Ruth-Claire charlaban, pero Adán, Erzulie y yo nos manteníamos en nuestros puestos como rehenes con las bocas amordazadas. Después de otros veinte minutos de trayecto, Ruth-Claire introdujo el jeep por un camino lateral, compuesto en su mayor parte por canales erosionados cubiertos de grava, y por encima del cual se extendía el follaje. Terminaba a unos ciento veinte metros del camino principal.

—Ya hemos llegado —dijo, al tiempo que detenía el vehículo; todos bajamos como peregrinos que nos dispusiéramos a recorrer un camino oculto que conduce al misterio.

Desde el camino principal nadie podría vernos. De hecho, intentaba comprender cómo había podido detectar Ruth-Claire la desviación. El suelo pedregoso estaba cubierto de enredaderas, y extrañas lianas peludas colgaban de los árboles —de caoba, por lo que pude juzgar—, formando complicados bucles y ondulaciones. Las plantaciones de café de la Austin-Antilles se encontraban a nuestras espaldas, lo bastante lejos hacia el sur como para confirmar nuestro aislamiento y alejamiento. Una sensación de claustrofóbica incertidumbre me aceleró el pulso y abrió mis glándulas sudoríparas.

Erzulie se introdujo descalza por entre el muro de follaje sin mayor ceremonia, pero Adán la llamó. Tuvimos que descargar y colocarnos a la espalda las mochilas, que contenían mercancías enlatadas, utensilios de cocina, botellas de agua, ropa de cama, ropa limpia y todo nuestro equipo de grabación y filmación.

Ruth-Claire había traído incluso algunos materiales artísticos para los habilinos. No pude echárselo en cara, puesto que no eran precisamente receptores de las entregas de *Federal Express* o de *United Parcel Service*. Todos llevamos mochila, excepto Erzulie. Adán, con la mochila puesta, el sombrero de copa formando un airoso ángulo y el bastón de caminante que le superaba en altura, me recordó menos a un espíritu vudú que a un deshollinador victoriano. ¿Hacia qué recovecos cubiertos de hollín tenía la intención de conducirnos?

En realidad, fue Erzulie la que indicó el camino a seguir. Debido a mis pies hinchados, más que a elección propia, cerré la marcha. Como consecuencia de ello, no llegaba a ver a la habilina, que siempre caminaba a unos diez o quince metros por delante de mí. Para impedir que me distanciara o quedara abandonado, Caroline tuvo que retrasarse bastante por detrás de Ruth-Claire y Adán, y ocasionalmente indicaba a los demás que se detuvieran. Yo había creído que me encontraba en mejor forma; descubrir la verdad sobre mi estado físico fue para mí una nueva fuente de resentimiento y mortificación.

Empecé a pensar que Caroline y los demás se habían hecho el propósito deliberado de humillarme, no sólo con esta caminata tan fatigante, sino incluso aquella misma mañana, en la casa de la playa. ¿Cuántas bromas habrían gastado a mi costa? ¿Cuántas risas habrían derivado de mi estúpida especulación ante la presencia de Erzulie en el porche? ¿Era posible que los tres, Adán, Ruth-Claire y Caroline, hubieran constituido un clandestino *ménage a trois***?

—Paul, estás más rojo que una remolacha —me dijo Caroline.

Vertió algo de agua en su pañuelo y empezó a humedecerme la frente y las sienes. Por un momento la dejé hacer; estaba demasiado cansado como para resistirme.

Ruth-Claire y Adán retrocedieron por el sendero para ver qué sucedía. Sus rostros tenían contorno, pero no definición: eran como borrones amorfos contra el revoltijo de fondo de color esmeralda y turquesa. Uno de ellos me preguntó si deseaba tumbarme, con la cabeza apoyada contra un saco de dormir.

—Me echaréis grillos encima —dije—. Grillos y culebras rojas y un balde lleno de

**ménage a trois*: arreglo tripartito, en francés. Suele usarse en referencia a actos sexuales en los que intervienen tres personas. (Nota del revisor)

suciedad.

—Está fuera de sí —dijo Ruth-Claire—. Dejadlo que se tumbe un rato.

Arrebaté el pañuelo húmedo de la mano de Caroline y lo arrojé contra un árbol cercano.

—¡Zorra! ¡Dos veces zorra!

—Sólo intenta enfriarte un poco —me reconvino Ruth-Claire—. Te has acalorado demasiado. No es culpa tuya, sino nuestra: no te hemos dado tiempo para que te aclimates. Son demasiadas cosas y demasiado pronto.

—Yo soy Adán y tú eres Eva —le dije—. ¿Quiénes son estos dos? Nunca los había visto antes.

—Tumbate, Paul. Estás delirando.

—Estoy encantado. Exquisitamente bien. Magnífico.

Caroline —cuyo nombre no podía recordar en ese momento— se alejó de mí, y un enano con vestido azul y turbante blanco surgió de entre el bosque para mirarme las aleteantes narices desde abajo. Una cacatúa gritó, o un vaso sanguíneo de mi sien empezó a sisear; moví las manos hacia la enana de la camisa, apartándola de mi camino, y me senté cerca del árbol.

Respiraba con dificultad, y me sentía encolerizado. Mi nueva esposa había desaparecido y mi antigua esposa se arrodillaba delante de mí. A su lado se acuclillaba un deshollinador que intentaba desabotonarme el cuello. ¿Necesitaría acaso limpiar mi chimenea? Sus dedos no hacían más que lastimarme. Aparté la mano a un lado de un manotazo; sin embargo, en cuanto lo hice, una extraña tapa se extendió sobre el cielo y apagó el sonido y el color por igual. Durante todo este amplio eclipse mis sienes palpitaban con fuerza, como si el cerebro se esforzara por respirar en medio de una oscuridad sofocante.

Luego, una voz femenina dijo: «El bastardo todavía está enamorado de ti». Aunque la voz me resultó familiar, no pude reconocerla. Es posible que ni siquiera la escuchara. Quizá, simplemente, la había imaginado...

Al despertar, me encontré sentado en el mismo lugar. La luz que salpicaba el suelo del bosque indicaba que mi delirio había durado dos o tres horas; el mediodía había llegado y había pasado. Erzulie estaba agachada a mi lado con un termo lleno de zumo de naranja. El hecho de verla a ella, y a nadie más, me hizo sentir pánico.

Mi esposa, mi ex esposa y el marido de mi ex esposa se habían largado. Me habían dejado a solas, en un oscuro claro del bosque, con una arrugada homínida cuyo nombre, Erzulie, también era el de una destacada divinidad vudú de la religión haitiana. Erzulie Preda, un entrelazamiento imaginativo del eterno femenino y la virgen María. ¿Por qué me miraba tan fijamente esta extraña enana, como si yo hubiera alterado de algún modo el equilibrio entre la divinidad y el mundo material?

—Bwah —dijo ella—. Bwah.

Eso era francés macarrónico, ¿no? *Bois*. ¿No significaba eso «bosque»? Bueno, había un bosque alrededor de nosotros, con gran cantidad de árboles, matojos y enredaderas. ¿Qué otra cosa podía ser más evidente? Pero entonces Erzulie llevó de nuevo la tapa del termo hacia mi labio inferior. Me di cuenta de que me ordenaba beber y sorbí con avidez el zumo de naranja, agradecido por su fría dulzura y por el breve alivio de mi pánico.

Entonces volví a sentir el pánico. Estaba lúcido, refrescado y muy asustado. Aparté la tapa del termo y me enderecé, apoyado contra el tronco del árbol. Grité el nombre de Caroline. Lo grité dos o tres veces. Luego, empecé a llamar a gritos a Ruth-Claire y Adán. Erzulie sonrió con una mueca, me dio la espalda, se sentó en el saliente de una roca y se abrazó las rodillas con sus brazos delgados y peludos.

—Estoy aquí —dijo Caroline, que se deslizó por una pendiente mohosa, cerca de la roca

donde estaba sentada Erzulie—. ¿Te encuentras bien?

Me abrazó.

—No lo sé. Podría haber muerto. Me habéis abandonado.

Caroline me explicó que en ningún momento se había alejado más de quince o veinte metros de mí, que Erzulie había permanecido voluntariamente a mi lado para humedecerme la frente con improvisadas compresas, y que sólo nos encontrábamos a unos diez minutos del poblado de los habilinos.

Ruth-Claire y Adán habían regresado dos o tres veces para comprobar mi estado. Si cualquiera de ellos hubiera creído que estaba en verdadero peligro, me habrían colocado sobre una litera en el jeep y me habrían llevado directamente al hospital de Rutherford's Port. No obstante, la fiebre había disminuido a partir del momento en que me aplicaron la segunda compresa, y a Adán le había parecido que una o dos horas de sueño —aunque fuera de carácter espasmódico e inducido por el delirio— restaurarían probablemente mi equilibrio físico y emocional. Caroline me tocó y observó que mi frente aún estaba fría, pero que ahora tenía mucho mejor aspecto. Adán había tenido razón.

Estas explicaciones no lograron aplacarme del todo. Quizá el descanso hubiera restaurado mi equilibrio físico, pero me sentía como una piltrafa emocionalmente. En apenas dos días había acumulado más motivos de queja contra Caroline que en los cinco meses anteriores de nuestro matrimonio. Nuestras «vacaciones» de trabajo se iban al infierno en una mochila de lona. Yo era objeto de un grosero descuido y de una verdadera y odiosa conspiración de exclusión sexual. Así se lo dije, aunque utilicé un lenguaje algo más contundente. Ella se me quedó mirando, atónita.

—Estás bromeando.

—Yo sé lo que sé, Caroline. Y siento lo que siento.

—Paul, tú podrías gobernar este país; eres tan paranoide como el primer Duvalier.

Me di cuenta de que ella libraba una feroz batalla interna por impedir que su compostura se desmoronara hecha ruinas.

—Quizá no debiéramos haberte dejado sentado aquí, viejito. Has tenido unos extraños sueños producidos por la fiebre, y aunque ahora vuelves a estar despierto, todavía te encuentras bajo la influencia de los daños que ha sufrido tu cerebro.

—¿Viejito?

—Mira, si yo puedo perdonarte lo que revelaste mientras delirabas, si puedo ser lo bastante generosa como para hacer eso..., aunque me ha dolido tremendamente el descubrirlo, bien, viejito, puedes tener la decencia de olvidar todas las tonterías que hayas podido soñar mientras has estado sentado bajo este maldito árbol...

Y luego, con los puños apretados a la altura de los hombros, empezó a llorar. El estómago me dio un vuelco.

—¿Algo que he revelado inadvertidamente?

—¡Todavía estás enamorado de Ruth-Claire, payaso descerebrado! La has llamado Eva y te has nombrado a ti mismo como Adán. A mí me has llamado dos veces zorra. Luego, dijiste no saber quién era yo. Y tampoco Adán. En el pequeño paraíso insular de tu subconsciente sólo estáis tú y Ruth-Claire, en un mundo sin final, amén. ¿Crees que descubrir algo así no hace daño? Tengo las entrañas alteradas, estoy hecha un manojo de nervios, y ahora resulta que, ironía de ironías, yo soy la pérfida desde tu punto de vista paranoide. ¡Yo, y no tú!

—Caroline...

—¿Por qué no cierras la boca de una vez? Cada vez que la abres metes la pata más a fondo. Si fueras un ciempiés, ya te habrías hundido hasta encontrar la muerte.

—Eso no está mal, muchacha —dije, al tiempo que se me escapaba una triste risita.

—Yo no estoy mal. No hay en mí nada que esté mal. Soy tan condenadamente santurrón, que hasta puedo seguir viviendo con un patán egoísta que sigue enamorado de una mujer felizmente casada con otro.

Erzulie, cuya presencia había olvidado por completo, efectuó un feo ruido seco y escupió sobre las hojas, junto a la base plana de la roca sobre la que se sentaba. Luego se puso activamente en pie y desapareció tras la barricada de follaje, caminando colina arriba. Caroline se limpió los ojos con la manga de su camisa azul de trabajo.

—No sabía lo que decía... —empecé a excusarme.

—Lo sabías muy bien cuando dijiste que te había descuidado. Y, por el amor de Dios, también cuando me acusaste de ser una perversa con Adán y Ruth-Claire.

—Me refería a cuando dije que yo era Adán y Ruth-Claire Eva. Un hombre no es responsable de toda la mierda que pueda haber en su subconsciente, Caroline. Amé a Ruth-Claire durante mucho tiempo, vivimos juntos diez años. Todavía estaba enamorado de ella cuando nos divorciamos. Jamás podré erradicar por completo esos sentimientos. En realidad, tampoco creo que tú desearas que lo hiciera así, siempre y cuando te des cuenta de que aquí y ahora sólo existes tú, Caroline. Mis celos, mi injusto resentimiento..., no hacen sino demostrarlo.

—Vaya, eso sí que es reconfortante, enormemente reconfortante...

Pero, dejando de lado su sarcasmo, Caroline parecía al menos calmada por mis palabras. Descubrí que la creencia de ser víctima de una conspiración se había alejado de mi mente.

—Caroline, lo siento.

Ella me dirigió una sonrisa de mala gana y pasó su brazo a través del mío.

—Vamos, burro. Caminemos hasta Prix-des-Yeux.

—¿Prix-des-Yeux?

—El poblado habilino. Estamos cerca de allí. Ruth-Claire y Adán nos esperan, y supongo que los habilinos también.

Prix-des-Yeux significa precio de los ojos, o premio de los ojos. En la jerga especial del vaudun, el término refleja un estado de clarividencia mística que sólo alcanzan aquellos que han practicado el nivel más elevado de la fe. Así pues, cogidos del brazo, Caroline y yo ascendimos hacia el lugar, aunque ninguno de los dos creía en ello.

Ruth-Claire, Adán y los habilinos no eran los únicos que nos esperaban cuando llegamos, diez minutos más tarde. En el poblado oculto, situado a unos cien metros hacia lo alto de la montaña, también estaba Brian Nollinger.

En otro tiempo antropólogo en Emory y antiguo novio de Caroline, esta inesperada aparición estaba sentada sobre un tronco de palo de rosa, cerca del basto peristilo del *houngfor* del poblado, o templo vudú. Generalmente, un templo vudú consiste en una estancia con techo de paja y paredes que se elevan las dos terceras partes de la altura hasta el techo, cubierto con palmas. Colgados de cuerdas, por debajo del techo se veía un montón ecléctico de objetos sagrados, entre los que se incluían botellas de colores, calabazas secas, chucherías de hojalata, y hechizos de caoba esculpidos a mano.

En cuanto salimos al accidentado claro que abarcaba Prix-des-Yeux, Brian se levantó, haciendo girar en las manos el sombrero de ala ancha como si fuera un volante. Miré a Caroline. Ella me miró a mí. Que Dios me confunda por ser tan estúpido, pero lo cierto es que el primer pensamiento que acudió a mi mente fue el de una infidelidad premeditada.

—Hola —dijo el intruso.

Llevaba pantalones cortos, botas de caminante, calcetines que le llegaban a media pantorrilla y una camisa de color caqui con hombreras y tres o cuatro bolsillos. El sombrero

seguía girando entre sus manos.

—Dios santo, Brian —exclamó Caroline—. ¿Qué haces tú aquí?

—Eso es lo mismo que te iba a preguntar yo —le dije a Caroline— acerca de su presencia. Por favor, no trates de fingir que no sabías que estaba aquí.

—Pero, yo no sabía...

—Esto es insultante, Caroline. Por lo visto debes creer que soy un idiota.

Ruth-Claire, que escuchó este intercambio de palabras, salió del *houngfor* situado frente al lugar donde se había sentado Brian. Al salir de este peristilo de pobre aspecto, Ruth-Claire cruzó el pequeño claro y se dirigió hacia donde nos habíamos detenido Caroline y yo.

—Ella no sabía que él estuviera aquí, Paul. Ha llegado hace apenas quince minutos. Nos siguió desde la casa de la playa.

Receloso, Brian se nos acercó. Se detuvo a poco más de un metro de distancia por detrás de Ruth-Claire, como si temiera que yo pudiera saltar sobre él para romperle las costillas. Había vuelto a dejarse crecer el hirsuto bigote a lo Fu Manchú que se había afeitado antes de aparecer por Abraxas durante la primera exposición formal de la obra de Adán, pero su territorio había empezado a ser ocupado por una barba de dos o tres días. En tres o cuatro días más la barba cubriría la mayor parte de la mandíbula inferior, y el bigote a lo Fu Manchú apenas si se destacaría de entre el resto de pelos nuevos. El sombrero, del tipo que se habría puesto un famoso cazador africano, seguía girando entre sus manos: me recordaba al conductor de un autobús que trataba de hacer salir su vehículo de un aparcamiento abarrotado.

—Eso es cierto —dijo él—. Tengo una pequeña moto francesa, que no hace mucho ruido y es bastante económica. He vigilado la casa de la playa desde que Blair llegó a Montaraz. Ayer, cuando se marchó, temí por un momento que Adán hubiera abandonado sus planes de volver a subir aquí. ¿Por qué estarían interesados el propietario de un restaurante o una socióloga de vacaciones en visitar la antigua propiedad Rutherford?

»Pero decidí permanecer vigilante durante la noche, y esta mañana, ¡pop!, una mujer habilina apareció en la casa y los cinco subisteis al jeep y vinisteis aquí. Por una vez, he conseguido encontrar la maldita desviación. Las tres o cuatro veces anteriores que intenté seguirles lograron despistarme. Era esa desviación la que me desconcertaba. Pero en esta ocasión logré detectar las huellas. No se ve más que una rueda en el follaje del camino.

—Sabíamos que estaba usted en Montaraz —dijo Ruth-Claire—. Pero pensamos que trabajaba en las plantaciones de café, por detrás de Rutherford's Port, para la Austin-Antilles.

—Y así es, señora Montaraz. ¿Cómo cree si no que pude comprar una moto con los precios de importación que se pagan aquí?

—Se supone que estabas en República Dominicana —dijo Caroline—. Supuestamente realizabas allí trabajos demográficos sobre los cortadores de caña. Con objeto de aceptar ese espléndido puesto de trabajo te marchaste de Atlanta sin despedirte siquiera.

Cristo, pensé: Caroline parece dispuesta a limpiar hoy todas sus copas psíquicas...

—Caroline, te escribí para explicarte por qué no me había despedido, y verdaderamente efectué trabajos demográficos en la República Dominicana. Pero acepté esa tarea sólo por dos razones: abandonar una situación intolerable en Emory, y situarme lo bastante cerca de Haití como para poder realizar una investigación independiente sobre los habilinos de Rutherford. En cuanto pude, me las arreglé para conseguir que me transfirieran desde el ingenio azucarero de la Austin-Antilles hasta las plantaciones de café aquí, en Montaraz.

—¿Para hacer qué? —preguntó Caroline—. ¿Vas a instalar relojes marcadores para los campesinos?

—Superviso la construcción de plataformas de hormigón para el secado, Caroline. Las han tenido desde los años treinta en Haití, pero los trabajadores de Montaraz se han resistido siempre a efectuar el proceso de lavado y secado. La Austin-Antilles temía presionarles

demasiado porque eso provocaría huelgas. Hace unos tres meses puse en marcha un programa educativo con ayuda de la Fundación Panamericana de Desarrollo; la construcción de la primera plataforma se empezó hace un mes.

—¿Construcción de plataformas? ¿Qué tiene eso de demográfico, Brian? ¿En qué aspecto interviene tu formación antropológica? ¿Qué tiene eso que ver con la ayuda a los propios trabajadores?

—Quizá no mucho, es cierto, pero hizo que me transfirieran aquí. Es un trabajo valioso económicamente, Caroline. Beneficia a la compañía. Pero mi principal motivación durante todo este tiempo ha sido encontrar al pueblo de Adán. Desde el mes de marzo he recorrido la isla una docena de veces, utilizando mi trabajo como cobertura, y cuando los Montaraz se instalaron aquí, bueno, sabía que sólo era cuestión de tiempo que lo descubriera. Entonces llegó Blair. Y luego, como la guinda sobre el pastel, tú misma y...

Me señaló con un gesto.

—El esposo de Caroline —le dije.

—¿Como la guinda sobre el pastel? —se burló Caroline—. ¿Sólo porque finalmente lograste lo que querías, es decir, un acceso no autorizado a los habilinos?

—Gracias a ustedes no me fue difícil seguirlos hasta aquí, si es eso a lo que te refieres. El señor Loyd era tan lento que tuve que sentarme a cada par de minutos para no tropezarme con él. Finalmente se desvaneció, y estuvo ausente durante un par de horas —se puso el sombrero y se ajustó el barbijo; luego se metió las manos en los bolsillos de los pantalones cortos—. Me alegro de que esté usted bien, señor Loyd. Permanecí cerca durante largo rato, tratando de imaginar qué sucedía, pero cuando Caroline se acercó y los dos empezaron a discutir, bueno, no me pareció justo quedarme allí sentado a escuchar, así que me alejé dando un gran círculo a su alrededor, y llegué aquí, al poblado habilino.

—Prix-des-Yeux —le corrigió Ruth-Claire—. ¿Y cree que seguir a la gente sin que ésta se dé cuenta es menos despreciable que escuchar a hurtadillas lo que dicen?

—¿Señora?

—¿Por qué no vino a nuestra casa, llamó a la puerta y nos pidió que lo trajéramos aquí? Seguro que no se le ocurrió pensar en eso.

—Estaba seguro de que usted no querría ni verme, señora Montaraz. Un día se ocultó de mí en el mercado... —sacudió la cabeza—. No, no lo niegue. No se disculpe. Simplemente, dígame: si yo hubiera hecho eso, si hubiera acudido a ustedes para pedirles que me trajeran aquí, ¿lo habrían hecho?

—Desde luego que no —contestó Ruth-Claire.

Brian Nollinger se encogió de hombros. Bueno, daba a entender su encogimiento, en ese caso no tuvo otra alternativa. Miró hacia atrás, como para comprobar que no hubiera nadie a su espalda a punto de dejarlo sin sentido con un garrote de mono.

Yo también miré a mi alrededor. A cada lado del *houngfor* había sendas cabañas achaparradas, hechas de cartones, madera contrachapada, trozos de metal, techo de palmas y bloques rotos de ceniza prensada. Eran viviendas que podrían haber sido transportadas hasta aquí desde el barrio pobre de chabolas de Rutherford's Port, excepto por el hecho de que quien las hubiera construido había evitado el uso del cristal o la hojalata, y había llevado cuidado de no emplear trozos de metal en los techos. Adiviné por qué: los habilinos no deseaban que su poblado fuera localizable desde pequeños aviones o helicópteros. En consecuencia, Prix-des-Yeux mostraba una monotonía terrenal y una techumbre natural de color verde que ocultaba la mayor parte de la zona a la detección aérea.

—Bien, ahora que ya está aquí, ¿qué se propone hacer? —le preguntó Ruth-Claire al intruso.

—Estudiar a los habilinos, naturalmente. ¿Qué otra cosa si no? Con vuestro permiso,

quisiera efectuar aquí trabajos de investigación de campo.

—¿Con nuestro permiso? Ha hecho hasta lo imposible para no pedírnoslo, señor.

—Pero ahora que estoy aquí, ahora que sé dónde tienen su hogar los restos de los esclavos de Rutherford, estoy seguro de que me permitirán continuar. Soy un admirador de Adán. Simpatizo con el deseo de estas gentes de vivir el resto de sus días como una comunidad autónoma. La mayor parte de mi trabajo se ha desarrollado en el campo de la etología de los primates, es cierto, pero no es un historial totalmente inapropiado para emprender una investigación como ésta. Soy muy metódico, y un buen organizador. Soy capaz de conseguir casi cualquier cosa que me proponga, siempre y cuando se me ofrezca una mínima oportunidad. Así lo demuestra el hecho de haber supervisado la construcción de las plataformas de secado del café para la Austin-Antilles. Además, soy capaz de...

—Brian, muchacho, ya tiene usted un trabajo —le interrumpí—. ¿Por qué no saltarse ese resume autocomplaciente?

—Lo que a usted le falta —le dijo Ruth-Claire, enojada— es discreción, y una básica consideración para con los sentimientos de los demás. Para usted, estas personas... —hizo un gesto hacia el templo y las cercanas cabañas, un poblado privado de habitantes visibles—, bueno, no son más que «materia de estudio». Del mismo modo que yo no soy más que un obstáculo para la investigación, y Adán únicamente un medio para su propio progreso personal.

—Señora Montaraz, eso no es justo. ¿Recuerda aquella ocasión en que acudí a la galería de arte para disculparme? El señor Loyd me hizo salir de allí, pero mis intenciones eran completamente sinceras.

—Estoy segura de que eso es cierto —le dijo Caroline a Ruth-Claire.

—¡Caroline! —exclamé.

Brian se apresuró a añadir:

—¿Pueden acusar a un antropólogo por obsesionarse con la historia personal de Adán? Es muy posible, señora Montaraz, que el secreto del origen de la especie humana se encuentre en estos habilitos perseguidos.

Ruth-Claire se metió las manos en los bolsillos de los vaqueros y se separó varios pasos de nuestra mutua némesis.

—Suponga que realiza aquí su precioso «trabajo de campo» —dijo—. Suponga que Adán le da carta blanca. ¿Qué ocurrirá después?

—¿Qué quiere decir, señora?

—¿Qué hará con los resultados de su investigación?

—Publicarlos, naturalmente. Eso es esencial.

—¿Para quién?

—Para Brian Nollinger —intervine—. Tendrá en un puño a toda la comunidad paleoantropológica, sin exceptuar siquiera a su fastidioso A. P. Blair.

—Y en ese proceso destruirá los restos de Rutherford —predijo Ruth-Claire—. Fue casi un milagro que logran superar a la primera avalancha de cazadores de fortuna del ámbito científico. Al igual que hicieron sus antepasados en Zarakal, tuvieron que meterse literalmente bajo tierra para sobrevivir a ese descorazonador asedio. Montaraz es una isla pequeña, pero les salvó su habilidad y astucia para permanecer ocultos durante largo tiempo. La publicación de una narración sobre su cultura significaría su extinción. Esto no es ningún alarmismo melodramático, señor Nollinger, sino una valoración realista de las consecuencias más probables de la curiosidad y la avidez humanas.

—Incluida la suya —le dije al ex novio de mi esposa.

Caroline cruzó los brazos sobre el pecho y sacudió la cabeza.

—Paul, ¿por qué no te callas? Ruth-Claire se encarga de manejar esto.

—¿Y si yo me negara a develar el lugar donde se encuentra este... poblado? —contrarrestó Brian—. Es casi imposible encontrarlo si no se tiene un conocimiento previo. La prueba está en que a pesar de que miles de personas han sospechado la existencia del lugar donde se ocultaban los habilinos, nadie pudo encontrarlos.

—Hasta hoy —dijo Ruth-Claire—. Y en este caso, la excepción no demuestra la regla, sino que sabotea toda su argumentación.

—Ustedes fueron muy descuidados, señora Montaraz. Dejaron que la mujer habilina visitara su casa, y luego la hicieron subir al jeep con sus dos invitados extranjeros. Se marcharon como si se dispusieran a ir de picnic durante tres o cuatro días. Ni siquiera se preocuparon por comprobar que nadie les siguiera. Y una vez que continuaron el camino a pie, permitieron que el señor Loyd y Caroline se retrasaran continuamente como escolares en una excursión. Sin esa clase de descuidos, yo no estaría aquí ahora. Lo cierto es que no tienen que ser tan descuidados; pueden hacer las cosas de un modo diferente. Pueden asegurarse en cuanto al total anonimato de este lugar, y pueden seguir haciéndolo del mismo modo incluso después de que yo haya publicado mi monografía.

Ruth-Claire levantó la barbilla y le habló al cielo azul de Haití.

—Es una pena que yo no admita el asesinato. Podría dar por terminado este asunto metiéndole una bala en la cabeza, doctor Nollinger... —atravesó a su atormentador con una mirada fija y exasperada—. ¿Cree que alguien encontraría su cuerpo alguna vez, señor?

—Probablemente no —admitió él.

—Quizá sus huesos, dentro de dos millones de años. Pero sólo mediante una rara conjunción de habilidad y suerte. Sin embargo, el asesinato no se encuentra en mi comportamiento, maldita sea. ¿Porqué no se encuentra a un *tonton macoute* sediento de sangre cuando realmente se le necesita?

—¿Por qué no lo conversas con Adán? —sugirió Caroline—. Es posible que Brian sea la persona adecuada para efectuar un estudio etnográfico sobre los esclavos de Rutherford. Es decir, si alguien va a efectuar alguno. Yo garantizo su carácter.

—Y el papa podría garantizar el del coronel Gaddafi** —dije yo—. Aunque sería un idiota si lo hiciese.

Las dos mujeres me ignoraron enfáticamente. ¿Dónde estaba Erzulie? ¿Dónde estaban sus compañeros de Prix-des-Yeux? Y a propósito, ¿dónde estaba Adán?

Ruth-Claire nos condujo a través del claro hasta el *houngfor*. Entramos. En el interior encontramos a Adán, sentado en la base del *poleau mitán*; es el poste central de la parte del templo cubierta por el techo y denominada *tonnelle*. Según explicó Ruth-Claire, por este poste descendían tras el servicio los dioses del panteón vudú —conocidos individual y colectivamente como los *loa*—, procedentes de su morada espiritual en *Yagaza*, que se puede traducir ya sea como «África» o como «mundo inmaterial más allá de la muerte».

Pero Adán, que seguía ataviado con su vestido de barón Samedi, no estaba a solas en el *tonnelle*. Frente a él se encontraba Erzulie, al pie del poste espiritual, con las piernas cruzadas en la posición del loto y las manos aferradas a las de él, del mismo modo en que las parejas se sujetan mutuamente en los coches sobre raíles de la montaña rusa. Adán tenía los ojos cerrados, y cuando penetramos más en el interior del peristilo, caminando precavidamente por entre las vasijas y calabazas colgadas del techo, nos dimos cuenta de que Erzulie también mantenía los ojos cerrados. La arrugada habilina y su viajado nieto se comunicaban el uno con el otro por medio del trance. Sin embargo, lo que me perturbó más que su abstracción del momento presente fue el hecho de que hubiera una serpiente pitón de casi cuatro metros de largo, a modo de un nuevo vínculo entre ellos. Estaba enroscada alrededor del torso del

* Muammar al Gaddafi, militar libio, presidente del Consejo de la Revolución, instaló el socialismo en Libia en 1977 y su país fue bombardeado por EE. UU. en 1986 debido a su política beligerante. (Nota del revisor)

habilino, y efectuaba un bucle alrededor de los brazos de ambos para, tras rodear perezosamente la cintura de la mujer, descansar la cabeza, de aspecto plano y maligno, sobre lo alto del mugriento turbante.

—Dios mío —exclamó Caroline—. ¿Están bien?

—Están perfectamente —le aseguró Ruth-Claire—. Lo que sucede es que no vamos a poder hablar con ellos durante un rato.

—Pero la serpiente...

—No es venenosa, Caroline. No hay serpientes venenosas en Haití o en sus islas costeras.

—Es una variedad local de pitón llamada *couleuvre* —dijo Brian—. Los isleños las reverencian porque se comen las ratas. He estado en hogares, tanto en la República Dominicana como en Haití, donde ponen alimento para atraer a estos animales benditos: cuencos con leche, huevos frescos, pequeños platos de harina. Se tiene mucha suerte si se dispone de una *couleuvre*, Caroline —se rascó la cabeza, al tiempo que la miraba—. Bastante, ¿no te parece?

Incluso a la sombra, la pitón tenía un brillo bronceado y granate. Sus ojos centelleaban como berilos. Razonablemente, nadie podía discutir su belleza, pero hedía. El inconfundible hedor de la serpiente impregnaba todo el *tonnelle* como un gas ligero. Para evitar la náusea tuve que cubrirme la boca y la nariz, y volverme hacia un lado.

—¡Maldición! —exclamé—. ¿Cómo pueden soportarlo?

Ruth-Claire me miró con expresión comprensiva.

—A mí me pasó lo mismo al principio, pero te acostumbras, lo mismo que te aclimas a Montaraz.

—Pero... ¿qué están haciendo? —preguntó Caroline.

—Tenéis que mirarlos a los tres como una unidad simbiótica de los antiguos espíritus Arada-Dahomey: Papá Guedé, Erzulie y Damballa. Hay muchos otros *loa* en el panteón vudú, pero aquí en Montaraz, esos son los tres grandes. El símbolo personal de Damballa es la serpiente. Es el dios de la lluvia, guardián de los lagos y de las fuentes. Erzulie es la amante de Damballa. Adán dice que cuando se unen de esta forma establecen un conducto metafórico entre el pasado y el presente, África y el Nuevo Mundo, lo espiritual y lo material. La pitón es el flujo, la electricidad si queréis, necesario para transmitir la esencia de sus mensajes.

Yo volvía a estar de pie en la puerta del templo, apenas dentro de éste.

—Eso no me parece propio de Adán, Ruth-Claire. Más bien parece propio de una jerga supersticiosa.

—¿La esencia de qué mensajes? —preguntó Brian Nollinger—. ¿Qué clase de información se supone que se están comunicando?

—La clase de información que no se puede verbalizar —contestó Ruth-Claire.

—Eso es apropiado —dijo—. Erzulie no puede hablar mucho; probablemente, la serpiente tampoco es una gran oradora, y la elocuencia natural de Adán parece perderse cuando está entre los suyos.

—Oh, claro, «la clase de información que no se puede verbalizar» —dijo Caroline.

—¿Telepatía?

—Yo no lo llamaría telepatía, doctor Nollinger. Eso tiene un sabor paranormal satisfactorio, pero la mayor parte es inexacto —aclaró Ruth-Claire.

—¿Qué te parece brujería? —apunté—. Cuando se trata de sabores, la brujería es lo que forma el pastel. Dadme brujería en cualquier momento, por encima de la telepatía.

—Vuelves a burlarte —dijo Ruth-Claire—; pero la brujería, el término en sí mismo, implica un elemento de inexplicable interrelación espiritual que le falta a la telepatía. Si

quieres explicar lo que está sucediendo aquí, debes tener en cuenta ese elemento. Es algo religioso, Paul, y no claramente materialista.

—Empiezo a pensar que contigo y con Adán todo es religioso.

—Intenta decir «santo», o «sagrado». Eso suena mucho mejor.

Caroline avanzó a través del templo, evitando los vevés vagamente cabalísticos que se habían extendido sobre el suelo, junto con harina y arena de color, y se acuclilló detrás del poste central para mirar a Adán y Erzulie. La *couleuvre* aleteó la lengua hacia ella; Caroline se retiró tan rápidamente de la serpiente que tuvo que extender una mano tras ella para no caer sobre su trasero. Recuperada, desplazó su posición y continuó mirando fijamente a los habilinos.

—¿Puedes darnos una idea general de lo que «no están hablando»? —preguntó, mirando hacia nosotros.

—Realmente, es difícil decirlo —confesó Ruth-Claire—. Detalles de la vida de Adán sobre Montaraz antes de la cristalización del yo. Posiblemente, algún material sobre la historia habilina, tanto aquí como en las catacumbas de Lolitabu. Incluso es posible que retrocedan hasta el principio de las especies. De hecho, Adán afirma que así sucede. Erzulie lo hace retroceder hacia la tela no desenmarañada de su pueblo, sin desgarrarlo de la vida que ha creado conmigo. Él lo hace al menos una vez siempre que venimos aquí. En cierto modo, le envidio.

—¿Por qué? —preguntó Caroline.

—Porque de ese modo le resulta mucho más fácil olvidar lo que le sucedió a Paulie. Yo misma podría utilizar esa clase de ayuda.

—¿Tú no puedes hacer esto?

—Me temo que no. Además, no soy habilina.

—¿Se tiene que ser habilina? Habría creído que bastaba con ser lo bastante humana. Eso fue suficiente para que tú y Adán os casarais.

—Eso es una de las cosas tristes de esto —dijo Ruth-Claire—. Él es humano, pero yo..., bueno, yo no soy habilina. Supongo que es como la flecha del tiempo..., que sólo avanza en una dirección. Así pues, me siento temerosa y envidiosa.

—Si fuera usted una antropóloga —empezó a decir Brian—, podría...

—¿Podría..., qué?

—Tratar de efectuar una identificación profesional con los habilinos. Tomar parte en sus ceremonias. Traducir las imágenes no verbales que Adán y esta mujer intercambian en una historia impresionista de los orígenes humanos. Entonces comprendería lo que eso significa, e incluso comprendería por qué insisto en que me dejen intentarlo. Es muy posible que esto pudiera revolucionar todo el autoconcepto de nuestra especie, nuestras nociones más fundamentales acerca de quiénes y qué somos.

—Nunca se da por vencido, ¿verdad, Nollinger? —le dije.

En ese momento, Adán inclinó la cabeza hacia atrás y emitió un grito tan penetrante que los cuatro nos encogimos involuntariamente. Luego, los ojos de Adán se abrieron de golpe. También los de Erzulie. La *couleuvre* —el avatar vivo de Damballa en Montaraz— desenredó los nudos que la ataban alrededor de la cintura de Erzulie y el torso de Adán y se arrastró serenamente, alejándose de la pareja. Caroline tuvo que saltar a un lado para dejarla pasar.

La serpiente sabía exactamente hacia dónde se dirigía: a un tosco estrado de madera situado más allá del *poteau mitán*. Sobre ese estrado los habilinos habían dispuesto los tres juegos de tambores Arada-Dahomey que se tocaban tradicionalmente durante una ceremonia *vaudun*. La pitón, tomándose su tiempo, se agarró a la base de uno de los tambores *asotor* y elevó su imponente altura hasta lo alto del parche de cuero. Allí se balanceó como sobre un

fulcro, hasta que pudo salvar el espacio existente entre el tambor y uno de los postes que sostenían la pared exterior del *houngfor*. Desplazándose todavía con calma, la gran serpiente bronce y granate llegó a lo alto de la pared truncada y todo el templo se sacudió cuando su peso se desplazó desde el tambor hasta la endeble viga del peristilo. Yo salí al exterior para evitar que el *houngfor* se desmoronara sobre mi cabeza; sin embargo, Damballa no tardó en encontrar un lugar de descanso en la viga y el templo dejó de sacudirse.

Adán y Erzulie despertaron de su trance. Habían dejado de ser *loa*, y volvían a ser ellos mismos. Adán levantó a Erzulie y los dos —algo mareados— se volvieron hacia nosotros de mala gana, con una palpable apatía. La realidad del momento presente, por muy extraña que fuera, no podía competir con la viva intensidad de su posesión por los dioses haitianos. Las pupilas de Adán estaban muy dilatadas, como si se hubiera empapado de luz con la que iluminar las visiones de su trance. Avanzó uno o dos pasos tambaleantes hacia Ruth-Claire, antes de recuperar el equilibrio y el lugar en nuestro pequeño mundo.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Ruth-Claire, sosteniéndolo.

Él miraba fijamente a Brian Nollinger. En un instante, sus pupilas se contrajeron hasta alcanzar el tamaño de micropuntos. Pensé que algo en su interior deseaba estrujar al antropólogo hasta hacerlo desaparecer de su vista.

—Lo estaba —contestó con su voz gutural, apenas audible—. Lo estaba.

Los cinco permanecemos en Prix-des-Yeux durante tres días. A Brian Nollinger se le permitió quedarse porque nos había encontrado y probablemente tendría pocos problemas para volver a encontrarnos; también reiteró muy en serio su promesa de no divulgar el lugar donde se encontraba el poblado habilino, si Adán le permitía emprender un respetuoso estudio etnográfico de los restos de los esclavos de Rutherford. Adán dio su consentimiento, pero su falta de entusiasmo sugería que consideraba el ruego de Brian como una forma sutil de chantaje. Si no le hubiera dado ese consentimiento, el antropólogo podría haberse vengado regresando a Rutherford's Port y contando lo que sabía. En tal caso, al pueblo de Adán no le habría quedado otra alternativa que trasladarse a otro sitio. Desmontar el *houngfor* y las cabañas no habría representado un gran problema, pero en una isla tan pequeña como Montaraz sí habría sido un problema encontrar otro lugar tan bien camuflado para levantar un nuevo poblado. Así pues, Adán le dijo al chantajista que podía quedarse.

La decisión me irritó. La comprendía, pero no por ello dejó de irritarme. Tampoco me sentó nada bien que Caroline ofreciera a los Montaraz testimonios no solicitados en favor de Nollinger. ¿Qué tenía que ganar ella con la permanencia de su ex pareja entre nosotros? ¿Por qué valoraba tanto sus talentos como etnógrafo, los que todavía no habían sido demostrados? ¿Por qué le recordaba con tanto cariño si él había abandonado su relación anterior de una forma tan a la ligera?

Intenté descubrir las razones. El era más joven que yo. Su breve carrera en el Caribe, iniciada a partir de una especie de desesperación a lo Byron, le otorgaba un aire irresistiblemente romántico. O, la menos agradable de todas mis conjeturas, Caroline seguía enamorada de él. Se había casado conmigo de rebote, a pesar de una larga relación, y la brusca reaparición de Brian en su vida le habría parecido algo enviado por los dioses.

Inseguridad, paranoia y ausencia de caridad. Yo era el poseedor de todos esos atributos negativos. No podía dejar de pensar en lo que había dicho Ruth-Claire acerca de matar al mensajero. El escenario tropical surrealista de Prix-des-Yeux me había privado de mi perspectiva de adulto. Había vuelto a convertirme en un mozalbete; no tan tímido como cuando cumplí quince años, sino que más bien experimentaba una especie de ficción oblicua de fin de etapa sacada de Bulwer-Lytton y H. Rider Haggard, e intensificada por mis adolescentes inseguridades.

Y habré de hablar de los habilinos, cuya diminuta sociedad esperaba observar Brian, cuyo arte habíamos venido a ver mi esposa y yo desde Atlanta, y cuya supervivencia deseaban

asegurarse los Montaraz.

Bueno, la tarde de nuestra llegada conocimos a estos insólitos seres, uno a la vez, durante un período de aproximadamente dos horas. Ante el ruego de Adán, Erzulie abandonó Prix-des-Yeux, se perdió por entre la densa arboleda que se elevaba colina arriba, por encima de las cabañas, y regresó al cabo de veinte o treinta minutos acompañada por uno de sus compatriotas habilinos. Entonces, después de algunos saludos mutuamente extraños —de carácter pantomímico—, Erzulie acompañaba al recién llegado de regreso a la montaña para, a continuación, traer al siguiente.

Cada habilino se presentó ante nosotros con una vestidura similar a una toga, que no variaba lo más mínimo de una persona a otra en cuanto al estilo o el color. Con la llegada del tercer habilino comprendí que todos los parientes de Erzulie se ponían la misma toga. La existencia de una mancha ocre en el borde de la misma me permitió descubrir el juego. Aunque el lema «una misma talla para todos» no era estrictamente cierto (el más pequeño de los cuatro miembros tuvo que subirse el faldón de la toga y sostenerlo sobre un brazo), aparentaron lo contrario. Empecé a comprender que, probablemente, y en presencia de extraños, no llevaban ninguna ropa. De ahí todas aquellas presentaciones en serie.

El turbante en la cabeza de Erzulie y su camisa larga sólo venían dictados por su estatus actual como intermediaria, un papel que por lo visto representaba con frecuencia con los supersticiosos isleños de bastante más abajo de la montaña, los que vivían en la más estricta pobreza. Más vieja y mundana que la mayoría de sus compañeros desnudos, ella podía hacerse pasar por una sacerdotisa *mambo* o *vaudun* sordomuda. Quizá los haitianos sospecharan que se trataba de una habilina, pero considerarla como una bruja —en lugar de un demonio disimulado o una superviviente del mercado de esclavos de Sayyid Sald— les confería un cierto grado de seguridad en sus tratos con ella. Al fin y al cabo, se suponía que debía informarse a los *tontons macoutes* de la presencia de *cigouaves* y habilinos, y cuanto menos contacto se tuviera con aquellos tipos, tanto mejor. Cabía confiar mucho más en una bruja de un metro veinte de altura que en un policía de casi dos metros con gafas de sol de cristales reflectantes y un rifle Springfield.

En cualquier caso, Erzulie —que era tanto *mambo* como diosa— nos presentó a su gente.

El primero de los habilinos en saludarnos fue un viejo canoso, con una ancha aleta de carne por nariz y nebulosos ojos de ginebra. Era ciego. Adán nos dijo que se llamaba Héctor, pero yo estaba convencido de que los nombres de éste y los demás parientes se los había inventado como una forma de tranquilizarnos. A pesar de ser ciego, Héctor se orientaba con respecto a cada roca y arbusto florido como si pudiera ver. En un momento en que pasó entre nosotros una mariposa tropical, con iridiscentes dibujos moiré y ojos de pavo real en sus alas, Héctor movió la cabeza como si siguiera su vuelo. Ruth-Claire conjeturó que quizá una aguda sensibilidad para las corrientes de aire y los minúsculos cambios de temperatura le había permitido realizar esta pequeña hazaña.

Los tres restantes aparecieron uno tras otro, por turno. Entre ellos había un hombre de edad mediana, con un incongruente vientre hinchado que sobresalía de la tela de la toga; una mujer relativamente joven con una estructura pélvica deformada que la hacía caminar cojeando, sin que ello hiciera más lento su paso, y un joven adolescente cuya feroz desconfianza hacia nosotros se reveló en sus ojos relampagueantes y en la incontrolable tendencia de su labio superior a contraerse hacia arriba para mostrar los dientes. Adán llamó a los tres Tous-saint, Dégrasse y Alberoi, todos ellos nombres franceses. Pensé que en los tiempos anteriores a la entrega de la isla de Montaraz al presidente Nissage Saget por parte de Peter Martin Rutherford, la mayoría de los habilinos habrían tenido probablemente nombres ingleses o españoles, si es que habían tenido nombres. Sin embargo, eso ya no importaba ahora. Entre ellos debían de utilizar primitivas sílabas africano-orientales a modo de nombres guturales —sin equivalencias modernas—, o quizá se comunicaban exclusivamente por medio del tacto, el gesto, la expresión facial y los movimientos oculares. Como quiera que ninguno de estos habilinos de Prix-des-Yeux era capaz de hablar, no tuvimos forma de saberlo.

Según supimos, Tous-saint era el tío del joven Alberoi. El hermano de Tous-saint, el padre

del desconfiado Alberoi, había sido miembro de la misma tripulación del barco traficante de armas en el que había trabajado Adán a principios de 1980. Adán había sido testigo del asesinato del padre de Alberoi y de su propio hermano por parte de un criminal cubano (aquel a quien Caroline, por pura casualidad, había entrevistado más tarde en la penitenciaría federal de Atlanta).

En cuanto a Dégrasse, se había roto la pelvis al caer por un precipicio natural del sistema de cuevas que había por encima de Prix-des-Yeux, hasta una cámara situada muy por debajo. Estaba embarazada cuando eso sucedió. El niño murió, y ella misma estuvo a punto de morir. Los amigos se las arreglaron para sacarla hasta el nivel en el que ella y su esposo habían construido su hogar en las catacumbas, donde finalmente se había recuperado. Sin embargo, junto con su hijo había quedado destruida su capacidad para concebir. Como única mujer habilina superviviente en edad de procrear, sufría al saber (aunque quizá de una forma oscura y desenfocada, pero siempre presente) que la tenacidad de su especie se hallaba finalmente condenada a desaparecer, después de casi tres millones de años absurdamente abnegados. Posiblemente Alberoi sería el último de ellos en morir, pero Dégrasse había sido su única esperanza viable de continuidad.

Esa esperanza, sin embargo, había desaparecido por completo. Lo único que les quedaba era aparearse con las mujeres humanas. Irónicamente, Adán había sido el pionero en esa opción, con resultados que le habían convencido, tanto a él como a Ruth-Claire, de no volver a intentarlo. Héctor era viejo y ciego. Cabía la posibilidad de que Tous-saint y Alberoi buscaran algún día mujeres haitianas dispuestas, pero su temor al mundo de los humanos, sus pasadas experiencias con los *tontons macoutes*, los capataces de las plantaciones, los cazadores de fortuna y los revolucionarios marxistas, les aconsejaban no intentarlo siquiera. Los miembros de su pueblo eran víctimas universales. Hasta las gentes que deseaban protegerlos los ponían a menudo en peligro al hacer brillar sobre ellos la luz de una sincera preocupación. Adán, él mismo un habilino, había hecho precisamente eso, aunque de forma inadvertida. Así pues, no era nada probable que el ansioso Tous-saint o el feroz Alberoi se aventuraran a descender alguna vez de su poblado para cortejar a las hijas de los hombres, de ojos muy oscuros.

Le pregunté a Adán por qué razón había limitado nuestro primer contacto con su pueblo a esta breve serie de rígidos encuentros. Me explicó que lo había hecho así, simplemente, para darles la oportunidad de acostumbrarse a nuestra presencia. Eran recelosos y tímidos. Erzulie había tenido alguna experiencia con extraños, pero los otros habilinos eran totalmente cándidos. Tenían débiles estructuras del ego. Habían entrelazado sus vidas con las bellezas y terrores elementales y naturales de la propia isla, pero la humanidad actual les confundía por completo. Mañana, y al día siguiente, podríamos verlos más tiempo. Mientras tanto, debíamos dejarles meditar acerca de su primer encuentro con nosotros. En la oscuridad de las cuevas (comprendí, finalmente, que había cuevas en la parte más alta de la montaña), empezarían a entretejerse en las pautas psíquicas que los ataban a Montaraz y a su pasado familiar inmemorial. O eso, al menos, era lo que él esperaba.

Aquella noche encendimos velas en el *houngfor* y compartimos un tosco picnic cerca del poste central. Incluimos a Brian, que había traído su propia mochila e hizo nerviosas bromas sobre la posibilidad de que la *couleuvre* descendiera sobre nosotros. Más tarde, Brian empezó a plantear preguntas acerca de la visita que Blair había hecho a la casa de la playa, y Caroline cometió el error de hablarle de las cintas de la conversación del gran hombre con Adán. Puesto que habíamos traído con nosotros nuestro equipo de grabación, Brian insistió en escucharlas. Ruth-Claire y yo le dijimos a Caroline que sería una locura permitir que Brian escuchara una entrevista privilegiada, sobre todo antes de que se imprimiera en *Popular Anthropology*, pero Adán, que ya se había rendido una vez, no vio razón alguna para mantenerse firme en este punto. Además, él mismo deseaba escuchar esas cintas. ¿Qué otro entretenimiento podíamos tener aquí arriba, en Prix-des-Yeux?

Así pues, escuchamos las cintas. Nunca había visto a Brian tan concentrado. Como un hombre solitario que rezara ante un altar, se inclinó hacia adelante, en dirección a la parpadeante luz de la vela. Aunque rió en voz alta durante el intento de Blair por convencer a

Adán de que *homo zarakalensis* era una mejor designación de la especie que *homo habilis*, se mostró reverente y respetuoso durante las dos últimas terceras partes de la entrevista. Sólo cuando Adán afirmó ser «el último de mi tribu» enarcó Brian las cejas y dejó que su mirada recorriera el sombreado círculo de nuestros rostros. En cuanto a la parte final de la cinta —sobre el alma, el ego y Dios—, la escuchó embelesadamente, sin críticas o censuras.

—Buen material, Caroline... pero incompleto. Tendrías que hacer otra entrevista como esa, pero conmigo como tercer participante.

—No —dijo Adán, con toda claridad—. En absoluto.

Extendimos nuestros sacos de dormir en la *tonnelle*. La serpiente —que continuaba entre las vigas— hizo que me pusiera nervioso, pero Ruth-Claire me juró que sólo le interesaban los pequeños roedores, los huevos de ave y las ofrendas del *voudun*. No había necesidad de temer despertarse en su garganta. Dormimos.

Durante la noche, todos los demás habilinos excepto Héctor regresaron de las cuevas al poblado. Alberoi y Erzulie habitaban una de las cabañas, y Dégrasse y Tous-saint la otra. Los cuatro ya se habían levantado e iban de un lado a otro para cuando nos restregamos los ojos para alejar el sueño y levantamos nuestros cuerpos doloridos del suelo. Los hombres se habían puesto taparrabos, y Dégrasse era una visión de amarillo y marrón con una camisa larga de dibujos floreados que me recordaron el papel de pared de un jardín de infancia, como grupos de pequeños patos nadando a través de macizos de graciosos juncos. De ocultas despensas, los habilinos sacaron un pequeño caldero negro de habichuelas y arroz que ahora calentaban en el fuego, no lejos del *houngfor* del que nosotros salimos al percibir el aroma extrañamente agradable de este cocido. Alberoi agitaba el contenido del caldero, Erzulie repartía con cucharón en astillados platos de porcelana, y Dégrasse entregaba cucharas de metal, de aspecto barato, a los que esperaban ser alimentados. Sentado sobre un tronco junto al templo, Tous-saint ya comía ávidamente.

Después del desayuno, Brian declaró que ya era hora de que los habilinos celebraran elecciones libres.

—¿Para qué? —preguntó Ruth-Claire—. Cinco personas difícilmente necesitan un presidente.

—¡Para ver cómo quieren que se les llame! —contestó ilusionadamente el antropólogo—. Tal como señaló el propio Alistair Patrick Blair, hasta la comunidad científica se sentirá obligada a respetar lo que ellos decidan. Reúnalos para que podamos proponer alternativas a *homo habilis* y *homo zarakalensis*, y dejémosles luego que voten. Es su decisión, por derecho propio.

—Adán, esto es absurdo —dijo Ruth-Claire.

Sorprendentemente, Adán parecía participar del alocado espíritu matinal de Brian.

—Lo sé. Me gusta precisamente porque es absurdo. Me gusta porque hasta el doctor Nollinger reconoce la ridiculez egotista de la campaña de su eminente colega en favor de la denominación de *homo zarakalensis*.

—¿Tiene que ser un término latino? —pregunté yo.

—Pues claro que no —contestó Brian—. Los habilinos son los únicos arbitros. Puede ser cualquier cosa que ellos deseen.

Los habilinos estaban todos sentados en el tronco de palo de rosa, junto al *houngfor* del poblado. Un momento más tarde, cuando Héctor apareció en el claro, Adán lo acompañó hasta dejarlo instalado en un lugar del tronco, junto a Erzulie. Ahora, por fin, estaban presentes todos los miembros que quedaban de los descendientes de los esclavos de Rutherford. Brian —que habló alternativamente en inglés y en francés, en un esfuerzo por hacerse entender— les explicó el significado de la elección que iba a tener lugar esta mañana.

—Adán, no le dejes continuar con esta humillante estupidez —dijo Ruth-Claire—. Traicionas con ello a los de tu propia clase.

—Sólo si supones que Erzulie y los demás no son capaces de decidir cómo desean que se les llame. Yo confío más en ellos.

—Yo también —dijo Brian. Me miró y preguntó—. ¿Alguna sugerencia, señor Loyd?

—Bueno, no son más grandes que un grupo de cantantes. Podrían llamarse los «Manchas de tinta».

Brian se encargó de traducir para los habilinos.

—¿*Les taches de l'encre*?

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Ruth-Claire.

Sacudió los puños a la altura de los hombros y se alejó precipitadamente, para meterse en una de las cabañas y alejarse de lo que consideraba una estupidez baja y perniciosa.

—Eso hace que parezcas realmente anticuado —me dijo Caroline— Los «Manchas de tinta». Por el amor de Dios. No sabía que fueras tan viejo.

—¿Qué tal los «Cinco Jackson»? ¿Os parece mejor?

—La frivolidad de los nombres de grupos musicales me parece totalmente inapropiada —dijo Adán, sin la menor expresión.

—Entonces ¿qué os parecen los «Dodgers»? —sugerí—. ¿Los «Dodgers de Rutherford's Port»?

—¿La «Sociedad del anacronismo autoperpetuante»? —dijo Caroline.

—¿*Homo nollingeri*? —sugirió Brian.

—¿Los «Supervivientes»?

—¿Los «Amigos de la tierra»?

—¿«Adán Montaraz y los vagabundos del vudú»?

—¿«Viejos y jóvenes republicanos»?

—¡Ya basta! —explotó Adán—. Tengo una última proposición: *les gens*. Y ahora, exijo que se expongan las alternativas y se registre la votación.

Les gens (la gente), ganó por manos (es decir, por manos levantadas). Y no hubo acusaciones de fraude o introducción de papeletas falsas en la elección.

—No es nada particularmente original —dijo Brian, tras el recuento de votos—. Pero tiene, al menos, la fuerza de la tradición.

—Exactamente —dijo Adán—. Ahora, Ruth-Claire puede escribirle al doctor Blair para informarle de la decisión de mi pueblo.

Y entró en la cabaña para comunicarle a Ruthie aquella decisión. Un momento más tarde, los sonidos producidos por la discusión entre Ruth-Claire y Adán llegaron hasta los ocho que nos encontrábamos en el claro.

Estaba asustado. Aquello de explorar cuevas, aunque fuera en compañía de un guía experto, me suena como el equivalente físico de explorar la abundante oscuridad del *id**. No se tiene ni la menor idea de lo que se encontrará. Y no existe garantía alguna de que, una vez se haya enfrentado uno a esa oscuridad, se tendrá la fortaleza necesaria para superarla y resurgir como una persona más sana que cuando se metió uno en semejante embrollo. En realidad, ni siquiera existen garantías de que uno pueda salir bien librado de donde se ha metido.

—Vamos, Paul —dijo Caroline—. La Gente lo hace todo el tiempo. Héctor, que es ciego,

**Id*: en la teoría psicoanalítica freudiana, región del pensamiento donde se concentran los instintos primitivos: el hambre, el temor y el deseo. (Nota del revisor)

lo lleva haciendo desde hace años.

—Quizá le ayude el hecho de ser ciego.

Todavía vestido como barón Samedi, Adán nos condujo, alejándonos del *houngfor* y del poblado. Ascendimos a través de una densa carrera de obstáculos compuesta por matojos y pinos, hasta llegar a la franja de una terraza abierta. Esta terraza tendría unos diez o doce metros de anchura y terminaba abruptamente en un barranco que caía a pico, cubierto de árboles *pelo negro*. Este árbol toma su nombre de un puercoespín que se encuentra en Haití, pues el árbol también tiene una especie de pelaje en el tronco y las ramas bajas, que no son sino malignas espinas.

Ruth-Claire explicó que raras veces se encontraban tantos de estos árboles, y tan juntos en las grandes alturas, pero que este imponente lugar en el que nos encontrábamos era el resultado de plantaciones deliberadas emprendidas por los propios habilitinos para ocultar y proteger las bocas de las cuevas que se encontraban más arriba, en la montaña. Esa clase de setos habían sido declarados fuera de la ley como amenazas para la seguridad pública, desde que numerosos propietarios haitianos los utilizaban con frecuencia para proteger sus hogares y jardines, y tanto inocentes viandantes como supuestos ladrones habían sufrido a veces heridas punzantes, laceraciones, habían perdido ojos y hasta habían encontrado la muerte inesperadamente al correr hacia una falange de árboles de pelo negro.

—¿No llama la atención una barricada de esta clase? —preguntó Caroline, señalando con un gesto el muro de espinos.

—Sólo desde el aire —contestó Ruth-Claire—. Y en Montaraz, los únicos que utilizan helicópteros y aviones ligeros son los empleados de la Austin-Antilles. No sobrevuelan muy a menudo Pointe d'Inagua porque, de todos modos, ya se han asegurado para el cultivo del café los mejores terrenos. Resulta un tanto extraño ver un seto de árboles de pelo negro de esta altura, pero no tanto como para incitar el envío de una expedición. Sirve, simplemente, para mantener a raya a los turistas y a los buscadores de curiosidades.

Héctor estaba con nosotros. Miró fijamente hacia el muro vegetal, sin ver, y una expresión de orgullosa alegría apareció en su arrugado rostro. Caminaba sin ayuda de nadie, sin llevar ni siquiera un bastón para tantear el camino, y la seguridad con que lo hacía me extrañaba y hacía que me sintiera humilde al mismo tiempo. Sin embargo, ¿cómo iba a lograr pasar por entre esta barricada asesina? En realidad, ¿cómo íbamos a pasar nosotros?

Adán pareció leerme el pensamiento.

—Para Héctor y los demás, aventurarse por entre los árboles de pelo negro es como si el conejo Brier de las historias del señor Harris se lanzara a través de las zarzas. Vamos.

Adán y el anciano cruzaron la terraza y se dirigieron directamente hacia los árboles. El resto los seguimos, sin dejar de mirar a nuestro alrededor, temerosos de que pudiera aparecer en cualquier momento un ejército de *tontons macoutes* para asesinarlos a tiros.

Héctor nos indicó el camino a través de la barricada. Su clarividencia, su extraordinaria segunda visión, le permitió agacharse lateralmente por una abertura de ramas espinosas que nos canalizó inmediatamente hacia otro pasillo, en el que sólo se podía entrar efectuando un giro lateral del cuerpo. Cada vez que Héctor percibía o recordaba el siguiente brazo de espinas dispuesto para ensartarlo, su cabeza se ladeaba como un experto para evitarla. Así, avanzamos casi de puntillas tras él, imitando los mismos movimientos de la persona que iba delante de nosotros, confiados en que cada uno de esos movimientos fuera una réplica exacta del que Héctor había realizado de forma tan experta. Me sentía como una babosa erecta que tratara de impedir mi propia vivisección en un bosque de enmarañadas hojas de afeitar.

Finalmente conseguimos pasar. Sobre nosotros todavía se levantaba la cúspide de la montaña, cubierta de pinos y matorrales de madera dura, pero a nuestra derecha pudimos ver una cuña de reluciente azul —que era la bahía de Inagua— y una pacífica vela triangular en sus aguas, así como las rojas tejas de una villa solitaria que se levantaba cerca del mar. Me dejó atónito la claridad de estas imágenes, después de nuestra claustrofóbica caminata desde

el camino costero hasta Prix-des-Yeux y desde el poblado hasta este lugar panorámico.

—A ver si podéis encontrar la entrada de las cuevas —nos desafió Adán.

Nos tambaleamos a lo largo de un corte de terreno oscuro, entre los árboles de pelo negro y las formaciones de roca cubiertas de líquenes que se elevaban por encima de nosotros. Héctor y Adán permanecieron en el extremo opuesto del corte, a la espera de que pasáramos la prueba a que nos sometía. Empecé a cansarme de aquello y me volví hacia ellos.

—¿Durante cuánto tiempo se supone que debemos buscar? —pregunté.

Adán se encontraba a solas en el lugar donde antes estaba. Héctor había desaparecido. ¿Había caído por una trampa metafórica hacia las fauces de la montaña? Bajé hacia donde estaba Adán para ver si podía solucionar el misterio.

Junto al habilino había tres o cuatro matorrales de condenado aspecto. Habían crecido juntos, de modo que resultaba difícil contarlos. Uno de ellos surgía hacia afuera y hacia abajo desde el muro del corte cubierto de piedras. Aunque la vertiente de la montaña y la curva del barranco protegían este arbusto del viento, sus ramas interiores oscilaban lánguidamente, como anémonas de mar impulsadas por una corriente suave. Introduje la mano por entre el arbusto. El aire que golpeó mi carne era frío y me produjo, de hecho, una sensación de refrigeración. Indudablemente, éste era el punto por donde Héctor había penetrado en el mundo subterráneo.

—Aquí. Justo aquí —dije.

—Adelante entonces, entra —me animó Adán.

Tuve que introducirme entre los enredados arbustos, agacharme para meter la cabeza por debajo del vegetal que surgía de la pared, y sentarme para evitar arañarme el rostro con sus ramas. En cuanto me hube sentado, mis piernas quedaron invisiblemente colgadas por debajo y la parte superior de mi cuerpo quedó enredada en las zarzas, como una mosca atrapada en la vaina de una planta carnívora. Ruth-Claire, Caroline y Brian se aproximaron; pude ver sus rostros a través de las pequeñas ramas entrelazadas de mi prisión.

—Déjate caer —me animó Adán—. Déjate caer hasta abajo.

—No estoy seguro de querer ser el primero.

—No lo serás —dijo Ruth-Claire—. Héctor ya ha bajado.

—¡Espera! —ladró en ese momento Caroline. Se arrodilló a mi lado y puso una Nikon en mis manos—. Anda, sujétala bien, Paul. Es cara.

—Eso ya lo sé. ¿Quién te crees que la compró?

Pero agarré la cámara con más fuerza y me dejé deslizar hacia adelante, hasta que la parte baja de mi espalda ya no tuvo nada en que apoyarse. Caí como Alicia. Como en mis peores pesadillas, caí en una negrura de obsidiana. Luego, mis pies golpearon la roca y pronto me encontré sentado de nuevo, aunque con menor comodidad que antes. Me había hecho daño en el cóccix, y no podía ver absolutamente nada. Una mano tocó mi frente y luego se retiró discretamente.

—¿Héctor? Héctor, ¿eres tú?

Una mano me agarró por la camisa y me hizo levantarme hasta ponerme en una posición erecta agachada. Era realmente Héctor. Era ciego, pero aquí abajo lo era mucho menos que yo o que cualquier otro, y su clarividencia lo convertía en el rey de todos nosotros. Temía enderezarme demasiado y golpearme la cabeza.

—No es así como se supone que debes hacerlo —dijo Ruth-Claire desde arriba—. Se supone que debes deslizarte hacia abajo.

Su voz arrancó ecos entre las catacumbas.

—Paul ¿estás bien? —gritó Caroline.

—Creo que ha saltado el cerrojo que me contiene el trasero, muchacha. Por lo demás, estoy bien.

Me gratificó darme cuenta de que mi ex esposa me había reprendido, mientras que Caroline había preguntado por mi estado de salud. Quizá, después de todo, el mundo siguiera funcionando con suavidad en algún nivel fundamental de su —por otra parte— dudoso funcionamiento.

Luego oí la voz de Brian Nollinger.

—Resista, señor Loyd. Bajamos en seguida.

Adán fue el primero en hacerlo, seguido por los demás. Se deslizaron por una rampa natural que terminaba a medio metro de donde yo había quedado sentado, y este deslizamiento los depositó cerca de donde estábamos Héctor y yo sin fracturarles los pies o los huesos del cóccix.

—Siento mucho que te hayas hecho daño —dijo Adán, al tiempo que me tocaba un brazo—. Pero por esta entrada evitaremos las galerías más traicioneras, las pequeñas covachas y recovecos que horrorizan a los espeleólogos. Aquí no hay salas sinuosas, ni puentes de roca, ni *chatiéres*.

—¿*Chatiéres*?

—Gateras, o agujeros de gato —dijo Ruth-Claire—. Ya puedes imaginarte lo que son.

—*En avant* —dijo Adán.

Encendió la linterna a pilas que llevaba y dirigió la luz hacia las profundidades del túnel. Sus rayos iluminaron las cristalinas paredes negras de la caverna y su alto y arrugado arco, más allá del cual corría una pared que brillaba como si hubiera sido untada con alquitrán de hulla. Empezamos a caminar hacia la pared.

En el centro, a unos quince metros de distancia, se retorció una estatua de una criatura homínida, muy similar a un habilino. El retorcimiento era producido por el movimiento de la luz, la aceitosa humedad y las sinuosas líneas de la propia escultura. Había sido esculpida a partir de un trozo de roca oscura y rayada. Su rostro contorsionado tenía suaves huecos en lugar de ojos, pero también una boca de aspecto colérico y una nariz achatada con las aletas abiertas. Su rostro parecía ser, al mismo tiempo, el de un protohumano y el de un canino rabioso. Sus manos estaban cerradas en puños, y tenía los brazos levantados, ya fuera para abrazar o para atacar al que se le aproximara. Mostraba una erección tan grande y brillante como una botella de Coca-Cola, y unos testículos tan distendidos y desiguales como gotas paralelas de cera de vela. Una agonía de amor, hambre y rabia emanaba de aquella figura que, según nos dijo Ruth-Claire, se suponía que representaba al *homo habilis primus*.

El habilino primigenio. El padre de su especie.

—¿Quién lo hizo? —preguntó Caroline—. ¿Héctor?

—No, no fue Héctor —contestó Adán—. Ni siquiera él recuerda quién le dio forma, o cómo la colocaron aquí nuestros antepasados. Desde que somos capaces de recordar, siempre ha estado aquí, en la base de esta pared, en la boca de esta galería, como un monumento y un *numen*.

—¿Un *numen*? —preguntó Caroline.

Me entregó un accesorio de flash. Lo ajusté en la Nikon y tomé una serie de fotografías de la estatua.

—Un espíritu que preside —le dijo Brian a Caroline—. La energía creativa de las cuevas y de los habilinos.

—Abraxas —dijo Ruth-Claire, crípticamente.

La miré a la débil luz de la linterna de Adán.

—¿Qué?

—No me refiero a la galería de arte —dijo ella—. En el gnosticismo cristiano, Abraxas fue el dios del día y de la noche. Bien, el largo y amargo día de la existencia del pueblo de Adán está a punto de concluir. Aquí abajo, ya ha dado paso a la noche.

—Tenemos que continuar —intervino Adán—. Permanecer demasiado tiempo es cansar la vista, hasta el punto de que ésta empieza a jugarlos malos pasados. Veréis estatuas donde no existen, pinturas en las paredes donde no se ha pintado ninguna. Desde la distancia, enormes figuras os parecerán diminutas y en un nicho cercano. Pequeñas estatuas cercanas parecerán colosos, vistos desde una cámara de proporciones más bien humildes. Continuemos nuestro camino, por favor.

Obedecemos, y lo que Adán había predicho que sucedería empezó a suceder. Cuanto más tiempo permanecíamos bajo tierra, menos fiables eran nuestras percepciones de lo que nos mostraba. Actualmente dispongo de un registro fotográfico de nuestro viaje a través de las catacumbas de Montaraz, pero esas fotografías no comunican el impacto de contemplar ese arte tan poderoso en su propio escenario alucinadoramente natural. Hasta mis tomas panorámicas de las bóvedas subterráneas más grandes son incapaces de evocar la sensación —el terror claustrofóbico— de hallarse realmente en aquellos lugares y beber directamente en la gloria de lo que habían hecho los habilinos. Una vez que se separa del contexto de las cuevas, el arte pierde significado e inmediatez.

Al igual que los artistas del Paleolítico Superior que pintaron las profundas galerías de Lascaux en Francia, y de Altamira en España, el pueblo de Adán había decorado sus grutas, corredores y rotondas obedeciendo a complicados propósitos religioso-históricos, ritos de iniciación y socialización, que no encontrarían su plenitud en ninguna otra parte más que allí. Hay que estar en esas cuevas para que el arte tenga su contexto, y se necesita de ese contexto para que quienes lo contemplan interioricen la sacralidad y la fuerza de lo que ven. El hecho de que las cuevas terminen por engañar a la vista y desorientar el cuerpo no hace sino aumentar su importancia en la configuración de la experiencia de los iniciados.

Así pues, ¿qué fue lo que vimos «correcta» o «incorrectamente»?

Con Adán como guía, y con Brian y Ruth-Claire como portadores subordinados de sus propias linternas, vimos todo lo que pudimos ver sin obligarnos a gatear, arrastrarnos o tener que saltar alas y vacíos. Aquí en Montaraz, una escuela de habilinos a lo Miguel Ángel habían expresado toda la historia de su especie en símbolos rojos, negros, amarillos y de un reluciente blanco. Esta crónica se iniciaba con un desfile de animales de África oriental, que emigraban en pequeñas manadas a lo largo de la pared que se alejaba del habilino primigenio, y concluía con una procesión de barcos traficantes de armas, cruceros y aviones de hélice a lo largo del camino que conducía de regreso a la angustiada figura.

Entre medio, en lo más profundo de la montaña, esos mismos artistas y sus descendientes habían logrado magníficos murales en los que sintetizaban los años de su pueblo en la sabana, sus primeras e incómodas relaciones con el *homo erectus* y el *sapiens*, su furtivo exilio hacia las colinas de Lolitabu, la terrible disminución de su número durante este prolongado período, la captura de los supervivientes que quedaban por parte de los guerreros kikembu, la humillación de la venta en el mercado de esclavos de Zanzíbar, su doloroso viaje marino desde la isla del clavo a la isla del café y del cacao, sus años de anónimo trabajo en las plantaciones de los Rutherford, y su casi exterminio por parte de los *tontons macoutes* de Papá Doc Duvalier a principios de los años sesenta.

Estos extensos murales casi fosforescentes nos dejaron atónitos y nos hicieron contener la respiración. Además, enfrente de cada mural había una escultura en la roca que glosaba sutilmente el tema principal del mural. Entre esas estatuas había un ceñudo hipopótamo de granito, un australopiteco moribundo, una familia de murciélagos de cueva colgada de arriba abajo, y así sucesivamente. Pensé que a Brian se le iban a salir los ojos de las órbitas de tanto examinar estas obras. Adán no hacía más que recordarle que no tocara las estatuas ni las pinturas —particularmente los murales—, pues probablemente las alteraría o desfiguraría. Aunque los pigmentos empleados por los habilinos tenían una buena durabilidad y fuerza de color, y aunque los artistas habían aplicado esos pigmentos únicamente a las superficies

rocosas más absorbentes, la conservación de esta verdadera maravilla subterránea seguía dependiendo de la actitud respetuosa por parte de quienes las visitaran.

—¡No pueden seguir manteniendo este secreto! —exclamó Brian, y sus palabras rebotaron en un escalonamiento de muros que se alejaban.

—Tenemos que hacerlo así —dijo Ruth-Claire—. Para salvarlas.

—Pero el señor Loyd está tomando fotografías de todo. ¿Creen acaso que, una vez publicadas, dejará de caer otra plaga de profesionales sobre Montaraz?

—El caso es que esas fotografías no se publicarán —dijo Adán.

—Entonces, ¿para qué demonios las tomo?

—Como registro —me contestó Adán—. Por si ocurriera algo que destruyera esta magnificencia, ya sean los vándalos, la guerra o una erupción volcánica.

Caroline preguntó qué fotografías, o qué arte se me permitiría publicar o presentar ante los propietarios de las galerías en mi portafolio de agente artístico. Adán contestó que no me estaba pidiendo que representara a los ya fallecidos artistas habilinos de la gruta, sino a Erzulie, Héctor, Tous-saint, Dégrasse y Alberoi. Era su obra la que había venido yo a fotografiar para propósitos artísticos, no las pinturas y esculturas que ahora nos rodeaban y que tanto nos impresionaban. Se me ofrecería incluso la oportunidad de llevar con nosotros algunas de sus obras a Atlanta. En estos momentos, no hacía sino tomar un inventario en celuloide de estas refrigeradas naves basilicales, pero eso sólo constituía un aspecto secundario —por muy importante que fuera— de nuestro viaje a Montaraz. Habíamos venido para ayudar a los vivos, antes que a los muertos. Por los muertos ya no podíamos hacer nada, excepto tener para ellos nuestro recuerdo y gratitud.

—¿Dónde están las pinturas de Erzulie y de los demás? —quiso saber Caroline.

—En Prix-des-Yeux —contestó Adán—. Supongo que Paul podría haberlas fotografiado esta mañana, pero nos entretuvimos demasiado en nuestra libre elección del nombre de la especie. Es mejor visitar las cuevas a primeras horas del día, para que no nos pille la noche estando aquí abajo. Cuando regresemos, podréis ver las pinturas de Erzulie.

—Posiblemente, no podrán compararse con éstas —dijo Brian, al tiempo que señalaba con un gesto lo que nos rodeaba.

—¿Y por qué iban a compararse? —preguntó Ruth-Claire—. Son totalmente diferentes.

—No totalmente —le corrigió Adán—. Héctor y Erzulie hicieron también algunas de estas pinturas, las que se encuentran más lejos, sobre la persecución de Duvalier. Esbirros armados con malvados rifles, nuestros jóvenes arrojados por los acantilados y otras cosas más.

—Comprendo muy bien que lo hicieran así —dijo Brian—. Héctor y Erzulie vivieron esa mala época. Pero todo este material... —señaló una graciosa escena bidimensional de un grupo habilino de caza que alejaba a una manada de chacales de un animal muerto—, bueno, ninguno de los restos de los esclavos de Rutherford pudo haber experimentado esto. Ninguno de los que pintaron en esta cueva vivió en África. Aún más evidente es el hecho de que ninguno de ellos vivió allí hace dos millones de años.

—Eso es muy cierto —admitió Adán.

—En tal caso, ¿cómo hicieron estas pinturas? ¿Cómo lograron expresar toda la historia de su pueblo de una forma tan increíblemente gloriosa?

—Por medio del *vaudun* —contestó Ruth-Claire.

—¿Cómo ha dicho?

—Por medio del vudú y la revelación —dijo Ruth-Claire—. Los *houngans* y *mambos* locales empezaron a poner a *Les Gens* en contacto con el inconsciente colectivo de su especie, hasta la década de 1870. Adán imagina que las primeras de estas pinturas datan de entonces. Más tarde, claro está, algunos de los habilinos se convirtieron en sacerdotes y sacerdotisas.

Erzulie es un ejemplo actual de ello. De un modo menos meticuloso, también lo es Adán. Cuando viene por aquí siempre se viste como Papá Guedé, el barón Samedi si lo preferís. Eso lo hace para asegurarse la continuidad comprensiva entre los habilinos muertos de África y aquellos que aquí, en Montaraz, volvieron a descubrirlos a través del vudú.

—Eso era lo que Adán estaba haciendo anoche —dije—. Es decir, lo que hacían Adán y Erzulie con la serpiente.

—Exactamente —asintió Ruth-Claire—. Se ponían en contacto con su pasado habilino. Y un recorrido por estas cuevas puede conseguir lo mismo de un modo que hace estar más unidos a todos los participantes en el rito. Probablemente, los que primero empezaron a pintar en las cuevas iniciaron su trabajo con la convicción de que eso ayudaría a su pueblo a sobrevivir, que lo educaría y lo unificaría, que les daría un sentido de lo sagrado. Desgraciadamente, el siglo veinte ha sido muy eficiente a la hora de destruir lo sagrado. ¿Y cómo podría haber sabido cualquiera de los que pintaron en esta cueva que un hombre llamado Papá Doc iba a ser su Stalin, su Hitler, su Pol Pot? Ellos nunca habían oído hablar de esos carniceros.

—Vudú y revelación —repitió Brian—. Ha mencionado usted esas dos cosas. ¿A qué se refiere cuando habla de revelación?

La linterna de Adán lo iluminó desde abajo y le dio el aspecto de una cabeza sin cuerpo que flotara en el aire.

—Que Dios se reveló a los primeros *homo habilis*, del mismo modo que más tarde se reveló a los hebreos. Incluso cuando nos acercamos a nuestra extinción, sabemos que hemos sido favorecidos por la primera manifestación de Dios a una especie homínida que haya quedado registrada jamás, aunque sólo nosotros conozcamos la existencia de ese registro. Sabemos que hemos tenido a nuestro propio Cristo.

—¿A su propio Cristo?

—No un Jesús de Nazaret prehistórico —le dijo Adán a Brian—, sino un Dios en forma de carne que cualquier habilino vería como santo, tanto si es mudo como analfabeto o va desnudo. Nuestro propio Cristo.

De algún modo, con nuestras terminaciones sensoriales sobrecargadas de información, recorrimos casi a tientas el camino de regreso hacia la superficie y luego bajamos la montaña hacia Prix-des-Yeux. Héctor quedó atrás, en la absoluta oscuridad de las cuevas. Al fin y al cabo, él era como el conservador de aquel museo.

En el poblado, Adán nos llevó a Caroline y a mí a la cabaña que Alberoi compartía con Erzulie. El interior era más grande de lo que me había parecido posible a juzgar por sus fortuitas paredes exteriores y torcida carpintería. Alberoi estaba de rodillas hacia el fondo de la cabaña, bajo un hueco practicado en el techo a través del cual descendía una polvorienta columna de luz solar.

¿Estaba enfermo? Por un momento, pensé que quizá tuviera espasmos estomacales, y que había asumido esa postura a cuatro patas para vomitar, pero entonces me di cuenta de que se encontraba sobre un pequeño trozo de lienzo sujeto a una madera contrachapada que yacía sobre el suelo. Con el borde de una cuchara oxidada, aplicaba pintura sobre el lienzo. El artista en su estudio. De hecho, el agujero del techo le servía como claraboya. Una escotilla impermeable descansaba sobre un extremo de la abertura, a la espera de que el ocupante de la cabaña tomara la manija y la deslizara firmemente en su lugar para cerrar la claraboya. En caso de lluvia, ofrecería un poco de protección, aunque también hundiría el interior de la cabaña en la penumbra.

Con un francés vacilante, aunque sorprendentemente bien pronunciado, Adán le dijo a Alberoi que habíamos venido para ver sus pinturas y las de los demás. El habilino se apartó de su lienzo y se acuclilló en un rincón, con la espalda apoyada contra la pared y los ojos observándonos de forma penetrante. Todavía sostenía la cuchara en una mano. El pigmento

que había en ella era un acrílico carmesí, lo que producía la impresión de que hubiera estado probando furtivamente el contenido de un tarro de mermelada de fresa, como un niño malo atrapado con las manos en la masa. Para ver lo que Alberoi había estado pintando, dimos la vuelta alrededor de la confusión de la cabaña, en la que había un gran cajón que descansaba sobre una base de ladrillos, cubierto por un hule. Afortunadamente, había avanzado bastante en su trabajo, y pude darme cuenta de muchas cosas acerca de su talento.

Y tenía talento. La pintura era una escena de mercado, llena de colorido, en el estilo *naïve** que había predominado en la exhibición de arte haitiano que David Blau organizó en Abraxas. Era arte figurativo accesible. Sus figuras humanas poseían una afinidad con las humano-habilinas que habíamos visto en las paredes de las cuevas de Héctor, pero su composición era moderna. Reconocí el mercado de Rutherford's Port: puestos de verduras, gentes dedicadas a la molienda, ropas de vivos colores, un par de autobuses con cestos atados en la baca, un grupo de músicos nativos solicitando dinero de los turistas. Sin embargo, lo que atrajo mi mirada —más que ninguno de esos otros elementos convencionales— fue la bonachona y ociosa jirafa que se había colocado en medio de la multitud, ninguno de cuyos miembros consideraba la presencia del animal africano como causa de alarma o celebración. La jirafa pertenecía a la escena con la misma certeza con que estaban allí los autobuses o las mujeres que balanceaban artículos del mercado sobre sus cabezas.

Adán se sintió tan encantado que se echó a reír, una de las pocas veces que le había visto hacer eso.

—Muy bien, Alberoi. Excelente.

—¿Una jirafa? —preguntó Caroline.

—Él conoce mi secreto —dijo Adán, como si eso lo explicara todo—. ¿Crees que podrías vender una pintura como ésta, Paul?

—Seguro. Y sin muchos problemas.

—Venid entonces. Venid a ver las otras.

Nos condujo hasta el cajón que estaba sobre unos ladrillos (como el armatoste sin motor de un adolescente, pensé) y, una vez que nos hubimos apartado de su camino, Alberoi regresó a su pintura, dejó la cuchara a un lado y tomó un pincel de finas cerdas de una bandeja de acrílicos que tenía en el suelo. Empezó a granear con ese pincel los matorrales de montaña que apenas había esbozado al fondo del mercado. Estaba intensamente concentrado. Para él, Adán, Caroline y yo podríamos haber estado en Miami Beach.

Adán levantó la cubierta de hule que tapaba la caja, que mostraba delgadas planchas de madera contrachapada que la seccionaba en por lo menos una docena de compartimentos diferentes. Una vez destapada, la caja parecía ser un tosco gabinete de archivo. Cada compartimento contenía lienzos, algunos de ellos enrollados, otros extendidos y tensos sobre estrechos marcos. Empezamos a sacar las pinturas de la caja y a examinarlas. Casi todas estaban realizadas en el vivo estilo *naïve* que mostraba la escena del mercado a terminar. Algunos eran retratos, o autorretratos de los habitantes de Prix-des-Yeux, los mejores de los cuales eran los de Erzulie y Dégrasse, como si los artistas prefirieran representar la figura femenina antes que la masculina. Tres o cuatro de los lienzos, en agudo contraste con el resto, irradiaban un pesimismo gris o azulado grisáceo, en lugar de la viva alegría caribeña, pero los temas que representaban eran *tontons macoutes* o demonios de la tradición local del vudú.

Tras echarles un rápido vistazo, me fijé en varias representaciones moderadamente «realistas» de *loa*, tales como Damballa, Petro Simbi y Ogou Achade, famoso este último por su capacidad para beber mucho sin emborracharse. A diferencia de los demonios, los *loa* eran presentados de una forma positiva, con colores alimonados y amplias pero enigmáticas sonrisas. Me gustó la mayor parte de lo que vi.

—¿Se supone que debo fotografiarlos? —le pregunté a Adán.

**naïve*: en francés, naif, arte ingenuo. (Nota del revisor)

—Sólo si lo deseas. Puedes llevarte algunos contigo si quieres. Llévatelos, preséntalos y véndelos a precios modestos. Quédate con tu comisión y nos envías el resto a Ruth-Claire y a mí. Si crees que tu mercado es capaz de soportar esta clase de trabajos, te enviaremos más.

—Me llevaré diez o doce —dije—. Probablemente, será mucho mejor ver qué clase de interés generan antes de llevarme todo el lote.

—¿No quieres llevártelos todos? —me preguntó Caroline—. Podrás vender todos los cuadros habilinos o recortes que se te confíen.

—Pero no se me permite que los identifique como artefactos habilinos.

—¿No? —preguntó Caroline, mirando a Adán—. Eso es contraproducente.

—No tengo la intención de acabar con todo, Caroline. Sólo pretendo conservar aquello que se pueda conservar y pagar por el privilegio mientras lo hacemos.

Había observado un hecho insólito, aunque quizá no sorprendente, en todas las pinturas que había en la caja.

—Adán, ninguno de los lienzos está firmado. Ni uno solo. ¿Qué nombres deseas dar a los artistas? Necesitaré disponer de nombres para los propietarios de las galerías y los jefes de compra de los grandes almacenes.

—Nada de nombres, Paul. Sólo un nombre.

Miré hacia Alberoi.

—No me dirás que él los ha pintado todos, ¿verdad? Creí oírte decir que Erzulie también pintaba, así como todos los demás.

—Erzulie pinta, lo mismo que los demás. Pero sólo se necesita un nombre para todos los lienzos, ¿no te parece? Míralos con atención.

Hice lo que Adán me pedía. Caroline me ayudó a comparar. Los lienzos, al margen de los temas que representaran, parecían ser, en efecto, obra de una sola mano. Los trazos del pincel, la elección de colores, la habilidad, las técnicas compositivas, las pautas generales..., todos esos criterios sugerían la mano de un solo artista. Hasta los retratos más oscuros de los *tontons macoutes* y de los demonios Arada-Dahomey sólo diferían de los otros lienzos en el tema de la elección de color, y resultaba difícil pensar que tantos artistas que los hicieron no hubieran variado deliberadamente sus paletas para abarcar la totalidad del espectro de las sensaciones humanas. Ruth-Claire, por ejemplo, había preferido el empleo de pasteles borrosos para la serie *Almas*, pero esa serie sólo representaba una pequeña parte de su producción total. Así que, en efecto, tendría cierto sentido y simplificaría mucho mi método de comercialización el ofrecer todos estos cuadros a los potenciales clientes como la obra de un solo pintor *naïve* con talento.

—¿Cómo se las arreglaron para conseguirlo? Es extraordinario, Adán.

—No tuvieron que arreglárselas para hacer nada. Simplemente, sucedió así. Al menos en este ambiente creativo, los sentimientos de uno de ellos son los sentimientos de todos los demás. Y también lo son sus talentos. Como quiera que el arte necesita de tiempo libre, se turnan para pintar. Trabajan por turnos mensuales. Este es el mes en que le toca a Alberoi. A continuación, volverá a intervenir Dégrasse, y así sucesivamente. Mientras el artista se dedica a realizar obras, los otros preparan la mandioca, o recorren el bosque en busca de leña, o negocian por la noche con isleños de confianza para intercambiar alimentos. El sistema funciona bastante bien. Nadie pone mala cara.

—¿Y los lienzos? —preguntó Caroline—. ¿Y las pinturas? ¿De dónde proceden?

—Últimamente se los hemos proporcionado Ruth-Claire y yo, pero antes de que llegáramos Erzulie acudía a Rutherford's Port a buscarlos. Llevaba consigo pequeñas figuras esculpidas en palo de rosa o caoba para intercambiarlas en la tienda de arte que está cerca de Le Centre d'Art, junto al hotel Internacional. Fue idea suya hacerlo así. Vio pinturas primitivas como éstas (aunque, en realidad, no tan buenas) que se vendían a los turistas en los bazares.

En este cajón se encuentra el producto de casi tres años de trabajo. Quizá no tanto, porque Erzulie ya vendió algunos de los cuadros. Sería imposible imaginar quién los compró.

—Probablemente, vendedores de coches usados de Ohio y Arizona —dijo Caroline—. Gentes que no saben lo que tienen, y que los cuelgan en sus buhardillas, junto a esas enormes pinturas de toros sobre terciopelo negro.

—Quizá —asintió Adán—. No lo sé.

Le pregunté en qué nombre había pensado para nuestro solitario artista naif. Teníamos que disponer de un nombre. ¿Sería un error emplear el suyo? Adán lo descartó de inmediato. No le avergonzaba poner su firma en estos lienzos, pero nadie que conociera su propia obra creería ni por un momento que también había hecho éstos. Los estilos eran demasiado diferentes. Él trabajaba con la ventaja —y al mismo tiempo con la desventaja— de un ego cristalizado, mientras que Alberoi y los demás pintaban a partir del núcleo suave de su experiencia común no verbalizada, a partir de un inconsciente colectivo demasiado elástico como para sentir la necesidad de «tener que aferrarse a lo hecho».

—¿Qué nombre, entonces?

—Fauvet —contestó Adán—. Llama Fauvet a este artista desconocido.

—¿De «fauve»? Eso es una escuela de pintores, Adán, no un solo artista. Y significa «animal salvaje».

—Sí, lo sé —asintió con una amplia sonrisa.

Podríamos haber seleccionado una docena de lienzos, enrollarlos y meterlos en nuestras mochilas, y habernos despedido de Prix-des-Yeux, pero Adán insistió en que no debíamos partir de Montaraz sin haber asistido a una ceremonia *vaudun*. Según afirmó, un «pagano racional» como yo tenía que someterse a una poderosa experiencia mística en su vida al menos, y él y Erzulie eran justo las personas adecuadas para ayudarme a pasarla con seguridad. Los otros habilinos formarían un coro —una especie de rara banda de las montañas— para tocar los tambores y entonar los cánticos necesarios. Gracias a una muy buena suerte, resultó que al día siguiente era sábado y el servicio vudú empezaría apenas un segundo después de la caída de la noche. Durante el intervalo diurno, naturalmente, yo debía dedicarme a fotografiar el inventario de los lienzos, mientras Caroline y Ruth-Claire iban hasta Rutherford's Port para conseguir todo lo necesario para el servicio. Ninguna de estas disposiciones me atrajo especialmente, pero todos los demás votaron en bloque contra mí —dos vítores por la democracia—, y así se decidió.

—¿Existe algún peligro? —pregunté—. ¿Porqué Adán y Erzulie tienen que ocuparse de que yo «pase la ceremonia con seguridad»?

—No te pasará nada, Paul —me aseguró Ruth-Claire—. Sólo es peligroso si se provoca a los *loa*. Procura tener la mente abierta, y mucho mejor si la dejas en blanco.

—No creo que le cueste mucho hacer eso —comentó Caroline, echándose a reír.

Se burlaba, sin ser maliciosa, pero el comentario también hizo reír a Ruth-Claire. El trato recurrente de las dos mujeres volvía a unirse en un agujoneo juguetón en el que se me ridiculizaba. El hecho de que Brian Nollinger también estuviera presente no contribuyó precisamente a hacer menos dolorosa la broma.

—¿Por qué demonios tienen que ir a Rutherford's Port? —pregunté.

—Para hacer esto correctamente —contestó Adán—, necesitamos una toga bautismal lo bastante larga como para cubrirte con ella, Paul. También necesitamos algo de ron, de *orgeat*, agua de Florida, harina de trigo y aceite, así como dos gallinas.

—¿Gallinas?

—No hagas más preguntas —dijo Ruth-Claire, y ambas se echaron a reír de nuevo, cogidas del brazo, como hermanas que no se hubieran visto desde hacía mucho tiempo.

—¿Tenemos..., tenemos que traer también las gallinas? —consiguió preguntar Caroline entre risas.

—Yo me encargaré de encontrarlas —se ofreció Brian—. Ellas pueden comprar todo lo demás y yo compraré las gallinas.

—Gallinas vivas —le advirtió Adán.

—No hay necesidad de que ellas le lleven, *herr Professor* —le dije.

—Me encanta comprar gallinas —intervino Ruth-Claire—. Incluso las vivas. Es el hecho de traerlas a casa en un jeep lo que hace que eso pierda rápidamente su encanto.

Brian intentó explicarse.

—Tengo que presentarme ante mis jefes. Me conceden bastante libertad en la realización de este proyecto, pero no me conviene que lleguen a pensar que me he marchado de la isla.

Los ojos de Adán se abrieron y luego se estrecharon de nuevo. El antropólogo se dio cuenta de ello. Creo que ambos recordaban que casi dos años atrás Nollinger había traicionado a Adán al comunicar su existencia a un agente del Servicio de Inmigración y Naturalización. ¿Qué le impediría ahora visitar a los *tontons macoutes*, con la esperanza de conseguir algún tipo de recompensa, ya fuera en forma de dinero o de tratamiento preferente?

—No le contaré a nadie lo que he visto aquí —se apresuró a decir—. Tiene mi palabra.

Un bufido cínico se me escapó.

—¿De qué serviría hacerlo? —siguió diciendo él—. Hablar de esto significaría destruir mi oportunidad de realizar trabajos de campo aquí, y eso me colocaría en abierta competencia con docenas, y hasta con centenares de otros etnógrafos. ¿Cree realmente que sería capaz de hacerlo?

—No lo hará —intervino Caroline en su defensa—. Brian no es estúpido. Sabe lo que tiene aquí, en Prix-des-Yeux.

—Y además, deseo ver la ceremonia *vaudun*. Compraré esas malditas gallinas, y las ataré para que no aleteen. No prometo que no vayan a cacarear, pero me imagino que eso no les importará.

—Siempre les puede poner somníferos en la comida —dije—. Si lo hace de forma metódica, incluso es probable que consiga fondos de investigación del Instituto Nacional de la Salud. Entonces, podría titular su artículo: «Sobre la tendencia de las aves de corral a dormirse cuando se les administran pastillas».

Esta vez ellas rieron conmigo en lugar de reírse de mí, y tuve el gran placer de ver la expresión de fastidio del bueno de Brian. Con el sombrero en la mano, siguió argumentando que sería una estupidez por su parte revelar lo que sabía y que Ruth-Claire y Caroline estarían mejor con él que si tuvieran que recorrer el camino costero a solas. Las ayudaría a cargar la mercadería e incluso a regatear en la compra de los artículos de su lista. Se consideraba un verdadero experto en el regateo en los mercados al aire libre, una habilidad que había aprendido en la República Dominicana.

—Nosotras lo vigilarémos —le dijo Ruth-Claire a Adán—. Se presentará ante sus jefes en el despacho de la Austin-Antilles. Nada de visitas adicionales. Nada de llamadas telefónicas. Nada de eso.

—Por mí, estoy de acuerdo —afirmó Brian.

Había ganado. Me dirigió una mirada de triunfo irónico, con las cejas levantadas.

Como Ruth-Claire y Caroline querían ducharse y pasar una buena noche de descanso antes de ir a Rutherford's Port, bajaron de la montaña esa misma tarde y pasaron la noche en la casa de la playa, en la bahía de Caicos. Brian Nollinger las acompañó. Se preparó un jergón en el porche de la casa y, a la mañana siguiente, condujo el jeep alquilado a lo largo del camino

costero hacia la ciudad, para que las mujeres pudieran hacer las compras para el *vaudun*. Naturalmente, este resumen de acontecimientos lo hago de oídas, confiado en que no se desvíe mucho de lo que sucedió en realidad. Sin embargo, aquella noche apenas si pude dormir.

Con la salida del sol, a la hora más fresca del día, Dégrasse me trajo el desayuno: suave café haitiano con *rapadou* y una cucharada de leche en polvo, un cocido de *llantén* y un trozo de pescado de aspecto extraño pero que tenía buen sabor. El cocido y el café estaban calientes, pero el pescado parecía haber sido extraído de una salmuera tibia. Aunque medio atontado por la falta de sueño, comí vorazmente. Al abrigo del *houngfor*, Tous-saint y Dégrasse comieron conmigo, aunque sin prestarme la menor atención. Luego apareció Adán, vestido con unos pantalones cortos y un par de zapatillas Adidas. Me entregó el equipo fotográfico y me condujo colina arriba a través de la fortificación de los árboles de pelo negro hasta la entrada secreta a las cuevas, en donde nos esperaba Héctor.

Nos pasamos todo el día explorándolas. Tomé tantas fotografías que hasta me empezó a palpar el dedo índice. Héctor nos condujo a través de la rotonda principal y por las galerías más accesibles, pero Adán, más ágil, me llevó a lugares que todavía no había visitado: *chatières*, chimeneas rocosas, pasajes bajos en los que había que arrastrarse. Vi estatuaria ritual, símbolos pintados y extraños rostros esculpidos en las abruptas terminaciones de los túneles laberínticos. En por lo menos seis ocasiones, cada una de ellas en un pasillo de piedra diferente, salimos a la superficie para descansar la vista y aclararnos un poco las cabezas. Luego volvimos a hundirnos en la oscuridad, a gruñir y abrirnos paso con esfuerzo hacia las grutas más profundas y los ataques de vértigo más desorientadores. Toda esta actividad fue como un sueño que duró todo el día.

Una pesadilla de un mediodía tropical.

Para cuando regresaron Nollinger y las dos mujeres, ya me sentía agotado. Las estrellas empezaban a parpadear a través del cielo crepuscular sobre Prix-des-Yeux, y lo único que deseaba era dormir un rato. Adán, sin embargo, no me lo permitió; me encontraba junto al *houngfor*, dolorido y con los huesos cansados, cuando el grupo que había salido de compras llegó al poblado con sus bolsas, cestas y gallinas atadas, sin dejar de reír a pesar de su propio cansancio, felices de haber completado el viaje.

Tous-saint y Dégrasse los alimentaron y Adán les dio prisa para que terminaran de comer de modo que, en su capacidad de sacerdote, en su autonombrado papel de barón Samedi, pudiera iniciar el servicio que nos permitiría experimentar todo el misterio y el poder de los dioses del *vaudun*. Sólo después de eso Caroline y yo podríamos regresar a Atlanta con un verdadero aprecio por las fuerzas espirituales que habían hecho sobrevivir a Les Gens en su exilio caribeño.

Ya había oscurecido por completo cuando Caroline, Brian y yo entramos en el sagrado peristilo de los habilinos. Adán nos condujo al interior vestido con su traje de etiqueta y su sombrero de copa. Ruth-Claire nos esperaba en la *tonnelle* techada de palmas, junto con Erzulie, Tous-saint, Dégrasse y Alberoi. Hasta Héctor estaba presente, aunque permanecía sentado en un rincón con las piernas cruzadas, cerca de unos estilizados dibujos de harina que Alberoi se había encargado de trazar durante el día. Los tres habilinos más jóvenes ocupaban la plataforma baja en la que descansaban los tambores *vaudun*, mientras que Ruth-Claire y Erzulie iban de un lado a otro, dedicadas a rociar el suelo con el agua de unos jarros de metal con tapadera, parecidos a las jarritas de crema que se pueden ver en los cafés de carretera. Un extraño detalle de improvisación.

Esta noche sólo Brian, Caroline y yo íbamos a ser «entrenados», «puestos sobre el suelo», como potenciales comunicantes con los dioses Yagaza. Este servicio era expresamente para nosotros. Llevábamos togas bautismales blancas, similares a la túnica de batista con la que los habilinos se nos habían presentado por primera vez. Las habían comprado Ruth-Claire y Caroline en Rutherford's Port, y cuando nos las pusimos estaban inmaculadas como vestidos de novia.

Distribuidas por diversos lugares del templo había velas encendidas dentro de pequeños tarros esféricos, lo que me hizo pensar nuevamente en los pringosos arreos de un restaurante de mala muerte. Brian no hacía más que decir que él sólo deseaba observar sin participar, pero Adán insistió en que nadie que llegara a Prix-des-Yeux podía limitarse a ser un observador, y que la participación en su vida y rituales era la condición para quedarse.

Erzulie encendió dos cirios rojos colocados en contenedores de hierro forjado, situados a cada extremo de la plataforma donde estaban los tambores. Luego se situó delante de la parte central de la plataforma y asintió con un gesto hacia Adán. Por detrás de ella, Tous-saint empezó a golpear ligeramente el más alto de los tambores; estaba sentado sobre una silla plegable que le permitía inclinarse sobre los tensos parches. Alberoi se acopló a este sonido, tocando en el *mama*, el más grande de los bongós ceremoniales, mientras que Dégrasse empezaba a efectuar el contrapunto de estos ritmos en el *boula*, el más pequeño de los tres. Aunque el sonido producido por estos tambores era hipnótico e insistente, los músicos los tocaban con una curiosa delicadeza, como temerosos de despertar a los pájaros que ya se habían instalado a descansar. La debilidad del ritmo, incluso dentro del propio *houngfor*, se correspondía con su propósito, que consistía en inducir un estado de trance en nosotros, los comunicantes. Y entonces me di cuenta de que los habilinos siempre debían realizar en forma queda su servicio *vaudun* para no revelar su escondite a cualquier extraño hostil que pudiera haber por la montaña.

—Tumbaros cerca del *poteau mitán* —nos ordenó Adán—. Colocaros como otras tantas cucharas, anidadas unas en otras.

Las cucharas no se anidan, pensé. Quizá las espátulas**, pero no las cucharas.

Nollinger y mi esposa no parecieron pensar de una forma tan literal; se arrodillaron junto al poste central y luego asumieron desgarradas posiciones fetales, frente al poste. El antropólogo estaba en primer lugar, con Caroline acoplando su cuerpo en el suyo, con la barbilla tocándole el omoplato. Yo me tumbé detrás de ella, en la misma postura íntima, vagamente agradecido de que Brian no hubiera intentado interponerse entre nosotros en esta cuestión. Apreté la ingle contra las nalgas de Caroline. Nuestras túnicas ya no estaban immaculadas; el contacto con el suelo las había manchado.

Héctor y los tamborileros habilinos empezaron débilmente a cantar una salmodia gutural que servía de contrapunto o a veces repetía con exactitud los ritmos de los tambores Arada-Dahomey. El sonido me recordó el canto de Adán antes de que éste aprendiera a hablar, pero más basto y, a la vez, más ritualizado. Caroline se estremeció y yo me estremecí con ella. Mi posición en el suelo me impedía ver gran cosa salvo el techo de la *tonnelle* y la parte superior de las paredes, y por ello vi que por uno de los postes laterales del peristilo descendía, deslizante, la *couleuvre* que había enlazado a Adán y Erzulie durante nuestra primera noche en el poblado. Sentí deseos de levantarme; sin embargo, se apoderó de mí una especie de parálisis inducida por el temor o la fatiga, y lo único que pude hacer fue observar. El cántico gutural del coro cambió a un extraño registro de falsete.

Erzulie empezó entonces a bailar, como un activo gnomo. Sentía sus pies desnudos golpear el suelo, no lejos del poste central. La pitón continuó el descenso por el poste lateral, detrás de la plataforma de los tambores; su cuerpo bronceado y granate brillaba a la luz de las velas. Una gallina empezó a cloquear. Dos gallinas. La mano de Erzulie apareció en mi campo de visión, sosteniendo una de las gallinas por las atadas patas. Adán, que en ese momento apareció por encima de nosotros, cerca del *poteau mitán*, tomó a la aleteante ave de corral y le arrancó la cabeza de un bocado. Escupió la cabeza sobre el suelo —junto con un montón de plumas—, y borbotones de sangre surgieron del decapitado cuello de la víctima, cayendo a nuestro alrededor como una llamativa y nauseabunda lluvia. Nuestras blancas túnicas de batista quedaron salpicadas de sangre, y el olor a sangre caliente llenó nuestras narices, junto con el débil tufo que despedía la serpiente.

* Alusión a las cigüeñas llamadas de espátula, por sus picos de extremo aplanado, que utilizan para escarbar entre el barro buscando su alimento. (Nota del revisor)

—Oh, gran *loa* —canturreó Adán—, tus caballos esperan que los montes. Tus caballos te invitan a cabalgar.

Había dejado caer la gallina descabezada —que azotaba el suelo con impotentes aleteos producidos por la inercia nerviosa— cerca del poste central.

—¡Oh, *loa*, ven!

La segunda gallina olió la sangre, y percibía que le esperaba el mismo destino. El animal cacareaba histéricamente cuando, de repente, Erzulie la arrojó hacia lo alto —sin soltarla de las patas— y la decapitó con idéntica rapidez y seguridad. La sangre se derramó por todas partes, como las líneas pirotécnicas de una bengala romana de color carmesí.

Cerré los ojos, cubriéndome boca y nariz con una mano. Caroline estaba tan tensa contra mí como una barra de metal en vibración. Al apretar la ingle contra ella, para tranquilizarnos a los dos, fui agudamente consciente de que mi sexo era una protuberancia marchita. ¿Qué había exactamente de místico en esta ceremonia? Por el momento, no era más que una abominación y un horror, y lo único que yo deseaba era salir de allí.

Sonido de tambores, cánticos, baile.

Al abrir los ojos y mirar hacia abajo, a lo largo del cuerpo de Caroline, vi que la *couleuvre* había llegado al suelo. Se encontraba a solo un brazo de distancia de los pies de Caroline, y estaba flojamente enrollada alrededor de la base de la pared. Mis ojos se esforzaron por ver qué hacía. Después de haber abierto la mandíbula, engullía metódicamente, con tragos terribles y ondulantes, las gallinas sin cabeza que un momento antes habían estado cerca del poste central. Con plumas y todo, pensé; esa condenada serpiente se está zampando la cena con plumas y todo. Volví a cerrar los ojos.

Sonido de tambores, cánticos, baile.

Me pareció que Adán también bailaba descalzo junto a Erzulie. Los tamborileros de la plataforma, o al menos Dégrasse y Alberoi, se movían por detrás de sus instrumentos como juerguistas impacientes en una hilera que bailara la conga. Hasta Héctor se había puesto en pie y saltaba y descendía por detrás de nosotros, por entre los vevés que Alberoi había dibujado en el suelo. Lo sentí moverse. Sentía que todos se movían. Los sonidos de los tambores, el cántico y el baile habían empezado a hacerme latir las sienes como si tuviera la sangre alterada. Brian emitió un gemido, y Caroline echó la cabeza atrás tan de repente que me partió el labio inferior.

—Oh, Legba —gritó Adán, que había dejado de bailar—, permite que los *loa* desciendan sobre este templo, permíteles montar sus caballos. Llamamos a Agarou, el dios de los antepasados, a Alda Ovedo, la esposa virgen de Damballa, y también al propio Damballa, a cuya serpiente hemos propiciado. Deja que desciendan los tres, deja que monten sus caballos, y deja que sus caballos corran bajo ellos como purasangres.

Alguien me tiró de la cabeza hacia atrás; creo que fue Erzulie. Por encima de mi labio partido vertió algo de *orgeat*, un jarabe de fuerte sabor a almendras. Según había dicho Adán, esto era otra ofrenda para Damballa y su esposa, consumida por nosotros —los caballos postrados— para que los *loa* pudieran disfrutarla una vez que montaran sobre nosotros y nos hicieran poner en pie. El fuerte sabor del *orgeat* sirvió al menos para eliminar los olores nauseabundos de la *couleuvre* y de las gallinas masacradas.

Entonces, olí también a ron. Uno de los habilinos que tocaban el tambor lo rociaba por todas partes; renovaba así el bautismo de los tambores ceremoniales ya bautizados, mostrándose pródigo con el *dairein* nativo simplemente porque Les Gens lo tenían para ser pródigos con él.

—¡Ven, Agarou! ¡Monta tu caballo!

El poste central se estremeció. Brian extendió una mano para agarrarse a él, quizá para sostenerlo. La electricidad que recorría el *poteau mitán* lo galvanizó, impartió su energía a Caroline e hizo estremecer mi cuerpo cuando mil oleadas en miniatura actuaron para

erosionar mi identidad. En un momento yo era Paul Loyd, y en el momento siguiente ya no era más que un trozo de carne obediente para el *loa* que me poseía. Es decir, me había convertido en un caballo.

Agarou, el dios *vaudun* de los antepasados, descendió por la barra electrificada del *poteau mitán* para convulsionar el cuerpo cubierto por la túnica perteneciente al ser humano que se agarraba a su base. Desde esta persona, el dios pasó a Caroline Hanna, quien dio unas patadas espasmódicas y, a través de su persona brevemente poseída, pasó a la aterrorizada conciencia de su esposo. Agarou montó sobre Loyd.

Atormentado por la abrumadora hípica espiritual, Loyd empezó a sacudirse como un *mustang** montado por un vaquero decidido, que corcovea para conservar su imponente orgullo, aun sabiendo que va a ser domado. Del mismo modo se sacudía Loyd. Se apartó de Caroline. Se movió de un lado a otro con tanta violencia, sobre el suelo de tierra apisonada, que la túnica que llevaba borró los vevés allí dibujados.

En el cielo, por encima de la montaña, donde antes habían estado las estrellas se arremolinaron nubes de tormenta en oscuros grupos. Mientras seguía inmerso en una lucha por conservar su propio cuerpo, Loyd pudo oír el retumbar de los truenos a través del cielo, como cañonazos lanzados desde las murallas de la ciudadela Laferrière, al sur de Cap-Haitien, en la misma Haití. Y a cada nuevo retumbar se convulsionaba el hombre montado.

Mientras seguían entregados a tocar el tambor y a bailar, los habilinos observaban a Loyd. Héctor, el ciego, se había dirigido hacia un rincón para no ser coceado por los aleteos erráticos de sus manos y piernas. Erzulie, sin embargo, había aceptado su situación como un desafío a su habilidad como bailarina, y saltaba continuamente de un pie a otro, calculando, con su extraordinario instinto, dónde debía dejar caer los pies, sin echarse encima de él. Adán, mientras tanto, había renovado su ruego a Alda Ovedo y a su esposo Damballa, para que descendieran por el poste central hacia el interior del templo.

La tormenta resonaba todavía más fuerte por encima de la montaña, y el sumergido núcleo de la conciencia de Paul Loyd se dio cuenta de que el tronar del cielo apagaría por completo el ruido de aquel servicio *vaudun*. Ya no podía esperar rescate por parte de los comprensivos isleños. Agarou se había apoderado de él.

—¡Arriba, Agarou! —estimuló Adán al *loa*—. ¡Conduce a tu caballo hacia la revelación! ¡Muéstrale a tu caballo el dios que se apareció a nuestros antepasados!

Loyd sintió que se rendía a lo inevitable. Sus movimientos se hicieron menos violentos. Su cuerpo se arqueó como un puente poseído por el *loa*, de modo que los pies y la nuca lo levantaban del suelo. Sus ojos buscaron simpatía entre los símbolos colgados. ¿Dónde estaba Ruth-Claire? Finalmente la encontró en un rincón, frente a donde se hallaba Héctor, mirándole con una expresión de espantada compasión. ¿Porqué tenía que mirarla? Era todo lo que podía hacer para mantener quietos los globos de los ojos, para poder enfocarlos sobre su imagen. Quizá ella nunca hubiera visto una posesión como ésta. Estaba espantada.

—¡Adán! —gritó, tratando de hacerse escuchar por encima de los tambores y de la tormenta—. ¡Adán, deténlo! ¡Creo que lo va a matar!

Matarme, pensó Loyd desapasionadamente. Esto me está matando.

El habilino con sombrero de copa y traje de etiqueta se volvió hacia su esposa.

—Oh, no, Ruth-Claire; lo está trayendo a la vida. Creo que lo lleva hacia un conocimiento que, de otro modo, no podría adquirir tan vividamente.

Loyd colocó los antebrazos sobre el suelo, paralelos a su cuerpo arqueado. Se apoyó sobre ellos para empujar, y saltó del suelo como un bailarín *limbo* que acabara de pasar por debajo del nivel inferior del bar. Erecto, su cuerpo se bamboleó bajo la geometría del templo iluminada por las velas. Pudo ver a Caroline y al antropólogo tumbados junto al poste central —en trance, pero todavía no poseídos—; sus túnicas salpicadas de sangre les daban el aspecto

**mustang*: potro sin domar, en inglés. (Nota del revisor)

de víctimas de un asesinato. Una visión interesante, pero no demasiado perturbadora. Al fin y al cabo, no estaban muertos; y una vez que Alda Ovedo y Damballa los montaran, tendría compañía en su esclavitud espiritual.

—Aaaagh —exclamó.

La saliva le corrió por el labio y la barbilla. Con su vestido de barón Samedi, Adán efectuó una irónica reverencia ante él.

—Bienvenido, Agarou. Bienvenido, Agarou. Bienvenido, Agarou.

Agarou efectuó un paso de danza en forma de tijera.

—Después de esta entrada, debes de tener mucha hambre —dijo Adán.

Levantó una de las gallinas descabezadas del suelo, introdujo las uñas de las dos manos en la pechuga y la rasgó abriéndola, con un perverso movimiento que la reventó. De la abertura sanguinolenta extrajo las entrañas —que Loyd jamás hubiera empleado en sus actividades culinarias en el West Bank— y las entregó a Agarou quien, ante la impotente consternación de Loyd, empezó a comérselas. Estaban calientes y resbaladizas, difíciles de masticar, pero Agarou se las tragó con la misma facilidad con que la *couleuvre* se había zampado todo el cuerpo sin desplumar de la otra gallina.

Ruth-Claire había abandonado el *houngfor*, observó Loyd a través de los ojos del dios *vaudun*. ¿Por qué?, se preguntó. No hacía mucho tiempo, ella había tolerado las bárbaras costumbres alimenticias de su esposo habilino.

Empezó a caer una cortina de lluvia, que repiqueteó sobre el frondoso techo de palmas de la *tonnelle*. Se introdujo a través de las aberturas, en los alto de los muros del peristilo, y goteó desde los aleros y las vigas, por debajo del techo. Al no verse inhibidos por la necesidad de tocar con recato, los tamborileros empezaron a golpear sus instrumentos con total abandono. El ruido dentro y fuera del balanceante edificio aumentaba más y más. En el cuerpo entumecido de Loyd, Agarou volvió el rostro hacia arriba y abrió la boca manchada de sangre al agua vitalizadora; Damballa, su *loa* compañero, era la divinidad que las presidía. Había conducido su caballo hacia el agua y lo había hecho beber.

Loyd se ahogaba no sólo por este repentino diluvio, sino también en la antigua personalidad del *loa* que lo montaba. La lluvia velaba sus ojos; caía con fuerza desde el tejado de la *tonnelle* y extinguió las velas en sus recipientes de plástico. Los recipientes sisearon su desmayo, o quizá fuera la pitón la que siseaba y nadaba hacia él bajo aquel cegador diluvio, como una gran anguila de colores rubí y dorado. En realidad, de todos los habitantes de la estructura que se disolvía bajo la lluvia de verano, la serpiente era la única que Loyd podía ver. Se arrodilló —Agarou le hizo arrodillarse— para abrazar a la serpiente, que levantó la cabeza del suelo y lo besó en los labios con un doble aleteo bífido de su lengua. Después amainó el temporal, se escucharon los ecos goteantes del cese de la lluvia, y Agarou se encontró a solas en el flanco de su Olimpo caribeño.

—Sube, caballo —dijo el *loa*.

De cara hacia lo alto de la montaña, Loyd empezó a caminar (Agarou empezó a caminar). Se sintió como si tuviera dos conciencias al mismo tiempo, y experimentó la fuerte convicción de que, a medida que se alejaba de Prix-des-Yeux —que se había disuelto bajo la lluvia, junto con el templo *vaudun*—, subía no a una montaña, sino a dos. Estaba la montaña en la cima de Pointe d'Inagua, aquí, en la bahía de Manzanillo, pero espiritualmente sobreimpuesta a ese paisaje estaban los lineamientos del monte Tharaka, en la actual nación africana de Zarakali.

Cada vez que Loyd se detenía y miraba hacia atrás y abajo, veía, al resplandor de los relámpagos intermitentes, las ondulaciones de ébano del océano Atlántico, y luego la vasta expansión salpicada de antílopes de las llanuras de Zarakali. Estas características contrapuestas se alternaban, y con ellas el presente siglo veinte de Loyd, y el pasado Pleistoceno en el África oriental, de tal modo que, montado por Agarou, él era como dos conciencias diferentes que se encontraran en lugares diferentes, en dos momentos diferentes.

¿Cómo podía ser? Bien, el servicio *vaudun* había hecho su trabajo. El sonido de los tambores, los cánticos, el baile. Y luego, claro, la pitón le había besado, tanto para reconocer el poder de Agarou sobre él, como para vincular su espasmódica conciencia de sí mismo con lugares distantes y con momentos muy anteriores.

Loyd-*loa* siguió su camino ladera arriba. El olor fragante de la flor del café se extendía sobre todo, maravillosamente fresco después de la lluvia. ¿A dónde se dirigía Agarou? A Loyd se le ocurrió que si el *loa* que lo montaba trataba de llevarlo muy lejos, probablemente él —su cuerpo— se desmoronaría. No se puede montar sobre un caballo muerto. Estaba agotado por arrastrarse entre las cuevas de los habilinos y se había visto forzado a tragarse las entrañas de una gallina, lo que no serviría para contrarrestar la fatiga de su cuerpo.

Entonces, Loyd se oyó reír a sí mismo: era Agarou que reía a través de él. Al dios le divertía su ignorancia del mecanismo de la posesión. Mientras Agarou lo espoleara y lo controlara, su cuerpo haría lo que exigiera de él. Se puede montar un caballo muerto, al menos hasta que sus últimos vestigios mentales se hubieran podrido en una azarosa insensibilidad. Loyd se resignó a una larga caminata y a una cautividad todavía más prolongada.

Finalmente, el caballo llegó a una empalizada de cráneos de mastodonte, afilados colmillos de tigre, y esqueletos de chalicotéridos de siete metros de altura. Estos huesos estaban entreverados como piezas de un enorme rompecabezas de marfil, alternativamente opacos y brillantes en la noche cruzada por los relámpagos. Loyd-*loa* se acercó a ellos, decidido a descubrir una solución. Tomó un par de grandes colmillos pulidos por el tiempo, y se balanceó entre el corazón laberíntico del rompecabezas. Dentro de la barrera, se agachó, saltó y contorsionó su cuerpo para encontrar un paso por entre los huesos. Un conjunto de espinas le aguijoneó en un costado y gritó en voz alta. Dejadme salir de aquí, pensó Loyd, y su ruego era por escapar tanto de Agarou como de este laberinto de traicionero marfil.

Algo más coherentemente, Loyd pensó que se encontraba entre lo más tupido de los árboles de pelo negro, y no en medio de un montón de dientes y cornamentas afiladas.

Y lo estaba. La imagen del monte Tharaka, rodeado de huesos, le había ocultado la realidad de la montaña haitiana. Era Agarou el que prefería el surrealismo del antiguo pasado africano y, debido a la ascendencia de Agarou sobre su espíritu, no había podido ver el seto lleno de pinchos. Bien, ahora ya habían pasado de todos modos, arrastrándose colina arriba por la abertura, hacia el matorral que ocultaba la entrada a las cuevas. Agarou-sobre-Loyd se detuvo en una postura apoyada sobre tres puntos, y bajo una ráfaga de viento pesadamente cargado de ozono miró montaña abajo, hacia la bahía de Inagua. El mar y la sabana surgían alternativamente de forma mareante, y un barco de vela se metamorfoseaba brevemente para convertirse en un elefante albino, mientras que una bandada de murciélagos se convertía en flamencos prehistóricos.

Luego, regresó la realidad. ¿Cómo voy a poder ver ahí abajo?, protestó Loyd. Su mano levantó una linterna a la altura de su rostro —no podía recordar que el dios la hubiera recogido—, pero cuando apretó el botón no surgió ningún rayo de luz. Aquel estúpido instrumento era inútil.

Esto no servirá, le dijo Loyd al dios de los antepasados.

Agarou contestó: *¿Necesitan ojos los dioses para ver en vuestra oscuridad material? Nosotros poseemos la segunda visión de la divinidad.*

Pero...

Cierra la boca, estúpido. No me incordies más.

Y Agarou se echó a reír ante la timidez y falta de fe de su caballo humano, y lo espoleó hacia los matorrales a través de los cuales Héctor solía entrar en las cuevas y lo hizo deslizarse por la pendiente que conducía hacia la total oscuridad y hacía el frío aliento del pasado enterrado.

¡No puedo ver!, le gritó Loyd a su jinete *vaudun*.

¡Abre los ojos, estúpido! ¡Abre los ojos!

Sin darse cuenta de que los había tenido cerrados, Loyd abrió los ojos. Podía ver. Sin embargo, lo que vio llegó a su vista como a través de una iluminación ultravioleta. Las paredes de la cueva tenían un resplandor plateado y púrpura-rojizo, como si cada fractura de roca emitiera una sudorosa veta de mercurio líquido o de uva gelatinosa. Con objeto de distinguir el tamaño y la forma de los objetos que lo rodeaban, Loyd tenía que mirarlos periféricamente. La vista directa hacía que lo que tratara de ver se disolviera en una especie de neblina informe. Como consecuencia de ello, para penetrar los secretos del resplandor ultravioleta se veía obligado a efectuar constantemente tomas dobles, ya fueran rápidas o lentas, levantando o bajando los ojos, agachándose o haciendo una finta. Se sentía como un alma perdida en el infierno.

Yagaza, le corrigió Agarou. Era África. La vida después.

En ese momento, comprendió que Agarou le había permitido que su propia conciencia recuperara el control de su cuerpo. Todavía estaba poseído —el *loa* no había desmontado, sino que simplemente había soltado las riendas—, pero ahora su propia peculiaridad como Loyd disponía de libertad para dirigir sus pasos hacia aquí o hacia allá, en medio de estas extrañas cuevas. Agarou se había retirado para adoptar una posición de espectador, por detrás de sus ojos —indudablemente, era él quien le permitía ver—. En consecuencia, lo que contaba ahora era Loyd, antes que el *loa*.

Se hará lo que decida mi voluntad, pensó Loyd. Ha llegado mi reino, y es el infierno, antes que el cielo...

Las sombras ultravioleta le dijeron que no se encontraba a solas. Se hallaba rodeado por fantasmas habilinos, una partida de caza compuesta por hombres desnudos del Pleistoceno Superior. Caminaba entre ellos con su reluciente toga bautismal de batista, como un santo iluminado por el sol en un pozo de tiempo resurgido. Se dijo a sí mismo que debía detenerse, retroceder y salir de la penumbra por el mismo camino por donde había entrado, pero los habilinos que le rodeaban lo llevaron hacia adelante en contra de su voluntad. Mi voluntad, pensó. No puedo hacer mi voluntad. Estoy haciendo la suya. Y aunque marchaba entre ellos con libertad aparente, una cabeza y media más alto que cualquiera de esos fantasmagóricos homínidos, no le quedaba otra alternativa que seguir su mismo camino y desear ir vestido de una forma menos llamativa, y ser más pequeño de lo que era. Y cuando los habilinos echaron a correr, lo arrastraron consigo, y se tambaleó por encima de ellos como una efigie sobre andas en una procesión religiosa.

Se encontraban en las cuevas y, sin embargo, también estaban en un arroyo seco en el *vela* africano. Las pinturas que Loyd había fotografiado giraban sobre las paredes del arroyo como fisuras y líneas falsas, como intrusiones y depósitos aluviales. Los habilinos seguían la pista de una posible presa; llevaban garrotes de hueso y primitivos cuchillos de piedra. Una de las sombras de dos piernas que avanzaba por delante de Loyd arrojó su bastón, que desapareció en la oscuridad. Golpeó algo; «eso» emitió un gañido de dolor que arrancó ecos. Guiados por ese gañido, se arrojaron más garrotes. Si Loyd podía basarse en los lastimeros sonidos que siguieron, muchas de las armas arrojadas debieron de dar en el blanco. El nerviosismo aumentó entre los homínidos; Loyd fue arrastrado con mayor rapidez que antes.

Un pozo de gravedad, pensó. Una singularidad. Estoy siendo absorbido en una noche sin fondo, junto con una horda de espíritus protohumanos...

Estos ágiles fantasmas se desparramaron y se apartaron de él para dirigirse contra su presa, dejándolo en la oscuridad, confundido y con la respiración agitada. Ahora, si lo deseaba, podría dar media vuelta y arrastrarse hacia la salida. No. No podía. Se sentía atenazado por la curiosidad de ver qué era lo que habían capturado los habilinos aquí, en este bolsillo de espacio-tiempo. Tenía que ver por sí mismo a su misteriosa víctima, si es que se tratara realmente de ver. Y así, semiconsciente en su túnica salpicada de sangre, mordiéndose el labio partido, caminó en dirección al lugar hacia donde parecían haberse dirigido los habilinos.

Gradualmente la extraña luz rojiza se extendió también sobre ese lugar oculto, y se abrió

paso por entre los aturridos cazadores para contemplar la presa.

Se trataba de una hiena monstruosa, un espécimen prehistórico. O más bien de una criatura casi humana, con la cabeza de una hiena. Bajo aquella débil luz, Loyd tuvo problemas para decidir qué era en realidad. Fuera lo que fuese, la extrañeza de su anatomía había hecho que los habilinos se detuvieran en seco. Estaba sentada contra un saliente coronado de roca, como un hombre que tratara de recuperarse después de una larga carrera. ¿Hiena u homínido? La cabeza transmitía un mensaje, el cuerpo otro. Pecho, brazos, pelvis y piernas sugerían vagamente la figura de un primate deforme, pero las orejas, el hocico y los dientes indicaban que era una hiena..., un perro... o un chacal. Los ojos mostraban un suplicante y humano parpadeo que contribuía a confundir más las cosas. Los habilinos sabían que, en su experiencia, ninguna hiena herida habría asumido jamás una postura similar a la humana, y se mostraban cautelosos ante la bestia.

De repente, Loyd comprendió que esto ya había sucedido realmente alguna otra vez.

Con la bendición de Agarou, soy testigo de lo que un verdadero grupo de cazadores habilinos pudieron contemplar en África hace dos millones de años. Para ellos, esto es un acontecimiento arquetípico. Los definió como humanos, antes del advenimiento del lenguaje, en un sentido espiritual o metafísico. Y ellos lo saben...

Exhausta y sangrante, la hiena-homínido se incorporó sobre los pies. Se enderezó alta sobre los cazadores. Aunque sólo por un poco, era incluso más alta que el propio Loyd. Aunque, por todas las señales objetivas, la criatura se hallaba a merced de los habilinos, éstos no hicieron el menor intento por darle el golpe de muerte. La criatura les imponía respeto. Al humillarlos con su altura mayestática y la indiferencia ante su propio sufrimiento, los desarmaba por completo. Loyd estaba asustado. Sentía deseos de echar a correr, pero los habilinos, anticipando la revelación, se mantuvieron en sus puestos. Esta extraña situación se prolongó.

Finalmente, la hiena-homínido inclinó su cabeza similar a la de un perro. Este gesto de resignación, reverencia o rendición del cuerpo se transformó en algo más, en un acto grotesco y conmovedor a la vez. La criatura, que extendió los brazos y se sujetó a la roca que tenía atrás para encontrar apoyo, siguió inclinándose hacia adelante, hasta que el hocico le rozó el pecho izquierdo. Las vértebras de la nuca y la espina dorsal se tensaron contra su estirado pellejo. Luego, con una sacudida de la cabeza, la criatura desgarró la carne de su propio músculo pectoral. Después se enderezó, apartó una mano de la pared, y de la estrecha herida que se había producido se arrancó su propio corazón, vividamente latente, que extendió hacia los maravillados fantasmas habilinos, como en una ofrenda de amor y validación. Todos aquellos que tomaran parte de ella sabrían que la Mente implícita en la Naturaleza había afirmado conscientemente sus vidas por medio de este mensajero con cabeza de hiena. Su salvación se encontraba en este conocimiento, y en su habilidad para vivir armoniosamente los unos con los otros en un mundo necesariamente imperfecto.

Vamos, desafiaba la hiena-homínido a sus perseguidores, mientras les ofrecía su corazón. Tomad y participad de la sangre de mi vida.

El más grande de los habilinos, el macho alfa de esta espectral partida de caza, se adelantó para aceptar la oferta. Empequeñecido por el mensajero con cabeza de perro, probó el corazón. Una vez que hubo tragado, entregó el corazón a cada uno de los miembros expectantes del grupo, y ellos también se llevaron el órgano palpitante a las bocas y lo mordieron y tomaron una parte viva de su milagrosa presa. Loyd no pudo hacer otra cosa que observar. Ninguno de los habilinos le entregó el corazón —sin lugar a dudas lo consideraban como extraño a su mundo, demasiado extraño como para beneficiarse de su rito—, y sintió gratitud hacia ellos por ignorar su presencia. Una vez que el corazón quedó totalmente devorado, la penumbra de las catacumbas absorbió a los homínidos en sí misma, y Loyd se encontró a solas con la criatura que había sacrificado su corazón para alimentar a un pequeño grupo de malhumorados pero nada preposeídos antepasados humanos.

Agarou, el dios *vaudun* de los antepasados, había mediatizado esta confrontación en el

ámbito inmaterial de Yagaza; pero ahora era Loyd el que tenía que afrontar a la hiena homínido y exigir de ella alguna explicación de su comportamiento. Volvió a experimentar temor. ¿Qué autoridad tenía para interrogar a un ser así? ¿Qué respuestas cabía esperar de él, si es que le daba alguna? La luz plateada y carmesí de las cuevas se fundió alrededor de los dos como un útero en contracción...

LOYD: ¿Quién eres?

(La hiena-homínido se limita a reír. Su degradante risa animalesca arranca ecos en la semipenumbra, como una enorme espiral que se desenroscara.)

LOYD (aprensivamente insistente): He dicho, ¿quién eres?

YO SOY: Los nombres no sirven de nada. Si quieres, llámame Yagaza, o Señor, o Logos, o incluso *Anima Mundi*. Ninguno de esos títulos encaja de forma absoluta, pero si tienes que disponer de un nombre, elige algo que no me empequeñezca.

LOYD: ¿Dios?

YO SOY: En este contexto sería más apropiado Yagaza. Al fin y al cabo, soy el dios de Adán, es decir, de Adán Montaraz. Pero, últimamente, también lo soy tuyo.

LOYD: Creía que Yagaza significaba África, o bien la vida después de la muerte.

YO SOY: En el esquema *vaudun* de las cosas, eso es lo que significa. Pero como estás aquí a través de los buenos oficios de Agarou, quizá debiéramos honrarle y adoptar la terminología *vaudun*. Sin ese ritual no podríamos estar hablando como lo hacemos.

LOYD: No puedo llamarte Yagaza. Yo no soy vuduísta, sino sólo una víctima de la posesión. Y tú, puedes llamarte a ti mismo dios de Adán, pero lo único que yo veo, al ladear y adelantar la cabeza, es una quimera sin corazón: en parte hombre-mono, y en parte carroñero africano.

(El ser con cabeza de hiena se endereza y sitúa las palmas de las manos contra sus mejillas. Se levanta el rostro como si fuera una máscara, y revela el horror de un semblante humano que ha sido reventado en sus tres cuartas partes por una bala del calibre 38. Loyd recuerda a Craig Puddicombe en el aparcamiento situado detrás de Abraxas; no puede comprender por qué Dios elegiría aparecer ante él a la manera mutilada de un asesino muerto. Intenta darse la vuelta, pero no puede conseguir que su cuerpo poseído obedezca ni siquiera a la más sencilla de sus órdenes internas.)

LOYD: Por favor, no me obligues a verte así. Es mucho más cruel de lo que te imaginas.

YO SOY (vuelve a la máscara de hiena): Lo dudo. Lo que sucede es que no deseo desprenderme de mi parte de responsabilidad en cuestiones que debes considerar como terribles manifestaciones del mal. Yo no las ordeno explícitamente, pero tampoco puedo contrarrestarlas arbitrariamente sin sabotear la creación misma.

LOYD: Pero puedes inyectarte en los asuntos de tu creación temporal, ¿verdad? Lo hiciste así con tu revelación de hiena-homínido ante los antepasados pleistocénicos de Adán. Acabas de permitirme ser testigo de una representación de ese «acontecimiento de revelación».

YO SOY: Lo que te he permitido ver es una alegoría de aquel acontecimiento, que fuera inteligible para tu comprensión humana contemporánea. Si te hubiera ofrecido una representación del acontecimiento tal como ocurrió, lo habrías malinterpretado por completo, y lo más probable es que hubieras pasado totalmente por alto su aspecto sagrado.

LOYD: Pero estuviste allí, ¿verdad? Te manifestaste en la historia del planeta, por lo demás mundana. Te apareciste ante un pequeño grupo de habilinos, a quienes la mayoría de nosotros despreciaríamos ahora como subhumanos.

YO SOY: Así lo hice.

LOYD: ¿Por qué?

YO SOY: Tú ya te me has anticipado: para demostrar mi amor por ellos. Para afirmarlos. Para convalidar sus esfuerzos por sobrevivir y evolucionar.

LOYD: ¿Es posible que tu aparición ante ellos haya podido tener algún efecto mensurable? Al principio los aterrorizaste. Momentáneamente, les hiciste olvidarse de su terror al aplacar su hambre. Seguramente eso es todo.

YO SOY: Los restos de los esclavos de Rutherford: Adán, Erzulie, Héctor, Tous-saint, Dégrasse y Alberoi, demuestran que sí tuvo un efecto duradero. Continuaron celebrando mi primera encarnación casi humana al observar la noche del sábado vudú. De hecho, tú mismo celebraste ese acontecimiento fundamental con ellos. Poseído por Agarou, el dios de los antepasados, eres un devoto *vaudun* aun a pesar de ti mismo, Paul.

LOYD: Pero... ¿y si no quedara ningún resto de los antepasados? ¿Y si la especie conocida como *homo habilis* se hubiera extinguido aproximadamente cuando la mayoría de paleoantropólogos supusieron que se extinguió, hace dos millones de años?

YO SOY: ¿Opinas que el árbol que cae hace ruido aun si no hay nadie presente para registrar el ruido? Sí. El ruido existe como una potencialidad receptiva en las ondas de sonido generadas por el impacto del árbol contra el suelo. El hecho de que yo fuera recibido por criaturas ahora muertas, apenas es suficiente para demostrar que no fui recibido en absoluto. Me aparecí ante ellas, y ellas supieron que habían sido bendecidas (convalidadas, si así lo prefieres) por mi santa preocupación.

LOYD (sacudiendo la cabeza): Imposible.

YO SOY: ¿Hierde tu vanidad el pensar que el *homo sapiens* no fue la primera especie homínida en experimentar el sagrado acontecimiento de la revelación?

LOYD: Me confundes, Yagaza. Francamente, no estoy en modo alguno seguro de que el *homo sapiens* haya experimentado ese acontecimiento. Y francamente, lo dudo. Francamente, siempre lo he dudado.

YO SOY (se echa a reír con la voz melancólicamente alegre de la hiena): ¿Qué me dices entonces de esto, Paul? ¿Qué te está sucediendo ahora?

LOYD: Estoy poseído. Sueño. Hablo con un oscuro y sardónico rincón de mi propia conciencia, no con Dios; y que Dios me perdone.

YO SOY: Pero Dios ocupa un rincón de tu propia conciencia, ¿verdad? Si Dios te creó, entonces tiene un derecho sobre todos los sistemas psicoespirituales que configuran tu identidad. Tú eres uno de mis medios más valiosos para comprenderme a mí mismo, junto con todas las demás entidades autoconscientes, terrestres o no, de una creación en permanente búsqueda. Deberías aprovechar la ventaja de tu sueño, de tu posesión, para ayudarme en esta búsqueda autorreflexiva.

LOYD: Tú mismo dijiste que eras el dios de Adán. ¿Por qué? ¿Porque apareciste en la forma de hiena-homínido ante sus antepasados?

YO SOY: En parte, ciertamente. Pero también porque en su búsqueda de un elemento de lo sagrado que añadir a su filosofía batesoniana del holismo evolutivo, a la que le falta esa dimensión, decidió volver a postular a Dios. Yo soy el Dios que Es, pero también soy el dios que Adán volvió humildemente a postular. Tu especie siente avidez por lo sagrado, algo que se remonta a los tiempos del Pleistoceno; no surge en ausencia de una carne espiritual satisfecha, sino en respuesta a su disponibilidad en el milagroso matadero de la creación. Yo soy esa carne. Yo soy el arquitecto del matadero sagrado. Quienes se niegan a ignorar su hambre, terminarán por encontrarme.

LOYD: Adán le dijo a Alistair Patrick Blair que tienes tanto un aspecto intemporal como una necesaria temporalidad, que te hace participar en los actos del mundo material, atados al tiempo. ¿Es eso cierto? Parece paradójico, probablemente incluso imposible.

YO SOY: ¿Como un hombre que tiene simultáneamente una cabeza y no la tiene?

LOYD: Exactamente. Esa fue precisamente la objeción de Blair.

YO SOY: Bueno, mi aspecto temporal difícilmente exija una prolongada justificación, ¿no te parece? En ese aspecto, o en una manifestación del mismo, es como yo hablo ahora contigo. Y en una manifestación de ese aspecto, poseo tanto la cabeza de una hiena como el rostro mutilado del hombre que mató a tu ahijado. Y, por si lo quieres saber, no tengo cabeza alguna.

LOYD: Está bien. Muy bien. Si conversas conmigo, es evidente que dependes del flujo del tiempo para lograr esa comunicación. Pero ¿cómo puedes tener simultáneamente...? Ah, pero esa no es la palabra adecuada. ¿Cómo puedes tener la cualidad de intemporal, que te sitúa fuera, o por encima de las cosas que suceden, y a la vez ocuparte de las fruslerías del universo físico?

YO SOY: Como quiera que tú mismo eres un prisionero del tiempo, Paul, esto va a ser algo difícil de explicar. No estás bien equipado para comprender lo intemporal.

LOYD: Oh, ya veo. Estás buscando una forma de salir del paso.

YO SOY: En absoluto. Si aceptas el principio de incertidumbre de Heisenberg en su aplicación específica a la teoría de los cuantos, por la que uno puede saber si una partícula subatómica se mueve o cómo se mueve, pero no se pueden conocer ambos atributos al mismo tiempo, ¿por qué no puedes adoptar un principio de incertidumbre similar para un concepto tan grandioso e inefable como el de Dios?

»O, por emplear otra analogía, si la luz puede ser una partícula o una onda, dependiendo de la perspectiva y de las intenciones del observador, ¿por qué no puede ser Dios un ser temporal dentro del contexto de la creación, y una entidad intemporal en su orientación por encima y por fuera del universo de la materia y la mutabilidad? La suposición de que tiene que ser o una cosa o la otra no es más que un reflejo de las limitaciones humanas, que surgen no sólo de la capacidad finita de la comprensión humana, sino también de vuestra inmersión existencial en el tiempo mismo.

LOYD: Eso no es justo. Un hombre que se ha pasado la mayor parte de su vida adulta dedicado a preparar recetas, pastel de queso y platos de pasta no debería tener que discutir de teología con Dios.

YO SOY: ¿Quién mejor que tú para ello, Paul? Una persona que ha alimentado a publicanos y pecadores, a sociólogos y habilinos, que sabe tanto de lo que significa satisfacer el hambre, como de fracasar en cumplir esa tarea...

LOYD: Está bien, está bien. Has mencionado las partículas subatómicas, y nuestra capacidad para conocer su localización o su movimiento, pero no las dos cosas a la vez. Y has mencionado que la luz puede ser una partícula o una onda, dependiendo de lo que el observador intente averiguar. Pero esas analogías se desmoronan en esta situación, porque los átomos y la luz son fenómenos temporales en sí mismos. No tienen ningún atributo intemporal.

YO SOY: Felicidades por subrayar lo evidente. ¿Conoces algún fenómeno que no se halle en último término atado al tiempo o determinado por el tiempo?

LOYD (mortificado): Me temo que no.

YO SOY: Entonces quizá puedas aceptar tu dificultad de comprender lo que intento explicarte. Si pudieras pensar en algún ejemplo, trataría de elaborarlo para transformarlo en una metáfora ilustrativa para referirme a la intemporalidad y temporalidad coincidentes de Dios. Pero puesto que no puedes, me veo constreñido a emplear fenómenos que operan dentro de la dimensión del tiempo. Como consecuencia de ello, todo lo que pueda decirte no será más que una aproximación a algo ampliamente inexpresable.

LOYD: Adelante. Intentaré seguirte.

YO SOY: Sólo en mi aspecto intemporal, en mi identidad supratemporal, soy extraordinariamente puro. Allí soy perfecto, realizado, lo sé todo y soy inmutable. Lo que sé

nunca se altera, porque lo abarca todo, hasta el «final» del «tiempo», o sea la totalidad de los cambios pasados, presentes y futuros en el universo físico. El tiempo (es decir, el espacio-tiempo) se inició ante mi ímpetu deliberado, en los límites entre lo intemporal y la temporalidad. Y un buen día (en términos temporales figurativos) daré punto final al tiempo, al permitir que siga el curso que yo ya he calibrado y medido de forma omnisciente. Con ello, subsumiré necesariamente mis avatares temporales, y una vez más volveré simplemente a SER, quizá desde la eternidad hasta la eternidad. No puedo ser más específico, porque mi propia inmersión en el flujo del tiempo universal nubla mi clarividencia. Atrapado aquí contigo, veo como a través de un vidrio oscuro; pero con una visión que, en comparación con la tuya, es prístina y prelúcida**.

LOYD: ¿Y por qué una divinidad que es perfecta, realizada, que lo sabe todo y que es inmutable se molestaría en inflar el globo del cosmos físico? ¿No se trata acaso de un acto caprichoso? ¿De un derroche innecesario de energía?

YO SOY: Me gusta tu metáfora. Posee una espontaneidad festiva que está totalmente de acuerdo con las motivaciones de Dios en mi aspecto intemporal. Esas motivaciones son complejas, innatas e inmutables, pero se centran en el impulso de celebrar mi autoconciencia con conciencias vivas fuera de mí mismo. Este impulso exige una creación física, el Big Bang que dio nacimiento al espacio-tiempo y finalmente a las poblaciones galácticas.

LOYD: ¿Cómo puedes decir que un Dios que tiene impulsos está «realizado»?

YO SOY: En términos temporales, no puedo explicarlo. Pero los términos temporales es todo lo que tenemos aquí a nuestra disposición. Quizá sea más exacto decir que incluso en mi aspecto intemporal poseo el atributo positivo de la generosidad. Sin embargo, en ausencia de beneficiarios, nadie, excepto yo mismo, podría documentar mi posesión de este rasgo. En consecuencia, inflé el globo del cosmos para afirmar el hecho de mi generosidad, que de otro modo no habría tenido sentido. No necesitaba hacerlo así, sino que lo deseé. Incluso esto se queda muy corto con respecto a la realidad, Paul, pero aquí y ahora apenas si puedo explicarlo de mejor modo.

LOYD: No importa. ¿Qué me dices del sufrimiento, de la muerte y la injusticia? ¿Cómo relacionas el asesinato de un niño inocente con tu hipotética generosidad como el Dios más allá del tiempo?

YO SOY: No lo hago. Ni siquiera lo intento. Toda creación secundaria de cualquier complejidad es defectuosa. Dentro de ella pueden producirse perfecciones de diversas y maravillosas clases, claro está, pero el conjunto que lo abarca todo..., bueno, sus imperfecciones son igualmente numerosas. De hecho, algunas de las perfecciones dependen de imperfecciones. El justo reconoce la justicia mediante una desgraciada exposición a lo opuesto. El sabio destila su...

LOYD (hace un gesto con la mano en la gelatinosa luz): Ya he oído eso antes. Es una receta para consuelo de carroñeros, para dioses de perros.

YO SOY: Lo que tienes que recordar es que la Mente que empujó sus diversos ecosistemas hacia la evolución de la conciencia consciente de sí misma, lo hizo así a partir de una inexpresable generosidad, sin que importe lo terrible que parezca el mundo a veces, lo cruel o sin sentido que pueda parecer.

LOYD: Una pesada vanidad, quieres decir.

YO SOY: Y la Mente intemporal, cuyos avatares temporales se introdujeron en la Creación para configurarla y dirigirla a su forma débil..., bueno, esa Mente las liberó como anticuerpos en el cuerpo asediado del mundo. Allí ayudan a las criaturas sensibles de fe y de bien, que neutralizarán los venenos de la entropía y el accidente. Vine por esa razón. Como lo hizo Buda, Jesús de Nazaret, Gandhi y quizá hasta el habilino al que has conocido como Adán Montaraz. En cualquier caso, Paul, Adán vino para extender la familia de la humanidad. Vino para demostrar, mediante su lucha por alcanzar la revelación personal, la interconexión que

* Cita bíblica:

existe en la Creación.

LOYD (debatándose en el útero de la oscuridad visible que lo contiene): Bien, pues yo te maldigo en tu impotente aspecto intemporal. Los santos físicos que nos has enviado no son más que charlatanes. Habría sido mucho mejor que no hubiéramos tenido que sufrir nunca tan cruelmente a causa de las imperfecciones incluidas en tu fracasada Creación.

YO SOY: Nada de eso. Nada de eso.

(Yagaza, el dios-perro, toma las manos de Loyd y se las aferra a sus costados; el hocico de la criatura erguida se balancea a pocos centímetros del rostro del hombre poseído. Loyd percibe el hedor a carroña que surge de su aliento, el hedor inconfundible de los rasgos humanos en descomposición, los de Craig Puddicombe, por detrás de su máscara de hiena. Se agarra con una mano a la herida abierta en el pecho de la criatura y aparta el rostro.)

LOYD (burlonamente): Nada de eso, nada de eso... Dime, ¿cómo mejora nuestro destino el hecho de saber que Dios posee un aspecto temporal y uno intemporal, Yagaza? ¿Qué diferencia, qué maldita diferencia representa eso?

YO SOY: Al volver a postularme como el Alfa y el Omega, como el supremo concepto holístico primigenio y último, puedes volver a creer en mí. Puedes redescubrir en mí el terreno de tu propia existencia.

LOYD (forcejeando en las poderosas manos de Yagaza): ¿Y para qué demonios hacerlo?

YO SOY: Para darte cuenta de que fuiste engendrado por una Benevolencia multidimensional y paratemporal, y de que hasta tus tormentos aparentemente más sin sentido realmente significan algo, Paul. Resuenan para siempre en la Mente de Dios, que lo abarca todo.

LOYD (sollozando amargamente): Hurra por nuestros tormentos resonantes. Hurra, hurra. Qué alivio, qué gran alivio...

El hombre poseído se dejó caer pesadamente del abrazo inmaterial de Yagaza. Mientras tanto, Agarou, dios de los antepasados, surgió de la profunda gruta psíquica a la que antes se había retirado deliberadamente, para volver a montar el cuerpo de Paul Loyd. Su intención consistía en volver a llevar a su caballo humano de regreso al ámbito lluvioso de Prix-des-Yeux y su *houngfor*. Recuperar de nuevo el control no le resultó duro. Como a Loyd le quedaba tan poco espíritu de lucha, Agarou dominó con facilidad las defensas del hombre, ocupó su mente sobrecargada y miró hacia el exterior a través de sus ojos. Descubrió que Loyd se hallaba sentado, a los pies de la agonizante estatua del *homo habilis primus*. Una de las manos de Loyd se aferraba tenazmente a! falo de piedra de la estatua, aparentemente para no caerse.

Sal de mí, le dijo Loyd a Agarou. Estoy cansado y siento náuseas por el egoísta doble juego de los dioses.

El que va a liberarte viene ahora, le dijo Agarou. *Paciencia*.

Loyd miró a través de los ojos del *loa* —de sus propios ojos, si es que lograba recuperarlos— hacia los rayos de luz de linterna que se entrecruzaban en el pozo de entrada al sistema de cavernas. Un pequeño grupo de personas se aproximaba a él. Pudo verlas en forma de débiles siluetas por detrás o a los costados de los balanceantes rayos de luz de las linternas. Eran figuras de carne y hueso —no fantasmas habilinos—, y cuanto más se acercaban a él, más palpable y realista se hacía la luz que las acompañaba. La oscuridad de las catacumbas empezó a hacer retroceder su personaje ultravioleta hacia la débil arenisca del espectro visible. Eso significaba que se debilitaba la posesión en que lo tenía atrapado Agarou.

Caroline se arrodilló a su lado. Adán se arrodilló a su lado. Sus ropas estaban empañadas, sus rostros salpicados de gotas tropicales. Por detrás de ellos, mirándole desde arriba, había dos hombres de aspecto siniestro, que Loyd no pudo situar y cuyas posturas indicaban una impaciencia beligerante y una actitud de alerta. Llevaban armas, rifles o subfusiles. Hasta el *loa* que lo poseía retrocedía ante la imagen sombreada de estas figuras, y Loyd hizo esfuerzos

por enfocar la vista sobre Caroline y su protector habilino. Caroline tenía el aspecto de un ángel ahogado; Adán el de un refugiado de un escenario de una película musical de Hollywood de los años treinta, en la que interviniera Fred Astaire. Era el traje de etiqueta y el sombrero de copa los que hacían que pareciera así.

—Ven adelante, Paul —le urgió Adán con su más ronco susurro—. Ven hacia adelante y recupérate de tu posesión por parte de Agarou, dios de los antepasados.

Me enderecé, todavía sentado. Desconcertado, solté la suave y lustrosa verga de la estatua, por detrás de mí. Parpadeé contra los rayos de luz de las linternas de los hombres armados, que me miraban con iguales medidas de curiosidad y desprecio.

—¿Qué demonios sucede?

Caroline me besó en la frente. Hizo un gesto con la cabeza en dirección al hombre de seguridad más cercano, que llevaba una boina.

—¿Recuerdas al teniente Bacalou, Paul? Lo conocimos en el barco, cuando veníamos desde Cap-Haitien.

—Hola otra vez —dijo el teniente Bacalou, al tiempo que me saludaba con un breve gesto de asentimiento de la cabeza.

Su rostro sólo me era parcialmente visible, pero imaginé que me dirigió una rápida sonrisa de superioridad. Medio mareado, intenté ponerme de pie; Caroline y Adán hicieron lo que pudieron por ayudarme. Con su apoyo lo conseguí, pero me balanceé momentáneamente como un tentempié después de haber sido golpeado. Al fin y al cabo, hacía apenas cinco minutos que había hablado con Dios, que había discutido con él en un debate metafísico emocional que me había agotado extraordinariamente.

Encontrarme ahora con este par de ceñudos *tonton macoutes*, que apuntaban a mi esposa y a mi amigo, parecía una débil variación de la pesadilla que ya había tenido lugar en Beulah Fork: E. L. Teavers y el Klan antes, el teniente Bacalou y otros de los esbirros de Baby Doc armado con un rifle ahora. Eran como imágenes reflejadas en un espejo. O quizá esta cueva era la habitación oscura en la que se revelarían los negativos de estos *macoutes*, serios como perniciosas dobles exposiciones. No importaba a dónde nos dirigiéramos, no podíamos escapar de la implacable persecución de los zelotes.

—Está bien —conseguí decir—. Dime algo sobre lo que pasa.

Caroline me explicó que el teniente Bacalou y sus hombres habían penetrado violentamente en el *houngfor* poco después de que yo, como montura humana de Agarou, lo hubiera abandonado. La lluvia y mi repentina partida los habían obligado a actuar, y tuvieron que dar a conocer su presencia antes de que el teniente hubiera podido evaluar la situación a su entera satisfacción. Así pues, y por pura casualidad, los *macoutes* habían interrumpido la ceremonia *vaudun* exactamente en el momento adecuado para frustrar los esfuerzos de Damballa, el dios de la lluvia, y de su esposa Alda Ovedo por poseer a Brian y a Caroline.

Casi me alegré al enterarme de esto. Me resultaba repugnante la idea de que Caroline fuera la consorte del antropólogo, incluso en el mundo en penumbras de los *loa*. Los hombres al mando de Bacalou habían penetrado tan inesperadamente en el peristilo, que Ruth-Claire había gritado, y los habilinos se habían dejado llevar por el pánico. Tous-saint estaba muerto. Había atacado al primer hombre que entró en la *tonnelle* —que no fue Bacalou, sino un agente del puesto de seguridad de Pointe d'Inagua—, y el hombre le había disparado a bocajarro con su fusil ametrallador. En la confusión resultante, Alberoi y Dégrasse derribaron la pared situada a espaldas de la plataforma de los tambores y escaparon a la noche.

—¿Y Erzulie? ¿Y Héctor?

—Están bien —me aseguró Caroline—. Están bajo arresto, en un rincón seco. Brian y Ruth-Claire están con ellos allá abajo, también vigilados.

Miré a Bacalou.

—¿Es que ha traído todo un ejército con usted?

—Ni siquiera un pelotón —contestó, con fácil ironía—. Al principio, señor Loyd, sólo fuimos Philomé y yo quienes seguimos a las dos mujeres y al hombre de la Austin-Antilles hasta aquí, desde Rutherford's Port... —hizo oscilar en arco el rayo de luz de la linterna y éste iluminó brevemente el duro rostro de su compañero—. Señor Loyd, le presento a Philomé Bobo.

—*Enchanté* —dijo Bobo; pero si su tono de voz me causó alguna impresión, no fue precisamente la de que se sintiera encantado.

—Llegados al borde del campamento *cigouave* —siguió diciendo Bacalou—, envié a Philomé de regreso montaña abajo, para que trajera refuerzos desde Pointe d'Inagua. A la vista de las cabañas ¿quién sabía cuántos demonios podían habitar allí? Afortunadamente, Philomé no tardó en regresar con Charlemagne y Jean-Gerard, casi a tiempo para verle a usted abandonar el *houngfor* con un *loa* a su espalda. Fue necesario esperar la suficiente ayuda para estar plenamente preparados.

—Sería usted un excelente boy scout —le dije.

Bacalou ignoró el cumplido.

—Naturalmente, seguíamos sin saber cuántos *cigouaves* vivían allí. Podrían haber sido docenas, ¿verdad? Esta *cáverne*... es muy grande.

—Sin contarme a mí, sólo cinco de los de mi pueblo quedaban en todo el mundo —dijo Adán—. Usted asesinó a Tous-saint. Ahora sólo quedan cuatro.

—*Peut-être* —admitió el teniente—. Quizá. Pero lo que hizo Philomé no fue un asesinato, *monsieur* Montaraz. Fue un acto reflejo de autodefensa —hizo un gesto de asentimiento a su compañero.

La conversación posterior reveló que, mientras mantenían encañonados al resto de los ocupantes del *houngfor*, el teniente Bacalou y sus hombres habían decidido que tenían que encontrarme para someterme a interrogatorio. Adán y Caroline se ofrecieron voluntarios para conducir a los *macoutes* hacia donde yo estaba; Adán porque lo sabía y Caroline porque temía por mi seguridad en mi estado de hombre poseído. Subir colina arriba no había sido fácil, envueltos por la lluvia y la oscuridad, como tampoco lo fue el tortuoso camino a través de la empalizada de goteantes árboles de pelo negro, pero finalmente llegaron a la entrada de la caverna y allí estaban ahora. Sus ropas rasgadas y empapadas eran testimonio de los dolores que habían tenido que sufrir para encontrarme. Ahora, me dijo Caroline, todos podíamos permanecer detenidos pero juntos.

—¿Y por qué estamos detenidos? —exigí saber—. ¿Qué hemos hecho?

El teniente Bacalou lo consideró un momento antes de contestar.

—Ustedes han ayudado e instigado a los *cigouaves* que, durante el régimen anterior, cometieron numerosas traiciones contra el gobierno de Papá Doc. La orden de librar la isla de todos ellos nunca ha sido oficialmente revocada. Podríamos matar a esos dos que han quedado allá abajo, y también a ustedes, sus cómplices, así como a cualquier otro demonio que encontremos en este impresionante agujero, y hacerlo, además, con las bendiciones de Baby Doc y también, quizá, con las de la actual administración de los Estados Unidos.

—Eso lo dudo —dijo Caroline—. Si Ruth-Claire y Adán desaparecieran, se les echaría encima la opinión pública, una docena de congresistas estadounidenses y Amnesty International para saber por qué lo hicieron.

—Probablemente —concedió el teniente Bacalou—. Eso me hace temblar.

—Y no tiene ningún sentido matar a Héctor y a Erzulie, como tampoco lo tiene matar a Alberoi y a Dégrasse. Son los últimos que quedan de los restos de los esclavos de Rutherford, y cuando ellos mueran, teniente Bacalou, su especie habrá dejado de existir. Ellos sólo tratan de sobrevivir aquí, y no intentan derrocar a esa corrupta bañera de mantequilla que les paga

por aterrorizar a la ciudadanía.

Esa observación ofendió al teniente.

—No somos terroristas, señora Loyd. Somos policías. Mantenemos la paz.

—Un objetivo que se ha visto muy favorecido tras el asesinato de Tous-saint —replicó Caroline, enojada—. ¿Tiene usted alguna prueba de que él o los suyos hayan intentado siquiera producir el colapso del gobierno Duvalier?

—¿Cómo podría? —gritó Bacalou, al tiempo que hacía gestos con la linterna—. Hasta esta misma noche no tenía prueba alguna de que él u otros *cigouaves* continuaran existiendo.

—Por favor —intervino Adán—. Piense por un momento en lo que acaba de decir.

—¡La prueba de lo último es la prueba de lo primero! —declaró Bacalou. Luego, algo menos enfáticamente, añadió:—. Al menos ante los ojos de mis superiores.

Dirigió el haz de luz a la izquierda, hacia la estatua, e iluminó parte de los murales que relucían sobre las frías rocas y que se ondulaban a través de sus protuberancias y grietas.

—En cualquier caso, el colmo de su criminalidad, la de ellos y la de ustedes, amigos míos, es que todos han conspirado para mantener en un gran secreto este poderoso tesoro nacional. Han conspirado juntos para robarle al pueblo de Haití una de las verdaderas maravillas de su herencia cultural. Y eso es algo claramente criminal. Eso, por sí solo, exige su detención y castigo.

—Y una mierda —exclamé—. Esto es la verdadera maravilla de la resistencia y la creatividad de los habilinos. Pertenece al pueblo de Adán, no a Baby Doc o a las hordas de gruesos extranjeros que acudirían para ver el lugar si su secreto se diera a conocer. ¿Es eso lo que desea, teniente? ¿Pizza Hut y anuncios de neón, y vuelos de helicópteros, aquí mismo, en Pointe d'Inagua?

—*Mais non* —contestó el teniente Bacalou.

Se sentía muy desgraciado. Su compañero había matado a Tous-saint; él y los otros *macoutes* nos habían detenido sumariamente por delitos que al teniente le parecían difíciles de definir; y ahora el pobre hombre empezaba a considerar las catacumbas tan magníficamente decoradas como potenciales amenazas para la belleza agreste de esta península, el único dedo de la isla que aún no había sido avasallado por las plantaciones de café de la Austin-Antilles y sus instalaciones de lavado del grano.

¿Era más patriótico traicionar el secreto de las cuevas y comunicárselo a Baby Doc, o bien ocultárselo al gobierno por el bien de las gentes locales y de la vida silvestre indígena? Un influjo de nuevos turistas podría estimular la tambaleante economía de Haití, pero también ocasionaría nuevos y grandes quebraderos de cabeza al personal de seguridad encargado de proteger a los extranjeros. Y lo peor de todo era que los espías y agentes provocadores podrían utilizar ese flujo turístico como cobertura de sus propias y nefastas actividades. Las ramificaciones de ese dilema pesaban ahora intensamente sobre Bacalou.

—¿Qué va usted a hacer? —le preguntó Adán.

—Para ser un hombre con esta clase de trabajo, tengo demasiada educación —se lamentó—. No soy lo bastante despiadado.

—Philomé lo es —dijo Caroline, y me alegré de que el otro *macoute* no entendiera inglés—. Quizá debiera permitirle realizar otro «acto reflejo de autodefensa».

Se volvió y le sonrió al corpulento *volontaire*, como para demostrarle que no había pronunciado su nombre en vano, aunque eso era lo que había hecho.

—Permítanme ver esto un poco más —dijo Bacalou, ante la indirecta de Caroline.

Bruscamente, se dirigió hacia la rotonda, en el extremo del pasillo de la derecha. Los demás le seguimos. Tanto Philomé como el teniente iluminaron con sus linternas los techos y paredes de la vasta cámara, y Adán utilizó su lámpara de baterías para complementar las

débiles luces. Durante largo rato, nadie dijo nada. Los *macoutes* lo contemplaban todo maravillados. Caroline deslizó su brazo alrededor de mi cintura y me sostuvo al darse cuenta de que yo era presa del mareo, el peculiar cansancio sensorial que se apodera de alguien que ha sido recientemente poseído.

Cerré los ojos. Agarou estaba allí en la oscuridad, junto al dios hiena de los habilinos, y una vasta luz interior en expansión que reconocí inmediatamente como la firma de la Mente más allá del tiempo, que había lavado el cerebro de estas tres apariciones. ¿Qué tenía yo que ver con Beulah Fork, con Atlanta o con las frías cuevas de Montaraz? Sostenido amorosamente por Caroline, me hallaba vinculado por una unión temporal con la fuente de todo bienestar. Allí, liberado de mis prejuicios atados al tiempo, conocería y abrazaría a los muertos, desde los *australopithecus* de inclinaciones espirituales hasta los bolcheviques materialistas. Agamenón, Cleopatra, Francisco de Asís, la reina Isabel, Moctezuma, Feodor Dostoyevski, Jesse Owens, mis padres, Elvis Lamar Teavers, el Pequeño Paul, Nancy Teavers, Craig Puddicombe, Tous-saint... Todos ellos estarían allí, petrificados en el medio intemporal del Dios que lo abarcaba todo, del Pensamiento unificador y compasivo...

Adán le hablaba al teniente Bacalou. Le explicaba que esta exquisita cueva de arte de los habilinos necesitaba de un campeón. ¿Por qué no el propio teniente Bacalou? Sin duda alguna podría convencer a Philomé Bobo para que olvidara lo que había visto allí. O, si no lo olvidaba, al menos que fingiera haberlo olvidado. En cuanto a la pareja de *tontons macoutes* que todavía estaban en Prix-des-Yeux, el teniente ni siquiera tenía necesidad de contarles lo que había en estas cuevas. Desde luego que no. En lugar de eso, se podía decir que me habían encontrado caminando sin rumbo por la ladera de la montaña, o quizá acurrucado al abrigo de una roca, a varios metros por debajo de la cumbre. Anunciar la existencia de las cuevas sería como desatar sobre esta querida península el inevitable apocalipsis del desarrollo, la explotación, la publicidad y la ruina. ¿Y qué bien haría eso a todos?

—Ninguno —admitió el teniente Bacalou—. Pero es mi deber hacerlo. Las cosas no tienen por qué suceder exactamente como usted dice.

—Así es como sucederán —insistió Adán—. Usted y yo lo sabemos.

Iluminó otro histórico mural incandescente, otra encantadora escultura. El rapto alucinatorio de recorrer la cueva había empezado a apoderarse de todos nosotros, incluso del miserable teniente. Estaba fuera de sí de tanto respeto, pavor e indecisión.

—¿Qué debo hacer? —se preguntó en voz alta.

Adán intuyó que un soborno podría funcionar. Un soborno le proporcionaría a Bacalou el elemento racional material para: a) reprimir los estrictos dictados del deber, y b) rendirse a la llamada de su propia decencia natural. Entonces, sucintamente, Adán explicó que Caroline y yo íbamos a llevarnos a nuestro país una serie de lienzos pintados por los habilinos, para comercializarlos como las obras de un mítico pintor haitiano llamado François Fauvet. El propio Bacalou podía fingir ser Fauvet. A cambio de esa impostura recibiría una comisión sobre cada cuadro que se vendiera. Si la obra de Fauvet demostraba ser especialmente popular, Adán se ocuparía de que Bacalou fuera de gira por América del Norte con una exposición de «sus» pinturas. Además, y para evitar que Philomé Bobo revelara la estratagema a las autoridades, Adán financiaría la complicidad de Bobo al presentarlo como el amanuense y ayuda de cámara de Bacalou. De otro modo, claro, el teniente tendría que matar al hombre o acusarlo de ser un castrista clandestino, bogando por el establecimiento de un régimen marxista en Haití.

—Pero Philomé odia a Castro —nos dijo su superior.

—En ese caso, convénzalo de que sea su ayuda de cámara —dijo Adán—. Ambos pueden darse de baja en los Volontaires de la Sécurité Nationale. Utilizaré mi influencia para ayudarles. Sus vidas como artista y secretario les enriquecerán de forma increíble, tanto en el sentido espiritual como monetario.

Adán añadió que los dos podrían obtener una gran satisfacción privada del hecho de saber

que habían retrasado, si no impedido para siempre, la explotación comercial de las cuevas.

Después de reflexionar un momento, Bacalou dijo:

—No me gusta el nombre de Françoise Fauvet. Creo que eso suena un tanto a falso.

—¿Qué nombre prefiere entonces? —preguntó Adán.

—¿Por qué no mi propio nombre? Mi verdadero nombre, quiero decir, no mi *nom de guerre*.

—¿Y cuál es ese nombre?

—Marcel Sam —dijo el teniente—. No lo he utilizado desde que era un muchacho, pero ese es mi verdadero nombre. No es ningún invento, y resulta bastante bonito, ¿no le parece? —se volvió, para mirar a Caroline—. Un artista debería tener un nombre bonito.

—Muy bien —asintió Adán—. Que sea entonces Marcel Sam.

Pero la corta felicidad de Marcel Sam por haber encontrado esta solución no tardó en evaporarse. Se llevó la palma de la mano a la frente.

—Philomé está casado, tiene siete hijos. Para él no va a resultar fácil dimitir y convertirse en un ayuda de cámara dedicado a viajar.

—En ese caso, mátelo —le dije con impaciencia, medio en serio—. O deténgalo por castrista.

Adán negó con un gesto de la cabeza.

—No es necesario hacer nada tan desesperado. Ya se nos ocurrirá algo, monsieur Sam. Ya se nos ocurrirá algo.

Y, de hecho, se nos ocurrió. Regresamos a Prix-des-Yeux con el teniente Bacalou en el bolsillo y con el crédulo de su compañero convencido de que lo que acababa de ver no era sino un anexo subterráneo al complicado y secreto sistema de banco y almacén de la familia Duvalier, de cuya existencia en Montaraz no debería atreverse a hablar nunca. En el caso de que hablara de ello, pondría en peligro a su esposa y a sus siete hijos. Por el momento, al menos, también teníamos a Bobo en el bolsillo, víctima de una historia demasiado plausible como para despreciarla como mera fantasía.

La verdad, desagradable y banal, es que toda historia surgida de la conciencia individual —excepto quizá la de Dios— concluye con una muerte. Tous-saint había muerto. ¿Qué sabía yo en realidad sobre aquel pequeño hombre? Casi nada. De los cinco habilinos supervivientes que habían formado esa comunidad oculta en Pointe d'Inagua, Tous-saint había sido probablemente el que me había causado una menor impresión. Héctor, Erzulie, Dégrasse y Alberoi tenían todos minusvalías físicas o rasgos de personalidad que despertaron más rápidamente mi afecto y se grabaron antes en mi memoria. En contraste con ellos, Tous-saint era una cifra, un pequeño hombre de edad media y vientre abultado, sin ningún talento o idiosincrasia evidente que le ganara mis simpatías. Podía pintar, según me aseguró Adán, pero no le correspondía hacerlo en el mes de junio.

Así pues, de regreso a Prix-des-Yeux me sorprendió ver que Ruth-Claire había envuelto el cuerpo acribillado de Tous-saint en una sábana limpia, y que lo había dejado en la *tonnelle* para acariciarle la fría frente y llorar por él. Para mí apenas si tenía más importancia que la muerte de un perro pequeño, pero este habilino muerto había sido para Ruth-Claire una persona de..., bueno, de valor sagrado. Su historia particular había terminado, pero continuaba en el impacto que hubiera tenido en los demás, tanto si había sido intenso como modesto.

Una verdad banal. Una consolación banal.

Como enemigos que observaran un alto el fuego, los *tontons macoutes* y nuestro propio y pequeño grupo cooperaron para ofrecer a Tous-saint un funeral y entierro improvisados. El

barro y el lodo obstaculizaron nuestro trabajo, pero al final lo colocamos en la tierra de tal forma que un *houngan* o *bocor* maligno no pudiera resucitarlo como zombie. Alberoi y Dégrasse —que antes habían huido— no regresaron para ayudarnos, pero yo tenía la sensación de que observaban y evaluaban cuidadosamente nuestros métodos desde algún lugar oculto.

El teniente Bacalou aseguró a sus compañeros *volontaires*, Philomé, Charlemagne y Jean-Gérard, que no había acusaciones que plantear contra los compañeros de Tous-saint. Le aseguró a Adán que, a cambio de nuestra promesa de no informar de la desgraciada muerte del habilino —que, de todas formas, no disponía de un estatus certificable sobre la isla—, no haría mención alguna del descubrimiento de Prix-des-Yeux en su obligatorio informe sobre los acontecimientos de esta noche.

Oficialmente, pues, el incidente nunca había ocurrido. Ahora todos dependíamos los unos de los otros para mantener en secreto esta trágica colisión de propósitos y personalidades.

El teniente Bacalou hizo bajar a sus hombres de la montaña, por delante de nosotros. Una vez a solas, nuestro propio grupo se afanó de un lado a otro entre el *houngfor* y las cabañas, tratando de limpiarlo todo después de la lluvia. Regresaríamos a la casa de la playa en la bahía de Caicos, todos excepto Héctor y Erzulie, y yo me dediqué a recoger las pinturas de «Françoise Fauvet», que a partir de ahora sería conocido como Marcel Sam. Enrollé cada lienzo tan apretada y cuidadosamente como pude, y quité de sus marcos aquellos que estaban sujetos a ellos. Estaba guardando los lienzos en la mochila cuando Brian Nollinger entró en la cabaña y, sin decir nada, empezó a ayudarme. Se me hizo un nudo en el estómago.

—¿Señor Loyd? —dijo, al cabo de un rato.

—¿Sí?

—¿Qué va a hacer con todas sus fotografías? Me refiero a las de las cuevas y todo eso.

Hubiera querido responderle: «¿Y a usted qué diablos le importa?», pero en lugar de eso dije:

—Archivarlas hasta que haya muerto el último de Les Gens —me volví hacia él, para mirarlo directamente a los ojos—. No tengo la intención de publicarlas.

—Alberoi es más joven que usted, señor Loyd. Podría sobrevivirle durante muchos años.

—Espero que así sea.

En la bochornosa humedad de la cabaña, el pobre Nollinger bajó la mirada. El lienzo enrollado que sostenía en las manos temblaba.

—Teme que también pueda sobrevivirle a usted, ¿verdad? —le pregunté—. Bueno, eso es una posibilidad por la que no puedo hacer sino cruzar los dedos.

—Iba a hacer un estudio etnográfico de este lugar desdichado. No era mi intención revelar el lugar donde se encuentra. Sólo pretendía registrar el estilo de vida de los habilinos que quedan, viviendo bajo condiciones realmente opresivas. Un estudio rigurosamente científico de una raza perdida, compuesta únicamente por cinco individuos. Habría sido bueno, señor Loyd. Habría sido un trabajo sin paralelo, que nadie habría podido duplicar.

—Anímese. Todavía le quedan por construir sus plataformas de secado de café.

—Esos estúpidos *tontons macoutes* lo arruinaron todo. Entraron ladrando, dispararon contra Tous-saint y ahora, para mantener la ficción de que Tous-saint nunca existió, todos vamos a tener que abandonar Prix-des-Yeux. ¿No se siente usted enojado por ello?

—No tanto como por la muerte de Tous-saint —un sentimiento noble. Sin embargo, si no hubiera visto llorar a Ruth-Claire, probablemente jamás lo habría expresado.

—Habría que denunciarlos, señor Loyd. Habría que hacerles pagar su arrogancia y su crueldad.

—Sí, pero lo que sucede es que denunciar a los *macoutes* significa develar a los habilinos.

Y eso es lo que usted desearía, ¿verdad? Una vez que el mundo se hubiera enterado de que los restos de los esclavos de Rutherford existen, podría publicar alegremente sus memorias acerca de «yo estaba allí cuando asesinaron a Tous-saint», sin sentir por ello el menor remordimiento de conciencia.

—¿Realmente va a guardar esas fotografías en un cajón y a olvidarse de ellas? —preguntó Brian, con un suspiro.

—¿Qué hay de malo en ello? ¿Las quería para ilustrar su artículo? ¿Texto de Brian Nollinger, fotos de *Judas Loyd*? —me eché a reír—. Naturalmente, también podría olvidarse de incluir mi nombre. Hay un precedente para eso, ¿no le parece? En cierta ocasión se arrogó en los periódicos de Atlanta el mérito de una fotografía que había tomado yo.

—Intentaba hacerle un favor. Trataba de mantener su nombre al margen de una controversia que habría podido ser...

—Pues hágame ahora otro favor y cierre la boca.

Se calló. La húmeda lona de la mochila contenía tantos lienzos enrollados como pude introducir en ella. Para conseguir los que todavía quedaban en el tosco gabinete tendríamos que realizar un segundo viaje. Levanté la mochila, me la coloqué sobre los hombros y la agité un par de veces para asegurarme de que podría transportarla.

—Brian, viejo amigo, ¿recuerda la ocasión en que Ruth-Claire le dijo que el asesinato no se hallaba en su comportamiento?

—Sí, pero...

—Cállese. Pues bien, es posible que esté en el mío. Es mi más firme convicción de que si tratara usted de obtener algún beneficio publicando cualquier cosa al respecto, aunque sólo fuera una nota en el *Reader's Digest*, haría todo lo posible por buscarle y causarle un malicioso daño físico. Hasta es posible que lo matara. Es usted la única persona de toda la creación hacia la que siento de ese modo, Brian, pero no se puede negar ni eliminar la realidad, la sucia y cruel realidad. Créame, Brian, lo haría.

—Eso son tonterías —dijo, pero la furtiva mirada de sus ojos me permitió comprender que mis palabras realmente lo habían asustado.

—Hablo de en los Estados Unidos, naturalmente. Aquí en Montaraz..., bueno, es del teniente Bacalou del que tiene que cuidarse. Si hace usted algún comentario acerca de los habilinos mientras siga siendo un huésped de Baby Doc, espere una llamada a su puerta a cualquier hora de la noche, o que estalle una bomba cada vez que introduzca la llave en la puesta en marcha de su moto, o quizá que su siguiente ducha sea un grandioso homenaje al fantasma de Alfred Hitchcock.

—Lo único que hace usted es hablar, Loyd.

—Es posible. Sí, podría ser. Sin embargo, hablo precisamente para convencerme a mí mismo de que llevaré a cabo lo que digo. En cuanto a Bacalou..., bueno, a este teniente Bacalou no lo puede descartar tan fácilmente. Sabe quién es usted, y en alguna ocasión ha insertado a bebés en la bayoneta a modo de desayuno. Es un carnicero, un asesino entrenado. Sólo porque crea que yo vacilaría en arrancarle el hígado, no descarte tan fácilmente que Bacalou no sea capaz de hacerlo. Eso sería un terrible error de su parte.

—¿No le importa nada la luz que el pueblo de Adán podría arrojar sobre la historia de nuestra especie?

—Me interesa mucho más permitirle a las gentes de Adán (*Les Gens*, gracias a usted) que vivan sus propias y pequeñas historias en paz. Me interesa mucho más que esas cuevas continúen siendo un secreto hasta que ya no haya más habilinos para cuidarlas —volví a mirarlo directamente a los ojos—. Y a usted, doctor Nollinger, ¿qué le preocupa más?

Se quitó las gafas de montura metálica y limpió los cristales con uno de los bolsillos delanteros de sus amplios pantalones cortos.

—Está bien.

—¿Está bien..., qué?

—¡Está bien, está bien, está bien! —exclamó con fastidio—. Encerraré todo lo que sé en el fondo de mi cerebro y lo dejaré todo allí hasta que los Montaraz se ablanden y me permitan volver a sacarlo. No usted, señor Loyd, sino los Montaraz. Usted no tiene nada que decir en esto, nada.

Volvió a ponerse las gafas. Distraídamente, sacó un lienzo original Fauvet/Sam de la caja, lo enrolló y empezó a golpear con él ligera y obsesivamente el borde del cajón, como un hechizo vuduísta de los ritmos Arada-Dahomey surgido de algún recoveco arrítmico de su propia alma. Lo sujeté por la muñeca para que se detuviera.

—Hay algo en usted que nunca he logrado comprender —le dije; su expresión fue neutral. Yo podría explicarme o no; a él no le importaría—. Jamás comprenderé qué pudo haber visto Caroline en usted.

—Eso es porque no pertenece usted a la generación adecuada —dijo él, con indiferencia—. Y porque, de todos modos, no comprende a la gente.

Le solté la muñeca y salí de la cabaña. Sentía las piernas tan débiles como tiras de regaliz. La mochila que llevaba contenía algo más que pinturas de los habilinos: contenía el peso de todo lo que había sucedido aquel día.

Necesité ayuda para bajar de la montaña, pero no necesité ninguna ayuda para quedarme profundamente dormido en la cama de plumas de la habitación de los invitados en la casa de Adán y Ruth-Claire, en la bahía de Caicos. El ruido de las olas fluía y reflúa en mi sueño como el siseo del hidrógeno que interconecta las miríadas de estrellas...

A la noche siguiente, Adán y yo nos encontrábamos sentados en el porche de la casa, mientras la oscuridad se espesaba lentamente a nuestro alrededor. Allá abajo, en la playa, visibles como ágiles siluetas, Ruth-Claire y Caroline encendían una hoguera. Iban a asar ñames en los carbones, y diversas variedades de pescado en una tiznada parrilla que Ruth-Claire había encontrado en el cobertizo de almacenamiento. Se suponía que Adán y yo debíamos de estar preparando bebidas tropicales exóticas, pero las mujeres, que habían preferido preparar el fuego antes que atender el bar, todavía se dedicaban a recoger leña y atizar experimentalmente las débiles llamas que lamían la leña que antes les habíamos ayudado a transportar hasta la playa. Todavía tardaríamos un buen rato en cenar. No importaba; en la expectativa se encontraba buena parte del placer.

—Hoy —dijo Adán— Alberoi y Dégrasse se unieron a Héctor y Erzulie en las cuevas. Están todos bien, los últimos que quedan de Les Gens, los últimos de mi pueblo.

No dije nada.

Prix-des-Yeux iba a tener que ser abandonado y destruido. Quizá habíamos cerrado un trato efectivo con Bacalou y su compañero Bobo respecto a retrasar el descubrimiento de la existencia de las cuevas, pero los otros *macoutes* habían visto a los habilinos con sus propios ojos, y lo más probable sería que hablaran. Los rumores se extenderían y Pointe d'Inagua se convertiría repentinamente en un lugar de vacaciones muy concurrido, en una meca para buscadores de rocas, caminantes y naturalistas aficionados.

Después de removerse, inquieto, en su silla de esparto, Adán dijo:

—¿Agarou te llevó a la revelación? ¿Viste a Dios?

—Vi algo, Adán. La criatura prehistórica que ofreció a tus antepasados una convalidación divina de sus propios esfuerzos de supervivencia. No me pareció nada particularmente santo, en verdad. De hecho, se trataba de una especie de monstruo.

—Todos los dioses son monstruos a los ojos humanos, Paul. Eso no significa decir nada terrible en contra.

—Tenía el aspecto de una hiena o de un perro. Al menos por lo que se refiere a su cabeza.

—Lo sé —asintió Adán con una sonrisa—. Con un cuerpo homínido, ¿verdad? Lo que viste fue el avatar más significativo de Dios para todo espécimen prehistórico de la familia humana, el que algunos consideran como el maestro de la caza. Vivió en el inconsciente colectivo del *homo habilis*, el *erectus*, el *neanderthalensis* y el *sapiens* primitivo. Sigue viviendo todavía, en la actualidad, en muchos de los llamados pueblos primitivos. Vincula lo humano con lo divino, y lo divino con lo animal, de tal modo que todos están interconectados no sólo por la Mente, sino también por la percepción unificadora de lo sagrado.

—¿Yo vi lo sagrado?

—Sí. Una proyección del Dios de más allá del tiempo hacia la estética evolutiva de su creación. Tú viste significado, Paul, y en tu posesión hablaste con un mensajero de su fuente.

—¿No fue Buda o Jesús, sino el maestro de la caza?

Adán, al que apenas podía ver en el crepúsculo índigo, levantó las dos manos con un inconfundible gesto que daba a entender que sacara yo mismo mis propias conclusiones.

Me incliné hacia él, en mi mecedora.

—¿Por qué no empezaron a sonar las campanas, Adán? ¿Por qué no se abrieron los cielos y descendió la luz de ellos? ¿Por qué no me sentí como si pudiera flotar a un par de metros de altura del suelo de la cueva? Quiero decir, si aquello fue una revelación religiosa..., prefiero enamorarme. Al enamorarse se encienden los castillos de fuegos artificiales, se siente uno ligero de cascos e invisibles burbujas de champaña estallan en la cabeza. Pero con aquella escena en las cuevas, lo único que presencié fueron los efectos especiales de una película de terror y una conferencia teológica. Y también un persistente dolor de cabeza. ¿Cómo puedo dar credibilidad a una revelación como esa?

—¿Aprendiste algo que no supieras antes?

—Se me dijeron algunas cosas que no sabía antes. ¿Por qué?

—Porque si no las sabías antes, o si nadie te las había dicho antes, bueno, en ese caso sería estúpido llegar a la conclusión de que aquello que experimentaste no fue más que un producto de tu propio subconsciente. Tuvo que haber algo ajeno a ti mismo que pusiera en ello aunque sólo fuese un poco de valor añadido.

—No me siento nada diferente a como me sentía hace un par de días, por ejemplo. Sigo siendo el mismo pagano racional y materialista.

—Que ha sido montado por el *vaudun loa* de nuestros antepasados africanos. Que ha penetrado a través de una de las máscaras de Dios para hablar con Él cara a cara.

—Eso sólo es una forma de hablar —dije, con un estremecimiento.

—Todo eso llegará gradualmente, Paul. Tus campanas sonarán aunque fuera en el fondo del mar. Tus castillos de fuegos artificiales se desplegarán en grandes paraguas a cámara lenta. Flotarás sólo a las alturas más modestas y, por tanto, casi imperceptibles. Pero eso llegará, y cada cosa que suceda tendrá su propio diseño, y los numerosos diseños individuales compondrán una pauta que lo abarcará todo, y esa pauta estará fundamentada en la Mente y en la megapauta de Dios.

—Adán, hablas como uno de esos gurús indios locos de atar.

—En tal caso, me callaré ahora mismo. Será mejor pensar en la cena que nos espera, en lugar de perderse en la metafísica de otra cena —dijo, señalando hacia la playa con un gesto.

Permanecimos sentados en silencio, observando a nuestras esposas que atizaban los carbones y los encerraban en un círculo de piedras, sobre el que pronto colocarían la grasienta parrilla tiznada. Paul y Caroline, Adán y Ruthie Ce. Sólo otro par de parejas divertidas y sofisticadas que compartían una cena, en una ensenada reclusa de Montaraz. La hoguera, cuyas llamas se elevaban a casi tres metros de altura, lamían el aire como la pira funeraria de

un emperador romano. Los hombros desnudos de Caroline y Ruth-Claire brillaban ante el rugiente resplandor, como si fueran de bronce. Las observé extender sobre la parrilla largas tiras de filete de pescado que sacaron de un recipiente de metal. Las observé turnarse para rociar cada filete con la salsa que yo mismo había preparado. Las observé durante largo rato.

Finalmente, Ruth-Claire se incorporó y nos gritó:

—¡Ya es hora de cenar!

Adán y yo llevamos a la playa dos jarras de daiquiris helados y, sentados en la arena a prudente distancia de la hoguera, comimos y bebimos con cierta solemnidad, teniendo en cuenta la hora que era y el formidable apetito y sed que sentíamos.

Al día siguiente, Caroline y yo volaríamos de regreso a Miami desde Cap-Haitien. El hecho de saberlo quizá contribuyó a nuestra solemnidad aunque, desde luego, buena parte de ella tuvo que ver con la muerte de Tous-saint, el desmoronamiento de Prix-des-Yeux, y la incertidumbre de nuestros propios futuros. Me encontré sumido en tristes pensamientos sobre Livia George, la granja Paraíso y el West Bank. Para no ponerme demasiado sentimental, sólo tomé tres pequeños daiquiris en una taza de café hecha de cerámica. De hecho, lo hice todo por partida triple: tres filetes de pescado, tres ñames asados y tres juramentos, uno de amor eterno (para Caroline), otro de amistad eterna (para Ruth-Claire y Adán), y otro para mis compañeros en la playa.

La hoguera empezó a apagarse lentamente.

—Tendremos que atizar de nuevo ese fuego —murmuró Ruth-Claire. Se levantó y empezó a dirigirse lentamente hacia la casa. A mitad de camino se volvió hacia nosotros y nos llamó con un descoordinado movimiento de su brazo—. ¡Vamos, frescos! Ayudadme a arrojarlas al fuego.

Adán, Caroline y yo nos esforzamos por levantarnos y la seguimos en su anábasis de beoda.

Durante la siguiente hora sacamos de los diversos nichos de almacenamiento de la casa todas las pinturas de la serie Almas, de Ruth-Claire. Luego arrojamos cada lienzo —tanto los sueltos como los enmarcados— directamente sobre la ávida pira que los devoraba. Se quemaron muy bien. De hecho, bajo el fuego mostraron la atónita y luminosa belleza que había observado sólo en una ocasión, una memorable ocasión en el estudio de la granja Paraíso. Pronto, sin embargo, se apergaminaron, lanzaron chispas, se ennegrecieron y quedaron convertidos en carbones rezumantes. Me extrañó mucho que estuviéramos ayudando a Ruth-Claire en esta empresa, con Adán actuando tan ávidamente como cualquiera de nosotros y, sin embargo, no hice ninguna pregunta al respecto hasta que hubimos arrojado la última pintura a las llamas.

—Las has destruido porque no eran populares, ¿verdad?

Ruth-Claire se enderezó lo mejor que pudo y contestó:

—Se trataba de ellas, o de mis platos de porcelana. Pero la porcelana no se quema.

Se echó a reír. Rió tanto que tuvo que apoyarse en Caroline para sostenerse y, una vez más, las dos iniciaron una hilaridad fraternal que poseía una racionalidad impenetrable para los intelectos masculinos. Adán y yo no tuvimos otra alternativa que esperar a que acabaran de reír. Finalmente, apoyada la una en la otra, recuperaron una especie de compostura.

—El concepto estaba completamente equivocado —dijo Ruth-Claire, un tanto vacilante—. A pesar de lo que dijeron las críticas, los hice bien. Es decir, los ejecuté bien. Pero un alma no es un alma no es un alma.

—¿Quién dijo eso? —preguntó Caroline

—Gertrude Steinem —contestó Ruth-Claire, y las dos volvieron a echarse a reír. Luego, Ruth-Claire movió una mano en el aire y dijo:—. Lo que quiero decir es que los pasteles tenían la intención de mostrar la insustancialidad, la inmaterialidad de las almas, pero las

almas son cuerpos vivientes, así que mi estúpido concepto estaba completamente equivocado. Mis estúpidas pinturas nunca vivieron, excepto cuando la luz les daba en el ángulo exacto, y tuvieron mejor aspecto mientras se quemaban que lo que habrían tenido en el depósito de cadáveres de la galería de mi estudio. Tenía que librarme de ellas. Tengo que volver a empezar..., eso es todo.

—A Adán le gustaban —dije.

Ruth-Claire se liberó de Caroline, se acercó a Adán y le pasó el brazo por el suyo.

—Adán es mi esposo, Paul.

Él sonrió con una mueca y el fuego de la hoguera iluminó fugazmente sus dientes como si fueran un brazalete de antiguos hechizos de marfil.

Más tarde, ya algo más controlada, Ruth-Claire tomó la urna funeraria que contenía las cenizas del Pequeño Paul, la bajó a la playa y me pidió que la abriera. Al fin y al cabo, yo era el padrino del Pequeño Paul, y me correspondía a mí el honor de desparramar sus cenizas por las aguas de la bahía de Caicos. Si no hubiera sido mi derecho, según todas las normas de Emily Post o de la adecuada etiqueta de la cremación..., bueno, ella y Adán habían decidido contravenir esas normas con una sencilla apelación al sentimiento. Tomé la urna con un brazo, sosteniéndola junto a mi pecho, y traté de abrirla; pero nada de lo que hice fue capaz de liberar el ajustado cierre, y empecé a temer que pudiera romper la tapa o la propia urna en mis intentos por abrirla.

—Mi héroe —dijo Caroline.

Tomó la urna, la dejó sobre la arena, se colocó en cuclillas junto a ella, la trasteó durante unos cuarenta segundos y, bruscamente, empezó a destapar la tapa cubierta de arcilla horneada. Luego se levantó y volvió a colocar la urna en mis brazos. La acepté. Olía a mar, a cenizas y a un espíritu particular.

—Adelante —dijo Ruth-Claire.

Así, con la urna en mis brazos, de la misma forma en que los niños pequeños llevan a veces un salvavidas de goma al agua —para que les sirva de lastre y les proporcione al mismo tiempo una frágil sensación de seguridad—, llevé al Pequeño Paul hacia las aguas superficiales de la bahía de Caicos. Al igual que su padre, él también estaba en su hogar.

Sin mirar hacia atrás, a las personas que me habían enviado, esparcí las cenizas del niño asesinado sobre la murmurante ensenada. Las que se adhirieron a la palma de la mano me las lavé con el suave chapoteo de la marea de la noche. Me dije a mí mismo que no eran inconsecuentes, que no se perdían, sino que permanecían a flote en la conciencia de Dios. E hice verdaderos esfuerzos por creerlo así.